3 1761 05239041 6

6.°

LS
P2597in

LOS INVENCIBLES,

EL MONARCA

Y LA HOGUERA.

NOVELA HISTORICA

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO.

235518
6. 9. 29.

MADRID:

OFICINA TIPOGRAFICA DEL HOSPICIO.

1865.

Esta novela histórica ha sido aprobada por la Censura.

LA HOGUERA
INVENCIBLES

CAPITULO PRIMERO.

El alcázar.— Monarca austero.—Un príncipe como hay pocos.—Antítesis de un bufon.— El más bello, galante y varonil de los duques.—Silva y Osorio.—Los dos Navarros.— El conde de Monterubio y el gigante Mendoza.—Cuadro.—Seis héroes.

En el sitio en que hoy se eleva el palacio real de Madrid, existia, hace más de trescientos años, el opulento alcázar habitado por el emperador Cárlos V, y más tarde por su hijo el rey Felipe. Este edificio fué construido por los árabes; pero en el último tercio del siglo XVI, en que da principio nuestra novela histórica, se halla completamente reformado interior y exteriormente, y en verdad que no carece de grandeza y esplendor. Penetremos en él. Su extenso patio está rodeado de una hermosa galería sostenida por columnas de órden jónico, que le dan un aspecto agradable y majestuoso. Sobre el mármol del pavimento se hallan en este instante, que son las cuatro de la tarde, piafando é impacientes, más de cien caballos de raza árabe unos, cordobeses otros, y de Jeréz los restantes: están sujetos de las bridas por vários soldados y lacayos, y no léjos de allí se encuentran cinco capitanes y algunos alféreces de los que componen la escolta de uno de los primeros generales españoles.

Avancemos un poco. En el vestíbulo, al pié de la régia escalera, hay dos centinelas, tudesco el uno y castellano el otro: distínguese el primero en el color amarillo de su uniforme y encendidos mofletes, y el segundo en lo encarnado del traje y en esa gravedad, circunspeccion y mesura innatas en el soldado español.

La escalera empieza ancha y de un solo cuerpo, en cuyo extremo se hallan dos guardias alabarderos tan inmóviles que parecen estatuas; al llegar aquí se divide aquella en dos brazos que van á concluir en el zaguanete, donde pasean ó aguardan lacayos, mozos de oficio y porteros de estrado; y detrás de éstos se ven hasta cuarenta alabarderos.

Siguen la saleta y antecámaras, cuajadas ahora de ujieres, pajes, cortesanos, palaciegos, jefes del ejército y grandes. Unos hacen la guardia á S. M. y A. A. y los restantes esperan. La morada real de entónces formaba la antítesis de lo que ha sido después; la preponderancia y poderío de España guardaban por lo visto analogía con la animacion, vida y movimiento que reinaban en el alcázar real.

El monarca, entrado ya en años y de carácter cada dia más tétrico y sombrío, da audiencia en este momento, escucha con calma cuanto le dicen, contestando por lo regular con un signo de despedida. Su rostro, severo en general y más imponente ahora que nunca, no demuestra pesar ni disgusto miéntras tiene delante á algun palaciego, cortesano ó pretendiente; pero en el instante en que sale uno y va á entrar el otro, dirige su mirada impaciente y recelosa hácia la derecha, repitiendo este movimiento cuantas veces le dejan solo. Sepamos lo que hay detrás de aquella misteriosa puerta donde el austero Felipe se fija tan de contínuo, llevando marcado en su faz el sello de un malestar que parece atormentarle.

Se halla contiguo por aquel lado un salon, cubierto el suelo de rica alfombra de lana y tapizadas sus paredes de raso y oro: le rodean sillones de nogal y damasco, y los frescos de su techo pretenden competir con los magníficos cuadros

de Ticiano y de Fernandez Navarrete que adornan el referido salon. En el centro de aquel, sentado junto á una mesa tambien de nogal, se halla escribiendo el famoso príncipe de Italia, solo y sin cuidarse de otra cosa que del delicado trabajo en que parece embebido. La mision que desempeña en tal momento es, sin duda alguna, la causa de la impaciencia y desasosiego que hemos notado en el rey.

Tiene el príncipe cuarenta años de edad; su frente, despejada y altiva, revela con exceso el gran talento que se dignó otorgarle la Providencia; y de sus negros y rasgados ojos brota unas veces ese fuego irresistible con que abrasa á sus enemigos en el campo de batalla, y otras, en que se contrae y oculta, aparece un tinte de bondad y mansedumbre en su varonil y bello rostro, que lo presenta simpático y agradable como el de pocos hombres. Es alto, rígida su musculatura y tan de príncipe el conjunto que basta uno solo de sus movimientos, el más trivial, para dar á conocer su estirpe y la ardiente y poderosa sangre de los Silvas, que circula por sus venas. Triste y ensimismado por lo comun, habla poco, pero cada frase suya resuelve un problema; cada idea ilustra una cuestion; cada pensamiento merece un aplauso. Su primo el rey Felipe le estima y considera, mucho más que por el parentesco, por el heroismo, valor, lealtad y talento que patentizan todos los actos de su vida. Así es, que le nombró su consejero íntimo; es el único á quien el tétrico monarca confia en ocasiones dadas las riendas del poder, y el que suele despachar los asuntos de estado, en tanto que S. M. tranquilo y satisfecho ocupa las horas, perdido entre las sombrías bóvedas del Escorial, ya uniendo en el coro su ascética voz á la de los monjes, ó meditando en estrecha celda sobre el presente y porvenir del vasto imperio, cuyo peso sostiene, ayudado por Silva, en sus fuertes y robustos hombros.

El príncipe de Italia acaba de escribir; cierra vários despachos, quedando algunos minutos como abatido. Luégo asoma á sus finos lábios una imperceptible sonrisa, moviendo

acto contínuo la campanilla de oro que tiene á su derecha.

En el mismo instante atraviesa el umbral de una de las puertas laterales, el maestre de campo Andrés Zalla.

—Avanzad,—le dice Silva.—¿Qué haciais en la antecámara?

—Esperaba vuestras órdenes, señor príncipe.

—Zalla, no quiero que reemplaceis á los lacayos ó porteros; sois mi amigo, y un jefe de los más valientes y entendidos del ejército.

—Todo os lo debo, señor, y el que se encuentra bien al lado de los grandes, tiene á honra serviros de lacayo.

—Andrés, os vuelvo á rogar por quinta vez, que os concreteis á ocupar vuestro puesto de maestre de campo. ¿Vísteis á mis hermanos?

—Sí, señor.

—¿Tardarán mucho en venir?

—Creo que no.

—Decidme, ¿y sus esposas lloran, se afligen?

—Señor, son tan fuertes como sus maridos.

—¡Cuánto siento separarlos otra vez! ¡Oh! me duele... pero no hay remedio; peligra la patria y es preciso, indispensable que esos héroes corran á salvarla.

—Correremos, señor, correremos, y ¡ay de los enemigos de España!

—Bien; salid al encuentro de mis hermanos, y que pasen en el instante que lleguen.

Zalla baja la cabeza, camina hácia atrás como pudiera verificarlo delante del rey, y desaparece.

En aquel momento se oye correr el pestillo de una puerta secreta que hay á la derecha del príncipe y éste se pone en pié, creyendo es el rey que entra por allí; pero sin sorpresa ni admiracion ve aparecer la ridícula figura del bufon de S. M. El célebre Morata, pues así se llama, es hombre de brillante imaginacion, y segun la crónica, divierte unas veces á su amo, otras le hace pensar mucho, y con chanzas y

sátiras forma un juego extraño y no siempre agradable á los cortesanos de Felipe II. Cuenta cerca de sesenta años de edad; no conoce pariente alguno, y sólo ama al príncipe de Italia y á los cinco hermanos de éste, apellidados con justicia *invencibles*, como veremos más adelante. El bufon les llama héroes en el campo de batalla y la honrosa excepcion de la corte en palacio. Ante esos seis gigantes, el payaso se convierte en hombre mesurado, grave, circunspecto y respetuoso.

El príncipe cambia con él una mirada y le alarga la mano, diciendo:

—Bien venido, mi querido Morata.

—Gracias, señor,—contesta aquél, besando la diestra que Silva le tiende con interés;—vuestra bondad se iguala al genio que brilla en esa hermosa frente.

Miéntras el príncipe vuelve á sentarse, cierra la puerta secreta el bufon, continuando:

—Señor, una enfermedad bastante molesta me retuvo tres dias en cama, segun os habrán dicho vuestros criados. Esta tarde me levanté; pasaba por el *Mentidero*, y como notase que una gran parte de nuestros nobles aparentaba sorpresa y alarma, me acerqué á ellos. Estaban hablando sobre acontecimientos graves ocurridos y que han de ocurrir en las Alpujarras, Flandes y muy particularmente en Italia y Francia. Luégo me dirigí al alcázar, pregunté al rey, pero me despidió con unos de esos signos que indican haber llegado á su colmo el malestar y pesadumbre de mi augusto señor. Entónces me acordé de V. E., y en alas del amor que profeso á España...

—Morata, no me volvais á dar tratamiento; recordad que os lo tengo prohibido. Sentáos en uno de esos sillones y esperad, que pronto llegará á vuestros oidos cuanto anhelais saber.

—¿Luego me permitís?..

—Sí, escuchar lo que hablo con mis hermanos.

—Esa honra merece que el pobre bufon os sirva de alfombra.

Y se tiró al suelo, cayendo junto á los piés del príncipe. Era como acostumbraba á estar cuando Felipe II escribia ó cuestionaba sentado en su despacho; pero Silva, léjos de admitir aquella prueba de humildad y servilismo, le cogió una mano, diciendo:

—Alzad, mísero bufon; sentaos junto á mí, ó salid de este salon; yo os lo mando.

—Opto por lo primero, señor,—replicó Morata,—y siento haberos disgustado. ¡Os amo tanto!..

—Lo sé, y mi gratitud y estimacion corresponden á vuestro cariño.

Al acabar de expresar estas frases, se abrió la puerta principal de aquella estancia, apareciendo el esbelto y arrogante Flaviano de Osorio, duque del Imperio. Era el segundo de los *invencibles*, y áun cuando cumplió ya treinta años de edad, continuaba tan bello, elegante y seductor como anteriormente. Sabido es que este envidiable caballero unia á su valor, energía y talento una sagacidad y destreza que no tenían rivales.

Entró el duque, y después que hubo saludado á Morata, dijo al príncipe:

—Hermano, tu permanencia en el alcázar me hizo pronosticar acontecimientos difíciles y complicados. La órden que me mandaste con Andrés Zalla acabó de indicarme la verdad; puesto que tú lo quieres, aquí estoy decidido á ejecutar cuanto anheles.

—¿Y tu esposa, qué dice, Flaviano?

—Que te obedezca y que la ame mucho; lo que yo hago...

—Lo último á medias.

—Me calumnia Mauro...

—No es cierto, duque; de calumniar alguno de los dos, seguramente no es él; mas la ocasion presente no se presta á reprensiones, ni tus faltas veniales merecen tampoco que se traten en sério. Hermano,—añadió el príncipe con gravedad,—la patria necesita de los esfuerzos de un héroe, y te designa á tí.

—Julio, el héroe en España eres tú sólo; mas yo ejecutaré con gusto lo que me imponga tu sabiduría sin rival.

—Hay en Italia, mi querido Flaviano, un hermoso país cubierto de flores, rodeado de mares, y como si esto fuera poco, pródiga la naturaleza con él, ha encerrado en su seno volcanes que forman la admiracion de cuantos llegan á verlos.

—Ese es Nápoles, mi estimado príncipe.

—Sí; tu difunto padre el conde de Arahal, corrió un dia, por órden de S. M., al hermoso bergel napolitano; su valiente esposa, tu madre, le siguió, y esto fué causa de que en los campos de batalla, entre el ruido de los atambores, el estrépito de los corceles y el estridor del combate, nacieses tú, natural de Nápoles, si bien español en nombre, sangre y estirpe. Más tarde, el niño arrullado por el silbido de las balas de cañon y de mosquete, fué creciendo, y al frente de su valerosa compañía comenzó á patentizar, sobre el sitio en que vió la luz primera, que era digno del apellido que llevaba.

—Todo eso es cierto, Julio; pero no comprendo...

—Te he recordado ese pueblo y algunos otros hechos, para preguntarte ahora si conservas aún el amor que un dia demostraste al suelo que te vió nacer y pelear con heroismo.

—Quién lo duda.

—Te participo, hermano, que los enemigos de España quieren segregar de la madre patria ese delicioso país.

—*Querer no es poder.*

—Cuentan con oro; engrosan sus filas, y son tan arteros, que continuando como hasta aquí es posible que logren su intento.

—¿Conspiran?

—Sí, y hacen uso de todos los medios imaginables.

—¿Cuándo voy á Nápoles, Julio?

—Antes de media hora, Flaviano. He rehusado hasta el último momento separarte de tu esposa, hermanos y amigos; pero llegó el instante en que toda dilacion sería fatal. Corre á Italia; en ese pliego llevas facultades, poder y las instrucciones

necesarias para hacer que te obedezcan los unos y sucumban los otros.

—Parto, y cuenta, hermano, con que serán cumplidas tus órdenes ó dejaré de existir.

—Espera, Flaviano; los conjurados en Nápoles tienen émulos en Madrid, y es indispensable que ignoren nuestras intenciones; juzgan dormido al leon, y será preciso que continúen creyéndolo. En la estancia contigua encontrarás lo necesario para desfigurar tu epidermis; cambias ese traje de duque por otro de mísero pechero, y marcha á Alicante sin que nádie te conozca. Cuando llegues ya tendrás dispuesta una hermosa galera que en pocos dias, si el tiempo favorece, os llevará á Nápoles. Te acompañarán únicamente el marino Roch, tu prohijado Alvaro Zalla y tres criados. Abrevia, hermano; á la puerta del alcázar te aguarda tu escasa comitiva y aquí el rey y yo para que te despidas de nosotros.

El duque del Imperio dejó á Silva, trasladándose á la estancia que aquél acababa de indicarle.

Morata y el príncipe prosiguieron sentados y en actitud de hallarse sumergidos en profunda meditacion, cuando fueron interrumpidos nuevamente por la llegada de cuatro generales que, cubiertos con traje de guerra y sin prévio anuncio, se presentaron frente á Julio de Silva. Eran el conde de Santomera, su hermano el duque de los Andes, Mauro Nuñez de Lara, elevado ya á conde de Monterubio por muerte de su madre, y el gigante Rogelio Mendoza, marqués de Abella, por haber dejado tambien de existir su anciano padre.

Los rostros de los recien venidos no expresaban otra cosa que interés hácia el príncipe, en quien se fijaron. Éste les miró atentamente y con cariño, diciéndoles luégo:

—Odon, Roberto, vais á partir inmediatamente á Granada y desde allí á las Alpujarras, donde os aguardan los sectarios de Mahoma para que les deis una leccion, mayor si cabe que la recibida un dia de mi padre y la terrible que les dió mi difunto primo D. Juan de Austria. En la plaza y patios del

alcázar hallareis las escoltas, y en este pliego las instrucciones necesarias. Conde de Santomera, duque de los Andes, la patria, el rey y yo esperamos de vosotros más aún de lo que abarca el deseo.

Los dos Navarros se miraron, contestando el mayor, ó sea el conde de Santomera:

—Julio, iremos donde nos mandas, y perderemos la existencia ó tu voluntad será cumplida.

—Lo sé, hermanos.—Y dirigiéndose al conde de Monterubio y al marqués de Abella, añadió:—A vosotros, Mauro y Rogelio, os reservo lo peor; vais á Francia; allí tendreis que combatir contra los enemigos de nuestra patria y religion, y no siempre podreis hacerlo á la clara luz del dia, siendo así que los contrarios os han de buscar en todos los terrenos. Nuestro amigo y compañero el duque de Parma, vencedor en Flandes, os saldrá al encuentro seguido del valeroso ejército que le obedece; uníos á él, y sin perder de vista la Holanda, combatid al titulado Enrique IV, nuestro eterno enemigo. Es posible que Alejandro Farnesio tenga que regresar inmediatamente á Flandes; la revolucion parece amortiguada, pero no destruida; por eso os mando á vosotros, que podreis reemplazarle dignamente en los campos de Francia. Este pliego os enterará del plan que debeis llevar á cabo, siendo susceptible de todas las reformas que os inspiren vuestro ingenio y los acontecimientos.

—¿Se queda Flaviano?

Le preguntó el conde de Monterubio.

—No; parte tambien, seguido del marino Roch y del maestre Alvaro Zalla. A vosotros dos os acompañarán Andrés y Fermin Zalla. El único que no puede marchar soy yo; se oponen el cuidado de vuestras esposas, el rey y la direccion en Madrid de la multitud de asuntos que pesan sobre mí.

—Tambien aquí,—dijo Mauro,—hay enemigos que anhelan tu muerte por creer con fundamento que bastan la sabiduría

y brazo tuyos para poner un dique á la ilimitada ambicion y bastardas pasiones que ocultan ellos, y ya que es indispensable nuestra separacion, quédate siquiera con los maestres Andrés y Fermin Zalla; son dos perros de presa, con los cuales puede contar siempre su señor.

—Gracias, hermano; os harán falta esos lebreles en el campo de batalla y fuera de él, y á mí me basta para combatir á todos mis contrarios con el jóven capitan D. Luis Nuñez de Lara y su hermano menor el alférez Ricardo.

—Preferiria llevármelos á Francia con tal de que velen por tí los Zallas.

—A tu lado, conde, aprenderian á batirse; al mio conocerán el mundo y se harán hombres.

—Es que me interesa tu vida más, si cabe, que la suerte y porvenir de esos hermanos para quienes hago las veces de padre.

—Luis sabe tanto como Rogelio; encanta la imaginacion de Ricardo; ámbos son serenos, valientes, y guiados por mí harán lo que los Zallas.

—Que se queden, puesto que así lo deseas.

Diez minutos después penetró en el salon el duque del Imperio, cubierto con grosero traje de lana, teñida su blanca piel de un color oscuro y desagradable, su rostro desfigurado completamente y el conjunto trocado en la antítesis de lo que era el elegante y fino caballero. Julio se puso en pié, les dió más instrucciones de palabra, y comenzó á estrecharlos con el mismo interés y cariño que pudiera hacerlo un padre. El sábio general comprendia todos los azares, sinsabores y peligros que iban á correr los cinco caudillos, y temblaba por ellos, sintiendo amargo dolor al separarlos de su lado.

Morata, ese bufon de la corte, el payaso que ocupaba el dia y la noche en divertir á los unos y satirizar á los otros, habia permanecido sentado, segun le ordenó el príncipe, con las manos cruzadas y en actitud tan grave y mesurada que á todo se parecia en tales instantes, ménos al jovial é intencionado

epigramático. Miraba á los *invencibles* como á séres sobrenaturales, y cuando aquellos hablaban solia quedar pendiente de sus frases, fijo el oido en lo que decian, y el entendimiento en las ideas que expresaban. Al notar que el príncipe se disponia á despedir á sus hermanos, dió un salto, desapareciendo por la puerta secreta, que dejó entornada.

Algo más tarde decia Julio de Silva, dando el último abrazo á los cinco generales:

—Esta separacion destroza mi alma; vosotros partís en busca de peligros, de azares y acaso de la muerte, miéntras que yo, vuestro hermano y jefe, me veo obligado á quedarme solo entre el aura corrompida de la corte y el silencio sombrío de estos salones. Es el sacrificio más grande de cuantos me han impuesto mi país, mi religion y mi rey. Yo, que siempre os he guiado, que al morir vuestros padres fuí ocupando sus puestos, hoy me veré sin amigos, sin compañeros, sin hermanos, sin hijos, porque vosotros sois todo eso para mí. Pero España necesita de vuestro heroismo y debo perderos para que ella os gane. Procurad que mi sacrificio cueste caro á los enemigos de la patria; elevad su nombre, y no olvideis jamás que os despide vuestro hermano, amigo y compañero, con dos lágrimas que dejan un surco de fuego en sus mejillas.

—¡Ay de nuestros contrarios!—gritó el duque del Imperio con entusiasmo.—Sucumbirán, y un rio de sangre contestará á las dos lágrimas que cruzan tu rostro.

—¡El sarraceno de las Alpujarras se postrará humilde ante su poderoso señor!—exclamaron los hermanos conde de Santomera y duque de los Andes.

—¡Francia,—dijo Mauro,—Enrique IV, los hugonotes y sus compañeros los protestantes de Inglaterra y Alemania, responderán pronto á las lágrimas del príncipe de Italia con alaridos de muerte.

—Sí,—añadió Silva;—son tan malos que sólo os encargo compasion para el vencido. ¡La patria y los *invencibles!* Con ese lema asombrad al mundo por centésima vez.

—¡Por ella moriremos, ó besarán nuestras plantas todos sus enemigos!—gritaron los cinco, repitiendo frase por frase los cóncavos del palacio, con eco lúgubre que hizo estremecer los corazones y augurar la horrible tormenta que debia pronto agitarse sobre las cabezas de los contrarios de España. Aquel conjunto de voces era, más que un trueno desgarrador, la carcajada de la muerte, precursora de las víctimas que el destino le regalaba.

A la vez se oyeron las siguientes palabras, que contestaban á la anterior exclamacion:

—No son precisos, en hombres como vosotros, tanto entusiasmo y violencia para vencer á nuestros rivales. Os basta decir *quiero* para que vuestra patria se eleve, vuestra religion se ensalce y vuestro rey os estime.

Era Felipe II que, grave y severo como siempre, se presentó, seguido de Morata, y oyendo á los *invencibles* intentaba vanamente prestarles la fria calma tan proverbial en el austero señor.

Los seis se inclinaron ante el monarca de dos mundos, contestándole el príncipe:

—Señor, mis hermanos parten adonde V. M. ha dispuesto, y sólo esperan la honra de despedirse de su soberano.

—Van, primo mio, donde les llama el deber, segun tu opinion, y... y tambien la mia. Partid, y vea yo esas frentes regresar del campo de batalla, tan altivas como se presentan en mi corte.

—Nosotros,—osó replicar el duque del Imperio,—no podemos bajarlas en ninguna parte, gran señor, si se exceptúa el único instante en que nos hallamos ante V. M.; por eso habremos de volver con la cabeza muy alta, ó quedaremos muertos en la guerra; muertos á manos de nuestros contrarios, pero nunca rendidos.

—Bien, Flaviano, muy bien; con ese traje grosero y raido vales más que el pretendiente de Francia luciendo la armadura de oro que le regaló Cárlos IX. Disimula la voz, y el

disfráz será completo. ¡Extraño cambio en el tipo de la elegancia y la moda! Partid, hijos; leo en vuestros semblantes el triunfo de Nápoles, la humillacion de Francia, la salvacion de Flandes, y bajo mis plantas la cerviz mahometana. Corred mucho; mas al llegar os recomiendo la prudencia, calma y acierto, si quereis que brille y luzca vuestro heroismo.

La presencia del rey contuvo el fuego y entusiasmo de los *invencibles*. Los cinco besaron la augusta mano, dieron el último adios al sexto, se estrecharon y desaparecieron, el conde de Santomera y el duque de los Andes por un lado, Monterubio y Abella por otro, y Osorio por una escalera excusada en busca de su caballo y corta comitiva que le esperaba ya á las puertas del alcázar.

Quedaron en la estancia que abandonaban aquellos Felipe II, el príncipe de Italia y Morata. El primero tenía los brazos cruzados y la cabeza inclinada en actitud de meditar; el segundo, de pié y apoyada la mano izquierda en su mesa de despacho, estaba pendiente del ruido que hacían las armaduras y pisadas de sus cinco hermanos, y el tercero miraba al rey, moviendo la cabeza con disgusto. Por fin exclamó:

—Felipito, estábamos aquí siete caballeros ardiendo en un amor pátrio que tu carácter excéntrico, taciturno, sombrío y hasta lúgubre te hacen desconocer, cuando llegaste, y con la humedad de tu aliento se apagó nuestro fuego. Eres un soberano que no se rie, ni se alegra, ni se divierte, ni se entusiasma, ni deja que lo haga ninguno; una especie de torre nevada que asusta, impone y hiela. ¿Oyes? El relincho de esos caballos, el choque de las armas que arrastran por el suelo y esas voces de mando me devuelven la vida; corro léjos de tí para conservarla, sintiendo únicamente que quede sólo contigo el desgraciado príncipe de Italia, al que temo conviertas en frio mármol.

Y desapareció tambien. El rey le miró con indiferencia, y fijándose en el príncipe, le dijo:

—Julio, sígueme.

Y ámbos se perdieron á los pocos instantes por entre el laberinto de galerías árabes, góticos salones y extensos pasillos del alcázar.

Acompañemos, primero á Morata, y luégo al duque del Imperio en su difícil y arriesgada excursion á Nápoles; más tarde sabremos tambien lo que hacen en Francia y en las Alpujarras los cuatro *invencibles* restantes, y lo que intentan en Madrid el rey y el príncipe.

En la época que pasa nuestra historia se extendia el poder de la nacion española por cási todas las partes conocidas de la tierra; se dice todavía que en nuestros estados jamás se ocultaba el sol, y que la preponderancia política que teníamos se sobreponia á la primera del mundo. Por estas razones, y la de vernos obligados á relatar algunos hechos exactos que hagan nuestra novela verdaderamente histórica, habremos de recorrer Italia, Francia, Inglaterra y otros países donde se efectuaron acontecimientos de tal magnitud, que no podemos pasarlos por alto. Creemos, sin embargo, que no molestará á nuestros lectores la descripcion del pintoresco Nápoles con su Vesubio, jardines, intrigas de todo género y la poesía y belleza de sus mujeres. Juzgamos que tampoco habrá de cansarle el relato de las conjuraciones, ardides y manejos que se fraguaban en París y Lóndres contra el poder de los españoles, y la habilidad, destreza y valor de los que un dia combatieron en todos los terrenos á los rivales de nuestra patria. A este fin extractaremos lo que aparezca pesado, suprimiremos lo supérfluo y lo lánguido, añadiendo la fábula ó inventiva que excite el interés y recreo sin herir demasiado el acontecimiento histórico.

Desde el capítulo inmediato empezarán á ver nuestros lectores la prueba de lo que acabamos de ofrecerles.

CAPITULO II.

Lo que era en el último tercio del siglo XVI el llamado *Mentidero* de Madrid.—Oportunidad de Morata.—Tres caballeros y tres sirvientes.—La venta.—Un criado modelo.—La cena.

NUESTRO bufon, después de penetrar en el despacho de Felipe II, cogió de un rincon la capa negra y gorra con pluma que habia arrojado dos horas ántes. Con la primera cubrió el traje de arlequin que usaba en palacio, y con la segunda cambió el birrete encarnado y amarillo. Seguidamente entró en un pasillo largo y estrecho por el que continuó, saliendo después á la calle. No obstante hallarse Morata bastante entrado en años, caminaba ahora con una celeridad impropia de su calma y edad. Minutos más tarde se hallaba frente al llamado *Mentidero* de Madrid. Digamos cuatro palabras sobre este famoso sitio, cuya celebridad merece un párrafo aparte.

Sobre el mismo espacio que ocupa hoy la casa llamada de Cordero, situada en el principio de la calle Mayor, se alzaba desde 1547 un extenso y magnífico convento de la órden de San Agustin; fué erigido bajo la advocacion de San Felipe apóstol, y se le apellidaba comunmente San Felipe el Real, efecto, sin duda, de haber facilitado su construccion el poderoso sucesor de

Cárlos I. Aquel edificio era en la época en que pasa nuestra historia el primero que tenía Madrid por esa parte; esto sólo basta para dar una idea de lo que sería entónces la corte de España, toda vez que hoy ocupa el centro de ella. La famosa Puerta del Sol y cuantas calles le rodean, á excepcion de la Mayor y la del Arenal, presentaban un extenso campo salpicado de árboles, entre los que se escondian alimañas, algunos osos y en ocasiones dadas bandidos qúe aligeraban al desgraciado que perdia de vista el convento de padres agustinos.

Dando frente á la calle Mayor tenía el edificio de que tratamos las gradas, donde solian reunirse los comentadores y aficionados á noticias. Aquellas estaban al aire libre, elevándose cerca de dos varas sobre el nivel de la poblacion; al pié existian sus célebres covachuelas, y encima una verja ó barrotes de hierro, divididos por pilares de sillería. Sobre estas gradas paseaban los curiosos, se hablaba de política y se comentaban cuantos acontecimientos tenían lugar en el mundo, con muchos otros que improvisaba esa clase de séres que en todos tiempos cree indispensable traer y llevar noticias. Los que se reunian allí eran por lo general nobles, artistas, literatos, y no faltaban aventureros que explicaban sus hechos de armas con más pedantería que sujecion á la verdad. Cuando el agua, ó las ventiscas tan comunes en aquel sitio, molestaban á los del *Mentidero*, se guarecian, unos en los claustros bajos del convento y otros en algunas covachuelas donde solian hallar la agradable conversacion de las bellas hijas ó mujer del comerciante conocido.

Servían de muchas cosas más las gradas de San Felipe el Real; circulaban epigramas que por casualidad siempre se repartian con profusion, sin poderse averiguar nunca quiénes eran el autor ni los encargados de esparcirlas; y en ellos se satirizaba á algunas damas y caballeros de la corte.

Esto solia constituir el pasatienpo más agradable de los aficionados. Cuentan que allí estuvieron de manifiesto los primeros cuadros que pintó Murillo y los de algunos otros

artistas, formando una exposicion que variaba de contínuo.

Nos hemos detenido un poco en la descripcion de las gradas de San Felipe, con el objeto de que nuestros lectores puedan tener idea de lo que llegó á ser uno de los sitios más célebres de Madrid.

La tarde en que da principio nuestra novela, se presentó agradable en temperatura, lo que, unido á las graves noticias que circulaban por Madrid, atrajeron al *Mentidero* más de cien personas, ávidas unas de saber lo que acontecia, y deseosas las demás de contar lo que habian oido. Paseando algunos, otros formando grupos y en pié todos, hablaban con calor, retratándose en sus semblantes la ansiedad. En tales momentos se decia, no sin fundamento, que acabábamos de perder una batalla en Francia; que en Flandes debia estallar la rebelion con más fuerza que nunca; que en Italia se conspiraba dia y noche; que andaban mal las cosas en Portugal, peor en Granada y las Alpujarras, y que hasta en la India ó América del Sur se temian graves disgustos. Habia algo de verdad, mucho de exageracion y bastante de mentira; y no podia ser otra cosa atendiendo á la reserva y circunspeccion de Felipe II y de sus consejeros en lo relativo á los asuntos de Estado y de la guerra, y á que se llamaba *Mentidero* al paraje que nos ocupa hasta por los mismos que concurrian á él.

Cuando las noticias estuvieron bien comentadas, principiaron los discursos guerreros, las exclamaciones, los votos y algunos augurios tan tímidos como fatales.

—¡Esto se hunde!—decia uno.

—¡La patria peligra!—añadia otro.

—No temais,—contestaba un valiente capitan;—España podrá verse abatida, pero nunca humillada; dad tiempo al tiempo, y las garras de nuestros leones harán sucumbir á todos los enemigos.

De este modo continuaron largo rato, poniendo fin á la perorata la llegada de un caballero que les era muy conocido, el cual se presentó agitado y como deseoso de decir algo.

—Nuevas, nuevas.

Gritó la multitud; se arremolinaron; cogieron en medio al recien venido, y cuando cesó el *guirigai*, producido por las contínuas preguntas de:—¿Qué hay?—¿Qué acontece?—¿Qué ocurre?—entónces hizo uso de la palabra el que acababa de llegar, exclamando á media voz y con misterio:

—La plaza y patios del alcázar están cuajados de guerreros que tienen del diestro á sus briosos alazanes. El rey, segun me han dicho, debate en este momento con los embajadores y grandes de la corte, y todo anuncia un cataclismo próximo, inminente.

—¿Y los *invencibles?*

Le preguntaron á la vez cuantos le escuchaban.

—A eso iba, señores; mi sobrino, que, como sabeis, es paje de S. M., me acaba de decir que el poderoso príncipe de Italia estaba cerca de D. Felipe, solo y encerrado; de lo cual nos es permitido deducir, que se ocupa en despachar los graves asuntos que pesan hoy sobre él.

—¿Y sus hermanos?

—Paciencia, señores; de ello me voy á ocupar. Me hallaba cerca del alcázar oyendo á mi sobrino, cuando vi llegar muy de prisa, ¿á quién direis?

—¿A quién?

—Al duque del Imperio; á ese general, el más valiente y bello de los hombres; el más apuesto y gentil; el más espléndido y generoso. Imposible parece que con un rostro tan simpático y agradable se puedan dar tajos tan terribles y estocadas tan admirables. ¡Vaya un general! Si no viviera el príncipe de Italia, sería el primero del mundo.

—Eso ya lo sabemos todos.

—Perdonad si al ocuparme de ese hombre no he podido prescindir, como de costumbre, de tributarle los elogios que merece.

—Adelante.

—Continúo: mi sobrino entró en el alcázar y yo no pude

resistir el deseo de averiguar más, por cuya razon me quedé allí esperando nuevos acontecimientos. No me equivoqué; al poco tiempo oí el estrépito producido por las pisadas de muchos caballos, y no tardaron en llegar completamente armados, ¿quiénes direis?

—¿Quién?

—¿Quién?

—Asombraos: el famoso duque de los Andes; los condes de Santomera y Monterubio, y el gigante marqués de Abella; cuatro generales que, como sabeis, donde ellos penetren allí van el triunfo y la gloria de nuestro país. Lo malo es que los seis *invencibles* se reservan mucho, y cuando se disponen á partir, claro es, que la patria se halla en peligro.

—¡Cierto!

—¡Quién lo duda!

—¿Qué más habeis visto?

—Convencido ya de que era cierto lo que se decia, regresé aquí, para que oyesen los incrédulos la justificacion de las terribles noticias que hoy circulan por la corte.

Vários de los espectadores iban á contestarle, ahogando sus voces el ruido de vários caballos que venían desde el alcázar en direccion del campo.

—¡Mirad! ¡Mirad!

Exclamaron los del *Mentidero*, fijándose todos en un grupo de seis jinetes que, á un trote sostenido, bajaban por la calle Mayor.

—Vedlos,—contestó un alférez;—son caballeros disfrazados; notad su briosa postura y... Fijaos bien en los tres de delante; parecen...

En este momento cruzaban los seis frente al monasterio y á la vez se quitaron sus chambergos, saludando de este modo al sagrado lugar por donde pasaban.

—Alto, señores ca... caminantes,—gritó Morata, que concluia de llegar en aquel instante.

Los aludidos pararon sus caballos; el bufon continuó:

—Volveos hácia nosotros, y permitid á los curiosos de este estupendo *Mentidero* que os reconozcan y sacien á su placer la febril ansiedad que les estais inspirando; os juzgan lo ménos príncipes que viajais de incógnito ó acaso los seis *invencibles* que tienen asustado al mundo con sus proezas y hechos admirables. Já, já, já. Mirad qué cara ponen; mis frases han roto el velo que os cubria, y ya empiezan á ver en vosotros á seis pobres hombres que se parecen al duque del Imperio y á sus compañeros, tanto como las noticias de estos caballeros á la verdad. Continuad, amigos mios, continuad, procurando huir de las sagaces miradas de hombres como yo; no os vayan á tomar por los héroes de la ingeniosa fábula de mi amigo Miguel de Cervantes. Já, já, já. Paso, señores abonados al *Mentidero*; proseguid cantando una plegaria á los males que suponeis afligen á nuestra patria, y guardad los aceros, que donde las dan las toman, y es muy peligroso exponerse á lo último.

El bufon desapareció sin saberse por dónde; los viajeros demostraron celebrar su chiste con una sonrisa y continuaron su camino, miéntras los curiosos quedaron en las gradas, aturdidos y perplejos ante las sagaces y burlonas frases de Morata.

Hay que exceptuar de aquel número á dos embozados, uno de los cuales se acercó al oido de su compañero y le dijo muy quedo:

—El de en medio se parece mucho al duque del Imperio.

—Creo lo mismo, porque dicen que se disfraza y descompone el rostro admirablemente.

—En ese caso,—añadió el primero,—no abrigo la menor duda de que el de la derecha es el marino Roch, el de la izquierda Alvaro Zalla y los tres restantes sus respectivos criados.

—Comprendo,—replicó el segundo;—van á Alicante y desde allí á Nápoles.

—Parece lo probable.

—Lo creo seguro. ¡Bien disfrazados van!

—De poco les ha servido.

—Es que tú adivinas.

—La noticia vale lo ménos doscientos ducados.

—Vamos por ellos á casa del embajador.

—¿Y la patria?

—¿Y nuestros bolsillos?

—Tienes razon; corramos.

Y desaparecieron los dos, dejando á los del *Mentidero* que hablasen de los chistes de Morata y de la torpeza que habian cometido, creyendo ver al principio en los seis caminantes, á otros tantos incógnitos que se dirigian sabe Dios dónde.

Eran aquellos, no obstante, los mismos que habian dicho los dos embozados.

Acompañemos á Flaviano de Osorio.

Nuestro valiente general, en medio de Roch y de su protegido Alvaro Zalla, sonrió al oir la chanza de Morata, continuando hácia adelante sin que le hiciera pensar nada el incidente que le detuvo tres minutos frente á las gradas de San Felipe el Real. Estaba anocheciendo, y á los quinientos pasos del final de la calle Mayor vió Flaviano un embozado que intentaba detenerlo con las siguientes frases:

—No os dejaré partir sin que me permitais ántes la honra de estrechar vuestra mano.

Era el bufon que salia otra vez al encuentro del duque. Este le preguntó:

—Morata, ¿qué os propusísteis con la broma que concluís de dar á los del *Mentidero*?

—Señor, áun cuando vais los seis admirablemente disfrazados, llamásteis, como habia supuesto, la atencion de esos curiosos, y entre ellos andan espías de los jefes revolucionarios de Flandes, del maldito embajador de Inglaterra y de los conspiradores de Italia; y mi chanza los ha distraido y evitado acaso el que os reconozca alguno.

—No tenía noticia,—exclamó Osorio con sorpresa,—de que existiesen en Madrid tan miserables agentes.

—No es extraño; el príncipe de Italia, que todo lo sabe, los desprecia, por lo cual nada os diria. En cuanto á vos, como esos murciélagos no llevan faldas...

—Morata, que me calumniais.

—Me consta que sois un buen esposo, señor duque; pero tan galante á la vez, tan aficionado á ellas...

—Hablemos de otra cosa. ¿Ignora tambien el corregidor la existencia de esos espías?

—No lo sé; su señoría gusta poco de los *invencibles*, por cuya razon al ocuparme de él no hago otra cosa que satirizarlo.

—Pues dile á mi hermano Julio, que auyente de Madrid á esa canalla.

—Mañana cumpliré vuestro deseo, que es el mio.

—Hé aquí mi mano, estrechadla, y hasta mi regreso.

El bufon la cogió entre las dos suyas, y después que la hubo besado, contestó:

—El cielo lleve y traiga como yo deseo al más cumplido caballero que conozco. Adios, Roch; dirigid bien la nave, que un tesoro tan sublime no deben heredarlo los pescados. Y vos, Zalla, defendedlo como merece el que os regaló una esposa que sólo tiene el defecto de no ser mia.

Los dos devolvieron al payaso su saludo y prosiguieron la ruta, miéntras aquél, embozado hasta los ojos, triste y meditabundo regresaba á palacio para servir de alfombra á su austero y grave señor.

Ya fuera de Madrid y en sitio solitario, preguntó el maestre Zalla al duque del Imperio:

—¿A dónde vamos, señor?

—Qué, ¿no lo habeis adivinado?

—A la mar,—le contestó Roch, adelantándose á Osorio.

—¿Y desde allí?

—Eso no lo sé yo.

—Vamos, amigos mios, á Alicante y después á Nápoles. No os puedo decir otra cosa siendo así que me ha dado el príncipe por escrito las instrucciones y aún no he tenido tiempo de

leerlas; más adelante lo verificaré, satisfaciendo luégo las preguntas que querais hacerme.

—¡A Nápoles!—exclamó Zalla.—Buen país.

—Sí, el mio en sólo el hecho de nacer, que en lo demás soy español.

—Le llaman el verjel de Europa.

—Con razon.

—Dicen que las napolitanas son preciosas.

—Cuando estemos allí os convencereis de que no os han engañado.

—Con qué entusiasmo lo decís, señor duque.

—Son mis paisanas.

—Cuentan que peleásteis en Italia, y son muchos los lances que la crónica refiere, en todos los cuales figura como protagonista un jóven llamado Flaviano de Osorio.

—Cierto; tuve algunos duelos, y nada más.

—Perdonad; añaden que saltábais á menudo las tapias de los jardines, escalábais los palacios...

—No prosigais; chismes y cuentos de mi hermano Mauro.

—El señor conde de Monterubio no miente jamás; creo que ni áun exagera.

—Decidme, Alvaro, ¿os ha enseñado vuestra esposa Syra, aquella hermosa griega que yo robé al príncipe Mustafá, á que me contradigais á cada paso?

—Señor, la noble compañera que me aconseja dia y noche, que forma mi ventura y que me inspira un amor grande, sublime, embriagador, me dice constantemente: «Alvaro, áun cuando llegues á príncipe y general, obedece con ciega sumision y respeto á los seis *invencibles*, y muy particularmente al duque del Imperio; no olvides un solo instante que les debes nombre y posicion; y que el último me salvó honra y vida, dándome luégo una dote digna del más generoso de los hombres y un esposo que me hace dichosa.»

—¡Qué mal tomais sus consejos, maestre!

—Todo lo contrario, señor duque; más aún que respeto os

profeso amor, y si os contradigo alguna vez, consiste en que os quiero demasiado. En Nápoles fué el jóven Osorio el terror de los amantes, el blanco de las bellas y el tema de los valientes. Lo mismo á sucedido en España, Francia, Alemania y Malta; pero muy particularmente en Italia.

—¡Ay, Alvaro! algo existe de verdad en eso; mas era en aquellos felices tiempos en que yo estaba soltero. Ahora, amigo mio, llevo detrás una cadena que no me permite dar dos pasos.

—Debe ser de papel, á juzgar por la facilidad con que la rompeis,—exclamó el marino Roch.

—¿Tambien vos, grave y entendido catalan?

—Vuestra esposa, señor duque, os teme, y á mí en su lugar me sucederia lo mismo.

—Lo creo; sois débiles, y capaces por lo tanto de entregaros con facilidad á la pasion de los celos.

—No tengo idea,—replicó Zalla,—de que hayais cometido como esposo ningun pecado mortal; pero los veniales son infinitos.

—Porque hago justicia á la belleza femenil; porque defiendo dia y noche con mi espada y lengua al sexo encantador; porque dejo que me miren y hablen, y porque hablo y miro. Esas son mis faltas. Al casarme, señores, juré amor y lealtad á mi esposa, y no dejaré de cumplir tan solemne promesa; mas no seré tan exclusivista que me concrete á sólo velar por el honor de la duquesa. Al otorgarme la Providencia una fortaleza de que carece el sexo débil, me impuso la obligacion de ampararle sin tregua ni descanso; y en esa regla no he hallado la excepcion.

—Eso mismo hacen vuestros hermanos, y á imitacion de ellos mis tres cuñados los Zallas y yo; mas sólo eso, señor duque,—añadió el marino.

—¿Qué quereis decirme, Roch?

—Que vos las mirais mucho; os gusta además hablar con todas las que juzgais bellas; oprimís sus manos con un entu-

siasmo que hace temblar á la señora duquesa, y como sois tan buen poeta, cantor y teneis una hoja de servicios tan llena de lances, batallas, escalamientos y victorias...

—Lo que realicé de soltero no hay para qué recordarlo; era libre, á ninguna seduje, y mi conciencia está tranquila. El que ahora las mire, las hable y me entusiasme ante ellas, se justifica, sabiendo que veo en todas las hermosas el perfecto cuadro que se dignó trazar la Providencia. Si ante una pintura de Rafael ó Ticiano, ó una escultura de Miguel Angel queda el hombre admirado, ¿por qué no ha de crecer su asombro al contemplar el original que se mueve, articula y presta un calor, unos encantos, una embriaguez sublimes? Sí, Roch, porque sublimes son las obras de un arte que puede llamarse divino.

Al llegar aquí, sintieron nuestros viajeros el ruido que producian las pisadas de vários caballos, viendo pasar junto á ellos y en la misma direccion, seis jinetes á escape tendido, sin darles tiempo á que pudieran reconocerlos.

—¿Quiénes serán?—preguntó Zalla.

—Lo ignoro,—contestó el duque;—y me extraña á estas horas y en sitio tan apartado de la corte el encuentro de esos hombres. Nuestros enemigos se hallan en todas partes; tienen buenos espías, segun afirma el entendido y leal Morata, y podrá ocurrir muy bien que nos hayan descubierto y seamos nosotros la causa de la precipitada marcha de los desconocidos. Sepamos, en consecuencia, si es ó no cierta la idea que me acaba de asaltar. ¡A escape!

Y picaron los seis á sus potros, corriendo cuanto les permitian lo desigual del terreno y la oscura sombra de la noche.

Nuestros valientes vestían idéntico traje, y se componia éste de un chambergo sin pluma, tabardo y ropilla de grosera lana, con fina y tupida cota de malla que les servía de calzas, subiendo interiormente hasta el cuello. Ceñian espadas de magnífico temple, dagas de Toledo, escondiendo además cada uno un par de pistolas, tan aristocráticas en aquella época, que sólo

las usaban los señores más ricos y poderosos de la corte; por esa razon las recataban cuidadosamente nuestros guerreros.

Tampoco debe extrañar á nuestros lectores que hombres tan valientes y denodados fuesen convertidos en armería; era época de emboscadas, sorpresas y traiciones, y como esta clase de soldados jamás volvia la espalda ni contaba el número de contrarios, claro es que para asegurar el éxito debian ir necesariamente provistos de todas armas. Su valor y pericia se igualaban por otra parte á los grandes conocimientos que tenían sobre los enemigos de su patria y el modo de combatir y vencerlos; muy particularmente el duque del Imperio, al que se le tenía por el primer general de Europa, después del príncipe de Italia. Aun cuando todavía era jóven, empezó á batirse desde la edad temprana, y esto fué causa de que, no obstante su juventud, se le juzgase uno de los caudillos más prácticos de España.

El maestre D. Alvaro pasaba por buen discípulo de los *invencibles*, y este era su mayor elogio. En cuanto á Roch, se le conceptuaba uno de los primeros marinos de su época; es más, con sobrado valor, entereza y talento aprendió en los abordajes y áun en los campos de batalla á manejar la espada, pistola y daga con tanta destreza y suerte que se ignoraba si en la mar valia más que en tierra.

Los tres criados eran muy á propósito para tales amos; les servían en la sala de armas; en el comedor; cuando era necesario en la cocina, y cási siempre en los lances, acometidas y batallas, donde, á imitacion de sus señores, probaban una entereza y conocimientos impropios de su clase. Siempre junto á aquellos, tomaban sus usos y costumbres, recibian lecciones de esgrima, y, como el lebrel más leal, no se acostumbraban á otra cosa que á seguir al valiente señor á quien debian muchas consideraciones, algunos golpes y á veces la vida, salvada con oportunidad en el campo enemigo.

Los de Roch y Zalla eran buenos, buenísimos, como elegidos por hombres tan expertos y experimentados; pero al del

duque se le conceptuaba una notabilidad. Le servía doce años; representaba su misma edad; nació en Sevilla, y contaba con la brillante imaginacion que parece innata en la mayor parte de los hijos de Andalucía. Al lado de Osorio se hizo hábil, sagaz, y la experiencia le enseñó lo necesario para que no hubiese un sirviente en Europa tan completo como Ros, pues este era su apellido.

Los tres criados marchaban ahora en ala á cien pasos de sus amos y hablando, como aquellos, de los acontecimientos del país y de los suyos propios. Cada uno llevaba sobre el arzon de su silla una enorme maleta con ropa y dinero de su señor; y de este modo les seguian á todas partes, sin preguntarles jamás *á dónde vamos* ni el *por qué* de nada de cuanto ocurria.

Sin descansar un solo instante anduvieron nuestros valientes seis leguas, deteniéndose al final en una venta situada en el camino. Era el sitio en que debia el duque leer las instrucciones que le dió el príncipe, mudar de caballos y cenar.

Osorio echó pié á tierra, dió algunas órdenes á su comitiva, y seguidamente entró en la venta, pidiendo por el pronto un cuarto y luz.

Cuando estuvo en aquél, cerró la puerta y fué enterándose muy detenidamente de los vários documentos que le habia entregado Silva. Terminada la lectura guardó en su escarcela de baqueta los papeles, y quedó meditando el tiempo que tardaron en penetrar Zalla y Roch.

—Todo lo ha previsto el príncipe,—dijo Osorio á sus compañeros;—después de darme cuantas noticias podemos necesitar para la realizacion de la idea que nos lleva á Nápoles, me marca el itinerario que nos conviene seguir, sin haberse olvidado de que nos precedan los caballos necesarios para el cambio indispensable á cada seis leguas, ni de que tengamos comida dispuesta en las paradas que debemos hacer hasta arribar á Alicante.

—Eso está muy bien, señor duque; mas ocurre que se nos

han adelantado, y no hay potros ni cena para nosotros en esta venta.

—¿Y el emisario que mandó mi hermano?

—Ese llegó con los cuadrúpedos y dispuso lo demás; pero es el caso que hace media hora se presentaron seis hombres con traje igual al nuestro, y fingiendo que éramos nosotros, se han llevado los caballos y destrozado la comida que les sobró.

—¡Maldicion! Morata nos dijo la verdad, y hemos sido descubiertos por los traidores. ¿No tiene el ventero otras viandas que aquellas encargadas por nosotros?

—Dice que guardaba las que ordinariamente necesita; pero que todas se las han pagado, arrojándolas después al pozo.

—¿Conserva algunos caballos?

—Los seis que han dejado nuestros enemigos; pero os advierto que se hallan en peor estado que los nuestros.

—¿Podremos dar pienso?

—Os repito, señor duque, que han asolado la venta.

—Bravo, lo tendré en cuenta al encontrarme frente á ellos, y esto se efectuará ántes de que lleguemos á Alicante.

—Sí, pero entretanto...

—Señor, ¿entro?

Gritó una voz conocida, apareciendo en los labios del duque una sonrisa satisfactoria.

—Adelante, Ros,—le contestó.—Perillan, ¿qué conflicto es ese, y qué has hecho tú?

—Yo, mi general, miéntras el maestre de campo y el capitan marino hablaban con el ventero, comprendiendo á las pocas palabras lo que ocurria, comencé á reconocer el terreno, hallando al poco tiempo al enemigo.

—¿Quién es ese?

—Dos mozos, hijos del ventero, tan robustos y fuertes como yo.

—¿Qué les ha sucedido?

—Nada; el uno tropezó con mi mano derecha, el otro con la punta del pié, cayeron en tierra, como era natural, y ayu-

dados por mi daga, que vieron brillar á la opaca luz del farol de la cuadra, supieron que tenían lengua y el uso que debian hacer de ella.

—Al grano, Ros; ¿qué vamos á cenar?

—Un par de capones que sacaron del pozo á medio ahogar; están gordos; no tienen pero, y ya condimentan la pepitoria mis dos compañeros.

—¿Y los caballos?

—En el cuarto del ventero encontré paja y cebada para ellos; pan para nosotros y muchas otras cosas que el dueño cobró y conservaba ocultas. Señor, el enemigo nos paga cena, y á los potros el pienso.

—¿Has herido á esos pobres muchachos?

—No hizo falta; los nombré cardenales, con lo cual se dieron por satisfechos.

—Ros, ten en cuenta que debiamos detenernos á mudar de caballos de seis en seis leguas, y hallar comida dispuesta para nosotros en los puntos que marca este itinerario trazado por el príncipe; y te advierto, que el enemigo hará más adelante lo mismo que en esta venta.

—Lo supongo, y espero vuestras órdenes.

—Conoces el camino por dedos; cenad los tres sirvientes á la vez que nosotros, y adelantaos, procurándonos lo necesario en puntos diferentes de los marcados por mi hermano. ¿Lo entiendes?

—Vaya si lo comprendo.

—Quiero, además, que alcancemos ántes de llegar á Alicante á esos seis miserables.

—No me parece imposible.

—Dormiremos después de haberlos...

—Ahorcado, ¿no es verdad? Pocos árboles hay en este camino, pero ya encontraremos sitio en que ejecutarlo.

—Tráenos con la brevedad posible un capon, pan, agua y vino si hay; no necesitamos más. Sin esperar á que acabemos, cenais vosotros y corred luégo cuanto podais. Ros,

pruébame en esta ocasion que llevas á mi lado doce años.

—Y que he estado en Dreux, Malta, Perú, Venecia, y donde hubo algo que dar ó tomar.

—Despacha.

—Al momento.

—Vuela.

Salió Ros, y con la mayor tranquilidad se sentaron á la mesa el duque, Zalla y el marino. Poco después volvió el criado y les sirvió lo que le habia pedido su amo, desapareciendo en el acto.

Un cuarto de hora más tarde, y cuando todavía cenaban los tres jefes, oyeron voces y luégo el escape de algunos caballos. Comprendiendo que eran sus sirvientes, continuaron comiendo y hablando más de media hora todavía.

—Partamos,—dijo por fin Osorio.

Y salieron, hallando á pocos pasos los caballos sujetos del diestro por el ventero y sus hijos. El duque les alargó una moneda de oro, y acto contínuo siguieron su interrumpida carrera.

CAPITULO III.

Desde la venta a Alicante.—Los tres sirvientes.—Misterio.—Embarque.

Es indudable que traia preocupado á nuestro valiente general la ilimitada osadía de sus menguados enemigos. Teniendo en cuenta el gran poder de los *invencibles* y el temerario arrojo de cuantos les rodeaban, no se comprendia que hubiese nádie capaz en España de hacer lo que estaban realizando ahora los seis incógnitos que caminaban delante del duque del Imperio. Cuando de tal modo obraban, claro es que lo reconocieron y sabían, ó sospechaban al ménos, el plan que llevaba escrito y guardado en su escarcela; anteponerse á él, quitarle sus caballos, cena, y entorpecerle una marcha dispuesta por el rey y por el príncipe de Italia, era tan audaz que lo estaban viendo y no lo comprendian Roch y Zalla.

—Pardiez,—exclamaba para sí Flaviano;—hay en España seis hombres que se atreven conmigo, y la noticia no puede ménos de sorprenderme. ¡Quiénes serán! No me importa; los cogeré, encargando al diablo que averigüe su procedencia.

Y concluia por gritar:

—A escape, señores, he dicho; obligad á esos potros, que mi criado Ros hallará otros cerca de aquí.

—No hay necesidad de correr tanto,—contestó el marino,—porque de llegar á la vez que los sirvientes, claro es que les faltará tiempo para proporcionarlos.

—No importa; Ros me conoce demasiado, cuenta de seguro con mi impaciencia y hará volar á su caballo. Nos lleva además media hora de ventaja, y con treinta minutos le bastan al sagaz sevillano para realizar cuanto se proponga.

—Pues entónces corramos cuanto querais: mejor dicho, cuanto puedan nuestros pobres cuadrúpedos.

Y prosiguieron su marcha con pasmosa celeridad. No obstante el frio de la noche, los caballos iban cubiertos de espuma, fatigados en extremo, y á poco más hubieran caido reventados si una voz conocida de nuestros guerreros no les gritara:

—¡Alto!

Los tres contuvieron su rápida carrera, viendo á su derecha á los criados de Zalla y Roch.

—¿Qué haceis aquí?—les preguntó Osorio.

—Señor,—contestó el primero,—nos hallamos á la entrada de Aranjuez obedeciendo la órden que nos ha dado Ros, el cual asegura que regresará pronto con seis caballos.

—Lo creo; sabe que reside aquí un pariente mio, y estará tomando por asalto sus caballerizas.

Así era efectivamente, pues no tardó en aparecer seguido de dos criados y seis potros. Notando la llegada de su amo, se acercó y le dijo:

—Señor, vuestro primo el vizconde se halla cazando á tres leguas de este sitio; hice levantar á sus criados, y como todos me conocen no han vacilado en dejarme elegir los seis mejores caballos que hay en Aranjuez.

—¿Saben que estoy yo aquí?

—No, señor; les hablé mucho de vos, de vuestros cinco hermanos, de S. M., de acontecimientos terribles; los he aturdido, y la verdad es que ignoran lo que ocurre.

—Muy bien; montemos, y continúa lo mismo. ¿Llevas oro bastante?

—De sobra.

—Donde no te los dén, los compras; y si en algun punto se resistieran á prestarlos ó venderlos, ya sabes...

—Sí, con el derecho de la fuerza...

—Eso es. ¡A escape!

Y un minuto más tarde corrian de nuevo, delante los criados y detrás los amos.

En cuanto á los sirvientes del primo de Osorio, confusos y aturdidos los vieron partir, sin atreverse á decir otra cosa que:

—Cuando Ros nos ha dicho eso, cosas graves acontecen.

Y llevando cogidos del diestro los seis espumeantes y cansados potros que dejaban los viajeros, se retiraron al palacio de su amo.

Ros y sus compañeros obligaban ahora á los cuadrúpedos á que imitasen la rapidéz del águila, obedeciendo estos la voluntad de aquellos y los dos sirvientes al experto andalúz, siendo así que tenía sobre ellos cási la misma preponderancia que el duque sobre Zalla y Roch.

Los tres amos caminaban tambien muy de prisa, mas no tanto como los que les precedian, para dar á estos el tiempo indispensable al cambio de caballos.

En Almaguer halló Ros otros seis, ménos fogosos que aquellos que dejaban, pero descansados, ligeros y de buena sangre. Con los nuevos consiguieron llegar á Pedernoso, donde encontraron Osorio, Roch y Zalla, desayuno y nuevos cuadrúpedos que montaron á la hora de haber llegado, prosiguiendo en ellos hasta la venta del Pinar. Allí tornaron á cambiarlos, sin descansar, ínterin no estuvieron en la Gineta, en cuyo pueblo debian comer.

En una posada que existia á la entrada de la poblacion, vió Osorio á los criados de Zalla y Roch, y acto contínuo se reunieron los seis, entrando el primero y sus dos amigos en un cuarto que tenían dispuesto. Llevaban andadas treinta y

cinco leguas próximamente, y no obstante la indisputable fortaleza de aquellos hombres, ya el cansancio y la fatiga empezaba á rendirlos; verdad es que la marcha realizada hasta entónces era excepcional.

Los tres se sentaron, y apoyando el brazo derecho en la mesa que tenían delante, y la cabeza en aquél, quedaron dormidos.

Media hora después los despertaba Ros, diciendo á su amo:

—Señor, la comida.

—¿Cuánto he descansado?

—Poco más de treinta minutos.

—Lo suficiente hasta Alicante. Agua, Ros.

—Pongo el mantel, miéntras llegan mis compañeros con ricas viandas, buen vino y agua... Señor, el agua de la Mancha es fatal; no la bebais sola.

—Es verdad. ¿Por qué me miras así?

—Señor duque, he visto á los seis incógnitos.

—¿De cerca?

—Bastante.

—¿Los has reconocido?

—Imposible; son rostros que he mirado hoy por vez primera.

—Podrán ir desfigurados como los nuestros.

—Sus facciones me son completamente extrañas.

—¿Qué te han parecido?

—Españoles, buenos jinetes y muy audaces. Es gente que sabe lo que hace.

—¿Dónde se hallarán?

—En Albacete comiendo lo dispuesto para nosotros y apoderándose de nuestros caballos.

—¿Qué delantera nos llevan?

—Media legua próximamente.

—Entónces esta noche les daremos alcance.

—Opino, señor, porque sigamos como hasta aquí en tanto que no lleguemos á Petrola. Allí nos proporcionará el viz-

conde de Alar seis magníficos caballos, y con ellos podremos fácilmente detenerlos ántes de llegar á Yecla.

—Acepto la idea; comamos.

Los sirvientes dejaron á sus amos las viandas, tomaron de pié unos fiambres, y sin perder más tiempo se dirigieron al pueblo que acabamos de indicar.

Media hora más tarde verificaban lo mismo Osorio, Roch y Zalla, sin tanta precipitacion como anteriormente.

Bastante entrada ya la noche arribaron á Petrola; el vizconde les facilitó sus seis mejores caballos, y unidos amos y criados prosiguieron adelante. Sin detenerse preguntó el duque á Ros:

—¿Has vuelto á ver esos hombres?

—No, señor; pero me he enterado en el pueblo que dejamos atrás, y acababan de cruzar por él cuando llegábamos nosotros.

—¿Dónde deben mudar caballos?

—En Montealegre.

—Dista tres leguas, sus potros están rendidos, y puesto que los nuestros van descansados, debemos alcanzarlos ántes de que distingan ese pueblo. Corramos, señores, que en breve, si logro mi intento, os daré el descanso que querais.

Y los seis obligaron á sus briosos alazanes á continuar un escape no interrumpido.

A la hora y media les pareció distinguir unos bultos que corrian delante de ellos; entraron en Montealegre, se detuvieron en la posada en que aquellos debieron mudar caballos, oyendo con sorpresa que no habian llegado aún, y que estaban á disposicion del duque los seis potros que el príncipe de Italia les mandó preparar allí.

—Gracias á Dios,—exclamó Osorio,—que encuentro algo de lo que me ofreció mi querido hermano; cenemos; luégo cambiaremos de cuadrúpedos, y puesto que el enemigo se ha quedado no sé dónde, seguiremos ahora el itinerario trazado por el príncipe.

—¿Pero dónde estarán esos hombres?—preguntó Zalla, confuso como Roch y los tres criados.

—No es fácil adivinarlo, señor maestre,—le contestó Osorio;—mas se deduce, que yendo delante de nosotros y no habiendo penetrado aquí, claro es que dejaron la carretera para entrar en alguna vereda de las que hay á derecha é izquierda del camino.

—Eso prueba,—dijo Roch,—que nos han visto ó escuchado la carrera de nuestros corceles, y temen que les demos alcance.

—Exactamente.

—¡Cobardes!

—¿Queriais, por ventura, que nos esperasen?

—¿No son seis como nosotros?

—Sí, pero saben distinguir la diferencia de calidad.

—Busquémoslos, señor duque.

—No intentaré semejante locura.

—¿Por qué?

—Es cási imposible adivinar la ruta que llevan; y si á esto se une la oscuridad de la noche, juzgo una molestia inútil la realizacion de vuestro intento. Notad, por otra parte, que son ellos los encargados de espiarnos, y perdiéndoles nosotros de vista no nos pueden percibir ellos; cenemos, pues, y sigamos como al salir de Madrid.

Así lo hicieron, dejando á Montealegre á la hora de haber entrado en él.

En Yecla preguntaron por los seis incógnitos y nádie les dió razon; lo mismo les sucedió en Sax, Elda, Monforte y Alicante, donde llegaron á las cincuenta y ocho horas de haber salido de Madrid, y en cuyo tiempo anduvieron las sesenta y una leguas que dista dicha capital de la corte de España.

El Gobernador, que era amigo de Osorio, y tenía órden del príncipe de esperarlo aquel dia, los recibió en su palacio, poniendo á disposicion de los viajeros, mesa, cama, y cuanto pudieran necesitar. Aceptado tan generoso ofrecimiento, durmieron cinco horas, se pusieron después á comer, y última-

mente se encerraron Osorio y el Gobernador en el despacho del último.

—Puesto que sabeis mi marcha á Napoles,—dijo el duque,—excuso hablaros de ella, concretándome á preguntaros si tengo buque disponible y cuándo podremos partir.

—Hace tres dias recibí un pliego del príncipe, en el que me daba las instrucciones necesarias. Desde aquel instante procuré no sólo el barco, si que tambien los medios de que consigais llegar á Nápoles sin excitar sospechas ni ser reconocido por nádie.

—Era cuanto Silva y yo deseábamos; y si lo conseguísteis, nos dareis una prueba más del interés y acierto con que desempeñais todo lo que tiene relacion con nosotros.

—Hizo la casualidad que hubiese en el puerto una hermosa galera cargando víveres y admitiendo pasaje, cuando recibí el parte, y sin que nádie sospeche la he detenido dos dias, pretextando una causa justificada. Al llegar vos, dispuse que un dependiente mio tomase los tres camarotes principales, que de intento mandé reservar, alcé la órden de retencion y al amanecer saldreis de aquí con nombre supuesto.

—Todo eso está muy bien, gobernador; pero es el caso que al partir de Madrid fuí descubierto; se me han adelantado seis hombres, y temo que hayan llegado ántes que yo á Alicante y que entremos juntos en Nápoles.

—¿Qué señas tienen?

—Si yo los hubiese visto, positivamente no les dejo correr tanto.

—Cierto; é inmediatamente reconoceré á toda la gente de á bordo, sacando de la galera al que me parezca sospechoso.

—Primero la retencion, y luégo ese otro acto, excitarán la admiracion y curiosidad de tripulantes y pasajeros, se fijarán en nosotros, y no me agrada ser descubierto otra vez. Creo más conveniente partir en un buque de la marina real y que continueis impidiendo salir la galera ocho ó diez dias más, sin perjuicio de practicar pasado mañana las averiguaciones que os parezcan.

—Era mejor, ciertamente; pero en la actualidad no existe en Alicante ninguna nave que pertenezca á S. M.

—¿Qué gente lleva la galera?

—Su patron, un contramaestre, tres pilotos y veinte hombres, los unos marineros y grumetes los otros; siguen á éstos cuarenta pasajeros, entre los que hay comerciantes, empleados en Nápoles, un misionero, cinco militares, tres mujeres y cuatro niños. El barco lleva á Italia diferentes mercancías, y lo mismo su jefe que el consignatario y dueño me merecen entera confianza.

—Opto entónces porque no se haga nada absolutamente, y quiere decir que durante la travesía yo averiguaré todo lo necesario; y si me siguen hasta allí algunos de mis enemigos, ya veremos de inutilizarlos para que no lleguen á desembarcar en Nápoles.

—¿De qué medio os vais á valer?

—Aún no lo he pensado; pero ofreciendo confianza el patron, nada temo, ni me ocuparé de eso hasta que estemos en alta mar.

Todavía continuaron hablando sobre el embarque, llamando después á Roch, el cual recibió órdenes del duque, cuya realizacion dispuso en aquel instante. Más tarde entró el criado de Flaviano, siendo encargado por su amo de comprar vários efectos.

Eran las tres de la tarde, y á poco más de las cuatro embarcaron Ros y sus dos compañeros cuanto llevaban y habian adquirido en Alicante, quedando los tres, en union de Roch, en el barco que debia conducirles á Nápoles.

El duque y Zalla permanecieron en el palacio del gobernador hasta la madrugada del dia siguiente en que se despidieron de aquél, y sin permitirle que saliera de su estancia partieron al muelle, saltando luégo á una lancha que los condujo en diez minutos á la galera *Trinidad*.

Seguian con la piel barnizada, su cota interior y el grosero traje que sacaron de Madrid. De este modo se presentaron

sobre cubierta, cruzaron algunas frases con el patron, quedando junto á la obra muerta en observacion, primero, de los rostros de cuantos pasajeros habian llegado ántes que ellos, y después de los que contínuamente subian.

Ros se acercó á su amo, diciéndole:

—Señor, han permanecido esta noche con nosotros cinco hombres; los he espiado, y nada noté que merezca llamar vuestra atencion.

Más tarde se aproximó Roch, añadiendo:

—Señor duque, el patron es honrado, áun cuando algo ignorante; no se parece á Salomon en sabiduría ni á la de Évoli en maldad. El resto de la tripulacion guarda analogía con su jefe. Reconocí todo el barco, y desde la cubierta al fondo de la bodega no hay nada que excite mis sospechas.

—Muy bien, mi querido capitan de marina; seguid realizando mi plan, y si ese hombre fuese torpe evitad que nos ahogue.

Quedaron otra vez solos Zalla y Flaviano, sin apartar la vista de las lanchas que llegaban con viajeros.

A las siete de la mañana el buque estaba en disposicion de partir, y minutos más tarde se dió la órden de levar ancla y hacerse á la mar. El duque y Alvaro habian visto el embarque de seis hombres que quedaron mirándolos fijamente, se dividieron luégo en dos grupos y hablaron entre sí con recato.

Poco después comenzó el barco á moverse impelido por la fuerza de diez remos y una brisa suave que recibia por estribor, chocando en las tres únicas velas que llevaba.

La mayor parte de las embarcaciones de aquella época usaban de ménos velámen que las de ahora, supliendo este defecto y la carencia de adelantos aplicados posteriormente, con remos que impulsaban la nave á la vez que el viento. Eran estas galeras bastante pesadas, calaban mucho, por todo lo cual prolongaban sus viajes cási el doble que nuestros modernos buques de vela.

Era el dia 31 de Enero, y en el Mediodía de España reinaba una temperatura fresca, pero agradable. El sol comenzó á bañar el Mediterráneo, y en tanto que se dirigia la galera al Sur, corria aquél hácia Oeste del modo que hemos expuesto.

Los viajeros todos, sin excepcion, en torno de la obra muerta, contemplaban el castillo de Alicante que se elevaba majestuoso, combatido por las aguas del mar y rodeado de casas, palacios, árboles y cien pequeñas embarcaciones que con su vela latina parecian inmensa bandada de palomas que iban y venían de Este á Oeste y de Norte á Sur. El cuadro era tierno para los que se veian obligados á dejar la madre patria, y sublime para el observador que, amortiguadas sus afecciones, podia fijarse con calma en la pintoresca playa del reino de Valencia que empezaba á desaparecer de la vista.

Media hora después, el castillo, las casas y la costa se presentaban como una faja oscura que fué poco á poco perdiéndose hasta quedar á la mirada del hombre el solo extenso círculo de agua, por cuyo centro se navega sin distinguir otra cosa que el mar, el cielo, algunas aves y de vez en cuando una vela que desaparece, vuelve á contemplarse y así continúa, ínterin la noche ó el viento no la cubren ó alejan.

La mayor parte de los pasajeros de la *Trinidad* exhalaron un suspiro, que puede traducirse por el último y angustioso adios que el navegante dirige á su patria en el instante de perderla de vista. Poco á poco se fueron separando de la obra muerta, marchando unos á sus camarotes, otros á la cámara, y siendo pocos los que quedaron sobre cubierta. Ros, sus dos compañeros, el duque, Zalla y Roch dejaron las espadas, y conservando debajo de los tabardos las pistolas y dagas, hablaban entre sí, separados los amos de los criados, indiferentes á todo y atentos sólo á llenar cumplidamente el papel que representaban.

Trascurrió el dia sin incidente alguno que merezca relatarse. El viento era flojo, la mar continuaba tranquila y la galera andaba poco, pero con movimiento agradable.

Llegó la noche, los pasajeros cenaron, y á las nueve todos se habian retirado á sus camarotes, donde fueron quedándose dormidos los que no estaban mareados.

El duque del Imperio se despidió de Zalla y penetró tambien en su diminuta alcoba. Sobre una pequeña mesa tenía un libro, que comenzó á leer á la opaca luz de la lamparilla que habia mandado llevar. Así permaneció hasta cerca de media noche, que una voz muy conocida le dijo:

—¿Señor?

Flaviano dejó el libro, contestando:

—Entra.

Y apareció Ros con un colchon y almohada que extendió al pié de la puerta, después de haberla cerrado. Seguidamente se acercó á su amo, añadiendo:

—No hay cuidado, señor duque; á la derecha está el capitan Roch; á la izquierda el señor maestre; esa tabla de enfrente nos separa del mar, y ésta de la cámara donde duermen tranquilamente los cuatro ó cinco que no tienen camarote.

—¿Qué has hecho?—le preguntó su amo.

—Observé cuanto cabe en lo posible; oí cási todo lo que hablaron, y aquí me teneis dispuesto como siempre á obedeceros.

—¿En qué se ocupan esos seis hombres?

—Roncan.

—¿Lo fingen?

—No, señor; soy yo muy desconfiado y no me fio de apariencias.

—¿En dónde duermen?

—En un camarote de cubierta, situado junto al del capitan.

—¿Reunidos los seis?

—Cabal.

—¿De qué hablaron?

—De muchas cosas.

—¿Quiénes son?

—Seis miserables.

—¿Cómo se llaman?

—Señor, no está aquí la parroquia con sus fes de bautismo.

—Bergante, si te arranco la lengua cesarás de ser insolente.

—Es verdad; pero me quiere mi señor con ella, y me dejará como estoy.

—Ya hace tiempo que no pruebas el pomo de mi espada; pero te aconsejo que no te olvides de él.

—Lo tengo muy marcado en muchas partes de mi cuerpo, señor duque.

—¿Y el remo de Malta?

—Con la vara de Cartagena, los cordeles de Madrid, la baqueta de Dreux, y tantas otras cosas con que mi general me ha honrado y favorecido.

—Por torpe.

—Sólo mi señor lo dice, y en esta única ocasion opino yo como todos los demás y no me equivoco.

—¿En qué se conoce?

—En que nací en Sevilla...

—Suelen ser listos tus paisanos; pero tú tienes de todo.

—Ya lo creo; me acompaña el talento, me sobra valor, manejo bien las teclas de la sociedad, y soy un criado digno del amo que pasa por el primero de los nacidos.

—¿Quiénes son esos hombres?

—No dijeron sus apellidos; pero obedecen al embajador de Inglaterra, el cual dirige todas las plagas y conspiraciones que amenazan á nuestro país.

—¿Son españoles?

—Castellanos viejos.

—¿Qué piensan?

—Saben quiénes somos; es decir, quién sois; que vamos á Nápoles, é intentan participárselo á los jefes de no sé qué tremenda conspiracion.

—¿Les oiste bien?

—Sí, señor.

—¿De qué modo?

—Tendido en el suelo, fijo el oido en la puerta del camarote y la mano derecha en el mango de mi daga.

—¿Qué más dijeron?

—Que cuentan con mucho oro, y que en Italia les esperan mujeres hermosas, lances sin cuento y un raudal de placeres.

—Me parece que se equivocan.

—Y á mí tambien.

—¿Temen que yo haya reparado en ellos?

—Todo lo contrario; cuentan que no os habeis dignado mirarlos, y aplauden vuestra indiferencia.

—Ros, tú deduces bien y comprendes mejor; en cuyo caso podrás decirme qué otra mision lleva á esos hombres á Nápoles.

—Les han encargado un imposible, amo mio; pretenden nada ménos que sorprender al duque del Imperio y asesinarlo, en el caso de que no lo logren los conjurados.

—Es decir, que en el barco no osarán molestarnos.

—Léjos de eso, aquí temen mucho.

—Veo que el instinto de esos hombres no les engaña.

—¿Quereis que los tiremos al mar ó los encerremos en la bodega?

—Aún es pronto; puesto que en la travesía nada intentan, déjalos que confien, y de ese modo podrás oirles cuanto me hace falta.

—¿Os desnudo?

—Sí.

—¿Completamente?

—Como en Madrid, y deja que duerma lo que quiera, toda vez que nuestra ocupacion ha terminado hasta que lleguemos á Nápoles.

—La mia no.

—Ros, tira con suavidad; nota que me araña la piel ese

maldito tabardo más aspero aún que tus dedos. Ahora saca la cota; con cuidado. Deja las cuatro pistolas sobre la mesa y échate.

—¿Apago la luz?

—Sí.

—Con este movimiento se descansa mejor que en tierra. Yo nací para marino.

—No; para todo lo malo.

—No seré tanto, cuando vos me estimais de un modo...

—¿Quién te lo ha dicho?

—La señora duquesa.

—¡Ay, Ros, qué recuerdo!

—¡Ay, señor! tambien yo pensaba en mi Josefa.

—¿En quién?

—En la moza de más garbo que existe en Madrid.

—¿Pues y la doncella de la condesa?

—¡Bah! ¡bah! no me sirven las doncellas, mi general. Parece innato en el oficio aquello de *contrato matrimonial*, *boda*, *union eterna*; tres ideas, señor, que hielan mi sangre.

—Y la mia, Ros, y la mia; es decir, ántes; ahora...

—¡Qué tiempos, señor duque! Cuando érais soltero, teníamos un lance por dia y una mujer...

—Dejadme dormir, Ros; aquello acabó para siempre, y te advierto que en cuanto volvamos á Madrid te caso.

—¡A mí! primero me arrojo al Manzanares, y si está seco tomo veneno, y si no bastase, la punta de mi puñal...

—Duerme, nécio, duerme, que ya te demostraré lo feliz que es el hombre casado, cuando no se halla como yo ahora; es decir, separado de su mujer y sin esperanza de verla en mucho tiempo.

—Dormiré, señor; pero os ruego, por la Vírgen, que me dejeis soltero; basta con una víctima; pues á pesar de las bondades que vais á referirme...

—Calla, Ros.

—Buena noche; hasta mañana. Qué bien se viaja y se ha-

ce todo cuando uno no piensa en que va dejando atrás lo que pueden robarle en un país de *osos y lobos*. A mí qué me importa que Josefa... Lo que es yo, en Nápoles...

—¡Son tan hermosas las napolitanas!

—Dicen eso, y como yo estoy soltero.

—Te voy á sacar la lengua.

—Señor, *ojos que no ven...*

—¿Y la conciencia?

—Ese es el enemigo, mi general, se le vence y negocio concluido. Los conjurados tendrán hijas que se opondrán á nuestros designios, y es preciso, indispensable ganarlas.

—Qué malos ratos vamos á pasar, Ros.

—Todo lo contrario; nos aguarda un paraíso.

—Sella los labios.

—Al momento. Benditas sean todas las napolitanas, bellas y amables.

—¡Ay!

Exclamó el duque, y poco después quedaron ámbos dormidos.

La mar seguia tranquila, el viento flojo, oscura la noche, y la galera proseguia surcando el Mediterráneo con su proa á Oriente, andando de seis á ocho millas por hora.

CAPITULO IV.

La tempestad.—Conflicto.—Pánico.—Los momentos que preceden al naufragio.—Roch.—La costa de Africa.

A la mañana siguiente se llenó la cubierta de la galera con todos los pasajeros que conducia. El viento habia cambiado, caminaban de bolina y el barco corria ahora con gran rapidéz por aquella superficie blanda, azulada y poblada de ondas que rizaba el viento caprichosamente. Se distinguian algunas nubes hácia el Oeste, no impidiendo en consecuencia que el sol dorase el agua con sus brillantes rayos, ni que apareciera su majestuosa faz por Oriente tornasolada de radiante fuego. La alegría se retrató en los semblantes de cási todos los viajeros; Roch, no obstante, miró las nubes diseminadas por el espacio, luégo la aguja, moviendo acto contínuo la cabeza con señales inequívocas de disgusto. Más tarde se acercó al duque y le dijo:

—Tendremos tormenta, y probablemente peligrará la galera.

—¿En qué lo habeis conocido?

—En el viento, en las nubes y en muchas señales que la presagian.

—Capitan, ¿sabeis el principal objeto que se propusieron el rey y el príncipe al mandaros que me acompañáseis?

—Sí, señor; pero temo que llegado el conflicto no me obedezca la tripulacion.

—Primero aconsejadles bien; si hubiese realmente peligro, arrojad el incógnito y mandad, que yo haré se cumplan vuestras órdenes.

—Está bien; sólo os ruego que no os admire áun cuando nada disponga hasta el momento dado.

Y desapareció de junto á Osorio, miéntras éste entraba en el camarote del patron, al cual preguntó:

—¿Qué viento corre?

El aludido le miró, y encogiéndose de hombros, hizo un signo negativo que nada queria decir. Osorio añadió:

—Patron, en España hay la costumbre de contestar cuando se interroga, y el que seais marino no es razon para que falteis á la urbanidad.

—¿Qué entendeis vos de vientos, para venir con esa pregunta?

—Veamos si teneis ó no razon; nos hallamos próximos al cabo de la Nao, por frente del cual cruzaremos en breve, dejando á la derecha á Ibiza; hay costa á sotavento, aumenta el aire y no os atreveis á mandar arriar mucho cable.

—¿Sois marino?

—No; militar, y mejor educado que vos.

—Os diré, para que varieis de opinion, que llevamos un vientecillo duro del segundo cuadrante.

—¿Qué pensais del tiempo?

—Bueno, bueno; no se puede pedir más.

—¿Y esas nubes que tenemos á Oeste?

—Pronto las dejaremos atrás.

—Se me figura, patron, que nos amenaza un chubasco, el cual os ha de poner en cuidado.

—Cuando digo yo que hablando con vosotros se pierde el tiempo y la paciencia.

—¿Por qué?

—Ya lo veis; las cosas de la mar son para los marinos.

—Es que yo entiendo un póco de todo.

—Tan poco debe ser que se parece á nada.

—Os voy á dar, no obstante, un consejo: abandonad el camarote, subid al castillo y observad mucho, previniendo de este modo el peligro que os amenaza. ¿Notais cómo arrecia el viento? Ved las nubes que se van corriendo á estribor.

—Teneis razon; mas no hay cuidado por ahora.

—Salid pronto, disponiendo alguna maniobra preventiva.

El patron dudó, concluyendo al fin por obedecer á Osorio. Este buscó á Roch, pero nada le dijo, siendo así que el entendido capitan se hallaba junto al timonel, observando la aguja y hablando con el práctico.

Diez minutos más tarde se cogió el duque al brazo de Zalla, diciéndole:

—Vamos á la cámara, amigo mio, y almorcemos.

—Con buen apetito os levantais hoy.

—No lo creais; temo únicamente que dejemos de verificarlo después, por cuya razon me parece conveniente adelantar la hora.

—¿Qué acontece, señor?

—Nuestro amigo Roch opina que nos amenaza un temporal, y yo juzgo que está próximo.

—Yendo con nosotros el sábio catalan, nada debemos temer.

—Es muy entendido, Alvaro, y todo se puede esperar de sus grandes conocimientos y práctica; mas cuando se desencadenan los mares, el viento y el agua, suele ser poco lo que opone el hombre á tan fieros elementos.

—Entónces almorcemos y que la Providencia disponga lo que juzgue conveniente.

Y los dos bajaron á la cámara, siendo servidos por Ros y el criado del maestre.

Cuando terminaron se fueron reuniendo los tres sirvientes

á los amos, tornando á cubierta los cinco para situarse junto á Roch.

El viento arreciaba por instantes; las nubes, quietas no há mucho y diseminadas al Oeste, corrian ahora hácia Levante y Sur, no dejando duda alguna de que, más ó ménos terrible, les amenazaba el temporal previsto por el capitan de la marina real.

Todos los pasajeros subieron sobre cubierta, preguntando al patron si existia peligro; pero aquél andaba de un lado para otro dando disposiciones, sin cuidarse para nada de las sospechas ó frases que le dirigian los profanos.

Roch, ese inmutable marino que jamás lograban aturdirle los huracanes ni los piratas, los enemigos de tierra ni los contratiempos de la mar, proseguia junto al timonel, con los brazos cruzados, la mirada vaga y sombría, y como abstraido por una idea que en breve debia realizar. Cuando se fijaba en el patron aparecia en sus labios una sonrisa de desden, y al ver funcionar á sus subordinados movia la cabeza con disgusto, é inclinaba la frente.

Cuantos iban en la *Trinidad* conocian la celebridad de Roch; pero ignoraban que se encontraba allí, no siéndoles dado adivinar que hombre tan eminente fuese entre ellos, llevando cubierta su piel con un barniz que lo desfiguraba completamente, y su cuerpo con grosero traje impropio de su posicion y de la esplendidez en que vivia. Como todas las reglas tienen excepcion, tambien la habia en lo relativo al capitan marino: hemos dicho que á ninguno le era fácil reconocerlo, y si en general sucedia así, no en la totalidad, segun se deduce de las miradas que solian dirigirle los seis á quienes espiaba contínuamente el criado de Osorio. Estos hombres lo descubrieron ya en Madrid; sabían quién era, y á pesar de las funestas intenciones que tenían, le miraban ahora con un interés que no abrigaron jamás por nádie. Roch formaba ya la esperanza de aquellos malvados, únicos que sonreian al contemplarlo junto al timonel y recordar su gran popularidad.

El viento Norte, que fué endureciendo más y más, acabó por desencadenarse y dar impulso á la galera, en forma de torbellino que la impelia de un lado para otro, sin direccion fija y con gran peligro de estrellarla.

Las nubes cubrieron el espacio; el sol quedó oculto, y á las diez de la mañana reinaba una oscuridad que parecia el anochecido.

El oleaje fué poco á poco creciendo, declarándose por último un temporal tan horroroso, que hasta el patron y sus subordinados temian no volver á contemplar la tierra.

Roch permanecia impasible; los seis incógnitos le miraban ahora con disgusto y desesperacion, y Osorio, Zalla y tres criados, detrás de aquel é indiferentes á todo, no les extrañaba la inmovilidad del jefe catalan; así es que ni ninguno de ellos se atrevió á decirle nada.

La cubierta se habia llenado, no sólo de pasajeros y marinos, sino tambien con el cocinero y restantes empleados de la galera. Cogidos unos de las manos, otros á los palos y obra muerta y temblando la mayor parte, sufrian los golpes de mar que azotaban sus cuerpos, los cubrian de espuma y amenazaban tragarlos. Gritaban unos; maldecian otros; vários imploraban la misericordia divina, formando coro con el silbido del huracan, el espantoso ruido de las olas y los bramidos de la tormenta.

De pronto se oyó una voz que dijo:

—¡Unicamente á Dios le es dado librarnos de perecer!

Todos se fijaron en el que acababa de hablar, viendo al religioso misionero que les acompañaba, el cual cayó de rodillas, y alzando los brazos, continuó:

—¡Arrecia el huracan, el embate de las olas se hace irresistible, el navío se abre y el abismo nos confundirá en breve! ¡Sólo tú, Señor, puedes salvar á estos infelices! ¡Misericordia, Dios mio!

—¡Piedad, Señor, piedad!

Contestaron cási todos; las madres se abrazaron á sus hi-

—¡Arrecia el huracan, el embate de las olas se hace irresistible, el navío se abre y el abismo nos confundirá en breve! ¡Sólo tú, Señor, puedes salvar á estos infelices; misericordia, Dios mio!

—¡Piedad, Señor, piedad!

jos, y hasta los más valientes quedaron sin voz ni movimiento.

En el mismo instante escucharon un ruido espantoso en el buque, á aquel siguió un golpe terrible, y la galera quedó tumbada sobre su costado estribor. Un piloto dijo:

—¡Buque á la banda!

El patron miró con ojos espantados lo que acababa de suceder, articulando:

—¡Todo se ha perdido! ¡Que Dios nos ampare!

Nádie le contestó. Tendidos unos y abrazados otros, sólo esperaban la muerte, cuando se presentó sobre cubierta el capitan Roch, sin barniz en el rostro, luciendo su insignia de capitan de la marina real, y con voz tranquila exclamó:

—Soy el marino Roch, y voy á salvaros; pero es indispensable que todos me obedezcais.

—¡El capitan Roch!

Murmuraron algunos, continuando aquél:

—Marineros y grumetes, conducid los pasajeros á la cámara. Y vosotros,—añadió al duque, Zalla y criados,—coged al patron y encerradlo en mi camarote. ¡Vivo!

Bastó con Ros para que aquel bajase las escaleras de la escotilla y fuera á ocupar el sitio que le habia sido destinado.

—¡Ay del que no obedezca á Roch!

Exclamaron el duque, Zalla y criados, enseñando las hojas de sus dagas, y ayudando á los tripulantes á dejar libre la cubierta de cuantos pasajeros la ocupaban.

Instantes después esperaban las órdenes de nuestro marino los tres pilotos, el contramaestre y los veinte marineros y grumetes. Detrás estaban Osorio, Zalla y tres sirvientes, únicos pasajeros que permitió el capitan en torno suyo.

El huracan seguia, las olas aumentaban y la galera permanecia á la banda, corrida la estiva y en inminente peligro de hundirse en la mar. Eran precisos todo el talento y conocimientos del famoso marino para ahuyentar la catástrofe, y en verdad que hasta Osorio temia fuesen insuficientes en la presente ocasion.

Sin aturdirse Roch ni demostrar sobresalto alguno, empezó por animar á los tripulantes, mandando luégo con el acierto y serenidad que tenía de costumbre.

—Una guindaleza al momento,—gritó,—amarrando en su chicote grandes boyas, las mayores que encontreis.—Y esperó á ser obedecido.

—Aquí está.

Le contestaron quince minutos después. El capitan añadió:

—A la mar por una de las portas de la aleta de sotavento. Abreviad. Si no basta con esa guindaleza otra al punto, amarrando en el chicote la verga de juanete, batalon y percha.

Poco después quedó el barco adrizado y viró por redondo, obligado por la guindaleza y el viento.

Conseguido el objeto de tan difícil maniobra, tornó á exclamar Roch:

—Fondo á todas las anclas; aferrad las velas redondas y arriad las de estay.

En esta segunda operacion, como en la anterior, ayudaban á los marinos y grumetes los tres timoneros y contramaestre: primero echaron el ancla que estaba más á barlovento; en seguida la de escoben; después la de la banda de estribor próxima á la proa, y así sucesivamente hasta dejarlas caer todas, quedando el buque *haciendo* por sus anclas, las que formaban cási una misma línea en la proa, de modo que aguantase el esfuerzo por igual.

La tripulacion de la *Trinidad* miró con asombro á Roch; Osorio y Zalla lo abrazaron, y la alegría comenzó á retratarse en los semblantes.

Del modo que dejamos expuesto, sufrió la galera media hora más de temporal, pero continuando derecha, sin perder un palo ni el más pequeño pedazo de la obra muerta.

Roch mandó cerrar al principio las escotillas, incomunicando á los pasajeros con los que estaban sobre cubierta.

En el momento que comenzó á ceder la tormenta, se cogió al timon, ordenando que retirasen las anclas y guindaleza.

Media hora más tarde surcaba la *Trinidad* el Mediterráneo, con su proa al Este, sin tener que lamentar desgracia ni siniestro alguno.

Durante el temporal que parecia terminado, la galera fué impelida mar adentro, hasta el punto de distinguirse ahora con anteojo la costa de Africa.

Roch, que salvó el buque y las vidas de cuantos iban en él, llamó al mejor timonero, y entregándole la caña, le dijo:

—Siempre al Este, inclinándose un poco al Norte; de ese modo continuaremos con viento de popa todo el dia.

—¿No temeis que varíe el aire?—preguntó el timonel.

—No; el Oeste que ha empezado durará por lo ménos veinticuatro horas, que es preciso aprovechar.

Luégo se dirigió al duque del Imperio, añadiendo:

—Si el príncipe no me manda con vos, á estas horas estaba viuda la hermosa Adela.

—Cierto, mi querido Roch, y en verdad que lo hubiera sentido.

—Os vi dudar hasta de mí.

—No sé mentir, y os digo con sinceridad que conceptué superiores á vuestro talento y práctica los esfuerzos de las olas y del huracan. Roch, hace poco más de dos horas creí segura mi muerte en medio de ese fatal abismo.

—Gran peligro corrimos, y hubo momentos en que yo tambien pensaba que el cielo me habia abandonado.

—¿Qué vais á disponer ahora?

—Nada; ya he terminado, y voy á dar la órden para que dejen en libertad al patron y continúe como anteriormente.

—El infeliz hizo lo que pudo, por lo cual soy de opinion que vos mismo lo saqueis del camarote. Quiero además que en adelante prosigais con ese traje, procurando hablar con Zalla, y conmigo lo puramente indispensable.

—Comprendo la idea y comenzaré á realizar ámbas cosas.

Poco después mandó abrir las escotillas, que desaguaran y limpiasen las cámaras y que volviese todo á su estado nor-

mal. El temporal empezó á las diez de la mañana y eran las cuatro de la tarde cuando los pasajeros escuchaban la grata nueva de que habia desaparecido todo peligro. Los infelices, con agua á las rodillas, calados desde la cabeza á los piés y doloridas sus carnes por los golpes de mar que sufrieron sobre cubierta, bendecian en este instante á Roch, besaban sus manos y algunos hasta el gaban de terciopelo que llevaba. Unos miraban en él la Providencia, y otros le juzgaban conocimientos en marina superiores á cuanto podian expresar.

Cuando Roch pudo desasirse de los pasajeros, abrió su camarote y penetró en él, hallando como abrumado por el pesar y la incertidumbre al patron de la galera.

—Levantaos,—le dijo,—y volved á ocupar vuestro puesto. Sois terco é ignorante; aprended más, si no temeis morir y faltar á la confianza del que os entrega la existencia de muchos desgraciados y sus intereses.

El patron miró á nuestro capitan con asombro y se puso en pié, replicando:

—Desde esa puerta de luz he visto echar primero la guindaleza, luégo todas las anclas, alzarse el buque como por encanto, y más tarde marchar viento en popa, que parecia el rey de los mares. Mi capitan, á vuestro lado todos somos ignorantes.

—Observad mucho, estudiad más, y cualquiera de vosotros se igualará á mí.

—Señor, los catalanes sois los primeros marinos de España, y vos os sobreponeis á vuestros paisanos; esto lo saben cuantos os conocen.

—Cruzad como nosotros el Océano Atlántico, el Glacial, el del Sur, los mares Indicos, el Báltico y el Mediterráneo; pasad la noche en vela, arrancad á la naturaleza sus secretos, á los libros su ciencia, y así lograreis llegar á lo que debe ser el jefe de un buque.

—La vida es corta, y cuando se carece de vuestro talento y valor... Decidme, señor capitan, ¿ese hombre que os acom-

paña algunas veces, el que esta mañana habló conmigo, es marino tambien?

—No.

—¿Le tratais con intimidad?

—Sí.

—¿Quién es?

—Un soldado á quien protejo. ¿Por qué lo preguntábais, patron?

—Me anunció el temporal ántes de que yo pudiera adivinarlo.

—Se lo habia dicho yo.

—Entónces cesa mi curiosidad.

—Marchad á cumplir con vuestro deber.

—Señor capitan, obedezco; sé que me salvásteis la vida, y en adelante sólo haré lo que vos me ordeneis.

—Id con Dios.

Los seis incógnitos que seguian al duque con intenciones siniestras, no besaron ántes la mano ó ropas de Roch; pero en este instante formaban coro con el resto de los viajeros, en el aplauso que tributaban aquellos á nuestro célebre marino; sin perjuicio de lo cual se hallaban muy dispuestos á atravesar su corazon en el momento de saltar en tierra y servir de estorbo á sus planes. Eran hombres cuyo agradecimiento se apagaba en ellos instantes después de haberlo sentido. Perversos por índole, y malos de oficio, léjos de desistir y abandonar su temeraria empresa ante un sér que acababa de regalarles la vida, se entretenian una hora más tarde en hablar del valor y serenidad de Roch y de las precauciones que debian adoptar para herirle, visto el temple de su alma y la serenidad y arrojo que concluia de patentizar.

Sobresaltos, malestar, sustos, miedo, pavura, todo acabó para los pasajeros de la *Trinidad* al contemplar á Roch en medio de ellos.

—¿Por qué se habrá ocultado hasta ahora?—preguntaba uno.

—Parece haber salido de entre las ondas del mar,—decian otros.

—Lo cierto es que viene con nosotros,—añadieron,—y con él no hay peligro posible. Esto es lo único que nos interesa.

—¡Viva el famoso capitan Roch!

—¡Bendito sea!

Nuestro modesto marino tuvo que volver á su camarote y encerrarse en él para huir de una ovacion en que tomaban parte hombres y mujeres, ancianos y niños.

De este modo trascurrió el dia, sin más incidente desagradable, é impelida la galera por un viento que le obligaba á andar de diez á doce millas por hora.

CAPITULO V.

Más averiguaciones.—Consecuencias.—Interrogatorio.—Descubrimientos importantes.

Como en la noche anterior, tambien en esta buscaron los pasajeros de la *Trinidad* la estrecha cama donde anhelaban reposar. A las nueve todos se habian retirado, y poco después dormian la mayor parte.

El duque del Imperio entró en su camarote, y dejando las pistolas sobre la mesa, comenzó á leer, segun lo habia verificado el dia ántes. A las diez notó que se abria la puerta de su cuarto, penetrando acto contínuo el grave y entendido capitan de marina, que se sentó á su lado, diciéndole:

—No os alarme mi presencia; el barco navega bien y la noche está apacible y serena. Mi llegada la motiva el que no he hablado con vos en toda la tarde, y la verdad es que anhelaba el instante de poder verificarlo. Mi querido duque, vuestra voz, modales, ideas y conjunto, atraen, fascinan y seducen, no sólo á las mujeres, si que tambien á vuestros amigos.

—Gracias, mi sábio libertador de hoy,—contestó Osorio;—yo no tengo atractivo alguno, pero os profeso mucho cariño y

ese es el que me presenta ante vos del modo que acabais de describir.

—Bien os sienta la modestia, señor general; mas habeis de saber, que es cierto cuanto expresé, hasta el punto de que no podria retirarme al camarote sin estrechar ántes vuestra mano y demostraros cuán agradable me es vuestra compañía.

—¡Ay, Roch! yo no debo decir de la vuestra sino que me es necesaria, imprescindible; en tierra sois un caballero completo, en la mar la Providencia; reciente está la prueba de lo que acabo de exponer.

—El maldito temporal ha venido á impedirme el que continúe hablando con vos á cada momento, y en verdad que lo siento mucho.

—No llevadlo tan á rigor.

—Es preciso; cuentan los pilotos, el contramaestre y algunos marineros, que cuando todos lloraban, vos reiais, y que ni un instante han notado en vos temor alguno.

—Y es verdad.

—Sí; pero ya murmuran y suponen que vuestro tabardo oculta algo más que un mísero soldado.

—Roch, bueno sería que entrásemos en Nápoles de incógnito; mas si la suerte me negase esa fortuna, no os importe, que ya en tierra conozco muy bien el suelo que vamos á pisar, y con careta ó sin ella venceremos á todos nuestros enemigos.

—Es mejor sorprenderlos, porque de este modo nos será fácil regresar en breve, y puedo aseguraros que lo deseo vivamente.

—Lo creo, y lo mismo me sucede á mí; nos aguardan nuestras leales esposas, ¡y las amamos tanto!..

—Yo tengo delirio por la mia.

—Yo sueño con Adela, y jamás se aparta de mi memoria.

—¿Lo decís de veras?—preguntó el marino dudando.

—Sí, amigo mio; la quiero más que vos á la vuestra.

—Imposible; yo no puedo hablar con otra ni me gusta la

conversacion, trato ó sonrisa de la que no es mi mujer; y vos...

—Roch, tended vuestra mirada sobre el verjel de la sociedad, y á cada instante vereis una deliciosa flor, cuyo aroma y belleza seducen y atraen.

—No; á mí no me sucede eso.

—Porque teneis el corazon ruin y desnaturalizado. La voz dulce, argentina y sublime de la mujer, ejerce en mis oidos el mágico poder que le otorgó la Providencia; su mirada ardiente, abrasadora, prende en mi sangre porque no está helada como la vuestra; un talle esbelto, un rostro de ángel y una epidermis blanca ó morena, pero fina y suave, me gustan como la vida; y al desgraciado que no le sucede eso es porque ántes ó después de casarse perdió la sensibilidad, el gusto, la poesía, lo más grande en fin de cuanto el hombre tiene.

—¡Ay, señor duque, qué desgraciada debe ser vuestra esposa!

—No lo creais, Roch; hay momentos en que se halla molestada por los celos, pero me lo dice, cojo una de sus manos, le describo la pasion que me inspira, siente el fuego que arde en mi alma y la enamoro más y más, siendo en aquellos instantes dichosa y feliz como ninguna. Dice, con razon, que le recompensa una hora del éxtasis amoroso á que la conducen mis frases, de todos los sinsabores y malestar que le producen sus dudas y vacilaciones sobre mí. Vuestra esposa, Roch, encuentra en su marido un hombre tierno, afable, bondadoso, á quien estima, considera y respeta; la mia ve en el suyo un sér ardiente, apasionado, seductor, de quien se enamora locamente y al que teme perder por lo muy dichosa que la hace.

—Todo eso está muy bien, señor duque; pero sois un astro que gira alrededor del abismo, y el dia ménos pensado os vais al fondo, sacando de allí la desgracia eterna de vuestra esposa.

—Roch, oidme bien; desde que salí de la infancia soñaba con la posesion de una de esas hijas de Oriente escondidas en los serrallos, y que pasan por las mujeres más hermosas

del universo. Y debe ser así, pues hasta mi padre decia que eran las odaliscas unas flores del cielo trasplantadas en Turquía. Miéntras fuí soltero, tuve relaciones con españolas, inglesas, italianas, argelinas y francesas; moras, cristianas y protestantes; pero nunca logré hallar una hurí, lo cual no es extraño, teniendo en cuenta que aquellas se encuentran en Oriente, y que yo no estuve jamás allí. Me caso; parto á la guerra, y mi destino me conduce á Malta en los momentos en que sitiaban los turcos esta isla. ¿Os acordais? Tambien vos me seguiais.

—Sí, continuad.

—Una noche, con grande exposicion de mi vida, salté á un bote, y acompañado de mi sirviente crucé la mar y fuí reconociendo uno por uno los buques contrarios. Me presenté disfrazado de marinero; vendí pescados á los turcos, y en poco más de tres horas averigüé los barcos y cañones que tenía el enemigo, con todo lo demás que nos era indispensable para continuar sosteniendo guerra tan sangrienta y desigual. Cuando me retiraba, escuché una voz que podia sobrepujar á la de la sirena de que nos habla la fábula. La hora, el sitio, cuanto me rodeaba, daban mayor encanto y dulzura á aquel acento embriagador. A su canto contestó el mio, exponiendo mi vida cada instante; mas hablé con ella, y en alas de mi valor rompí sus cadenas, maté á los carceleros y me la llevé á Malta. Albaneses, sirios, persas, israelitas, árabes, cuantos la defendian, de todos me burlé. Recostada luégo sobre mi rodilla, la bella odalisca atravesó la mar arrullada por las olas, los truenos de mis pistolas y los alaridos y ayes de sus perseguidores.

—Conozco el hecho, señor duque, y como todos los vuestros mereció un aplauso universal.

—Aquella mujer, señor capitan de marina, era la misma que yo habia soñado; una odalisca hermosa como un querube, pura como los ángeles, seductora como el deseo; se enamoró de mí, y lo que me costó su posesion sólo Dios, ella, mi cria-

do y yo lo sabemos. Debí morir cien veces; y la arrogancia, valor y tantas otras cosas que yo no debo mentar, acabaron por enloquecer su corazon y ver en mí un sér ideal á quien empezó á querer con delirio. Roch, á esta bellísima hurí, yo tambien... hacía justicia, y... y se apoyó en mi brazo derecho, la llevé á Malta, y tan pura como la encontré se la dí por esposa á mi protegido Zalla, añadiendo una dote de príncipe. Sólo me propuse y logré que Alvaro y Syra fuesen dichosos y que mi corona de buen marido tuviera un floron más; floron que vos, señor marino, no habeis podido regalar á vuestra mujer. ¿Qué me contestais?

—Que teneis más talento que yo.

—¿Nada más?

—Y que sois más valiente, sereno y temerario.

—¿Eso me dice el primer marino del mundo?

—La verdad.

—Tambien lo es que tengo más títulos de buen esposo que vos, los Zallas y mis hermanos.

—Y más pecados veniales que todos nosotros juntos.

—Los que nacimos fuertes llegamos hasta el borde del precipicio sin temor de caer.

—Vos, señor *invencible*, no podeis temer nada efectivamente; pero eso no obsta para que resbaleis, que el camino es muy expuesto y la mujer está condenada desde Eva á hacernos comer la mitad de la manzana.

Al llegar á esta parte del diálogo oyó el duque, como en la noche anterior, la voz de su criado, que le preguntó:

—Señor, ¿entro?

—Sí.

Ros dejó en el suelo su colchon y almohada, y acercándose á Osorio y al marino, esperó á que le interrogasen. Su amo le preguntó:

—¿Perillan, ¿qué has descubierto?

—Poca cosa, señor; esos seis caballeros que nos hacen el favor de acompañarnos, agradecidos al capitan Roch por ha-

berles salvado la vida hoy, discutieron sobre las precauciones que deben tomar para atravesarle impunemente el corazon. Lo mismo exactamente intentan contra nosotros. Hay uno que parece estar muy enterado de los planes que se fraguan en Madrid y en el extranjero ofensivos á España, y todos demuestran sagacidad, valor y ser muy hombres.

—¿Qué más, Ros?

—Opino, señor, porque cuanto ántes se los regalemos á los delfines y atunes.

—No me es indispensable tu parecer. ¿Qué otra cosa escuchaste?

—¡Qué inícuos son, señor! Hablan del rey, de los *invencibles* y de España de un modo tan villano que por ese hecho solo merecian la muerte. Y os advierto, que yo no puedo escuchar todo lo que dicen, por cuya razon, áun cuando nada oí, creo que si el demonio les presentase ocasion, en el mismo buque intentarian algo.

—Son malos compañeros de viaje, ciertamente. Capitan Roch, haciendo uso de la gran influencia que ya ejerceis sobre el patron de este barco, procurad una prision para ellos en la bodega de la galera. Conviene que él y sólo nosotros seis tengamos conocimiento del lance; y no estará demás que en el mismo paraje me prepareis un sitio donde pueda yo interrogarlos. La sorpresa se verificará á las altas horas de la noche, empezando por cogerles cuantos papeles hayan sacado de Madrid. Tú, Ros, caes sobre el que hace de jefe y le sujetas.

—¿Cuándo os parece,—preguntó el marino,—que debo empezar?

—Mañana. ¿Os obedecerá el patron?

—Creo que sí.

—Pensad mucho en la conveniencia de inutilizar á esos hombres; que el hecho sea ignorado por todos, y obrad luégo con el acierto que tanto os distingue.

Media hora más tarde dormian, Roch en el camarote con-

tiguo, el duque en el suyo y Ros al pié de la puerta del último.

La policía y vigilancia de la galera mejoraban notablemente, y su servicio era más regular. El talento del capitan de marina, gracias á haber desaparecido su incógnito, se reflejaba ya en todos los actos de los tripulantes.

Amaneció el tercer dia de navegacion, continuaba viento del Oeste que chocaba en la popa de la *Trinidad*, y todo hacía presagiar buen tiempo y sosiego en la mar.

A las ocho se llenó la cubierta de pasajeros, brillando en sus rostros una alegría, hija natural de la esperanza que les halagaba, en vista de lo agradable que se presentó el dia. Todos volvieron á felicitar á Roch, mientras éste, no tanto por huir de los aplausos, como por dar principio á la realizacion del encargo que le dió el duque horas ántes, se cogió al brazo del patron, encaminándose de este modo al extremo de la proa.

Por el camino, le preguntó:

—¿A qué hora comeis, amigo mio?

La honra que recibia el interrogado en aquel momento con la actitud y frases del capitan, le aturdió hasta el punto de que sólo pudo articular:

—Cuando vos querais, y si es preciso dejaré de hacerlo.

—Todo lo contrario; deseo hablar con vos, y que me acompañeis hoy á la mesa ó sentarme yo á la vuestra. Si lo teneis á bien comeremos solos, siéndome indiferente que se verifique esto en vuestro camarote ó en el que yo ocupo.

—El honor no encuentra parecido, mi respetable capitan; acepto con júbilo, dejándoos la eleccion.

—En ese caso lo realizaremos á las tres en el mio, siendo servidos por mi criado, si bien os toca á vos la designacion de los manjares.

—Mucho sentiria que el tiempo no me permitiera asistir á la cita más honrosa que he tenido en mi vida.

—Está asegurado, me parece, y permitirá que ámbos lo-

gremos ese placer. Entretanto, sed cauto y no contestad á ninguna pregunta de las que puedan haceros los curiosos.

—¿Sospechais?..

—Sí, señor, y con fundamento.

—Jamás entró en mi cálculo satisfacer la curiosidad de esos ignorantes, por no prestarse mi carácter ni la conveniencia; mas ahora ni áun los escucharé.

—Perfectamente.

Y continuaron hablando de la mar, recibiendo el patron instrucciones y advertencias que acogia entusiasmado por lo útiles que le podian ser.

Cuando Roch juzgó que tenía completamente ganado á aquél, lo dejó que prosiguiera dirigiendo la nave, y acercándose al oido de Ros, le dijo muy quedo y con el mayor disimulo:

—De tres á cuatro cómo con el patron; nos servirá mi criado; evita tú que sorprendan nuestra conversacion.

El hábil sirviente hizo que tropezaba con él, y dando un salto corrió á la banda contraria, volviéndole la espalda.

El duque observó cuanto acababa de acontecer; demostraba á los incógnitos completa indiferencia, hablando solo con el maestre Zalla de cosas indiferentes.

A las dos y media bajó Roch á su camarote, y á las tres se sentó á la mesa con el patron que concluia de entrar. Un instante después comenzaron á comer las viandas que el criado del primero les servía. Ros vigilaba; Osorio y Alvaro miraban el Mediterráneo, y los pasajeros, tumbados cási todos, intentaban dormir la siesta, para hacer ménos monótonas y pesadas las largas horas de navegacion.

Sentados frente á frente el capitan y el patron, dijo el primero:

—El tiempo sigue bonancible, y nos dejará comer con tranquilidad.

—Desde que me lo anunciásteis creí que sucederia así. Vos, señor, sois el oráculo de los marinos.

—Hablemos de otra cosa: ¿no os ha llamado la atencion el disfráz con que me presenté en vuestra galera?

—Mucho; y no ha sido á mí sólo, pero ninguno nos hemos atrevido á preguntároslo: nos inspirais tal respeto y consideracion...

—Pues vos vais á saberlo.

—Me alegro.

—Decidme ántes; ¿amais mucho á vuestra patria?

—Yo lo creo; como á la tierna madre que cariñosa nos recibe contínuamente sobre el rico suelo que un navegante no olvida jamás; la quiero tanto como ódio á sus enemigos. Los marinos, bien lo sabeis, mi capitan, somos mejores españoles que los de tierra. Si en algunas ocasiones dispusiera yo de ocho ó diez cañones, esos perros ingleses habian de sentirlo.

—¿Los aborreceis mucho?

—Tanto como á los piratas.

—Lo habia sospechado, y por eso concebí la idea de confiar á vuestra lealtad un secreto importante.

—Gracias; caerá en mi pecho como la bala en la mar.

—Voy á hacer más aún; os voy á proponer que me ayudeis á salvar á España de un grave conflicto.

—¡Ya suponia yo que cuando el primer marino del mundo se presentaba en mi pobre galera algo terrible acontecia!

—Lo habeis adivinado.

—Nádie puede dudar, señor, de vuestro amor á España, de vuestros sacrificios por ella; siempre al lado de los *invencibles*, formais el primer baluarte de nuestro país. Y yo, áun cuando débil y mísero patron, tendré á gloria ayudaros en cuanto me ordeneis, sin aspirar á otra recompensa que á la de hacerme acreedor á vuestro aprecio.

—¡Quién sabe! Si secundais mis planes como yo deseo, posible es que ganeis mucho más. Ya habreis supuesto que á propuesta de los *invencibles* vengo aquí por órden del rey.

—Al reconoceros lo dí por hecho; me consta lo mucho que os distingue y considera S. M.

—Tengo ámplios poderes para imponer castigos ú otorgar recompensas.

—Así debe ser, toda vez que en la mar sois lo mismo que el príncipe de Italia en tierra.

—Patron, Inglaterra, Francia y una parte de Alemania conspiran contra nuestro país, é intentan un golpe de mano que si llegasen á realizarlo costaria arroyos de sangre española y un mar de lágrimas.

—¡Cuándo querrá Dios que demos fin de esos perros!

—Os participo que llevais en vuestra galera á seis de los jefes principales.

—¿Dónde están? ¿quiénes son? ¿Por qué no dejásteis ayer que se los tragase el abismo?

—Sentaos, amigo mio, y tened calma; para estos casos es indispensable que la reflexion y cordura suplan á nuestros instintos de marino.

—Vos habeis aprendido todo eso junto á vuestros amigos los seis invictos héroes que superan al resto de los hombres en habilidad, destreza y sangre fria; pero yo, en oyendo decir que están cerca mis enemigos, sólo pienso en el abordaje, el hacha y lo que sigue á esto.

—Pues es preciso que en la ocasion presente useis de mucha prudencia y circunspeccion, si anhelais ayudarme á salvar nuestra patria.

—Aunque con trabajo, me contendré, haciendo lo que me mandeis. Aquí soy el rey; constituiros en juez, y estad seguro que si los sentenciais á muerte irán al fondo del charco.

—Nada de eso; es indispensable prenderlos, y encerrados luégo en la bodega, tenerlos allí sujetos con cadenas.

—Ahora mismo; decidme quiénes son, y mis grumetes...

—No seais tan vivo; nádie debe enterarse de esto, á excepcion de vos y cinco personas que vienen conmigo desde Madrid. Preparad lo necesario para que queden amarrados en sitio que nádie los pueda ver, y cuando hayais concluido me lo decís, que nosotros haremos lo demás.

—Esta noche bajaré con dos personas de mi confianza y dejaré dispuesto el calabozo.

—Que no entiendan esos que os van á ayudar nada de lo que intentamos.

—Serán máquinas.

—Conviene que, no léjos del sitio en que han de permanecer, tengais ocultos mesa y recado de escribir.

—¿Qué os proponeis?

—Puesto que me habeis nombrado juez, quiero tomarles declaracion y obligarlos á que digan cuanto sepan.

—Buena idea; con los cables se les da tormento...

—No será necesario.

—¿Y decís que son jefes de los enemigos de España?

—Y tan perversos que merecen la muerte.

—Vendrán disfrazados.

—Sí.

—¿Cuándo los vamos á prender?

—A la noche siguiente de haber preparado vos lo indispensable.

—Entónces mañana.

—Patron, mucha prudencia y reserva.

—Mi capitan, aquí representais al rey, y os juro que no he de faltar á lo que S. M. me ordena. ¿Quiénes son?

—Los seis que ocupan el camarote próximo al vuestro.

—Teneis razon; recuerdo perfectamente sus fisonomías, y no me gusta ninguna de ellas. ¿Y esos que os acompañan? Usan del disfráz con que os presentásteis en la galera, y del uno sospecho que es algo más de lo que aparenta.

—Acaso; mas no os conviene fijar la mirada en ellos. Se halla cercano el dia en que podeis conocerlos y admirarlos; entretanto guardaos mucho, patron, que hieren con la mirada y matan con el aliento.

—Tomaré el consejo y me concretaré á obedecer á mi querido capitan.

—Eso es.

Todavía continuaron hablando miéntras duró la comida, marchando luégo el patron y quedando Roch en su pequeño camarote. Más tarde subió á cubierta, diciendo á Ros por el camino:

—Hemos concluido; retírate, y hasta la noche.

Luégo pasó junto al duque, indicándole con la mirada el éxito de su entrevista.

El viento continuaba favorable; la galera cortaba las ondas con bastante rapidéz; su movimiento era agradable, y no existia señal que hiciera temer á los pasajeros la proximidad de peligro alguno.

Osorio y Zalla comieron, ocupando el resto de la tarde en conversar con el religioso misionero, el cual unia á su buen talento y vasta instruccion, bondad, abnegacion y mansedumbre, que excitaron la simpatía é interés de nuestro valiente general. A las diez de la noche enteraba Roch al duque de lo acontecido con el patron, encerrados ámbos en el camarote del segundo. Osorio aplaudió la conducta del capitan, y ámbos esperaron la llegada de Ros para que les enterase del resultado de una mision importante que le tenían encargada.

Después de las once se presentó el sagaz sevillano con el colchon y almohada de las noches anteriores. Luégo que hubo cerrado la puerta, dijo á su señor:

—Como yo no veo por la espalda, sufrí un contratiempo que ha podido comprometerme.

—¿Qué disparate has hecho, mal soldado y peor sirviente?—le preguntó su amo.

—Me mandásteis averiguar qué clase de armas escondia el enemigo, el sitio en que las dejaba, y yo, para realizar la idea, tuve unas veces que tenderme en el suelo, otras que mirar por la cerradura, y en todas contraer mi atencion á lo que pasaba dentro del camarote. Logré efectivamente mi intento; pero cuando me hallaba más descuidado oyendo la conversacion de esos miserables, se me acercó un hombre por la espalda, y sin hacer ruido se dió á conocer cogiendo con su

mano mi garganta y oprimiéndola con fuerza suficiente á ahogarme si continúa un minuto más. Yo tiré de la daga, é iba á clavársela en el corazon, cuando el hércules hubo de reconocerme y me soltó, exclamando muy quedo:—¡Ah! ¡sois vos! Perdonad y proseguid, si quereis. Os habia tomado por otro, y como yo tambien ando de observaciones...—El que así obraba y decia, era el patron de la *Trinidad*, el cual, usando de prudencia y discrecion, me separó del camarote que yo espiaba, para que no pudieran oirle los de dentro de aquél. Qué mano teneis,—le dije.—De hierro,—me contestó,—ó de marino que es lo mismo; seguid, amigo mio, que yo evitaré toda sorpresa.—Y desapareció, dejando mi garganta magullada y sin darme más explicaciones. ¿Amo mio, está en el ajo el patron?

—¿Qué quieres decir con eso de *ajo*?..

—Os preguntaba, si sabe quiénes son esos hombres y quiénes nosotros.

—Eso no te importa.

—Pero pudiera interesarle á él que yo lo supiese; pues si repite el hecho, será fácil que le pese el resto de la vida. El bárbaro tiene la fuerza de un leon.

—De tus mismas palabras se deduce que fué una equivocacion; respétalo y sé prudente, Ros, porque de lo contrario...

—Lo supongo, mi general; de lo contrario me aplicareis las leyes de la milicia.

—¿Qué has descubierto?

—Sólo usan espada y puñal, y los dejan todos juntos en el suelo.

—¿Se les puede sorprender con facilidad?

—Ya lo creo.

—Entónces,—añadió el duque dirigiéndose á Roch;—mañana por la noche, si el patron cumple su palabra, quedarán los seis asegurados.

Roch se retiró á su camarote, durmiendo los tres el resto de la noche.

Al abrir los ojos el capitan de marina, vió frente á su ca-

ma al patron que lo miraba con sonrisa satisfactoria, diciéndole:

—Buenos dias, señor. Aquello está preparado, y cuando tengais á bien...

—¿Todo se halla corriente?

—Todo. ¿Os dijo anoche uno de esos que os acompañan?..

—Sí; es un criado; pero andaos con tiento, que le sobran valor y destreza para atravesar el corazon de un hombre.

—Lo sentí mucho; por eso al reconocerlo le rogué que me perdonase.

—Me lo dijo y nada se ha perdido; mas os vuelvo á repetir que andeis con mucho cuidado; hablad poco, y sólo usad de la fuerza en casos extremos.

—Tomaré el consejo. ¿Quereis bajar conmigo?

—Sí, esperad un momento á que me vista.

Roch se levantó y unido al patron fué reconociendo cuanto habia practicado aquél la noche anterior, para asegurar el éxito de la prision de sus enemigos. Después le dió algunas órdenes, concluyendo por escribir una carta que hizo entregar al duque sin que ningun pasajero lo notase. Flaviano la leyó, arrojándola al mar hecha pedazos.

El dia amaneció tranquilo, y si bien el aire aflojó algo, la galera continuaba marchando sin impedimento alguno. Contra su costumbre, estuvo el patron muy complaciente y comunicativo con los pasajeros, asegurándoles que el tiempo era bueno y que nada hacía temer variase por entónces. Mandó luégo que adelantasen algo la cena, y á las nueve logró que todos estuviesen encerrados en sus camarotes. Acto contínuo ordenó que se retirasen los remeros, suprimiendo esta operacion hasta el dia siguiente. Dejó sobre la cubierta á los dos marineros y grumetes de guardia y al indispensable piloto, encargando á los restantes que durmieran sin cuidado. A las diez pasó una escrupulosa revista á los camarotes de cubierta, popa y proa, y satisfecho de su reconocimiento aguardó paseando la llegada de Roch y de sus cinco compañeros.

La noche estaba oscura pero tranquila, y seguia reinando viento del Oeste, que rizaba las olas y empujaba á la galera por la popa. La mar parecia un inmenso charco de tinta sobre el cual corria la *Trinidad*, llevando todas sus velas arriadas.

A las once asomaron por la escotilla de popa el duque, Roch, Zalla y sus tres criados. En el mismo instante mandó retirar el patron al extremo de la proa á los marineros y grumetes que estaban de guardia, encargándoles que fijasen la vista á Levante y que observaran la mar sin moverse hasta que él les avisara. Luégo estornudó dos veces, y se corrió á la popa, poniéndose delante del timonel, con el cual comenzó á hablar sobre la última tormenta.

Al escuchar el segundo estornudo del patron, avanzaron el duque y sus acompañantes, hasta quedar parados al pié de la puerta del camarote de sus enemigos. El criado de Zalla llevaba una linterna; el de Roch várias cuerdas, y sus dos amos, Ros y el duque un par de pistolas cada uno, preparadas para hacer fuego.

El maestre de campo aplicó el oido á la puerta del camarote, y pareciéndole que dormian los que estaban dentro, fijó el hombro en aquella, hizo un esfuerzo, rompió el pasador y se precipitaron los seis, cerrando acto contínuo.

Ros se apoderó de las armas y ropa de sus contrarios; el criado de Zalla dejó la luz sobre la mesa, é instantáneamente dirigieron las armas de fuego á sus sorprendidos enemigos.

Estos despertaron al ruido que hizo la puerta y fueron á tirarse de las camas; pero les contuvo la presencia de los seis.

Luégo quisieron gritar y ahogó sus voces el pánico que les inspiraron las bocas de doce pistolas; y su aturdimiento y asombro creció de punto al escuchar la voz de Flaviano, que con calma y sin alzarla mucho, les dijo:

—En nombre de S. M. el rey, á quien represento aquí, daos á prision.

Uno de ellos, el que parecia jefe, osó preguntarle:

—¿Quiénes sois? ¿por qué nos sorprendeis? La traicion...

El duque cortó sus frases con la siguiente órden:

—Roch, Zalla, apuntad, y al que vuelva á desplegar los labios, fuego.

El que habia hablado ántes alargó el brazo en busca de su ropa; pero tambien le contuvo Osorio, añadiendo:

—Matad igualmente al que se mueva.

La mirada y actitud del general y personas que le obedecian, convenció á los sicarios de lo inútil de toda resistencia, y quedaron inmóviles y como espantados, miéntras que los tres sirvientes reconocian la ropa, camas y alcoba, descubriendo y guardándose cuantos papeles hallaron.

Durante esta operacion reinaba un silencio aterrador; terminada que fué, dijo Ros á su amo:

—Señor, todos los documentos que tenían están en nuestro poder.

—Id dándoles la ropa,—replicó Flaviano,—y que se vistan uno tras otro, sujetándolos vosotros en la forma que os tengo prevenido.

Los enemigos del duque no se atrevieron á oponer resistencia: indefensos, cogidos *in fraganti* cuando ménos lo sospechaban, sorprendidos, y conociendo todo el valor, temeridad y poder de Osorio y subordinados, inclinaron la cabeza, se vistieron, dejándose maniatar por Ros. Unidos por la misma cuerda que los sujetaba, salieron en ala, yendo delante el criado de Zalla con la linterna y á los costados los cinco restantes con las pistolas preparadas.

De este modo bajaron por la escotilla de proa á la bodega, donde tenían dispuesta la prision.

El duque del Imperio se sentó delante de una mesa, y acompañado solo de Roch, fué interrogando uno por uno á los seis, haciendo uso de toda la destreza que el cielo le otorgó. A este fin empleó el experimentado general oportunas amenazas, que le dieron por resultado el descubrimiento de secretos que en forma de declaracion les obligó á firmar, mandando

luégo que los retirasen á su encierro. Allí cambiaron los cordeles por gruesas cadenas, se cerró la puerta de la pequeña estancia donde los habian metido, y asegurado Osorio de cuanto necesitaba dió la órden para que le llevasen á su camarote los papeles hallados y que los cinco se fuesen á descansar.

Roch subió á cubierta, y cogiendo del brazo al patron, que aún continuaba hablando con el timonel, lo separó á un lado, diciéndole:

—Todo acabó; que cada uno vuelva á ocupar su puesto, reposando vos, si lo juzgais conveniente.

—No presencié jamás,—contestó aquél,—una operacion difícil, llevada á cabo con más sigilo, brevedad y acierto.

—Nosotros lo hacemos todo así.

—¿Declararon?

—Mucho y bueno.

—¿Les hallásteis papeles?

—Sí.

—¿Interesantes?

—Deben serlo á juzgad por la actitud de los presos al ver que se los quitaban.

—¿Quién los tiene?

—Uno de mis compañeros.

—¿Podria saber?..

—Basta con que aquél los lea.

—¿Os puede mandar á vos?

—Patron, no pretendais indagar lo que os costaria mucho.

—¿Aparecen resignados con su suerte esos miserables?

—Se les dió á elegir entre la vida ó la muerte, y optaron sin vacilar por la primera. El miedo cerró sus labios, el miedo les hizo hablar luégo, y el miedo pierde siempre al cobarde asesino.

—Cierto.

—En su camarote encontrareis las armas que usaban, el dinero y cuanto poseian que no fuesen papeles; apoderaos de todo hasta segunda órden. Si alguno de vuestros subordina-

dos los echa de ménos y os pregunta, decidle que se han trasbordado á un barco español que cruzó esta noche junto al vuestro, en direccion de Barcelona. Esta es la idea; desarrolladla vos, procurando hablar poco y bien.

—Empezaré por ocultar los objetos que han dejado en el camarote, y nada temais respecto de mis explicaciones.

Y se despidieron hasta el dia siguiente.

El duque ocupó cási todo el resto de la noche en leer los documentos hallados, las declaraciones tomadas, formando por último un plan de éxito probable para cuando llegasen á Nápoles.

A las seis de la madrugada brilló en sus labios una sonrisa llena de satisfaccion, y después de guardar sus interesantes documentos, buscó reposo, sin la ayuda de Ros, al cual mandó acostar á las dos. Instantes después era presa de sueño tranquilo.

CAPITULO VI.

Todo se ha ganado.—Viaje de recreo.—Sorpresa.—Los ingleses.

Desde el siguiente dia en adelante, paseaban contínuamente el patron y el capitan, se hablaban al oido y nada venía á interrumpir la alegría que reina á bordo de un buque cuando el tiempo favorece.

Osorio interrogaba cási todas las noches á alguno de los presos, ampliando de este modo los datos y noticias que necesitaba. Sus enemigos, cargados de hierro, víctimas ya de su delito y temiendo que el poderoso duque los sentenciase á muerte en la mar ó en tierra, imploraban dia y noche su compasion, á cambio de la cual dijeron cuanto sabían y necesitaba Flaviano. A las horas de costumbre, uno de los tres criados les llevaba comida y agua, recatándose de los pasajeros y tripulantes, y al sexto interrogatorio pudo exclamar el duque, en medio de Zalla y Roch:

—Todo se ha ganado, amigos mios; esos hombres estaban perfectamente enterados de los planes de nuestros enemigos, y me ha bastado el ofrecimiento de que no los mandaré matar,

para que me descubran sus secretos. Seguid vigilando como hasta aquí; procurad que nádie nos reconozca ni se aperciba de lo que pasa entre nosotros y los presos, y contad seguro el triunfo que nos lleva á Nápoles.

A esta satisfaccion de nuestros amigos, debia añadirse la de que, terminado el temporal que presenciamos, siguió un tiempo tan agradable que á cada momento les obligaba á decir:

—Nuestra navegacion es un viaje de recreo.

Así atravesaron por frente á las costas de Valencia, Castellon y Cataluña; entraron luégo en los mares de Francia, metiéndose á los doce dias en los de Italia. Aquí preparaba el destino al duque, Zalla, Roch y criados lo más terrible de los azares de aquella marcha. La muerte comenzó á blandir sobre sus cabezas la terrible segur, con saña que demostraba no hallar impedimento alguno.

Hemos dicho que la galera habia entrado en los mares de Italia, y así era efectivamente. Con objeto de abreviar en lo posible se inclinaba ahora su proa hácia la isla de Córcega, lo cual les proporcionaba navegar de bolina, pues el viento era flojo y debian aprovecharle, porque de lo contrario apénas les sería posible andando dos millas por hora.

Formaba la *Trinidad* un semicírculo, y ninguno de sus pasajeros ó tripulantes temia nada, cuando se acercó el capitan Roch al patron, preguntándole con disgusto:

—¿No habeis notado cosa que llame vuestra atencion?

—No, señor.

—Mirad al Oeste.

Aquél cogió el anteojo que le alargó nuestro sábio marino, exclamando al poco tiempo:

—Llevamos á estribor un buque de guerra inglés.

—Lo habeis acertado; y es lo peor que hace muchas horas nos viene siguiendo, al parecer.

—Estamos en sitio donde han solido apresar algunas naves españolas; mas era cuando estábamos en guerra: ahora no creo debamos temer nada.

—Patron, hay un adagio antiguo que dice: *Cuando el inglés te ofrezca su amistad, debes temer su engaño mucho más.*

—Ya sé yo que son malos, muy malos en la mar, y segun cuentan peores en tierra.

—El lugar parece elegido para una sorpresa, y en verdad que sería terrible en las circunstancias actuales.

—Mi capitan, no obstante vuestro innegable valor, temo que exagereis en la ocasion presente.

—Mucho me alegraré; mas teniendo en cuenta que vuestra galera es la mejor de las que cruzan hoy el Mediterráneo y lo aficionados que son ellos á lo ajeno, posible es que haya adivinado sus intenciones.

—Os repito que no estando en guerra con ellos...

—La paz entre España é Inglaterra es ficticia; por vez tercera manda la reina Isabel un embajador á Madrid, y como en las anteriores, se propondrá ahora ganar tiempo y reponerse de los últimos descalabros.

—Mirad, mirad; segun avanza la tarde se nos acerca más ese maldito navío.

—Teneis razon, y ya no me queda duda alguna de que se nos viene encima.

—¿Qué hago, capitan?

—Proa al Este, seguid observando la nave y esperad mis órdenes.

El patron mandó al timonero que obedeciese á Roch, y subió al castillo, dirigiendo su anteojo al navío inglés.

Nuestro capitan buscó al duque, el cual se hallaba en la cámara hablando con Zalla, y haciéndole una seña que el otro comprendió, entraron en el camarote del primero.

—¿Qué acontece, Roch?—le preguntó Osorio.

—Señor, nos viene siguiendo há tiempo un buque inglés, y y en mi concepto lo hace con intenciones siniestras.

—¿Qué temeis, capitan?

—Que en la próxima noche nos alcance, aprese la galera y corran peligro nuestras vidas.

—¿De qué fuerzas dispone?

—Debe contar con diez ó doce cañones, por lo ménos, y con ciento cincuenta hombres.

—Entónces no hay defensa posible.

—Así lo creo.

—¿Por qué suponeis que nos amenaza la muerte?

—Si hallan á nuestros prisioneros, como es lo probable, y éstos les dicen quiénes somos, lo cual es seguro, el poderoso duque del Imperio y el capitan Roch, sus eternos enemigos, pagarán con la existencia el daño que les hicieron frente á frente y en igual combate.

—Tan malos son, que la noticia parece, sin duda alguna, verosímil.

—En mi concepto se hace indispensable el deshacernos de los seis miserables que tenemos encerrados en la bodega.

—Eso nunca, Roch; les he ofrecido la vida, y yo no falto jamás á mi palabra.

—En ese caso, yo, que á nada me comprometí y que soy capitan de marina, los sentenciaré á muerte; y ántes de dos horas, sin que nádie lo sospeche...

—Desistid de ese empeño, porque no lo consentiré.

—Duque, aquí puedo más que vos.

—Roch, defenderé á esos hombres hasta con exposicion de mi vida.

—Lo siento, general; pero siendo responsable ante S. M. de las desgracias que pudieran ocurrirnos en los mares, debo velar por vos, evitando á todo trance que perezca de una manera villana y cobarde el segundo general del mundo.

—Prefiero exhalar el último suspiro, ántes que dejar de cumplir lo que he prometido.

—Son unos miserables que no deben inspirar al caballero consideracion alguna.

—Soy yo hombre que jamás reparo en el sér á quien ofrezco, sino en el cumplimiento de lo ofrecido.

—Pues ahora es preciso que repareis, señor duque; vues-

tra existencia, la del maestre Zalla y la mia, pertenecen á la patria, al rey; debo velar por ellas, y voy á hacerlo.

Roch fué á salir, pero le contuvo Osorio con las siguientes frases:

—Deteneos. Oid, capitan:

El duque sacó un documento de su escarcela, leyendo en él lo siguiente:

«Mando que en todos mis estados sea obedecido el duque »del Imperio, como mi augusta persona; no excluyo clase ni »condicion, y costará la vida al que contraviniese á esta or»den.=*Yo el rey.*»

—Roch, en virtud de lo que acabais de oir, os prohibo intentar nada sin mi permiso. Ya sabeis de antiguo que para el cumplimiento de mi deber no tengo amigos ni afeccion alguna; por lo tanto, evitadme el disgusto de realizar con vos una idea que me estremece.

—Si nos hallásemos en algun estado de S. M. me inclinaria ante vos, como grande de España que sois, como digno representante de nuestro soberano, como invicto general, y como el segundo héroe y caudillo de mi patria; pero estamos en la mar, la órden no habla de ella, y aquí soy yo el rey.

—Es un buen subterfugio, señor Roch; pero viene tambien conmigo el antídoto. Oid nuevamente.

Y sacando otro pliego leyó:

«Encargo al capitan de marina Roch y al maestre Zalla, »que en tierra y en la mar obedezcan á mi hermano Flaviano »de Osorio, duque del Imperio, con ciega sumision.=*El prín»cipe de Italia.*»

—Mi querido Julio todo lo prevé, ya lo veis.

—A pesar de esas órdenes, existe mi conciencia que está sobre los poderes de la tierra, y ésta me impone el deber de salvaros. Señor duque, voy á disponer lo que crea conveniente como capitan que soy de marina; si al saltar en tierra encontrais que falté al rey ó á su digno representante, os entregaré mi cabeza para que hagais de ella lo que os cuadre.

—¿Estais decidido?

—Mi resolucion es irrevocable.

—Sois terco, Roch.

—Dicen que es propiedad de nosotros los catalanes.

—Está bien; nos hallamos en la mar y á bordo de una galera en la que ni vos ni yo tenemos poder alguno: de esto se deduce, que vais á haceros obedecer sin derecho, fiado sólo en vuestro renombre de marino. Y como yo tambien soy conocido y respetado, pondré en la balanza mi nombre, y veremos á quién de los dos se acata en esta nave.

—¿Qué intentais, señor duque?

—Ahora lo vereis.—Y alzando la voz continuó:—Ros, mi banda y cetro de general; mi traje...

—¡Callad, por Dios, que os perdeis!

—Os digo, por quinta vez, que prefiero la muerte á faltar á mi palabra.

—Señor, ya sabeis que os amo cási tanto como al príncipe de Italia, que es el hombre ante el cual no tengo accion ni voluntad; pretendo libertaros, pero de ese modo os comprometo más, y, sabedlo de una vez, no me importa que muramos Zalla ó yo, ¿para qué servimos nosotros relativamente á vos? por eso anhelo que no perezca el eminente general, el héroe que tantas veces ha salvado el honor de su patria. Me inclino ante vos, duque; cedo, desisto de intentar nada sin vuestro permiso; mas os ruego en nombre de vuestra esposa, del príncipe que tanto os quiere, del duque de los Andes, del conde de Monterubio, del marqués de Abella y del conde de Santomera, que hagais por ahuyentar el conflicto que os amenaza. No os importen nuestras vidas; libraos, y que nos trague el abismo á los demás. Eso pide la patria, y es indispensable complacerla.

—Así os quiero, amigo mio; dejad que cumpla mi promesa, y yo velaré por vosotros y por mí.

—¿Qué disponeis?

—Subid á cubierta; ved si se confirman ó no vuestros temores, y volved inmediatamente.

—Salió el capitan, y reparando Osorio en su criado Ros, el cual estaba allí desde que oyera sus voces, le preguntó:

—¿Escuchaste la órden?

—No comprendí bien, pero acudí al percibir vuestro acento.

—¿Habrá podido entenderla alguno?

—Sólo estaba en la cámara el misionero; rezaba, y ni áun alzó la cabeza.

—Sal, y aguarda cerca de aquí.

Minutos después regresó el marino, diciéndole:

—Cuanto os expuse es cierto; nos sigue un navío inglés movido por sus muchas velas y cincuenta remos; tiene seis cañones por banda y más número de hombres del que juzgaba.

—¿A qué distancia se encuentra?

—A ménos de una milla, y tardará en darnos alcance una hora escasamente.

—Va á anochecer, y esta circunstancia parece confirmar vuestro aserto.

—He observado con el anteojo á la gente de cubierta, y me he convencido que viene con intenciones siniestras.

—Conjuraremos el mal, si es posible, y en caso contrario que se cumpla la voluntad de Dios. Ya sabeis que aquí vivimos de prestado, por lo cual no debe tenerse gran apego á la existencia.

—Es verdad; hagamos algo, y si llega el trance fatal muramos como buenos españoles.

—Puesto que tan cerca se halla el enemigo, sacad inmediatamente á los presos de su encierro, metiéndolos en esos grandes toneles que he visto en la bodega. Les proporcionais el suficiente aire para que respiren y que se conviertan en mercancías.

—¿Debo disculpar el hecho?

—Es muy conveniente, á cuyo fin les decís que nos persigue un buque pirata, y que, esclavo yo de mi palabra, he dispuesto el traslado para salvar sus vidas. Aconsejadles que no hablen ni se muevan.

—Comprendo, y me parece admirable la idea. ¿Y luégo?

—El resto de los pasajeros y tripulantes son buenos, os deben la existencia, y fácilmente conseguireis de ellos que no os descubran ante el enemigo; rogádselo á todos; obligais á los primeros á que bajen á las cámaras, y dejad que yo solo me entienda con los ingleses. Si nuestros contrarios se hallan tan próximos, no perdais un instante.

Salió Roch, y unido al patron, Zalla y tres criados bajó á la bodega, provisto de várias herramientas.

El duque guardó todos los documentos recibidos del príncipe de Italia entre la lana de su colchon, dejó en la escarcela tres solos de los que cogió á sus prisioneros, y los restantes los ocultó tambien en sitio seguro. Hecho esto fijó las dos pistolas en el cinto, abrochó su tabardo para que no se le vieran, y subió al castillo de popa, dirigiendo su vista con avidéz al navío contrario.

Era aquel una galera inmensa, admirablemente construida, y que, efecto de sus especiales condiciones y de llevar cincuenta remos, podia andar cási el doble que la *Trinidad*. Iba mandada por un capitan inglés, rubio como Judas Iscariote, al que se parecia en muchas otras cosas. Cada cañon se hallaba rodeado de los hombres necesarios á su servicio; en la proa estaban formados cuarenta arcabuceros, y otros tantos soldados armados de hacha, aparecian en el centro y popa del buque. Flaviano habia cogido el anteojo, observando lo expuesto y algunos otros detalles que le obligaban contínuamente á fruncir la frente y á mover la cabeza con disgusto.

Así permaneció hasta que la noche fué extendiendo entre las dos galeras su manto de azabache.

Algo más tarde se presentaron sobre cubierta Roch, el patron, Zalla y los tres criados. El primero dijo al duque:

—Quedan cumplidas vuestras órdenes. ¿Qué hacemos?

—Disponed que permanezcan sobre cubierta la gente puramente indispensable para el servicio del buque; luégo demostrad todos completa indiferencia á lo que acontezca.

Roch trasmitió la órden al patron; pero éste, ántes de obedecer, le preguntó:

—Capitan, ¿quién es ese hombre que os manda con imperio y al que vos obedeceis sumiso?

—Vale más que yo, y siento no poderos decir más.

—Creo reconocerle al través...

—Patron, si amais á vuestra patria...

—Si fuese quien me figuro, daria mil vidas que tuviera por la suya.

—La menor imprudència lo pierde y á todos nosotros.

—¡Dios me libre de cometer un crímen tan nefando!

—Obedeced.

—Con más respeto, si cabe, que vos.

Era ya completamente de noche; la *Trinidad* cruzaba á veinte millas de Córcega; nada podia distinguirse, efecto de la oscuridad que reinaba, y el duque, extraño á la conversacion de los dos marinos, escuchaba, ya que no le era dable distinguir objeto alguno.

La *Trinidad* llevaba encendido su farol de proa, y lo mismo en la cubierta que en las cámaras reinaba silencio profundo. Unos temian la llegada del buque pirata que les habian anunciado, y otros, en alas de ese valor innato en muchos marinos y soldados de tierra, esperaban, demostrando la indiferencia que se les impuso.

Flaviano de Osorio, atento siempre á lo que pasaba á estribor de su nave, logró al fin percibir una luz que cruzaba por delante, hasta detenerse á un cuarto de milla de su proa.

El impávido y entendido general adivinaba ya cuanto le iba á ocurrir, y se disponia á conjurar la tempestad con el valor y sangre fria que jamás le abandonaban.

—¡El padre Alberto sea conmigo!

Exclamó, y atrayendo como egida al espíritu del sér que más respeto y admiracion le inspiró en el mundo, aguardó el momento fatal.

La *Trinidad* seguia de bolina, acercándose cada instante

más al punto luminoso que se habia fijado delante de ella; después distinguieron una sombra oscura que salia de entre las ondas; luégo se convirtió en galera, y no tardaron en ver mechas encendidas, cañones y mosquetes dispuestos á hacer fuego, hachas y otras armas de abordaje. Los que esto miraban continuaron paseando en actitud indiferente. Un segundo más tarde les detuvo la siguiente voz:

—¡Ah de la galera *Trinidad!* ¡Al pairo!

—¡Obedeced!

Gritó Osorio, y el patron repitió la órden.

Nuestra nave seguia andando al lado de la inglesa hasta que de pronto quedó parada, segun la voluntad de sus enemigos. Estos se fueron acercando hasta hallarse á ocho varas de distancia, en cuyo momento dirigieron las luces de várias linternas con objeto de reconocer el número de hombres que estaban sobre cubierta y su actitud, admirándoles la tranquilidad de los diez ó doce que paseaban, sin fijarse en los mosquetes, hachas y otras armas que blandian ellos.

—¡Abajo la escala real!

Volvió á gritar un inglés, cuya órden fué repetida por el patron de la *Trinidad* y obedecida instantáneamente.

Cinco minutos después echaron una amarra al buque donde iba Flaviano, quedando sujeto á la galera pirata, y no tardó en llenarse la cubierta de aquel de soldados ingleses que se precipitaron á la cámara y camarotes.

El pánico de los desgraciados que salieron de Alicante era en estos momentos mayor si cabe que el demostrado durante el temporal sufrido al segundo dia de su navegacion. Y aumentó aquél, oyendo y contemplando á los hijos de la terrible Albion, los cuales llegaban haciendo uso de los *finos modales y atenciones* que tanto admiraron, por lo visto, en los que compusieron un dia las huestes del *manso, complaciente y bondadoso* Atila. Las mujeres luchaban en estos momentos con la feroz soldadesca: los hombres eran castigados por el nefando delito de hallarse indefensos y atreverse á pedir la vida á

las panteras del otro lado del canal de la Mancha, y las cámaras y camarotes se convirtieron por último en país conquistado.

Osorio, Zalla, Roch y sus tres criados permanecian felizmente sobre cubierta, y áun cuando escuchaban los ayes y lamentos de sus compañeros de viaje, no pudieron presenciar lo que estaban haciendo con ellos, evitándoles esto el compromiso de una defensa que los hubiera perdido irremisiblemente.

Mientras los soldados, con pretexto de reconocer la nave, cometian toda clase de excesos, un alférez, acompañado de vários otros ingleses y de un intérprete, interrogaba al patron con las siguientes frases:

—¿De dónde venís?

—De Alicante.

—¿A dónde vais?

—A Nápoles.

—¿De quién es esta galera?

—Del armador Juan Perez de Arévalo.

—¿Qué conducís en ella?

—Pasajeros y mercancías.

—¿Cuántos son los primeros?

—Cuarenta y seis.

—¿De qué se componen las segundas?

—De vinos, trigo, arroz y licores.

—¿Cuántas veces se armó en corso este barco contra Inglaterra?

—Ninguna.

—¡Mentís!

—Desde que se botó al agua la he mandado yo, y jamás ha hecho otra cosa que conducir pasaje y efectos.

—La marina mercante de vuestro país se convierte en corsaria en el momento que teneis guerra con alguna potencia, y no es posible que este barco haya dejado de hacer lo que todos los demás.

—En España, señor alférez, nos batimos los soldados y los

que no lo somos; esa es la regla; pero hasta ahora no ha empezado mi nave; más adelante acaso sea la primera.

—Contra vosotros.

—Mi país se halla en paz con el vuestro, y no encuentro razon alguna que justifique la realizacion de esa amenaza; á no ser que dejando de pertenecer á la marina real de Inglaterra os hayais convertido en piratas.

La mano del alférez chocó cruelmente sobre el rostro del patron, alzándose á la vez dos hachas de las que tenían los ingleses que estaban á su lado.

El duque habia permanecido impasible hasta este instante; pero al sentir la bofetada, dió un salto y se interpuso entre los extranjeros y su víctima. Ya era tiempo, siendo así que el patron sacó su daga resuelto á hundirla en el pecho del que injustamente cruzó su rostro.

—¡Deteneos!—le dijo Osorio.

Y prosiguió en inglés, dirigiéndose á sus contrarios:

—Señores, ese hombre no sabe lo que dice, ni deben en consecuencia ser causa sus frases de un disgusto que haria derramar sangre inocente. Preguntad lo que gusteis, señor oficial; yo os daré cumplida contestacion, advirtiéndoos que no soy lo que represento.

Los ingleses le miraron, sorprendidos de su actitud, calma y serenidad, interrogándole el alférez:

—¿De dónde sois?

—De Italia.

—¿A dónde vais?

—A Nápoles.

—¿Qué mision os lleva allí?

—La de conspirar.

—¿Quién os manda?

—Un embajador, señor oficial, que os puede proporcionar en Inglaterra el hacha del verdugo, si no me tratais como á él, que representa á vuestra reina Isabel.

—¡Ah!.. ¿Teneis pruebas?

—Encima las llevo.

—Vengan.

—Sois muy poco todavía, alférez; ascended más, demostrad en muchos combates valor y patriotismo, y entónces tendreis derecho á que os enteremos de los secretos de Estado.

—Hablais el inglés como yo.

—¿No adivinais la causa?

—No.

—Consiste en que acaso sea tan buen inglés como vos.

—Pasad á mi navío y entendeos con el capitan.

—Lo haré, pero ántes bajad á las cámaras y prohibid á vuestros soldados que continúen atropellando á gente indefensa é inocente.

—Son españoles.

—¿Eso me dice un marino? Os repito que están indefensos, y que no son culpables de lo que hace el gobierno de su país.

—Dejadlos; es un desahogo marino.

—Señor oficial, cuando me halle en Lóndres contaré lo que está pasando debajo de mis piés.

—Bah, bah, no hay allí quien os escuche.

—A mí sí; porque se hizo á presencia mia, en mi barco, y con gente que me obedece.

—¿Teneis aquí algunos compañeros ó amigos?

—Sí.

—Que formen todos sobre cubierta, — gritó el alférez,— y que suban además los pasajeros y tripulantes de esta galera.

Luégo se volvió hácia los marineros, añadiendo:

—Más luces; fijad cuantos faroles tengais.

Osorio repitió la órden en español, y poco después quedó profusamente alumbrada la cubierta. Acto contínuo hicieron subir, aunque con gran trabajo, á aquella soldadesca desenfrenada, y seguidamente á los pasajeros, llegando las mujeres en un estado que renunciamos á describir, algunos hombres heridos, y el resto golpeados.

Osorio se fijó en el terrible cuadro que presentaban sus

conciudadanos, lanzando una mirada vaga y siniestra sobre la galera inglesa.

—¡Ay de vosotros!—dijo para sí,—¡ay de vuestro navío si llego á Nápoles, miserables piratas!

Roch sujetaba por una muñeca al patron, desde el momento en que le vió sacar la daga, la cual le quitó y arrojó al mar, conteniendo al infeliz abofeteado con las siguientes frases:

—Callad, que os perdeis; vamos á perecer todos, y la patria llorará al mejor de sus hijos.

Zalla y los tres criados, detrás del duque, aguardaban el instante en que se alzara una mano ó puñal contra Flaviano, para caer sobre sus enemigos como ellos tenían de costumbre.

Los desgraciados pasajeros se quejaban unos, las mujeres gritaban, y el resto maldecia su suerte, formando coro con las voces, amenazas y denuestos de los soldados ingleses.

—¡Silencio!

Gritó el duque, primero en inglés y luégo en castellano.

—Sufrid y callad, cobardes españoles,—añadió en su idioma,—y vos, señor alférez,—prosiguió en inglés,—sellad los labios de vuestros subordinados si quereis que nos entendamos.

Así lo hizo aquél, reemplazando á la algarabía que reinó hasta entónces un silencio interrumpido á intervalos por el hondo suspiro y ayes de los infortunados heridos y mujeres maltratadas.

—Pasad á mi galera,—dijo el oficial al duque,—y hablad con el capitan; yo os acompañaré.

El sagaz Flaviano comprendió que nada se podia conseguir de aquellos hombres rogando, y acaso mucho imponiendo, y alzando la cabeza con orgullo y altanería, contestó al alférez:

—Decid á vuestro capitan quién soy, y que le aguardo en mi camarote.

Y le volvió la espalda, dirigiéndose al sitio que acababa de indicar.

El oficial dudó; pero vista la resolucion y actitud del que le hablaba con tanto imperio, se trasladó á su navío, dando

órden ántes á los ingleses que le rodeaban, de que nádie se moviera de su sitio ni se ofendiera á ninguno de los de la galera apresada.

En tanto que era obedecido este mandato, sin separarse Roch del patron, á quien seguia sujetando, dirigió algunas frases de consuelo á sus pobres compañeros de viaje, encargándoles que cesasen de suspirar y que no dudaran de la Providencia. Verificaba esto con palabras de doble sentido, para que el intérprete inglés las comprendiese á medias, no cesando hasta que todos callaron y comenzó á reinar en la cubierta sepulcral silencio.

La noche continuaba oscura, la mar tranquila y todo contribuia á hacer lúgubre y aterradora la terrible escena que tenía lugar en la galera *Trinidad*.

El alférez inglés conferenció un cuarto de hora con su capitan, regresando al cabo de este tiempo seguido de aquél.

Ya hemos dicho que el jefe principal del navío semipirata, era rubio como Iscariote; tan mal encarado como nos describen á aquél, y en cuanto á la mayor parte de sus hechos correspondian á lo que demostraba su semblante. Pisó la cubierta de la *Trinidad* como Atila el suelo italiano, preguntando con enfado y disgusto:

—¿Dónde está ese hombre?

Roch, que hablaba y comprendia el inglés como Flaviano, y que no perdió una sola frase de las expresadas hasta entónces en torno suyo, dejó al patron, encargándole que no se moviera, y seguidamente contestó al inglés:

—Mi amo y señor está en su camarote; seguidme, capitan, yo os guiaré.

—¿Quién eres?

—Un leal servidor del noble caballero que os espera abajo.

—Adelante.

Nuestro marino obedeció, yendo en pos el otro. El catalan abrió la puerta donde se hallaba Flaviano, y el inglés entró, hallando al duque sentado y en actitud indiferente.

Roch cerró la puerta, quedando á la parte afuera; el jefe extranjero preguntó al general:

—¿Quién sois y qué quereis? Medid vuestras palabras, porque el más leve engaño os atraerá cien horas de tormento y luégo la muerte.

Osorio le miró de arriba á abajo, é indicándole con el dedo un asiento, le contestó:

—Sentaos.

Aquél aceptó la silla, añadiendo:

—Vuestro traje, color y fisonomía son los de un pechero.

Flaviano abrió su tabardo, replicándole:

—Mis pistolas y daga con mango de oro os dicen que estoy acostumbrado á hablar á los lores con familiaridad, que á vos no os toleraria ninguno.

—Pertenezco á la primera nobleza de Inglaterra.

—En blasones no lo dudo; pronto veremos si dicen lo mismo vuestras obras.

El capitan pirata estaba ya confundido, por lo ménos, ante el contraste que presentaba Osorio en su traje y color de pechero, con sus modales, pistolas, puñal aristocráticos, actitud y frases altaneras. Así es, que después de haber meditado algunos segundos, le dijo:

—Si servís á Inglaterra, segun dice mi alférez; si sois una persona elevada, como pareceis demostrar, probadlo y decidme luégo lo que quereis, que me juzgo buen inglés, y sentiria que una torpeza...

—Buena la habeis cometido; posible es que no pueda perdonárosla, señor capitan.

—¿Qué hice yo?

—Apresásteis mi galera como buque enemigo, y sin enteraros de nada, mandásteis medio ciento de hombres, que hirieron á pasajeros indefensos, cometiendo á la vez toda clase de excesos.

—Nosotros no sabemos tratar de otro modo á nuestros enemigos.

—¿Somos los mios y yo de esos que decís?

—Como yo ignoraba é ignoro aún quiénes sois...

—Ese es vuestro principal delito, señor marino; es torpe é insensata tanta ignorancia en un capitan inglés.

—Cumplo las órdenes de mis jefes.

—Nádie os ha mandado que atropelleis á quien os es completamente desconocido.

—Al saber que estábais aquí, he corrido en busca vuestra.

—Por eso debísteis empezar.

—No adivino.

—Pudísteis prever.

—El responsable, en caso, será mi alférez; yo no mandé que atropellasen á nádie.

—Vuestro grado os imponia la obligacion de prescribirle conducta.

—Acabemos. ¿Quién osa hablar de ese modo á un capitan de la marina inglesa?

—Quien puede y vale más que él; miradlo.

El duque sacó uno de los documentos arrancados á sus prisioneros, y se lo alargó, añadiendo:

—Leed, y notad que estais cubierto delante de mí.

Aquél miró la rúbrica y arrojando su gorra, exclamó:

—Firma el representante de S. M. en España.

—Empezad más arriba, y abandonad la costumbre de hacer las cosas al revés.

El marino leyó, continuando luégo:

—¡Os mandan á Nápoles con una mision importantísima! Bien; muy bien; tengo noticia de esa conspiracion, debo apoyarla en su dia, y veo con placer que os hallais defendiendo los intereses de Inglaterra. ¿Esos heridos pertenece alguno á los que os acompañan?

—Felizmente no; mis compañeros no se dejan castigar impunemente de amigos ni de extraños.

—En ese caso, olvidemos lo acontecido hasta aquí; trasladaos á bordo de mi galera, y os llevaré á Nápoles.

—Imposible. Estamos en negociaciones con España, áun cuando sean aparentes; necesito llegar en mi barco, y me habeis comprometido, peligrando á la vez la causa que defiendo.

—La paz con los españoles es ficticia; así me lo dice el almirante, encargándome que sorprenda y aprese en sigilo toda galera que, convertida mañana en corso, pueda molestarnos.

—Lo sé, y eso no obsta para que la mia llegue á Nápoles. Felizmente ninguno de los pasajeros y tripulantes comprende el inglés, les diré que ha sido todo una equivocacion, con lo cual y dejándolos que desembarquen se darán por satisfechos.

—Pero esta nave, ¿es de vuestra propiedad?

—No.

—En ese caso necesito mandarla á Inglaterra.

—No hay inconveniente. Desde Nápoles va costeando á Génova; la esperais frente á Toscana, y desde allí, sin estorbo ya por parte de los pasajeros, cambiais la tripulacion y la mandais á Inglaterra.

—¿Y las muchas mercancías que lleva?

—¡Pardiez, que sois torpe, capitan! Hemos debido disimular quiénes éramos y el intento que nos lleva á Italia, por cuya razon van nuestros toneles cargados de arena.

—¡Ah!.. ¿Y por qué no os trasladais á la mia, donde llegariais más seguro y en ménos tiempo?

—Porque en Nápoles se vigila á todo pasajero que arriba en buque inglés, miéntras que nádie se cuida de los españoles é italianos que hacen el comercio entre Nápoles, Génova, Barcelona y Alicante. Capitan, ya sabeis que el enemigo obra de tan buena fe como nosotros.

—Me habeis convencido; dejaré la presa para más adelante, remediando la parte posible del daño que hayan causado mis soldados en los pasajeros que os acompañan.

—Eso me corresponde á mí. Aquí se curará á los heridos, y si les faltan alhajas ó dinero yo les entregaré su importe á vuestro nombre.

—Mi gente no tiene culpa, porque obedeciendo á la costumbre...

—Comprendo, y nada más exijo.

—¿Cuántos dias se detendrá esta galera en Nápoles?

—Seis; ni más ni ménos.

—Con eso me basta; no la perderé de vista y de noche en sitio conveniente la apresaré, que está bien construida, es grande y nos servirá.

—No es prudente que nos detengais más.

El duque, jugando admirablemente, como concluimos de ver, su talento y destreza, salvó su vida, las de muchos otros infelices, la galera y el cargamento. En tan largas y terribles escenas sólo temió el afortunado general, que los ingleses bajaran á la bodega en busca de vino ó licores y descubrieran á algunos de sus prisioneros, en cuyo caso todo se habia perdido. Por eso consintió que atropellaran á los pasajeros, sirviéndole de pretexto para obligar al alférez á que los retuviera en la cubierta. Aquella soldadesca desenfrenada empezó de la manera que hemos visto, y hubiera concluido buscando los medios de embriagarse, siendo así que tan asqueroso vicio forma, en general, la delicia de los ingleses; pero el sagaz Flaviano, aprovechando la primera oportuna ocasion, procuró evitar los estragos, impidiendo á la vez que se realizasen sus temores.

Durante su larga entrevista con el capitan inglés, se afirmaba una confianza absoluta de salvacion en Zalla, Roch y tres criados, miéntras que las dudas más crueles se apoderaban del patron y tripulantes, y el temblor y pavura aumentaban en los pasajeros.

Por fin aparecieron sobre cubierta el capitan y el duque, dando aquél la derecha á éste. Al pié de la escala real, gritó el primero:

—Alférez, todos á bordo de nuestra galera; soltad la amarra, y que este barco continúe su derrotero.

Luégo estrechó la mano de Osorio, el oficial repitió la órden, y los ingleses fueron desapareciendo de la *Trinidad*.

El duque se aproximó á Roch, diciéndole:

—Observad la nave enemiga, y mandad al patron que prosiga con vela y remos, que todo ha concluido. Despachad.

La galera comenzó de nuevo á surcar el Mediterráneo; á los heridos y contusos, que eran muchos, se les curó acto contínuo, ordenando Osorio á su criado que les entregase el valor de los objetos robados por los ingleses.

La noche seguia en calma, el mar tranquilo y el viento flojo. El patron maldecia á los piratas, se llevaba la mano contínuamente al rostro, y en actitud amenazante dirigia su nave, mezclando las voces de mando con esa inmensa coleccion de interjecciones de que hace uso la gente de mar.

Atónitos los pasajeros y sin comprender la causa de un desenlace que aplaudian con júbilo, se dirigian mil preguntas, miraban á Osorio con temor y respeto, hablando entre sí en diferentes sentidos, y no todos haciendo justicia al sábio y diestro general que desconocian bajo un traje, color y rostro que lo desfiguraban por completo.

De este modo trascurrió aquella noche, sin que á ninguno de los pasajeros y tripulantes les fuera dado cerrar los ojos.

CAPITULO VII.

La huella de los piratas ingleses.—Juramento.—El golfo de Nápoles y sus deliciosos panoramas.

El dia siguiente á aquel en que fueron sorprendidos y abordados los viajeros de la galera *Trinidad* por el buque inglés, amaneció sereno y tranquilo como pocos; una brisa agradable soplaba de Norte á Sur, formando multitud de ondas que corrian hácia la playa en confuso y desigual tropel. El cielo y la mar tornasolados de oro recibian los rayos de un sol naciente que les prestaba brillo y encantos. Las aves marinas, blancas como la espuma de las olas, cruzaban en direccion de la costa humedeciendo á cada instante su pico amarillo en el agua salada. Y la naturaleza, en fin, parecia vestir en estos momentos las galas con que hace sonreir á los hombres y cantar á los pájaros.

La *Trinidad* surcaba frente á las costas de Italia, y desde su cubierta se veian las velas de multitud de buques que iban de Este á Oeste y de Norte á Sur.

Serían las ocho de la mañana cuando se presentaron sobre cubierta Roch, Zalla, sus dos criados, y media hora más

tarde de quince á veinte pasajeros, llevando estos últimos vendada la frente ó alguna parte de su cuerpo, efecto de los golpes ó heridas que recibieron la noche anterior. Descoloridos aún, por efecto de la fiebre que sufrieron unos y del susto é impresiones terribles que experimentaron todos, causaba lástima verlos; en poco más de un cuarto de hora se cebaron en ellos los ingleses semipiratas, bastándoles esos quince ó veinte minutos para dejar marcada en tan inocentes víctimas la huella de su inícua planta.

Sintiendo todavía los efectos del terror, dirigieron la vista con avidéz los viajeros de la *Trinidad* á las muchas velas que distinguian en torno, pretendiendo hallar las del fatal navío de guerra, cuyo recuerdo les hacía estremecer. Preguntaron al patron; pero éste, fija su mano derecha en el sitio donde recibió la bofetada, contestó con maldiciones y votos, lanzados contra el alférez y soldados del buque enemigo.

Luégo apareció en la escotilla el duque del Imperio, seguido de su criado, tendiendo la mirada sombría y aterradora sobre los pasajeros de la galera. Ahora no llegaba justificando con sus modales é indiferencia la clase á que aparentaba pertenecer con su traje y color; iba, por el contrario, grave, altanero é imponente.

Cuando reconoció á los que estaban en la cubierta, movió la cabeza con disgusto, exclamando para sí:

—¡Infelices! ¡Y yo he consentido!.. ¡No era posible otra cosa; dejé que os hirieran, que os maltratasen, que la sangre española corriese, y que el leopardo inglés gozara con vuestro dolor!.. Eso fué anoche; en breve será otra cosa; pronto el leon español alzará su potente garra, y entónces, ¡ay de la galera inglesa, ay de los piratas!

E inclinando su hermosa y teñida frente, meditó cien segundos, exclamando después:

—Capitan Roch, traed un anteojo.

Su voz clara, sonora y vibrante hizo estremecer á los pasajeros, obligándoles á fijarse en él con temor y sorpresa; nues-

tro marino pidió al patron lo que deseaba obtener el duque, y subiendo al castillo de popa, se lo alargó, diciendo:

—Reparad, señor, que olvidais el papel que venimos representando desde Madrid.

—Os equivocais,—le contestó Osorio con disgusto;—sé lo que hago. Bajad inmediatamente á las cámaras y reconoced á los heridos que no han podido levantarse; prestad ánimo á unos y á otros, dadles cuanto necesiten y no desechad de vuestra memoria un solo instante que son españoles y lo que han sufrido esta noche.

Roch contempló con sorpresa al duque, pero le obedeció sin vacilar. Aquél cogió el anteojo y le movió de un lado para otro hasta hallar el objeto que buscaba.

—Bien,—dijo asomando á sus labios una fatídica sonrisa;—nos sigue la galera inglesa, y era cuanto yo deseaba. Eso me basta.

Y dejó de mirar, continuando:

—Anoche vencí moralmente á ese capitan de piratas, obligando á la falanje de asesinos que le obedece á que ahogasen sus instintos de hiena, y tornara á su guarida; pero, ¿y el dia no lejano en que caiga yo sobre su cubierta, qué les sucederá? ¿Deberé tener compasion con unos hombres que aparentan ser la defensa de los mares y en realidad forman el terror de ellos? No; destruyendo esa galera y confundiendo á cuantos van en ella, presto un servicio á mi patria y otro mayor á la humanidad.

Y prosiguió hablando consigo mismo hasta que regresó Roch, y le dijo:

—Señor duque, los heridos están mejor, admirablemente cuidados, y nada les falta de lo que puede mitigar sus penas. Todos han recibido el oro equivalente á lo que les quitaron anoche, y los he consolado, infundiéndoles valor.

—¿Están más resignados?

—Sí, señor; temian la mayor parte que el buque inglés tornara á apresarnos, y áun muchos sospechaban de vos; pero

les he dado explicaciones que han calmado sus dudas, prestándoles á la vez el ánimo que les faltaba.

—Bien, Roch; buscad al patron y llevadlo á su camarote, donde iré en cuanto os vea entrar.

Así lo hizo nuestro marino, sentándose al poco tiempo frente al jefe de la galera. Luégo apareció Osorio, le saludó, y sentándose tambien, dijo al segundo:

—Patron, anoche os dieron una cruel y terrible bofetada.

—¡Maldicion! ¿Por qué me hablais de un hecho que no olvidaré nunca y que ha de formar mi desgracia eterna? ¿Sabeis lo que he sufrido? ¿Comprendeis vos, seais grande ó chico, valiente ó cobarde, lo que representais, ó uno de los héroes de mi patria; comprendeis, digo, lo fatal del dolor que siente mi alma?

—Perfectamente; no experimenté nunca la desesperacion, hija de afrenta tan ignominiosa y cruel, pero me lo figuro.

—Entónces, ¿por qué repetís lo que yo me digo á cada momento? Debo la vida al capitan Roch, que, prevalido del respeto y consideracion que me inspira, me sujetó, impidiéndome á la vez matar y que muriera luégo; muerte dichosa que me hubiera llevado al otro mundo ébrio de placer, miéntras que en el charco y en la tierra seré siempre el más infortunado de los hombres.

—Lo creo; el hecho no puede tolerarse por persona que pertenezca á vuestra honrosa profesion; entre los marinos es tan difícil hallar cobardes, como entre los españoles piratas. Cuentan los inteligentes, que la gente de mar se venga de tan nefanda injuria ó se arroja á ese abismo.

—Yo soy de esos; ¿qué me aconsejais que haga?

—Lo primero.

—Eso anhelo; mas ignoro cuándo ni cómo.

—Si tuviéseis confianza en mí...

—Sospecho que sois un... un sér que vale mucho; el capitan Roch da á entender lo mismo, y anoche pareciais, no un mísero pechero, como intentais demostrar, sino el hombre

de más habilidad, sangre fria y talento que conozco. Cási todos os debemos la vida, lo sé; y de quien tanto hizo no es posible dudar. Pues si no fuera así, al recordarme vos poco há la marca que llevo en mi faz, marca que intento neciamente arrancar con las uñas, ved la sangre que me he hecho; si no fuera así, vuestra cara ó vuestro corazon...

—Quitaos esa mano del rostro; olvidad la afrenta, y os recomiendo que sólo penseis en los ingleses.

—¿Volveré á verlos?

—Coged el anteojo; subid al castillo de popa, y á poco más de una milla contemplareis la galera que os sigue, y que no perderá de vista nuestro barco hasta que hayamos saltado en tierra y pueda apresaros sin que yo le oponga impedimento.

—No os comprendo, hombre misterioso; mi escaso entendimiento queda muy debajo del vuestro; sois el águila, yo la golondrina.

—Convertíos en milano, y juro presentaros la paloma que nos persigue.

—¿Qué podria yo, mísero patron, contra el enjambre de panteras que la acompañan?

—Con el águila que acabais de citar, vendrán doscientos leones de esos que miran, corren y matan.

—Yo iria delante de ellos.

—¿Me lo prometeis?

—Sí, con tal de que no sufran los intereses del que me ha otorgado su confianza.

—Donde yo caigo, señor patron, todo lo gana el que me sigue; todo lo pierde el que estorba.

—Entónces sois...

—Un águila.

—Decidlo, por Dios, y me devolvereis la vida, y veré el agua que ha de lavar mi mancha, y os bendeciré como á la Providencia.

—Es un secreto que amenaza de muerte al que lo posee.

—Mi pecho será arcano.

—Es que si lo abriéseis á alguno no me bastaria arrancaros la lengua.

—Nunca se vende lo que tanto cuesta; jamás se falta á lo que tanto vale.

—Patron, soy el duque del Imperio.

—¡Vos!.. Y yo estaba sentado, cubierto, y no caí á vuestros piés, diciendo: Señor, mi honra; nádie llega á vos que le volvais la espalda; ninguno os pide justicia que se la negueis; prestadme, gran señor, los medios de venganza, disponed de mi vida, y hasta de mi alma si la necesitais y os otorgó el cielo poder suficiente.

—Alzad del suelo, patron.

—No; permaneceré de rodillas hasta que arranque una promesa al noble señor que sabe destruir imposibles, y que jamás faltó á su palabra.

—Juro que os hartareis de sangre inglesa.

—Gracias; gracias, señor; dejadme que bese vuestras manos. ¿Me las retirais? Entónces vuestra rodilla, vuestra planta.

—Levantaos, patron; no gusto de humillaciones; me complace sólo el hombre de corazon.

—Ya estoy de pié.

—Sentaos.

—Delante de vos, nunca; perdonad si desconociéndoos...

—Os lo mando.

—Obedezco, señor.

—Hace ya bastantes horas que os estais ensangrentando el rostro, y puesto que ya veis el agua que os ha de lavar, bajad la mano y no volvais á llevarla á ese sitio.

—Sí; ya la contemplo; es roja; vino del otro lado del canal de la Mancha, de Inglaterra; ¡bendito país y con qué tigres tan deliciosos obsequia á la culta Europa!

—No son malos los leones que se crian en España.

—¿Cuando veré á unos y á otros? Perdonad, señor, mi justa impaciencia.

—Continuad dirigiendo vuestro barco hasta llegar á Nápo-

les; ya allí desembarcad los pasajeros y efectos; debereis tardar en esta operacion seis dias justos; al sétimo con vela y remo ó con lo último solamente os dirigís costeando á Génova. En el tiempo que esteis en Nápoles, dejad que Roch haga cuanto le parezca en vuestra nave; que meta la gente que juzgue indispensable, y cuando nos aborden, buscad el agua por que tanto suspirais.

—Todo lo comprendo; lo que no me explico son los medios de que os valísteis para aplazar un abordaje que tenían consumado nuestros enemigos.

—Patron, los prisioneros que se hallan en la bodega, son partidarios de Inglaterra; llevaban documentos justificativos, yo sabía sus nombres...

—¡Ah, qué idea! ¡como del héroe que mereció los aplausos del universo entero! Ahora conozco la causa de haber encerrado en toneles á los seis que os venían espiando.

—Me recordais un hecho que tenía olvidado, — dijo el duque, y añadió dirigiéndose á Roch:- -Capitan, bajad luégo con Zalla y criados y trasladad á esos hombres á su anterior calabozo.

—¿Qué vamos á hacer de ellos en llegando á Nápoles?

—Entregárselos al virey y que los juzgue, teniendo en cuenta que no puede sentenciarlos á muerte.

—Entónces los mandará á galeras para toda su vida.

—Que haga lo que quiera de ellos, siempre que respete sus vidas.

Diez minutos después cumplia Roch el encargo del duque, el patron hablaba con todo el que se llegaba á él, demostrando satisfaccion y hasta alegría, y Flaviano de Osorio se sentaba á la mesa con su protegido Alvaro Zalla. Durante el almuerzo comió poco y no habló nada, aparentando hallarse entregado á profundas meditaciones. Luégo fué poco á poco serenándose; asomó á sus labios una sonrisa que distaba mucho de parecerse á la que generalmente brillaba en la faz del apasionado y galante caballero, concluyendo por cogerse al brazo del

maestre y subir á cubierta, llevando la frente despejada y la actitud de un hombre que halló lo que le hacía falta. Su noble corazon se contraia ante la infamia que no le era dado destruir ó ante las lágrimas que el destino le imposibilitaba enjugar, sin que por esa razon le asombrase nada ni temiera frente al peligro. El duque comenzó á batirse desde la edad en que otros principian á ir al aula, y ya recordarán nuestros lectores que aún era muy jóven cuando asistió á la batalla de Dreux; tomó parte en los acontecimientos de París, y se igualó al héroe en las terribles luchas de Cambray. Tampoco habrán olvidado su viaje en la galizabra desde Génova á Malta, donde naufragó, salvándose milagrosamente; sus heroicidades de Malta; su indominable valor en el Perú; su temeridad en Venecia, y todos sus hechos, en fin, con los cuales se puede formar la epopeya de uno de los hombres más denodados, sagaces, nobles y entendidos. De lo cual se deduce, que las fatigas, insomnios, peligros y azares eran para el duque del Imperio la costumbre, lo natural, lo que debia ocurrirle, y claro es que nada le asombraba ni hecho alguno lograba estremecerle (1).

Satisfecho en parte del presente y porvenir, hablaba ahora con Zalla de los semipiratas ingleses, habiendo desaparecido de su rostro por completo la incertidumbre y disgusto que presentaba sobre la capa de barniz que cubria su cútis é intentaba desfigurar sus bellas y perfectas facciones.

---

(1) Aun cuando procuramos que cada novela nuestra sea independiente de las anteriores y posterior, como quiera que seguimos la historia y pasamos de un reinado á otro, y por consiguiente de padres á hijos y de éstos á sus sucesores, necesariamente debe existir enlace de una novela á otra; enlace que no nos sería posible destruir sin grave perjuicio de la obra. Esto se podia evitar únicamente volviendo á hacer la descripcion de los personajes que figuran en una y aparecen por segunda vez en otra, extractando á la vez sus anteriores hechos; mas entónces su lectura seria cansada y molesta para los que hubiesen leido los libros que preceden, y con sobrada razon se disgustarian nuestros constantes suscritores. Debemos, en consecuencia, seguir el mismo método que hasta aqui, aconsejando á aquellos que sólo tienen *Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera* lean ántes *El Héroe y el César, La Inquisicion y el Rey,* y *La Inquisicion, el Rey y el Nuevo Mundo,* tres partes correlativas y de la que es cuarta parte la presente. Sólo de este modo podrán formar una idea exacta de los personajes de este libro y de la historia que relata.

Alvaro le decia:

—El milagro de anoche debe dar por resultado una catástrofe más terrible que la evitada con vuestro elevado talento.

—¿Quién os lo ha dicho, maestre?

—Vuestra faz de hace un momento.

—¿No es la misma que tengo ahora?

—Sí, señor; pero ha cambiado de aspecto.

—¿No me desfigura por completo el unto?

—Hoy llevó la mano muy floja Ros.

—Consiste, Alvaro, en que la impaciencia, desasosiego y enojo me impidieron tener calma cuando mi criado teñia.

—Conocí vuestro estado al veros asomar por la escotilla.

—Los causantes sufrirán las consecuencias.

—Deduzco que habrá zafarrancho largo.

—O corto; pero sangriento.

—¡Qué miserables!

—Son las panteras de los mares; los tigres de la tierra; mas desde hoy en adelante cuantos hallemos en nuestro camino servirán de pasto á los peces ó de alimento á los grajos. Os vi sereno, no obstante alzarse anoche sobre vuestra cabeza la terrible guadaña.

—Há tiempo, señor, que seis hombres, los cuales no tienen rival en el mundo, me prestaron su poderoso aliento; y á imitacion de ellos nada me asusta, no hallo cosa que me altere, aturda ó acobarde. Sereno, tranquilo como estoy ahora, miraba las dos frentes que pensaba atravesar con las balas de mis pistolas en el momento que un inglés os amenazara. Queria luégo morir, pero ántes, haciendo uso de mi espada, pagar tan cara mi vida que hubiera asustado á cuantos me sobrevivieran.

—¿No os acordábais de la bellísima Syra?

—Como estábais vos delante no pude verla.

—Pronto, querido Zalla, saldrán nuestros enemigos del sueño en que quedaron sumergidos anoche; mas al despertar, por el alma de mi padre, que han de arrepentirse de haber creido la ilusion que me arrancaron.

—Cuentan que la astucia inglesa sobresale en el mundo; pero ante la vuestra vale bien poco.

Hablaron algun tiempo todavía, comieron después, é infundiendo más tarde ánimo y esperanza á los pasajeros, trascurrió el dia sin incidencia alguna desagradable. Al siguiente se levantó temprano el duque, dirigiendo el anteojo en busca de la galera inglesa que vió á la misma distancia próximamente que el dia anterior, con lo cual quedó satisfecho. Ahora conversaba de contínuo con el patron y Roch, pero siempre disimulando su clase y condicion ante los pasajeros.

La galera *Trinidad*, desde el momento en que la dejaron libre los semipiratas, caminaba dia y noche con todo el velámen posible y los diez remos de que disponia. Así es que sin nuevo acontecimiento que detuviera su marcha pudo entrar al cuarto dia de ser abordada y al diez y ocho de navegacion en el magnífico golfo de Nápoles.

Aquí es preciso detenernos un poco para examinar uno de los puntos de vista más deliciosos que se presentan al viajero.

El mencionado golfo tiene ocho leguas de diámetro, y la costa que le rodea aparece cubierta de maravillas de la naturaleza ó del arte, en cantidad sorprendente y con infinita variedad. Se ven mezclados los edificios modernos con los antiguos; castillos feudales de arquitectura gótica, puentes y muros, entre magníficos palacios, obra ya *del renacimiento*, tan altaneros y majestuosos, como humildes y postradas las cien ruinas que yacen aquí y allí, representando á la *edad media* que abre paso á otra época más floreciente. A corta distancia se contemplan quinientas cabañas, que formaron un dia el orgullo del país, y hoy aparecen cual míseros pigmeos que miran asombrados á los gigantes que las rodean.

Más allá hay montañas é islas célebres desde la antigüedad por lo fértil que fué su suelo, convertidas ahora en desiertos y tierras eriales, formando contraste con terrenos incultos anteriormente y convertidos ahora en deliciosas campiñas y ricos viñedos. Existen lagos que secaron los volcanes, y volcanes ex-

tinguidos que se han convertido en lagos; sitios en que aparece humo continuado, eterno; y no léjos de allí la llama horrorosa que vomita mil fragmentos arrancados á las entrañas del mundo.

Junto al famoso cabo *Micenas*, de imperecedero recuerdo por el desembarco de Eneas, están las admirables campiñas de Bayas, Cunas y Pouzzol, tan elogiadas por los romanos, los cuales tenían allí el Tártaro y sus campos elíseos.

Siguen los campos flegreenses, ó lugares abrasados, donde refiere la fábula que el rayo de Júpiter venció á los gigantes; la Solfatara, el promontorio de Posilipo, cuyo punto de vista encanta; el soberbio paisaje que se extiende hasta Pórtici, cubierto de casas de campo y de palacios, construidos precisamente sobre los sepultados edificios de Herculano, víctima un dia de espantosa erupcion.

A la derecha aparece el Vesubio despidiendo torrentes de fuego y nubes de humo que en forma de torbellinos ocultan el horizonte; montes formados por la lava desoladora, y jardines deliciosos sobre los fragmentos que vomita el volcan, teniendo debajo la célebre Stabía, la no ménos de Pompeya y millares de séres humanos sacrificados por aquel fuego devorador.

Y en medio de este cuadro sorprendente, aterrador en unos sitios, delicioso en otros y sublime en todos, se destaca la bella, la poética, la encantadora ciudad de Nápoles, con sus tres castillos, multitud de palacios, suntuosas iglesias, innumerables monasterios, y su puerto, en fin, lleno de navíos pertenecientes á todas las naciones de Europa.

Los pasajeros de la galera *Trinidad*, que el estado de su salud se lo permitia, se hallaban sobre cubierta, admirando cuanto acabamos de expresar. Osorio, cogido al brazo de Andrés Zalla, le iba describiendo los objetos que alcanzaba su vista, añadiendo las siguientes frases:

—Ese es el pueblo donde yo nací; la ciudad de las maravillas, de la poesía, de las mujeres hermosas, del éxtasis que arroba al hombre y lo conduce á un paraíso de encantos.

—¡Ay, señor,—exclamó el maestre,—todo eso es cierto!

—¿Por qué suspirais?

—Recordaba á la vez á mi bella Syra, y mi interés y respeto mandaban un suspiro á la señora duquesa del Imperio.

—Siempre con el mismo tema; Mauro os ha maleficiado á todos, logrando hacer instintiva en vosotros una fama que no merezco. Ros,—dijo á su criado que tenia á la espalda,—di al capitan de marina que mande suprimir los remos y deje á la galera que continúe despacio por el golfo. De ese modo podremos contemplar mejor los panoramas que se presentan á nuestra vista.

El duque fué obedecido, y continuó cogido á Zalla, explicándole cuanto lograba distinguir.

—Ahí,—le decia después,—nos aguardan mil conspiradores, sobre los cuales caeremos nosotros como rayo asolador. Sobre las ciudades de Herculano y Pompeya, en la deliciosa *Pórtici*, en *Pouzzol*, en la *Gruta del Perro*, en *Ischía*, *Prócida*, *Capre y Caserta*, se alzarán los puñales sicilianos, ingleses, alemanes y franceses, contra el maestre Zalla, el marino Roch y el general Osorio. ¡Ay de nosotros si la astucia y destreza que el mundo concede al duque del Imperio declinan ó se embotan por un solo instante en la corteza de su ignorancia! La patria lanzará un gemido sordo, las calles de Nápoles se inundarán de sangre, y la palabra *invencibles* dejará de tener aplicacion en el sexto hermano, que cerrará los ojos bendiciendo á la Providencia, á España y á todas las mujeres hermosas que abandona en ese delicioso y privilegiado suelo. ¡Auras que admirásteis al inocente y cándido Osorio, inspiradle cuando hombre y general viene á elevar lo grande que vosotras besais, á derribar lo pequeño y ruin que vuestro soplo desdeña! ¡Flores de mi país, prestadme vuestro aroma y poesía; y á la vez cantará á las hermosas que vosotras adulais, y en cuyas cabezas lucís vuestros deliciosos matices! Ardiente sol meridional, que un dia abrasaste la sangre del niño que más adelante formó tu orgullo en España, Francia, Alemania y Amé-

rica, no me niegues tu fuego si debo seguir cantando; si he de continuar hiriendo; si es indispensable que prosiga fuerte contra el poderoso, espléndido con el desgraciado, dulce, tierno y amoroso con tus hijas!

—Señor, permitidme os ruegue que olvideis la poesía, las mujeres y los encantos. Con ese traje de pechero, y vuestro entendimiento admirable, os será fácil penetrar en medio de los conspiradores, descubrir sus planes, estorbar sus intentos, vencerlos, dar fin de todos y regalar á nuestra patria otra corona, ante la cual se postrará el mundo, aplaudirán los valientes, y recompensará con todo su amor la bella, casta y adorable duquesa del Imperio.

—Zalla, os hicimos caballero; á mi lado llegásteis adonde yo; logramos que desapareciera de vos la ruda corteza que adquirió entre los terrores de la Mancha el hijo, hermano y nieto de pecheros; pero no he podido prestaros númen, poesía... Zalla, vuestro valor, talento y lealtad son de prosa.

—Verdad es, señor; la única poesía con que cuento, reside en Syra.

—Entónces dejadme en paz sin prosáicos consejos.

—Señor duque, concretaos á los conjurados, si no quereis que perezcamos en Italia.

—Porque anhelo que sucumban ellos solos, visitaré á las mujeres hermosas; mi voz entonará trovas que hagan palpitar sus corazones; mi aliento se embotará en el aroma de las flores; mi ardiente imaginacion se refrescará en las brisas matinales; provocaré lances, é intentando por último cuanto pueda hacer un hombre; que eso y más necesito para ocupar mi entendimiento y que no se adormezca entre las sombrías cavernas del torpe conspirador. Zalla, no me juzgueis por vos; en mi cabeza cabe todo eso, y en breve os lo probaré.

—Sois mi jefe, mi protector, el hombre á quien más debo, y no puedo insistir; ruégoos no obstante sigais ilustrándome; desconozco la historia de Italia, y vos sabeis la del universo entero.

—Con mucho gusto; en breves frases os la voy á referir.

Oidme: la parte meridional de Italia, llamada por los antiguos *Gran Grecia*, hoy Nápoles, la poseyeron los romanos; después los godos; luégo los griegos, y últimamente los sarracenos, que la conservaron hasta que los normandos que regresaban de Tierra Santa se apoderaron de él en el siglo IX. Roberto Guiscard, hijo del normando Tancredo de Hauteville, obtuvo el título de duque de Pulla y de Calabria, y su sucesor Rogerio II, fué elevado á rey de Sicilia y duque de Nápoles. Andando el tiempo, el emperador Enrique de Suavia reunió estos países al imperio; y Cárlos de Anjou, hermano de San Luis, los conquistó, haciendo morir en un cadalso al jóven Coradino, que reclamaba sus derechos al trono. Este atentado, y las contínuas vejaciones que siguieron después, produjeron las célebres *Vísperas sicilianas* en que los franceses fueron asesinados por el pueblo en 1282, á una misma hora en toda la Sicilia, cuya capital es Palermo. Desde ese dia hasta el en que sostuvo este país el leon español, hubo multitud de guerras y revoluciones que sería prolijo enumerar, promovidas por franceses, griegos, alemanes y aragoneses, los cuales se disputaron con encarnizamiento la posesion de tan deliciosas comarcas. Hé ahí el extracto; sobre el terreno os daré detalles extensos, pues es difícil que en el sitio donde demos una batalla, efectuemos una sorpresa ó tengamos un lance cualquiera, no exista el recuerdo indeleble de acontecimiento antiguo tan célebre como el Vesubio, el Etna, la Solfatara, Pórtici, la vieja Pompeya ó la moderna Foggia. ¿Os basta con eso?

—Sí, señor.

—La noche se acerca, van cubriendo sus sombras la magnífica ciudad, y distamos aún dos leguas del puerto, en el que no podrá entrar la galera hasta el próximo dia.

En este instante se acercó Roch, diciendo á Osorio:

—Señor duque, puesto que no es posible arribar hoy, pasaremos la noche en el golfo, toda vez que está en calma y no existe en mi concepto peligro alguno.

—Sí, capitan; anclad donde os parezca conveniente, que

sirvan la cena temprano, y cuando todos los pasajeros se hayan retirado, saldremos Zalla, vos, los tres sirvientes y yo en un bote que nos llevará á la costa por el sitio que designe.

—Nos exponemos á ser detenidos.

—Conozco el terreno por dedos y nada malo acontecerá. Los seis llevaremos capas; basta con dos remeros de los que ofrezcan mayor confianza. Decid al patron que no os espere hasta mañana por la noche, y que haga avanzar su galera, anclando lo más próximo que pueda á Nápoles.

—¿Qué se hace de los presos?

—Dejadles comida para mañana, y que continúen en su calabozo muy vigilados por el patron.

Habia anochecido por completo; la ciudad, enrojecida por las llamas del volcan, parecia un pueblo teñido en sangre. Las islas, los palacios, las campiñas y los montes todo se contemplaba del mismo color, y áun cuando no se distinguian bien, presentaban en conjunto otro panorama extraño, imponente, sublime.

A las ocho y media concluyeron de cenar los pasajeros; á las nueve se habian retirado á sus camarotes, y á las diez cayó la escala real, saltando á uno de los botes de la galera el duque, Roch, Zalla, tres criados, y dos remeros que comenzaron á bogar por órden de Osorio en direccion de uno de los barrios bajos de Nápoles. El capitan de marina llevaba la caña del timon; Flaviano cantaba á media voz una romanza italiana; Zalla preparaba sus pistolas, y Ros se santiguaba y sonreia con sus dos compañeros. La noche estaba oscura, serena y tranquila, pero las llamas del Vesubio les prestaba la luz que convenia á los intentos del duque.

CAPITULO VIII.

Terrible farola.—Desembarque á su siniestra luz.—Silencio.—La nodriza.—Entrada en Nápoles.

El esquife que conducia á nuestros seis españoles, fué formando un semicírculo, para salvar de este modo todo el frente de la ciudad. Los remeros movian sus palos haciendo el menor ruido posible; bogaban á bastante distancia del puerto; el bote era muy pequeño; los ocho iban inclinados, y no era fácil distinguir en medio del Mediterráneo un bulto tan pequeño.

El duque dirigia ahora la diminuta nave, marcando á Roch los sitios por donde debia cruzar, hasta que, sin ser detenidos por nádie, encallaron en la playa, á distancia de un cuarto de legua de Nápoles. Flaviano se puso en pié, y favorecido por la rojiza luz de la llama del volcan, tendió una mirada en el inmenso espacio de tierra que se le presentaba delante, no percibiendo sér humano ni otro ruido que el causado por los enormes pedazos de piedra y torrentes de lava que despedia el cráter del volcan.

—Saltemos á tierra,—dijo á sus amigos y criados, aña-

diendo á los remeros:—Vosotros volved á la galera; dormid y callad, si deseais conservar la lengua.

Después previno á los suyos la forma en que debian seguirle, y avanzó él sólo, yendo á cincuenta pasos Roch y Zalla, y á cien los tres sirvientes, llevando estos últimos debajo de sus capas las maletas que sacaron de Madrid. Los seis proseguian embozados, caminaban sobre arena mezclada con lava, iban despacio y con el silencio que la prudencia les aconsejaba.

Pronto dejaron la playa atrás, cruzando ahora por entre míseras cabañas de lazaronis, todas las cuales se hallaban cerradas, sin luz, y sumidos en el más tranquilo sueño sus habitantes. Eran las once de la noche, y á aquella hora con dificultad andaba por tales sitios hombre alguno.

Al concluir las cabañas, empezaron várias hileras de casas, que formaban calles irregulares, siendo este el principio de un barrio extramuros de la ciudad. El duque y sus acompañantes siguieron por él tres minutos; al espirar estos, se detuvo el primero, verificando lo mismo los otros cinco, á la respectiva distancia que guardaba cada uno.

Osorio se habia parado frente á una casita de un solo piso, no muy grande, pintada de azul, y de buen aspecto; era sin duda la mejor del barrio. Nuestro general la contempló con alegría, y asomando á sus labios una sonrisa que demostraba placer y satisfaccion, dijo:

—Esta es; continúa lo mismo que al mandarla construir mi padre; sigue en igual estado que aquel en que yo la dejé. En ella recibí un dia las tiernas caricias de mi madre, los halagos de mi nodriza, y en estos sitios queridos corria detrás de un pájaro tan inocente como yo. ¡Ay! ¡el destino me arrebató aquellos besos maternales tan tiernos y amorosos! Ahora, en vez de seguir al ave, voy en pos de la muerte. Aquí me rodeaban ayer amigos; hoy sólo hallaré contrarios que alzarán sus agudos puñales, dirigiendo las puntas á mi pecho. ¿Habrá muerto tambien mi pobre y leal nodriza, su esposo, sus dos hijos,

aquellos cuatro séres que tanto me querian, y de los únicos que podia fiarme en Nápoles? Acaso; hace doce años que los abandoné por última vez, y en ese tiempo pueden haber desaparecido de este mísero valle.

E inclinó la cabeza demostrando dolor y sentimiento. Luégo la alzó, enjugando dos lágrimas que acababa de arrancarle la memoria de sus padres.

—Sepamos,—añadió,—qué hay detrás de esa silenciosa reja.

Y con el pomo de su daga comenzó á golpear en la ventana. Una voz de mujer le preguntó:

—¿Quién es?

—¡Marta!—exclamó Flaviano crispado de alegría.—¡Marta!—repitió;—¿desconoces mi acento? Abre, pronto.

—¡Hijo mio!

Le contestaron. Luégo se oyeron las voces de tres hombres, mezcladas con los sollozos y gritos de una mujer, y minutos después se abrió la puerta, apareciendo en el zaguan la nodriza que crió á Osorio, su esposo y dos hijos, uno de los cuales era hermano de leche del duque, y de su misma edad, siendo el otro menor.

—¡Adelante!—gritó nuestro general á Zalla y restantes que le seguian, y se precipitó en la casa, cayendo sobre los brazos de Marta. Gabriel, marido de aquella, llevaba una linterna en la mano, á cuya luz vió el barnizado rostro de Flaviano, y retrocediendo algunos pasos, exclamó:

—¡No es tu hijo! ¡Traicion! ¡A las armas!

Y tres puñales se alzaron sobre Osorio, siendo contenidos por la nodriza, que con voz medio ahogada gritó:

—¡Deteneos! Es mi hijo, el hijo de mi alma, que viene disfrazado; me lo dice el corazon y su voz clara y sonora como ninguna... ¡Atrás, canalla! Le defiendo con mi pecho.

Y cubriéndole con su cuerpo fué á continuar; pero apagaron su acento las figuras de Roch, Zalla y tres criados que se presentaron en el umbral.

—¿Lo ves, Marta? ¡Son ladrones, asesinos!—gritó su marido retrocediendo.

Los cinco se habian precipitado en la estancia, pistola en mano, al ver los puñales desnudos que amenazaban al general.

—¡Alto, señores!—dijo Osorio.—Zalla, Roch, son mi querida nodriza y su marido é hijos, que me han desconocido. Cerrad esa puerta y sellad el labio todos. Ven á mis brazos, torpe Gabriel; soy Flaviano de Osorio, duque del Imperio, primera autoridad hoy de Nápoles, que viene disfrazado, descompuesto su rostro y barnizada la piel, por temor á esos puñales napolitanos tan fatales como el alma de tus paisanos. Estréchame. Así; acércate, Ramiro; llega tú tambien, Víctor.

Los tres le reconocieron por fin, y cayéndoseles de las manos los puñales, le abrazaron con amor y respeto.

Marta contempló el grupo que formaban los cuatro á dos pasos de ella; luégo añadió, dirigiéndose á su esposo é hijos:

—¡Torpes! ¡Ya se conoce que fuí yo sola la que le alimenté con mi sangre; la que lo arrullaba y dormia en el regazo materno; la que lo besaba dia y noche, porque fué siempre tan hermoso; tan altanero para con los demás; tan tierno para mí! Por eso no pude dormir esta noche; latia mi corazon con violencia, y al oir su voz se detuvo la circulacion de mi sangre. Le amo tanto; más que á tí, Gabriel; que á vosotros, Ramiro y Víctor; á este lo crié yo, me connaturalicé con él, y... Otro abrazo, hijo; hace doce años, cuatro meses y cinco dias que te vi por última vez, y ni un instante te has borrado de mi memoria. Deja que bese tu frente, tus mejillas; que te oprima contra mi pecho, que te humedezca con mi llanto. Son lágrimas que filtra el amor... ¡Ah, me faltan las fuerzas; me siento desfallecer! ¡Qué dichosa me hace tu venida! ¡pero experimento á la vez una angustia, un dolor en el corazon... ay! parece que voy á espirar.

Marta cerró los ojos, cayendo sobre el brazo izquierdo de Osorio. Éste la sostuvo con tierna solicitud, exclamando:

—Le ha dado una congoja; no asustaos. Traed agua.

Y cuando se la presentaron le echó algunas gotas en el rostro, obligándole á que bebiera el resto.

—Vuelve en tí, Marta. ¿Me conoces?

—Sí; ¿cómo una madre ha de desconocer á su hijo, sea cual fuese su traje, el color del cútis y la descomposicion de su faz? Basta el acento, las miradas, hasta el olor. Te he reconocido, sí; á tí, el más valiente de los hombres, el más bello; el que dice la fama que no tiene parecido en la tierra. Me siento mejor; pero, sostenme, hijo, sostenme; yo te tuve dos años dia y noche en mis brazos; cada vez que te miraba sonreia, como tú ahora, con cariño; y aquel amor no se paga con oro, Flaviano. Tu generoso padre me hizo rica, mas no le fué dable recompensar la ternura que me inspirabas, ni por ésta hubiera yo admitido dinero alguno.

—La recompensa á tu amor me correspondia á mí, Marta.

—Con otro igual, ¿es cierto?

—Sí.

—Tu espada hiere, hijo mio; mata sin cuento; pero de tus labios brota la felicidad. ¿Cuántas mujeres suspiran por tí?

—Ninguna, Marta, á excepcion de mi esposa.

—¿Te has casado? Dichosa ella que se unió al primer general del mundo; porque refieren que ascendiste ya á general. Se cuentan de tí cosas que admiran; es decir, á los demás, á mí no; dicen que eres invencible; que mandas las batallas mejor aún que tu padre, y que eres la segunda persona de España.

—Marta, estamos en el zaguan; entremos en la sala, daré algunas órdenes á tu esposo é hijos, y luégo me dirás lo que quieras.

—¿Vas á vivir conmigo?

—Probablemente.

—¡Qué felicidad! ¿Mucho tiempo?

—Bastante.

—¿Qué te trae á Nápoles, hijo?

—Una mision terrible, sangrienta.

—Bueno; mi esposo y dos hijos te defenderán. ¡Ay del

que pusiera su mano en tí! ¡yo misma atravesaria su corazon! ¡Torpes! no conocer á Flaviano; tomarlo por un... por un salteador. Creo que os voy á aborrecer. Entra, hijo. ¿Estos caballeros son deudos tuyos?

—No, Marta; este es el célebre Roch, primer capitan de nuestra marina; este otro se llama Alvaro Zalla, maestre de campo y mi protegido; y aquellos tres nuestros respectivos criados.

—Pues ya saben que esta casa es tuya, y que pueden estar como en tu palacio. Entremos, hijo; entremos, y siéntate á mi lado.

—¿Teneis sirvientes?

—Dos.

—¿En esta casa?

—No; duermen en la inmediata, en la cual hay tres caballos, un jardinito y aves; la divide de esta una sola pared con puerta, pero está cerrada, y los dos reposarán en estos instantes.

—Nuestros disfraces dicen que sólo vosotros habeis de saber quiénes somos.

La nodriza de Osorio, áun cuando pertenecia al pueblo, aprendió los usos y costumbres de la aristocracia y disponia de una renta anual de ochocientos ducados que le dejó el padre de Flaviano, y de lo que ganaban además su marido é hijos, empleados los tres en el puerto de Nápoles. Así es, que tenían alhajada la casa con decencia, sin que faltase nada á la comodidad de los cuatro séres que la habitaban. Se componia aquella de un saloncito, dos salas, seis alcobas, comedor, cocina, vários pasillos, patio y otras habitaciones más pequeñas; y en la de al lado, que era un cuerpo de ésta, separado por un tabique, tenía salita, dos alcobas, cuadra y huerta, que mediria dos mil piés cuadrados.

Sentados en el saloncito de la primera Flaviano, Marta, Roch, Zalla, Gabriel y sus hijos, preguntó el primero al marido de su nodriza:

—¿En qué te ocupas?

—Señor, por las muchas y buenas recomendaciones del conde, vuestro padre (Q. E. G. E.), continuamos los tres empleados en el puerto; el sueldo es bueno, el trabajo poco, y áun cuando podiamos pasar sin el destino, nos sirve de entretenimiento y me ayuda á la vez á aumentar el patrimonio de mis hijos.

—Me consta que tú no eres cobarde. ¿Se parecen á tí ellos?

—Tienen mi sangre,—contestó Gabriel con entereza,—y jamás han merecido una reprension en ese sentido; léjos de eso hay que contenerlos, porque si no...

—Ramiro es de mi edad, y á los diez y siete años ya me seguia, y como Víctor le imite...

—Cuenta con los tres, hijo mio; pues áun cuando mi marido cumplió ya cincuenta y dos años, es decir, tres más que yo, está tan fuerte y ágil como un jóven.

—Es indispensable,—añadió Flaviano,—que os deis de baja en vuestros destinos y os pongais á mi disposicion.

—Desde ahora mismo.

—Necesito que os levanteis al ser de dia, y entrando en Nápoles, comprad el palacio mejor amueblado que haya; haceis el ajuste, tomando mi segundo nombre y apellido de mi madre. Me serán indispensables cuatro pajes, seis ú ocho criados y un tren que compita en lujo con el primero. ¿Habrá probabilidades de adquirir todo eso con brevedad?

—Sí, señor.

—Entónces marchad al amanecer, procurando que en el próximo dia quede todo concluido.

—¿Necesitais carroza?

—Sí, con cuatro caballos de tiro y ocho ó diez de silla.

—¿Armas?

—No estorbarán seis arcabuces, otras tantas picas y algunas espadas.

—Os llamareis Jacobo de Guzman.

—Eso es. Conviene además que, ajustado el palacio, y en-

riquecido con lo necesario, no volvais vosotros á penetrar allí sin que yo os llame. De este modo se evitarán sospechas que pudieran perjudicarnos.

—Yo creí,—exclamó Marta,—que habitarias con nosotros la mayor parte del tiempo.

—No te has equivocado; cuando el poderoso señor Don Jacobo de Guzman tenga que dar audiencias en su espléndido alcázar, ó se vea obligado á recibir á la aristocracia napolitana, viviré en la ciudad; cuando camine como simple marinero, soldado ó conspirador, vendré á comer y á dormir á tu casa; y como serán pocas las veces que haga de señor, y muchas las que me convierta en pechero, estaré á tu lado más que en el palacio. Antes de llamar á tu ventana reconocí estos alrededores, y nada vi que excitara mis sospechas. ¿Juzgais, como yo, que nádie ha podido espiarnos?

—A estas horas duerme la policía; los habitantes del barrio reposan, y no parece posible que haya podido uno solo reparar en vosotros; mi casa no tiene comunicacion con ninguna otra, y esta circunstancia concluye de confirmar mi idea.

—Decid á los curiosos que reparen más adelante en nuestra llegada, que somos españoles, soldados, y antiguos conocidos vuestros. Gabriel, á los que te pregunten quién es Don Jacobo de Guzman, contestas que un rico castellano, el cual se establece en Nápoles por haberse indispuesto con algunos señores de la corte del rey Don Felipe, y muy particularmente con los seis amigos que el vulgo apellida *invencibles*.

—¿Y al que dude?..

—Le convences con razones.

—¿Si alguno os descubriera?..

—Para ese ya encontrarás en el cinto lo suficiente á convencerle.

—Comprendo.

—Vengo, amigos mios, á salvar á vuestra patria del gran peligro que la amenaza; vengo á evitar que corran arroyos de sangre por las calles de Nápoles, y vengo, en fin, á asegura-

ros un porvenir que hoy parece llevar en pos la anarquía, el asesinato y el robo.

—Ya suponia yo,—dijo Gabriel,—que se conspiraba aquí.

—Cierto; un partido ambicioso, sin fe ni conciencia, pretende sublevar al pueblo, atraer á los grandes y proclamar una independencia que sería la ruina de este país; les inspira Lucifer, y fundan el éxito de su empresa en el apoyo que les prestan Inglaterra, parte de Francia, algunos alemanes, en la distancia que les separa de Madrid, y en los medios ruines y arteros que emplean para la realizacion de su nefando plan. Si logramos que ignoren mi venida, todo se habrá ganado; si me descubren, y el veneno ó puñal, que tan diestramente manejais los italianos, se ceban en mí, ¡ay del pueblo de Nápoles, ay de todos vosotros! á la guerra seguirá el caos, y á éste la destruccion de lo más grande que exista en el hijo del Vesubio.

—¿Quiénes son los malvados?—preguntaron á la vez Gabriel y sus hijos.

—A esos basta por ahora con que yo sólo los conozca.

—¿Y cómo se explica, que hallándonos en situacion tan crítica continúe el virey tranquilamente en Palermo?

—Ignora lo que acontece, y en las circunstancias actuales estorbaria su presencia; por eso lo retiene allí una órden de S. M.

Todavía continuaron hablando una hora, durante la cual acabó de instruir Osorio á Gabriel y á sus hijos, á Roch y á Zalla, en lo que debian hacer para que le ayudaran á la realizacion del difícil y arriesgado plan que lo llevó á Nápoles. Cuando nuestro valiente jóven creyó que aquellos sabían lo necesario, dispuso retirarse á descansar y que verificasen lo mismo el marino y maestre.

Minutos después ocupaba el duque la alcoba principal de aquella casa, y encerrado con su criado Ros, se dejaba desnudar, tranquilo por el presente y dudando algo del porvenir.

—Saca con cuidado esa cota,—dijo al diestro sirviente;—te olvidas á menudo que es de acero.

—Señor, como estamos ya en campaña procuro abreviar.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo figuro; estoy cierto que no venimos á Nápoles á contemplar á los hombres y despreciar á las mujeres.

—¿Qué nos trae aquí, Ros?

—Ello dirá, señor; pero entiendo que nada bueno.

—¿Temes?

—Brava pregunta; miedo á vuestro lado es más difícil que pasear ahora por el cráter del volcan.

—Puede que no te equivoques. Sube un poco la ropa.

—¿Qué preparo para mañana?

—Ros, cuando habite el palacio que tendremos dispuesto muy pronto, usaré traje de seda; cuando permanezca en esta vivienda, ese que acabas de quitarme.

—Dispondré además el unto claro y el oscuro.

—Ciertamente.

—¿No quereis que os reconozca nádie en Nápoles?

—No.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué, Ros?

—Un talle tan esbelto, un cútis tan blanco y suave, y unas napolitanas tan bellas, tan ardientes y tan conocedoras de lo que vale... ¡Ay, señor, qué lástima!..

—¿Y Adela, Ros, y Adela?

—Mi señora la duquesa del Imperio está en Madrid siendo la admiracion de propios y extraños; sólo le falta la compañía de su esposo, y nádie osaria ofenderla...

—Ni yo tampoco.

—¡Por supuesto; pero digo que es una lástima!..

—Ros, vete á dormir, y déjame en paz con tus tentaciones.

—Obedezco, señor. ¡Qué dirán vuestras paisanas, cuando sepan que estuvo aquí el duque del Imperio y no oyeron de sus finos labios una palabra tierna, una frase amorosa! Mi general, vuestra fama de galante está ya en la agonía.

—Eso sería llevar las cosas á un extremo que no me pa-

rece admisible; sin faltar á tu señora, podré ser galante y cortés con todas las que encuentre al paso.

—Eso es; las que podamos coger al vuelo; una tapada misteriosa, para vos; una doncella confidente, para mí; los ojos, el talle, una puntita del pié y los dedos de la mano, dejan adivinar á hombres como nosotros lo que es, lo que vale el resto.

—¿Y qué vamos á hacer, Ros, con esas tapadas y sus confidentes?

—¿Qué vamos á hacer?

—Sí, explícate.

—Lo que en Francia, en Madrid...

—¿Nos manda á eso S. M. el rey de España?

—Lo primero, señor, es obedecer las órdenes del monarca; mas habrá tiempo para todo, y como nosotros no somos gente ociosa...

—En cuanto lleguemos á Madrid te denuncio á tu señora.

—¡No, por Dios! todo me lo perdonaria ménos eso; de seguro influiria con S. M. para que me desterrase á las islas que se han descubierto cerca de la China.

—Es verdad, y si no te enmiendas prepárate á cruzar los mares índicos. Si Dios nos ayuda llenaremos en Nápoles nuestra difícil mision, sin perjuicio de ser atentos, corteses y galantes con las damas.

—Galantes, eso es, muy galantes. Hasta mañana, señor; dormid tranquilo, y cuidado con pensar en el talle de mimbre de las napolitanas; en sus negros y rasgados ojos; en aquellas miradas de fuego que abrasan; en unos piés que no se ven de chiquitos, y en manos que se escurren, por lo diminutas y suaves; podriais soñar con esas tentaciones, y os conducirian á una predisposicion fatal para el dia en que nos hallemos tan cerquita de ellas y tan léjos de Madrid. Buena noche, señor. ¡Ay qué voz tienen, qué dentadura, qué atractivos!..

Salió Ros, dejando á su amo con la sonrisa en los labios; luégo exclamó para sí:

—Yo tengo la culpa de que sea tan osado y demuestre á la vez una aficion tan decidida á las hijas de Eva; en los momentos de lucha lo convertí en leon, y durante la tregua lo hice intrigante, enseñándole el modo de ganar el corazon de las confidentes de mis... ¡fatal palabra! pero la fiera se humilla á mi voz, y lograré, áun cuando me cueste trabajo, rebajarle lo que le sobra de aficionado á las intrigas femeniles.

Poco después dormia el general, Roch, Zalla y sus tres criados; Marta, su esposo é hijos no se volvieron á acostar.

Al ser de dia salieron Gabriel y Ramiro en direccion de Nápoles, en tanto que la nodriza, Víctor y dos sirvientes hacían acopio de provisiones, preparando luégo un espléndido almuerzo á los seis huéspedes que escondia en su casa.

CAPITULO IX.

Las autoridades de Nápoles.—Virey, soldado y conspirador.—Escena trágica.

Flaviano pasó el dia en casa de su nodriza; ya era de noche cuando se presentaron Gabriel y Ramiro, diciéndole el primero:

—Señor, en la calle de Toledo, frente al palacio del Gobernador, teneis otro tan bueno como aquél y más ricamente alhajado. Forma ángulo con la calle de Santa Brígida, y nada falta en él para la comodidad y el uso á que lo destinais.

—Pronto has despachado, Gabriel.

—Teniais prisa, y se ha presentado una ocasion propicia y admirable.

—¿Encierra esa ocasion la historia de mi nueva morada?

—Sí, señor.

—Refiéremela.

—Hace un año vino de París un poderoso, enfermo, al que sin duda mandaban los médicos franceses para que variase de temperatura, ó como si dijéramos, á que se muriese en Nápoles; los mayordomos que le precedieron, compraron el

palacio que perteneció á los condes de Mántua; construyeron várias obras de reparacion, renovaron sus muebles y adornos, y cuando estuvo concluido se alojó en él su doliente señor. El infeliz fué agravándose poco á poco; á los tres meses lo condujeron á una casa de campo situada cerca de Pórtici, y á los ocho espiró. Há poco vino su heredero, se llevó á todos los criados que trajo el difunto, dejando á un agente encargado de la venta del palacio y de cuanto encerraba en él. Supe esta mañana que aún estaba sin enajenar, lo reconocí escrupulosamente y acabé por comprarlo en un precio verdaderamente módico, con relacion á lo que costó.

—¿A nombre de quién?

—De Don Jacobo de Guzman.

—¿Lo has pagado?

—Dí mil ducados en señal; se mandó extender la escritura, que firmareis esta noche, y mañana, después que haya cobrado las letras que me entregó vuestro sirviente, abonaré el resto.

—¿Tengo criados?

—Ocho con cuatro pajes.

—No falta nada.

—Que vayais á habitarlo.

—Pues partamos; me presentas á mi nueva servidumbre, concretándote en lo sucesivo á seguir en todo mis instrucciones.

A las nueve de la noche se hallaba instalado el duque en el palacio, y miéntras Gabriel entregaba una órden al gobernador de Nápoles, él hablaba con Roch y Zalla en uno de los salones de su espléndida morada.

A las diez asomó un paje, exclamando:

—El señor gobernador y dos autoridades más, desean hablar con mi señor.

—Que pasen.

Contestó el duque, y añadió á Zalla y Roch:

—Retiraos vosotros.

Solo ya, avanzó hasta unirse con los tres anunciados; les

hizo una cortés reverencia y se fijó en ellos por algunos segundos. El gobernador y los otros, por su parte, le miraron tambien con sorpresa y algo de altanería.

Por fin Osorio les dijo:

—Os he mandado llamar en nombre del rey, y á fuer de leales habeis obedecido; pero noto que vuestros instintos aristocráticos se resisten á esta entrevista. No negadlo, pues lo leo en vuestros semblantes.

—Teneis razon,—le contestó la primera autoridad residente allí.—¡Vuestra llegada á Nápoles, sin que ninguno lo hayamos sabido hasta que vos nos lo hicísteis saber; el poder que os atribuís, la improvisada compra de este palacio, y todo, en fin, en vos, es tan extraño!..

—¿Dudais de mí? Sed francos.

—Sí, señor.

—¿Qué opinion habeis formado?

—Ninguna.

—Temeis decirme que me juzgais conspirador.

—¿Se conspira acaso en Nápoles?

—Vosotros lo sabreis.

—Lo ignoramos.

—Yo no; sé que hay conjurados, cuyos puñales amenazan vuestras vidas y la tranquilidad de este país.

—¿Para referirnos ese cuento nos hicísteis venir? Os advierto, señor de Guzman, si es que os apellidais así, que están tomadas todas las avenidas de vuestro palacio, y que tengo en el zaguan un capitan con veinte soldados.

—¿Qué quereis decirme con eso?

—Que si no justificais en el acto la representacion que os atribuís, vos y cuantos os acompañan vais á dormir esta noche en las prisiones de mi palacio.

—Señor gobernador, áun cuando haceis las veces de virey de Nápoles, no llega vuestro poder hasta mí.

—Deseo que lo probeis; de lo contrario me veré obligado á obrar con vos del modo que os he indicado.

—Lo haré con mucho gusto; mas permitidme que os demuestre ántes lo extraño de vuestra conducta.

—Abreviad.

—Si creeis, señor gobernador, que soy un malvado, era más cuerdo, en mi concepto, tratar de averiguar lo que me proponia, primero que sellar mis labios en una oscura mazmorra.

—Para el que se obstina en callar, hay tormentos, ante los cuales no existe lengua que permanezca muda.

—Hombres como yo, jamás obedecen á la amenaza ni al castigo.

—Pronto lo veremos.

Impaciente ya el gobernador, y no siéndole posible adivinar quién era Osorio, juzgó que se trataba de un aventurero que queria poner á prueba su paciencia, y se volvió de pronto, diciendo á uno de los que le acompañaban:

—Avisad.

—Deteneos,—le contestó el duque, comprendiendo la intencion de aquél,—conviene que nádie escuche nuestra conversacion, y si ántes os mandé en nombre del rey que viniérais aquí, ahora os prohibo á los tres que os movais sin mi permiso. Señores, estais exponiendo vuestras vidas en estos instantes, y es indispensable mucha calma y prudencia si no quereis que se las entregue al verdugo.

La actitud, frases y rostro de Flaviano impusieron de tal modo á aquellos tres grandes señores, que hubieron de dudar nuevamente, contestando por fin el gobernador:

—Por última vez os invito á que me digais quién sois y á qué habeis venido á Nápoles.

—Necesito ántes conoceros á los tres para que al imponer castigos ú ofrecer recompensas pueda obrar con la seguridad y acierto que tanto me han recomendado S. M. el rey y el poderoso príncipe de Italia.

—Se deduce de vuestras frases que vuestro poder en Nápoles es ilimitado.

—Así es la verdad.

—Entónces, hablad, por Dios.

—Anoche llegó al puerto una galera llamada *Trinidad.*

—Sí, que fué apresada por un buque inglés, y la salvó un hombre extraordinario que viajaba en ella de incógnito.

—Ya empezais á conocerme.

—Allí érais un soldado.

—No mentia mi traje; soldado soy.

—Aquí pareceis un caballero.

—Tampoco os engañan mis ropas y figura; caballero nací.

—Sospechan que estais de acuerdo con los enemigos de España.

—Cierto; con los ingleses. Quiero combatirlos con sus mismas armas, y para destruir á la pantera me convertí en serpiente.

—¡Ah, qué idea!—exclamó el gobernador sorprendido.—Venía con vos y os obedeció con ciega sumision el célebre marino Roch, el amigo de los *invencibles*, el compañero que guia las naves donde van aquellos.

—No os extrañe; á mí me obedecen todos los que no son S. M. el rey ó S. E. el príncipe de Italia.

—¿Sois, por ventura, el duque?.. Esa voz, vuestros modales... pero no, es más blanco que vos, más simpática unas veces y severa otra su fisonomía.

—Soy, señor gobernador, Don Jacobo de Guzman.

—Conozco á todos los Guzmanes ménos á vos.

—Eso deseaba yo.

—La noche avanza, y las autoridades de Nápoles pierden aquí un tiempo precioso.

—Jamás lo habeis ocupado mejor, ni en asunto de más interés.

—Explicaos; yo os lo ruego.

—¿Insistís en que no se conspira en Nápoles?

—Algunos creen que sí; nosotros no tenemos ningun dato que lo confirme.

—Pues yo os aseguro que hay conjurados; que se trata nada ménos que de la independencia de Nápoles, y que se ofrecen grandes posiciones, mucho oro y riquezas.

—De ser cierto, ¡ay de los malvados!

—No me parece hábil esa exclamacion.

—¿Por qué?

—Ignorais quién soy.

—Eso no importa para aseguraros, de una manera solemne, que si existen conspiradores, los tres que estamos aquí moriremos en la demanda, ó ellos perecerán bajo el hacha del verdugo ó las picas de los soldados.

—¿Y si yo os lo prohibiera con un rio de oro y cuanto anhela el hombre más ambicioso?

—Ahora voy empezando á conoceros mejor. ¿Qué nos dariais?

—Cuando el reino de Nápoles tuviese un rey, un gobierno y un ejército, vosotros tres formariais el segundo y seriais los jefes del tercero.

—¿Nada más?

—Añadid un ducado, muchas tierras, castillos feudales, y tanto, en fin, cuanto pretendiérais de vuestro agradecido señor.

—¿Habeis nacido en España?

—No, en Italia.

—Proseguid, que cada vez os voy conociendo mejor.

—Nápoles, señores, no fué siempre una colonia de España; tuvo sus reyes y príncipes, y un hecho consumado no es un derecho ni una razon.

—La idea es muy atrevida y algo difícil de realizar.

—No lo creais.

—¿Qué garantía nos ofrece el pretendiente al reino de Nápoles?

—Su cabeza; vedla aquí.

—¡La vuestra! ¿Conque sois vos?

—Sí.

—Y la representacion que traia vuestra futura majestad

del rey de España y del príncipe de Italia, ¿qué se ha hecho?

—¿A un conspirador preguntais eso?

—¡Verdad es! ¿Y con qué se cuenta para empresa tan magna?

—Con muchos nobles, con todo el pueblo, con Inglaterra, con parte de Francia y Alemania, con algunos españoles, y con oro en tierra, naves en la mar y poder en todas partes.

—Bastante es. ¿Qué dice á eso el virey?

—No se necesita de él para nada; con vosotros tres sobra.

—Para ahorcaros mañana, teneis razon. No me perdonaré jamás la impaciencia que demostré al principio; con un hombre sentenciado á muerte se deben tener todas las consideraciones posibles.

—¿Cuándo y quiénes me han condenado á perecer?

—Vos mismo, desde el instante en que os hicísteis conspirador; en que osásteis llegar á la nacion española representada en Nápoles por nosotros tres, y la creísteis capaz de una traicion, de una vileza que no tiene ejemplo en ningun indivíduo de nuestra raza. ¡Vos, miserable conjurado, no sois Guzman; empezásteis mintiendo villanamente, y vais á concluir en un patíbulo afrentoso!

El duque del Imperio disimuló la grata impresion que le causaron la actitud y frases del gobernador, y dirigiéndose á las otras dos autoridades, les preguntó:

—¿Y vosotros, señores, pensais lo mismo que ese insensato? Con los dos tiene de sobra el futuro rey de Nápoles.

—Nuestras espadas, vidas y haciendas,—le contestaron á la vez,—pertenecen á Don Felipe de Austria, á la patria que gobierna; y si os perdonamos el insulto, es porque no merece nuestra venganza, sino el hacha del verdugo.

—Mi delito consiste en haberos ofrecido un porvenir brillante, las posiciones más elevadas, y en verdad que no creo justa vuestra sentencia.

—Con mil vidas que tuviérais no era posible pagar la sola intencion que habeis demostrado.

—Opino de un modo contrario.

—De bastante os va á servir vuestro parecer.

—¡Oh! de mucho; he previsto el caso, y vosotros, vuestros soldados y la gente que habeis traido, están en mi poder. ¿Me juzgábais, por ventura, tan loco y necio que me entregase á mi enemigo con la inocente candidez que os aconsejó venir aquí? Todos estais perdidos; ó accedeis á mi deseo, ú os pasará á cuchillo mi gente, estallando acto contínuo la revolucion. Ni un instante más de tregua; la hora de la independencia ha sonado, y sólo me resta jugar el todo por el todo.

El hábil duque se echó atrás en direccion á la puerta donde estaban sus amigos, confirmando con su actitud y accion lo que decian sus frases.

Sereno el gobernador, impávido, miró á sus dos compañeros, y satisfecho de la afirmativa que recibió de ellos, tiró de su espada, exclamando:

—Nos habeis tendido una red inícua, digna de vosotros, miserables italianos, ingleses, franceses y alemanes; venid y sabreis cómo mueren los españoles. No os mato, futuro rey de bastos, porque estais solo; llamad á vuestros amigos y pelearemos hasta perecer.

—¡Reflexionad!..

—¡Maldito pretendiente, preferimos la muerte á la deshonra de contemplarte por más tiempo! ¡Grita, ó mueres!

—¡Grita, ó mueres!—repitieron las otras dos autoridades, dirigiendo al duque las puntas de sus aceros.

—Os concedo un minuto más,—exclamó Flaviano,—para que lo penseis. Acaso tengais esposas, hijos, riquezas, y todo va á acabar para vosotros. Me rodean picas, mosquetes, espadas; una sola voz mia pondrá fin á vuestra existencia.

—¡Lo deseamos, vil traidor! Todo, ménos manchar nuestra honra; todo, ménos faltar al rey á quien representamos; todo, ménos ser ingratos á la nacion española, á la patria querida, que legaremos hasta nuestro último suspiro.

—¿Estais decididos?

—Sí.

—¿No accedeis á mi deseo?

—Jamás.

—¡Hola!

Gritó el duque, apareciendo por ámbas puertas Roch, Zalla y hasta once criados armados con mosquetes, mechas encendidas, espadas y picas.

—¡Fuego!—añadió el duque,—¡matad á esos tres, encended las antorchas, y dé principio la revolucion! Vuestro rey os lo ordena.

Seis mosquetes dispararon á la vez, y cinco picas y dos espadas avanzaron sin que el gobernador y sus dos compañeros retrocedieran un paso ni exhalaran un suspiro. Visto el número de sus enemigos, creyendo que dentro habia muchos más, y dando por hecho que era inútil toda resistencia, envainaron las espadas y presentaron sus pechos con sublime abnegacion. Las balas de los mosquetes no podian tocarles; pero ellos no lo sabían y oyeron los disparos sin inmutarse, con una sangre fria que admiró hasta al mismo duque del Imperio; luégo vieron las moharras de las picas dirigirse á sus corazones, y cogiéndose los tres de la mano, sólo articularon:

—¡Herid, cobardes asesinos!

Y presentaron sus pechos.

—¡Basta!—exclamó Osorio.—Retiraos todos; cerrad las puertas, y que nádie ose acercarse aquí.

De pronto desaparecieron los trece, y las dos puertas del salon se cerraron, quedando atónitos y más confusas que nunca las autoridades de Nápoles.

El duque escondió el acero y fué poco á poco acercándose á los tres, hasta formar un solo grupo con ellos. Luégo, con su innata serenidad, les dijo:

—La prueba ha sido cruel; pero la merecia vuestra completa ignorancia de lo que pasa en Nápoles. Os sobra valor, mas os falta sagacidad; admiran vuestro denuedo y entereza, pero asusta la seguridad que demostrais cuando os veo sobre

—¡Mi vida por el triunfo de España!

—¡Nuestras vidas por el honor de España!

un volcan revolucionario. Todo, sin embargo, os lo perdono, todo; vuestro amor á la patria, vuestra abnegacion por ella, os hace acreedores á que abra los brazos y os diga: ¡venid, hermanos, estrechad al duque del Imperio, representante del rey en Nápoles!

—¡Flaviano de Osorio!—exclamaron los tres sobrecogidos.—¡El segundo de los *invencibles!*

—El mismo; llegad á mí.

—¡Él es!—gritó de pronto el gobernador.—Cobijémonos bajo su bondad.

Y le abrazaron con respeto y cariño.

—Apretad,—les dijo;—en este instante no hay gerarquía alguna; sólo existen cuatro soldados españoles, cuatro compañeros, cuatro hermanos. Así. Ahora jurad como yo.

Y poniendo el duque la mano sobre la cruz de su espada, exclamó:

—¡Mi vida por el triunfo de España!

—¡Nuestras vidas por el honor de España!

Contestaron los tres, fijando el gobernador la espada sobre el pecho, su segundo la mano derecha, y el último alzando el acero.

—Muy bien,—añadió Osorio;—este sagrado acto nos anuncia que debemos perecer por nuestra patria en las calles de Nápoles, ó que daremos fin de todos los enemigos de España. Leed esos pergaminos, con los cuales identifico mi persona y os demuestro que soy aquí el mismo Felipe de Austria.

—No es necesario, señor; ¿quién osaria dudar del duque del Imperio ó de cualquiera de sus cinco hermanos restantes?

—No importa; examinadlos los tres, que así lo quiere S. M. y conviene á mis intentos. Esos dos los firma el rey; estos otros mi querido hermano el príncipe de Italia.

Y los tres se descubrieron, fueron besando las rúbricas, inclusas las de Julio de Silva, y luégo leyeron detenidamente las órdenes que Flaviano les alargaba. Cuando hubieron concluido se las devolvieron, exclamando el gobernador;

—Mandad, señor; con placer indecible deseamos obedeceros.

—Impongo pena de la vida al que diga á alguno que se halla en Nápoles el duque del Imperio; bastará para la realizacion de esa sentencia que el secreto se le confie á la esposa, al hijo ó al amigo íntimo.

—Se cumplirá fielmente vuestro deseo.

—Obedecereis, como al rey, lo que mande de palabra ó por escrito Jacobo de Guzman, que son mi segundo nombre y apellido.

—Lo haremos así.

—Os prohibo todo lo que no sea contraeros á obedecerme miéntras yo esté aquí, que, Dios mediante, será poco. En la forma continuareis mandando solos por ausencia del virey, pero en el fondo; en realidad sólo hareis lo que yo disponga, ni más ni ménos.

—¿Se conspira, señor duque?

—¿Por qué he venido á Nápoles?

—Teneis razon; vuestra presencia nos anuncia graves acontecimientos.

—No os equivocais; el imperio español se halla amenazado hoy, y sus enemigos, que son muchos y muy poderosos, emplean ya toda clase de armas con el fin de arrancarnos el poder que nos hace más fuertes que ningun otro país de la tierra. Poco importaria que los ejércitos ingleses, turcos, alemanes y franceses se coaligaran contra nosotros y nos llamasen al campo, donde estoy seguro que los venceriamos tarde ó temprano; pero juzgándose impotentes para emprender una lucha franca y noble, ó abrigando tanta maldad como ambicion, se valen de las treguas, de la paz y hasta de lo más sagrado, para fraguar conspiraciones, preparar emboscadas y sorprender á su hidalgo enemigo. A mi salida de Madrid, señores, se agitaba la discordia en las Alpujarras, en los Países Bajos, en Francia y aquí. Básteos saber que cuando ménos lo creiamos nos vimos obligados á abandonar á nuestras esposas mis her-

manos el conde de Santomera, el duque de los Andes, el conde de Monterubio, el marqués de Abella y yo.

—¿Pero aquí, señor, qué sucede?

—Ignoro si saldrá más adelante un pretendiente al viejo y derruido trono de Nápoles, que haga real y verdadera la prueba á que os acabo de someter; pero es lo cierto que se conspira, y que de continuar vosotros como hasta aquí sereis sorprendidos, acuchillados y muertos probablemente cuantos defendeis el imperio español.

—¡Tendrán bandera!

—Sí, la independencia de Nápoles.

—Alegarán alguna razon.

—Pretexta el noble que todos los años se le recargan los tributos, y el *Lazaroni* dice que somos déspotas y tiranos.

—¡Calumnia de gente ruin y miserable!

—Es la justificacion del que conspira.

—Merecen la muerte, y en mi concepto debemos apresurarnos á dar fin de todos. Señor duque, que expíen mañana su nefando crímen en patíbulo afrentoso.

—¿Habeis pensado bien lo que acabais de decir?

—Sí, señor.

—En ese caso prendedlos esta noche y realizad al momento vuestra idea.

—Decidme quiénes son, y ántes de veinticuatro horas habrán espirado.

—¡Brava demanda! ¡hace poco que vine de Madrid y ya me pedís la lista de los conjurados! Yo os facultaba para obrar de aquel modo, creyendo que las autoridades de Nápoles conocerian á los enemigos de su patria.

—Más de una vez sospechamos de las frases de algunos nobles y de las amenazas de los *Lazaronis;* pero bien pronto destruian nuestras dudas la aparente humildad de los unos y el servilismo de los otros. Ahora, no obstante, empiezo á convencerme de que hemos sido harto confiados y demasiado tolerantes, con la mayoría de los hijos de Nápoles.

—Verdad es; mas llegué yo á tiempo, y acaso podamos combatirlos con ventaja. Es preciso, sin embargo, usar las mismas armas que ellos, hasta que los conozcamos á todos; entretanto, yo sólo expondré la vida, yo sólo penetraré allí, y yo les arrancaré las listas que me faltan, con lo demás que conviniere á la tranquilidad y bienestar de nuestra patria.

—¡Vos sólo! Imposible; en Italia, señor duque, se manejan de un modo admirable el veneno y el puñal.

—Soy napolitano, y conocí esas armas en mi país natal, en el Milanesado y en Venecia.

—¿Y cómo hemos de consentir que el héroe de Dreux, de Cambray y de Malta penetre solo entre viles conjurados, donde acaso muera sin defensa posible, y sin que un amigo, compañero ó súbdito vele por él, le defienda y ayude?

—Flaviano de Osorio no necesita á nádie para acercarse á sus enemigos, conocerlos y salir bien de su difícil empresa.

—Cierto que en muchas ocasiones lo hicísteis así y siempre triunfásteis; mas vuestra fama de hábil y diestro ha corrido por el mundo, y nádie ignora ya que el elegante duque del Imperio descompone su cútis, se convierte en soldado ó pechero, y en alas de su gran talento llega donde quiere y logra cuanto se propone. Los conspiradores, señor, habrán tenido en cuenta que podeis sorprenderlos como á tantos otros, y es verosímil que os esperen para atravesaros el corazon, destruyendo á la vez el primer baluarte de la nacion española.

—Estais equivocado, gobernador; los vencí siempre porque mi causa era más justa y porque supe más que ellos; así es que esas, mis dos antiguas armas, se pueden aplicar hoy con el mismo éxito que ayer. Dicen además, que el malvado suele dormirse sobre lo blando de su horrible trama, y que el astuto siempre está alerta.

—¿Conoceis á muchos de los conspiradores?

—Sí, á bastantes.

—¿Y no sería mejor prender á esos y que en el tormento declarasen los nombres de sus cómplices?

—¡Qué mal juzgais á vuestros enemigos! El malvado denuncia á su contrario, rara vez al que llama compañero; hombres sin corazon ni conciencia, mienten hasta en el postrimer instante de su vida.

—Verdad es; pero temo por vos.

—Eso prueba que no me conoceis bien.

—Al duque del Imperio; al *invencible* que admiran sus restantes hermanos, ¿quién los desconoce en el mundo?

—¿Creeis, por ventura, que soy invencible?

—Comprendo la pregunta: hasta hoy lo fuísteis; por eso quiero evitar que dejeis de serlo.

—Gobernador, temeis, y cuando nunca le sucedió lo que á vos al príncipe de Italia, claro es que estaba seguro de que mi vida no peligraba.

—¿Sabe el generalísimo que intentais nuevamente penetrar solo entre vuestros enemigos?

—Me manda él que lo haga así.

—Entónces nada tengo que oponer á vuestro deseo; desde este instante nos concretaremos á obedeceros, sin argüir ni preguntar; que si ántes lo he hecho, me disculpa el interés que me inspiró siempre el primer caudillo de mi patria; el noble general á quien todos los españoles, y yo el primero, respetan y acatan.

—Todos no, amigo mio; tambien España, por desgracia, cuenta con hijos espurios que me ódian y aborrecen porque no soy un malvado como ellos. Segun los datos que me entregó el príncipe de Italia, tenemos en el reino de Nápoles cinco mil soldados castellanos, y otros tantos entre alemanes, suizos é italianos; ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Se puede contar con ellos?

—Los primeros nos seguirán al fin del mundo; los otros, gente mercenaria, obedecen en tanto que se les paga.

—¿Se les debe algo?

—Sí, señor.

—¿Hay medio de quedar en paz con ellos?

—Haciendo un esfuerzo daré las órdenes para que se verifique al momento.

—Con eso me basta.

—¿Aumento la policía?

—No.

—¿Pongo á la tropa sobre las armas?

—Todo lo contrario; quiero que no se haga alarde alguno de fuerza, con el fin de que el enemigo continúe creyéndonos dormidos. Fingid completa seguridad, más que nunca.

—Se habla ya en Nápoles de la llegada de Don Jacobo de Guzman, rico señor á quien nádie conoce, y esta circunstancia podrá dar lugar á alguna sospecha perjudicial á nuestro intento.

—Circulad la noticia de que es un rico castellano desterrado en secreto de la corte de S. M., al cual os mandan que vigileis. Necesito, además, tres órdenes vuestras, con el fin de que al marino Roch, al maestre Zalla y á mí, se nos abra paso por todas partes y se nos facilite cuanto necesitemos; aquí está el borrador; entrad en el despacho que teneis enfrente y extendedlas.

Miéntras era obedecido por el gobernador, quedó el duque conversando con las dos restantes autoridades. Luégo que concluyó aquél, les dió nuevas instrucciones, despidiéndose acto contínuo.

Seguidamente llamó á Zalla y á Roch, y entregándoles sus respectivos salvo-conductos, les dijo:

—Partid inmediatamente al puerto; con cualquiera de esas órdenes se os franquearán las puertas; saltad después en el bote que os espera; apoderaos de los seis prisioneros que dejamos en la *Trinidad*, y seguidos únicamente de vuestros dos criados, encerradlos en las prisiones del gobernador, usando el mayor sigilo y la indiferencia consiguiente. Cuando hayais concluido, retiraos á descansar, sin que os cuideis de mí para nada.

Ambos se inclinaron, obedeciéndole con la prontitud y respeto que tenían de costumbre.

Acto contínuo cambió el traje de seda que llevaba por el tosco tabardo y groseras calzas; oscureció su cútis más de lo que estaba, y acompañado de su sirviente, abandonó el palacio, perdiéndose al poco tiempo entre las estrechas calles de Nápoles.

La ciudad estaba tranquila; las llamas del Vesubio la enrojecian, prestándole una claridad aterradora, y en estos momentos, que era cerca de la media noche, autoridades y soldados, nobles y plebeyos, todos debian dormir, visto lo desiertos que hallaban los parajes por donde caminaban Osorio y Ros.

Unidos aquellos, iguales en traje, color y actitud, y sin que hubiera nádie capaz de distinguir al amo del criado, continuaban adelante, entregado á profundas reflexiones el primero, y alegre é indiferente el otro.

Por fin dejó el duque de meditar, se juntó más aún á su sirviente, y sin cesar de andar le preguntó:

—¿Has reconocido los ocho criados y cuatro pajes que nos ha proporcionado Gabriel?

—Ya lo creo; bebí y hablé con los unos, examiné de doctrina cristiana á los otros, y nos ocupamos mucho, muchísimo de Don Jacobo de Guzman, nuestro querido señor.

—¿Qué concepto has formado de ellos?

—Magnífico.

—¿Dónde nacieron?

—En la Saboya.

—¿Podrán ganarnos á alguno?

—Nada conseguirian con ello; Gabriel tuvo buena eleccion, y los escogió tan brutos, que, áun cuando nos sirvan mal, no nos espiarán bien.

—¿Les has dado instrucciones?

—Las dos horas y media que empleásteis con las autoridades, las ocupé yo en adiestrarlos.

—Continúa así, sin olvidar un instante los mil puñales que se alzan ya sobre nosotros. Recuerda, además, que en este país se usa el veneno como el azafran en el tuyo.

—Ya sé que estamos en campaña, y no me descuidaré un momento. ¿Pero á dónde vamos, señor? Ved la puerta de la ciudad que nos cierra el paso.

—Avanza como yo, y calla.

Y se dirigieron á una caseta que tenían á la izquierda; llamó Osorio, diciendo al que le contestó:

—¡Salid al momento!

Flaviano, presentando la órden que le habia dado el gobernador, hizo abrir la puerta, mandando al jefe de aquel punto que le esperase allí.

Luégo continuó su camino hasta perderse entre la espesa y deliciosa arboleda que rodea la ciudad de Nápoles. El mismo silencio y soledad que en la poblacion reinaba en los contornos, é igual rojiza claridad les alumbraba.

El duque proseguia meditando; Ros, no teniendo otra cosa que observar, se entretenia agradablemente en contemplar el mágico efecto que ejercian las llamas del volcan sobre los árboles, las plantas y los montes.

CAPITULO X.

El palacio del conde Vignati.—Un embozado.—Cancion amorosa.—El cabo.

Llevarian andando Oscrio y Ros un cuarto de legua escasamente fuera de la ciudad, cuando se detuvo el primero, exclamando:

—Aquel magnífico palacio, parque y extenso jardin que se ven á la izquierda son, sin duda, del conde Vignati.

—Vedlos, señor,—dijo el criado, continuando en su admiracion; —parecen cubiertos de fuego; qué extraños se presentan el edificio y los árboles con el reflejo del volcan.

—Sí, estoy cierto que es el mismo,—añadió Osorio como reflexionando.

—Yo tambien,—le contestó el sirviente.

—¿Tú; los conoces, en qué te fundas?

—En que andais por Nápoles y sus alrededores con la misma seguridad que en Madrid.

—Nací en este pueblo, y nada de él me es desconocido. Ya no me queda duda alguna de que estamos junto á la posesion de Vignati; reconozco los dos torreones que tantas veces he visto á la clara luz del sol.

—Fijaos, señor, en el ángulo izquierdo del jardin; aquel bulto parece un sér humano.

—Debe serlo; ponte detrás de mí y avanza como yo, sin hacer ruido y ocultándote con los árboles.

De ese modo llegaron á veinte varas de las tapias del jardin, en cuyo primer ángulo distinguieron perfectamente un embozado que, recostado sobre el muro é inclinada la cabeza, parecia triste y ensimismado.

Flaviano y su sirviente se detuvieron en el sitio indicado ántes, permaneciendo ocultos los dos y sin apartar la vista el primero del bulto que acababa de descubrir.

El embozado alzó por fin la frente y exhaló un suspiro, fijándose luégo con sentimiento en una lira que llevaba oculta, la que concluia de sacar.

Era un jóven como de unos veinte años, moreno, de rostro agradable y simpático, facciones perfectas y ojos negros y rasgados. Su estatura no pasaba de regular, y el conjunto era el de un noble napolitano. Cuando hubo contemplado su instrumento de cuerdas, miró al cielo, y exhalando nuevo suspiro, comenzó á tocar. Algo más tarde unió á las notas de su lira las de una cancion tan triste y melancólica como su semblante. Entonaba las estrofas á media voz, con un poco de miedo y demostrando duda de que llegase á oirle la persona á quien se dirigia.

Osorio, que continuaba espiándole, comprendió desde luego que se trataba sólo de un jóven enamorado de alguna dama de la familia del conde.

Poco después se apagó la voz del galan, cesaron de oirse los acordes de la lira, volviendo á imperar el silencio de la noche.

El jóven ocultó nuevamente su lira, tornó á embozarse y esperó; mas el palacio adonde parecia dirigir sus miradas continuaba mudo, y nada, en fin, venía á indicarle que su cancion habia sido escuchada por la dama á quien iba dedicada.

Un instante después avanzó hácia el otro ángulo del jardin

que estaba más próximo al edificio, y sin dejar su actitud triste y melancólica, hizo oir de nuevo la lira y voz, demostrando ahora más temor que nunca.

Cuando Osorio vió que el galan desaparecia de su vista, miró en torno, y hallando lo que buscaba, se volvió á Ros, y muy quedo le dijo:

—Súbete á ese árbol; desde su copa dominarás el jardin, parte de ese palacio y los alrededores.

—¿Y qué hago ahí, señor?

—Observas cuanto te sea posible, y en caso necesario me avisas, imitando el graznido del ave. Despacha.

El uno trepó, y el otro, ocultándose siempre, avanzó hasta situarse á diez varas del cantor. Éste improvisaba en tales instantes unas estrofas tan tiernas y enamoradas como tristes; su canto ahora no podia escucharse á más de cien varas de distancia.

—Es tímido como todos los enamorados,—exclamó Osorio para sí;—me interesa su figura, y ese hombre podia servirme de mucho si cuenta con algun confidente en el palacio de Vignati. Esperemos.

—Nuestro jóven calló por segunda vez, exhalando el tercer suspiro.

Cinco minutos después oyó el ruido que producia una piedra arrojada desde el jardin, y corrió en su busca lleno de terrible ansiedad; pero es el caso que cayó muy cerca del duque, y éste la cogió en el acto, quedando frente á frente del enamorado, el cual, más sorprendido que nunca, le preguntó:

—¿Quién sois? ¿qué haceis aquí?

—¡Silencio!—contestó Flaviano.—Con esta piedra viene atado un papel, dirigido probablemente á vos; pero ántes de entregároslo necesito que medien entre ámbos algunas explicaciones; penetremos entre esa arboleda.

El jóven vaciló; juzgaba sin duda que le tendian una red y arrojó la lira, desenvainando su espada. De este modo siguió á Osorio, el cual no le dió tiempo á que volviera á preguntarle

nada, siendo así que al expresar su última frase avanzó aceleradamente al paraje que acaba de indicar, seguro de que caminaria en pos el enamorado doncel.

Ya entre los árboles, se volvió, diciendo al otro:

—¡Envainad ese acero, insensato!

—Estoy decidido á arrancaros ese papel á estocadas.

—Lo creo; mas yo intento dároslo de otro modo, y nada perdereis en ello, que si á defenderlo fuera, con una de estas dos pistolas...

—¡Me habeis tendido una emboscada! ¿Qué os hice yo para que me asesineis?

Flaviano bajó el arma con que habia apuntado á su víctima con sólo el objeto de intimidarlo más, añadiendo:

—Esconded la espada, como yo hago con mi pistola, y hablemos.

—¿Quién sois?

—Un soldado.

—Un soldado que usa armas como las de los grandes señores debe ser algo más.

—Sí; un amigo vuestro, si logramos entendernos.

—¿Qué os propusísteis espiándome esta noche?

—Nada malo para vos.

—¿Me lo jurais?

—Por la fe de caballero.

—¿No sois mísero soldado?

—Sea entónces por la fe de un buen soldado á quien nádie llamó embustero.

—Vuestras frases y actitud no convienen con el grosero traje que os cubre.

—El hábito no hace al monje.

—Dicen que un disfraz es una mentira.

—Dicen bien; pero es el caso que yo salí de caza esta noche, por cuya razon uso la ropa que conviene al oficio.

—¡Hay en este país tanto malvado!..

—Muchos, teneis razon; ved ahí la causa de que yo me

haya dedicado á la terrible ocupacion de cazar á estas horas.

—Si venís en busca de oro os daré cuanto tengo; pero entregadme, por Dios, ese papel.

—Gracias; no soy ladron, ni me hace falta dinero.

—Entónces venís por mi vida; héla aquí; bien sabe el cielo que me duele conservarla por más tiempo. Matadme, si os han pagado para que lo hagais.

—Jóven, no soy asesino, ni obro por cuenta de nádie.

—¿Estais, por ventura, enamorado de Angelina? Si es así, luchemos, y que la suerte decida.

—Eso ya es ponerse en razon. El hombre discute, vence ó sucumbe; pero jamás ruega, nunca teme.

—¡En guardia!

—Envainad el acero, que no he venido á reñir con vos. Lo que os dije ántes fué por via de consejo, toda vez que soy casado y amo á mi esposa.

—¿Luego no estais enamorado de Angelina?

—Ignoro quien és esa dama, y no me es dado acercarme á otra mujer que á la mia.

—Me devolveis la vida, caballero, soldado ó lo que seais; dadme, por Dios, ese papel, y luégo hablaremos cuanto gusteis.

—Lo realizaré con mucho gusto, siempre que contesteis á unas cuantas preguntas que me veo obligado á haceros.

—Abreviad.

—¿Quién sois?

—¡Conque no me conoceis! Entónces no es posible que abrigueis intenciones siniestras contra mí.

—Claro es.

—Me llamo Augusto Vitali, y soy pintor.

—¿Quién es Angelina?

—La hija del señor conde Vignati.

—¡Hola, hola! ¡Muy alto mira el pintor napolitano!

—Qué quereis; la vi, me enamoré y estoy seguro de perder la vida si no me uno á ella.

—Bien dicho, pardiez. ¿Qué opina su padre?

—¡Ay! ¡el conde me ha mandado echar de su casa como á un perro!

—Lo creo; es altanero y déspota como pocos hombres.

—Soy pobre, y es el mayor defecto con que puedo presentarme ante ese poderoso de la tierra.

Y Augusto inclinó la cabeza, dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas.

—¿Quién era vuestro padre?

—Un noble milanés, que perdió en defensa de los españoles fortuna y vida. Miéntras existió, tuve criados y fuí rico; al espirar, me vi obligado á recurrir á los pinceles para ganar mi subsistencia; me educaron bien, y lo que aprendí para adorno me sirve de oficio.

—¿Vuestro padre era un capitan que murió en la batalla de Ancona?

—Sí, señor; el protegido del general español conde de Arahal; le mandaron que cargase con su compañía, y los franceses le mataron.

—Cierto; le oí referir al señor conde el hecho, y tantos elogios tributaba al capitan Vitali, que le juzgo superior en todo á Vignati.

—Eso han dicho otros tambien, pero es lo cierto que me echaron á palos de su casa, y desde ese dia el rubor y la vergüenza llevan á mis ojos un torrente de lágrimas. Si no sois lo que demuestra vuestro traje, si es cierta la idea que he formado de vos, y vuestras nobles frases no mienten, dadme ese papel, el cual va á decidir esta noche si debo ó no ver el nuevo sol que ha de alumbrarnos.

—Diga lo que quiera este escrito, vivireis; el suicidio, amigo mio, es un crímen, un acto ruin y cobarde que no cometerá nunca el hijo del valiente y famoso capitan Vitali. Murió el conde de Arahal, que os hubiera protegido como á vuestro padre, mas yo ocuparé su puesto en lo relativo á vos.

—¿Quién sois, hombre incomprensible?

—Un poderoso escondido entre grosera lana, ya lo veis.

—¿Nacísteis caballero?

—Sí.

—¡Dadme, por Dios, ese papel!

—No; es preciso que ántes me jureis no atentar contra vuestra vida, diga lo que quiera; yo os ofrezco, en cambio, uniros á Angelina, siempre que ella os ame, quiera ó no su padre.

—Con esa condicion, os lo juro.

—Tomad el papel; mas no veo medio de que podais leerlo aquí.

—Corro á Nápoles.

—Deteneos; deseo saber lo que os dice y hablar luégo con vos.

—¿De qué modo?..

—Ahora lo vereis.

Y el duque imitó el graznido de un ave, repitiendo la señal hasta que oyó pasos, viendo aparecer á su criado, que le preguntó:

—¿Qué quereis?

—Si no hay peligro, una luz.

—Ninguno.

Le contestó Ros, y sacando de sus bolsillos una diminuta linterna y lo necesario para encenderla, prendió, ocultando el resplandor con su tabardo.

Osorio dijo á Vitali:

—Acercaos á mi criado y leed ese escrito.

El jóven le obedeció, si bien cada vez más sorprendido; fijó su vista con avidez en las cuatro líneas que aquél contenia, besó la firma, y brillando en su rostro una alegría indecible, exclamó:

—¡Basta! Apagad no os vean.

—Obedece,—añadió el duque,—y vuelve á ocupar el sitio donde estabas.

Solos ya el duque y Augusto, preguntó el primero al segundo:

—¿Qué os dice esa mujer?

—Que me ama, señor, que me ama con delirio, mas teme la infeliz que nos cueste á ámbos la vida nuestra mútua pasion. Su padre...

—Vitali, si quereis que os proteja y cumpla mi palabra, es imprescindible que no volvais á demostrar temor á nádie ni por nada. Nosotros no podemos cobijar á un cobarde, y si el conde de Arahal estimaba tanto á vuestro padre era principalmente por su mucho valor.

—¿Perteneceis acaso á la familia de los Osorios?

—Sí.

—¿Sois pariente, por ventura, del poderoso duque del Imperio, de ese *invencible*, heredero del conde, al que yo amo sin conocerlo y del que cuenta la fama?..

—Muchas cosas, lo sé; y perteneciendo yo á su familia, deducid la consecuencia.

—¡Ah, señor! entónces tendreis mucha influencia y os será fácil si quereis el proteger al infortunado huérfano del capitan Vitali.

—Os lo he ofrecido, y si en cambio vos me ayudais á la noble empresa que me ha traido á Nápoles, en ese caso haré algo más que uniros á Angelina.

—Señor, no tengo más que mis pinceles y la esperanza de ser vuestro protegido. ¡Qué podriais imponerme que yo no hiciera por vos!

—Veamos: ¿es bella vuestra amada?

—Como los ángeles; dice la fama que no la hay más hermosa en Nápoles.

—¿No se parece al padre, cuyo carácter feroz, intrigas y manejos lo han hecho aborrecible de cuantos le conocen?

—Es su antítesis; la altanería del conde, su desmedido orgullo y necias pretensiones contrastan con la dulzura, candor, talento y nobleza de alma de la hija.

—¿Estais seguro de su amor?

—¡Oh! eso sí; mas es obediente, y temo que sucumba á la voluntad del padre.

—Borrad esa palabra de vuestra memoria; que no vuelva á oiros nada que tenga relacion con el miedo ó la cobardía.

—Perdonad, señor; os ofrezco imitaros.

—Supongo que habreis rondado muchas noches estos alrededores.

—Sí, señor; desde que me echaron á palos del palacio Vignati.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cuarenta y dos dias.

—¿Qué vísteis capaz de llamar vuestra atencion?

—No os comprendo.

—Doy por hecho que temeroso del conde habreis paseado por aquí, oculto entre los árboles y las sombras de la noche.

—Sin perder una.

—Bien; entónces debísteis distinguir los bultos que entran y salen en el palacio á las altas horas...

—¡Ah! ¡comprendo vuestra venida á estos sitios; pariente del señor duque del Imperio, sereis un buen español que vela por los intereses de la patria!.. Entiendo; el conde conspira, y vos... Ahora todo me lo explico. ¡Buen susto me habeis dado!

—Esa frase...

—Se refiere á lo pasado; desde que cuento con vuestra proteccion nada temo, nada me impone.

—Proseguid la historia de ántes.

—He visto, efectivamente, entrar muchos caballeros por una puerta excusada del palacio; se recataban hasta de los criados del conde; venían de dos en dos, de cuatro en cuatro...

—Basta. ¿Reconocísteis á alguno?

—Sí, señor.

—Vitali, retiraos á Nápoles y presentaos mañana á las diez en casa de Don Jacobo de Guzman. Habita el palacio que hay frente al del gobernador de Nápoles.

—Imposible.

—Esa frase tambien debe desaparecer de vuestros labios si quereis ser mi protegido.

—Bien, mas ahora no puedo retirarme; ya sabeis que las puertas de la ciudad se hallan cerradas.

—En ese caso me seguireis á quince pasos de distancia, y cuando yo entre verificadlo vos.

—¿Qué digo mañana á Don Jacobo?

—Que os manda un soldado español. Hasta aquel instante pensad mucho en vuestra amada, pero no intenteis nada que tengo relacion conmigo ni con ella. Para evitaros un conflicto será lo mejor que paseis ese tiempo durmiendo.

—Lo haré.

—De la prudencia y discrecion pende ahora vuestra fortuna.

—No tendreis queja alguna.

—Adios, Vitali.

—Buena noche, señor.

Osorio se separó diez pasos y volvió á imitar el graznido del ave hasta que se presentó su criado, al cual preguntó:

—¿Qué has visto?

—Primero un bulto en el jardin que parecia de mujer; detrás iba un hombre que se recataba de aquella, y cuando desaparecieron de mi vista, distinguí perfectamente á dos embozados, los cuales reconocieron el sitio donde habia estado el cantor, desapareciendo luégo en direccion de Nápoles.

—¿Iban muy de prisa?

—Corriendo, y noté que llevaban las espadas desnudas.

—¿Qué más?

—Eso sólo.

—¿Serán ya las tres de la madrugada?

—Calculo que será esa hora próximamente.

—A Nápoles.

Delante Osorio y su criado, y detrás Augusto, se dirigieron á la ciudad á buen paso y por senderos extraviados.

Al llegar á la puerta, llamó el primero, le abrieron y reconocido que fué le franquearon la entrada. Aquél dijo al guarda:

—Dejad pasar á ese embozado que viene detrás, y retiraos á dormir.

Tambien penetró en Nápoles nuestro jóven enamorado, el cual tomó la acera contraria á la que llevaba el duque, aligeró el paso, perdiéndose al poco tiempo en las calles de la ciudad. Al pasar por frente á su protector se descubrió, diciendo para sí:

—Ese hombre no es lo que representa; impone su mirada; su voz ejerce influencia poderosa en aquel á quien se dirige; las autoridades le respetan, segun acabo de ver; y todo indica que es un grande á quien yo debo obedecer ciegamente. ¡Quién sabe! puede que esta noche acabe mi largo infortunio.

El duque le vió cruzar con indiferencia, diciendo tambien para sí:

—Ese jóven me va á dar el cabo de la madeja que vengo á desenredar.

Media hora después dormia el pintor en su casa, y Flaviano, Zalla, Roch y criados verificaban lo mismo en el espléndido palacio de la calle de Toledo.

CAPITULO X.

El pintor y el duque.—Preliminares para un abordaje.—Sorpresa. —Terrible momento.—Auxilio oportuno.

A las nueve de la mañana del siguiente dia se levantó el duque del Imperio, usando el traje y barniz que convenia á Don Jacobo de Guzman. Acto contínuo reconoció detenidamente su nuevo palacio, dispuso una reforma importante en él, y cuando hubo concluido pasó al salon principal, donde aguardaba el pintor Augusto Vitali.

—Buenos dias, señor artista.

Le dijo fijándose en él. Nuestro jóven le hizo una reverencia, contestándole:

—Creo reconoceros, señor.

—Explicaos, amigo mio.

—Mi instinto de pintor me dice que ese rostro es el mismo de un valiente soldado que yo tuve la suerte y la honra de conocer anoche.

—¿En qué os fundais?

—En el fuego de vuestra mirada, en lo perfecto de vuestras facciones y en el conjunto, que es exactamente igual.

—Sois, por lo visto, buen fisonomista.

—Creo que sí, y lo confirma el que todos los retratos que hago dicen que son muy buenos, miéntras mis cuadros de composicion añaden que son muy malos.

—Me alegro, y deduzco de eso que reteneis perfectamente en vuestra memoria la faz de cuantos hombres llegais á conocer.

—Es verdad; con una sola vez que los vea se queda su imágen grabada en mí de un modo indeleble.

—Me complace saberlo, y nada perdereis en ocultar á todos ese parecido que hallais entre el soldado de anoche y Don Jacobo de Guzman.

—Eso y todo cuanto tenga relacion con ellos será un secreto que á nádie confiaré.

—Sentaos junto á mí y contadme el orígen é historia de vuestros amores.

—Al momento; hela aquí: Desde Milan, donde residia, vine á Nápoles con objeto de ganar con mis pinceles el sosten de la vida. En la primera ciudad me conocian como al hijo del noble y valeroso capitan Vitali, y huí de allí al verme obligado á ejercer la humilde profesion de retratista. Aquí ignoraban quién era, aplaudieron los retratos que yo hacía, por el gran parecido que presentaban, y por primera vez de mi vida comencé á adquirir el sustento con el sudor de mi frente. Desde la mísera cabaña fuí poco á poco ascendiendo hasta llegar al palacio del gobernador, cuyo retrato hice al año de haber llegado, proporcionándome éste y algunos otros de elevadas personas el nombre y fama de que carecia. Mis pinceles me dieron entónces una posicion más desahogada y decente; cambié mi traje de lana por uno de rica seda; ceñí espada, y cuando supieron que nací hidalgo y que mi padre y abuelos honraron su apellido con muchos y gloriosos hechos de armas, tuve amigos, más retratos de los que podia hacer, un criado, y casa decente en esta misma calle. En tal situacion fuí llamado por el conde Vignati, el cual me encargó que

hiciera un retrato á su bella hija Angelina. Oí ponderar la hermosura de tan encantadora jóven, pero no la conocia; así es que al verla por primera vez quedé sorprendido y hasta confuso delante de aquel rostro sin igual. Mis pinceles habian trasladado al lienzo las caras más perfectas de Nápoles; pero ninguna llegaba ni con mucho á Angelina. El conde me pidió precio, lo dejé á su eleccion, y desde el dia siguiente comencé el retrato. Lo que yo sentia junto á tan seductora jóven no me es dado explicarlo; un dia no pude contener los ímpetus de mi corazon, y caí á sus plantas, declarándole mi pasion con frases entrecortadas y amorosas. Noté que el rostro de Angelina se cubria de carmin; vaciló, acabando por decirme: —Alzad del suelo, Augusto; concluid ese lienzo y ocultadme vuestros amores, porque me hacen mucho daño.—Insistí; al dia siguiente supe que era correspondido, y desde aquel momento pintaba poco, amaba mucho, y las cuatro horas que pasaba á su lado trascurrian para ámbos en éxtasis delicioso. Como la felicidad es tan efímera en este valle de dolor, hubo de notar el padre que el retrato de su hija no se acababa nunca y me pidió explicaciones, que me apresuré á darle, algo cortado y con bastante turbacion. El conde supuso darse por convencido con mis disculpas, pero no fué así; mis frases le hicieron sospechar, y al siguiente dia me sorprendió, cogido á la mano de su hija y en uno de esos momentos en que le declaraba por centésima vez lo ardiente de mi pasion. Al verlo, caí á sus piés; le dije la verdad y le rogué con lágrimas en los ojos que me perdonara la falta y me permitiera unir á su encantadora hija. Fuera de sí el altanero señor, se juzgó humillado, estampó su mano en mi rostro, y llamándome seductor, miserable, y cuantos dicterios se conocen, me arrojó de su casa, mandando á cuatro de sus criados que me diesen de palos.

—¿Y vos, qué hicísteis?—le preguntó Osorio.

—Tiré de la espada y fuí á herir, mas se interpuso Angelina; el acero se cayó de la mano y sufrí lo que no puedo explicar.

—¿Os pegaron efectivamente sus sirvientes?

—Sí; arrojado del salon por el conde, indefenso ya, y rodeado de cuatro robustos lacayos, salí de allí con las vestiduras hechas pedazos, los ojos arrasados en lágrimas y magullado el cuerpo con los palos que descargaron sobre mí. En tan triste estado, corrí á mi casa, y me encerré en el estudio, cayendo al suelo, privado de la razon; recobré aquella y anduve de un lado para otro, presa de terrible delirio; era el principio de una demencia, que vino á curar, segun la opinion de mi médico, la fiebre que se apoderó de mí, por espacio de siete dias. Postrado en el lecho de dolor lloraba unas veces, reia otras, y en mi nuevo delirio mezclaba el nombre de Angelina con los insultos que devolvia á su padre. Terminó el mal físico y empezó el moral; vuelto á la razon, débil, y sin calentura, se me presentó el horrible cuadro de mi última escena en casa de Vignati, y unos dias gimiendo, otros queriéndome suicidar, y sufriendo en todos mucho más que ántes de abandonar el lecho, acabé por decidirme á robar á Angelina si podia, ó á perecer en la demanda. Supuse, no sé si con razon ó sin ella, que en Nápoles se sabía mi afrenta y me oculté de todos mis amigos, durmiendo de dia y paseando por las noches, unas horas junto al palacio de mi amada, y otras á la orilla del golfo, en busca de aire que refrescase mis sienes y me prestara fuerza para no morirme de dolor. Así he continuado hasta anoche. Como no he pintado nada desde aquel fatal momento, mis ahorros se acaban y mi posicion se iba haciendo insostenible, cuando tuve la suerte de encontrar un soldado y un papel que me ofrecieron la dicha de que carecia, el grato porvenir por que lloro dia y noche.

Calló el mancebo y se fijó en Osorio, el cual permaneció algunos minutos como meditando; luégo le dijo:

—Vitali, vuestro relato me ha interesado bastante, y áun cuando la conducta usada por vos en casa de Vignati no se aviene á mis ideas, la paso por alto, teniendo en cuenta la demencia que llamais amor, vuestra orfandad y falta de recur-

sos. Sí, amigo mio, el hijo del noble y valiente capitan, cuyos hechos de armas pregona la fama, debió abrirse paso á cuchilladas, coronando su obra el robo de Angelina y su union á ella en una de las iglesias de Nápoles. El conde tiene muchos enemigos; no os hubieran faltado protectores, y hoy seriais un esposo feliz, sin miedo, miéntras que descendísteis á pretendiente humillado, por pusilánime.

—Os juro que no soy cobarde, ni he temido nunca perder la vida; me contuvo siempre mi amada; jamás el instinto de conservacion.

—¿Manejais bien la espada?

—Creo que sí.

—¿Teneis algun retrato de Angelina?

—Sí, señor; aquél que me encargó su padre no llegué á concluirle, pero sí otros vários que conservo. Ved esta miniatura que llevo siempre conmigo.

—¿Se parece á ella?

—Con exactitud prodigiosa.

—Bella es, sin duda, como pocas mujeres; me gusta, Vitali; nada existe más perfecto que ese rostro angelical. Guardadlo.

—Junto á mi pecho, como precioso talisman. Veo con placer que sois inteligente.

—¿Yo? ¿inteligente yo? dicen eso, mas desde que me casé voy perdiendo el gusto.

—¿Dónde está vuestra esposa?

—Muy léjos; mas no perdamos el tiempo tratando de cosas inútiles. Contadme, y pensad bien lo que decís, cuántas veces vísteis á esos bultos que entran y salen de noche en casa de vuestra amada, con todo cuanto penseis y sepais relativo á ellos. Fijaos bien, Augusto, y tened en cuenta mis palabras de anoche, que os voy á repetir: si me servís bien y con la lealtad de un noble, os uniré á Angelina, añadiendo nombre y posicion; de lo contrario perdereis la dama y la vida.

—Estoy por lo primero, señor; os juro fidelidad eterna, y

no hacer nada que cuadre mal á vuestros deseos, con todo lo que merezca el agrado de mi generoso protector.

—Empezad la historia.

—Escondido unas veces entre la maleza, subido otras á un alto ciprés, entre cuyas ramas me ocultaba, recatado siempre, y constantemente fijo en las arboledas que rodean el palacio de Angelina, vi llegar, en diferentes ocasiones, muchos embozados que, del modo indicado anoche, entraban en el palacio.

—¿Cuántos serían?

—Ha habido ocasion en que pasaban de cien.

—¿Nobles todos?

—Todos nobles.

—¿Los conoceis?

—A la mayor parte sí.

—¿Quién les abria la puerta del jardin?

—El conde.

—¿Cuánto tiempo permanecian con él?

—Más de tres horas.

—¿Y luégo?

—Después se retiraban, quedándose el resto de la noche en los alrededores de Nápoles, donde tienen cási todos ellos propiedades.

—¿Iban juntos?

—El grupo mayor no pasaba de tres ó cuatro.

—Usarán contraseña.

—Probablemente; mas á la distancia en que me hallaba no pude oirla.

—No importa. ¿Hay dia señalado entre ellos para esas reuniones?

—Sí, señor; esta noche deben juntarse á las doce poco más ó ménos.

—¿Podria verlos?

—Sería preciso que os subiérais á mi ciprés, único árbol de los que hay cerca del jardin, que durante el invierno pue-

de ocultar á un hombre entre sus ramas. Juzgo, sin embargo, que la operacion es muy molesta é insostenible para vos.

—Irá el soldado que conocísteis anoche, y para ese no existe la palabra imposible.

—Romperá sus vestiduras y hasta ensangrentará su cútis.

—Debajo de la grosera lana que le cubre, lleva una finísima cota de malla que reservará sus carnes.

—Pero sus manos...

—Esas están acostumbradas á toda clase de esfuerzos. ¿Os han visto en alguna ocasion el conde ó sus criados?

—Imposible.

—Pues os advierto que tienen ya conocimiento de vuestra ronda nocturna.

—¿En qué os fundais?

—Anoche, si no llego yo con tanta oportunidad y os interno entre la espesa arboleda, os hubieran muerto dos embozados que salieron del palacio, espada en mano, momentos después de desaparacer vos.

—¿Estais seguro?

—Sí; los vió mi criado desde la copa de vuestro ciprés.

—Me lo temia; por eso no me atreví á cantar hasta ayer.

—Vuestro reclamo atrajo la tórtola, pero tambien al milano.

—¡Qué habrá sido de mi pobre Angelina!

—Nada; la reprenderia su padre; tratará de casarla al momento, y eso es todo.

—¡Os parece poco!

—Sí.

—¿Quién impedirá esa boda?

—Yo.

—¿Llega vuestro poder á tanto?

—A mucho más que eso.

—Señor, ¿qué debo hacer?

—Traed vuestros pinceles á mi casa y dad principio desde luego á mi retrato; cuando yo esté en casa pintais; miéntras

permanezca fuera, comed, pasead por mis salones, estudiad en la biblioteca y adiestraos en la sala de armas.

—¿Con quién he de tirar?

—Con cualquiera de los cinco que me han acompañado de Madrid, sea caballero ó sirviente.

—¿Qué más debo hacer?

—Eso sólo.

—¿No voy esta noche?..

—Sí, pero acompañado del soldado que ya conoceis. Salid ahora y volved con lo necesario para pintar el retrato. ¡Ah! tomad ese bolsillo como recompensa al trabajo que vais á emprender.

—No puedo, no debo...

—Si empezais desobedeciéndome, acabaré por abandonaros.

—Gracias, señor; sois tan noble como generoso; tan valiente como caballero.

—Que el cielo os guarde, Vitali.

—Que Dios misericordioso os proteja y defienda contínuamente.

Salió Augusto y el duque movió un timbre, presentándose acto contínuo su criado Ros.

—Acércate,—le dijo su amo.—¿Recuerdas bien el palacio que espiaste anoche?

—Perfectamente.

—¿Sabrás llegar hasta él?

—Sin perderme.

—Pertenece al conde Vignati.

—Muy bien, señor.

—En él habitan el citado señor y su hija Angelina, bella como un ángel.

—¿Cuando la vísteis, mi general?

—Voy á mandar que te corten la lengua.

—No he dicho nada, señor.

—El conde es rico; tiene muchos criados, y su hija dispone

de doncellas, camareras, y será preciso, Ros, que te hagas amigo de alguna de ellas y de alguno de ellos.

—El camino que me trazais está cubierto de flores, el aura que se respira lo perfuman las aromas de Nápoles, y vuestro lebrel, que gusta de ámbas cosas, marchará por él, seguro de entrar en el paraíso. ¿Conque es tan hermosa la heredera del conde?

—Sublime, Ros, sublime; y me consta que está enamorada del jóven cantor de anoche.

—¡Qué casualidad! se nos presenta un caso idéntico al de la sobrina de Montmorency; ¿os acordais, señor? En las cercanías de París; palacio con jardin; rival jóven y enamorado, cantor delicioso, que nos arrullaba con sus melodías desde la parte afuera de las tapias, miéntras nosotros á la parte adentro... ¡Qué dama y qué camarera, señor! ¡Entónces me convencí que las francesas tienen el cútis tan fino ó más que las españolas; pero las napolitanas!..

—Ros, en aquella época éramos solteros, y nuestras calaveradas estaban en su lugar; pero ahora nos hallamos casados, y debe bastarnos el recuerdo.

—Me asusta el plural, mi valiente señor; cierto que nos casamos, es decir, que os casásteis; pero sin ofender á Dios ni al prójimo, podemos deslizarnos en los jardines, requerir de amores, y todo lo demás á que no se opone la doctrina cristiana.

—Déjate de cuentos, y escucha.

—Os oigo como al oráculo.

—El conde conspira, recibe en su casa á los conjurados, y es preciso averiguar cuanto se pueda. Su hija se llama Angelina, y el amante Augusto Vitali; ten en cuenta que protejo yo esos amores, y tráeme noticias de todo diariamente. Parte.

—¿Qué decís, señor?

—Que te marches á realizar mi plan.

—¿Qué plan?

—El que se deduce de mis frases.

—¡Ah! el que se deduce; ¿y no me dais más instrucciones?

—Ros, ¿ya no eres el hábil sirviente que adivina á un signo mio lo que quiero, lo que pienso?

—Basta, señor; entraré en casa de Vignati y asaltaré sus secretos. ¿Llevo ámplios poderes?

—Sí.

—¿Traje y oro?

—Los que necesites.

—¿Nombre?

—Cualquiera ménos el tuyo.

—¿Hora y sitios en que podré hablaros?

—Aquí ó en casa de mi nodriza.

—¿Y si no os encuentro?

—Esperas.

—¿Quién me reemplaza?

—El criado de Zalla.

—¿Deseais algo más?

—Que partas y que no te expongas demasiado. Mucha destreza, calma, disimulo; en fin, ya sabes...

—Sí, señor.

—Di al maestre y al marino que los espero.

Salió Ros, siendo remplazado por los dos á quienes llamaba el duque.

—¿Dónde están nuestros prisioneros, señores?—les preguntó aquél.

—En los calabozos que ordenásteis,—contestó Roch.

—¿Con el sigilo conveniente?

—Sí, señor.

—¿Podrán escaparse?

—Difícilmente.

—¿Sabe el gobernador lo mucho que interesa la custodia y encierro de esos hombres?

—Se lo hemos dicho.

—¿Cómo lleva el patron el desembarco de la *Trinidad?*

—Hoy queda concluido.

—Perfectamente. Diestro marino, mandad construir diez portas en el costado babor de ese buque, bien disimuladas y cási á flor de agua. Detrás colocais un número igual de cañones, que cargarán á vuestra presencia. ¿Comprendeis la idea?

—Sí, señor.

—¿Necesitais más explicaciones?

—No.

—Vos, Zalla,—añadió el duque,—elegís uno por uno veinte arcabuceros de esos que jamás yerran el tiro. Sobre cubierta fijais los parapetos necesarios para ellos y vosotros, y cuando todo esté, me avisais y daré la hora de embarque. Que os facilite el gobernador cuanto necesiteis, siendo lo más útil y necesario la reserva. ¿Qué dice el patron?

—Que anhela el momento de la refriega.

—Fio en Dios, que no se hará esperar mucho tiempo.

—¿En qué nos ocupamos hoy?

—Usad mi carroza; ved al gobernador; disponed lo conveniente, y si os sobra tiempo, pasead. Os recomiendo al pintor Vitali, que comerá con vosotros y estará aquí la mayor parte de los dias; adiestradlo en el manejo de las armas y no satisfacer su curiosidad. Si no vuelve ántes que yo salga, decidle que á las diez de esta noche vendré en su busca. Hasta mañana.

Y entrando en una de sus habitaciones se cubrió con el grosero tabardo, barnizó su cútis, saliendo acto contínuo en direccion de la casa de su nodriza, donde comió, pasando hasta las nueve y media de la noche en su compañía. Después regresó á su morada, supo que no habia vuelto Ros, y unido al pintor salieron fuera de Nápoles.

A las once dieron vista al palacio de Vignati; frente al jardin, y escondidos entre los árboles se detuvieron, preguntando el duque á Vitali:

—¿A qué hora teneis la costumbre de venir á estos sitios?

—Sé que el conde se retira á descansar á las diez, por cuya razon no me he atrevido á aproximarme hasta las once.

—¿Y qué diantre habeis hecho en todas estas noches?

—Poca cosa, señor; me subia á aquel ciprés, y desde allí veia los sitios por donde paseaba mi Angelina, el cenador en que solia pasar algunas horas del dia, y nada más. Anoche me atreví á cantar, segun vísteis, y la consecuencia no pudo ser más satisfactoria.

—¿Qué hubiérais hecho de no encontrarme?

—De seguro salto hoy esa tapia.

—Y positivamente os matan de no verificarlo anoche. Con vuestra timidez, Augusto, jamás se consigue nada.

—Es cierto; pero vos me la arrancásteis.

—Sois muy jóven, y á mi lado llegareis á ser un hombre. Seguidme.

Y ámbos se dirigieron al pié de un grueso ciprés, entre cuyas ramas se veia el surco hecho por Vitali en las muchas veces que subia y bajaba.

—Muy bien,—dijo el duque;—la noche se presenta agradable, y merece, por lo tanto, que la pasemos toda en vela, lo que sucederá probablemente. Plan de operaciones, amigo mio: miéntras llegan los conspiradores y permanecen en el palacio, estaré yo sobre el ciprés y vos por estos sitios, paseando, sentado ó como gusteis; luégo esperaremos á que el conde se haya dormido, y seguidamente cantareis una trova que despierte á vuestra amada, saltaremos al jardin y hablareis con ella.

—¿Y si nos descubren?

—No temais; en ese caso nuestras espadas contestarán al insolente que ose acercarse á nosotros.

—¿Y si son muchos?

— No pasando de catorce ó quince...

—¡Señor, qué decís!

—Que sois cobarde y os voy á retirar mi proteccion.

—Eso no; temo, sin embargo, que os hieran por causa mia.

—Es algo difícil; pero, en fin, si sucede tendremos paciencia.

—Debo exponerme yo sólo.

—Vuestra obligacion es obedecer.

—Permitidme, al ménos, que suba al ciprés; yo estoy acostumbrado, y no me será molesto pasar ahí dos ó tres horas.

—Concretaos á escuchar mi voz é inclinaos ante ella. Conque lo dicho: sentaos, pasead ó haced lo que os plazca hasta que yo baje, con tal de que no os expongais á ser descubierto.

Y trepó por el árbol, llegando á más de la mitad, en cuyo sitio halló unas ramas fuertes, donde abrazado al tallo ó tronco podia estar sentado, aunque con alguna molestia.

Desde aquella altura dominaba cuanto le era necesario, con lo cual se dió por satisfecho el aristocrático señor.

Augusto le vió subir, admirando la ligereza y brio de su poderoso protector.

—Este hombre,—se dijo,—vale mucho más que yo; para nada encuentra dificultad, y voy creyendo que es mi Providencia. Puesto que me ha dejado en actitud de hacer lo que quiera, rondaré.

Y colocando su lira junto al ciprés, se dirigió á la tapia, sin hacer caso de la advertencia de Osorio, recatando el rostro, y fija su mano en la empuñadura de la espada.

—Silencio sepulcral,—dijo;—el palacio está mudo; la noche serena y el viento acallado. En breve, no obstante, aparecerán por los dos ángulos del jardin muchos embozados; penetrarán hasta unirse con el conde, y pasarán conspirando dos ó tres horas. ¡Ah! señor Vignati, ó yo no conozco á los hombres, ó mi querido protector vengará pronto la horrible conducta que usásteis con este infeliz huérfano. El tal Guzman no es de esos que dejan á medio hacer las cosas, y vuestra soberbia y altanería de Lucifer, hallarán en tan valiente y poderoso caudillo al ángel exterminador. ¿No lo dije? Ya asoman por allí dos embozados; me retiraré hácia el centro, permaneciendo oculto entre los árboles hasta que hayan entrado todos.

Así lo hizo, sin que le fuera dable notar que habia sido ya descubierto por un hombre que, escondido tambien, seguia sus pasos desde hace algunos instantes.

Encaramado Osorio en el sitio en que le dejamos poco há, fija su mirada en el palacio del conde, le vió aparecer, y atravesando el jardin, llegar á una pequeña puerta de aquél, la cual abrió á las doce en punto de la noche. Instantes después comenzaron á penetrar embozados, todos los que iban siendo reconocidos, y oprimidas sus manos por el dueño de la posesion.

El duque, fijo en los grupos de gente que iba llegando, no perdia un solo movimiento de los que estaban al alcance de su vista, asomando á sus labios fatídica sonrisa al contemplar la efusion con que se estrechaban los conspiradores.

—¡Bravo!—exclamaba para sí el valiente señor.—Fieles á vuestra consigna, acudís presurosos al escuchar las lúgubres campanadas que, desde la catedral de Nápoles, os dicen que es llegada la media noche; otro dia contaré yo sus sonidos, y por cada uno de ellos, caerá la cabeza de uno de vosotros. Se llaman nobles, se tienen por hidalgos, sin perjuicio de lo cual se confabulan, se unen, y ocultos entre las sombras de la noche, discuten el medio más fácil de sorprender y asesinar, acabando por introducir el robo y la anarquía en el suelo que llaman su país. ¡Con qué júbilo se estrechan; con qué alegría entran en ese fatal cementerio! ¡Reid, vampiros de Italia; tejed bien vuestra red; no dejad punto alguno en ella, que para nada lo necesito; el dia de la justicia está próximo, y en él escucharéis la horrible carcajada de vuestro general el duque del Imperio! ¡Maldito árbol, y qué mal se está aquí; ya he tronchado várias ramas y me escurriria hácia abajo si no me sostuvieran los heróicos esfuerzos que estoy haciendo! ¡Portentosa casualidad; observo á esos conspiradores y los espío desde un ciprés, enseña de muerte, adorno de panteones, mudo é inmóvil fantasma que preside el silencio de las tumbas! ¿Qué es eso?

Mientras Flaviano, convertido en ojos, iba viendo llegar á los conjurados, salió un hombre de entre la espesura de los árboles, volviendo al poco tiempo acompañado de vários otros que no debian estar muy léjos de allí. Eran ocho, y, con las mismas precauciones y recato que el primero, fueron cami-

nando por el sitio á que daba la espalda nuestro jóven pintor, el cual, escondido detrás de un naranjo, miraba á derecha é izquierda á los embozados que se dirigian al jardin del palacio, sin poder comprender lo que pasaba en pos de él. De pronto fué sorprendido por dos hombres que le taparon la boca; entre los seis restantes le desarmaron, sujetándole por las muñecas sin darle tiempo ni accion para otra cosa que para exclamar:

—¡Ay! ¡tra!..

El duque lo oyó, y esa fué la causa de su última pregunta. Acto contínuo vió que entre vários hombres llevaban arrastrando á otro, que no pudo distinguir por la distancia y espesura de los árboles, pero continuó percibiendo el ruido de sus pisadas un minuto más. Luégo volvió á imperar el mismo silencio que anteriormente.

—La exclamacion que escuché,—se dijo,—y lo que acabo de ver, me prueban que han sorprendido á un hombre; ¡quién será! ¡mi pobre criado ó ese infeliz pintor! ¡Oh! ¡sea el que quiera, no puedo, no me es dado favorecerle; mi patria me ha enclavado en este árbol fatal! Necesito ver á esos hombres, contar su número, saber dónde se meten, y luégo contemplarlos salir. ¡Y lo peor es, que estoy solo; solo, maldicion! ¡El príncipe de Italia, como su padre Alberto de Silva, no se equivoca nunca; dice que soy temerario en mis empresas, y hé aquí la prueba de la exactitud de su cálculo! Bien; soy temerario, pero así y todo salvaré á esa víctima, sin dejar por eso de cumplir con mi deber. ¡Mi deber! ¡terrible es esta noche! ¡Cosido á un ciprés y cási ensangrentadas las manos, me veo obligado á sufrir todo el rigor de la impaciencia, toda la molestia del desasosiego y malestar! ¡Patria mia, todo por tí!

Y prosiguió mirando lo que acontecia en el jardin.

Serían poco más de las doce y cuarto cuando el conde Vignati cerró el postigo, y seguido de unos ochenta embozados se dirigió á la izquierda de su palacio. Era un cuerpo unido á aquél, si bien parecia construido *ad hoc*, por la independen-

cia en que podia quedar cerrada la única puerta que le daba comunicacion con el resto del edificio.

—Se encerraron,—añadió Osorio;—conozco el sitio en que se ocultan y el número de los congregados; ahora pasarán hablando mucho tiempo, y como nada puedo oir ni ver desde aquí, descansaré, procurando averiguar, de paso, quién era la inocente víctima que se llevaban esos sicarios.

Y se fué descolgando; reconoció la lira que Vitali dejó al pié del ciprés é inmediatamente observó todos los alrededores.

—¡Ha sido mi pobre Augusto!—exclamó con sentimiento.—Su delirante amor le obligaria á salir de la espesura, le tendrian tendida una emboscada, y al reconocerle cayó en ella con toda la candidez de que es capaz un enamorado. ¡Insensato! A su edad no me dejaba yo sorprender así, ni cometí nunca esas torpes imprudencias. Mi padre protegia al suyo, y conociendo el desmedido valor del capitan, le mandó dar una carga tan temeraria como decisiva; la batalla se ganó, debido en parte al denuedo y bizarría del infeliz Vitali, muerto por el enemigo en lo mejor de la contienda. Mi padre se llevó toda la gloria de la jornada, y la consiguiente recompensa, que heredé yo, su hijo único, en tanto que el infeliz Augusto quedaba huérfano, arruinado y tan pobre, que tuvo que ganar el sustento con el sudor de su frente. La Providencia sin duda lo ha puesto en mi camino para que yo haga por el hijo lo que merecia su padre; debo velar por él, salvarlo, y luégo darle posicion, honores, riquezas. Sí, pero ¿dónde está? ¿Qué ha sido de él? ¡Maldicion! La víctima de una órden funesta de mi padre exhaló un suspiro que queria decir: «sálvame, tú que pasas por invencible.» Y sordo yo á tan triste lamento, continué pegado á ese árbol de muerte; ¿me detuvo ahí el egoismo? ¡No; que jamás lo conocí; fué el amor á mi patria; el cumplimiento de un deber tan sagrado como penoso; la misma causa que obligó á mi padre á que sacrificara á su amigo y protegido el capitan Vitali! La Providencia me ha puesto á ese jóven en mi camino, cierto; pero ántes me mandó á Nápoles en defensa de los intereses de mi

país. ¡Al árbol, Flaviano, al árbol, y sirve ante todo de dique que contenga y estrelle las pretensiones de los torpes y menguados enemigos de España!

Antes de subir lanzó una mirada triste á la lira de Augusto, trepando acto contínuo sobre el corpulento ciprés. Luégo se acomodó lo mejor que pudo, y esperó.

—Ya estoy,— se dijo, —encima de este compañero de los muertos, mirando á la rojiza luz de las llamas que despide esa boca de infierno apellidada volcan. Por cierto que esta noche vomita, entre inmensos torrentes de lava, piedras encendidas de un tamaño que no vi jamás. Esa lluvia de fuego parece impelida por todas las furias del averno, á juzgar por el espantoso ruido que forman, y el material encendido que despiden. Buen principio, señores conjurados; todo os augura una catástrofe espantosa. Deben ser perversos; cuando el príncipe de Italia manda al que dice tener la conciencia más elástica de los seis claro es que juzgó indispensable la muerte de todos ellos.

A la hora de permanecer el duque en su segunda y penosa postura, vió de pronto un bulto que se encaramaba en el caballete de la tapia.

—¡Quién será! —exclamó. —¡Se coge á un árbol y se desliza; ¡bravo! es un maestro en el arte de escalar. Ahora se inclina y escucha; no oye ni ve nada. Bien; guarecido con los árboles, se dirige al sitio donde entraron los conspiradores; llega á la puerta, espía; pretende averiguar lo que pasa dentro; magnífico. ¡Qué diestro, hábil y sagaz! ¡Bah, bah! por qué me extraña, si es Ros, es decir, mi discípulo, el rey de los criados. Es insolente como ninguno, osado como pocos, pero muy precavido y muy hombre; por eso le tolero todos sus defectos. El auxilio que me va á prestar no puede ser más oportuno.

No se habia equivocado el duque; era efectivamente Ros el que concluia de escalar la tapia, y en este instante se hallaba aplicando el oido á la cerradura de la puerta por donde en-

traron los conjurados. Así continuaba, cuando oyó el graznido de un ave, quedando de pronto derecho.

—¡Mi amo!—exclamó,—¡qué me querrá decir!

Vários chirridos siguieron á aquél, imitando admirablemente el canto agorero de algunas aves nocturnas. Ros prosiguió:

—Me manda continuar aquí, pero desea que le busque en el momento que concluya. Le diré que lo he comprendido, y vuelvo á escuchar; no sabe él la noticia que le espera.

Otro graznido imitado por el hábil sirviente, confirmó lo que acababa de decir.

Estos dos privilegiados séres se entendian de cerca por signos, con la mirada y hasta con un solo movimiento, y de léjos con el silbido y el canto de los pájaros. El gran talento y vasta instruccion del duque y la brillante imaginacion meridional del criado, seguidas de una práctica no interrumpida, daban por resultado una porcion de fenómenos, que ya eran en ellos regla cierta é invariable.

Media hora después se retiraba Ros del mismo modo que habia ido, internándose al poco tiempo en la arboleda donde se hallaba el corpulento ciprés que sostenia á su amo; calculó que no debia hallarse muy léjos de aquél, y esperó nueva señal.

El duque le vió saltar el muro, pero á la vez se abrió la puerta que espió Ros, y comenzaron á salir los conjurados en grupos pequeños, silenciosos, que iban perdiéndose entre la espesura. Marchaban en diferentes direcciones, esparciéndose aquí y allá hasta que dejaron de verse por completo.

El conde los despidió al pié de la tapia; cuando todos hubieron salido, cerró la puerta y seguidamente se entró en el palacio, volviendo á reinar completa soledad y un silencio que sólo interrumpian los montes de fuego que arrojaba el Vesubio.

CAPITULO XII.

Diálogo interesante.—El sustituto de Vitali.—Cuadro.

El duque del Imperio continuó en su observatorio vegetal hasta que se convenció de que todo habia concluido por aquella noche en el palacio de Vignati, en lo relativo á la conspiracion. Seguidamente volvió á imitar el graznido de las aves nocturnas y comenzó á deslizarse del árbol; llegó al suelo, cogió la lira de su infeliz protegido, y apénas acababa de contemplarla, cuando fué sorprendido por la voz de Ros, que le dijo en idioma maltés:

—Servidor, caro amo mio.

—Buena noche, Ros; ¿qué has hecho?

—Poca cosa, señor; como es el primer dia...

—Habla.

—Conozco al conde, á su hija; ¡qué bocado, mi general!..

—Al grano.

—Y á todos sus criados y dependientes.

—Eso ya es algo; ¿qué más?

—El suizo que cuida del zaguan me da casa, comida y cama por un ducado diario; pero exige quincena adelantada, y ya se la dí.

—¿Qué razon alegaste?

—Como estoy afectado del hígado, y los médicos me aconsejan que viva en el campo...

—Comprendo, y eso ya es mucho.

—Soy tambien suizo y pariente muy allegado del portero.

—¡Bravo! acabarás por ser el primer embrollon del universo.

—Gracias.

—¿No te gustan las camareras de la hija del conde?

—¡Ay! demasiado.

—¿Has hablado con alguna?

—Sí, señor; con la más bonita.

—Debió ser con la que nos sirva mejor.

—Es la misma.

—Cuidado con propasarte.

—¡Yo! No lo permita Dios.

—¡Hipócrita! ¿qué dice esa sirvienta?

—Que su ama llora, que es muy desgraciada, mucho; infiero que necesita un hombre tierno, galante, caballero...

—Como el pintor; ya lo tiene.

—No; como vos.

—A mí me basta con la mia, y á ella debe bastarle con Vitali; ¿qué averiguaste?

—Que van á casar á Angelina con un conde viejo y feo.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—Es preciso averiguar su nombre.

—Mañana lo sabremos; la boda se ha concertado hoy.

—¿Qué dicen de Vignati?

—Ninguno lo quiere; se humillan ante él porque lo necesitan y temen, pero le ódian por déspota, injusto é intolerante; soy capaz de ganar á cuantos le sirven.

—Basta con los precisos. ¿Qué cuentan de Angelina?

—Que es un ángel; ¡pero qué ángel, señor! ¡qué diez y siete años! ¡y qué belleza! Vale mucho más que Carolina y que cuantas conocimos en la época feliz de *salto de mata.*

—No será mejor que Adela.

—No, señor; mas podia reemplazarla dignamente.

—Ros, si te conviertes en diablo tentador, me trocaré yo en arcángel San Gabriel. ¿Qué más tienes que decirme?

—Notando que el conde no se acostaba, á pesar de haber dado la órden para que todos lo verificasen, esperé á que roncara mi suizo, me levanté, y no pudiendo subir ni entrar en los jardines, me salí al campo.

—¿Por dónde?

—Por una ventana que dejé entornada. Luégo, provisto de escala y de otros artículos de primera necesidad, observé. No tardaron en llegar ocho hombres, uno de los cuales estuvo encerrado esta tarde con el conde. Les seguí, se emboscaron, me embosqué, vi entrar á vários otros en el jardin, y cuando ménos lo esperaba desaparecen los ocho primeros, volviendo con el pobre cantor de anoche, sujetándole unos, tapándole la boca otros, y amenazándole todos con la muerte.

—¿Le hirieron?

—No, señor; el pobre, sorprendido é indefenso, no opuso resistencia alguna.

—¿Qué hiciste después?

—Como demostrásteis hoy tanto interés por él, los seguí.

—Bravo, Ros; continúa.

—Se lo llevaron no léjos de aquí, y muy bien maniatado lo retiene en su casa el jefe de los sicarios.

—¿Viven juntos los ocho?

—Creo que no, toda vez que los siete restantes se fueron hácia Pórtici y el otro echó á su puerta cerrojos y candado.

—¿Dónde habita ese hombre?

—Al Norte, en una casa aislada de un solo piso, de mal aspecto, situada á mil varas del palacio.

—¿Habrá asesinado después á Vitali?

—No, porque permanecí un cuarto de hora escuchando, y nada oí.

—¿Qué te propusiste luégo?

—Me volví al palacio con objeto de averiguar, si me era posible, quiénes eran los que entraban en el jardin y con qué fin se reunian, sin embargo de figurármelo por las muchas, claras y terminantes explicaciones que tuvísteis á bien darme esta mañana.

—¡Socarron!

—Cuando reconocí el jardin por la tarde, noté que el ala izquierda del palacio está construida hace muy poco y con tal independencia del resto del edificio, que excitó mis sospechas. Así es, que arrojé esta noche mi escala, y ya á la parte adentro me fuí derecho al paraje que acabo de citar. No me habia equivocado; allí permanecian reunidos el conde y muchos otros grandes ó nobles napolitanos.

—¿Les oiste?

—Al principio hablaban muchos á la vez y sólo llegó hasta mí el confuso rumor de sus voces; mas luego reinó silencio, sonó una campanilla, y un instante después percibí las siguientes frases:—Aprobado ya cuanto os he propuesto, y enterados de los recursos con que contamos, debo añadir algunas noticias que me dan de Madrid, traidas ayer por el correo de Francia; segun me participa el embajador de Inglaterra, han salido en direccion de Nápoles, perfectamente disfrazados, el duque del Imperio, el maestre Zalla y el marino Roch; les siguen tres criados únicamente y vienen espiados de cerca por otros tantos agentes del inglés, los cuales se me presentarán al desembarque, dándome instrucciones importantes.»

—Gran previsor,—dijo Osorio,—es el tal embajador; pero si el conde espera las noticias que han de darle los seis agentes, mucho va á tener que aguardar. ¿Confian en saber mi arribo por la llegada de esos hombres?

—Sí, señor; pero dicen, que como pudiera haberles ocur-

rido algun accidente imprevisto, optaban por encargar á la policía que tienen en Nápoles, la averiguacion de la llegada del duque, disponiendo acto contínuo su asesinato. Lo mismo sentencian á muerte que si se tratara de cazar pájaros.

—¿Qué más escuchaste?

—Después hablaban unas veces muy bajo, otras vários á la vez, y á pesar de mi magnífico oido, segun vuestra opinion, sólo me fué dado comprender que la policía de que disponen se compone de esos ocho hombres que han sorprendido esta noche á Vitali, cuyo jefe se llama Busato. Eso es todo, señor; percibí mucho más, pero tan inconexo que no me es posible formar ideas.

—Bien, Ros; tengo de sobra, y en verdad que te vas haciendo digno de todo mi aprecio y estimacion.

—Os debo, sábio amo mio, esa habilidad y destreza que aprendí al lado del más sagaz y entendido de los hombres. Si uniérais á vuestro gran talento, valor y otras dotes no ménos admirables, la circunstancia de tener ménos escrúpulos...

—¿Qué quieres decir, Ros?

—En la cuestion magna del universo, en la más interesante, en la de faldas, señor, que llegásteis á ser el héroe á quien nádie igualaba; habeis descendido de un modo que da compasion; y es más lamentable, toda vez que aún os presentais con belleza y seduccion superiores á cuantos séres andan por el mundo. ¿Quién resiste á vuestro acento cantando; quién á vuestra voz si hablais; quién al fuego que despiden vuestros ojos; quién á esas maneras tan finas y elegantes; quién á vuestro talento, osadía, valor y conjunto?

—Ros, ¿te parece que hemos abusado poco de todo eso?

—Nada, señor; por donde caminásteis sembramos el oro y la felicidad.

—¿Has olvidado ya el número de amantes burlados, cuando no heridos ó muertos?

—En igual combate, señor; ¿para qué eran tercos y se empeñaban en querer lo que no se habia hecho para ellos?

—¡Cuántas suspirarán por causa nuestra!

—¡Ya lo creo! se les acabó el almívar.

—Ros, estamos perdiendo un tiempo precioso; es indispensable que yo vea esta noche á Angelina.

—Admirable idea. ¿Cómo nos vamos á componer? os advierto que mi portería está ahora incomunicada con el resto del edificio.

—¿Con esta lira, que dejó el pobre Augusto, y ese acento de que hablabas ántes, no serán suficientes á atraer á la gacela?

—¡Yo lo creo!

—Cuando hayamos concluido te vuelves á la portería, en tanto que yo salvo á mi pobre pintor.

—¿Merece ese hombre que vayais solo y expongais por él vuestra vida?

—Sí, Ros; su pobre padre era un valiente capitan, que murió al frente de su compañía en los momentos que efectuaba una carga dispuesta por mi padre. La batalla se ganó, nosotros llevamos la recompensa, miéntras ese infeliz quedaba huérfano y tan pobre que se ha visto obligado á ganar el sustento con el sudor de su frente.

—Yo ignoraba esa circunstancia; mas ahora comprendo que es digno de vuestra proteccion. ¿Qué hago?

—El conde se habrá dormido ya y su bella hija suspirará, desvelada por el objeto de su amor.

—Qué feliz va á ser cuando note el cambio.

—Ros, no pienses mal de mí.

—Al contrario, señor; porque os quiero bien, deseo que os distraigais un poco.

—¡Truan! Vete al ángulo de la derecha, y en el mismo sitio donde cantó ayer por segunda vez Augusto, echa la escala; luégo observas desde el caballete cuál es el árbol más próximo y accesible, la corres junto á él, y permaneces quieto hasta que asome Angelina.

—Comprendo y me adelanto.

—Me avisas...

—Se entiende; yo tengo bastante con su camarera.

El hábil Ros se encaminó al sitio indicado con las precauciones consiguientes, y no viendo á nádie, echó la escala y subió; después fijó aquella junto á un árbol de los del jardin, y sentado sobre el caballete quedó mirando al palacio por entre las ramas de aquél.

Osorio se aproximó luégo, y cuando hubo templado la lira, comenzó á mover las cuerdas con su sorprendente maestría. Seguidamente principió á cantar, imitando el trémulo acento de Vitali. Aun cuando el diestro Flaviano entonaba las estrofas á media voz y fingia el miedo que demostró su protegido, era muy difícil no comprender que cantaba infinitamente mejor, con más arte y una dulzura que extasiaba al que le oia.

—¡Bravo!—le dijo Ros cuando hubo terminado las dos primeras estrofas; é inclinándose cuanto podia para que nádie le oyera, añadió: —Se ha abierto una ventana; continuad lo mismo, y preparaos á subir.

El duque prosiguió, dando unas notas admirables, sorprendentes.

A la quinta estrofa le dijo Ros, más quedo que ántes:

—Basta, señor; tirad la lira y trepad, que oyeron el reclamo y veo á la tórtola, blanca como el cisne, hermosa como un ángel, cándida como su novio, y... Abreviad, que se dirige hácia aquí.

—Sepárate,— le dijo su amo, sentado ya sobre el caballete;—recoge la escala y observa ínterin yo permanezca en el jardin. Al menor contratiempo...

—Aviso, y corro á vuestro lado con dos balas y una espada semi-invencible.

Osorio, que era hombre práctico en lances como el presente, se cogió al árbol , y sin hacer ruido alguno se deslizó hasta llegar al jardin.

La jóven llevaba en la mano un papel sujeto á una piedra, é iba á arrojarlo al otro lado de la tapia, cuando fué sorprendida por Osorio, el cual, saliéndola al encuentro, le dijo:

—No os asusteis, bella Angelina; os vengo á hablar de parte de Augusto, preso esta noche por unos sicarios que le mandó vuestro padre.

La hija de Vignati hizo un esfuerzo sobre sí, y dominando su sorpresa, le preguntó con calma y sin demostrar aturdimiento:

—¿Quién sois?

—Don Jacobo de Guzman, grande de España, protector de Vitali.

—No os conozco, ni jamás me ha hablado Augusto de vos.

—No lo extrañeis; há poco que vine de Madrid, y no tuvo noticias de mí hasta ayer.

—¿Me engañais?

—¿Qué hombre sería capaz de hacerlo? Vuestra hermosura sin igual, el candor de ese semblante bello, sublime, y el mágico efecto que ejerce vuestra voz en aquel á quien va dirigida, os ponen á salvo de tan infame villanía.

—¿Quién ha cantado ántes?

—Yo.

—Me pareció que no era el acento de Augusto; pero imitaba su temor, dudé, y acabaron de decidirme á bajar las tiernas ideas que expresábais.

—No sospecheis de mí, Angelina, si amais á Vitali; sólo yo puedo salvar á ámbos.

—¿Tan poderoso sois?

—Mucho; cuanto necesitais los dos.

—Vuestro traje, ese color oscuro de *lazaroni*...

—No son los mios; vengo con disfraz y barnizado mi cútis, porque me traen á Nápoles asuntos mucho más graves que el de proteger los amores de Augusto.

—Oí decir que los nobles de España no usan careta ni disfraz, y que requieren á las damas en sus espléndidos salones, á la faz del mundo.

—Cierto; mas se ocultan cuando practican la caridad, siempre que tratan de realizar una accion noble y generosa

como esta que me retiene en vuestro jardin. Por regla general, áun cuando oculten sus admirables hechos, jamás se disfrazan; esta es la regla, que, como todas, tiene su excepcion.

—¿Cuál es?

—Nos enmascaramos para conspirar.

—¿Contra quién?

—Es segun; unos lo hacen en pro de su patria, y otros, que pasan por nobles, y no lo son, con fines diferentes.

—¿Luego conspirais vos?

—Sí.

—¿En favor de quién?

—De la justicia.

—Explicad la respuesta.

—No puedo.

—Si desconfiais de mí, no teneis derecho á que yo crea en vuestras frases.

—Peor para vos, que perderiais á Augusto.

—Veo que mienten vuestro traje y color; las maneras, ideas y modo de razonar son efectivamente de un noble, y esto supuesto, os pregunto: ¿qué deseais de mí?

—Que sepais primero que Vitali es hijo de un famoso capitan, muerto con gloria al servicio de mi país.

—Me lo tenía referido Augusto.

—Es que el hijo recibirá en breve la recompensa que el padre ganó en la batalla de Ancona.

—No ambiciono riquezas; le amo por lo que vale, no por lo que pueda ser.

—Lo creo; mas es preciso comprendais que le protejo yo, y que, quiera ó no vuestro padre, os unireis á él.

—¡Ay! eso es imposible.

—¿Por qué?

—Está concertada mi boda con el conde Ozelman, y ántes de ocho dias me obligarán á que pronuncie un terrible *sí*.

—Eso es justamente el objeto principal que me retiene aquí; debeis negaros á pronunciar esa frase.

—No podré, señor de Guzman.

—Entónces huireis mañana á estas horas con Vitali.

—No; mancharia las canas de mi padre; mi nombre serviria de befa y escarnio á la multitud, y la maldicion del autor de mis dias amargaria mi existencia.

—En ese caso lo haré yo todo.

—¿Qué quereis decir?

—Que obligaré al conde Ozelman á que se niegue á ser vuestro esposo.

—¿Cómo, si há un año me persigue con su amor, y dijo ayer á mi padre que prefiere la muerte á renunciar á mi mano?

—¿Le amais vos?

—¿Puedo fiarme del que se llama noble castellano?

—Como de vos misma.

—¿Me lo jurais?

—Por el Dios que nos oye y nos ha de juzgar un dia.

—Vuestras frases, ese acento ardiente y poderoso no pueden mentir. Me fio de vos, oidme: el conde Ozelman tiene cerca de cincuenta años; su figura es ridícula; la fama dice que no existe hombre más déspota, torpe y cruel; me molesta su mirada; me hieren sus frases, y le aborrezco con toda mi alma.

—Yo le obligaré á la renuncia que os conviene.

—Dudo que lo consigais.

—Sería la primera cosa que el destino me negaba.

—¿Quién sois, caballero? ¿Por qué no os fiais de mí como yo de vos?

—Escuchadme, deliciosa Angelina: acabo de llegar de España y habito el palacio de mi propiedad que da frente al del gobernador de Nápoles; me llamo Jacobo de Guzman, y pertenezco á una de las primeras familias de Madrid. Desde que tenía poco más de doce años me dediqué al servicio de las armas, y no obstante haber nacido poderoso, entretuve hasta ahora mi vida en los campamentos, frente á enemigos, y en batallas, cuyo número es difícil imaginar. Recorrí Italia, Francia, parte de Alemania, Africa, Malta, Venecia, Amé-

rica, y en todas partes me batí, en todas triunfé; y de gloria en gloria, de azar en azar llegué hasta vos, sin una sola mancha en mi fama, sin una dificultad por vencer. Nada más os puedo decir por hoy; en adelante os referiré lo que falta.

—Entónces no os llamais Jacobo de Guzman; conozco los nombres de cuantos caudillos posee España, y ninguno se apellida así.

—Acaso tengais razon.

—Posible es que vuestro rey, sabedor de que en Nápoles no andan las cosas á medida de su deseo, haya mandado de incógnito á algun general de esos que nádie venció hasta ahora.

—Es por lo ménos verosímil.

—¿Sois vos ese hombre?

—No os digo que sí, ni que no.

—Cuidado, señor Guzman, con el instinto de la mujer; ya sabeis que en ocasiones dadas supera al talento y sabiduría del hombre; hasta dicen que adivina.

—Será así; mas en esta ocasion sólo veo una dama que encanta con su belleza y extasia con su fina penetracion. En vos, Angelina, no es el instinto sino el génio el que aparece en vuestra frente. ¡Qué tesoro tan envidiable se esconde en este palacio!

—Si no me equivoqué, libradme, noble señor, de esa boda que me quita el sueño y me haria la mujer más desgraciada del universo.

—Por si acertáseis, no hablad á nádie, á nádie absolutamente de eso que suponeis, porque os perderiais, sin lograr otra cosa que ver asesinado al objeto de vuestro amor.

—¿Cómo quereis que hiriera de muerte mi única felicidad? Recuerdo que me digísteis al principio de nuestra conversacion que estaba preso por órden de mi padre el desgraciado Augusto.

—Cierto; cometió una imprudencia, hija del delirante amor que arde en su pecho, le sorprendieron y se lo llevaron no léjos de aquí, donde lo tendrán sujeto con gruesos cordeles.

—¿Qué hizo?

—Cási nada, salir de la espesura y acercarse á esa tapia, donde el infortunado pasa las noches suspirando por vos.

—¿Lo vísteis prender?

—Sí.

—¿Cómo no le salvásteis?

—Llegué tarde; pero al amanecer quedará en libertad.

—¿No os equivocais?

—Sería la primera vez.

—¿A él le cogieron por sólo acercarse al jardin, y vos cantais, asaltásteis el muro, llegais hasta mí, y nádie os molesta? ¿Quereis explicarme ese enigma?

—Sí; yo tengo más edad que él, más experiencia, más práctica, más fortuna, y no me dejo sorprender fácilmente, sin embargo de que todavía no es tarde. Si esta noche ó en alguna ocasion nos cogen os recomiendo la serenidad: he previsto el caso; llevo conmigo un precioso talisman, y nada debeis temer por vos ni por mí. Si después os preguntasen de qué estaba hablando con vos, decid siempre que de vuestro padre y nada más.

—Hombre tan previsor, tan valiente, tan noble y caballero, acaso pueda librarme del infortunio que me amenaza. Si es así, yo os ruego en nombre de vuestra madre, de la dichosa mujer á quien ameis, por lo que hallais más santo sobre la tierra, que liberteis á esta infeliz del conde Ozelman.

Y la casta jóven le cogió una mano, oprimiéndola entre las suyas. El duque se estremeció al sentir en su fino cútis el calor de aquella mujer encantadora; su ardiente y poderosa sangre comenzó á circular con mucha rapidez; se enturbió su vista y vaciló; mas hizo de pronto un esfuerzo sobre sí, estrechó á su vez las manos que sujetaban la suya, y fué á hablar; pero le contuvo el chirrido del ave que imitaba Ros, el ruido de una puerta que se abria, y el estrépito de las armas que chocaban en el suelo.

Sin soltar á la jóven de la mano, le dijo:

—No os movais ni os asusteis. Quieto, Ros,—añadió en

idioma maltés;—permanece oculto y no abandones el caballete hasta que yo te lo mande.

Osorio y Angelina se hallaban á veinte varas del palacio, frente á una pequeña puerta, por la cual salian, en los momentos que Flaviano pronunciaba las anteriores frases, el conde y seis criados espada en mano, gritando el primero:

—¡A ese miserable, matadlo!

Y alzando los aceros, fueron á herir al duque, el cual, sin dejar á la jóven, los contuvo con el cañon de una de sus pistolas, exclamando:

—¡Alto! el que dé un paso más, cae á mis piés.

El conde, que iba delante, retrocedió, y los sirvientes, fijos en su amo, quedaron como mudas estatuas sin accion ni movimiento al ver el arma mortífera y la actitud arrogante del que les apuntaba.

—Señor,—osó decir uno de aquellos reparando en las pistolas de Ros, cuyos cañones salian por entre las ramas del árbol que le ocultaba;—¡señor, otras dos por allí! ¡huyamos!

—¡Cobardes!—añadió el duque,—retiraos al palacio y ocultad el pánico que os aturde. Y vos, señor de Vignati, avanzad sin temor, que nádie os molesta.

Y se guardó la pistola, cogió del brazo á Angelina, andando en direccion de los sirvientes.

—¡Os he dicho,—repitió,—que os retireis de aquí, ruin canalla!

—¿No sois Vitali?—le preguntó el conde más confuso que nunca.

—Venid y reconocedme,—replicó Flaviano;—luégo os enseñaré mis credenciales, y ante ellas os inclinareis, viendo justificada mi permanencia en vuestro jardin.

—Ese traje...

—Llegué de Madrid, Vignati, y he debido entrar á veros saltando esa tapia, no por la puerta de vuestro jardin.

—¿Quién os manda?

—Un embajador.

—¿Entónces, sois?..

—¡Callad, imprudente! Haced retirar á esos hombres y bajad la voz, si quereis que continuemos hablando. A la vez, enteraos de lo escrito en ese pergamino, y devolvédmele, si lo hallais en regla.

Y le dió un documento de aquellos que cogió en la *Trinidad* á sus seis prisioneros: era el mismo que leyó el capitan inglés y el que contribuyó poderosamente á salvar las vidas de cuantos iban en la mencionada galera.

El conde lo cogió, y ordenando á su gente que le siguiera, penetró en el palacio con ánimo de leer á la luz del farol que tenía más próximo el escrito que llevaba en la mano.

Osorio se acercó al oido de Angelina, diciéndole:

—Disculpad vuestra bajada con un pretexto cualquiera; añadís que fuísteis sorprendida con mi presencia, pero que sólo os hablé de vuestro padre.

Y retiró su brazo del de la jóven. Esta le tendió nuevamente su mano, que aquél besó con efusion, quedando ámbos indiferentes, al parecer, á la escena que acababa de tener lugar.

Un instante después volvió Vignati solo y más tranquilo, si bien se retrataba aún la duda en su pálido semblante.

—¿Qué haces en este jardin, hija mia?

—Señor, me hallaba despierta, cuando oí cantar una romanza que excitó mi curiosidad; molestada por el insomnio, bajé aquí, donde no hallé ni vi á nádie, y agradándome lo sereno y tranquilo de la noche, comencé á pasear, hasta que fuí sorprendida por este hombre en el traje, por este caballero en sus frases. Con el mayor interés me preguntó quién era, y cuando se lo dije, por vos, creciendo cada vez más las demostraciones de su afecto hácia nosotros. Ignoro por dónde ha entrado ni qué se propone, mas os juro que estuvo conmigo atento, galante y cortés.

—Bien, Angelina; vuelve al lecho y descansa, que mañana me ocuparé de tí.

La jóven besó la mano del autor de sus dias, y despidiéndose

de Osorio, desapareció, dejando entornada la puerta por donde habian salido el conde y sus criados.

Solo ya Vignati y el duque, miró en torno el primero con desconfianza; pero las pistolas que ántes salian por entre las ramas del árbol se habian ocultado, y el que las tenía desapareció, toda vez que no se le veia por ninguna parte.

Más tranquilo el conde con el resultado de su observacion, dijo á Flaviano:

—Este pergamino os pondria al abrigo de toda sospecha, si yo tuviera la certidumbre de que érais el mismo á quien fué entregado en Madrid.

—¿Qué motiva vuestra duda, Vignati?

—Pudo ser arrancado por fuerza, robado ó perdido, lo cual parece justificar vuestra conducta de esta noche.

—Oidme, y juzgad con conocimiento de causa: hace dos dias llegamos á Nápoles los seis, y en virtud de las órdenes que traigo, me ocupé de averiguar qué haciais en este país ántes de presentarme á vos. Por el correo de Francia debísteis recibir noticias de mi arribo, y por el mismo me mandaron nuevas órdenes, confirmando las que me dieron de palabra sobre vosotros. Señor conde, Inglaterra os ha mandado un rio de oro; todos los dias se le dice que va á estallar la revolucion, y léjos de confirmarse los hechos que expresan las comunicaciones, corre el tiempo, el resultado no llega, y me parece muy razonable qne sepamos si el dinero inglés se emplea bien ó si se gasta mal.

—Vuestro relato está en su lugar y me tranquiliza en parte; pero no justifica plenamente vuestra permanencia en mis jardines.

—Desde que entré en Nápoles comencé á averiguar lo que se me mandaba; pedí noticias, y obtenido cuanto deseaba, me hablaron de la reunion de esta noche, y quise ver si era ó no cierta. Llegué con tiempo, y escondido entre los árboles, vi acercarse efectivamente á todos vuestros amigos. Satisfecho, me iba á retirar, cuando noté que algunos embozados, ocultos

tambien entre los árboles, espiaban los alrededores de vuestro palacio; los juzgué enemigos nuestros, y claro es que me quedé, en union del único compañero que me ha seguido.

—¿El de las pistolas?

—Sí, señor.

—¿Es vuestro segundo?

—El mismo.

—No le veo.

—Le he mandado retirar.

—¿A dónde?

—A la parte afuera de esa tapia. Nuestra entrevista no debe tener testigos.

—Proseguid.

—Más de dos horas permanecieron aquellos hombres como mudas estatuas; llegó otro por diferente sitio, y uno de los ocho se corrió, quedando detrás del que acababa de venir.

—¿Desde dónde observábais, pues ninguno de los nueve os veia, siendo vosotros dos?

—Nos subimos á un árbol.

—¡Idea peregrina! Continuad, que el relato es algo más que verosímil y me va tranquilizando.

—Ya me dolia el cuerpo de las muchas posturas en que estuve, todas incómodas y molestas, cuando vi salir á vuestros amigos. Entónces avanzó el recien venido y detrás uno de los ocho; más tarde sacó el primero una lira y cantó; luégo oí carreras y desaparecieron los nueve, sin que me fuera dable, por impedírmelo la distancia y la espesura de los árboles, ver el sitio á que se dirigian, quiénes eran, ni qué se habian propuesto. Nos bajamos, no obstante; anduvimos en diferentes direcciones, pero á nádie volvimos á ver. Como hallé cerradas las puertas de vuestro palacio y lo suficiente sólidas, juzgué si habrian entrado por el jardin con intenciones siniestras, y asalté yo tambien esa tapia; mas cuál sería mi sorpresa al encontrar, en vez de nueve traidores ó asesinos, un ángel lleno de candor y de hermosura que paseaba con la mayor tranquilidad.

El hábil relato de Osorio, su sosiego y sangre fria, y la fuerza que daba á sus frases, desterraron del conde toda sospecha; le tendió una mano, y estrechándosela con afecto, le dijo:

—Sois todo un hombre; y en verdad que vuestro valor, sagacidad y conducta, merecen que os perdone el susto que me habeis dado esta noche, y que os contemple con asombro. Muy bien, amigo mio; la eleccion del embajador no pudo ser más digna, ni acertó á mandaros en momento más crítico.

—Gracias, y sabed que no debia presentarme á vos hasta mañana.

—Lo supongo, y aplaudo la casualidad que me ha proporcionado conoceros doce ó más horas ántes de lo que vos queriais. Decidme, ante todo: ¿qué es del terrible duque del Imperio, el cual ha debido llegar á la vez que vosotros?

—Ese mal llamado *invencible* no está ahora en Nápoles; sólo se encuentran allí el marino Roch y el maestre Zalla, que le seguian.

—¿Luego vosotros?..

—Conde, esos seis hombres me pertenecen en cuerpo y alma; por consiguiente no debeis cuidaros de ellos para nada.

—Ya sé el encargo que traeis; mas su llegada pudiera desbaratar nuestros planes.

—¿Un hombre sólo?

—¡Es tan sagaz, tan hábil, tan valiente! vale más que su padre; y cuidado, que conocí al conde de Arahal, y me consta lo terrible que era.

—Debo deciros, para que os tranquiliceis, que hemos bastado nosotros seis para probar en su dia que exageró la fama de ese caudillo tan renombrado.

—¡Le habeis muerto!

—No; pero os juro que no hará en lo sucesivo otra cosa que aquello impuesto por mi voluntad.

—¿Lo prendísteis?

—Tan sujeto á mí se halla, que es muy fácil se me escape, tanto como tocar al cielo con la mano.

—¿Dónde le teneis?

—Muy cerca.

—Quisiera verlo; si me lo permitiérais, nada podria negaros en el resto de mi vida.

—Cumpliré vuestro deseo.

—Mejor pensado, creo, amigo mio, que debiais matarlo.

—No; por ahora me conviene que viva. ¡Si supiérais lo que nos interesa hoy su salud!

—Cuidado con él; temedlo mucho, que le inspira Lucifer.

—Y á mí la Providencia, que puede más que el diablo.

—Perdonad, os tengo en medio del jardin, y en verdad que estoy faltando á todas las consideraciones...

—Al contrario; aquí nádie puede oirnos, y en vuestra casa sí. Conde, quitadme un peso, si podeis, que hace rato me está abrumando.

—Con mucho gusto; ¿qué deseais?

—¿Sabreis decirme quiénes eran esos nueve hombres?..

—Sí, señor, y no os apureis por tan poca cosa. El uno es un pintorzuelo que concibió la loca pretension de enamorar á mi hija.

—¿A Angelina?

—Sí; os hace reir la idea, ¿es cierto? Por esa causa mandé á los ocho hombres que componen nuestra policía que le dieran una leccion.

—Dudo que lo hayais conseguido, pues vi al cantor que corria como un corzo. Le espiaron bien, pero al sorprenderle dió un salto, y creo que huyó.

—Posible es que los mios le alcanzaran.

—No lo sé, pues ya os dije que desaparecieron todos de mi vista, si bien iba delante el apasionado de vuestra hija.

—Volviendo á lo que nos interesa, cuando gusteis os probaré lo bien que empleamos el oro inglés y lo cerca que se halla el momento deseado.

—Al venir á vuestra casa sabía ya que trabajábais y que Inglaterra no debe tener queja de vosotros.

—En esa misma idea están los dos agentes que cuenta aquí la Gran Bretaña, y ántes de veinte dias todo habrá concluido para nuestros enemigos.

Todavía continuaron hablando media hora el conde y Osorio; el segundo demostraba por centésima vez su astucia, sagacidad y sangre fria, y el gran partido que sacaba siempre de los descuidos de sus enemigos y documentos que les hallaba; en cuanto á Vignati, entraba poco á poco é insensiblemente en la admirable red que le iba tejiendo el más gentil y diestro de los *invencibles*.

Se despidieron, y rehusando Osorio todos los ofrecimientos del conde, trepó por el árbol, y desde el caballete descendió por la escala á la parte afuera del jardin.

Ros le aguardaba al pié de la tapia; descolgó su escalera de cuerdas, y cogiendo la lira del pintor, desaparecieron, internándose en la espesa arboleda.

CAPITULO XIII.

Desde el palacio á la cabaña.—Romanza de otro género.— Orsola.— Busato, Osorio y Augusto.

Internados el duque y Ros en el bosque, se detuvo el primero, diciendo al segundo:

—Sube á ese árbol y observa el palacio, no perdiendo la más leve circunstancia.

Así lo hizo el criado, guardando Flaviano profundo silencio, hasta que aquél bajó, y le dijo:

—Señor, no se ve á nádie en el edificio, jardin ni contornos.

—Muy bien.

—¿Qué pensais ahora?

—Es indispensable que te vuelvas á tu portería; duermes, y mañana haz lo posible por hablar sin testigo alguno con Angelina; ¿podrás conseguirlo?

—Creo que sí, señor.

—Le dices que eres criado de Don Jacobo de Guzman, y que has ido allí con objeto de averiguar lo que su padre dispone respecto de ella, para avisarme y evitar yo la desgracia

que pueda amenazarle. Puesto de acuerdo con ella, lo cual te será muy fácil, observa quiénes entran y salen en la habitacion del conde, con todo lo demás que te se ocurra relativo á los conspiradores.

—Perfectamente, señor. ¿Qué intentamos respecto de ese infeliz pintor?

—Empieza á amanecer y corro á salvarlo.

—Más vale que os siga...

—No es necesario; para un asesino ni diez no me haces falta. Me acompañas hasta la casa, y te vuelves inmediatamente para evitar que despierte el portero y te eche de ménos. ¿Te habrá reconocido esta noche alguno de los criados del conde?

—Imposible; sólo vieron los cañones de mis pistolas.

—En marcha.

Sin dejar la arboleda caminaron ámbos en direccion de la morada de Busato.

A los diez minutos se detuvo el duque, preguntando á Ros:

—¿Es aquel edificio?

—El mismo.

—Retírate y déjame solo.

—Corro á mi portería.

—No tardes, y que Dios te proteja.

—Él os acompañe y guie, mi amado general. ¡Mala noche, señor, mala noche! Cuando su mano se deslizaba entre las vuestras y yo bailaba de contento sobre el caballete, apareció el demonio...

—¡Bribon! te voy á arrancar la lengua si vuelves á pensar mal de ese ángel y de mí.

—Todo lo contrario, amo mio; sólo imagino ver en ámbos dos tórtolas que lleguen á ser con el tiempo el asombro de los amantes.

—¡Ros!..

—Basta, señor, basta con el Vesubio; no es preciso que vuestros ojos se conviertan en volcanes. Hasta luégo.

Y desapareció sonriendo maliciosamente.

Osorio lo vió partir, y acto contínuo se dirigió con cautela á la casa de Busato.

Era aquella pequeña, de un solo piso, de negra fachada y mal aspecto. Cabañas existian, no muy léjos de allí, mucho mejores, si bien tenía ésta la ventaja de estar situada en una eminencia que formó la lava siglos atrás, y desde cuyo sitio se dominaba á Nápoles y un rádio extensísimo. Su aislamiento, situacion topográfica y demás circunstancias interior y exteriores, eran tan necesarias para Busato como la vida.

El duque la reconoció detenidamente á la luz del naciente sol, miró luégo por la cerradura, prosiguiendo así hasta que oyó el ruido de una ventana que acababan de abrir. Entónces se retiró, y emboscado entre los altos tallos de un viñedo, observó. Desde allí no tardó en ver el rostro de una napolitana del pueblo, jóven, morena, con ojos negros y un conjunto agradable.

—Muy bien,—dijo para sí;—esta debe ser la mujer, manceba ó hija del sicario.

Y quedó mirando con más atencion que nunca. Un cuarto de hora más tarde se abrió la puerta y apareció la napolitana, llevando una cesta en el brazo izquierdo. Ya fuera, echó dos vueltas á la llave y se la guardó en el bolsillo, encaminándose hácia un caserío, distante de allí cerca de un cuarto de legua.

Osorio la dejó que descendiera al llano, y cuando empezaba á atravesar la espesura, abandonó su viñedo, corriendo en direccion de aquella mujer, hasta que logró detenerla, para lo cual le bastaron cinco minutos.

—Oye, amiga mia,—le dijo;—soy forastero y me he perdido entre estos árboles. ¿Quieres decirme dónde me hallo?

La jóven le miró con recelo y osadía, contestándole:

—¿Quién eres?

—Un soldado.

—¿Español?

—Sí.

—Dicen que se os debe negar hasta el agua.

—Mal te han aconsejado; pero unos ojos tan negros y rasgados, un rostro tan bello y un conjunto tan gracioso, no puede pensar eso de los hombres que son fieros entre sí, pero tiernos y galantes con las mujeres del universo.

—¿Por qué me mirais de ese modo?

—Me fijé en el sol de Nápoles, y quedó herida mi vista por sus ardientes rayos.

—¿Me aguardabas para decirme eso?

—No; me dirigia á Pórtici, y perdido entre estos árboles, te pedí un auxilio, que ingrata me niegas.

—Me aconsejan hace tiempo que huya de vosotros.

—Te engañaron, que los españoles jamás fuimos temibles para las hijas de Nápoles; ellos hablan mal de nosotros porque somos más valientes, mucho más fuertes é infinitamente más galantes.

—¿No deseas otra cosa que las señas de Pórtici?

—Con esa sola intencion te detuve; pero al ver tus ojos, talle y rostro, me olvidé del encargo que me llevaba allí, apoderándose de mi cerebro otra idea muy diferente; de darme tú lo que pide mi deseo, no sería el camino de Pórtici sino el de la felicidad. ¿No has amado á ningun hombre?

—No.

—¿Cómo te llamas?

—Orsola. ¿Y tú?

—Yo, Jacobo. ¿Te han requerido de amores?

—Tampoco. Vivo con un hombre tan temible y tan conocido en la comarca, que mataria al atrevido que me hablara de eso sin su permiso.

—¿Quién es ese leon?

—Mi hermano.

—Entónces, debe apellidarse Busato.

—¡Tambien le conoces tú! Hasta los extranjeros le temeis.

—¡Oí decir que era terrible, que te castigaba mucho!..

—Es verdad.

—Pero á mí no me asusta ningun hombre. En prueba de ello, repito que eres hermosa y que mereces otra suerte diferente de la que te proporciona tu hermano.

—Jacobo, tu mirada abrasa, y siento un mareo, una cosa que no sé explicar.

—Te lo quitaré si dejas tu mano entre las mias. Así. ¡Qué bella eres! Una mujer como tú, debiera huir de entre las cenizas de ese volcan, ver tierras y correr el mundo; los hombres entónces te llamarian hechicera; las mujeres te mirarán con envidia, y nada te podria negar tu fiel compañero.

—¡Qué lenguaje tan particular! Vete á Pórtici, español.

—Eso queria; pero ya no puedo, napolitana; si te admiran mis palabras, á mí me encanta, me atrae, me sujeta tu belleza.

—Si mi hermano lo sabe, te mata.

—¡Locura! Llevo peleando con los hombres quince años, y todavía no me venció ninguno. ¿Deseas que hable con Busato?

—Sí.

—Pues dame esa llave, que infiero será la de tu casa, y ahora mismo le diré quién eres, quién soy, lo que quiero y lo que tú anhelas.

—Suelta mi mano, que queman las tuyas.

—¿Me das la llave?

—¿Y si mueres?

—¿Por qué, si le voy á demostrar que eres digna de mi amor, del suyo y de la estimacion de cuantos te contemplan?

—No importa; caerá sobre tí como un tigre.

—Le sujetaré, y será la centésima fiera que he domesticado en el mundo.

—Si lo consigues, me castigará con más crueldad que nunca.

—¿Pretende, por ventura, encerrarte en un convento?

—No; pero se opone á que hable con los hombres.

—En parte, no le falta razon; la generalidad son malos, mas yo le probaré que valgo más que él, y entónces accederá á mi deseo.

—¿Qué piensas, soldado?

—¿No te lo dicen mis ojos? ¿no lo adivinas?

—¡Ay! ¡si lograses separarme de él!

—Ayúdame tú, y acaso lo consiga.

—¿De qué modo?

—Dame esa llave; haz tus compras; tarda dos horas en volver, y al regresar á tu casa será otra tu suerte.

—¿Me lo juras?

—Te ofrezco hacer lo posible.

—¡Tiemblo! pero tu mirada, tu acento... ¿qué me has dado, español?

—Nada, hechicera mujer; te he dicho la verdad, y has empezado á conocer lo que vales. Tu hermano no es tu padre, ni nádie le concedió derecho á que te convierta en vil esclava; los golpes que te da son infames; su conducta para contigo es la de un miserable, y tú no debes consentir que continúe siendo tu tirano. Dios, hija mia, te ha dado libre albedrío y una hermosura con la que puedes hacer la felicidad de un hombre, el cual, amante y agradecido, te defenderá de él y de todo el que intente molestarte. Ama, sé amada, y comenzarás á vivir; el dia que abandones la morada de tu hermano, saldrás del infierno y te encontrarás en el paraíso.

—Todo eso me digo yo, de otro modo, porque tú hablas mejor, y creo que es la verdad. No me engañas, ¿es cierto?

—Sí; te aconsejo quieras al primer hombre que llegue á tí con buena intencion, procurando emanciparte lo ántes posible de esa fiera á quien llamas hermano.

—Te prefiero á tí; toma la llave.

—Pudiera suceder que más adelante, al conocerme mejor, no te gustase tanto; si sucede así, fíjate en otro, huye de la pantera, ruega á Dios que mejore tu suerte, y no te humilles ante un hombre que no tiene derecho alguno sobre tí. Si continúas tímida, si no te revistes de un valor que iguale á tu hermosura, serás una flor pisoteada y marchita que agostará la soberbia y maldad de Busato.

—Parece que me prestas valor; tus palabras me han abierto un mundo que no conocia. ¡Oh, mi suerte va á cambiar muy pronto!

—Hija mia, recuerda que hay un Dios; que Lucifer inspira á tu hermano, y que la Providencia te amparará si eres buena y le pides con fervor. La educacion que estás recibiendo se opone á estas ideas; mas no olvides que para salir del infierno y entrar en el mundo es preciso variar de todo, de todo.

—No me deja ni áun que vaya á la iglesia, como mi madre me aconsejó ántes de morir.

—Lo creo; pero tú puedes hacer lo que quieras; y puesto que no eres mala, te conviene huir de su lado lo más pronto posible.

—Llévame contigo; te prometo que no has de tener queja de mí.

—¡Yo!.. Haré por tí lo que el destino me permita; ¡pero como soy soldado y no me es dado casarme!.. Hija, no olvides mis consejos; yo veré á tu hermano ahora mismo, y sea conmigo, con otro, ó sola, procura huir de su lado. Cerca de aquí está Nápoles; allí encontrarás sacerdotes que te guiarán bien y te defenderán; ¿comprendes?

—Sí; empiezo á ver claro y va á cambiar mi vida. Sigue este mismo sendero, que él te llevará á la casa; es aquella que se ve por encima de las copas de esos árboles.

—Adios, Orsola.

—¿Cuándo te volveré á ver?

—No lo sé; acaso cuando vuelvas, y si no, cuando la Providencia lo tenga á bien. No olvides nada de lo que te he dicho.

Osorio estrechó su mano con cariño, y desapareció, llevando en su rostro la marca del sentimiento. La jóven inclinó la frente, permaneciendo algunos minutos sin vista ni oido; luégo alzó la cabeza, y no distinguiendo al soldado, limpió las lágrimas que se agolparon á sus ojos, y prosiguió su camino en direccion del caserío inmediato, triste y ensimismada.

El duque llegó á la casa de Busato, y aplicó el oido en una

de las dos rejas que tenía aquella; después sacó una pistola de las dos que llevaba debajo de su tabardo, y acercándose á la puerta, abrió, cerrando inmediatamente por dentro. Quedó á oscuras, y fué palpando hasta que dió con una ventana, la cual bien pronto le prestó la luz que necesitaba.

La vivienda en que se hallaba nuestro *invencible* tenía cuatro habitaciones: la entrada, que hacía las veces de sala; dos cuartos á derecha é izquierda, la cocina enfrente, y detrás de ésta el corral. Se hallaban divididas unas de otras por gruesos tabiques, y se comunicaban con groseras puertas, en cuya construccion sólo se tuvo en cuenta la solidez; la que daba al patio, como la de la calle, tenían barras de hierro por la parte interior.

Flaviano reconoció la entrada ó sala; luégo el cuarto de la izquierda, que era el de Orsola; después la cocina, y últimamente quedó parado frente al cuarto de la derecha, diciendo para sí:

—En esa habitacion debe encontrarse Busato; es indudable que duerme, cuando no dió señal alguna al ruido que hice en la puerta y ventana. ¿Dónde esconderá á mi pobre Vitali? Probablemente lo tendrá en su alcoba. Veamos.

Montó la pistola, y alzando el picaporte, vió con placer que la puerta cedia.

—Poco precavido encuentro al sicario, y no me extraña, toda vez que al malvado sólo le inspira Lucifer, y el diablo debe andar muy ocupado por este país.

Con la precaucion conveniente asomó la cabeza entreabriendo cada vez más la puerta, para que la luz presentase á su vista los objetos que encerraba el cuarto. Lo primero que contempló fué espadas y puñales esparcidos sin órden, una partesana, cuatro sillas y mesa con recado de escribir; después se fijó en la cama, que estaba á la izquierda, sobre la cual dormia Busato.

—Bien,—exclamó el duque;—hé aquí un hombre que daria la mitad de su vida por poder hallarse delante de mí como yo

estoy ahora frente á él; pero es muy difícil que á mí me sorprenda, y él.... lo que es á él me ha costado bien poco encontrarle privado de toda defensa. Pero, ¿y el pintor, dónde lo habrá encerrado? El me lo dirá.

Acto contínuo se guardó lo pistola, dirigiéndose al lecho de aquel feroz polizonte de los conspiradores de Nápoles.

Con su calma habitual, sin promover ruido alguno, se fué poco á poco acercando al lecho de Busato hasta pegarse á las sábanas.'

—Sueño profundo, pero intranquilo y desasosegado,— dijo.— Cometió esta noche un delito punible, y por única precaucion dejó á su lado un largo puñal. ¡Buena hoja, pardiez!

Y se lo quitó, uniéndolo á las restantes armas que se hallaban esparcidas por la habitacion, todas las que juntó y puso en uno de los rincones más distante del dormido. Luégo se aproximó nuevamente á la cama, gritando:

—¡Arriba, canalla! por la noche robando y por el dia roncando.

El sicario se movió, sin que demostrase haber despertado. Entónces Flaviano le quitó la ropa que le cubria, y cogiéndole de la parte superior del brazo izquierdo, lo levantó en alto, añadiendo:

—¡Maldito, contesta!

Y lo arrojó contra la pared.

Busato abrió los ojos por fin, vió á un desconocido que le amenazaba, y quiso coger el puñal para clavárselo; pero cuál sería su sorpresa al encontrarse indefenso y delante de sí á un soldado español que le miraba con ojos de fuego. Quedó, pues, encogido, boca abajo y en la postura que adopta la pantera cuando va á dar el salto sobre su víctima.

—¿Quién eres?—preguntó al duque.

—Para el asesino ó malvado, la muerte; para el infeliz que llora sus desgracias, la Providencia. Juzga tú ahora lo que seré para tí.

—¿Vienes solo?

—Sí; pero de hombres como yo basta uno para los ocho compañeros que sorprendieron anoche á mi pobre pintor y se lo trajeron aquí.

—¿Cómo has entrado? ¿Por qué me despiertas? ¿Qué pretendes de mí?

—Uso contigo la misma conducta que tú empleaste con Vitali.

—¿Me vienes á prender?

—Eso dependerá de las circunstancias; acaso mueras.

Al oir Busato las últimas frases de Osorio, retiró de pronto la ropa con que se cubrió nuevamente y se arrojó sobre él, pretendiendo matarle con las uñas y la boca. Se convirtió en tigre, cuyas garras y mandíbulas enseñó al leon que tenía delante.

El duque, que no tenía por costumbre rehusar luchas de ningun género, recibió al sicario en actitud conveniente, y comenzó entre ámbos una pelea parecida al *pugilato* inglés.

El puño de Flaviano chocó tres veces en el rostro de Busato; retrocedió éste al sentir el último golpe, vaciló, y su poderoso enemigo, que era mucho más diestro, hábil y fuerte, aprovechó aquel instante de aturdimiento en su contrario, para cogerle de la garganta, tumbarle y pisotear su faz.

Vencido ya el polizonte, acobardado y vertiendo sangre por boca y nariz quedó sin accion ni movimiento, en tanto que el duque se echó atrás, y sentándose con calma, le dijo:

—Límpiate el rostro, cubre tus carnes y acércate, que te voy á examinar.

Busato no se movió; estaba sin sentido ó el pánico le aterró más de lo que creia su valeroso contrario. Este sacó en consecuencia una pistola, y dirigiéndole la boca del cañon, le dijo:

—Si no obedeces tiraré al blanco, sirviéndome de punto tu frente.

Y fué á montar el arma; mas su descompuesto enemigo se incorporó de pronto, contestando:

—Retira ese instrumento fatal; haré lo que quieras, pero no me mates.

Sin soltar ni esconder la pistola, añadió el duque:

—Eso deseo; pero abrevia, porque si no...

—Ya lo hago; espera un poco, que no tardo nada.

El arma de fuego en manos de un soldado, causó en Busato una impresion terrible.

—¡Quién es este hombre,—decia para sí,—que usa pistolas como los grandes señores y que tiene más fuerza que un rudo montaraz!

Y trémulo, aturdido, se ponia las calzas del revés y seguia vistiéndose con un desórden que patentizaba lo terrible de su estado.

Osorio le miraba con calma; sonreia, y cuando le vió concluir, le dijo:

—¡Alto! No dés un paso en direccion del sitio donde están tus armas, porque esta bala...

—Basta; no me muevo; baja ese cañon.

—No; está bien así; tiene dentro una onza justa de plomo, la cual está empeñada en saber lo que se esconde en tu corazon ó en tu cerebro; quiere visitar á uno de los dos, y habrá de darle gusto si tardas ó vacilas en obedecerme.

—Retira ese arma y pregunta lo que quieras.

—Déjola así, mientras te interrogo. ¿Dónde escondes á Vitali?

—No sé quién es...

—Entónces sabrás morir,—y le apuntó al corazon.

—¡Por Dios!..

—Habla.

—¿Qué me preguntas?

—Por un pintor que requeria de amores á la hija del conde, y tú, anoche, seguido de siete compañeros, le sorprendiste villanamente y lo tragiste aquí.

—Cierto; obedecí la órden de mi señor el conde Vignati.

—Entrégamele.

—Aunque me mates no puedo.

—¿Por qué?

—Se lo llevaron mis amigos.

—Mientes por segunda vez, y á la tercera mueres, Busato. Es la única advertencia que te hago. Oyeme: te encargó Vignati que te apoderases de él para sólo darle una terrible leccion, siendo así que su delito no era otro que el amar á la bella Angelina. Tú le obedeciste por cariño al oro, y lo retienes aquí, esperando que te diga tu jefe qué haces con él; éste no sabe aún que lo has preso, porque á la hora en que verificaste la sorpresa estaba muy ocupado, y comprendiste que no era ocasion de hablarle. Esa es la historia; escucha ahora mi proposicion: te daré por el preso mayor cantidad que la recompensa ofrecida por Vignati; le dices á aquél que el amante de su hija se escapó, gracias á la inimitable ligereza de sus piernas, y queda la verdad escondida en el misterio. Esa es mi oferta; si no la aceptas, te mato, y cuando regrese tu hermana Orsola me lo llevaré de valde: elige.

—¿Qué te propones, hombre incomprensible?

—Vas á saberlo. Anoche estaba muy cerca del conde, ocupándome de ciertos asuntos...

—¿Luego ese traje es un disfraz?

—Sí.

—¿Sois caballero y de los nuestros?

—Claro está.

—Pero yo no os conozco.

—Vine hace poco de España con poderes que me hacen superior á Vignati.

—¿Y qué teneis que ver con ese pintor?

—Mucho; mi padre debia al suyo poco ménos que la vida, y yo quiero pagar al hijo deuda tan sagrada; por consiguiente, desde que llegué me he declarado en secreto su protector.

—¿Quién dijo que lo sorprendí y me lo traje á esta casa?

—Mi criado que le siguió anoche y vió cuanto hicísteis con él.

—Ahora todo lo comprendo; y siendo vos de los nuestros varía la cuestion. ¿Por qué me pegásteis ántes, sabiendo lo necesario que os soy?

—Quise probarte que tengo más fuerza, más valor y más entereza que tú, para que dedujeses que venía decidido á arrancarte el preso, con el cañon de mi pistola ó con mi bolsillo.

—¿Cómo entrásteis hasta aquí?

—Quitando á tu pobre hermana la llave de la puerta.

—¡Espiásteis mi casa!

—Desde que me despedí del conde y supe lo ocurrido, no hice otra cosa que procurar la salvacion del hijo del amigo de mi padre.

—Mucho le estimais.

—Somos los españoles muy religiosos en eso de pagar deudas.

—Un hombre como vos sería temible teniéndolo por enemigo.

—Yo lo creo.

—¿Qué me dais por el prisionero? Perdonad; como no os conozco...

—No es eso, Busato; consiste en que deseas, con razon, que tus servicios tengan la debida recompensa. Si fueras contrario mio, te mataba, y negocio concluido; pero me consta que eres muy útil; yo dispongo de mucho oro inglés...

—¡Ah!..

—Y si te pones en razon, ganarás en el cambio, y ámbos quedaremos amigos.

—¿Cuánto me dais por el pintor?

—¿Qué te ofreció el conde?

—Cincuenta ducados para mi gente y para mí.

—Ahí tienes ciento.

Y le alargó un bolsillo, que Busato abrió.

—Cuéntalos.

—No es necesario; el color y el peso me dicen que es la misma cantidad.

—¿Te venderá alguno de tus siete compañeros?

—No, señor; les diré que se me ha escapado de casa, y con paga doble, de mis ahorros se entiende, y la punta de mi puñal, coseré sus labios. Sólo temo la ira del conde.

—Mal hecho; te necesitamos ahora más que nunca, y como el pintor no ha de volver á rondar sus jardines...

—Eso último es indispensable, si deseais que no me vea obligado á sorprenderlo otra vez.

—Está seguro que no volverá á cantar.

—¿Cómo arrancásteis la llave á mi hermana?

—Ya te dirá lo ella, y no la culpes de nada, que quien te ha hecho besar la tierra habrá podido con facilidad sorprender y quitar un pedazo de hierro á la inocente Orsola.

—¿Me jurais que esto no tendrá consecuencia funesta para mí?

—Sucederá lo contrario, toda vez que has ganado el doble, y me interesa cási tanto como á tí guardar el secreto.

—Entónces, pasad á esa otra habitacion, y en breve os entregaré mi prisionero.

—No, Busato; hasta que me marche con él no quiero perderte de vista un solo instante.

—¿Desconfiais de mí, después de las explicaciones que han mediado?

—¡Qué locura! Pero necesito además de salvar á mi pobre protegido saber quiénes sois los napolitanos que gastais el oro inglés y el español sin tasa ni medida.

—Eso está muy bien y lo creo, mas es el caso que se trata de un secreto que no he confiado á nádie todavía.

—A eso he venido justamente á Italia, á descubrir secretos.

—El que me pedís no puedo confiároslo; depende de él mi salvacion, y á la verdad, no soy aficionado á vender mi vida.

—Si prefieres una muerte segura por la que supones probable lo conseguirás fácilmente. Con esta pistola; así...

—¡Otra vez el cañon fatal! Bajad ese arma.

—Busato, tu secreto se reduce á una trampa que tienes en esta habitacion, la cual da paso á la cueva donde se oculta mi protegido; y una cosa tan sencilla no merece que te mate; con que...

—¿Quién os lo ha dicho?

—Se deduce de tus frases, y lo comprueba el entarimado de esta alcoba; creo, además, que está el resorte debajo de tu cama.

—¡Maldicion!

—¿Por qué te desesperas; no conoce Vitali tu secreto; qué más te da que yo lo sepa?

—Ese canalla, que en mal hora sorprendí, llegó con los ojos vendados é ignora dónde está, ni queria yo que lo averiguase nunca.

—Busato, me voy convenciendo que no vales ni sirves para nada. Si triunfa la revolucion, el jefe de la policía de Vignati se irá á vivir á Nápoles, inutilizando para siempre esa trampa; si por el contrario vencen los españoles, ¿dónde te meterás que ellos no dén contigo?

—Marcharé á Suiza.

—En ámbos casos de poco te vale el secreto.

—Sí, pero entretanto...

—Basta ya de necias contestaciones, torpe sicario, mal polizonte; veo que para nada sirves, y ahora mismo te mato si no me das á Vitali.

La cara del duque se enrojeció, preparó la pistola, y fué á disparar; mas Busato le contuvo, diciendo:

—¡Deteneos, por la santa causa que defendemos! Ved mi secreto.

El sicario retiró su cama, y sacando un clavo, que parecia sujetar la union del entarimado, facilitó á aquél que levantase la trampa, por la cual se bajaba á una cueva hecha *ad hoc* con arte y disimulo.

Osorio miró, y no distinguiendo nada, dijo á su aturdido contrario;

—Enciende una luz, y baja delante de mí.

Así lo hizo aquél, hallándose al poco tiempo en un estrecho subterráneo. Sobre un poco de paja se hallaba tendido Augusto, durmiendo tranquilamente y demostrando con su sueño fortaleza de corazon y ningun miedo á la muerte.

—¡Bien!—exclamó el duque.—Repara, Busato, en el sosiego de mi protegido; tú no dormirias como él, preso y entregado al capricho de tus enemigos.

—Es verdad; oí decir que su padre fué un capitan muy valiente.

—Y su heredero te aventaja á tí y á los tuyos, segun puedes ver. Si á los veinte años de edad hace esto, juzga lo que llegará á ser el que tan villanamente sorprendísteis anoche.

Y alzando la voz, añadió:

—Augusto, amigo mio, despertad.

El pintor abrió los ojos, exclamando:

—¡Esa voz!.. ¡Ah, sois vos, mi querido protector! ¿Por qué os exponeis de ese modo, cuando tanto valeis y cuando yo para nada os sirvo?

—Acercaos y estrechadme. Vuestro tranquilo sueño me prueba que teneis la ardiente sangre del famoso capitan Vitali, y eso acaba de haceros digno de mi aprecio, amparo y proteccion. Id delante, y desde este momento, ¡ay del que ose alzar la mano al hombre que yo defiendo! Vé detrás, Busato, y alumbra bien.

Los tres volvieron á la alcoba del sicario, é incorporándose Flaviano con el pintor, le dijo:

—Tomad vuestra espada, que será una de las que veis en ese rincon, y esta llave, con la cual abrireis á la hermana de Busato, si llama. Interin llega ó salgo yo, asead un poco vuestro traje en esa habitacion contigua, donde me esperareis.

Y cuando hubo salido aquél, buscó el duque con la vista al polizonte, hallándole ocupado en echar la trampa y cubrirla con su cama.

Al acabar, exhaló un suspiro, diciendo á Flaviano:

—Lográsteis de mí lo que ningun otro hombre; vuestro acento, desmedido valor y esa fatal pistola, me hicieron temblar y sucumbir de un modo que no me explico.

—Ni hay necesidad; guarda el secreto y sé cauto, Busato, que ya te conozco bien, y la más leve imprudencia te costará la vida.

—Aun cuando quisiera, no podria cometerla; en prueba de ello, os diré, pese á mi maldita estrella, que me impone vuestra mirada: me hace temblar el aliento que llega á mí, y os tengo, en fin, miedo; ¡miedo yo, que paso por el napolitano de más corazon!

—Lo creo, y no te extrañe; eso mismo sucedió á cuantos osaron contradecirme.

—¿Quién sois?

—Ya lo sabrás un dia no lejano.

—¿Pero es cierto que defendeis nuestra causa?

—Ya te lo dirán Vignati y los acontecimientos.

—Con un hombre como vos, todo se puede intentar.

—Nada quedará por hacer; mas sella el labio, Busato, que te va en ello la vida.

Y Osorio continuó imponiendo al sicario; después le trazó la conducta que debia seguir, y cuando oyó que llegaba su hermana, le dijo:

—Tengo noticia, y es público en Nápoles, que tratas á la pobre Orsola con una dureza impropia en los hombres de corazon. Esta mañana hablé con ella y es graciosa, amable, y no revela su frente maldad alguna. Busato, el hacer esclava á una mujer, el castigarla y obligarle, por último, á que sucumba dia y noche ante su propia debilidad, no es generoso, humano, ni digno de un sér que se juzga fuerte. Sólo el malvado obra así con la inocente á quien debiera amparar y defender.

—Me contesta, critica los actos de mi vida, y sólo calla cuando mi mano cierra su boca.

—Eso prueba que es buena, toda vez que se opone con

palabras á que tú sigas siendo malo. Busato, me declaro tambien su protector; y en el momento que llegue á mis oidos la noticia de que has vuelto á molestarla, lo pasarás mal, muy mal. Lleva tu sangre, tu apellido; haces para ella las veces de padre y te has convertido en señor; basta ya de tiranizar á quien debes proteger; y si no me obedeces, por el alma de mi madre, que esa mano derecha...

—No alceis la voz, que entró ya y nos puede oir; os ofrezco solemnemente tratarla con dulzura, y no dar á nádie derecho á que me reprenda por esa causa.

—Júralo.

—¡Por la memoria de mi padre!

—¡Ay de tí, si faltas á tan sagrada oferta! Busato, llevo conmigo el perdon y la muerte; olvida cuanto pasó hasta aquí; júzgalo un sueño, porque la más leve imprudencia...

—Lo supongo.

—Que el cielo te guarde.

—Él os defienda y proteja.

Salió Osorio, detrás el sicario, y llamando el primero á Orsola, se acercó á ella, diciendo:

—Tu hermano me ha dado palabra de ser para tí, en lo sucesivo, un padre; si lo cumple, respétalo, que al fin es hombre y mayor que tú; si no lo hiciera, entónces recuerda mis consejos y abandónalo inmediatamente.

—¿Te vas ya, español?

—Sí.

—¿Volverás?

—Probablemente.

—¡Cuánto me alegro!

—Adios, bella Orsola; no olvides que el cielo te ha hecho hermosa, y que puedes contribuir á la felicidad de un hombre.

Embozado el pintor y escondidas las manos de Osorio en los bolsillos de su tabardo, salieron ámbos de la casa de Busato, é internados en la arboleda, siguieron por ella en direccion de Nápoles.

CAPITULO XIV.

Noticia funesta.—Primera campaña de Zalla.—Para un conde italiano basta el aprendiz de un *invencible*.

Por el camino preguntaba el duque á su jóven protegido:

—¿Os han lastimado mucho esos sicarios?

—Bastante, señor. Sin embargo de que fuí sorprendido y quedé inútil para oponerles resistencia, todavía me duelen los brazos de los tirones que me dieron.

—Castigo que mereció vuestra imprudencia.

—Verdad es; recuerdo perfectamente que me mandásteis no salir de la arboleda; pero aquella tapia me atraia como el iman al acero. Juzgué que me iban á matar, y á no ser por vos, mi temor se habria realizado. ¿Cómo supísteis que fuí preso y encerrado en casa de Busato? ¿De qué medio os valísteis para salvarme?

—Escuché algo, adiviné lo demás, me ayudaron mis pistolas, y con el oro de mi bolsillo conseguí el resto. Básteos mis explicaciones, y sirva el hecho de ejemplo para no volver á cometer ninguna torpeza.

—Hubiera dado la mitad de mi vida por ver á Angelina, y me expuse á perderlo todo sin lograr nada. Mi estrella, señor, es tan negra como la capa que me cubre.

—Os comprometió vuestra impaciencia; yo hablé con ella largamente, me sorprendió su padre seguido de vários criados, y todo acabó amistosamente.

—¿Cómo la vísteis? ¿á qué feliz casualidad?..

—Canté, imitando vuestra voz; bajó al jardin; salté la tapia, valiéndome de una escala, y á los dos minutos estaba frente á ella.

—¿Qué dijo al desconoceros?

—Es más serena que vos, Vitali; al principio dudó de mis frases; pero le dije quién era, creyó, porque no es tonta, y tal fué su confianza en mí, que me alargó una mano, rogándome á la vez que la libertase del conde Ozelman.

—¿Me ama todavía? ¿se acuerda de mí?

—Más de lo que merecen vuestra insensatez y locuras.

—¡Qué dichoso me haceis! En adelante nada intentaré que no haya merecido vuestra aquiescencia.

—De lo contrario, Augusto, perdereis la novia y mi proteccion.

—Señor, la leccion que me dieron anoche ha cambiado mi sér, reformó mis ideas, y estoy seguro que me ha abierto un camino, por el cual seguiré desde hoy, sin que mi egida pueda abrigar la más leve queja de mí. Llamad en vuestro auxilio un poco de paciencia, y oidme, Don Jacobo: sorprendido anoche de un modo tan diestro, que me quitó toda accion, taparon mi boca y ojos, llevándome arrastrando hasta arrojarme sobre un monton de paja, donde caí sin fuerzas ni sentido. Por el camino me amenazaban con la muerte; sentia chocar en mis carnes las puntas de los puñales, y como si esto fuera poco, me llamaban raptor, miserable, villano y ruin *lazaroni*. Volví á la razon, y aunque me atormentaba el dolor de los brazos y piernas, sólo pensé en Angelina; sólo me afligia dejar la vida por perder á mi amada. Lloré, maldije mi suerte, y mis suspiros

se igualaron en cantidad á las lágrimas con que regaba el piso de mi calabozo. ¡Cuento sólo veinte años de edad, llevo sufrido tanto, y era tan cruel la muerte que suponia me aguardaba!.. La memoria de mi padre, no obstante, vino á reemplazar bien pronto á la de Angelina; traje á la memoria su valor y los consejos que me daba durante mi infancia, y fuí poco á poco tranquilizándome. Voy á morir, exclamé, y me alegro; la vida no es otra cosa que una carga molesta y pesada para los desgraciados; yo la perderé esta noche, y debo darme el parabien. Luégo recordé que era cristiano, pedí á Dios perdon de mis faltas, le supliqué que me amparase en aquel último y terrible trance, y me dispuse á perecer con la entereza y serenidad que pudo haberlo hecho el autor de mis dias. Así aguardé media hora; como nádie venía y mi conciencia estaba ya tranquila, llamé al sueño en mi ayuda y me quedé profundamente dormido. Vos me despertásteis; al abrir los ojos y contemplaros ya no admiré como ántes esa impavidez ni el irresistible poder que ejerce vuestra mirada; me parecísteis, sí, un hombre valiente y al que se debe imitar; pero no hallé en vos lo que me sorprendia tanto; en las seis horas que permanecí prisionero trascurrieron para mí diez años; cuando entré pensaba como un jóven de veinte; al salir, todas mis ideas son las de un hombre de treinta; mis hechos, señor, os confirmarán esta verdad.

—He gozado oyéndoos, Vitali,—le dijo el duque.—Si es cierto, como creo, lo que acabais de manifestarme, entónces veré en mi retrato el último que hagais; á vuestros pinceles reemplazará una banda de capitan, equivalente á aquella que los franceses agujerearon sobre el pecho de vuestro padre, y el esposo de Angelina será un dique del imperio español en Nápoles.

—¡Yo capitan!

—Sí.

—¿Qué méritos?..

—Sobran con los de vuestro padre.

—Sólo al rey, señor, le es dado otorgar esa gracia.

—Y á mí, que le represento en este país.

—Entónces sois...

—Don Jacobo de Guzman.

—A qué ocultarme, señor, lo que ya adivino, lo que más me enorgullece, si os amo tanto como á mi padre, si daria mi vida por vos, y al perderla bendeciré á la Providencia.

—Augusto, hemos entrado en Nápoles; continuad á mi lado, pero en silencio.

Poco después penetraron en la calle de Toledo, y algo más tarde en su palacio. Eran las ocho de la mañana.

Zalla y Roch estaban ya levantados, y en este instante, impacientes y temerosos por la continuada ausencia de su general, se armaban, con ánimo de correr en su busca, cuando les contuvo la voz de nuestro supuesto soldado, el cual les preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿A dónde vais con ese aparato?

—¡Buen rato nos habeis dado, señor! —contestó el maestre;—creimos...

—Alguna tontería; lo supongo. Os dije que no os cuidáseis de mí.

—Eso no puede ser,—replicó Roch.

—Pues yo os lo mando. En el agua, señor marino, os creísteis superior á mí; en tierra empezais ya á desobedecerme, y no debe extrañaros si desde hoy pongo coto á vuestra osadía.

—Ni en la mar ni fuera de ella habeis hecho otra cosa, mi general, que cumplir vuestro deseo; y si pensais que con la obediencia puede apagarse el interés y afecto que os debemos, estais equivocado.

—¿Ya me alzais la voz?

—Sí, y os prohibo en nombre...

—¡Silencio! ¿No veis á Vitali?

—Teneis razon; como estaba detrás, no reparé.

—¿Qué sucede en la galera *Trinidad?*

—Se trabaja, y esta noche quedará todo concluido.

—¿Sin que lo note ninguno de nuestros enemigos?

—Dadlo por hecho.

—Hoy, Zalla y Roch, comereis con Augusto y conmigo á las doce y á las seis; ocupad el resto del dia en vigilar á la *Trinidad,* pasear en mi carroza y lo demás que os agrade. Mucha cautela, señores, que el enemigo tiene ya noticia de nuestra llegada, y desde hoy os amenazarán los puñales de sus esbirros.

—¡Que vengan cuando quieran; los desafío á todos!

—Salid.

Solos el duque y Vitali, dijo el primero al segundo:

—Os quedan de pintor cuarenta y ocho horas; ¿podreis hacerme en ese tiempo un retrato que quiero mandar á Madrid?

—Sí, señor.

—Os advierto que es para el señor príncipe de Italia.

—¡Para vuestro!..

—Para mi señor.

—Eso queria decir. ¿Cómo lo deseais?

—De busto; estará de frente, mitad soldado y el resto Jacobo de Guzman. ¿Os atreveis?

—Daremos principio cuando lo tengais á bien.

—Ahora mismo; el insomnio, la mala noche y el polvo que me cubre darán más verdad al soldado. ¿Teneis dispuesto lo necesario?

—En la habitacion contigua; vuelvo al momento.

Media hora después, fijo el lienzo sobre el caballete y preparados los colores, empezaba Vitali la mitad del retrato de Osorio. A las doce almorzaron, y á la una volvieron á continuar, hasta las cuatro, que exclamó Augusto:

—He concluido con vos; ahora necesito á Don Jacobo de Guzman.

—Veo, amigo mio,—le contestó el duque,—que estampais en el lienzo con exactitud admirable lo que se presenta á vuestra vista; esperad y seré reemplazado por Don Jacobo.

El pintor continuó su trabajo, y el duque, auxiliado por el criado de Zalla, cambió su oscuro barniz por otro más claro,

y cubriendo sus carnes con traje de seda, volvió á la sala de armas, diciendo á su jóven protegido:

—Continuad.

—Podeis sentaros ya, pues no necesito que permanezcais más tiempo en pié. Dirigid la vista á la izquierda. Así. Si lo deseais, hablad.

—No; prefiero callar para que adelante vuestro trabajo.

De este modo prosiguieron hasta las cinco y media, hora en que empezaba á faltar la luz. Todavía, sin embargo, continuaba pintando Vitali, cuando fueron sorprendidos con la llegada de Ros, el cual, acercándose á su amo, le dijo:

—Señor, debo enteraros de un asunto importante.

—Cierra esa puerta, y di lo que quieras.

—Deseaba hacerlo sin testigos.

—¡Obedece!

—¡Ah! es el pintor. Contento se puso el conde cuando oyó al jefe de los esbirros que le decia con pasmosa serenidad: «Señor, ese maldito milanés corre más que el corzo y salta como la liebre; le sorprendimos bien, pero se convirtió en relámpago, y contra una velocidad como aquella no hay piernas posibles.» Vignati le apostrofó, llamándole imbécil y dando órden de que no volviera hasta que él le avisase ó prendiera al osado cantor. Cuando salia oí un golpe parecido al choque de la bota del uno con el trasero del otro.

—¿Dónde estabas tú?

—Detrás de una cortina.

—¿Muy cerca de Busato?

—A tres varas, poco más ó ménos.

—¿Permaneciste mucho tiempo allí?

—¡Ay, señor! con algunos intervalos cási todo el dia.

—¿Hablaste con Angelina?

—Dos veces.

—¿Qué dice?

—Que sin la proteccion y el cumplimiento de vuestra oferta morirá de dolor.

—¿Qué es eso, Augusto, se os cansa la mano?

—No, señor; me va faltando la luz.

—Aún podeis continuar diez minutos; pintad, que á vos no os importa lo que hablo con mi criado. Prosigue, Ros, y cuéntame la causa de tu inesperada venida.

—Desapareció Busato del modo que os he dicho, permaneciendo el conde algunos minutos entregado á profunda meditacion; llamó luégo á un lacayo, encargándole que partiera inmediatamente en busca del conde Ozelman. No tardó en presentarse aquél, y hablaron de Angelina, demostrando el recien venido un amor hácia la hermosa jóven, mayor si cabe que el que le tiene ese pintor.

—¿Qué es eso, Vitali?—volvió á interrogarle Osorio.

—Nada, señor; se me cayó el pincel, pero ya lo he cogido, y continúo.

—¡Jesús! ¡qué sombra estais poniendo á Don Jacobo! Esa mitad parece más negra que la otra.

—Cierto; ahora le daré su verdadero colorido.

—Opino, amigo mio, porque el caballero va á salir peor que el soldado, y esto os va á desacreditar conmigo.

—Yo os probaré que os habeis equivocado.

—Prosigue, Ros.

—Cuando el conde Ozelman concluyó de pintar á Vignati la ardiente pasion que su hija le inspiraba, le dijo el segundo que de efectuarse la boda como él deseaba, le imponia la condicion de que habian de firmarse los contratos mañana por la noche, verificándose el enlace al siguiente dia. Como el novio no deseaba otra cosa, aceptó gustoso, y ámbos se vinieron en carroza á Nápoles, resueltos á dar los pasos convenientes para el logro de su intento.

—Muy bien. ¿Tienes algo más que decirme?

—Sólo me resta participaros que soy amigo íntimo de la camarera, que Angelina tiene confianza absoluta en mí, y que he simpatizado con la mayor parte de los criados y dependientes del conde.

—Vuelve á su palacio y permanece en él hasta mañana á estas horas, si algun otro acontecimiento grave no te obliga á venir como hoy. Te espero á las seis, y ocurra lo que quiera allí, no dejes de presentarte aquí.

Salió el criado, y dirigiéndose el duque á Vitali, añadió:

—Veo que habeis corregido las distracciones que tuvísteis ántes. Ahora va pareciéndose á Don Jacobo ese medio retrato. Bravo; así os quiero; sereno, impávido áun cuando os amenacen las mayores desgracias. Dejadlo ya, y vamos al comedor.

Indiferente, al parecer, el enamorado jóven á las terribles nuevas que concluia de oir, se sentó frente á su generoso protector, comiendo de cuantas viandas le presentaban, sin preguntar nada ni hablar por incidencia de Angelina ni de los conde de Vignati y Ozelman. Osorio le miraba con placer; le obligó á tomar parte en cuestiones políticas, le hizo reir, concluyendo por felicitarle en vista de la sangre fria que comenzaba á demostrar.

Terminada la comida, hizo salir el duque á los sirvientes, y solo ya con Zalla, Roch y Vitali, preguntó al primero:

—¿Vísteis al gobernador?

—Sí, señor, y me olvidaba participaros que desea hablaros.

—Que venga cuando quiera.

—Como rara vez se os encuentra en el palacio, le dije que podia presentarse á esta hora por ser la en que concluiais de comer hoy.

—Me alegro, pues yo tambien tengo necesidad de verle.

—Nos ha facilitado cuanto le pedimos, y el objeto de su visita debe fundarse en otra cosa muy diferente.

Momentos después avisaron á Don Jacobo de Guzman que le esperaba en el estrado la primera autoridad de Nápoles. El duque pasó allí, ámbos se estrecharon, permaneciendo más de una hora sentados y ocupándose, primero, de la revolucion que amenazaba y luégo del conde Ozelman. Terminada la entrevista salió el gobernador, en tanto que Osorio regresaba á la estancia donde le esperaban Roch, Zalla y Vitali.

—Muy bien, señores,—entró diciendo;—mañana por la noche nos embarcaremos los cuatro que estamos aquí, en direccion de Génova, si bien no pasaremos muy adelante por impedírnoslo aquel navío inglés, de que tan gratos recuerdos tenemos.

—Me alegro,—exclamó Augusto;—jamás he navegado, y por Dios que deseaba cruzar los mares y experimentar las emociones consiguientes.

—Os advierto, señor Vitali, que no vamos á emprender un viaje de recreo; se trata de un abordaje y de perecer todos nosotros ó de acabar con nuestros enemigos, que son muchos más.

—Lo celebro; tampoco conocia esas batallas, y lo anhelaba há tiempo.

—Jugará la artillería, las galeras se destruirán una á otra y el *zafarrancho* será completo.

—¡Bravo! Os voy á probar que no soy cobarde en tierra ni tímido en la mar. Sólo os ruego me permitais estar á vuestro lado durante la lucha.

—Concedido.

—Y tomar parte en ella.

—Estando junto á mí no hay otro camino que perecer ó pelear con mucha destreza y suerte.

—Gracias. Acepto lo último, y que Dios disponga lo demás.

—Mientras nosotros vengamos una terrible ofensa,—añadió el duque con intencion,—el conde Ozelman y Angelina Vignati firmarán los contratos de su boda.

—Cómo ha de ser; si vos lo permitís, tendré paciencia.

—Y al dia siguiente, en tanto que nosotros, caso de salir bien de la refriega, regresamos viento en popa ó de bolina, viendo las olas que se alzan ó las diminutas ondas que rizan caprichosas la superficie del Mediterráneo, vuestra amada, léjos de vos, obediente á la voz de su padre y sumisa á lo que le impone su destino, se postrará al pié del ara santa, pronunciando un *sí* que la unirá para siempre al rico y poderoso conde Ozelman.

El pintor cogió una copa de *lácrima* que tenía junto á él, y alzándola, exclamó:

—A vuestra salud, señor... de Guzman, y porque esa boda sea tan feliz como apetezcan los novios.

Y apuró aquella, quedando tan tranquilo y sereno como estaba anteriormente. El duque continuó:

—Pronto se apagó aquel fuego amoroso que convertia vuestro pecho en otro Vesubio napolitano.

—Desde ayer han trascurrido para vos veinticuatro horas; para mí diez años, señor don Jacobo; ya os dije ántes la causa.

—¿Dejásteis de amar, por ventura, á la bella Angelina?

— No; pero ahora lo hago sin aquel delirio que llegó á trocarme en insensato.

—Debe ser algo ménos todavía, á juzgar por la indiferencia con que escuchais la noticia de su boda con otro.

—Es que recuerdo á la vez la oferta de un caballero que jamás faltó á su palabra.

—¿Y si el honor de la patria se antepusiera á su deseo y le impidiera cumplírosla?

—Entónces lloraré en secreto, nádie lo notará en público, y siempre junto á vos, ahogaré en los combates la pena que intente destrozar mi corazon.

—¿Qué decís á eso, Zalla?—preguntó el general al maestre.

—Que me parece muy bien; el hijo del capitan Vitali va imitando á su padre, y este es el mayor elogio que se puede hacer de su conducta.

—En cuyo caso, y á fuer de buenos españoles, debemos nosotros amparar y proteger al heredero del que nació en Milan y pereció por España.

—Claro es,—dijo Don Alvaro.

—Os cojo la palabra, señor maestre,—replicó Osorio.

—Que sea enhorabuena.

—Me agrada vuestra conformidad, y os ruego que me escucheis: permaneceremos en Nápoles veinticuatro horas,

tiempo sobrado para que un hombre como vos impida la union del conde Ozelman y Angelina Vignati.

—Ya lo creo; con diez minutos tengo de sobra para darle una estocada.

—Entónces sólo nos falta un pretexto.

—Le insulto, si no basta, le pego, y si esto no fuese suficiente, lo arrojo por un balcon, y negocio concluido.

—Un maestre de campo, protegido de los *invencibles*, y valiente como pocos, necesita justificar todos los actos de su vida.

—¿Qué quereis decirme?

—Segun me acaba de participar el gobernador, el futuro de la hija de Vignati dijo esta tarde en público, que el marino Roch no merecia el renombre que debe á la adulacion de sus paisanos, ni Alvaro Zalla otra cosa que una partesana de sargento.

—¿A quién le contaba eso?

—A vários de sus amigos, entre los que se hallaba uno que lo era tambien de la primera autoridad de Nápoles. Se ocupaban incidentalmente de vuestro protector el duque del Imperio, el cual parece que fué muerto ó preso por seis malvados que le siguieron de Madrid. El amigo del gobernador condenó el hecho, asegurando que si habian llegado efectivamente Roch y Zalla, ellos vengarian tan indigna accion. Y ese fué el motivo que dió orígen á las palabras de Ozelman.

—¿Quién es el caballero que dió la noticia á la autoridad de Nápoles?

—Don Enrico Coppini, noble napolitano, el cual os espera mañana á las ocho en el palacio del que osó pronunciar frases tan duras é inexactas.

—Pues os digo que, imitando la cristiana conducta del padre Alberto, rogueis á Dios por su alma.

—Cierto,—añadió el capitan marino;—á la hora que ha citado Don Jacobo le buscaré, y luégo sabrá si mi fama es justa ó robada á la adulacion.

—Me toca á mí, señor cuñado.

—Me adelantaré yo, hermano.

—¡Te juro que no!

—¡Fío en Dios, que sí!

—¡No será!

—¡Lo manda el duque!

—¿Quién, el del Imperio?

Preguntó Vitali crispado de alegría, mirando á Osorio.

—He querido decir,—se apresuró á exclamar Zalla,—que lo requiere el hecho indigno de matar ó coger prisionero á mi noble protector.

—Pero de ámbas cosas, ¿cuál de ellas ha sido?—le interrogó Augusto;—porque si vos le acompañábais, debeis saberlo.

—Cierto; está prisionero.

—¿Y vosotros, por quien tanto hizo, permitís que continúe en poder de sus enemigos? Su padre protegia al mio, y yo, agradecido, lo salvaré. Decidme dónde está.

—Jóven,—contestó Don Alvaro con desden,—lo que no logremos Roch y yo será inútil que vos lo intenteis.

—Probaré.

—No conseguireis nada.

—Decidme el paraje en que lo esconden.

—Es un secreto que no podemos revelar á nádie.

—En ese caso, decido que siendo yo el rival de Ozelman, me corresponde darle la estocada que ha promovido esta cuestion.

Flaviano dejó que el pintor acosara á Zalla, viendo con la risa en los labios el apuro en que le habia puesto una frase escapada con loca impremeditacion; pero al llegar á esta parte del debate, terció en él, y dirigiéndose á Vitali, le dijo:

—Augusto, al duque del Imperio podrán matarle, pero nunca hacerle prisionero; sus enemigos creen lo contrario, fundados en una delacion falsa; y como á estos señores les conviene que se crea ese error, prestan su afirmativa, sabiendo, como yo, que el sexto hermano de los *invencibles* nos ha mandado á los

tres aquí presentes por no creer todavía necesaria su presencia.

—Triste es, para hombres como nosotros, que el destino nos obligue á ocultar la verdad en ocasiones dadas; pero nos hallamos conspirando, el enemigo es fuerte, se vale de todos los medios imaginables, y claro es que al descender nosotros al fango donde él se mueve, habremos por fuerza de teñirnos con una parte, áun cuando exigua, del cieno que le rodea. Deducid lo demás, señor Vitali, y concretaos á oir, ver y callar.

Las frases de Osorio hicieron dudar al pintor, el cual se apresuró á decirle:

—A mi presencia os ha llamado general el maestre Zalla, y en verdad que no conozco á ninguno español que lleve vuestro apellido.

—Eso prueba que mis hechos de armas son pocos; pero en breve conocereis algunos que me acrediten en el alto grado á que tuvo á bien elevarme S. M.

—Sentiria haberme equivocado.

—Yo me alegro. En cuanto á vos, señor marino, ireis mañana como padrino del maestre; yo lo mando.

—Está bien; obedeceré como de costumbre, ¡voto al demonio!

—Si quereis anteponeros á mí, por juzgaros con más aptitud y méritos, os cederé con gusto mi representacion.

—No es eso, señor de Guzman; quiero decir que lo mismo en mar que en tierra, jamás me dejais que haga lo que no sea vuestra voluntad.

—¿Os va mal así?

—No, á fe mia; pero en esta ocasion debo ser el vengador del insulto hecho á mi hermano Zalla.

—¿Está él por ventura manco?

—No; mas creo que me correspondia á mí.

—Señor Roch, represento al rey de España; callad y obedecedme. Vais entrando en años, y no es suficiente vuestro gran talento á evitar el que empeceis á ser gruñon, por lo que desde ahora os voy á mandar de otro modo.

—Lo creo.

—Quedamos, Zalla, en que mañana á las ocho visitareis al conde Ozelman, y en sus jardines ó donde él prefiera, con tal de que sea al momento, le regalareis una estocada á lo Silva.

—Ya, en el corazon.

—Es el segundo jefe de los conspiradores; hombre además perverso, y tan traidor á España, que merece la muerte.

—La recibirá.

—Dicen que tira bien, muy bien.

—Me alegro.

—Añaden, los que le conocen, que le falta valor.

—Lo siento, y ya procuraré atraerle, siquiera sea el de la desesperacion.

—Vais, señor maestre, porque á mí no me es dado, y quiero que me representeis dignamente. Nada de voces ni escándalo; procurad que éntre sólo el caballero, á cuyo fin dejais el soldado á la puerta.

—Lo mataré con el mayor respeto y consideracion.

—Fino siempre, atento y cortés; concededle todo lo que os pida ménos la vida ó la próroga.

—No tendreis queja de mí, señor.

—Ese duelo,—dijo Vitali,—lo motivan mis relaciones amorosas con Angelina, y siendo yo el causante, hallo cruel permanecer impasible.

—Jóven, Don Alvaro Zalla es un maestro en el arte de esgrima, y el lance ese necesita por nuestra parte brevedad y éxito seguro. Vos empezareis mañana por la noche vuestro aprendizaje; creo que adelantareis mucho, si continuais sereno y con esos ánimos; pero hasta tanto que tengais la práctica y acierto de estos señores, no abrigueis la pretension de anteponeros á hombres como estos.

Media hora después se retiraron los cuatro á sus respectivos lechos, donde durmieron tranquilamente hasta las siete de la mañana, en que el duque dió algunos consejos á Zalla, lo estrechó con afecto, dejándole que, acompañado de Roch, par-

tiera en busca de Ozelman. Luégo mandó llamar á Vitali, diciéndole:

—Son las siete y media; veamos si para las cinco de la tarde podeis acabar el retrato.

—¿Y el maestre, señor?

—Cubierto con traje de corte, ostentando la banda de maestre de campo, puesta por el invicto príncipe de Italia sobre el campo de batalla y seguido del capitan Roch, camina ya en busca de vuestro rival.

—¡Cuánto os voy á deber!

—Pintad.

—Sentaos, y ántes de las cinco habremos concluido.

—Zalla y Roch iban en la carroza del duque en la forma que acababa de expresar aquél. De este modo llegaron á un palacio situado en los extremos de Nápoles, antiguo, pero reformado y lujoso como pocos.

Nuestros dos españoles echaron pié á tierra, contemplando acto contínuo la magnífica fachada de aquel edificio y la extensa arboleda que formaba el jardin del mismo. Seguidamente entraron en el zaguan, preguntando á dos lacayos que les salieron al encuentro:

—¿Está el señor conde Ozelman?

Los sirvientes se descubrieron, contestando uno de ellos:

—Sí, señor; ¿deseais que os anunciemos?

—Al momento.

—¿A quiénes vamos á tener el honor?..

—Dile que quieren verle, para un asunto importante, dos caballeros.

—Tened la bondad de seguirme.

Y los condujo al estrado, donde añadió:

—Esperad un poco, que al instante pasaré el recado.

Cinco minutos después aparecieron en el salon el conde Ozelman y Enrico Coppini, amigo suyo y tambien del gobernador de Nápoles.

Era el rival de Vitali alto, delgado, de rostro antipático y

de mirada recelosa. Desde muy niño comenzó á demostrar una índole perversa, la que fué poco á poco aumentando, efecto de su abandonada educacion. Hombre ya, se vió obligado á contenerse en parte por falta de valor para realizar sus terribles ideas; mas cuando le era posible llevarlas á cabo con impunidad, entónces nada dejaba por hacer. Tuvo vários lances, los que pudo descomponer siempre con su extremada perversidad y el mucho oro de que disponia, lo cual no bastó á que se apercibieran la mayoría de sus enemigos de que contaba con tanta destreza en las armas como falta de valor para manejarlas. Era ambicioso, por cuya razon conspiraba, y esto hizo que desde el momento en que se afilió á Vignati y restantes conjurados, hiciera alarde en todas partes de su ódio á los españoles: tenía la lengua expedita, le faltaba prudencia, y sin recato alguno criticaba al gobierno, maldecia al ejército, y blasfemaba de todo lo que era español, valiéndole su infame conducta la vicepresidencia de la junta revolucionaria de Nápoles.

Después que hubo cruzado un saludo con Zalla y Roch, quedó mirándolos con recelo y desconfianza; no los conocia, pero las insignias militares que adornaban el pecho de ámbos le estremecieron, comprendiendo instintivamente que iban á su palacio con fin siniestro.

El protegido del duque les dijo:

—Señores, somos el capitan de la marina real española, mi amigo y cuñado Roch y el maestre de campo Alvaro Zalla, muy servidores vuestros.

Y fueron acompañadas estas frases de una cortés reverencia.

Ozelman palideció al reconocer á aquellos dos hombres, de quienes tan mal hablaba y á los que tanto temia; se trabó su lengua, sin hallar nada que contestar; pero su amigo y compañero enmendó la falta, diciendo:

—El señor es el conde de Ozelman á quien venís á buscar, y yo su amigo Coppini, vástago de una familia noble de Nápoles, ámbos servidores vuestros. Si el asunto que os trae á este

palacio es ajeno á mi presencia, me retiraré con mucho gusto.

—Al contrario,—le dijo el marino Roch;—mi amigo y áun pariente Zalla desea hablar con el señor de Ozelman, y léjos de estorbarle, cree necesaria nuestra presencia.

El conde hizo un esfuerzo sobre sí, y cuando se hubo repuesto, añadió:

—Ignoro la causa que me proporciona la honra de recibiros en mi casa; pero sea la que quiera, la acepto gustoso. Sentaos, si lo teneis á bien.

—Gracias,—replicó Zalla;—sólo deseo cruzar con vos unas cuantas frases, y será tan corto el tiempo que emplee en ellas, que hace inútil vuestra generosa oferta. Si me permitís...

—Hablad.

—Señor conde, una razon poderosa, que ya os explicaré más adelante, me obliga á haceros la siguiente pregunta, á la que os ruego contesteis con sinceridad: ¿Qué opinion habeis formado del talento y ciencia del capitan Roch y de los servicios que ámbos hemos prestado en mar y tierra?

—Ninguna; no soy marino ni militar, ni hallé causa que me obligase á formar ese juicio. Y en verdad que no comprendo...

—Aseguran que, léjos de ser cierto lo que acabais de exponer, osásteis calumniar la fama y buen nombre de mi hermano Roch, y á mí me condecorásteis con una partesana que jamás tocaron mis manos, y por cuya honra y merced deseo demostraros mi agradecimiento.

—Posible es que en alguna ocasion de mi vida me haya ocupado de vosotros; mas estad seguros que en el caso de existir esa excepcion me fué imposible emitir un juicio que no he formado todavía. Dijera acaso lo que habia escuchado á otros, lo que se dice en Nápoles de pública voz y fama.

—Labios, señor conde, que cobijan la calumnia y contribuyen á propalarla, debe cerrarlos para siempre una buena estocada.

—Cierto; pero eso no puede aludir á mí.

—Os equivocais; en público nos habeis difamado, y en pú-

blico ó privado necesito que nos deis una satisfaccion, no de palabra, como hace el villano, sino en la forma que acostumbran los caballeros.

—Antes es preciso que me probeis ser cierto lo que acabais de decir.

—Las personas que nos han enterado, conde, valen más que vos; nunca mienten, y no tengo noticia de que vacilasen, como vos ahora, al aceptar la oferta que concluyo de haceros.

—Señor Zalla, hombres que tienen mi rango y posicion se miran mucho ántes de cruzar su acero con gente extraña y de orígen oscuro.

—Séres que se precian de hidalgos jamás se convierten, como vos, en viles calumniadores.

—No nacísteis caballero, y por esa causa dejo correr como merece tan atroz insulto.

—Hijo de un valiente soldado que peleó junto al primer príncipe de Italia, gané títulos y condecoraciones vertiendo mi sangre en los campos de batalla, perdonando á los que implo raban mi compasion, hiriendo de muerte á los enemigos de mi patria que osaban presentárseme frente á frente. Todos mis grados los recibí sobre terrenos cubiertos de cadáveres, entre plácemes de los más nobles y valientes, y otorgados por el general más recto y justiciero del universo. Los reyes me dieron el parabien, los grandes me han adulado, los chicos me aplaudieron, y sólo el miserable cobarde, como vos, se atrevió á insultarme de léjos, por la espalda, como dice el vulgo. Traed vuestras ejecutorias, y si hay en vuestros antepasados un solo ascendiente que presente hoja de servicios mejor que la mia, os doy derecho á que impunemente me escupais en el rostro.

—Lo inconveniente de vuestro lenguaje y lo desmedido de vuestra presuncion, os hacen indigno de que yo cruce mi acero con vos; no obstante lo cual, salid de mi casa al momento; nombrad un representante que se entienda con el mio, y estad seguro que aceptaré lo que ellos acuerden. Ambos dare-

mos nuestras razones, referiremos lo acontecido esta mañana, y que decidan.

—Lo mismo intentó siempre el cobarde, ganar tiempo; pero habeis de saber, miserable conspirador, que yo á nádie doy derecho para que juzgue mis acciones; y os batís conmigo ahora mismo, ú os llevo atado codo con codo á la cárcel pública de grado ó por fuerza.

—¡A mí, al conde Ozelman! pronto os probaré...

Y fué á salir del salon; pero Zalla habia previsto el caso, y cogiéndole de un brazo, le obligó á retroceder, añadiendo:

—Empiezo humedeciendo vuestro rostro con mi saliva, y concluiré con vos, á no ser que elijais el hacha del verdugo, la cual se halla levantada desde hoy contra todos los enemigos de España.

Humillado el conde, marcada su faz con la más horrible mancha, y temblando de ira y enojo, le contestó:

—Soltadme; voy á vestirme y en seguida nos batiremos. Rehusé medir mi acero con un hombre de linaje oscuro, mas ya me es imposible vivir sin lavar la afrenta que estampásteis en mi rostro.

—No necesitais cambiar de traje; el mio es de seda como el vuestro; ved mis carnes; no las cubre cota ni otra cosa que la ropilla; y puesto que disponeis de un extenso jardin, bajemos, y entre los árboles decidirá la suerte quién de los dos deja hoy de existir. El señor de Coppini os servirá de padrino, á mí Roch; y os advierto que no os permitiré hablar con ningun criado ni hacerle la más leve seña. Iremos por una puerta excusada, y si teneis la suerte de matarme, os juro que nádie os molestará después.

El conde miró en torno, viendo á su espalda á Roch, que le impedia la retirada; frente tenía á Zalla y á la derecha á Coppini, al cual lanzó una mirada tierna y expresiva. Aquél le dijo:

—Señor conde, no os queda otro remedio que batiros con Zalla y matarlo; de lo contrario me consta que ireis á un ca-

labozo, llevando en vuestra frente el sello de la deshonra y cobardía. Para el primer caso, único aceptable por un caballero, contad conmigo; con mi vida os respondo de oponerme á una villanía, de que creo incapaces á estos señores.

Ozelman bajó la cabeza; se notó el esfuerzo supremo que hacía sobre sí, y alzándola con resolucion heróica, contestó secamente:

—Vamos al jardin.

Roch se puso á su lado y Coppini al de Zalla, marchando así al paraje indicado, por una puerta excusada, que impidió fuesen espiados por ninguno de los sirvientes del palacio.

De este modo llegaron á la parte más retirada ó distante del edificio.

El maestre arrojó al suelo su insignia militar, sombrero y ferreruelo. Roch se quitó tambien su banda, y cinco minutos después se hallaban frente á frente los dos contrarios y junto á ellos sus respectivos padrinos. Estos hicieron la señal y la lucha comenzó con mucha destreza y habilidad por parte del conde y con valor y sangre fria por Don Alvaro. Al primero le ayudaba la desesperacion, y al segundo su práctica y serenidad.

Parecia Ozelman repuesto y más tranquilo; y en estos instantes ponia en juego sus grandes conocimientos en el arte, miéntras que Zalla, á imitacion de los *invencibles* sus maestros, se concretaba á la defensa, estudiando lo que era y valía el enemigo, con esa calma, acierto y buen ojo del hombre inteligente y valeroso.

La lucha empezó algo fria, pero fué poco á poco animándose hasta el extremo de ofrecer el cuadro de un magnífico asalto realizado por dos maestros consumados.

Ambos se habian echado á fondo várias veces, sin perder terreno ni resultado adverso ó favorable; los dos sudaban, y á los esfuerzos que hacían se les subió la ropilla, imitando en la espalda la joroba del contrahecho.

Reinaba un profundo silencio; ninguno de los cuatro osó hasta este momento desplegar sus labios. Zalla y Ozelman se

—¡Ay! Me han muerto.

batian admirablemente; Coppini y Roch los admiraban, sin mover otra cosa que los ojos.

De pronto exclamó Don Alvaro:

—¡Basta, y muere, enemigo eterno de mi patria! ¡Que Dios te perdone!

Zalla se habia echado á fondo y retirado cási á la vez; su espada tocó en el costado izquierdo del conde; pero introdujo tan poca, que los padrinos no comprendieron las frases del uno y la exclamacion del otro, el cual dió media vuelta, y descansando sobre su cadera derecha, murmuró, alzando los ojos y llevándose la mano al pecho:

—¡Ay! Me han muerto.

Roch y Coppini se interpusieron, recibiendo en sus brazos al conde, que espiraba en este instante; la espada de Zalla penetró por entre la cuarta y quinta costilla, hiriendo su corazon; fué una estocada tan hábil como rápida, tan segura como mortal.

Los tres lanzaron sobre el cadáver una mirada compasiva, rompiendo el silencio Roch con las siguientes frases:

—Señor de Coppini, nos consta vuestra lealtad y nobleza; haced con los restos mortales de vuestro amigo lo que juzgueis conveniente, pero sellad el labio en lo relativo á la conspiracion de que habló Zalla, y en todo lo que se refiere á nosotros, si estais bien con vuestra cabeza.

—Lo haré así, caballeros; mas la muerte del conde correrá de boca en boca, y hay que adelantarse á decir algo sobre la causa que la motivó.

—Cierto: volveos al palacio y esperad en el estrado la llegada del gobernador, que vendrá inmediatamente. Si entretanto algun deudo ó dependiente del finado os preguntase por él, enteradle de lo ocurrido, callando nuestros nombres. Que el cielo os guarde.

Los tres se despidieron, obedeciendo el uno y montando los otros en su carroza, en la cual se dirigieron en busca de la primera autoridad de Nápoles.

Una hora más tarde se hacía cargo la justicia del cadáver de Ozelman, y se daba principio á la instruccion de un sumario, del cual resultó únicamente, que el conde fué muerto en duelo por un desconocido á quien se pretendia hallar y al que no llegó á encontrarse.

Entre los amigos y parientes de la víctima se designaba á Zalla; pero ninguno osó provocar al valeroso maestre de campo. El pueblo decia que lo mató un incógnito llegado de lejanas tierras, y los revolucionarios se dieron por satisfechos con sentenciar á la última pena á Roch y á Zálla, cuyo fallo debia cumplirse durante la pelea ó después del triunfo.

El conde Vignati no pudo sospechar la causa verdadera que llevó al otro mundo al que debia ser su yerno; mas empezo á temer desde aquel dia, y se hizo cauto y receloso.

CAPITULO XV.

Los cuatro.—Embarque.—El mar, la luna y la costa de Italia.

SERIAN las doce cuando se presentaron ante el duque y Augusto el maestre y el marino.

—¿Ya habeis despachado?—les preguntó el primero con indiferencia.

—Sí, señor.

Le contestaron ámbos imitándole. Vitali los miraba con avidez, y en verdad que no se explicaba el desden con que aquellos hombres hablaban de lo que él suponia el acontecimiento más grande de la tierra. Así es que no pudo contenerse, y les interrogó:

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Le hallásteis; se batió?

—Hasta que acabeis ese retrato, señor Vitali,—le dijo Osorio,—vuestro oficio es el de pintor. Concretaos, pues, á lo único que os importa, sin mezclaros para nada en nuestros asuntos.

Augusto se fijó en él con sorpresa, pero acabó por inclinar la frente y continuó pintando. El duque preguntó á Zalla:

—¿Estaba en su casa Ozelman?

—Sí, señor.

—¿Y Coppini?

—Tambien.

—¿Solos?

—Unicamente ellos salieron al estrado.

—¿Os costó trabajo convencerle?

—Bastante.

—¿Y matarlo?

—Poco.

—¿Qué tal tiraba?

—Bien.

—¿Qué cantidad de acero entró en su pecho?

—Tres dedos.

—Aún sobraba uno.

—Acaso no fueran más que dos.

—¿Cuánto duró el combate?

—Más de quince minutos.

—Mucho tiempo desperdiciásteis.

—Como hasta este momento nada teníamos que hacer...

—Siendo así, pase.

—¿Almorzamos?

—En cuanto acabe Vitali ese ojo derecho. ¿Vísteis al gobernador?

—Todo está arreglado á mi satisfaccion.

—Pasad al comedor, que no tardaremos en seguiros.

Y quedaron retratando el uno y sirviendo de modelo el otro.

El buen Augusto, sin dejar de mover su pincel, se preguntaba en estos instantes:

—¿Quién será este hombre que se convierte en mísero soldado con exactitud prodigiosa y luégo se torna en caballero apuesto y gentil, conservando siempre barnizado su cútis? ¿Qué gente es esta que desafía, hiere y mata con el mismo sosiego que si trataran de la cosa más indiferente? ¡Oh, el uno debe ser el duque del Imperio y los otros dos sus discípulos; pero áun así y todo, se sobreponen á la aureola que el mundo les

ofrece! El valor, serenidad y talento de esos privilegiados séres supera á todo elogio; son mucho más que lo que cuenta la fama. ¿Me habré equivocado? Lo ignoro; ¡se obstina tanto Don Jacobo en asegurar que no es el duque!

Flaviano interrumpió la meditacion del pintor con la siguiente pregunta:

—¿En qué diablos estais pensando?

—¿Por qué, señor?

—Vuestra mano derecha no se mueve.

—Es tan difícil trasladar al lienzo vuestros ojos...

—Dejadlo, y después de almorzar continuaremos.

Así lo verificaron, concluyendo á la una y cuarto, y prosiguieron luégo la terminacion de su obra, en tanto que Zalla y Roch, bien disfrazados, se dirigieron al puerto.

Serían las cuatro cuando el pintor arrojó sus pinceles, exclamando:

—No puedo más; copié vuestras facciones, figura y trajes con exactitud, ya lo veis; pero esos ojos... esos ojos, señor de Guzman, no pueden retratarse.

—Bien; acercadlo á aquel espejo; ponedlo á mi lado. Así. Lo encuentro muy parecido y admirablemente pintado. Dejadlo en el caballete, y esperadme aquí.

Salió el duque, volviendo á la media hora con el mismo traje que entró en Nápoles.

—El grande y poderoso señor,—le dijo Vitali,—descendió á soldado otra vez.

—Sí, amigo mio; se acerca la hora de nuestro embarque, y es preciso ganar tiempo. Cuando regrese mi criado, haced que os ponga una cota de malla, con todo lo demás que estimeis conveniente para vuestra propia defensa, pues esta noche podrá haceros falta.

—Vedlo; sepamos qué noticias nos trae de Angelina.

Ros se presentó efectivamente en la puerta de la estancia donde se hallaban aquellos, y notando que estaban solos, se acercó á su amo, diciendo:

—Señor, abandoné el palacio Vignati, y aquí me teneis.

—¿Qué ocurre allí?

—Cuentan que dos jefes del ejército desafiaron esta mañana á Ozelman y que uno le mató en su jardin: Vignati corrió al sitio de la catástrofe, y convencido de la verdad del hecho, se volvió, maldiciendo á los españoles y jurando no dejar uno sobre la capa de la tierra. No he visto hombre más soberbio, déspota y cruel; ha bastado esa desgracia para que mande azotar á vários de sus criados por pequeñeces que no merecian una leve reprension.

—¿Sospecha algo de nosotros?

—De vos, no señor; pero sí de Zalla y Roch, á los que ha ofrecido matar.

—¿Maltrata á su hija?

—Cuando se halla en ese estado no la ve; ámbos parecen huir el uno del otro, temerosa ella de un castigo de que no es digna, y esquivando él la ocasion de molestar al único sér que acaso le quiere.

—¿Hablaste con ese ángel?

—Hoy tres veces; gusta de mi conversacion, y á mí me encanta oirla.

—¿Qué dice?

—Supone que vos sois el autor de la muerte de Ozelman, y os juzga terrible, pero generoso y leal. Me decia en un momento de entusiasmo: «Aun cuando tú callas su verdadero nombre, yo he visto al través de aquella capa de barniz y bajo sus groseros tabardo, ropilla y calzas, á un poderoso señor de esos que en España son aplaudidos por las masas, vitoreados por el ejército, y ante los que el mundo se inclina con respeto y admiracion. Cuando habló conmigo no fingia su voz como al hacerlo con mi padre; estaba natural; usaba de sus propios modales, y estoy segura de no haberme equivocado. La repentina muerte del conde y tu presencia aquí lo confirman: y si es así, pronto mejorará mi suerte.»

—¿Qué le dijiste tú?

—Traté de disuadirla, pero inútilmente. Añade, que habiendo oido una vez hablar de un caballero nacido en Nápoles, cuyos hechos le parecieron sorprendentes, quiso que la refiriesen cuanto se sabía en Italia de ese hombre extraordinario, con el cual simpatizaba sin conocerle. De este modo asegura que pudo formar un juicio exacto de lo que era y valia el gentil caballero que persiste en reconocer en vos. Después comenzó á elogiar la mágica voz del que tanto excita su entusiasmo, sus modales finos y corteses; fiereza con sus enemigos; ternura y galantería con las damas; amor á su patria, y abnegacion en pro de la justicia y de toda causa grande y defendible por tan hidalgo señor.

—¿Qué decís á eso, Vitali?

—Que contribuí poderosamente á robustecer en ella estas ideas, hablándole muchas veces en ese sentido del señor duque del Imperio, digno heredero del protector de mi padre.

—¿Y pensais, como ella, que está en Nápoles y que se halla en esta habitacion?

—Señor, unas veces lo creo, otras lo dudo, y en verdad, que voy á concluir por esperar á que los hechos me aclaren el misterio que anhelo penetrar.

—¿Ros, qué dice Angelina de Augusto?

—Le quiere, señor, le quiere bastante; pero hoy, con motivo de la muerte de Ozelman y de los acontecimientos que tenían relacion con aquella, sólo nos hemos ocupado de vos.

—¡Bribon!

—¿En qué os he faltado, amo mio?

—Ya te lo diré después. ¿Qué más escuchaste?

—El conde reunió esta tarde en su casa á vários de sus amigos, y segun pude comprender, tratan de adelantar en lo posible el momento de la revolucion. Cuentan, señor de Guzman, con muchos recursos; y á ser cierto, con bastante pueblo.

—Ya lo sé.

—Ha mandado llamar á Busato y compañeros; pero ignoro lo que se propone, pues no irán hasta las nueve de la noche.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—Facilita á Vitali una buena cota, dos pistolas y lo demás que necesite. Te armas tú tambien y los criados de Zalla y Roch, teniendo en cuenta que esta noche habrá *zafarrancho.*

Y quedó solo, siendo sorprendido al poco tiempo con la llegada del capitan marino y el maestre de campo. El primero le dijo:

—Señor duque, queda todo corriente en la *Trinidad*, el viento es favorable, y sólo falta que nos hagamos á la vela.

—Está bien; comed con Vitali, y en acabando, marchad de dos en dos y por diferentes calles al puerto, donde os embarcareis acto contínuo. Cada uno de vosotros irá acompañado de un solo sirviente, llevando Augusto el mio. A las ocho de la noche partirá la nave, á cuyo fin llegaré yo minutos ántes.

—¿Os vais solo?

—Sí.

—Es de dia aún.

—No importa; mi disfraz me pone al abrigo de toda sospecha, y donde comeré hoy no me amenaza peligro alguno.

Y se despidió de los dos, dejando el palacio. Cubria su cabeza un chambergo ordinario y bastante estropeado, y escondia debajo del ancho tabardo dos magníficas pistolas y su invencible espada. De este modo, y silbando una cancion del país, atravesó la ciudad, entrando luégo en el barrio en que habitaba su nodriza, y después en la casa de ésta.

Cruzó junto á vários oficiales del ejército, algunos de los cuales le conocieron en Madrid, y por entre muchos caballeros y pueblo de Nápoles; pero á ninguno le fué dado reconocerle, y ménos sospechar de un soldado que caminaba con aire marcial y apostura tan propios del papel que representaba. Este afortunado caudillo imitaba de un modo admirable los modales del más elegante con la misma propiedad que los del rústico montañés. Entre los muchos dones que debia á la naturaleza, no era el menor la facilidad de trasformarse en otro sér, mar-

cando su acento, fuese el que quisiera, y adoptar su calma ó viveza y hasta mirada y posturas. Es cierto que en algunas ocasiones de su vida abusó de las bellas cualidades que le adornaban, cometiendo pecados veniales en lo relativo á las hijas de Eva; en cambio empleaba la mayor parte de su vida en sacrificarse por su patria y por toda causa que juzgaba justa. Pudiendo ostentar siempre su altivo y perfecto rostro, finos modales y apuesta y gallarda figura, se veia obligado contínuamente á usar una máscara que le impedia recibir ovaciones y ser el blanco de la admiracion de hombres y mujeres.

—¡Hijo!—exclamó su nodriza, viéndole entrar. Y le echó los brazos al cuello con ternura maternal.—Pareces un soldado,—añadió;—imitas perfectamente á esos pobres villanos, tan distantes de tí como el sol de la tierra; pero á mí no puedes engañarme. Antes de llegar á esa puerta me dice el corazon que vienes, que eres tú.

—¿Nos oirá alguno de tus sirvientes?

—No; están léjos de aquí.

—¿Y tu esposo é hijos?

—En la sala; entra.

El duque la obedeció, mandando que le sirviesen de comer, lo que hizo su nodriza.

—Gabriel,—dijo al marido de aquella,—que se vayan Ramiro y Víctor á la próxima costa, y me tengan preparado un bote junto á la cabaña de Romualdo. Quiero que boguen ellos, llevándome solos á la galera *Trinidad*, anclada en el puerto.

—Partid, hijos, y tened dispuesta la embarcacion que pide el señor duque.

Así lo hicieron aquellos, preguntando nuevamente Osorio á Gabriel:

—¿Qué has hecho en estos dos últimos dias?

—En cumplimiento de vuestro encargo, visité todos los bodegones y tabernas de Nápoles, y luégo las casas y cabañas de cuantos me parecieron sospechosos. Pagué mucho vino y cenas; repartí dinero; pregunté, y examinando dia y noche cuan-

to juzgué conveniente, pude averiguar que los *lazaronis* están comprometidos en pro de la revolucion. Tambien hay algunos tenderos y artesanos; pero entiendo que el dia en que deben alzar la bandera de rebelion no saldrán todos los afiliados.

—¿Con qué número de hombres cuentan?

—Pasan de quince mil; mas les faltarán la mitad de ellos.

—¿Vas formando listas?

—Sí, señor.

—¿Podrás continuar descubriendo sus secretos?

—Sin duda alguna.

—¿Quiénes los van á capitanear?

—Nobles napolitanos: de estos últimos no he indagado nada por habérmelo prohibido vos.

—Sí: basta con que tú conozcas el cuerpo de la revolucion; la cabeza me corresponde á mí.

—Esta noche me embarcaré, pero creo que mi regreso se efectuará en breve. Prosigue averiguando, y hasta mi vuelta.

—¿Te ausentas ya?—le preguntó la nodriza.

—Sí, Marta; voy á la mar, y luégo á destruir á los enemigos de España, que me aguardan frente á la costa de Italia, ansiosos de clavar sus colmillos en lo que pertenece á mi país.

—Pero tú no eres marino; y áun cuando nádie te iguale en valor, saben más que tú, y pudieran...

—¡Qué locura! lo mismo sobre el agua que en la tierra, los venceré, siempre que no me sorprendan y cojan dormido.

—¿Y si cayesen de pronto en número tan grande que se sobrepusieran á vosotros?

—Lo que es ahora, mi querida Marta, seré yo quien caiga sobre ellos de un modo que no saben ni esperan.

—¿Es decir, que los vas á sorprender?

—Exactamente.

—Temo...

—A Dios nada más; desprecia á esos ingleses, segura de que en la presente ocasion llevarán su merecido. Adios.

—Oye, Flaviano: que te acompañen Ramiro, Víctor...

—De ningun modo; no me hacen falta ni quiero que por mi causa derrame una sola lágrima la que con tierno amor me dió su sangre y cuidó de mi infancia.

—Pero si te hirieran, si pereces, moriré yo de dolor.

—Eso no lo temas por esta noche. Adios, Marta. Hasta mañana, Gabriel.

Y salió de allí, sin permitir que le acompañase el último. Marido y mujer quedaron limpiándose las lágrimas, miéntras el supuesto soldado, sobre un piso arenoso y molesto se dirigió á la playa tarareando una cancion guerrera, señal inequívoca de que el combate no estaba léjos.

Pronto halló á Ramiro y Víctor, preguntando al primero:

—Hermano, ¿podemos ir al puerto?

—Sí.

—¿Conoces la galera *Trinidad?*

—Perfectamente.

—Pues cogeos á los remos y yo al timon. No es preciso que os deis prisa; nos queda tiempo.

Sentado el uno en la popa y los otros en el centro de la barca, comenzó ésta á cortar el agua en direccion de la nave que condujo á Flaviano desde Alicante.

Media hora después llegaron á la escala de la *Trinidad*; Osorio estrechó á los dos mancebos, encargándoles que retrocedieran inmediatamente por la misma ruta que habian traido. Seguidamente subió á cubierta, hallando al patron que le esperaba junto á la obra muerta, para decirle:

—Señor, fiel á mi juramento, aquí me teneis dispuesto á perecer ínterin quede un inglés sobre los mares del mundo.

—Hola, patron,—le contestó el duque;—¿os duele aún el sitio donde puso su mano?..

—¡Callad, por Dios! ¡No me recordeis lo que enciende mi sangre y me llena de vergüenza y sonrojo!

—Pues os debió hacer bastante daño.

—El golpe no me importó nada; fué el hecho, la mancha que estampó en mi honra de marino.

—Como permanecísteis tanto tiempo cubriendo el sitio con la mano, yo creí que os doleria.

—Es el corazon, el alma los que sufren; cubro el carrillo instintivamente, porque creo llevar un borron. ¿Cuándo me permitís que lo lave?

—Esta noche.

—¿En toda regla?

—A medida de vuestro deseo.

—¡Tengo afilada un hacha que corta el aire!

—Pronto veremos de qué os sirve.

—¡De guadaña, que ha de separar de muchos hombros esas malditas cabezas rubias!

—¿Está todo corriente?

—Sí, señor.

—Levar ancla; extended el aparejo, y con rumbo á Génova, marchemos lo más cerca posible de la costa. Cuanto más corra la nave, ántes os vengareis, patron.

—¡Voto al demonio, que la he de hacer volar!

Sólo estaban sobre cubierta el jefe y tripulacion de la nave; así es que en cuanto Flaviano reconoció vários simulados parapetos que habia allí, bajó á las cámaras, donde halló á Roch, Zalla, Vitali, tres criados y veinte arcabuceros, gente esta última nacida en España y cuyo aspecto gustó mucho á Osorio. Luégo examinó los diez cañones que tenía el barco pegados á su costado izquierdo, y la gente que los manejaba. Cuando hubo terminado sus observaciones, entró en su antiguo camarote con el capitan marino, Don Alvaro y Augusto, diciendo al primero:

—Bien, amigo mio; lo hallo todo como lo imaginé; en asuntos de mar sois inimitable.

—Gracias.

—¿De qué están llenos esos toneles que hay en la cubierta, sirviendo de parapeto?

—De lana.

—Buena idea. ¿Qué falta?

—Hallar el navío inglés.

—Ese no nos hará esperar mucho tiempo. Vos, amigo mio, cuidareis de la puntería de los cañones y de que se haga fuego al escuchar mi voz. Zalla capitaneará los arcabuceros, y yo, rodeado de Vitali y criados, desde el castillo de popa os mandaré á todos, cayendo luégo sobre el enemigo, en el caso de que vuestras descargas no nos eviten esa molestia.

—Comprendo el todo de vuestro pensamiento, y lo juzgo admirable.

Una hora después marchaba la galera de bolina; los arcabuceros estaban recostados al pié de sus parapetos; Vitali paseaba sobre cubierta, aprendiendo á andar y correr á compás del movimiento del buque; Zalla discutia con el patron; los criados se sentaron en la popa, y Roch, cogido al brazo del duque, miraba desde el extremo de proa hácia la izquierda, buscando un punto luminoso que no debia tardar en presentarse á su vista.

La noche estaba serena, la mar un poco picada, y la luna en lleno y clarísima extendia su pálida luz sobre las olas, formando extraño contraste con el dorado fuego que despedia el Vesubio desde su cráter, y que se iba esparciendo hasta alumbrar muchas millas más allá del golfo de Nápoles.

El silencio de la noche era interrumpido por el espantoso ruido que hacía el volcan vomitando enormes pedazos de piedra, lava, y el infinito combustible, en fin, que á borbotones y con pasmosa celeridad despedia de sus entrañas.

La galera *Trinidad*, servida por gente diestra, corria en estos instantes, impelida por las brisas de la noche, y por veinte remos que ayudaban poderosamente al impulso del aire.

El patron reia por primera vez después de ser abordada por los ingleses su galera; el rostro se le iba enrojeciendo poco á poco, y todo demostraba en él una satisfaccion imponente, sarcástica, aterradora. Gritaba contínuamente á los remeros, ordenaba á los pilotos, y más hábil é impaciente que nunca, pretendia contribuir con su aliento al empuje de la nave.

El duque decia en estos momentos á Roch:

—Magnífica noche, amigo mio; ved esa mezcla de fuego herida por la luna cómo cae sobre las negras ondas que corren presurosas á la playa, y añadid después que no es posible contemplar cuadro más sublime entre los muchos y variados que presenta la naturaleza.

—No era malo,—le contestó el marino,—el que presenciamos no léjos de aquí y sobre una débil galizabra, en otra noche más oscura y terrible que la presente.

—Sí; íbamos mi hermano Julio y yo á Malta; nos abordaron unos piratas, y como si esto fuese poco, nos envolvió una tormenta, siendo verdaderamente un milagro nuestra salvacion.

—No lo creais; el príncipe de Italia cuenta con doble vista y un talento equivalente á la adivinacion. Aquel cuadro era horrible; el que tenemos delante sublime.

—Así empieza, mi querido Roch; veremos como concluye.

—¿Creeis, por ventura, que nos esperan los ingleses?

—En cuanto doblemos el cabo Prócida os convencereis.

—Si sucede así, cambiará la decoracion en trágica, y áun cuando seremos nosotros los protagonistas, otros harán de víctimas.

—Mucha seguridad abrigais, señor capitan; y no viniendo con nosotros Julio de Silva, es algo aventurado pensar así.

—Del duque del Imperio al príncipe de Italia no es mucha la diferencia, y fío en Dios que os han de sobrar talento y destreza para dar fin del buque y defensores ingleses.

—Bien anda la galera.

—Yo lo creo; ¿no oís las voces del patron? Es que le devora la impaciencia.

—Le duele la afrenta que recibió, y juzgo natural su deseo de *zafarrancho*.

En este instante distinguieron el cabo de Prócida, y todos guardaron profundo silencio.

Media hora después habian abandonado el golfo, y doblaban, siempre de bolina, el mencionado cabo.

—¿Qué veis, Roch?—preguntó el duque en este instante.

—Me ha parecido percibir un punto luminoso, pero lo ocultaron las olas, y... vuelvo á distinguirlo. Otra vez se esconde.

—Ese es el navío inglés.

—U otro buque cualquiera; por este camino se va á muchas partes.

—Sí, pero observad ahora que se presenta más claro; está á la izquierda y en el paraje á que ha debido bajar la nave contraria.

Ambos quedaron mirando la luz que suponian distinguir, mas desapareció de pronto aquella, dejándolos sin comprender la causa.

Nuestra galera caminaba en estos momentos frente á la costa de Italia, á tres millas de distancia y andando mucho, pero bastante ménos de lo que anhelaba el patron.

CAPITULO XVI.

Los ingleses.—Momento critico.—Descargas.—El *zafarrancho*.—Todo acabó.

—¿Para qué llevais esa hacha en la mano?

Preguntó Vitali al patron, viendo que éste no dejaba un instante el arma fatal.

—Me sirve de adorno, jóven; con este filo se pueden dividir muchas cosas, y yo pienso esta noche separar algunas.

—Perdonad mi curiosidad; soy amigo y protegido de Don Jacobo...

—¿Quién es Don Jacobo?

—El amigo ó jefe de los señores Roch y Zalla.

—¡Ya!

—Como os decia, he venido con él para ayudaros durante el *zafarrancho*. ¿Teneis la bondad de decirme qué es *zafarrancho*?

—Un plato muy rico, aderezado con cabezas y miembros de ingleses.

—Os estais burlando de mi ignorancia, y vuestra conducta es indigna de gente de corazon.

—¡Muchacho!

—Aquí no hay muchacho alguno; es un hombre que sabe jugar su vida como otro cualquiera. Soy jóven, es cierto; profano en lo relativo á los asuntos de mar; pero en llegando el momento de la lucha, iré delante de vos.

—¡De mí!

—Sí, señor; y si descendí á haceros dos insensatas preguntas, fué por haberos juzgado de un modo que no mereceis.

—¡Chiquillo!.. Perdonad, amigo mio; esta noche estoy fuera de mí; me embarga la alegría, y la satisfaccion que rebosa en mi alma trastorna mi cabeza. Por esa causa no comprendí que, acompañando vos á ese que llamais Don Jacobo, debí trataros de otro modo. Hagamos las paces; hé aquí mi mano. Apretad, ¡voto á cuatro mil regiones de ingleses! Ahora oid: esta hacha es el arma que usamos los marinos durante el abordaje; y por *zafarrancho* se entiende la pelea que sostienen dos enemigos sobre las cubiertas de sus buques.

—Gracias por vuestra atencion. ¿Quereis cambiar el hacha por mi espada?

—No, señor; cuando concluya la funcion os la regalaré.

—Entónces ya no necesitaré de ella. Añado cien ducados.

—¿Para qué la quereis, generoso caballero?

—Para hacer el mismo uso que vos intentais.

—Eso no es posible; la mandé afilar en Nápoles, y como yo tengo que trabajar más que vos, me es indispensable; pero os puedo regalar una cási tan buena como esta.

—Acepto.

—Pues venid á mi camarote.

—Vamos.

—¡Alto!

Exclamó una voz muy conocida de ellos. Era Zalla que, oyendo el diálogo anterior, los detuvo, preguntando al patron:

—¿Qué pensais hacer con mi amigo Vitali?

—Nada, señor maestre; iba á regalarle un hacha que me pide con grande empeño.

—No la necesita para nada. Señor pintor, si hay combate, usad de vuestras pistolas, y cuando las hayais descargado, de una pica. Tened en cuenta que no bastan el valor y la serenidad en los combates; es indispensable la destreza, y ésta se va adquiriendo poco á poco. El hacha os acercaria demasiado al enemigo, el cual os matará si no sois más precavido.

—¿Qué arma vais á manejar vos?

—Cualquiera; ¿pretendeis ya igualaros á mí?

—Teneis razon; usaré las pistolas, y luégo la pica, toda vez que así me lo ordena el que ha de ser pronto mi jefe.

—¿Vuestro jefe? ¿qué entiendo yo de pinturas?

—El retratista de ayer empieza esta noche á reemplazar al capitan Vitali, muerto en Ancona.

—¡Bravo! os llevaré de alférez á mi tercio.

—No; iré á ese ó á otro de capitan.

—¿Quién lo ha dicho?

—Don Jacobo.

—¡Ah!.. Teneis más suerte que yo; mucho debo al señor príncipe de Italia y cinco hermanos restantes; pero cada grado me costó algunas heridas y matar muchos enemigos.

—Lo creo; y consiste en que mi protector es más generoso que los vuestros.

—Sí; eso debe ser.

—Hay que añadir la causa que obligó á mi padre á que pereciese acribillado de heridas, cuyo hecho contribuyó mucho á que se ganara la batalla de Ancona. Su banda, agujereada por las balas francesas, está todavía vacante.

—No os sentará mal si os haceis digno de ella.

—Pronto os lo demostraré. Acaso esta noche, si encuentro ocasion.

En este momento oyeron al duque del Imperio, que gritaba:

—¡Cada uno á su puesto, y alerta! Patron,—añadió,—que cesen esos remos; armad á los que los manejan, si no son cobardes, y que continúe la galera impelida sólo por el viento.

La luz que vieron en un principio Osorio y Roch, y que luégo desaparecia, se presentó de nuevo á sus ojos, aumentando su claridad, segun avanzaba el buque español. Cuando Flaviano vió que era obedecido, se acercó nuevamente al capitan de marina, preguntando:

—¿Qué saca en limpio vuestra inteligente mirada?

—Creo,—contestó Roch,—que aquella luz está fija en el bauprés de un navío; noto que no se mueve, de lo cual deduzco que es la galera inglesa.

—¿En qué os fundais?

—Ese barco, al quedar al pairo, prueba que esperaba á algun otro, y al verlo detuvo su marcha.

—Eso es; se convirtió en crucero, y al percibir su presa, se dispone á devorarla. ¿Cuánto tardaremos en llegar á él?

—Ménos de media hora. Esos malditos no se han separado mucho del golfo de Nápoles.

—¿Cómo quereis que dejasen sin apresar una galera nueva, indefensa, y que ostenta los colores amarillo y encarnado?

—¡Indefensa decís!

—Eso creen ellos.

—La equivocacion va á costarles caro.

—Es posible, pero nada se puede asegurar, señor marino, hasta después que haya terminado el lance que preveo. Vos sabeis perfectamente lo que hemos hecho nosotros, pero ignorais el estado en que hallaremos á nuestro enemigo; los ingleses son desconfiados, muy diestros en la mar, y quién sabe si la sorpresa será mútua.

—No me es dado adivinar; creo, sin embargo, que mis diez cañones harán más que todos los suyos.

—Mirad las velas.

—Las distingo perfectamente, y ya no me queda duda alguna de que es el navío que nos apresó frente á Córcega.

—¿No percibís ningun otro bulto cerca de aquel?

—No; está solo, y es natural, toda vez que nuestra galera es un pigmeo relativamente á la de ellos.

—¿Será posible colocarnos bajo su popa?

—No lo juzgo necesario; dejad que nos juntemos, que confíen en el triunfo, y entónces dais la voz de fuego.

—Me parece distinguir las mechas.

—Por esa razon nos conviene alejar de ellos toda sospecha.

—Noto con placer que vuestras ideas están conformes con las mias, y puesto que ya nos acercamos, voy á dar las órdenes convenientes para asegurar la sorpresa, en el caso de poder realizarla; de lo contrario nos batiremos hasta perecer ó destruir á nuestros enemigos.

—Así se hará; no perdais tiempo.

El duque reconoció la cubierta de la *Trinidad*, mandando que se tendiesen todos detrás de sus parapetos. Bajó á la cámara, y notando que los artilleros seguian al pié de los cañones con las mechas encendidas, nada les dijo. Luégo se acercó al patron, añadiendo:

—Sólo vos y yo debemos estar de pié; pero que se hallen dispuestos los grumetes para en el momento que os mande quedar al pairo.

—He visto á los ingleses, y está todo corriente. ¿Vamos á abordar nosotros, ó dejamos que nos asalten?

—Ellos vendrán aquí; concretaos á obedecer, y no abrigueis tanta impaciencia. Calma, patron, mucha serenidad y ciega sumision, que nada quedará por hacer.

—Me enorgullece acatar vuestras órdenes, y me entusiasma lo que vamos á intentar.

—A vuestro puesto.

El patron se colocó en su sitio, y el duque subió al castillo de popa, seguido únicamente de Vitali, al cual dijo:

—Tendeos en el suelo, detrás de ese baul. Al otro lado. No os movais hasta que se rompa el fuego.

El navío inglés dirigia en estos instantes su proa á babor de la *Trinidad*, y comenzó á cortar el agua, aproximándose lo conveniente. Luégo viró á la izquierda, marchando de este modo hasta juntarse con la galera, y quedar á muy corta distan-

cia el costado derecho de la una con el izquierdo de la otra.

En este momento gritó el alférez inglés, que ya conocemos:

—¡Ah de la galera *Trinidad;* al pairo!

—¿Quién lo manda?—preguntó Osorio.

—Un navío de guerra,—contestó aquél.

—¿Qué pretende?

—Obedeced, ú ordeno á mis artilleros que apliquen sus mechas á los cañones.

—¡Al pairo!—gritó el duque.

—¡Al pairo!

Repitió el capitan inglés, y algo más tarde quedaron las dos naves sin otro movimiento que el producido por el oleaje. La maniobra fué hecha tan admirablemente, que se detuvieron á quince varas de distancia escasamente y en la forma prevista por Osorio.

El alférez volvió á preguntar:

—¿Qué gente llevais?

—Tripulacion y pasajeros.

—¿Qué hacen los últimos?

—Acostados.

—¿Cuántos son?

—Más de veinte.

—Bien; ¡abajo la escala real!

Y los dos buques echaron las suyas, en tanto que el capitan inglés dictaba órdenes que eran obedecidas en el acto.

Luégo botaron dos lanchas, trasbordando en ellas treinta y seis soldados, un intérprete y el alférez. Sobre la cubierta quedaban el capitan, dos oficiales, vários soldados y los artilleros, todos los cuales se acercaron á la obra muerta del costado estribor de su navío, mirando con sonrisa sarcástica á los treinta y ocho hombres que habian mandado, con objeto de que tomaran posesion de la galera española. Uno á uno iban subiendo, yendo el último el alférez; al poner éste el pié en la escala de la *Trinidad* y formar fila con los suyos, gritó el duque del Imperio:

—¡Arriba! ¡Fuego al navío!

Su arrogante voz fué escuchada por los ingleses y españoles de ámbas naves.

Veinte arcabuces dispararon cási á la vez sobre los indivíduos que estaban recostados en la obra muerta de la embarcacion inglesa, sin que se desperdiciara una bala. Cayeron en tierra el capitan, un alférez que estaba á su lado, y diez y ocho entre soldados y artilleros; á la vez comenzaron á disparar sus pistolas sobre los mismos Zalla y los tres criados; ocho tiros, que tumbaron otros tantos, acabando de introducir el espanto y confusion en los trasbordados y en los que vivian á bordo del navío.

—¡Traicion! ¡Mueran!

Gritó el alférez que conocemos á los treinta y seis hombres que mandaba, y fueron á caer sobre los arcabuceros armados ya con picas que obedecian á Zalla; pero al dar el primer paso retrocedieron, sordos, confusos, aturdidos. Era que se abrieron diez portas, apareciendo otras tantas bocas de cañones á babor de la *Trinidad*, las cuales despidieron balas rasas que atravesaron al buque enemigo, formando un estrépito que pasmó á cuantos lo escucharon. La galera española crujió como si hubiera chocado con una roca al disparar desde sus cámaras, quedando inclinada hácia un lado.

El espacio se cubrió de humo, y nada se vió en muchos segundos.

—¡Zalla, Roch, patron, Vitali, todos caed sobre el enemigo que teneis enfrente!—añadió Osorio.

Y desde este instante comenzó sobre la cubierta de la galera una lucha cuerpo á cuerpo, terrible como pocas. El patron, armado de hacha y rodela, se metió enmedio dando golpes sin tregua ni descanso. Zalla, al frente de sus veinte hombres, dirigia su espada al corazon del enemigo, ordenaba, defendia á los suyos y cuidaba de Vitali, el cual tiró la pica por parecerle demasiado larga, y sacando el acero que pendia de su cinto seguia al patron, dando estocadas á derecha é izquierda.

Roch, delante de los diez artilleros y tres criados, tomó parte en el combate; pero no viendo al duque, dejó allí á los que le obedecian y corrió en busca de aquél, al que halló en el momento en que descargaba sus dos pistolas sobre la cubierta del buque inglés, que aún permanecia junto á ellos.

—¿Qué haceis?—le preguntó el capitan marino.

—La Providencia os envia; dadme vuestras pistolas, y cargad al momento las mias. ¡Abreviad, que van á disparar sus cañones!

—Tomad. ¡Maldicion! ¡Yo creí que estaba deshecho ese buque!

Osorio habia tumbado con sus armas de fuego á dos de los siete artilleros que en aquellos instantes iban á aplicar sus mechas á los cañones contrarios. Con las de Roch tendió en tierra otros tantos; pero aún quedaban tres, y los demás que pudieran acudir.

—¡Van á destruir nuestra galera!—exclamó el duque con dolor.—Su nave zozobra, pero la nuestra seguirá la misma suerte. ¡Malditos ingleses, y qué construccion tan sólida dan á sus barcos! ¡Ya aplican las mechas!

Y se oyeron tres cañonazos, cuyas balas, efecto de la ninguna puntería, pasaron por encima de la galera *Trinidad*, sin tocar ni á uno de sus palos.

—Tomad,—dijo Roch al duque, alargándole una pistola cargada.

—Ya es inútil,—replicó Osorio sin cogerla.

Se acababa de escuchar un estallido espantoso; el navío inglés se abrió, y algo más tarde pasaban las olas por el sitio donde estaba aquél, quedando oculto en el abismo que concluia de tragársele.

—¡Todo acabó para esos infelices! Corramos al sitio del combate, Roch, y terminemos de una vez.

Y se dirigieron á proa, donde su gente tenía ya arrollados á los trasbordados, cuando fueron sorprendidos por tres picas empuñadas por otros tantos ingleses, los que escaparon de la refriega en busca de una salvacion difícil, si no imposible. Al ver al duque y á Roch, gritaron:

—¡Son enemigos! ¡Mueran!

Y cargaron sobre ellos, sin dar tiempo á Flaviano para que acabara de sacar la espada. Roch cubrió con su cuerpo el del general, y un segundo ántes de que las picas llegaran á su pecho, disparó las pistolas que há un momento cargó, derribando á dos y abalanzándose al tercero, al cual logró tumbar, después de una lucha que terminó su daga, clavándose en el costado izquierdo del inglés.

Sin perder tiempo avanzaron, hallando en la proa á toda su gente batiéndose con heróico valor. Roch se colocó al lado de Zalla, y cargó como tenía de costumbre. Por el contrario, el duque se echó atrás, contemplando con placer la manera que tenían los suyos de dar fin de aquellas panteras inglesas.

—¡No haya cuartel! —gritaba el maestre.—¡Mueran todos!

—Acabemos con estos piratas, enemigos eternos del género humano,—añadia el marino, y ayudaba á dirigir la contienda, imitando estos dos jefes á los *invencibles*.

No eran, sin embargo, el capitan y el maestre ni los treinta soldados que les ayudaban los que merecian la gloria de aquella jornada; delante de ellos, y con valor que admiró á Flaviano, iban siempre el patron de la *Trinidad* y Vitali. Ardiendo en ira el primero, parecia su hacha el aspa de un molino, movida por el huracan; y queriendo el otro igualarse á su padre y hasta reemplazarle dignamente, manejaba la espada con brio impropio de su edad y falta de experiencia; ámbos rivalizaban en temerario arrojo, y es indudable que hubieran perecido á no estar tan cerca Zalla, que más de una vez paró con su acero á los que intentaron matarlos.

Los españoles sorprendieron á los ingleses; eran algunos más, é iban cubiertos con tupidas cotas de malla, lo mismo los jefes que los soldados, artilleros, patron y tripulantes que tomaban parte en la refriega; por cuyas razones, pronto acabó el valor, hijo de la desesperacion que sostenia en pié á sus contrarios, y trataron de buscar una huida que el enemigo les cortó de frente, formando un semicírculo de hierro. Las espadas se

les cayeron de las manos, é iban á entregarse á discrecion, cuando oyeron la voz de su intérprete, que les decia:

—¡No hay cuartel; al agua, al agua!

A estas exclamaciones se precipitaron hácia el extremo de proa, y saltando á la obra muerta, fueron cayendo al mar en revuelto tropel y con sola la esperanza de ganar á nado una orilla que distaba de allí lo suficiente para que ninguno pudiese llegar con vida.

—¡Basta!

Gritaron Zalla y Roch.

—Dejadlos que se ahoguen,—añadió el segundo;—recoged nuestros heridos, y que vayan á hacer compañía esos que huyen á los compañeros que abandonan y están tendidos sobre la cubierta.

—¡Luces, grumetes, muchas luces!—exclamó el patron,—y obedezcamos al más hábil y valiente de los marinos.

El duque del Imperio habia contemplado, con imperturbable sangre fria todo el final del *zafarrancho*, conservando su acero desnudo, pero cruzado de brazos; y ahora veia con la misma impavidez cumplir las órdenes de Zalla y Roch, sin que se le ocurriera acercarse á ellos ni disponer nada en contrario.

—¡Bien!—exclamaba para sí;—ni áun á los heridos ingleses dan cuartel; de ese modo ninguno de ellos podrá contar lo acontecido esta noche, ni enterar á los conspiradores de Nápoles que hay cerca de ellos gente que destruye en veinte minutos el mejor navío inglés que cruzaba los mares. Entre soldados, artilleros y tripulantes tenía cerca de cuatrocientos hombres, y todos, sin excepcion alguna, están ya en ese abismo sirviendo de pasto á los peces. ¡Terrible encuentro! ¡Cuando Julio de Silva me pida cuenta de la conducta que he usado esta noche!.. Se la daré, y habrá de conformarse y hasta aplaudir las órdenes que estoy oyendo. Esos hombres eran piratas enmascarados, que son los peores; odiaban á mi patria de un modo indecible, y el buque que mandaban debia presentarse en el puerto de Nápoles el dia de la revolucion para ayudar

con sus muchos cañones á la independencia por que sueñan los traidores. ¡Bien muertos están! Lástima es que esa raza inhumana y cruel no se hubiera hallado reunida en la inmensa nave que, majestuosa y poco á poco, fué escondiéndose para siempre entre las negras aguas de ese piélago insondable.

Y continuó reflexionando, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. En esa postura lo encontraron Roch, Zalla, el patron y Vitali.

—¿Qué ocurre, señores?—les preguntó, saliendo al fin de su estupor.

—Todo ha terminado ya,—le contestó el marino;—y en verdad que no ha podido ménos de sorprendernos la actitud en que estábais al acercarme á vos.

—No lo extrañeis, amigo mio; siendo inútil mi presencia entre vosotros, pensaba en Julio de Silva y en su padre, el santo é inimitable Alberto.

—De poco os ha servido, mi general.

—¿Por qué, Roch?

—Temí en un principio que apareciera en vuestros labios la palabra perdon, y esas panteras no acabasen todas como merecian.

—Quise hacerlo; mi corazon se resistia al escuchar vuestros gritos de «no hay cuartel,» y ya iba á escudarlos con mi pecho, cuando una voz secreta me dijo: «tu patria es ántes; sacrifícalos en aras de un deber penoso, pero imprescindible.» Y os dejé que acabáreis con ellos.

—¡Buen zafarrancho, pardiez!—exclamó el patron.—Me duele el brazo derecho de tanto hachazo como he dado.

—¿Y esa sangre que baña vuestro hombro, de quién es?—le preguntó el duque.

—Mia; son restos del agua que lavó la mancha de mi rostro. Cinco dedos tenía la mano que se estampó en mi cara, y otros tantos ingleses maté, sin contar los heridos; que en esto de pagar deudas somos los españoles muy cumplidos y generosos.

—¿No os molesta ya el borron?

—Si ha desaparecido; ¿no lo veis?

—¿Y vos, Vitali, qué habeis hecho?

—Poco, señor; al lado de estos tres leones, se eclipsó mi valor.

—No dice la verdad,—contestó Zalla.—Siempre delante de mí, rivalizando con el patron, que fué el más osado, cayó en medio de los enemigos con un brio y serenidad dignos del mayor elogio. Hizo bien en trocar el acero por los pinceles; sus retratos se parecen ménos á los hombres que sus estocadas á la muerte.

—Cierto,—replicó Osorio;—le vi diestro, hábil y hasta temerario. Hubo un momento en que creí contemplar á su padre en los instantes en que inclinaba con su heroismo la batalla de Ancona en favor de los españoles. Vuestro bautismo de sangre corresponde, señor Vitali, á la esperanza que habia fundado en vos. ¿Estais herido?

—Sí, señor.

—¿En dónde?

—En el muslo y brazo izquierdos.

—¿Os sentís muy molestado?

—No; la cota evitó que los aceros enemigos se introdujesen mucho.

—Me alegro; y para que os cureis os ciño esta banda de capitan, que os dejó vuestro padre en los campos de Italia. No olvideis nunca que de mísero pintor os eleva España á capitan de sus aguerridas huestes.

Flaviano habia sacado de su bolsillo la citada insignia, y se la puso al expresar las anteriores frases. Nuestro jóven, con los ojos húmedos y trémulo de alegría, fijó su diestra en la empuñadura de la espada, exclamando con acento que parecia salir de su corazon:

—¡Juro, por el alma de mi padre, por su último suspiro, y por lo que hay más grande sobre la tierra, defender siempre la causa de España; vivir para ella y morir por ella! Dios, que

nos oye, nos juzga y nos castiga, me confunda y me trague el infierno si soy traidor á mi juramento, si una vez siquiera, por leve que sea, falto á lo que me impone esta banda y á lo que debo á la sangre de mi padre, vertida toda por los enemigos de una patria que ya es la mia.

—¡Estrechadme!—le dijo el duque;—¡venid á mis brazos, y neutralicen vuestra lealtad, valor é intenciones, el mal efecto que causó en mí la vista de esos enemigos de España, que yacen por una eternidad en el fondo del Mediterráneo!

—¡Ahora á mí!

—Hé aquí mis brazos.

Dijeron Roch y Zalla, y le oprimieron tambien. El patron añadió:

—¿Y yo no soy buen cristiano? ¡Apretad, voto al demonio! ¡Vaya un chiquillo templado y valiente! Miéntras yo mataba al alférez aquél de la mancha, él despachó á los dos que estaban á su lado con una ligereza increible.

—Pues os advierto, patron, que lo hallé muy tímido é irresoluto.

—No me extraña; vuestro aliento basta y sobra para que los hombres cambien, y vuestro ejemplo lleva en pos la seguridad de que os sigan hasta los más irresolutos.

—Esta noche bien poco hice, amigo mio.

—¿No os parece suficiente la colocacion de esos diez cañones y la direccion del acontecimiento? Yo creo, por el contrario, que os sobrepusísteis á vos mismo, toda vez que, léjos de mandar doscientos leones, segun me ofrecísteis, sólo vinieron treinta, y en verdad que nos han sobrado. Señor, cuentan que el duque del Imperio representa un ejército.

—¿Qué decís, patron?

—Lo que todo el mundo; con vuestra presencia y espada se consigue más que con treinta mil soldados. Después del príncipe de Italia, sois vos el primer general del mundo.

—¡Luego esta banda,—exclamó Vitali ébrio de alegría,—me laha ceñido el héroe, cuyo solo nombre engrie á los valientes

hijos de España, aterra á los enemigos de su patria! Señor, no ocultadme por más tiempo una satisfaccion que ha de formar mi dicha futura.

—¿De ese modo,—preguntó el duque al patron,—guardais el secreto que os confié?

—Yo creí que este jóven... Como venía con vos...

—Os perdono por esta vez, señor marino; pero, ¡ay de vos, si cometeis nueva imprudencia! Miéntras siga envuelto entre grosera lana, ved todos en mí lo que represento. La patria lo exige, y algo más cuesta mi sacrificio que vuestra prudencia. En cuanto á vos, señor Vitali, sabed que soy el duque del Imperio; mas no olvideis tampoco que cuesta la vida al que por maldad ó indiscrecion vende mi incógnito.

—¿Qué podria imponerme más,—contestó el nuevo capitan con entusiasmo,—que el amor, respeto y consideracion que debo al hijo del protector de mi padre, al sublime general que tanto admiro, al poderoso que me alargó su mano, y?.. Lo que estais haciendo por mí, señor, no tiene igual, ni existen frases suficientes á encomiarlo. Permitidme que así, de rodillas, os bese la mano... Dejadme, en nombre de vuestro padre...

—¡Alzad!

—Por el último suspiro del autor de mis dias, exhalado en aras de la patria que tanto amais.

—Haced lo que querais; ante esa invocacion se inclina el hijo del conde de Arahal.

Lo mismo Flaviano que Zalla, Roch y el patron se enternecieron al contemplar el entusiasmo y agradecimiento de Vitali. Éste besó de rodillas várias veces la diestra del primero, humedeciéndola con el llanto que vertian sus ojos; luégo se puso en pié, y con voz ronca y entrecortada añadió:

—El cielo me niega medios con que pagar al hijo los beneficios que mi infortunado padre recibió del suyo; por la inversa, me veo obligado á aceptar de él lo que no merezco, lo que sólo es capaz de dar un privilegiado sér que imita en generosidad á la Providencia. Señor, toda mi sangre os pertene-

ce; el dia que la vierta por vos será el más feliz de mi vida.

Zalla debia tambien á Osorio fortuna y esposa; Roch la vida, y el patron la galera que mandaba, su honra que lavó al fin y hasta la existencia, de lo cual se deduce que la situacion del famoso caudillo se iba haciendo crítica, excitado, como no podia ménos, el agradecimiento de los dos marinos con las frases del ex-pintor, por lo cual se apresuró á decir:

—Sólo á los poderosos nos es dado practicar actos de suprema generosidad, y el que yo obre así no debe admirar á nádie; para eso Dios me elevó, colmándome á la vez de riquezas y dones de que carece la mayoría de los hombres.

Don Alvaro se apresuró á contestarle:

—El duque del Imperio y sus cinco hermanos restantes son la honrosa excepcion de la regla en caridad, esplendidez, proteccion...

—Basta, señor maestre de campo; cuando lo dan es prueba que lo tienen; y si deseais complacerme, mudad de conversacion.

—Esa modestia que pretende igualarse á la de los Silvas padre é hijo, no amengua el...

—Zalla, vos que sois ya práctico é inteligente, vendad las heridas del patron y de Vitali, y prestad auxilio á los restantes. Roch, dirigid en tanto la nave con rumbo á Nápoles; no tenemos prisa; suprimid los remos. Si para algo necesitais de mí, en el camarote os espero. Ros,—dijo llamando á su sirviente.

—Señor,—le contestó aquél.

—Sígueme.

Y' les volvió la espalda, entrando luégo en el estrecho departamento que concluia de citar.

CAPITULO XVII.

A Nápoles.—Otro disfrazado.— Los conspiradores.

—¿Te han herido?

Preguntó el duque á su criado Ros, sentándose en un taburete de su diminuta habitacion.

—No, señor; tres arañazos que no me molestan nada, ni hay para qué hablar de ellos.

—¿Qué hiciste?

—Descargué mis dos pistolas sobre los del navío inglés, y acometí luégo á los que vinieron á visitarnos, procurando defender á los tripulantes de la *Trinidad*, pues los vi lanzarse al enemigo con osadía desnuda de inteligencia y práctica.

—Muy bien hecho. Los ingleses se batieron mal.

—Estaban aturdidos, confusos, gritaron bastante, y su empuje y valor fueron hijos de la desesperacion.

—¿Qué bajas contamos?

—Dos marineros muertos y cinco soldados heridos.

—¿De gravedad?

—Dos, sí, señor; los tres restantes no ofrecen cuidado.

—Cúrate, y vuelve.

—Gracias á Dios, estoy sano.

—¿Y los arañazos?

—Ya les apliqué bálsamo, y os repito que no me molestan.

—Pronto acabaremos en Nápoles, y nos tendrá á su lado tu señora.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Me gustan más los jardines de aquí que el Campo del Moro de Madrid; más el Vesubio que las fraguas, y aunque os parezca raro, prefiero el mar al ilusorio Manzanares.

—¡Otra cosa será!

—Os diré, amo mio; no me va mal con las napolitanas.

—¿Mejor que con las madrileñas?

—¡Yo lo creo! Las doncellas de Castilla son hurañas, y tan aficionadas al santo yugo, que es preciso para hablarlas ir acompañado del sacerdote.

—Tienen razon; nacieron para ser esposas y madres, y desean lo que les pertenece. La carrera de la mujer, Ros, se cifra en eso sólo.

—Y la mia, señor, en lo contrario.

—Ya entrarás en el gremio, descuida; es un aro por el que todos venimos obligados á meter la cabeza.

—¡Terrible argolla! prefiero morir.

—¡Ignorante! Nada existe tan grande y digno de respeto como el estado de matrimonio.

—Gozar de él en buen hora, amo mio; yo que le desconozco no debo profanarlo.

—¿Qué tal las napolitanas?

—¡Sublimes! hijas de un volcan, deducid las consecuencias.

—¿Cuántas son tus amigas?

—Ninguna, señor; hablo de oidas.

—¿Y las doncellas de Angelina?

—A esas sí las conozco, se me habia olvidado.

—¿Son muchas?

—Cuatro, dos camareras y una dueña.

—¿Tambien la última entra en la suma?

—La trato como á las otras, y nada más.

—¿Son bonitas?

—Dos de las primeras y una de las segundas preciosas.

—¿Buenas figuras?

—Esbeltas, graciosas y un acento, ¡qué acento!

—¿Mano pequeña?..

—Y pié chico.

—¿Amables?

—Eso sí; ¡me tienen unas consideraciones!..

—¿Y tú?

—¿Yo? Os imito.

—¿En qué?

—En lo atento, cortés, galante y en cuanto me es posible.

—¿Qué les has ofrecido?

—Amor.

—¿A las tres?

—A las tres.

—¿No te cautiva una más que las otras?

—No, señor; hallo en todas gracia, seduccion y cuanto exige el buen gusto.

—Cuidado con los rivales.

—Todo lo contrario; soy moro de paz, y dejo á los novios el encargo de enamorarlas en familia.

—¿Y tú?

—¡Yo! Lo que es yo... Señor, me poneis en un compromiso.

—Es decir, que en vez de espiar al conde y averiguar lo necesario para que no nos gane la partida, te entretienes... Ros, tus amores pueden costarnos la cabeza.

—No me haceis justicia, mi general. Lo primero es mi deber; pero como hay tiempo para todo...

—No lo comprendo yo así.

—Señor, ántes servía yo á un amo jóven, valiente, empren-

dedor y hábil como ninguno. Obtuve su confianza y le acompañaba en todos sus lances y amoríos.

—¿Cómo se llamaba?

—Don Flaviano de Osorio.

—Sigue.

—Decia mi señor que bastaba una hora para enamorar; media para vencer dificultades, y cinco minutos para emprender la retirada.

—Eso era un dicho.

—Perdonad; vi más de una vez realizado el axioma.

—¿Consultástes el reloj?

—No lo tenía; pero estoy seguro de no equivocarme.

—Noto con sentimiento que exageras, Ros.

—¿Quereis que os cite cuatro casos?

—Mejor es que los olvidemos.

—Como gusteis.

—¿Y qué relacion guarda la conducta de aquel calavera con la tuya?

—Hacedle más favor; era todo un caballero, cumplido, cortés, y yo, pegado cási siempre á su capa, aprendí algo y le imito, señor, le imito.

—Eso era cuanto yo deseaba escuchar de tí, Ros; te queda de soltero lo que tardes en llegar á Madrid.

—Señor, por la Vírgen, no amenazarme con tan negra atrocidad; prefiero azotes, tormentos y reclusion temporal.

—Te he dicho la verdad.

—¡Santiago me valga!

—Puesto que imitas á Don Flaviano, jubilado ya por la gracia de Dios, claro es que llegaste al apojeo de tus triunfos amorosos; en cuyo caso puedes contraer matrimonio sin impedimento alguno.

—No os comprendo, mi general; yo creia lo contrario.

—Aseguran los inteligentes que es mejor marido el que más ha corrido.

—Y yo digo que el que malas mañas tuvo, etcétera.

—¿Y mi ejemplo?

—Terrible es en verdad; pero fío en el destino que cambiareis pronto.

—¡Bribon!..

—Es mengua que un tan arrogante señor sólo emplee...

—Acaba.

—No puedo; pero ello dirá. ¿De qué os sirve vuestra mágica voz; vuestro talento de poeta; vuestra figura varonil, bella y seductora; de qué ser tan valiente, hábil y poderoso? ¡El duque y la duquesa del Imperio! ese mundo, señor, no mide tres cuartas.

—Insolente, yo te haré conocer el espacio que ocupan mi mayordomo Ros y su mujer.

—¡Amo mio, por la Vírgen del Cármen!

—Desnúdame.

—¿Desistireis, señor? Quitadme ese peso.

—Sí, cuando seas un modelo de esposos como yo.

—El suicidio es un crímen.

—Y el marido un hombre de posicion social.

—¿Y si lo engañan?

—La mujer no es otra cosa que lo que quiere su esposo.

—Pobre de ella si fia en mí.

—Ay de tí si la faltas y dejas tu honor abandonado á la debilidad de Eva.

—Lo mejor es no *tocallo*. Refran antiguo, señor.

—Saca con cuidado esa cota; no tires así. Bien; di á Roch que venga, y retírate á dormir.

—Conque quedamos...

—En que te caso en llegando á Madrid. A tí te corresponde la eleccion de mujer, á mí lo demás.

—¿Estais resuelto?

—Te lo juro.

—Terrible frase. Entretanto me desquitaré lo que pueda.

Salió Ros; Flaviano ocupó su estrecha cama, y no tardó en aparecer el capitan de marina.

—¿Me necesitais, general?—le preguntó.

—Estais ocupado?

—No, señor.

—¿Se curó á los heridos?

—Sí.

—¿Vamos hácia Nápoles?

—Hace ya algun tiempo.

—¿Despacio?

—Muy despacio.

—No importa; estamos cerca.

—Entraremos en el puerto á las cinco, si sigue el mismo viento.

—¿Qué hora es?

—La una.

—¡Qué noche, Roch! ¿Qué dirán el príncipe y mis cuatro hermanos cuando sepan que no dejamos uno de los cuatrocientos séres próximamente que há dos horas estaban sanos, alegres, formando cálculos halagüeños sobre el porvenir, y en este instante sirven de pasto á los peces?

—Noto, general, que os vais haciendo más escrupuloso que el príncipe de Italia.

—No os extrañe, amigo mio; después de Julio era yo el hijo predilecto del padre Alberto; contínuamente me hacía sentar á su lado, cogia mis manos entre las suyas, y con talento maravilloso prevía mis futuros hechos de armas, me hablaba de ellos, para concluir su relato con las siguientes frases: «Hijo, no abuses de los dotes que te otorgó el cielo ni de tu elevada posicion; bien que te sacrifiques por tu patria, que mandes batallas y que, sumiso y obediente, te inclines ante las órdenes de tu rey y señor; pero no te ensañes nunca; llegado el momento del triunfo, abre los brazos á tu enemigo, y perdónale. ¿Qué otra cosa debe anhelar un caudillo que ver á su contrario vencido, humillado é implorando su compasion? Tú eres fuerte y generoso, Flaviano,—añadia,—y sólo puede hacerte cruel é inhumano la ofuscacion, la embriaguez que se apoderan

durante la lucha de un cerebro insensato. Calma, hijo mio; jamás abandones la sangre fria que permite á los hombres distinguir lo justo de lo injusto. Tú debes siempre seguir los impulsos de tu corazon, y no perder de vista que Dios te observa, que te ha de juzgar un dia, y por último, que esos, tus contrarios, son tambien hijos suyos.» Estas frases, mi querido Roch, repetidas constantemente miéntras vivió el santo, no se apartan de mi memoria esta noche, me mortifican, y creo que son el preludio de mi remordimiento.

—No es cierto, señor duque; vuestra alma noble y generosa, á imitacion de la del príncipe de Italia, se horroriza de que por causa suya haya perecido mucha gente; pero es un error: la culpa la han tenido ellos; el sacrificio se hizo en holocausto de la patria, y si ahora mismo se presentase un caso igual, obrariais del mismo modo.

—Me parece que no.

—Recordad el momento en que nuestra galera atravesaba el Mediterráneo cerca de Córcega, y de pronto fuimos sorprendidos por un buque de guerra inglés, cuya mision era defender el pabellon de su patria, que nádie atacaba, y á los que, como nosotros, seguian su derrotero, sin ofender á nádie ni hacer otra cosa que encaminarse al punto donde el destino les llevaba. De pronto mandan detener nuestra nave; echan las amarras, y caen sobre nosotros como tigres sedientos de sangre y exterminio; bastóles la palabra español, para que las mujeres fuesen deshonradas, los hombres heridos y robados, y todos, todos concluiriamos víctimas de su horrible saña, sin vuestro talento, serenidad y destreza. Tan nefanda accion la habrian practicado ya cien veces é intentarian repetirla doscientas; por eso la Providencia alzó vuestro brazo esta noche, y confundió en el abismo á esa horda de piratas. Traed á vuestra memoria los lamentos de la hija y de la casada sin honor; los ayes del padre y del esposo, que contemplaban el cuadro acribillados de heridas, y comprendereis que esa gente merecia perder mil vidas que tuviera.

—Sí, verdad es; aquellos no eran hombres, sino fieras; de perdonar á algunos, hubieran continuado en su oficio de asesinos con más encono que nunca, avisarian á nuestros enemigos, y el dia de la revolucion, por cada uno que dejásemos vivo, caerian á nuestros piés cien más de los que desgraciadamente tendremos que inmolar.

—Cierto; ningun hombre más escrupuloso y benigno que el hijo del santo, nuestro adorado príncipe de Italia; recordad, sin embargo, su conducta en Flandes, Malta, Perú y Venecia. Obedeciendo sus órdenes, vos mismo, al frente de muchos soldados, arrollásteis cien veces al enemigo, y no se envainó vuestra espada miéntras os quedó uno delante. El buen general sacrifica mil hombres para salvar veinte mil, y no economiza nunca los malos cuando sus muertes aseguran la existencia de los buenos. En Nápoles, señor, teneis ahora tres tercios compuestos de soldados esclavos de su deber, y á los que el rey sostiene allí, acaso contra la voluntad de todos ellos. La vida de uno solo vale más que la de cien revolucionarios. Los nuestros se presentan en las calles sin careta alguna ni disfraz, y sus cobardes contrarios, después de meditar el modo de asesinarlos más impunemente, se lanzarán de sorpresa y con ánimo de cogerlos indefensos y dormidos.

—No será miéntras aliente el duque del Imperio; mi disfraz vale más que el de todos ellos juntos.

—No he concluido, señor; matarán, por sólo el delito de ser españoles, á seis mil infelices que mandaron aquí en defensa del débil, de la tranquilidad del país y en calidad de guardas de los derechos de S. M. Entrarán luégo en las casas, robarán al ciudadano honrado que rehusó convertirse en ladron y asesino; las doncellas serán deshonradas; los altares de Dios profanados; la sangre y fuego reemplazarán á la justicia, paz y bienestar, y veinte mil desgraciados maldecirán nuestro nombre y os llamarán invencible entre las damas.

—Roch, sólo á vos me es dado perdonar ese insulto. Morirán cuantos halle con las armas en la mano. Miéntras yo

pueda mandar, no habrá cuartel; en tanto que mi brazo derecho conserve su fuerza, verán un acero dispuesto á atravesar sus corazones. Conociéndome á fondo, ¿por qué me hablásteis con esa dureza? ¿por qué me asimilais al vencedor en los salones, al que le imponen los peligros, al que rehusa el sacrificio?

—Señor, nádie os conoce ni admira como yo; pues qué, ¿no fuí vuestro compañero en Malta, en el Perú y en Venecia? ¿No hice mil esfuerzos por llegar donde vos, siendo rara la vez que lo conseguí? Vuestros propios hermanos, cuyos hechos de armas asombraron al mundo, ¿no aplaudieron vuestro heroismo? Escuchad, os mandaron aquí el rey y el príncipe de Italia, no para combatir una revolucion, fué para exterminar, para arrancar sus raíces, y que no vuelva á fructificar su mala semilla en el suelo napolitano. Así lo comprendió vuestro claro entendimiento; pero os vi vacilar esta noche, se hallan cerca los acontecimientos, y una duda vuestra, un rasgo de bondad mal entendido, perderia la más santa de las causas, y todos nosotros moririamos sin defensa posible. Por esa razon, y sabiendo que el marino Roch no miente, adula, ni os quiere mal, empleé un lenguaje con vos, cuyas frases destrozaban mi alma, segun iban vertiéndolas los labios.

—El recuerdo de aquel santo que tanto amé, que tanto me queria, sus palabras dulces, cariñosas y sentidas, extraviaron mi razon esta noche. ¡Qué os extraña! ¡Le debo hasta el título de duque del Imperio que me legó en sus postrimeros instantes de vida, y que debió á su sangre vertida en los campos de batalla, á su heroismo frente á los muros de Fuenterrabía! ¡Fué una ráfaga que cruzó por mi mente, embargó mi cerebro, y me fascinó sin poderlo yo evitar; mas huyó rápida, fugaz, y Flaviano de Osorio vuelve á lo que fué, y os jura, amigo mio, que extirpará la revolucion si no perece; pulverizará sus raíces, y si aún es poco, sembrará de sal el terreno maldito donde retoñó tan funesta semilla!

—Eso es; S. M. y el príncipe, mi señor, nos han mandado á eso. ¿Quereis dormir?

—Sí; pero me basta con dos horas de sueño.

—Entónces os dejo.

—¿Ofrecen cuidado las heridas de Vitali y el patron?

—Ninguno.

—Disponed lo conveniente para que descansen todos, á excepcion de los tripulantes indispensables al servicio del buque; ¡quién sabe si mañana podremos hacerlo!

Roch cumplió el deseo del duque, dejando sobre cubierta un timonero y dos marinos; los demás buscaron el reposo hasta que amaneció.

La galera, con viento contrario, dobló el cabo de Prócida, y entró en el golfo de Nápoles, anclando en el puerto á las seis de la mañana. Sus portas estaban cerradas; no se veia cañon, mosquetes, ni nada, en fin, que pudiera alarmar á amigos ó enemigos, ni los que la veian llegar comprendieron otra cosa que un regreso forzado por avería ó falta de viento.

Flaviano mandó llamar al patron, preguntándole:

—¿Estais satisfecho de vuestra venganza?

—Yo lo creo; más completa no se realizó ninguna.

—¿Qué pensais hacer ahora?

—Si me lo permitís, volveré á España.

—¿Teneis órden ó necesidad de verificarlo?

—Si no hallo causa justificada que lo impida, sí.

—Armada ya en corso vuestra galera, pudiera servir al rey; y si sólo os lleva á vuestro país la necesidad de ganar dinero, quedaos aquí, yo os abonaré cuanto me pidais.

—Con mucho gusto.

—Es que yo no necesito un buque mercante, sino de guerra.

—Garantido por vos, haced de él el uso que querais; que yo cuento las cabezas de los enemigos con la misma facilidad que los fardos escondidos en la bodega; y si los contrarios son ingleses, me parecerán pocos cuantos hay en los mares.

—Bien; Roch os facilitará dinero; curad á los heridos, no permitais que desembarque ninguno de vuestros subordinados, ni os extrañe nada de cuanto ocurra en Nápoles.

—Lo haré así.

—Mucha cautela y prudencia, patron.

—Sé que me va la cabeza, y estoy muy bien con ella, señor duque.

Flaviano dió algunas órdenes relativas al desembarco de la tropa y artilleros, y saltando á un bote, se dirigió á Nápoles acompañado de Roch, Zalla, Vitali y tres criados.

Eran las seis y media cuando llegaron á tierra. Un hombre, vestido con traje parecido al que ellos usaban y el cútis tan oscuro como el del duque, les detuvo en el extremo del muelle con las siguientes frases:

—¡Alto!—les dijo á los siete, añadiendo á Osorio:—vos, separaos conmigo, que os interesa oirme.

—¿Quién eres?—le preguntó Flaviano con calma.

—Un hombre que os conoce, y por lo mismo os admira.

—¿Quién soy yo?

El desconocido se acercó á su oido, diciéndole:

—Aquí el rey; el duque del Imperio en todas partes.

—¡Maldicion! Rodead á este hombre, y que os siga ó que muera.

Dijo Osorio á los suyos; estos avanzaron, pretendiendo sacar en vilo del puerto al poseedor de un secreto que tanto comprometia la vida del héroe.

El incógnito volvió á acercarse al duque, y añadió:

—Basta de prueba; soy el gobernador, el cual aprendió de vos á disfrazarse, y ya veis que no lo hace mal.

—Retiraos, y dejadme solo con este hombre,—replicó Flaviano; y obedecido que fué, añadió:—buena careta y mejor disfraz. El jóven y elegante gobernador va entendiendo el arte de conspirar.

—Discípulo vuestro y muy servidor, mi querido jefe y amigo.

—¿Qué motiva vuestra presencia aquí con ese traje?

—Várias causas: la primera, saber cómo habeis salido de vuestra empresa nocturna, la cual me ha quitado el sueño, pues temí por vos y por la patria.

—Mal hecho; esos ingleses quedan todos en el fondo del mar.

—¡Todos decís!

—¡Ay, gobernador, no me fué posible dar cuartel á ninguno!

—¿Y el navío?

—Descendió con ellos hecho pedazos.

—¡Contareis muchas bajas!

—Dos muertos y cinco heridos.

—¡Parece imposible!

—Pues es la verdad.

—No lo dudo; lo que en otro sería un cuento, en vos sucede todo lo contrario. ¿Sabeis que ese barco y la gente que iba en él debian favorecer la revolucion?

—Por eso no perdoné á ninguno. Pero veo que estais muy enterado, gobernador; ¿quién os ha dicho eso?

—Descubrí anoche vários secretos, y uno de ellos era ese.

—Os he prohibido hacer otra cosa que obedecerme.

—Cierto; pero no el escuchar noticias relativas á vos y que os interesa conocer lo ántes posible.

—Hablad.

—Oidme: el desafío y muerte del conde Ozelman tiene fuera de sí á los conspiradores.

—Eso ya lo sabía.

—Ignorais, sin embargo, que han sentenciado á muerte á Zalla y Roch.

—Sí; para matarlos durante la revolucion ó después del triunfo.

—No; en la noche próxima, sorprendiendo el palacio, y dando fin de esos dos y de cuantos habitan en él.

—¿Tambien de Don Jacobo de Guzman?

—A ese el primero, por creer que es un general español que está aquí de incógnito.

—¿No perdonan tampoco á sus pajes y criados?

—Imposible; para ocultar el hecho piensan terminar los asesinatos prendiendo fuego al palacio y arrojando los cadáveres sobre las llamas.

—¿Quiénes son los comisionados para tan árdua empresa?

—Un tal Busato...

—Lo conozco; adelante.

—Y siete compañeros que le obedecen ciegamente.

—Pero ocho hombres no es posible que penetren en un edificio tan grande, sorprendan á diez y seis ó veinte, y los maten impunemente. ¿Tuvieron en cuenta la idea que acabo de emitir?

—Sí, señor. Cuentan con el portero de vuestro palacio y dos criados que, no sólo facilitarán los medios, si no que ayudarán poderosamente á la realizacion de la idea.

—Eso ya es otra cosa. ¿Cuándo han ganado á mis tres sirvientes?

—En la noche que acaba de trascurrir.

—Pronto lo habeis sabido, amigo mio. ¿Quereis decirme de qué medios se valió para averiguar tanto el que há poco nada sospechaba ni temia?

—A media noche se me ha presentado uno de los siete que manda Busato, el más débil, el único acaso cobarde de los ocho, y por una cantidad, no muy crecida, me confió el secreto, pidiéndome á la vez un pase para Francia.

—¿Es italiano?

—Del condado de Niza.

—¿Qué habeis hecho?

—Le entregué la suma ofrecida, y le mandé volver esta noche por el pase, con el objeto de que vos determineis.

—¿Qué más os dijo?

—Cuanto sabía; pero esto se reduce á una conspiracion que supone, desconociendo á la mayoría de los que toman parte en ella, y á la noticia que os he dado ántes sobre el navío inglés echado á pique esta noche.

—Necesito conocer el nombre de ese espía y el de los tres criados mios ganados por su jefe.

—Aquí los teneis en este papel.

—Dádmele, y esperad un poco.

Osorio le volvió la espalda, y acercándose á sus amigos, les dijo:

—No sospecheis de ese hombre, pues es el gobernador de Nápoles. Marchad inmediatamente á casa, prended á los tres criados, cuyos nombres hallareis en ese papel, y encerradlos en el sótano; se vendieron á los conjurados é iban á facilitarles los medios de que nos asesinaran. Valiéndoos de vuestros sirvientes, examinad á los otros, y el que no os ofrezca seguridad, que acompañe á los prisioneros. Vigilad mucho, y esperad mi vuelta, que ignoro cuándo será. Tú, Ros,—añadió á su sirviente,—cambias de traje, y te diriges al palacio Vignati; de nueve á diez pasaré yo á ver al conde; está en el zaguan para facilitar mi entrevista con dicho señor. Regresad de dos en dos, por calles excusadas y en la forma que vinísteis anoche.

Cuando los vió partir, se dirigió á la autoridad de Nápoles, preguntando:

—¿Sabeis dónde vive ese espía llamado Merli, que se os ha vendido?

—Sí, señor.

—Remitirle inmediatamente el pase que desea, diciéndole que salga al momento para Francia si no quiere morir á manos de sus mismos compañeros.

—¿Lo han descubierto?

—No; pero lo estará por mí ántes de dos horas.

—No comprendo...

—Ni hace falta tampoco; concretaos, como os he dicho, á obedecer.

—¿Se desembarcan los cañones y soldados de la *Trinidad?*

—Unicamente los últimos; pero eso lo hará Roch durante la noche.

—¿Qué me ordenais para lo sucesivo?

—Nada; ya os mandaré llamar cuando necesite de vos.

—Juzgo que tenemos encima la revolucion.

—Yo opino que la tenemos debajo.

—¿Creeis que sería conveniente?..

—Que os retireis á vuestro palacio, y cumpliendo mis órdenes, aparenteis, en union de los vuestros, indiferencia y confianza absoluta.

—Que el cielo os guarde, señor duque.

—Él os siga inspirando, gobernador. Esconded vuestro disfraz, pues fío en Dios que bastará con el mio.

Y después de estrecharse las manos desaparecieron de allí, siguiendo cada uno en direccion contraria.

CAPITULO XVIII.

Del purgatorio al paraíso.—De éste al infierno.—Para tan buenos conjurados un mejor conspirador.

A los veinte pasos que dió Osorio por el muelle de Nápoles, se le acercó una mujer, cubierto su rostro con una toca, diciéndole:

—Gracias á Dios. ¡Qué noche me has hecho pasar!

—¡Marta! ¿Qué haces aquí?

—Esperando tu vuelta. ¿Has triunfado?

—Sí.

—¿Te hirieron?

—No.

—¡Eres temerario! ¿A dónde vas ahora?

—Al purgatorio.

—¿Y luégo?

—Al infierno.

—¡Cuándo querrá el cielo que dejes de exponer tu preciosa vida!

—Cuando la pierda. Di, Marta, ¿has pasado toda la noche en el puerto?

—Sí; con mi esposo é hijos; allí están; ¿necesitas de ellos?

—No; y te advierto que tu cariño me va á comprometer.

—No te enfades, hombre. ¿Almorzarás hoy conmigo?

—No.

—¿Comerás?

—Acaso. Ten en cuenta que nádie ignora en Nápoles quién fué mi nodriza.

—Ya no se acuerdan.

—Basta con uno sólo que no lo haya olvidado.

—Bien, hombre; ya me voy. No te expongas, hijo.

—Adios, Marta; si quieres complacerme, no te mezcles en mis asuntos ni cometas imprudencia alguna.

—Te obedeceré. ¡Válgame Dios! ¿No estrechas mi mano?

—Sí; no salgas de casa ni temas por mí.

Y prosiguió el duque su camino en direccion de una de las puertas de la ciudad, saliendo poco después al campo. Siempre entre los árboles é indiferente á cuanto le rodeaba, iba nuestro héroe entregado á profunda meditacion.

Eran más de las siete cuando se detuvo frente á la puerta de Busato.

—Está cerrada,—exclamó;—pero hay una ventana abierta, señal inequívoca de que existe gente dentro.

Y dió dos golpecitos. Más tarde se abrió el ventanillo, oyéndose la voz de Orsola, que le decia:

—Hola, español. ¿A quién vienes á buscar, á mi hermano ó á mí?

—A Busato. ¿Está?

—Sí; entra. ¡Cuánto tiempo sin venir por aquí!

—Dos dias nada más. ¿Te trata mejor tu hermano?

—Sí; ha variado por completo.

—¿Quién anda ahí?—Preguntó Busato entreabriendo la puerta de su alcoba y asomando la cabeza.—¡Ah! ¿sois vos? Bien venido. ¿Quereis hablarme?

—Sí.

—Orsola, vete por el pan, miéntras yo me entiendo con este soldado.

—Pero...

—Obedece; yo te lo ruego.

—¿Ves, español? Ahora siempre me manda así. Hasta luégo; regresaré pronto para verte otra vez.

—Tarda lo que quieras,—contestó Osorio,—que aquí me hallarás.

La jóven cogió una cesta y abandonó la casa; su hermano cerró la puerta, y guardándose la llave, se dirigió á Flaviano, diciéndole:

—Estoy á vuestra disposicion, mas os advierto que la trampa está vacía y á nádie he vuelto á prender.

—Lo sé, y me siento; hazlo tú tambien si quieres.

—¿Delante de vos?

—Te lo permito.

—Gracias; ¿venís para bien ó para mal?

—De todo hay, Busato; te voy á dar una mala noticia, salvando á la vez tu vida.

—Me poneis en cuidado.

—El lance de esta noche ha fracasado por culpa tuya.

—¡No sé!..

—Si eres conmigo hipócrita, me marcho y dejo que te ahorquen mañana.

—Señor, como no os conozco bien...

—¿De un hombre que te pudo y debió matar, dudas?

—¿De quién podria yo fiarme?

—Peor para tí; cuando entres esta noche en el palacio de Guzman, Zalla y Roch, caerás en el lazo, y desde allí al patíbulo.

—¿Os ha enterado por ventura el conde?..

—Te he dicho y repito, que sé yo más que Vignati, el cual baja la cabeza ante mí.

—¿Quién sois, señor? Decídmelo, y contad conmigo para todo.

—¿Qué falta te hace mi nombre? ¿No te bastan las pruebas que te he dado?

—Sí, señor. ¿Deciais que se frustró mi plan?

—Sí, y vengo á prevenirte que estás muy expuesto á perder la cabeza; pero de eso nos ocuparemos después; contesta ántes: ¿qué dijo el conde cuando le anunciaste la fuga de Vitali?

—Al principio se incomodó; mas luégo hubo de conformarse con el relato que le hice de la ligereza con que corria.

—¿Nada más te ocurrió allí?

—Eso sólo.

—Yo creí que primero montó en cólera; luégo te trató como á esclavo; después te echó de su casa mandando que no volvieras hasta que él te llamase, y últimamente, cuentan que su pié debió chocar con alguna parte de tu cuerpo.

—¡Pero, señor, si estábamos solos! ¡Maldito conde, si no necesitase tanto de él!..

—Busato, eres un miserable embustero, sin comprender que si yo te abandono morirás en seguida; óyeme: Merli se presentó anoche al gobernador de Nápoles, le vendió tu secreto, pidiéndole un pase para Francia, hácia cuyo país camina. La autoridad tomó sus medidas, y hoy, en vez de asesinar á Don Jacobo, Zalla y Roch, sereis vosotros los muertos allí ó más tarde en garrote vil.

—Me lo temia; el tal Merli es un recomendado del conde, cobarde y muy capaz de perdernos á todos. Me alegro que haya sucedido así.

—Anteayer te perdoné la vida, y hoy te la he salvado.

—Es verdad; y creed que mi agradecimiento será eterno.

—No; no merece tanto; conspiro yo tambien, y me interesa mucho conservar tu existencia; de no ser así, probablemente te hubiera abandonado á tu destino. Sin embargo, como vuelvas á engañarme, morirás, Busato.

—Ya es imposible; os tengo miedo como hombre; me asusta lo que sabeis como conspirador, y en verdad que de vos á

Vignati hay una distancia que no se puede medir. Si asegurais mi suerte, como el conde, desde hoy me entenderé con vos. ¡Aquella patada! ¡oh, no la olvidaré nunca!

—Pues es preciso; defiende la misma causa, y lo que él hizo de malo después, lo habia yo remunerado ántes con oro.

—Siendo vos más que el conde, no creo que hay inconveniente en que me ponga á vuestras órdenes.

—Existe, y muy grande. Yo estoy sobre vosotros y sobre las autoridades de Nápoles, y miéntras permanezca aislado vigilaré á unos y á otros, evitando de este modo traiciones y desgracias, y el dia del triunfo podré distribuir con justicia las recompensas.

—Para saber tanto, es indudable que teneis una magnífica policía.

—Tan buena, Busato, que todos son caballeros y de mucha prosapia.

—La noticia de la traicion de Merli lo confirma, y en verdad que no me pesa; porque de lo contrario, esta noche me pierdo. ¡Qué buen negocio era!

—¿Cuánto te daban?

—Admiraos: ¡mil quinientos ducados! Yo lo tenía arreglado distribuyendo mil entre mi gente y tres más...

—Sí, el portero y dos sirvientes de Guzman.

—Eso es; resultando que á mí me quedaban quinientos, suma de que jamás pude disponer.

Hasta este momento sólo se propuso el duque con sus descubrimientos y noticias sorprender y ganar á Busato, lo que consiguió á su completa satisfaccion. En tal estado, demostrando indiferencia, y con la sagacidad que le era característica, le preguntó:

—¿Cuántos lazaronis tenemos?

—Muchos; los que hay en Nápoles.

—Y unidos estos á los demás, ¿á qué número ascienden?

—Pasan de quince mil.

—¿Y soldados?

—Sólo dos compañías; pero nos basta con el pueblo.

—¿Y nobles?

—Ciento diez y siete.

—Creo que triunfaremos.

—Eso es seguro.

—¿A qué aspiras tú?

—Me han ofrecido el mando de la policía.

—Mejor era una banda de capitan.

—Ese es mi sueño dorado. Si vos, que tanto podeis, me la diérais...

—Segun. Ese mando y mil ducados serían una buena recompensa.

—¡Si yo lograra eso me dejaba matar por vos cien veces!

—Para nada necesito tu vida; sólo me basta lealtad en tí, siempre que hables conmigo.

—Os la ofrezco solemnemente.

—Hoy á nada me comprometo; mas por lo que pudiera acontecer toma esos cien ducados en señal.

—¿De qué?

—De lo que tú deseas y de lo que yo acabo de hablarte.

—Mandad; ¿que quereis de mí?

—Nada.

—No vacileis; os pertenezco ya; ordenadme sin miramiento alguno.

—Sólo exijo de tí, que no mientas; todo se lo tolero á un hombre ménos ese defecto.

—Descuidad, que no os daré motivo de reprension.

—Necesito una prueba de que es cierto el número de afiliados que tenemos.

—Para eso era preciso que fuéramos juntos á Nápoles, y hablárais con los jefes de parroquias.

—Eso ya era de mucha molestia, y no conviene, por otra parte, que nos vean juntos.

—Bueno; en su defecto, aceptad las listas, con nombres y apellidos, y así podreis averiguar lo que más os agrade.

—Eso es mucho mejor; ¿tienes alguna copia?

—La que debia entregar esta noche al conde; mas os la daré, que aún me queda tiempo de copiar otra.

—Tráela.

—Encima la llevo; tomadla.

—¿Están aquí todos?

—No falta ninguno.

—Pronto nos volveremos á ver; entretanto procura que nádie tenga conocimiento de nuestras entrevistas.

—¿Creeis que el gobernador dispondrá mi prision?

—Estoy seguro que no; Merli calló tu nombre y el de tus seis compañeros restantes, dando sólo el del portero y criados de Guzman, presos ya.

—¡El maldito tuvo miedo; é hizo bien, porque así y todo, si yo llego á cogerle!..

—¡Te quedas aquí tranquilo; el conde sabrá luégo por uno de mis amigos la venta de su recomendado, te mandará llamar, y le obedeces sin darte por entendido de nada.

—Comprendo, y aguardaré sus órdenes. ¿Estais seguro que el gobernador?..

—Nada temas; de abrigar la más leve duda, te hubiera mandado salir de esta casa. Por hoy tu confianza debe ser absoluta en mí; mañana, si varía tu conducta...

—Os he dicho y repito que haré cuanto me mandeis. Poco os conozco, es verdad; en cambio penetrásteis mis secretos, me venció vuestro brazo, me regalásteis la vida, y me la salvais ahora, llenando dos veces mi bolsa con régia esplendidez. Por eso me veo obligado á serviros por miedo, por interés, por agradecimiento, y porque nada me impuso tanto en el mundo como el fuego de vuestra mirada.

—Que el cielo te guarde, Busato.

—¿Cuándo os volveré á ver?

—Pronto. Cuida á tu hermano, Orsola.

—Ya lo hago, español.

—Pronto diste la vuelta.

—Por verte y estrechar tu mano.

—Tómala. ¿No te reprende Busato porque hables comigo?

—Al contrario; me aconseja que te quiera.

—Adios, hija mia; si tu hermano te castigase nuevamente, lo que no espero, yo te libraré de él.

Este último diálogo tuvo lugar junto á la puerta de salida, al pié de la cual se halló Flaviano á Orsola que le estaba esperando. Nuestro espléndido general le dió quince ducados para que se comprase un traje, y salió de allí, volviendo á perderse entre los árboles de la campiña de Nápoles. Por el camino se iba diciendo:

—Los revolucionarios de este país invocan el santo nombre de la patria, el de la independencia, y acaso el de Dios, dando por hecho que su causa es justa y sagrado el triunfo; no obstante lo cual, ofrecen mil quinientos ducados porque asesinen á Zalla y Roch, que siempre mataron de frente, y á nueve indivíduos más, á quienes desconocen por completo. Pardiez, que la conciencia de esos hombres es mas elástica aún que la de los *gueusios* de Flandes. En un principio me propuse salvar la vida del conde Vignati, por consideracion á su hija; pero ahora dudo si debo dejar en este país sér tan perverso. En cuanto á Busato, jefe de la policía de esos malditos, toleraré que lo maten; es asesino, cobarde como todo hombre que se atreve á herir por la espalda, y tan miserable y ruin, que sólo el amor que profeso á España me arrastra junto á un sér cuyo aliento envenena. Sus torpes modales, rostro contraido y feroz, y aquel conjunto asqueroso y repugnante, me excitan náuseas, violencia, y un malestar que no sentí hasta ahora, sin embargo de haber tenido ocasion en el trascurso de mi vida de hallarme frente á frente de tanto bribon. ¡Oh, príncipe de Italia, qué bien comprendiste era yo el único capaz de introducirme entre estos reptiles y prepararles la fosa donde escondan para siempre su mortífera ponzoña! ¡Ay, amigo mio; mucha sagacidad y astucia me concedes; toda la he puesto en juego, pero temo que áun así esas víboras muer-

dan á tu pobre hermano! No sé por qué causa desde que hablé con el gobernador son tristes y agoreras cuantas ideas se agolpan á mi mente; jamás tuve miedo, ni ahora tampoco; pero noto una cosa en mí que no me es dado explicar y que me molesta... Bah, son las frases del santo, que me entristecieron, y que debo olvidar en la ocasion presente, donde, como dice muy bien el marino, no tienen aplicacion. No pensemos más en ellas, y pasemos de Busato á Vignati, ó sea del purgatorio al infierno.

Y comenzó á tararear una cancion guerrera, continuando así por entre los árboles, hasta que dió frente al palacio de Angelina.

Algo más tarde entró en el zaguan, hallando á su criado, que se adelantó, preguntándole fuerte:

—¿Qué quieres?—Y bajando la voz añadió:—Señor, el conde acaba de encerrarse con vários de los jefes de la revolucion, y me temo que pase mucho tiempo junto á ellos.

—¿Y Angelina?

—En su cámara.

—Dila que quiero verla, y si lo logro, procura tú entretanto escuchar lo que habla esa canalla, sin perjuicio de que avisen á Vignati mi llegada en el momento que quede solo.

—¿Qué nombre han de dar?

—Ninguno; el soldado que conoció en su jardin.

—Comprendo.

Y alzando la voz el diestro sirviente, exclamó:

—Aguarda ahí, perillan. Paisano,—añadió al portero,—deja á ese español que espere las órdenes de tu amo.

Y desapareció por la escalera principal.

Osorio comenzó á pasear por uno de los extremos del zaguan, con la cabeza inclinada, la vista baja, y las manos escondidas en los bolsillos de su tabardo.

Así permaneció hasta que, volviendo su criado, le dijo:

—Sígueme.

Delante éste y en pos aquél, entraron en un largo pasillo,

á cuyo extremo habia una escalera estrecha, por la cual subieron; luégo atravesaron una galería, otro pasillo y dos salones, deteniéndose Ros á la puerta de una estancia, cuya cortina levantó, diciendo al supuesto soldado:

—Entra, que quiere hacerte una pregunta la señora.

Desde el zaguan hasta allí no despegó sus labios el sirviente ni hizo otra cosa que observar, yendo siempre delante de su querido señor. Cuando lo dejó dentro, miró á derecha é izquierda, volviendo á cruzar por los mismos sitios en direccion de la portería. Aquí se detuvo, exclamando para sí:

—Nádie nos ha visto ni espiado.

Luégo habló con el que apellidaba su paisano, dándole seguridades sobre el recien venido, y tornó á subir por la escalera principal, cumpliendo así la órden que recibió de su amo.

Sepamos qué le sucedia en tanto al afortunado general.

Obedeciendo á su criado, penetró en un saloncito cuadrado, forradas sus paredes de raso azul; los sillones dorados que habia en torno aparecian cubiertos de damasco tambien azul, y á excepcion de los cuadros, molduras, candelabros y objetos de tocador, azul era cuanto encerraba aquella preciosa cámara, destinada al servicio de la bellísima Angelina.

La hermosa jóven, vestida de blanco y luciendo los mil encantos con que la naturaleza la habia favorecido, se hallaba en medio de la estancia, cuando se presentó nuestro barnizado militar.

—Avanzad, —le dijo con voz que hirió las fibras del corazon del supuesto soldado.—Cerrad ántes esa puerta, y decidme lo que querais. Estamos solos, mi padre debate con vários de sus amigos, y cerca de él hay persona que nos avisará cuando vaya á concluir.

—Grata noticia,—contestó el duque, perdiendo su indolencia y maneras rudas;—pero es más peligrosa todavía que agradable.

—¿Por qué, amigo mio?

—¿Creeis, por ventura, que se puede estar cerca de vos,

sin rendir vasallaje á esa hermosura celestial, á esos encantos que fascinan al hombre, le embriagan y le hacen desear ser dueño de una maravilla que no tiene igual?

—Soberbio lenguaje para un soldado, visoño ó veterano, es indiferente.

—Mi destino, Angelina, me impone el sagrado deber de disfrazarme y mentir, pese á mi estrella, ante los hombres, pero no delante de los ángeles.

—Lástima es que un caballero tan cumplido, tan esbelto y gentil, tan decidor y noble, tan aplaudido y admirado en el mundo, cubra su rostro con barniz, sus carnes con grosera lana, cambiando los modales finos, aristocráticos y elevados por el rudo trato y toscas maneras de un pechero.

—No es la deliciosa Angelina la que ménos culpa tiene de que me vea precisado á realizar tan cruda metamórfosis.

—Lo sé, y en verdad que mi gratitud me seguirá á la tumba. ¿Por qué matásteis á Ozelman? Me consta que fué en buena lid, pero me duele ser causa de esa desgracia.

—No fuí yo, sino uno de los oficiales que me obedecen.

—Sí, el maestre Zalla, vuestro protegido; aquel valiente capitan á quien regalásteis una odalisca extraordinariamente hermosa, y á la que vos, después de salvarle vida y honra, dísteis una dote régia. ¡Oh! no movais la cabeza; conozco perfectamente esa historia ocurrida en Malta, donde demostrásteis por centésima vez la grandeza de un corazon que sólo el malvado podrá dejar de admirar.

—Me desconoceis, y lo siento. Es más; si yo fuera el que supusísteis, costaria la vida al que penetrara su incógnito.

—Creo lo último; pero esa órden no se refiere á los ángeles: es el nombre con que vos me calificais.

—Os dejo en el error, porque no me es dado cuestionar con dama tan hermosa. Nada pierdo en el cambio, y gano mucho no disgustando á un sér que encanta al que le mira, atrae al que le contempla, y domina el corazon del que está cerca de tan supremo bien. ¿No me preguntais por Vitali?

—Sé que está bueno; me lo dijo vuestro criado.

—¿Añadió que ciñe ya la banda que le legó su padre en la batalla de Ancona?

—No, mas creo que la deberá á vuestra esplendidez. El padre protegió al padre, y el hijo, más generoso aún, protege al hijo que halló al acaso y vió pobre, infortunado y desvalido. No será eso sólo lo que le otorgueis, estoy segura; de tan magnánimo señor, todo se puede esperar.

—Fundada en el error de ántes, incurrís en otro; yo, que sólo puedo aspirar á ser un mal imitador del hombre á quien os referís, ceñí anoche una banda en el pecho de Vitali, porque era justo dar al hijo lo que ganó su padre, y porque además probó no há mucho frente al enemigo, con valor y serenidad dignos de elogio, que era acreedor á ella.

—Me digísteis al entrar que delante de los ángeles no mentiais.

—Cierto.

—¿Dónde se ha dado esa batalla que nádie vió ni la gente comenta?

—En la mar.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Lo asegurais?

—Lo juro. Dos heridas, aunque leves, sufrió el pobre Augusto.

—¿Y vos?

—Yo dirigí la contienda, pero tomé poca parte en ella, y salí ileso.

—Me alegro.

—Noto, con sentimiento, que os interesais poco por Vitali.

—No lo creais, amigo mio; oid un símil: bajo al jardin de mi palacio, y al claro resplandor de la luna, veo los árboles, las plantas y las flores; contemplo cuantos objetos sostiene allí la naturaleza, y admiro al astro que me proporciona con su luz ratos deliciosos en las tranquilas y sosegadas horas de la noche;

mas comienza á amanecer, el rey de los astros asoma su majestuosa faz por Oriente, y ante su disco luminoso, sus rayos de fuego, y su claridad sorprendente, mágica, embriagadora, se oscurece, ¿qué digo? se oculta la luna avergonzada, y no hay posibilidad de que luzca planeta alguno ante ese globo sublime de fuego.

—Gracias, Angelina; vuestro talento pretende igualarse á una belleza que no tiene encomio, y vuestra amabilidad y galantería superan á ámbos.

—¿Conque una batalla en la mar, y entre las sombras de la noche?

—¿Dudais?

—No, que me habeis jurado su exactitud. ¿Cuanta gente pereció?

—Todos mis enemigos, que no conté, como de costumbre; pero eran muchos.

—¿Más que vosotros?

—Cinco veces más.

—No me extraña, ni es en vos cosa nueva. ¿Todos murieron?

—¡Ay! no me fué dado perdonar á ninguno.

—Dice vuestra fama que nádie os iguala en valor, talento y hasta belleza; perdonad que os hable así; sólo repito lo que se cuenta. Añaden, que atrae vuestra voz, deleitan los versos que improvisais, y adormecen en sueño mágico las notas que dais y las frases que salen de vuestros labios; generoso, además, sois la Providencia para los pobres, la egida de los desgraciados y el bien supremo que puede esperarse de un sér humano; mas en el campo de batalla, entre los que apellidais enemigos, os embriaga la sangre, y en alas de un valor y genio superiores á todo, apareceis cruel, inhumano; y os lo digo, porque quien tanto vale, debiera ser perfecto.

—Venimos al mundo falibles, lo cual hace imposible la realizacion de esa idea. Sin embargo, puede defenderse perfectamente en el caudillo á quien os referís la supuesta crueldad que

se le atribuye. No há mucho que sus amigos le llamaban débil porque queria perdonar á los fuertes; y esos que le juzgaban excesivamente bondadoso, pasan en el mundo por muy buenos. Entre nosotros, los militares, se cree desde muy antiguo que en ocasiones dadas se hace un bien á la humanidad destruyendo una compañía, un tercio y en casos extremos un ejército. Sois profana en el arte de la guerra y fuerza es deciros que matamos mil para salvar muchos más, y cuando sucede lo contrario, consiste en que preferimos la vida de uno bueno á la de cien malos.

—Acaso tengais razon; mas nosotras, si bien admiramos los rasgos de valor en el hombre, nos amarga y duele la sangre que se vierte por su causa.

—No todos piensan así; tan noble y generosa idea brota únicamente en séres que unen á su nobleza de alma vuestro candor é inocencia. ¡Ay, Angelina, si logro, como es probable, uniros á mi protegido Vitali, qué dichoso lo vais á hacer!

—Afirman los que se precian de conoceros bien que nádie os iguala en galantería, señor soldado.

—Cuando el mundo os vea dirá que ninguna mujer rivaliza con Angelina en belleza y talento.

—Sólo vos, Vitali y el conde Ozelman elogiaron lo que llamais mi hermosura: dos de ellos eran partes interesadas; el otro se lo dice á todas.

—No es cierto; fundada siempre en un error, me desconoceis, sin comprender tampoco al hombre por quien me juzgais; de aquél cuenta el mundo que elogia la belleza donde quiera que la halla; la admira como la obra sublime de la creacion, y con sus versos, canto y frases le forma una aureola que ella merece. En cuanto á mí, puedo juraros que ante vos soy otro hombre; educado en los campos de batalla, siempre en pos del enemigo y acostumbrado á la rudeza del que gasta su vida en combates y peleas, parece cambiar vuestro aliento puro y embriagador, esa mirada angelical, dulce y candorosa, ese talle esbelto y seductor, esa sonrisa tierna y grata, y ese conjunto

que atrae y fascina, parece cambiar, digo, mi existencia, ideas y pensamientos. A vuestro lado, Angelina, corre el tiempo como el aura que besa las flores y deja en pos el aroma que robó á la naturaleza; oyéndoos se olvida el guerrero de que es hombre, se convierte en espíritu, y sueña hallarse en el paraíso celestial. Creí que el destino me mandaba á Nápoles sólo á vencer, únicamente á luchar, y dia y noche á sufrir, y me he equivocado; vos, ángel sublime, embargais mi alma, demostrándome por segunda vez, que mi estancia en Italia encontró por fin el inefable gozo por que siempre ha suspirado.

—Con qué gusto os escuché, amigo mio; oí hablar de vos, y os describieron como un sér superior á todos los demás cuando os encontrábais delante de una mujer, rivalizando en ternura, elegancia y seduccion con vos mismo, cuando frente á los hombres sois el más valiente, el más fiero, el más temerario, vuestro antítesis de ahora. Muy bien; no miente el mundo; vuestra fama no exajeró.

—Angelina, ¿quereis otorgarme una merced que os agradeceria el resto de mi vida?

—¿Qué podria yo negar al que expone su vida por mí, y avaro de mi dicha, sacrifica la suya por la extraña?

—No es tanto; pero lo acepto en esta ocasion, con tal de que no me negueis el favor que os voy á pedir.

—Concedido.

—¿Me lo jurais?

—¿Antes de saber lo que es?

—Sí.

—¿Tan fácil es?

—Como mirar al sol.

—¿No traerá consecuencia funesta?

—Ninguna; que yo sólo sembré el mal entre mis enemigos; para los séres á quienes estimo como á vos, busqué siempre felicidad que ofrecerles, uniendo á mi daño el de ellos; que Dios me hizo muy fuerte, y en mi pecho cabe mucho acíbar, mucho.

—Os lo juro por el alma de mi madre.

—Gracias; sois tan bella como generosa.

—Mala imitadora del hombre modelo, de vos. ¿Qué deseais de mí?

—Habeis jurado no suponerme el duque del Imperio, y no nombrar á ese caudillo, hablar de él ni aludirle hasta que yo os dé permiso.

—Así lo haré; pero no comprendo...

—Quiero, Angelina, que me juzgueis por lo que soy, por lo que hago y pueda realizar en el corto período que resida en Nápoles.

—¿Y cómo he de ver en vos un soldado, si me consta?..

—Que faltais á vuestro juramento. Nada os consta, nada sabeis; soy un general convertido en soldado por la gracia del betun y de un grosero traje. En España, Angelina, hay muchos caudillos que rivalizan con Flaviano de Osorio; están el príncipe de Italia, que vale más que él; el duque de los Andes, los condes de Santomera y Monterubio, el marqués de Abella, los duques de Alba y de Parma, y otros vários; uno de los cuales, acaso sea yo; pero vos ignorais mi nombre y apellido verdaderos, á nádie hablareis de mí, y os ofrezco que ántes de un mes me presentaré á vos con mi traje, color y blasones.

—Me juzgais tan débil como son la mayor parte de las mujeres, y no merezco vuestra confianza.

—Al contrario, hermosa Angelina; os estimo tanto, que si llego á volver á mi patria, llevaré en mi corazon un recuerdo indeleble de vuestros hechizos y de lo agradables que me habeis hecho los paréntesis, las cortas treguas que doy á mis luchas con los hombres; y no quiero que tan grata memoria venga á destruirla, la idea, verosímil al ménos, de que un ángel pudo, por inadvertencia ó candor, entregarme á mis enemigos.

—Si ese recuerdo se enturbia, no seré yo la causa, os lo aseguro. Desde este momento miraré en vos un soldado valiente y emprendedor, pero tan atrevido, que llega hasta la hija y heredera del conde Vignati, y de igual á igual la enamora con

frases tan impropias en él como interesantes á la que las escucha.

—Tampoco eso debe extrañaros ni ser motivo de admiracion y sorpresa; el rudo soldado habla, es cierto; pero le inspira el ángel, le prestan flores y seduccion vuestros encantos.

—Decidme, señor soldado, ¿qué motiva vuestra presencia aquí, vuestro deseo de verme? Porque hasta ahora no nos hemos ocupado de la causa que me ha proporcionado la incomparable ventura de volveros á mirar.

—Me propuse, en primer lugar, admirar por segunda vez vuestros hechizos, envidiable placer que anhelaba; y en segundo, daros la grata noticia de que vuestro amante es ya capitan, un valiente que elevará su nombre, y áun cuando todavía no aparece digno de vos, lo será con el tiempo.

—¿A quién os referís, á Vitali?

—¿A qué otro afortunado mortal podia ser?

—Sí, teneis razon; él os debe cuanto es, cuanto llegue á ser, y yo mi felicidad, á medias ó por entero, pero mi felicidad. Gracias, amigo mio. ¿Cómo podria yo pagaros tantos sacrificios?

—Permitiéndome que bese vuestra mano como muestra de respeto y estimacion.

—Tomadla.

—Suave como el terciopelo; blanca como el cisne; pequeña y torneada como la perfeccion; y circula por ella sangre napolitana tan noble como ardiente.

—No dirá el soldado que la aristocrática dama se muestra desdeñosa á sus favores.

—No, á fe mia; dice lo contrario, añadiendo su corazon, que es muy peligroso estar junto á vos.

—¿Por qué?

—¡Sois tan bella, tan embriagadora!..

—Y áun cuando así fuera, ¿qué peligro hay en que mi noble, mi incomparable protector se acerque á mí, estreche mi mano, y la bese con respeto y estimacion?

—La sangre intenta filtrar mis labios; la vuestra parece

como que pretende romper las arterias ó venas que la aprisionan; y si la una chocase con la otra, pudiera elevarse la estimacion hasta cambiar en otro afecto peligrosísimo para ámbos; permitidme que no os la bese.

—Os la he dado con gusto, y nada malo encuentro en que lleve su cútis el sello de un ósculo que honra; mas si vos, tan valiente y temerario, le teneis miedo, entónces la retiraré de entre las vuestras.

—Mucho miedo; más que á todos los ejércitos de la tierra, tanto cási como á mí mismo, pero no sé soltarla; llevo dos meses estrechando las del diablo, y como esta es de un ángel...

—Señor, el conde se despide de sus amigos. ¡Alerta! corro á avisarle.

Dijo una voz muy quedo, viéndose á la vez asomar la cabeza de Ros por entre unas cortinas de damasco.

—Bien.

Le contestó el duque con enfado; y volviendo á fijarse en Angelina, continuó:

—Ni en mis infinitas campañas, ni en mis éxtasis amorosos, reasumiendo en esas dos ideas todo lo bueno y malo que me aconteció en el mundo, sentí una impresion tan profunda y conmovedora como hoy al estrechar vuestra mano entre las mias. ¿Qué tiene esta epidermis tan fina, suave y blanca, para herir con tanta crueldad?

—Tiene... Mi padre debe llegar, y es expuesto que continuemos así. Besadla, si quereis, pero salidle al encuentro.

—No es esa la verdadera causa de vuestro temor; usad más franqueza conmigo.

—Acaso sea otra, terrible soldado. ¿Oís pasos por esa galería?

—No; sólo veo y siento, nada puedo escuchar, nada me importa que vengan.

—¿No os impondrá la presencia de mi padre?

—La vuestra sólo es capaz de acobardarme.

—Creo que llegan.

—¡Ay! ¡Sea todo por lo que mi patria debe al capitan Vitali, muerto en Ancona!

Osorio besó la diestra de Angelina, y cuando la hubo soltado inclinó la frente como abrumado por un pesar. A la vez se escuchó ruido en la puerta que tenía más próxima, obligando á la jóven á que volviera la cabeza con prontitud; sus mejillas estaban encendidas; su mirada era lánguida, y trémulas sus manos, dirigió la vista en torno, sin hallar, al parecer, el objeto que buscaba. Osorio continuó inmóvil, sin ver ni oir nada y como entregado á su solo pensamiento.

—¿Qué haceis?—le preguntó Angelina.

—Nada, amiga mia,—contestó Flaviano alzando la frente;—aguardo que me avisen si vuestro padre quiere ó no recibirme. ¡Qué hermosa sois! ¡Cuánto debeis á la Providencia! ¡Qué dichoso es Vitali!

—¿Más que vos?

—Sí.

—¿Escuchais ahora las pisadas?

—Perfectamente; pero me han enclavado en este paraíso.

—Ya llegan.

—Dejadlos.

—¡Mi padre es cruel!

—¡Y su hija tan bella!

—Muy bien, señor soldado,—exclamó la jóven fuerte notando que abrian la puerta;—me agrada vuestro lenguaje...

—Un escudero del conde mi señor.

Exclamó una camarera de Angelina, entrando en la habitacion.

—Que pase.

Momentos más tarde se presentó el anunciado, y después que hubo saludado á su señora, dijo al duque:

—¿Sois vos el soldado que desea hablar con mi dueño?

—Sí.

—Entónces seguidme.

Osorio se inclinó ante la jóven, contestando al escudero:

—Cuando gusteis.

Y saliendo de allí, cruzaron várias habitaciones hasta penetrar en una más chica entarimado su piso, sin mueble alguno, adorno ni otra comunicacion que la puerta por donde acababan de entrar y una pequeña reja junto al techo que daba al jardin.

—Esperad aquí,—dijo el dependiente de Vignati,—que no tardará en llegar el conde.

Y salió, dejando solo á nuestro valiente caudillo.

—¡Qué desmantelado está esto; qué pobre y miserable! El padre de esa mujer arrebatadora me trata como á infeliz soldado. No me extraña; ya suponia yo que desde el paraíso me iba á trasladar al infierno.

Y comenzó á pasear por la estrecha y ennegrecida estancia en que se hallaba, pensando en Angelina más de lo que á ámbos convenia.

CAPITULO XIX.

El demonio en su casa.—Diálogo fatal.—La trampa.—¡Ay del héroe!—Nueve conjurados.

VEINTE minutos permaneció nuestro general paseando por aquella pequeña y fea estancia. Al cabo de este tiempo se abrió la puerta, apareciendo el conde grave, severo y con la frente contraida.

—¿Quién eres?—preguntó á Osorio.

—El mismo que os entregó sus credenciales en el jardin. ¿No recordais, hace tres noches?..

—Sí, os reconozco, y en verdad que es muy extraña vuestra conducta. En primer lugar asaltais las tapias de mi jardin, como pudiera hacerlo un malhechor, y en segundo os presentais en mi casa ocho ó más dias después de vuestro arribo, disfrazado y de un modo, en fin, sospechoso.

—Creo haber justificado,—le contestó Osorio, notando en él una actitud que no esperaba,—mi conducta al escalar vuestra casa, y si ahora vengo con este traje, me sobran razones para hacerlo así.

—¿Podré saberlas?

—Yo lo creo.

—Hablad.

—Un tal Merli, á quien debeis conocer mucho, vendió al gobernador de Nápoles no sé qué secreto vuestro; recibió una cantidad proporcionada al servicio que prestaba, y marchó á Francia no há mucho.

—¿Quién os ha referido eso?

—Mis agentes.

—Es preciso que me digais sus nombres.

—No lo juzgo necesario, ni lo creo conveniente.

—¿Por qué?

—Porque me sirven á mí sólo, yo les pago, y he venido á Nápoles á algo más que á participaros noticias.

—Soy el presidente de la junta suprema, y sólo un traidor podrá negarse á obedecerme.

—Eso tiene relacion únicamente con los napolitanos, no conmigo, que sirvo á un embajador, ó mejor dicho, á un país rico y poderoso.

—Señor enviado de Inglaterra, noté la primera noche, como ahora, que nos estais espiando.

—Pudiera suceder; mas la noticia que os acabo de dar prueba que en esta ocasion sólo me ocupo de vuestros enemigos. Sois muy desconfiado, señor Vignati.

—A todos mis amigos les sucede lo mismo respecto de vos.

—¿Qué suponen de mí?

—Uno de ellos cuenta que os ha visto salir del palacio de Don Jacobo de Guzman.

—¿Y qué tiene de extraño?

—Con ese misterioso español habitan el marino Roch y el maestre Zalla, dos satélites del duque del Imperio, terrible enemigo de la independencia de Nápoles.

—Nada de eso se puede negar; pero no encuentro la razon para que dudeis de mí.

—¿Qué ha sido del duque?

—Ya os lo dije.

—Necesito pruebas.

—No puedo dároslas.

—Temo que por vuestra causa nos indispongamos con Inglaterra.

—En caso de que así sucediese, será por la vuestra, no por la mia; y en verdad que no conceptúo cuerdo ni prudente romper con quien tanto os ha dado y de quien necesitais mucho más.

—La Gran Bretaña favorece nuestras aspiraciones por ódio al imperio español, no viendo en nosotros otra cosa que instrumentos dóciles de la idea que le domina.

—No demuestra agradecimiento vuestro relato, y áun cuando fuese cierto lo que decís, debiérais, en mi concepto, callarlo, tomar lo que os dieran, y cuando seais más fuertes, entónces hablad de ese modo.

—Es que nos avergüenza ser espiados por los que se llaman nuestros amigos.

—Conde, de vos nádie puede dudar; pero es el caso que son muchos los que conspiran, y es necesario saber con cuántos se puede contar.

—¿Y tratais de averiguarlo en el palacio de Zalla y Roch?

—No; allí indago el número y fuerzas de los contrarios.

—¿Sois amigo de Don Jacobo?

—Mucho.

—¿Quién es ese señor?

—Un grande de España que se halla indispuesto con la corte y vino á Nápoles en tanto que algunos de sus deudos le conquistan el favor perdido.

—¿Será protegido por esos seis hombres funestos á quienes el vulgo llama invencibles?

—Posible es.

—Lo prueba su amistad con Zalla y Roch.

—Ese conocimiento, como igualmente el mio, nacieron en la travesía.

—El de ellos lo comprendo; pero el vuestro...

—Es que á esos tres les salvé la vida.

—¡Vos!

—Sí; ¿qué os extraña?

—¿No son enemigos vuestros?

—En apariencia todo lo contrario.

—Explicadme ese enigma.

—Es muy sencillo: al emprender nuestra marcha fuimos sorprendidos por un temporal que nos hubiera echado á pique á no evitarlo el marino Roch con su innegable talento y destreza. Luégo nos abordaron los de un navío inglés, cuyo capitan resultó ser amigo nuestro, y por influencia mia los perdonó á todos, permitiéndoles que llegaran á Nápoles.

—¿Retuvísteis allí al duque del Imperio?

—Ese es mi secreto, señor conde, y juzgo inútil que intenteis arrancármelo.

—Sois un traidor ó persona tan desconfiada, que ofenden vuestras frases, actitud y cuanto emana de vos.

—Pues sabed que me concreto únicamente al cumplimiento de mi obligacion.

—Será así, pero no se os puede tolerar, á no ser que me diérais todas las explicaciones necesarias, entrando en ellas la que se refiere al duque del Imperio.

—Eso nunca lo lograreis de mí.

—¿Qué hablábais no há mucho con mi hija?

—Nada de particular.

—¿Qué os movió á entrar en su cámara?

—Su belleza, que admiro, y su conversacion, que me encanta.

—¿Estais enamorado de ella?

—No, á fe mia; que soy casado, y sólo una vez dí mi corazon.

—Dicen que la galanteábais, y hasta que el mísero agente se atrevió á besar su mano.

—¿Quién cuenta eso?

—Yo.

—No recuerdo lo que la dije; pero estoy seguro de haberla demostrado mi admiracion; esto mismo hago siempre que

encuentro á mi paso mujer tan perfecta. Imposible parece que sea hija vuestra, dama tan amable y candorosa.

—¿Y lo del ósculo?

—Era la expresion de mi estimacion y respeto.

—¿Desde cuándo acá un agente de conspiradores osa llegar á la hija de un conde y hablarle con la familiaridad que vos lo hicísteis hace poco con la mia?

—Acostumbrado á tratar con lores en Inglaterra y con poderosos de Francia y otros países, suelo cometer esos pecados veniales que disculpan sobradamente mis frases galantes, intenciones sanas y el vehemente deseo de rendir homenaje á la hermosura.

—Todo en vos es heterogéneo; el traje desmiente las maneras; las ideas vuestro color de mulato, y ya se ha hecho indispensable una explicacion que ponga fin á nuestras dudas y á vos en el lugar que mereceis. Al efecto tuvimos dos reuniones en que se trató de vos, y la junta por unanimidad acordó vuestra prision si os negábais á satisfacer tan justos deseos. El continuado incógnito, la inesperada visita de hoy, y la terrible noticia sobre Merli, que há un instante me dísteis, léjos de destruir nuestras sospechas, las aumentan, presentando cada instante más dudosa vuestra conducta.

—¿Y quiénes son los encargados de prenderme?

—Muchos hombres que cerca de aquí esperan una voz mia.

—Es el caso que llevo conmigo este par de pistolas,—dijo sacándolas,—y al primer grito que deis, os esconderé una bala en el cráneo.

—Luégo os matarian á vos.

—O no; que con la otra y mi espada, podria abrirme paso por entre muchos hombres.

—¿Sois acaso invencible?

—Todo lo contrario; pero no nací cobarde, y aprendí desde mi infancia á manejar esta clase de armas.

—Vuestra actitud en estos momentos contra el presidente de la junta suprema de Nápoles es la de un traidor.

—O la de un hombre que no sucumbió jamás á ridículas pretensiones.

—Por última vez: ¿os avenís á darme las explicaciones que necesito?

—A vos no, entre otras razones, por la manera descortés y déspota con que me las pedís; á la junta le diré lo que deba, ni más ni ménos.

—Eso pudiera ser un deseo de ganar tiempo, salir de aquí, y ya al aire libre variar de ideas.

—¿Para qué necesito yo el tiempo, si con estas dos pistolas se me abren todas las puertas? No os movais más. Así. Retiraos de mí, si es que mi aliento molesta al aristocrático señor; pero sin acercaros á la puerta, porque de lo contrario...

—No tengo empeño ninguno en salir.

—Entónces, ¿por qué os echábais atrás?

—Cuando á uno le apuntan con arma de fuego lo hace instintivamente.

—Estaos quieto, y no os dirigiré más el cañon.

—Por último: ¿dais ó no las explicaciones que os he pedido?

—Imposible.

—Pues yo aseguro que sí, sí, sí.

—Yo afirmo que no, no...

La tercera negativa se ahogó en los labios del duque; de pronto se hundió la mitad del pavimento, cayendo él á un sótano que tendria de siete á ocho varas de profundidad.

Las tres afirmativas del conde fueron la señal para que su escudero, que estaba muy cerca de él, oprimiera un resorte, y se hundiera la mitad del entarimado, volviéndose á levantar con la misma rapidez que habia bajado, pero dando el suficiente tiempo para que Osorio cayese en una horrible y profunda mazmorra. Era un aparato tan hábilmente dispuesto, que sólo estando en el secreto podia comprenderse su existencia en aquella habitacion. Fué inventado por el conde, el cual se propuso utilizarlo para muchos otros usos, segun veremos más adelante.

Al ver Vignati que su enemigo descendia sin tiempo para otra cosa que para caer, exclamó:

—El hambre y la sed te inutilizarán para hacer alarde de las pistolas, y el tormento luégo abrirá tus labios, y sabremos quién eres y qué cuenta das del duque del Imperio.

Y brilló en su rostro una sonrisa que demostraba el gozo y satisfaccion de que se sentia embargado en aquellos instantes.

Acto contínuo salió, preguntando á su escudero, el cual concluia de cerrar la puertecilla de hierro que ocultaba el resorte movido por él:

—¿Te ha visto alguno?

—No, señor.

—¿Estás seguro?

—Escuché ruido de pisadas, pero á nádie he distinguido.

—¡Pisadas por estos sitios!

—Así lo creí; mas nádie apareció, y juzgo que me habré equivocado.

—¿Me esperan mis compañeros?

—En el salon verde del piso bajo.

—Pues cierra esa puerta, guarda la llave con las otras, y no salgas hoy.

—¿Se da de comer ó agua al reo?

—Hoy y mañana que ayune á todo; después veremos lo que acuerda la junta.

Y desapareció de allí, encaminándose al paraje donde le esperaban sus parciales. Sigámosle.

Vignati se dirigió al piso bajo de su palacio, entrando más tarde en un salon lujosamente decorado, donde le aguardaban efectivamente ocho personajes napolitanos tan ricos como ambiciosos y sedientos de más dinero y poder. Sentados los nueve en magníficos sillones de oro y damasco, usó de la palabra el conde, en los términos siguientes:

—Señores, ese español, que, como os tengo dicho, me sorprendió en el jardin de mi casa, presentándose con más actitud de rey que de vasallo, quiso hoy hacer lo mismo, por

cuya razon, y después de emplear todos los medios que hallé á mi alcance para obligarle á que nos respetara y obedeciera, tuve que mandarlo prender, y ya queda encerrado en una mazmorra, de conformidad con lo que habiamos acordado. Repito que me parece demasiado altivo para agente de nádie; ostenta armas que hasta ahora sólo se vieron en el cinto de los monarcas; y por último, venía á decirme que uno de los siete compañeros de Busato se ha vendido al gobernador, descubriéndole el acontecimiento que teníamos preparado en el palacio de Guzman.

Los ocho amigos del conde se miraron sorprendidos al escuchar aquella noticia, hablaron después entre sí, exclamando uno en nombre de todos:

—Ese hecho es tan grave, cuanto que de ser cierto, pudiera perdernos; opino, señores, porque se mande llamar inmediatamente á Busato.

—Sí, sí, que venga al instante,—repitieron en coro.

Vignati oprimió un timbre, diciendo al lacayo que se presentó:

—Que éntre al momento mi escudero.

Salió el sirviente, siendo reemplazado por el otro, el cual era la persona que merecia la confianza de su señor.

—Vé inmediatamente,—le dijo el conde,—á casa de Busato, y si lo encuentras, que te acompañe sin dilacion; si no lo hallaras, búscale, y no descanses hasta que regrese contigo.

Salió el enviado, y haciendo uso de la palabra otro de los ocho caballeros, exclamó:

—Señores, si es cierta la noticia de nuestro prisionero, debemos tratarle con ménos dureza, pues resultará, en mi concepto, que es el verdadero agente de Inglaterra, y no debemos disgustar á una nacion tan poderosa y que tanto ha hecho en defensa de nuestra causa.

—No estoy conforme con vuestra idea, marqués,—replicó Vignati;—ese hombre funesto nos espió é intenta imponernos su voluntad. Si es un traidor merece la muerte, que recibirá

en breve; si es el representante del embajador británico, no debemos permitirle que trabaje por cuenta propia, y que, llegado el dia del triunfo, seamos nosotros los que nos expongamos, y él el que pretenda llevarse la parte mejor de la gloria conquistada á costa de nuestra sangre. Esto daria derecho á Inglaterra para que continuara imponiéndonos su voluntad, resultando que al sacudir el yugo de los españoles, cargariamos con el de los ingleses; y en verdad que no es mejor el uno que el otro.

—Conde, —contestó el marqués,—hablais de nuestros aliados de un modo inconveniente, siendo así que tanto necesitamos de ellos.

—Os lo digo sólo á vosotros que, conmigo, sois la cabeza de la revolucion. Los nueve que estamos aquí ostentamos blasones cuyo orígen se pierde en las épocas más remotas; somos ricos, poderosos, y en verdad que no es cuerdo exponer nuestra fortuna, posicion y vida, si á la postre nos obligan á ser satélites de una nacion cualquiera. Nápoles será independiente, y debiéndonoslo á nosotros, sólo á los que estamos aquí corresponde mandar, dirigir é imponerle voluntad y ley. No importa el que ese hombre represente á Inglaterra; nádie sabe que lo tenemos prisionero; quede en su mazmorra hasta después del triunfo, y si luégo no acepta nuestras condiciones, que muera; si anhela la vida, que salga sin llevar derecho á que sus amos nos pidan lo que no les pertenece. Hoy no nos conviene romper con la Gran Bretaña, pero tampoco permitirle que se adelante á nosotros; ya sabeis que Francia y Alemania tienen celos de la mayor influencia que suponen ejercer aquella sobre nosotros.

En este momento se oyó abrir la puerta de entrada, descorrer una cortina, y acto contínuo apareció la figura del escudero, el cual hizo una reverencia, quedando parado.

—¿Qué hay?—le preguntó su amo.—¿Cómo regresas tan pronto?

—Señor, á los pocos pasos que dí fuera del palacio hallé á Busato, que se dirigia aceleradamente á su casa.

—¿Lo has traido?

—Espera las órdenes de mi dueño.

—Que éntre.

El jefe de policía, con la capa al brazo, la gorra en la mano, y armado de espada y daga, penetró en el salon.

—¿A dónde ibas cuando te encontró mi escudero?—le preguntó Vignati.

—A mi casa.

—¿Con qué objeto?

—Debe estar esperándome la gente que me obedece.

—¿Qué motiva esa reunion?

—La mala nueva que há una hora llegó hasta mí.

—¿Quién te la dió?

—Uno de mis agentes.

—¿Qué dice?

—Que el cobarde Merli se ha vendido al gobernador.

—¿Cómo lo averiguó él?

—Vivian juntos, y le vió montar á caballo, dirigiéndose acto contínuo á Francia.

—Eso no es una razon para dar por hecho cosa tan grave.

—Es que al despedirse le dijo que no queria serviros, y que partia al extranjero, aconsejándole que hiciera él lo mismo.

—Y al saber esa noticia, ¿qué te ocurrió á tí?

—Lo primero averiguar cuántos eran los traidores de los siete que me obedecen; y como viven cerca, los vi uno por uno, mandándoles que partieran á esperarme á mi casa.

—Bien hecho. ¿Cuántos son los malvados?

—Uno sólo, Merli; lo tenía previsto, y más de una vez os lo dije, señor conde.

—¡Miserable!—exclamó el marqués.—¿Por qué no le hendiste en el pecho tu puñal?

—Señor, lo hubiera hecho de muy buena gana; pero ese cobarde era el único que me estaba impuesto por la junta.

—¿Quién osó?

—Yo,—contestó el conde;—ese hombre me venía prestando de antiguo algunos servicios, y jamás me dió motivo para

que dudase de su lealtad; le faltaba corazon, pero le sobraban astucia y sagacidad, y lo creí necesario; por esta razon lo agregué á Busato. Otra causa me obligó además á tomar esa determinacion; Merli mereció toda mi confianza, y por él sabía lo que me contaban Busato y los suyos y lo que á éstos convenia ocultarme.

—Os dió buen pago.

—Yo,—contestó el polizonte,—suponia que Merli nos espiaba; mas como estaba satisfecho de nuestra lealtad, me tenía tranquilo su conducta; pero daba por hecho que acabaria segun hemos visto, á juzgar por su cobardía, falsedad é hipócritas acciones.

—Todavía falta saber si es exacta tu denuncia. ¿De dónde venías ahora?

—De averiguar esa misma exactitud.

—¿Qué datos tienes?

—La prision de un portero y dos criados de Guzman y la declaracion de un soldado que habita en casa del gobernador.

—¿Qué dice el último?

—Que Merli se presentó anoche á su jefe; que éste le llamó esta mañana, y le dió un pase para Francia, encargándole que partiera al momento.

—¿Te ofrece confianza ese soldado?

—Absoluta.

—Entónces estamos perdidos.

—No, señor; Merli, agradecido sin duda á los favores que os debe, sólo declaró la intencion que abrigábamos respecto de los que habitan el palacio de Guzman; pero dijo que nos desconocia, relatando sólo los nombres del portero y dos criados que ayer se vendieron á nosotros.

—¿Y la autoridad de Nápoles se dió por satisfecha con tan poco?

—Merli no es tonto, señor, é inventando una historia fraguada en su cabeza, dijo haber oido á unos embozados, á quienes desconocia, que era preciso vengar la muerte del conde Ozel-

man, matando á Zalla, á Roch y á cuantos estaban con ellos. Supuso que éste fué el cabo, con el cual logró saber que los referidos tres sirvientes facilitaban el acontecimiento, si bien le habia sido imposible descubrir los nombres de los encubiertos, cuya conversacion sorprendió. Como sólo pidió cien ducados y un pase para Francia, se los dieron después que el gobernador supo, por los tres sirvientes que yo gané, la exactitud del hecho. El hábil relato de Merli, su mucha astucia y la confianza del gobernador, fueron causa de que aquél no sospechase nada contrario á la tranquilidad de Nápoles, y el que todo quede reducido á la prision y castigo de los tres sirvientes.

—¿No te conoce ninguno de ellos?

—Anoche me vieron por primera vez é ignoran quién soy.

—¿Qué explicaciones les diste?

—Les participé únicamente que deseábamos vengar la muerte de Ozelman, á cuyo fin les ofrecí mucho oro si nos ayudaban, con lo cual quedaron satisfechos.

—Siendo así, poco se ha perdido.

Creyendo Busato cuanto le habia dicho el duque del Imperio, mentia en estos instantes, fundado en las hábiles frases de aquél y en las consiguientes deducciones que juzgaba lógicas el malhadado polizonte. Preso el incomparable Osorio; encerrado en oscura mazmorra, é ignorado este acontecimiento por todos sus amigos y parciales, todavía triunfaba moralmente de sus enemigos, los engañaba, por boca de Busato, excitando en ellos torpe confianza.

El conde y sus compañeros miraron al agente con satisfaccion y alegría, diciéndole el primero:

—Muy bien; nos complace tu conducta, y en lo sucesivo no te se impondrá á nádie. Trabaja como hasta aquí, siga inspirándote la lealtad, y el dia del triunfo recibirás espléndida recompensa.

—A eso aspiro, que hartos años llevo de exponer mi vida á cada momento, de herir al que se me manda, de prestar servicios importantes, sin que hasta ahora haya salido de pobre.

—Te damos doscientos ducados mensuales, pagándote por separado con esplendidez muchos de los negocios que te encargamos.

—Eso se repartió entre ocho.

—Pero me consta que te quedaste siempre con la mitad.

—Con la cual gané dos soldados de los que sirven al gobernador, y á otras personas que me eran indispensables.

—¿Qué necesitas?—le preguntó el marqués.

—Que triunfemos, y si me hago acreedor, en vez de polizonte quiero ser capitan.

Los nueve conspiradores se miraron sorprendidos al escuchar la absurda pretension de Busato; pero era uno de los brazos con que contaban, no podian prescindir de sus servicios, y disimularon su admiracion, exclamando el conde:

—Tendré en cuenta tu deseo, y si efectivamente fueses digno de tan honrosa insignia, yo mismo la ceñiré á tu pecho.

—Alentado por la idea de que podrá realizarse el sueño de toda mi vida, haré imposibles, os lo juro.

—Veamos,—le dijo Vignati con intencion,—si me das una prueba de tu talento, sagacidad é interés por la causa que defendemos. Díganos el jefe de nuestra policía, quién es un soldado alto, de mirada severa, excesivamente moreno, de ojos negros y rasgados, barba larga, frente altiva y despejada, que aparenta lo que no es y que entra y sale en el palacio de Guzman.

Busato vaciló; comprendia que la alusion era á su vencedor, al hombre que más temia y respetaba y al que halló en su vida más generoso con él; pero la prudencia le aconsejaba ser cauto y no se atrevia á desplegar los labios.

—¿Qué contestas?—le interrogó el conde.

—Dejadme recordar.

Y Busato inclinó la cabeza en actitud de meditar.

Se trataba de dar una prueba de capacidad é interés, la primera acaso que le acercaba la prometida banda; nuestro polizonte era ambicioso y no le faltaba amor propio, por lo cual contestó:

—Ese soldado, que usa pistolas como los reyes, no es ciertamente lo que parece.

—¿Quién es?

—Un gran señor.

—¿De qué país?

—De Inglaterra.

—Yo lo juzgué español.

—Y yo inglés.

—¿Debemos temerle?

—Mucho, el que sea enemigo suyo.

—¿Por qué?

—Porque es muy valiente, dispone de mucho oro y sabe lo indecible.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro.

—¿Podrás averiguarlo?

—Difícil es.

—¿Quién te lo impide?

—Las ideas que profesa.

—¿Cuáles son?

—Las vuestras.

—¿Te consta?

—Sí, señor.

—¿Le has visto trabajar en favor de la independencia de Nápoles?

—Más de una vez.

—¿Nunca sospechaste de él?

—Sí.

—¿Qué hiciste?

—Espiarle.

—¿Te conoce?

—Como vos.

—¿Qué encargos te dió?

—Ninguno.

—¿Dónde habita?

—Sólo él lo sabe.

—¿Quiénes le obedecen?

—No lo sé; es hombre que no se vale de gente extraña.

—¿Con quién le viste hablar?

—Con nádie de quien se pueda sospechar.

—Debe ser amigo de Guzman, Zalla y Roch.

—O un enemigo oculto que los perderá.

—¿En qué te fundas?

—En la mision que le retiene en Nápoles.

—No hagas conjeturas; contesta sobre lo que hayas visto.

—Señor, ese soldado decididamente es de los nuestros.

—Dame una prueba decisiva.

Busato quedó meditando; de pronto exclamó:

—Si fuese contrario, al salir de la última junta general, todos hubiérais caido en poder de las tropas reales.

—Esa es prueba, pero no decisiva.

—Tiene la lista con los nombres de todos los afiliados, no obstante lo cual, deja aproximarse el dia de la revolucion sin temor alguno y con alegre satisfaccion.

—¡Es el enviado del embajador de Inglaterra!

Dijeron los ocho á la vez.

—No lo niego,—añadió Vignati, y prosiguió dirigiéndose á Busato:—Parte á Nápoles, y averigua lo que pasa en casa de Don Jacobo. Tu gente que espere en sus casas.

Salió aquél muy satisfecho de sus deducciones y defensa hecha á su generoso vencedor, sin que le fuese dado comprender la terrible consecuencia de sus poco meditadas frases. Su satisfaccion y la que concluia de infundir en los nueve jefes debian ser la perdicion de los diez.

—Es imposible dudar de aquel hombre,—se decia por el camino,—ni Vignati ha hecho otra cosa que examinarme; pero le he demostrado lo que valgo; ¡tengo yo mucho talento! ¡Oh, si me hubieran dado carrera! No importa; seré capitan, y con el tiempo... Voy contento; la prueba que acabo de sufrir me atrae la banda, y el dia del triunfo...

Y comenzó á tararear la siguiente coplilla, que corria ya de boca en boca entre los conspiradores:

Nápoles, bella ciudad,
Hija del ardiente sol,
Al grito de libertad
Se verá tu majestad
Libre del yugo español.

Al salir Busato del salon verde entró Ros, que há tiempo acechaba el momento de oir á los conjurados, mas léjos de pasar adelante, quedó detrás de la cortina, cubierto con ella, pegado á la puerta y hasta sin respirar. El escudero y lacayo, que debian estar cerca de allí por si llamaba su señor, bebian en este momento en la portería dos botellas de Siracusa, confiados en la guardia que generosamente hacía por ellos el supuesto primo del portero.

Ya solos los nueve conjurados, dijo el marqués:

—Ese soldado es, sin duda alguna, el enviado del embajador, y no debe extrañarnos su desconfianza y recato, pues son cualidades inglesas creer sólo lo que ven y adoptar la cautela en todos sus actos y acciones.

—No lo dudo,—contestó el conde;—pero es hombre de mucho valer, y nos conviene tenerlo en la mazmorra hasta logrado el triunfo.

Ros palideció; sus ojos quedaron cárdenos, y hubo un instante en que estuvo á pique de descubrir su presencia allí.

—Creo, señores,—añadió el marqués,—que ese agente debiera traerse á nuestra presencia, sufrir un interrogatorio, y obrar con arreglo á lo que resultase contra él.

—Os he dicho que le hice cuantas preguntas convenian á nuestro intento, sin que haya contestado á una sola satisfactoriamente. Sabe que os presido, que soy el jefe principal de la revolucion, y no obstante eso desdeña mis amenazas, desoye mis súplicas, y me trata con una altanería insultante é insufrible. Ha muerto ó tiene prisionero al duque del Imperio, y sin embargo de comprender el interés que tenemos en saber

la suerte de ese hombre funesto, se obstina en decir que le pertenece, y que no puede ni quiere darme explicacion de ningun género. Por último, he visto en sus frases y actitud á la orgullosa Alvion, queriéndonos imponer su voluntad con más empeño y dureza que los españoles.

—¿A qué vino esta mañana?

—A darme cuenta de la venta de Merli.

—¿Quién le descubrió ese secreto?

—Lo ignoro.

—¿Se lo preguntásteis?

—Diez veces. Os digo que parece un rey disfrazado de pechero.

—No se explica nada de cuanto os ha ocurrido con él.

—Tan cierto es, cuanto que me ha confundido, y hubiera seguido oyéndole, si no me humillara con sus desdenes y altivez.

—Insisto en que lo traigan ante nosotros; póngase á votacion mi propuesta, y que decida la mayoría.

Esta idea puso en un conficto al conde, toda vez que el supuesto soldado conservaba sus dos pistolas y espada, y sabía muy bien que era capaz de abrirse paso con ellas por entre todos sus criados y parciales; y siendo un secreto para aquellos los medios de que se habia valido y trampa en que lo tenía encerrado, no estaba en el caso de venderlo. Odiaba instintivamente al prisionero; le temia mucho, y pretendia adivinar que era enemigo suyo, sin poder explicarse la causa, pero creyendo en ella firmemente. Así es, que á la proposicion de su compañero contestó:

—Marqués, ofrecí mi amistad al prisionero; le rogué en nombre de todos vosotros y de la santa causa que defendemos nos diera las explicaciones que le pedia y nos son indispensables para fiarnos de él y caminar unidos en adelante, y á todo se negó. Desoyó mis súplicas, se burló de mis amenazas, y yo entónces, jefe del gran partido revolucionario del reino de Nápoles, juré vengar la afrenta, reteniéndolo encerrado en

una mazmorra hasta el siguiente dia del triunfo. Si tiene órden para hablar así probaremos al que se la ha dado que no necesitamos de él para nada; si obra por cuenta propia, demostraremos que un hombre solo no impone su voluntad á los representantes de todo un pueblo; y de un modo ó de otro no empezaremos la gloriosa reconquista de nuestros derechos y libertad, sucumbiendo ante las humillaciones de un sér que pretende ser amigo y nos desdeña é insulta porque se cree necesario ó superior. Pedidme cuanto querais; dispuesto me hallo á no negar nada á los que comparten conmigo los azares y peligros de una lucha que asombrará al mundo; pero ese hombre me pertenece, es mi prisionero, y ántes entregaria mi vida que conceder su libertad á amigos ó extraños. Si le hubiérais visto ó escuchado, opinariais como yo, que al fin somos nobles napolitanos, y en este juego en que tanto peligran nuestras cabezas, no nos hemos propuesto conquistar un nuevo yugo, sino destruir el que tenemos, y no tolerar que se nos imponga ningun otro.

—¿Es irrevocable vuestra determinacion?

—Os lo juro por la memoria de mi padre.

—¿Os hallais dispuesto, conde, á aceptar el todo de la responsabilidad de un acto contrario á nuestra opinion?

—Sí.

—Entónces, señores, decid quiénes acompañais al conde, y quién, como yo, rehusa admitir los cargos que puedan hacernos mañana por ese acontecimiento.

Los siete opinaron con el marqués, declinando en Vignati las consecuencias del hecho.

—En tal estado,—añadió el marqués,—podemos tratar, si gustais, de otro asunto.

—Sí, sí,—le contestaron todos.

—Debo deciros,—exclamó el conde,—que disponemos ya en Nápoles de doce mil hombres y que desde el lúnes próximo empezarán á llegar los de Apulla, Abruzos, Calabrias y restantes parciales que se hallan en provincia; vienen prece-

didos de caballeros que los guiarán en el combate, y de cuya lealtad y valor tenemos pruebas inequívocas. Durante la mencionada semana aguardarán en la ciudad y contornos quince mil hombres dispuestos á caer sobre su débil y déspota enemigo, y es indudable que el triunfo será completo. Ayer quedaron terminados los acopios de armas, y en poder de los comisionados diez mil ducados que irán repartiendo segun las instrucciones que acordamos, y para el sábado siguiente todo estará dispuesto. Opino, en consecuencia, que nos reunamos todos los dias como hoy para obrar de comun acuerdo y discutir hasta la más leve circunstancia. El jueves podremos citar á junta general, y si todos opinais como yo, al amanecer del domingo se proclamará la independencia de Nápoles, pasando á cuchillo á cuantos se opongan.

—¿Los de las Calabrias y demás puntos de provincia llegan con todas las precauciones convenientes?

—En esa parte, descuidad, marqués; no es posible más prudencia y discrecion; el enemigo es valiente, no se duerme, y los que hasta ahora burlaron su destreza y habilidad no cometerán una torpeza en los momentos críticos.

—Creo, no obstante, que tenemos afiliados muchos hombres que han de abusar del triunfo.

—Cási todos se ensañarán en las personas é intereses de sus enemigos; pero un pueblo que lleva tanto tiempo sufriendo el yugo extranjero necesita un desahogo que nos apresuraremos á darle.

—No van á dejar un español.

—Mejor; así la leccion será completa, y verá el rey Felipe lo que son los napolitanos.

—Cierto; preciso es concederles algunas horas de saqueo y expansion.

—O algunos dias; que limpíen este país de víboras y reptiles, y miéntras lo consiguen, libertad completa. Luégo, á imitacion de Venecia, formaremos una república que sea modelo en los mares y en la tierra.

—¡Guerra eterna á los españoles, y á ser posible, que su inmenso poder no acabe en Nápoles sino en el orbe!

—¡Sangre, fuego y muerte á esa raza ambiciosa que cree tener por patrimonio el universo entero!

—En su misma inquisicion daremos tormento á sus partidarios; morirán luégo en sus propias hogueras, y en el puerto elevaremos un obelisco, cuya lápida dirá: «Si aquí hubo españoles que mandaron un dia, tambien existieron napolitanos que dieron fin de todos.»

—Nos han desterrado de los consejos; se reparten entre sí los destinos y el poder; nos aumentan los impuestos, y si los dejásemos llegarian á convertirnos en siervos más encadenados y humildes que los prisioneros de Atila.

—¡Pronto llegará el dia de la expiacion!

—¡Venga cuanto ántes, y que Dios nos ayude!

—¡Y que el cielo nos guie!

—¡Y que el infierno se trague á nuestros enemigos!

—¡Y que Lucifer no deje sobre la capa del suelo un solo español!

—*Amen.*

—*Amen.*

Ros, que continuaba tras de la cortina, se mordia los dedos en estos instantes hasta ensangrentárselos; el valiente andaluz lloraba por la suerte de su amo, y le contenia la idea que concibió de salvarlo, sin perjuicio de lo cual brotaba fuego de sus ojos, tendia la mirada vaga y siniestra; palpaba sus pistolas, y un sacudimiento nervioso agitaba su sér. De pronto abrió la puerta sin hacer ruido alguno, y de un salto llegó á la portería, diciendo al lacayo y escudero:

—Los señores salen.

Y fué reemplazado por aquéllos, quedando él sin accion ni movimiento, y como abrumado por un peso superior á sus gigantescas fuerzas.

El conde fué estrechando uno por uno á sus ocho compañeros, después de jurar por centésima vez guerra eterna á los

españoles, y los despidió, acompañándoles hasta la puerta del salon.

Cuando se halló solo, cerró aquella, y cayendo sobre un sillon, exclamó:

—Bien, amigos mios; aplaudo vuestro ardimiento, ódio á los españoles y decision por la causa; pero es preciso que todos empeceis ya á inclinaros ante vuestro futuro dictador. Queriais arrancarme el reo, y mi voto ha valido más que los ocho vuestros; ese es el principio; más tarde os impondré el fin. ¡El reo! ¡qué hombre tan audaz, tan valiente, tan osado! Ni un ay exhaló al caer en el cepo; la operacion fué rápida, instantánea; así era preciso para no darle tiempo á disparar las pistolas; pero en aquel momento, parecido á una ráfaga que desaparece en el acto de presentarse, me lanzó una mirada tan abrasadora, que me obligó á retroceder. ¡Oh, yo dominaré tu potente brio! ¡Tres dias te he de tener por lo ménos sin comer ni beber! ¡Acosado por el hambre, la sed y el insomnio, te abandonarán las fuerzas físicas; con éstas desaparecerá la moral, y desarmado entónces, indefenso, cási espirante, te obligaré á que beses mi planta, y de no hacerlo morirás en el acto! Duerme, si quieres; junto á tí se halla el panteon de mis antepasados; su vecindad te asegura el fin, que hombres como tú prefieren la muerte á la humillacion, y yo te he de hacer sucumbir ante mis frases ó bajo el acero.

La irrevocable resolucion que acababa de expresar el conde nos da una idea exacta de lo mucho que abarcaban su orgullo, entereza y maldad; y si eso hace con uno á quien juzga compañero de revolucion, ¿qué hubiera realizado si su hija ó algun otro le dijera «tu prisionero es el poderoso duque del Imperio; el único que con su genio y heroismo puede destruir vuestros bien combinados planes, arrollándoos á todos, y no dejando uno sólo de vosotros si así cumple á sus deseos?»

Vignati, déspota, ambicioso, tirano y cruel, era la representacion genuina de los jefes de la revolucion; se sublevaban contra el poder semipaternal de España porque no les encar-

gaban á ellos el gobierno del Estado, la distribucion de premios y cuanto anhelaban sus bastardas pasiones. Eran ricos, muy ricos; tenían influencia en el país, y en estos momentos jugaban el todo por el todo, prefiriendo la muerte y confiscacion á no ser ellos los que mandasen.

No podian alegar en pro de su causa ninguna razon lógica: Fernando de Aragon recibió por derecho propio el gobierno de Nápoles; se lo dejó luégo á su legítima heredera Doña Juana, ésta á Cárlos I, y el César á su digno sucesor Felipe II. Tenían, en consecuencia, perdida la cuestion de derecho, y no hallando ningun otro motivo, toda vez que la influencia española era aplaudida por los más, atrajeron á sí á muchos ilusos, á todos los ambiciosos y á la gente perdida, que por desgracia es mucha en todos los países. De este modo consiguieron tener quince mil hombres, con los cuales juzgaban sobrarles para dar fin de los seis á ocho mil españoles que existian en el reino de Nápoles. Contaban además y principalmente con la sorpresa y la traicion; y es indudable, ó al ménos muy verosímil, que triunfaran si el duque del Imperio perecia ó continuaba doce dias más en su encierro. Sin adivinarlo Vignati habia inclinado en este dia la balanza en favor de la revolucion.

Sepamos quién logra el triunfo, si el héroe prisionero ó su terrible y fiero enemigo.

CAPITULO XX.

Un criado como hay pocos.—El misterio.—Otro diablo inspirado por un ángel.

Dijimos que el buen Ros quedó en la portería del palacio como abrumado por un peso superior á sus gigantescas fuerzas, y así era la verdad. Desde muy jóven servía al incomparable Flaviano de Osorio, el cual fué para él hasta entónces un padre, tan severo ó tan tierno como la educacion del criado requeria; pero siempre espléndido con él, siempre afable y generoso, le enseñó á conocer el mundo, participó de todas sus intrigas amorosas y políticas, y lo habia connaturalizado consigo hasta el punto de inspirarle sus propias ideas, tendencias y pensamientos. Lo hizo valiente, desprendido, altanero con los fuertes y caritativo con los débiles. Lo que el amo practicaba, eso le parecia al sirviente lo justo, lo grande, lo que debia intentarse; Ros miraba por los ojos de su amo, viéndolo todo de idéntica manera que aquél. Una homogeneidad tan rara, paridad tan completa constituian en ámbos un cariño mútuo, que sin faltar al respeto y consideraciones de clase, se sobreponia al de la amistad, pretendiendo igualarse al fraternal.

Hé ahí la causa de que Ros, tan sereno é impávido ante el peligro en todas las ocasiones de su vida, en ésta se presentaba aturdido, confuso y sin saber qué intentar.

—Yo quiero salvar á mi amo,—se decia con llanto en los ojos;—solo, sin la ayuda de nádie y áun cuando perezca yo y toda mi raza; pero ¿de qué modo, Señor, de qué modo? Mi razon está ofuscada; este cerebro, el mejor de los de su clase, no me presta hoy una sola idea; ¡maldicion!..

Y se restregaba los ojos, mordia sus dedos, y agitado y convulso volvia á exclamar:

—Lloro, sí, lloro; estas lágrimas prueban que soy tambien débil; ¡débil yo! ¡voto á todos los conspiradores del mundo! ¡Esta humedad que cubre mi rostro ha de producir un rio de sangre! Me creo débil porque el astro que da fuego á mi existencia, que reanima mi sér y me eleva, se eclipsó; mas solo ó con él, ¡ay de los planetas revolucionarios el dia que este rayo caiga sobre ellos!

Ros oyó á los nueve conjurados discutir sobre la suerte de su amo, comprendiendo, sin que le quedase duda alguna, que el duque cayó en un lazo puesto por Vignati, y que lo tenía en una mazmorra, cuyo sitio y medio de abrirla ignoraba.

—Yo he recorrido y estudiado todo el piso bajo del palacio,—se decia,—y no hallé el paraje ó subterráneo donde pueda existir calabozo alguno. Será un secreto hábilmente dispuesto; esta canalla tiene acierto y discrecion en aquello únicamente que conduce al mal, pero yo lo descubriré. ¿Pues no lo he de descubrir? Aun cuando tenga que matar desde Vignati al último lacayo, y desde Angelina á mis... á todas sus doncellas.

En este instante entró el portero algo bebido, y con semblante risueño le preguntó:

—¿Qué haces aquí, primo; tienes sueño?

—No.

—¡Como estás sentado sobre la cama! ¡Qué buen Siracusa, chico! Tres botellas nos hemos bebido. El lacayo se las fué á comprar al mayordomo; éste se las roba al amo, y nosotros nos

hemos calentado el estómago con ellas... ¡Vaya un vino! Dice el escudero, que es gran inteligente y mejor bebedor, que cuenta lo ménos quince años.

—¿Quién, el escudero?

—¿Tambien tú estás chispo? Pues habrá sido con el olor. No hombre, el vino. Se me figura que tienes los ojos encarnados. Calla, ¿usas espada? Te se ve la vaina por ahí.

—Borracho, no digas disparates.

—La has tapado con el tabardo, pero yo vi la punta.

—No me extraña; hoy tus ojos están turbios.

—Es decir, muy rojos; así como los tuyos.

—Siéntate á mi lado.

—¿Aquí? Voy á ver si puedo. Sí; ahora estoy mejor.

—¿Cómo anda tu cabeza?

—Se está quieta; lo que anda son las paredes y los árboles.

—Primo, se me figura que estás beodo, y si el amo te ve...

—El pícaro escudero tuvo la culpa y ese vinillo que parecia jarabe; pero no; sólo me encuentro alegre; los suizos somos muy fuertes. ¿Cuándo me convidas otra vez?

—A la noche.

—Me alegro; te cojo la palabra y acepto. ¿Son hoy tus dias?

—No, mis cumpleaños.

—¡Hola, hola!.. Tú eres jóven, y por eso lo celebras; si tuvieras, como yo, cincuenta y siete... Yo digo que cincuenta y uno, pero no es verdad; cada año me quito seis, mas el destino me añade uno, y léjos de bajar, aumentan.

—Oye, primo, aquí habrá calabozos.

—¿A dónde, en la portería?

—No, en el palacio.

—Calabozos... ¿qué son calabozos?

—Hombre, las prisiones donde encierran á los reos.

—Esas están en la cárcel; mira, en Nápoles hay dos; la una es muy grande...

—No es eso: digo que el conde debe tener bajo tierra al-

gunos sótanos ocultos para castigar en ellos á sus criados, enemigos...

—¿De veras? pues hasta ahora no me lo ha dicho.

—¿Ni tú averiguastes jamás la existencia de ellos?

—No; sólo tenemos debajo el panteon. ¡Cuánto muerto, chico, cuánto muerto hay allí; y se siente un frio!..

—¿Has estado?

—Sí, cuando enterraron á la condesa.

—¿Y no viste ninguna otra puerta que te diera indicio de los calabozos?

—Nada; se bajan veintiocho escalones; se abre una puerta de madera; luégo se cruza un pasillo húmedo y oscuro; á la conclusion hay una puerta de hierro, y detrás está el panteon que tiene estatuas, un altar y muchas urnas. Todo lo que se ve es de mármol, y áun cuando sea en Agosto, hace allí un fresco que sorprende á cualquiera.

—¿Y en ese pasillo ó en la escalera estás seguro que no hay ninguna puerta?

—¡Vaya! como que llevaba un hacha encendida, y lo vi perfectamente.

—¿Y dentro del panteon?

—Tampoco; se halla el altar á un lado; enfrente se ve una cortina de terciopelo en señal de luto, y á los costados, es decir, en la circunferencia, pues es redondo, están los sepulcros.

—¡Maldicion!

—¿Qué dices?

—Que está muy mala tu cabeza.

—Alegre, alegre y nada más. ¿Por qué lo dices?

—Yo sé que hay una mazmorra.

—¡Sí! ¿En qué sitio?

—Eso no me lo han dicho.

—No me extraña; ¡el amo sabe mucho, mucho, y oculta sus secretos!..

—¿Cómo podriamos averiguarlo?

—¡Qué nos importa á nosotros!

—Dicen que tiene encerrado en ella á un hombre á quien no da de comer ni de beber.

—Entónces se ha muerto ya.

—Aún no; porque hace poco que lo metió allí; y añaden que es muy rico, y que si nosotros pudiéramos salvarle, nos daria diez mil ducados, con los cuales nos íbamos á Suiza.

—¡Buen negocio! pero chico, eso es un cuento; aquí no hay calabozos, y áun cuando el amo es un poco durillo, es decir, que tiene mal genio, ¿cómo se habia de atrever?..

—Fíjate bien en lo que voy á preguntarte. ¿Me oyes?

—Sí, hombre, si no estoy borracho; alegre y nada más; ¿no te lo he dicho ántes?

—Veamos si es cierto. En el caso de existir algun secreto en el palacio, ¿quién lo sabria?

—Toma, el conde.

—No es eso; á excepcion del amo.

—El escudero; ese se encierra con él; le acompaña de noche, y es, segun dicen todos, su alcahuete; no, otra cosa quiero decir.

—Su confidente.

—Eso es, su confidente.

—¿Te se ha pasado ya el mareo?

—No; todavía me parece que andan las paredes.

—Entónces salte á la portería, pasea, y que te dé el aire.

—¿Por qué?

—Primo, estás chispo, y dicen que contando al que se embriaga una historia como la que yo te referí ántes, inventada por mí, se quita; á no ser que la cabeza esté muy llena de vapores, en cuyo caso sólo el aire ó el sueño curan al borracho.

—¿Con que todo eso de los calabozos y del prisionero era un cuento?

—Sí.

—Ya me lo figuraba yo.

—Haz lo que te he dicho, y hasta luégo.

—¿A dónde vas?

—A ver á los amigos.

—Pues ya tomaré tu consejo, no vaya á notar el amo cómo estoy, y me mande dar de palos.

Ros abandonó la habitacion del portero, y triste, cabizbajo y meditabundo subió al palacio, dirigiéndose á una de las estancias donde solia encontrar siempre á alguna de las doncellas de Angelina. No se equivocó en esta ocasion, pues halló una camarera y dos de aquellas.

El infeliz se dominó cuanto pudo, disimulando lo que sufria su corazon; comenzó á requebrarlas, segun costumbre, vertiendo sus labios toda la galantería é ideas elevadas que aprendió de su amo. Luégo preguntó á una de ellas:

—¿Y mi amigo el escudero, por dónde anda?

—Há un momento partió para Nápoles con vários encargos del señor conde.

—¿Dijo si tardaria mucho?

—Se despidió hasta la noche.

Le contestó una doncella; su compañera añadió:

—Entónces positivamente no viene hoy, porque á ésta le cuenta lo que hace, lo que piensa y lo que desea.

—No digas eso.

—¡Maldicion!—exclamó Ros hablando consigo mismo.

—¿Qué es eso, amigo mio?

—Nada; no me referia á vosotras. ¿Y la hija del señor conde?

—Encerrada con su padre, el cual la reprende ahora como nunca lo ha hecho.

—¿Por qué?

—Porque habló con ese soldado, tolerando que la galantease.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Cuando el escudero le avisó por encargo vuestro de que le esperaba ese hombre, dijo á sus amigos que aguardasen, y habló con ellos en secreto. Luégo marchó á la cámara de Angelina, y estuvo escuchando; y en el momento que salió el

soldado en busca del señor conde, esperó á su escudero, dándole no sé qué órdenes. Después conversó con su hija; le mandó que le esperase allí, regresando dos horas más tarde. Hay un misterio en todo esto, que yo no he podido descubrir.

—Porque no habeis querido.

—¿Qué debia hacer?

—Preguntárselo al escudero.

—En eso me fundo para creer que hay algo grave, pues el que suponeis que todo me lo dice se negó á satisfacer mi curiosidad, previniéndome que no me mezclase nunca en esos asuntos, si deseaba continuar en el palacio.

—¿Y os conformásteis?

—¿Qué remedio tenía?

—Entónces, amigas mias, ocurre alguna cosa extraña y de mucha trascendencia.

—Eso digo.

—Y yo.

—Y yo.

—¿Salió el soldado?

—Sí.

—¿Le vísteis alguna de vosotras?

—No; pero dónde habia de estar.

—Acaso lo retenga preso...

—¡Qué locura! Aquí no hay calabozos ni el señor conde se entretiene en eso; cuando cree que alguno le falta, le manda dar cien palos, y negocio concluido.

—Pues yo juraria que ese hombre no partió.

—¿En qué os fundais?

—En que he estado toda la mañana en la portería y no le he visto salir.

—Lo echarian por el jardin; estaba la puerta abierta y así continúa, pues aunque la entornó el escudero, que tambien marchó por ahí, volvieron á abrirla.

—Es que el amo va á salir á caballo; está allí Roque teniendo los dos potros del diestro.

—Todos salen hoy por ese postigo.

—El señor conde va á Pórtici, y es ese el camino que lleva siempre.

En este instante oyeron la voz de Vignati, y las tres jóvenes abandonaron á Ros, el cual se aproximó á una ventana, permaneciendo así diez minutos. Al cabo de este tiempo vió montar al conde y marchar en direccion de Pórtici, segun habian dicho las doncellas. Aún continuó mirando hasta que lo perdió de vista. Entónces se volvió, hallando detrás á las camareras, doncellas y dueña, que hablaban entre sí con mucho calor.

—¿Qué ocurre, amigas mias?—les preguntó.

—Qué ha de haber,—le contestó una de ellas,—que Angelina está hecha un mar de lágrimas; es una crueldad como la trata su padre.

—Una picardía.

—¡Cuando es un ángel!

—Sus amores con Vitali y la muerte del conde Ozelman tiene que proporcionarle muchos disgustos.

—No hay razon alguna,—dijo la dueña,—para pegar á una dama tan noble y bondadosa.

—¡La ha castigado!

—Sí; yo estaba en su dormitorio, y sentí el bofeton que la dió y el ay que exhaló ella.

—¿Qué la dijo?

—¡Qué sé yo! La llamó insensata, mala hija, miserable, y la anunció que habia de morir como su madre, por necia y desobediente.

—¡Qué barbaridad!

—¡Qué infamia!

—¡Qué maldad! Ese hombre es...

—Decidlo de una vez,—exclamó Ros,—un bárbaro.

—Cuidado no os oigan.

—¡Pobres de nosotras entónces!

—¡El que os denunciara, voto al demonio!..

—¡Jesús! ¡pareceis un soldado como hablais!

—¡Es que si alguno se atreviera á incomodaros, por el diablo!.. pero nada temais, que aquí estoy yo para defenderos á las cinco. Lo que importa ahora es consolar á Angelina.

—¿Quién se atreve?..

—Yo, si me ayudais; más de una vez la hice reir, y en esta ocasion lo conseguiré tambien.

—Imposible; la infeliz está llorando.

—No importa. ¿Me dejais que éntre?

—¿Y si se incomoda y aumentamos sus penas?

—Os juro que he de disminuirlas.

—No os faltan imaginacion y agudezas, pero en este instante...

—En este instante es cuando se la debe distraer.

—¿Y qué hemos de hacer nosotras?

—Procurar que nádie nos espie ni éntre en la cámara, evitando así los cuentos y chismes...

—Dios os inspire. Pasad, que sólo nosotras lo sabremos.

—No os importe si tardo; consistirá en que he logrado nuestro objeto.

—Muy bien.

—Hasta luégo.

Ros dió la vuelta á la cámara de Angelina, y notando que sólo una puerta estaba abierta, penetró, cerrándola tras sí y corriendo la cortina.

La hermosa jóven le vió, y limpiando sus ojos apresuradamente, le dijo, fingiendo una calma y tranquilidad que estaba muy distante de sentir:

—Hola, Domingo; ¿se fué ya el soldado?

Ros avanzó hasta el centro de la cámara, y con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, contestó:

—Sí, ya está bien asegurado.

—¿Qué tienes, hombre? pareces triste y ensimismado.

—Lo peor son la causa y sus consecuencias.

—Habla; ¿ocurre algo á tu señor?

Al pronunciar la jóven estas frases se puso en pié, acercándose á Ros. Este la contestó:

—Antes de ocuparme de mi amo, debo deciros que he participado hoy de vuestro infortunio y desgracias. Os tratan, señora, con una crueldad que no tiene ejemplo...

—Bien, Domingo, bien; hablemos de otra cosa.

—Es terrible, inhumano y falto hasta de caridad, marcar el rostro de una dama tan noble, bondadosa y principal. ¡Si yo estoy cerca!..

—Te hubieras callado. Era mi padre, y tiene derecho á hacer de mí lo que quiera.

—Nádie se lo dió; para ser injusto, ni el padre, ni el rey, ni el amo vinieron facultados al mundo. Y es lo peor, que vuestros criados lo saben, lo comentan; y áun cuando os hacen justicia, dicen que el conde...

—Acaba.

—Nada; lo retratan con sus verdaderos colores. Tan merecida calificacion irá á Nápoles, correrá por Italia, y la bella Angelina servirá depasto á la maledicencia. Poco importa que de él cuenten lo que quieran; todo lo merece, pero ella... ella es acreedora á otra suerte de la que el fiero destino le ofrece.

—¿Y qué he de hacer yo? Mi obligacion es obedecerle, inclinar la frente, resignarme y sufrir hasta que el cielo se canse de verme padecer, y me llame á otro lugar ó mitigue mis penas en este valle de amargura.

Y la hermosa jóven limpió dos lágrimas que brotaron de sus negros y rasgados ojos. Luégo continuó:

—¡Hasta vosotros, que en vano intentais demostrarme cariño, enlutais las tristes horas de mi vida con recuerdos que laceran el alma y mortifican el corazon!

—Os equivocais, señora; si os he hablado de vuestras desgracias pasadas, me propuse, no el atormentaros más, que harto sufre la inocente dama, sino traerlas á vuestra memoria para que las temais y me ayudeis á evitar las muchas más que hoy os amenazan.

—¡Qué dices, insensato!

—La verdad. Os ruego que no me confundais con los vasallos ó criados del conde; yo me parezco á mi amo todo lo que es posible que se asemeje el sirviente á su señor, y éste es un modelo entre los hombres.

—Ya lo sé, Domingo; por eso te tolero que éntres en mi cámara y hables conmigo cási de igual á igual.

—Gracias, señora; no os ha de pesar; pronto lo vereis.

—¿Qué desgracias son esas que me anunciabas ántes?

Ros creyó que tenía ya bastante bien preparado el corazon de Angelina para el objeto que se proponia, y acercándose mucho á ella, la dijo, tan quedo que era imposible que le oyese otra persona por cerca que estuviera:

—Si no me ayudais á salvar á mi amo, ántes de una hora vendré con el maestre Zalla, Roch, el gobernador y mil soldados, que no dejarán piedra sobre piedra de este palacio. No lo hice ya por vos; sé lo que mi señor os estima; me consta que sois un ángel; mas si, sorda á mi ruego, dudais en la ocasion presente, ¡ay de vos, de vuestro padre y de cuanto aquí existe! Miéntras mis valientes compatriotas toman posesion de su rica presa, yo y algunos otros prenderemos fuego al edificio, pasando á cuchillo á la ruin y miserable canalla que se guarece aquí!

—¡Domingo, tus ojos despiden fuego; tu actitud impone, y me asustan tus frases, rostro y maneras descompuestas! ¡No me amenaces, mal sirviente! Yo no temo una muerte que há poco pedia al cielo con lágrimas en los ojos y llanto en el corazon; pero si se trata sólo de salvar á tu señor, al hombre que tanto hizo por mí, que tanto vale, que tanto le... le estimo, entónces expondré por él hasta mi vida. ¿Qué le sucede? ¿Quién osó poner su mano en tan admirable caudillo? Habla pronto, Domingo; ve que me mata la ansiedad, que me devora el dolor.

—Vuestro padre que, á juzgar por la bondad con que trata á su hija, debe ser un tigre para los demás, sin comprender lo que hace; sin saber quién es el hombre que esta mañana se

digno descender hasta él y dirigirle la palabra, le tendió un lazo infame, y lo tiene encerrado en una mazmorra en este palacio. Señora, dadme pronto á mi amo, ó encomendad á Dios el alma del autor de vuestros dias.

—Si me vuelves á amenazar, villano, te arrojaré de mi presencia como merece el hombre que falta á una dama y no sabe distinguir la distancia que hay del tirano á la víctima, del que aborrece al que ama á ese guerrero, por cuya salvacion daria yo mi existencia.

—¡Ah!.. Si vos le amais, entónces perdonad mi insensatez. Yo le quiero más que á mi padre, que á mis hermanos y que á cuanto hallé sobre la tierra; por eso y por ignorar que vos le... vamos, le amábais, os hablé de aquel modo; pero visto mi error, me retracto y espero vuestras órdenes, que si vos efectivamente le amais, nada quedará por hacer, estoy seguro.

—Cuéntame lo que ha ocurrido; pero pronto, no pierdas un instante.

—Ya os lo he dicho todo; que lo han encerrado en un calabozo de este edificio, cuyo sitio ignoro, porque de saberlo yo, ya estaria en libertad.

—¿Quiénes han logrado sujetar al leon?

—Hé ahí lo que me ha confundido más; estaban solos vuestro padre y él en una habitacion estrecha, y á la parte afuera el escudero; no vi á nádie más, por lo cual no me explico cómo dos hombres han podido apresar al que vale por sí solo tanto como un ejército.

—Yo sí.

—¿Creeis, como yo, que lo habrán narcotizado con algun vapor? ¡Son los italianos tan hábiles en el manejo del puñal, del veneno y de todo lo que puede privar al hombre de la razon ó de la vida, y les gusta realizarlo con impunidad tan nefanda!..

—No temas; mi padre y su escudero desconocen la ciencia y los medios de emplear esos vapores ó bebidas que matan ó descomponen el cerebro.

—¿Cómo explicais entónces el hecho?

—¡Ay, por desgracia muy fácilmente! Es un secreto que la casualidad me hizo descubrir, y que ahora bendigo por la consecuencia que preveo.

—Decídmelo.

—Puesto que yo tambien amo al prisionero, quiero dirigir la empresa, y á tí sólo te toca, segun has dicho, obedecer. ¿Qué juzgas tú que se propone mi padre teniéndolo de ese modo aprisionado?

Ros parecia vacilar; después se fijó en la jóven, demostrando desconfianza, pero varió de pronto su aspecto, exclamando:

—No es posible que vos imiteis á vuestro padre; la lealtad rebosa en vuestro semblante adornado con el candor y una belleza de ángel...

—Domingo, no estoy para escuchar flores de nádie; habla pronto, ó vete, que para salvar al noble caudillo me basto yo sola.

—No; lo realizaremos entre los dos, que nádie le ama en el mundo tanto como yo. Vuestro padre pretende le diga mi señor dónde se halla el duque del Imperio y que se convierta, en fin, en un satélite suyo.

—No comprendo nada de eso. ¿Quién juzga el conde que es tu amo?

—Un extranjero representante de Inglaterra.

—Ahora me confundo más.

—Señora, es un misterio que no os hace falta penetrar ni os sería posible áun cuando formáseis el mayor empeño.

—La venida de tu señor; su incógnito; la actitud de mi padre... ¡Ay, Domingo, Nápoles está amenazado de una gran catástrofe!

—Dadlo por hecho, mas nada temais vos.

—¿Perecerá el conde?

—Ese juzgadlo en capilla si hoy no queda en libertad mi amo.

—¿Y si le salvásemos?

—Entónces dependerá de la voluntad de su prisionero si ha de vivir ó no.

—¿De él sólo?

—Sólo de él.

—¿Y el virey?

—Ese habla á mi señor con la gorra en la mano y la vista fija en el suelo.

—Si yo interpongo mi valimiento, ¿crees que lograré libertar al conde del inminente y cercano peligro que yo supongo le amenaza?

—Muy malo es; pero vos sois tan buena, tan hermosa; de seguro no os niega nada mi general.

—Otra razon más para que yo le salve.

—Sí, pero el tiempo corre y ámbos permanecemos con los brazos cruzados.

—Más deseos tengo yo de verlo que tú.

—¿Más que yo?.. Acaso; no lo dudo.

—Concluye de contestar á mi pregunta; ¿qué se propone mi padre reteniendo al preso.

—Un imposible: piensa debilitarlo con el hambre y la sed, y supone que luégo podrá obligarle á que hable, se humille, y haga, por último, cuanto él se proponga.

—Lo desconoce, y cree un delirio.

—Cien vidas perderia, á ser posible, ántes que obedecer al conde.

—Eso nos da tiempo, que harto lo necesitamos, para el logro de nuestro difícil y expuesto deseo.

—Nada me arredra; decidme qué debo hacer, y al momento...

—Calma, Domingo; aseguremos el éxito, y nada importan unas cuantas horas más ó ménos.

—Mi amo llevaba dos pistolas y espada.

—Las conservará en el cinto sin haber podido hacer uso de ellas.

—¿Pero en el sitio donde esté?..

—Allí sólo hay espesos y elevados muros contra los que son inútiles las balas y los aceros.

—No hay hombre capaz de encerrarlo vivo en el paraje que decís.

—Yo afirmo que sí.

—Convencerme, por Dios, señora.

—¡Figúrate que de pronto se hundió una parte del pavimento que sostenia á tu amo, y cayó en una mazmorra, en tanto que la madera y hierros volvian á elevarse, cubriendo el hueco por donde aquél descendió! Y si á esto añades lo instantáneo de la operacion, lo bien dispuesto del resorte, y la solidez de la trampa...

—¡Basta! ¡basta! comprendo lo acontecido y toda la maldad, cobardía y vileza...

—¡Domingo!

—Señora, tan nefanda accion merece la muerte. Si no fuera por vos... Pero él es ántes que todo; ¡oh, no espero más! Perecerá el conde, su escudero y cuantos habitan este palacio; todos, sí. ¡Maldicion! pronto vereis lo que produce esa trampa infernal; lo que arrastra en pos la miserable villanía de vuestro padre. Vuelvo pronto; os salvaré, los restantes que se encomienden á Dios.

—Domingo,—exclamó Angelina, sujetándole de una mano.—Domingo, ¡por Dios!..

—Soltad; yo no soy domingo ni lúnes; pronto me conocereis y á todos los mios.

—No; no te dejaré salir; sé quién es tu amo, quién eres tú, y no cabe en vosotros crueldad tan enorme. Duélante mis lágrimas, mi orfandad; yo te juro salvar al... al... á tu señor.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—Está bien; cedo, que si nací fuerte y fuerte soy ante los poderosos, no puedo, no debo aumentar las desgracias de una dama que implora mi clemencia; mas si hoy no queda libre...

—Te he dicho que lo deseo más que tú; más, sí; ese hom-

bre ejerció sobre mí con su mágica voz y sublimes ideas una influencia que no se explica, pero que se siente, que domina, que vence, Domingo, que vence.

—¡Yo lo creo! ¡pero es el caso que la sed y el hambre!..

—¿No podrá resistirlas unas cuantas horas más?

—Sí; ya estuvo tres dias sin comer ni beber y muchos otros ayunando y durmiendo al relente; es aún más fuerte que yo, pero no debemos consentir que sufra por un miserable...

—Que es mi padre, Domingo.

—¡Canalla de hombre! ¡por qué ha de tener una hija tan hermosa, pura é inocente! Perdonad, siento haberos causado el más leve disgusto; me duele y amargan las lágrimas que acabais de verter; junto á mi señor aprendí lo que vale y se merece una dama; pero en tratándose de él, pierdo el estribo, y ni áun á mi madre respetaria. Tranquilizaos, yo os lo ruego; esperaré, si no es mucho.

—Eres digno de la confianza que te otorga el más noble y valiente de los hombres.

—Gracias. ¿Os dijo quién era?

—No.

—¿Cómo lo sabeis?

—Lo adiviné.

—Entónces hablemos de otra cosa. Están fuera vuestro padre y su escudero; aprovechemos la ocasion, procurando salvar á mi amo.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—El conde importa poco que haya salido ó no; pero nos es indispensable la presencia del otro; y si tú, tan valiente y sagaz, logras realizar mi intento, áun cuando tardemos algo, nuestro deseo se verá coronado por el éxito.

—Yo realizo imposibles; ya os lo probaré en breve.

—El escudero marchó, ¿no es cierto?

—Y no volverá hasta la noche, segun me dijo una de vuestras doncellas, íntima amiga de él.

—No importa; precisamente hasta muy entrada la noche es inútil su presencia.

—Deduzco de vuestras frases que trascurrirán muchas horas sin que mi pobre amo quede en libertad.

—Cierto, y vuelvo á recomendarte por quinta vez la calma; él es fuerte, y la prision y ayuno en nada amenguarán su brio y salud.

—Enteradme al ménos de lo que yo debo hacer.

—Domingo, puesto que le han sorprendido italianos, salvémosle á la italiana. Es indispensable que partas inmediatamente á Nápoles, y compres, no sé dónde ni cómo, pero estoy cierta que tú lo averiguarás; es indispensable, repito, que me traigas un narcótico.

—Me gusta el principio. ¿A quién vamos á privar de la razon?

—Tú al escudero, de quien me han dicho eres amigo; yo al conde, de quien soy hija.

—¡Vos!.. ¿Os atrevereis?..

—Sí.

—¿No os temblará la mano?

—No.

—¿Lo habeis pensado bien?

—Domingo, ó lúnes, como tú dijiste ántes, ó Ros, si eres quien yo creo, ó como te llames, que eso es indiferente, tengo más interés que tú en salvar al... vamos, á tu señor.

—Si es cierto que le amais, si su mágica voz ejerció la influencia consiguiente en vuestro tierno corazon...

—Será eso ú otra cosa, ó lo uno y lo otro; pero la verdad es que, Dios mediante, lo salvaré, y al lograrlo será el momento más venturoso de mi vida. No pierdas tiempo; yo no tengo dinero, pero sí esta sortija que llevó en su dedo mi infortunada madre; vende el solitario que contiene, compra con su importe el narcótico, y regresa al momento.

La jóven besó el anillo y se lo alargó á Ros; éste lo miró sin cogerlo, contestando:

—Magnífica piedra; tiene dos quilates lo ménos, y vale, en consecuencia, más que todos los brebajes juntos compuestos en Nápoles desde que vos nacísteis hasta hoy.

—No importa; lo que sóbre para tí.

—Qué diria mi señor si yo tomase dinero de una persona extraña cuando dispongo de todo el suyo; y os advierto que es cien veces más rico que vuestro padre.

—Entónces le das lo sobrante á los pobres.

—¡Idea filantrópica, digna de vos!

—Abrevia, Domingo, tómalo.

—¿Y la calma que tanto me habeis recomendado?

—Se refiere á la libertad del preso, no á los medios que debemos emplear para realizarla.

—Es que ese anillo perteneció á la señora condesa, y áun cuando aplaudo el sacrificio de desprenderos de una alhaja tan inestimable, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Ponedlo de nuevo en vuestro dedo, y que siga brillando en él ménos aún que los hechizos con que enamorais al que os mira, al que os habla, al que tiene noticia de vos.

—De tal amo, tal criado.

—En mi país se dice: «de tal madera tal astilla».

—Domingo, nos es indispensable el narcótico; por Dios, vuela, y no importa que sea tuyo ó mio el dinero con que lo compres.

—¡Pues no teneis poca prisa!

—¡Oh, te has propuesto atormentarme más aún de lo que el destino lo hace!

—Dios me libre intentar nunca semejante villanía.

—Entónces, ¿por qué no corres?

—Voy al momento.

—Que sea fuertecito.

—Es decir, que los prive de la razon...

—Seis horas por lo ménos.

—O doce.

—Lo mismo da.

—Quedareis complacida.

—Oye, Domingo, asegúrate bien...

—Descuidad, mi amo es hombre de mucha ciencia y su *astilla* tambien.

—Será conveniente que ántes lo probemos en una de mis doncellas.

—Inútil; tan probado vendrá que el que lo beba dormirá tranquilo por cada gota cien minutos.

—¿Sales?

—Sí, pero con calma.

—Son cerca de las tres, y mi padre no tardará en venir á comer.

—¿Cuándo se lo vais á dar?

—En la cena.

—¿En qué líquido?

—En el vino.

—Bien pensado.

—Vuela, Domingo.

—¿A qué hora lo tomará?

—Después de las ocho.

—Hay tiempo de sobra.

—Me consumes esta tarde.

—¿Qué más necesitais?

—Eso sólo, pero vete al momento; te lo ruego por tu pobre amo.

—No puedo negarme á súplica que vos haceis y lleva el nombre de la persona á quien más amo; marcho ahora mismo.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Un minuto.

—¿Te burlas?

Ros dió media vuelta, y sacando un frasco de su bolsillo, se lo enseñó, diciendo:

—Aquí está; probado en Malta, en Venecia; con este narcotizamos á cincuenta soldados, facilitándonos la libertad de

la hija del Dux Loredano, esposa hoy del señor conde de Santomera, primer general de artillería del mundo y uno de los seis *invencibles*.

—¿Y qué papel representábais en ese acontecimiento el prisionero y tú?

—Meros espectadores; somos nosotros muy curiosos.

—Resbalaste, Domingo, pero al caer no te has hecho daño.

—No lo creais; fueron tantos los que tomaron parte en la defensa y libertad de la bella veneciana, que no es posible resbalar y ménos caer.

—El autor principal, el que inutilizó á los soldados, cuentan que se llamaba Flaviano de Osorio.

—Lo contarán y será otro cuento de los muchos que se cuentan.

—¿Quién fué?

—¿Quién es capaz de averiguarlo, con tantos como nos reunimos allí? hubo una mortandad horrible.

—Lo sé; un partidario del Dux, compañero vuestro en la batalla, me refirió minuciosamente el hecho que yo aplaudí con entusiasmo frenético.

—¿Y vuestro padre, qué decia?

—Callaba á todo como de costumbre.

—¿No gusta de los invencibles?

—No.

—¿Por qué?

—Lo ignoro.

—¿Y vos?

—Yo los admiro como á héroes, los contemplo como séres sobrenaturales, y escucho el relato de sus glorias con entusiasmo loco. El genio del príncipe de Italia, su sangre fria, aquella mirada de águila que llega adonde la del *héroe* su padre; el arrojo y valentía del duque del Imperio, su destreza, habilidad y acierto, su belleza, el canto con que imita á los ángeles, su gentileza y poesía, y hasta sus calaveradas amorosas me parecen sublimes. Los otros cuatro, una línea más bajos,

hacen lo mismo que aquellos, y entre los seis forman el conjunto más grande y elevado que existe sobre la tierra.

—Hablais de ellos como si los conociéseis.

—Puede que á alguno lo haya tratado.

—¿Cuándo?

—Juré no decirlo.

—¡Ya!

—¿En dónde más probaste la bondad de ese narcótico?

—En el Perú, Francia, Madrid, y qué sé yo.

—¿Muchas veces?

—¡María Santísima! no puedo enumerarlas.

—¿Con cuántas gotas basta?

—Tres para cada medio cuartillo de líquido.

La jóven se volvió, y cogiendo un frasquito vacío que tenía en su tocador, le dijo:

—Pon aquí unas cuantas.

—Vayan treinta, y no os importe si echais algunas más de las que he recetado. Es preferible que duerman todo un dia á que despierten un minuto ántes.

—¿No ataca al cerebro ni al estómago?

—Es seguro como el sol y benigno como el agua.

—Muy precavido eres.

—¡En buen país estoy para andar con descuidos!

—Oye, Domingo, no lo uses con mis pobres doncellas, que nada hacen contra tu señor.

—¿Por qué me decís eso?

—Se quejan de que eres un poco atrevido, si bien muy galante y cumplido con ellas.

—Todas dijeron lo mismo.

—Pero el narcótico...

—Valgo más que él, y no empleo en las mujeres lo que puede ménos que yo. ¿Qué hago con el escudero?

—Dormirlo por el pronto.

—¿Y luégo?

—Después encontrarás en su bolsillo una llave pequeña;

con ella abres un armario de hierro que verás en su alcoba, saca de él cuantas llaves encuentres, y vienes á buscarme con todas las precauciones posibles.

—¿Dónde os hallaré?

—Aguardas á que sean más de las diez de la noche, hora en que ya el conde dormirá y todos estarán acostados, ménos yo que te espero aquí.

—¿Qué más?

—Eso sólo. ¿Oyes? Concluye de llegar mi padre, retírate.

—¿Qué hago entretanto?

—Baja á la portería y acecha la ocasion en que puedas convencer al escudero de que el vino tuyo es el que más le conviene beber esta noche. Abrevia, que va á subir.

—¡Qué hermosa sois, y qué buena!

—Adios.

—¡Ay! si vos os quedáseis de carcelera, de seguro renunciaba mi amo á su libertad.

—¿Qué sabes tú?

—Estoy seguro.

—¿Te lo ha dicho, Domingo?

—Lo mismo; le conozco mejor que á mí, y viéndoos... y teniendo en cuenta... Dormiré al escudero.

—Y yo á mi padre. Ya llega.

—Por aquí no nos encontraremos.

Y desapareció por una puerta pequeña que comunicaba con un pasillo estrecho, en el cual rara vez entraba el conde.

CAPITULO XXI.

El narcótico.—Consecuencias de la destreza del discipulo de Osorio.—El sueño que más se parece á la muerte.—Sorpresa.—Azar.

El buen Ros sacó una moneda de oro, escondiendo las manos, en una de las cuales llevaba aquella, en los enormes bolsillos de su tabardo. Algo echado adelante é imitando la flemática calma de un suizo, cruzó el pasillo en que le dejamos ántes, descendiendo por una escalera estrecha y tortuosa que le condujo á la portería. Allí encontró al mofletudo cancerbero recostado en un viejo y mugriento sillon de baqueta, junto á una copa de fuego, saboreando aún el néctar de Siracusa.

—¿Qué haces, primo?—le preguntó entrando.

—Ya lo ves; pienso en el gusto que se siente cuando suben los vapores del estómago á la cabeza. ¡Qué dulce es el vinillo ese que nos ha vendido el mayordomo! ¿Comes hoy conmigo?

—Sí, y te advierto que tengo buen apetito.

—Ahora nos bajarán la comida. ¿Cuándo celebramos tu cumpleaños?

—¿Qué hemos hecho esta mañana?

—Hombre, eso fué poco; si tú quisieras esta noche... No harias nada de más; á bien que los aires del campo, el espléndido trato que yo te doy... Esto es muy sano, chico, muy sano.

—Bien me lo haces pagar.

—Tratándose de la salud todo es poco.

—Por eso me callo, que áun cuando me arruine, quiero salir de aquí perfectamente curado.

—Lo conseguirás; recuerda cómo viniste; aquellos dolores que te encorvaban para andar. ¿Y ahora, cómo estás?

—Eso es cierto; cada dia me siento mejor.

—Mírate en mi espejo; qué gordo y qué encarnado estoy. Si añades á los manjares que yo te preporciono buenos tragos de Siracusa... Ríete de cuentos; ese vino es el más sano que se conoce en el mundo.

—Me ha prohibido el médico que pruebe otro líquido que agua.

—No le hagas caso; el remedio es peor que la enfermedad.

—Te convidaré esta noche, con tal que no me obligues á que beba; ya ves qué bueno me encuentro, y no es cosa de volver atrás.

—Me has convencido; entre el escudero y yo celebraremos tu cumpleaños, y brindaremos por tu salud.

—No.

—¿Quieres que sea yo sólo? bueno, no hay inconveniente.

—Al contrario; deseo que participen todos mis amigos y amigas de la casa.

—Te va á costar mucho.

—No importa; ¿qué dirian los demás si supiesen que sólo á tí?..

—Bueno, hombre.

—Toma esa moneda de oro, y que te venda el mayordomo vino y dulces hasta emplearla toda. Aprovecha esta ocasion en que están el conde y su hija comiendo; yo me quedaré en tu lugar.

—Oye, me das dos doblones.

—Quiero celebrar la fiesta con decoro ó no hacer nada.

—Perfectamente. ¿A quiénes convido?

—Procura lo primero sacar al mayordomo el mayor número de botellas y dulces; tráelas, y cuando sepamos las que hay, entónces nos ocuparemos de lo demás.

—Vuelvo en seguida.

Y desapareció nuestro suizo, regresando á la media hora con dos cestas; en una llevaba la comida de ámbos y en otra las compras hechas.

—Mira, mira, primo,—le dijo entrando,—seis botellas de Siracusa y dos de *lácrima;* una empanada de almíbar; repara qué grande; bizcochos de las monjas; dulces secos y cuatro membrillos. ¿Qué te parece la compra?

—Magnífica.

—Estuve regateando hasta que le saqué todo esto. Tenemos que darle una copa del último vino. ¿Comemos?

—Dime ántes: ¿qué hace el conde?

—Quedó de sobremesa, hablando con su hija.

—¿Y el mayordomo y restantes criados?

—En la cocina comen todos en este momento.

—Pues mira, aprovecha la ocasion, y convídalos á beber una copita y comer un dulce esta noche.

—¿A todos?

—Sí, hombre, hay de sobra.

—¿Tambien á las doncellas?

—Y á la dueña.

—Me ha de tocar á mí una botella.

—Una para los dos, y como yo no puedo probarlo...

—Comprendo; subo y volveré en seguida. ¡Qué contentos se van á poner! Lo malo es que murmuran de mí, dicen que no nos parecemos, y que tú eres más generoso y yo más cicatero. Como dan por hecho que no nos parecemos...

—Diles que lo hago en tu obsequio, y que deben agradecértelo á tí.

En tanto que el portero desempeñaba su segundo encargo,

destapó Ros las ocho botellas, echándoles á cada una las gotas del narcótico que creyó convenientes. Terminada su operacion, tornó á ocupar su puesto, exclamando:

—Bien están; con que lo prueben basta; lo que es mañana, habrá persona aquí que para levantarle del lecho será necesario la fuerza de quince caballos.

Cuando regresó el portero, comieron ámbos, y últimamente dijo Ros á su supuesto primo:

—Me voy á echar un parrafito con las doncellas; cuidado, no pruebes el vino hasta la noche; si te adelantas á los demás no vuelvo á convidarte en mi vida.

—Palabra de suizo; pero esta noche una botella.

—Es lo ofrecido, y con tal que tú no abuses, no te faltará.

—Muy aficionado eres á las mujeres.

—Es uno de los medicamentos que me ha recetado el médico.

—Hola, hola, primo, ten cuidado con las hijas de Eva; mira que son muy malas.

—Qué sabes tú; no hay manjar más rico sobre la tierra.

—Cómo te entusiasmas; yo desde que quedé viudo...

—Lo creo; eres de mal país para que pudieras tener buena sangre.

—¿Te vas? Adios.

—Sí; cuando venga el escudero le dices el compromiso en que me has puesto, y le convidas tambien.

—Ya le habia indicado que más tarde se repetia la funcion de esta mañana.

Ros dejó la portería y ántes de subir reconoció todo el piso bajo del palacio, sin hallar más puerta que pudiera conducir á los subterráneos que la del panteon y otra cerca de aquella, situada en el jardin, que daba paso al depósito de agua.

—Por lo visto,—se decia al terminar sus observaciones,—la mazmorra no tiene más entrada y salida que la del sitio donde está la trampa. ¡Al fin italianos! ¡no habrá uno sólo que deje de poseer los medios de atormentar á su enemigo impune-

mente! ¡Ah, conde, conde, caro te va á costar el secreto; áun cuando seas padre de Angelina, no has de librarte de los rayos y truenos que se agitan sobre tu cabeza!

Todavía realizó el diestro sirviente un escrupuloso exámen en la parte principal del edificio, terminado el cual, marchó á la cámara donde estaban las doncellas, entreteniendo la tarde en galantearlas, en tanto que el conde recibia á algunos amigos, daba órdenes que eran cumplidas en el acto, y Angelina meditaba, ocupando su mente mucho más que con Vitali con el duque del Imperio.

Cerca de anochecido regresó Ros á la portería, diciendo al suizo:

—Tengo sueño; despiértame cuando vaya á empezar la funcion; que no dejes de convidar al escudero.

Como la noche anterior durmió poco y en la presente daba por hecho que la pasaria desvelado, aprovechó tres horas en que nada habia que hacer, y las ocupó entregado al reposo.

Serían las diez cuando el portero le llamó, diciendo:

—Primo, el conde se ha retirado al lecho, y su hija ha mandado que todos hagamos lo mismo, conque levántate, que ya han bajado cuatro y no tardarán en llegar los restantes.

—¿Y el escudero, aceptó?

—Yo lo creo; ya está ahí esperando.

—¿Cerraste la puerta?

—Sí.

—Pues salgamos.

En medio de la portería colocaron una mesa grande y sobre ella los manjares y vinos comprados al mayordomo. Diez minutos después todos los criados y dependientes del conde felicitaban á Ros su cumpleaños con brindis y enhorabuenas. Se comieron los dulces, la empanada, bizcochos y membrillos, y fueron poco á poco apurando las seis botellas de Siracusa y las dos de *lácrima*; de las primeras sólo bebieron los hombres; de las segundas tomaron tambien las mujeres, y el que quedó se lo repartieron entre aquellos.

Ros, como estaba dañado del hígado, segun decia él con mucha calma y aplomo, consintió, demostrando pesar, que su primo apurara su racion de vino. En cambio comió empanada, dulces y bizcochos, y levantando un vaso lleno de agua exclamó:

—Ya que los médicos no me permiten otra cosa, alzo este líquido tan desabrido como diáfano, y brindo á la salud de todos, pidiendo á Dios que inspire á mi primo y paisano para que me facilite una cama donde mis pobres huesos no se conviertan en polvo.

Y apuró el vaso.

Todos celebraron el brindis de nuestro hábil andaluz, y enterados de que efectivamente su cama sólo tenía un jergon, le ofrecieron facilitarle al dia siguiente un colchon, y para aquella noche vários de ellos la mitad de su lecho.

Ros lograba su intento, y se apresuró á contestarles:

—Gracias, señores, por la bondad con que me tratais; acepto el de mi amigo íntimo el escudero, ya que esas desnaturalizadas no me dan un pedacito del suyo.

Y prosiguió sacando los colores á las mujeres y excitando la hilaridad de unos y otras con chistes tan oportunos como graciosos.

Antes de las once empezaron todos á bostezar, demostrando un sueño que pronto debia dominarles por completo.

—¡Debe ser muy tarde!—dijo una doncella.—Jesús, y cuánto se me abre la boca.

—Y á mí tambien.

—Y á mí.

—Es la media noche ya,—exclamó Ros,—y puesto que hemos concluido, retirémonos á descansar.

—¡Qué pronto se ha pasado el tiempo!

—¡Y qué agradable!

—¡Vaya un sueño!

—A mí se me cierran los ojos.

—¡Cómo me pesa la cabeza!

—El vino y lo avanzado de la hora. A dormir, señores, á dormir; cógete á mi brazo, escudero, y veamos qué tal cama tienes.

Y se despidieron unos de otros, marchando cada cual á su respectivo dormitorio.

—Pardiez,—exclamaba Ros para sí,— mucho he cargado la mano, y esa pobre gente se va á quedar dormida en los pasillos y escaleras. Si Angelina no me ha imitado, y despierta el conde mañana á la hora de costumbre, va á mandar azotar á la mitad de sus criados.

Y sosteniendo al escudero, entraron en la habitacion de éste.

—Nunca tuve sueño igual.

—Yo lo creo,—contestó Ros;—lo mismo esta mañana que ahora has bebido en toda regla.

—¿Pues y en Nápoles? Allí cayeron cerca de dos botellas. Si el amo lo supiera... Tres chispas en un sólo dia.

—A tí nada te diria; eres su favorito.

—Como que yo le llevo y le traigo, hago cuanto me manda, y sé más secretos...

—Ten cuidado no te se escape alguno, porque entónces te manda ahorcar.

—En eso no hay miedo; primero me dejaba cortar la lengua que decir nada suyo.

—Bien hecho. Cómo bostezas.

—¡Vaya una borrachera! jamás la cogí tan grande.

—Pues á dormirla.

—Sí, es lo mejor. Cierra la puerta tú que puedes andar.

—Noto que aquí todos haceis lo mismo.

—Y la llavecita debajo de la almohada; lo manda el conde y hay que obedecerle.

—Por eso el portero me incomunica con el palacio.

—Hace lo que le ordenan. ¡Chico, no sé tenerme en pié!

—Apóyate en mí, y te llevaré á la cama.

—¡Cómo me pesan las piernas!

—Siéntate.

—Perfectamente; pero no puedo desnudarme; se me cierran los ojos y me caigo.

—Ayúdate un poco.

Ros le desnudó hasta dejarlo en ropas menores. Luégo lo tendió sobre la cama, tapándole con mucho cuidado; ántes de acabar su operacion estaba el escudero como un tronco.

—Duerme,—le dijo,—que ya tienes sueño para doce horas. Te serví de criado esta noche, pero os va á costar caro á tí y al conde. Hé aquí la llave que dice Angelina, y el armario debe ser éste; lo abro y saco las cuatro llaves que encierra; no hay más aquí. Ahora veamos si esa mujer es un ángel que me ayuda á librar un alma del purgatorio, ó es un demonio que me engaña, en cuyo caso cuantos duermen en este palacio irán á despertar al otro mundo.

Ros no se cuidó ni áun de cerrar la puerta de la alcoba del escudero. Con sus cuatro llaves en la diestra y una linterna en la mano izquierda, cruzó vários salones y pasillos hasta entrar en la cámara de Angelina. La hermosa jóven llevaba un vestido de raso blanco con adornos azules, y sobre sus hombros caian ondulantes bucles que sujetaba en la parte superior un prendido de perlas y brillantes. Rodeaba su diminuta cintura un cordon de oro, de cuyos extremos pendian dos borlas que venían á concluir con el largo del vestido.

Su rostro simpático, dulce, y más que agradable encantatador, delicioso, se hallaba matizado de un color rosa que contrastaba admirablemente con la blancura de su epidermis y sus negros y rasgados ojos.

En aquellos momentos en que parecia haber adoptado una resolucion extrema, expresaba su semblante la actividad y el fuego que emanaban de su corazon.

Ros quedó sorprendido, pues nunca la vió tan hermosa y hechicera; así es que después de hacerle una reverencia, se paró delante de ella, contemplándola como abobado, perplejo y aturdido.

—Buena noche, Domingo,—le dijo la jóven;—llegó la hora

de salvar á tu señor, y en verdad que late mi corazon de alegría y mi alma rebosa de júbilo.

—¡Qué bella sois! Mucho temo que mi amo no quiera salir de la prision.

—¿Qué dices, loco?

—Si vos os prestais á acompañarle, positivamente prefiere su mazmorra á las delicias que pueda ofrecerle la libertad.

—No te comprendo.

—¿Os habeis mirado al espejo?

—Sí.

—¿Qué habeis notado esta noche en vos?

—Nada.

—¡Qué modestia! Estais arrebatadora.

—Diré á tu señor y á Vitali lo que me cuenta Domingo.

—Contestarán que el mísero sirviente aprendió á hacer justicia á la belleza. Tambien yo siento como ellos, que mi corazon no es de nieve, y si me quedo muy bajo, allí me inclino ante una hermosura que difícilmente encontraria rival.

—Esta tarde te impuse calma; ahora te recomiendo la brevedad, Domingo; depende de tí el que tu pobre amo tarde ó no en abandonar su terrible calabozo. Ten en cuenta que lleva por lo ménos veinticuatro horas ó más sin comer ni probar el agua.

—¿Estais segura de que podremos salvarlo?

—¡Ay! eso no; pero lo creo posible; mi corazon me dice que sí. ¿Y los servidores de mi padre, duermen ya?

—Todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos están narcotizados; no contad con ninguno de ellos en doce horas por lo ménos; mañana tendreis que vestiros sola.

—¿Tambien ellas?

—No he perdonado á ninguno; puesto que son leales, deben seguir la suerte de su señor. ¿Supongo que el conde?..

—Sí, tambien duerme; y es lo peor que no tuve tiempo de contar las gotas, temblaba mi mano, y le eché más cantidad de la que tú me encargaste.

—No importa; todo se reduce á cuatro ó seis horas más de sueño y á que le duela un poco la cabeza.

—¿Estás cierto, Domingo?

—Sí, señora.

—Entónces vé delante; con esa llave, la más pequeña de las cuatro, abre la puerta del jardin; entraremos en él, y luégo te diriges al arca de agua que existe á la izquierda.

—¡Ah!.. ¿A la espalda del panteon?

—Eso es.

—Ya empiezo á comprender lo poco que me faltaba. Adelante.

Ambos dejaron la cámara, entrando en un pasillo, el cual conducia á una escalera estrecha, al pié de la cual existia la pequeña puerta que comunicaba efectivamente con el jardin. Ros la abrió, y bien pronto se encontraron al aire libre. La noche estaba serena y clara. La luz de la luna, mezclada con el reflejo de los fuegos que despedia el Vesubio, prestaba á los objetos un color siniestro, mas permitian á la vista que los distinguiera á larga distancia. Una brisa fresca rizaba el agua y movia insensiblemente las diminutas hojas de los árboles y plantas; imperaba silencio, interrumpido únicamente por los truenos del volcan, y aunque algo fria no estaba desagradable la noche.

La hermosísima Angelina se echó sobre el traje que describimos anteriormente un capuchon árabe, y en este momento en que seguia á Ros por entre los árboles, parecia un fantasma encantador, hechicero.

De pronto se volvió el criado, diciendo:

—Esta es el arca de agua.

—Abre esa puerta, Domingo, que por ella, si Dios nos ayuda, saldrá en breve tu incomparable señor.

—Se me ocurre una idea.

—¿Qué?

—¿Lo habrán ahogado?

—Más de una vez llegó tambien á mi mente. Abre, por

Dios, y sepamos lo que hay á la parte adentro de esas misteriosas paredes.

—Por primera vez de mi vida tiembla mi mano y se contrae mi corazon.

—¿No acabas?

—Sí, señora.

Ros metió la llave en la cerradura, quitó dos vueltas, y cediendo aquella, dirigió con avidez y temor la luz de su linterna á la bóveda que se presentó á sus ojos.

—¿Qué ves, Domingo?— preguntó la jóven con ansiedad.

—A la derecha el arca de agua y á la izquierda una cosa negra, que parece puerta de hierro.

—Eso es; detrás de esa debe haber una escalera, al concluir otra puerta de hierro, y en pos el... tu amo, Domingo. Entremos.

—¿Qué llave es la primera?

—Lo ignoro, que jamás visité estos tristes parajes.

—Entónces, ¿cómo sabeis?..

—Hizo la casualidad que una noche, bien aciaga por cierto, sorprendiera una conversacion, y... Lo demás no hace al caso. Adelante.

—Bajad la cabeza como yo, no os lastimeis.

—Avanza... ¡No! ¡detente!

—¿Qué ruido es ese?

—¡Mira, ponen una escala; suben por ella. ¡Uno, dos, tres; nos han descubierto, y estamos perdidos!

—¡Maldicion! Tomad las llaves, la linterna, y entrad vos, que para esos tres basto yo sólo.

—¡Dos pistolas! ¡Vas á hacer ruido!

—No importa.

—¡Los matarás!

—Ya bajan; seguid vos adelante, que miéntras yo viva serviré de muro incontrastable á mi amo y á vos.

La jóven, trémula y azorada, llegó á la puerta de hierro miéntras Ros entornaba la que aquella dejaba atrás; y fija su

espalda en ella, esperó con sangre fria pasmosa á que descendieran al jardin vários embozados. El valeroso sirviente sujetaba con cada mano una pistola y con los dientes la empuñadura de su espada.

Los que asaltaban el muro del jardin parecian gente resuelta y hasta temeraria; fijaron la escala á diez varas próximamente del sitio donde estaba Ros, y á los primeros pasos que dieran debian necesariamente encontrarse con los dos cañones que sujetaban las potentes manos del sereno é impávido sirviente del duque del Imperio.

Antes de seguir adelante conviene á nuestra historia que demos algunas explicaciones sobre el infeliz cautivo del conde Vignati. A este fin, y con el objeto de que nuestros lectores sepan todo lo amargas que fueron su sorpresa y horas de prision, es preciso retroceder al instante en que Osorio vió hundirse el piso que le sostenia y cayó en la oscura mazmorra en que todavía continúa, lo que haremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXII.

Terrible caida.—Sincope.—Reflexiones de un prisionero.—Entereza del héroe.—El panteon.—Canto de un reo.—El ángel.

FLAVIANO de Osorio entró en la pequeña habitacion en que le mandó esperar el conde, y abstraido por la idea de la belleza de Angelina, no escudriñó su inteligente mirada que el piso de aquella aparecia estriado, con lo cual se ocultaba perfectamente la union del pedazo de madera que giraba arriba y abajo, movido por un resorte. Siempre bajo la presion de la misma idea, no se presentó ante el conde hábil, sagaz y previsor, como tenía de costumbre y cuadraba al difícil papel que se veia obligado á representar; léjos de eso se mostró altanero, desdeñoso y osado; el amor enturbió la clara luz de su inteligencia, y por centésima vez de su vida lo comprometia, si bien en esta ocasion puso en grave peligro su existencia. El indomable guerrero, el sábio general, el hombre, en fin, que nada logró acobardarle ni disminuir un ápice de su sorprendente sangre fria, era ante una mujer hermosa un débil enamorado tan loco como todo aquel que se deja dominar por esa pasion. Amaba á su esposa; la lealtad germinaba en él de un modo innegable;

mas á su pesar se veia arrastrado muchas veces cerca del precipicio á cuyos bordes se detenia, alzaba la frente, probando una vez más todo lo grande y fuerte de su alma. Léjos de la duquesa, convertido en mísero soldado y arrostrando cada hora un peligro, cada dia un azar, necesitaba su ardiente corazon alguna recompensa á tantas fatigas, sinsabores y molestias. En la patria veia su deber, el blanco de su abnegacion y sacrificio; en su honor hallaba la constancia, el indomable brio y una fe que se igualaba á su colosal talento. Las mujeres, que eran su pecado, se le presentaban como la única tregua á sus afanes, y ante ellas caia de hinojos el venturoso galan. Su mágica voz, su esbelta figura, su rostro perfecto y colmado de gracias, el fuego abrasador que despedian sus negros y rasgados ojos, y la aureola de gloria que abrillantaba su preclaro y siempre realzado nombre, constituian un iman que atraia, le acercaba y rendia á las mujeres. La más enamorada de su galan era constante hasta el momento en que Osorio se presentaba, y la más leal, fuerte y apasionada, lo ménos que hacía viendo al duque, era dudar de su fe y vacilar. Al noble poeta se le venían los pecados á las manos, lo arrullaban, y era muy lógico y natural que lo condujesen al borde del precipicio; lo extraño no era llegar sino contenerse allí y abandonar el delicioso encanto á otro hombre ménos leal ó más libre.

Dos veces se vió preso durante su vida: una en que generosamente se entregó á los turcos, dando su existencia por la de un pobre religioso, el príncipe de Italia que, á cambio de tan incomparable accion, le cedió el ducado del Imperio que él anteponia á su condado de Arahal, no porque estuviese más honrado, sí porque lo ganó y se lo habia dado un santo, al que amó tanto ó más que á su padre; y la segunda fué causada por ideas que infundió en él la bellísima Angelina, mujer la más hermosa que habia conocido hasta entónces. De la primera lo libró la Providencia, haciendo instrumentos suyos á los cinco *invencibles* que apellidaba hermanos; su accion merecia esa recompensa. De la presente, de su actual prision, nada

podemos decir; la causa no merece igual solucion, é ignoramos si Dios tendrá misericordia de él. Acaso el amor que profesa á su patria, sus constantes sacrificios por ella, y la idea religiosa que germina en su alma, lo salven. Sepámoslo.

Cayó Flaviano, hiriéndose junto á una sien al chocar su cabeza con el muro; pero le recibió un inmenso monton de paja, que le libró de que se rompiese una pierna ó brazo, siendo así que descendió ocho varas próximamente, segun dijimos ántes. El golpe le privó de la razon por algunos minutos, volviendo en sí aturdido, lleno su cuerpo de dolores, ensangrentada su frente y en un estado lastimoso.

—¡Qué me ha sucedido,—exclamó;—estoy en... ¡Maldicion! ¡no lo sé! Vignati me tendió una red, y la belleza de su hija que me abstraia por completo fué orígen de que entrase en ella y me volviera el más ruin de los hombres. ¡Qué insensatez, qué vergüenza! Estoy sobre paja; falta aire á mis pulmones, y la humedad que noto me indica que me hallo en un subterráneo, como si dijéramos en una mazmorra. Oscuridad completa; frio glacial; entumecimiento y dolores que me abruman. ¡Oh, me encuentro bien, muy bien; si mi querida esposa se lo ha pedido á Dios, fué complacida!.. pero no; ella es un ángel, y yo... Si pudiera volverme del otro lado... ¿A qué esperará esta gente si piensan matarme, como parece lo probable? Si tardan una hora más les va á ser difícil. Tengo mis pistolas y espada, lo cual prueba que ninguno entró aquí en el tiempo que estuve sin sentido. Qué necios; despreciaron la ocasion, sin comprender la sangre que va á costarles una muerte que pudieron realizar no há mucho con entera impunidad. Sí; para eso estoy yo; aún tengo inútil este brazo y pierna; así y todo me he de sentar: ya lo conseguí; dentro de poco me pondré en pié. ¿Y qué lograré con esto? Probablemente nada; cuando dejaron pasar tanto tiempo, es indudable que me tienen seguro.

Y el duque continuó más de una hora hablando consigo mismo sobre lo crítico de su situacion. Luégo se limpió con

el pañuelo la sangre que habia vertido por la herida hecha en la cabeza, y últimamente se puso en pié, dejando con cuidado y á tientas el monton de paja en que permaneció tendido cerca de dos horas.

—Seguiré el muro,—se dijo,—á ver si de este modo puedo averiguar en dónde me hallo, pues es indudable que esta mazmorra tiene alguna otra entrada ó comunicacion que aquella por donde yo descendí. De lo contrario, me habria muerto ya la asfixia.

Y continuó palpando hasta recorrer tres paredes de las cuatro que tenía su calabozo. Al llegar al centro de la última exclamó:

—Hé aquí lo que yo buscaba; una puerta, pero de hierro y oculta la cerradura por este lado, lo cual hace inútil que intente forzarla con las balas de mis pistolas. ¡Qué solidez tiene! Oh, pero es más fuerte aún mi buen Ros y más hábil que el conde, y estoy seguro que su fina penetracion habrá corrido hasta aquí, y no es difícil que en pos venga él, y entónces poco se perderá. ¡Ay! Vuelven á molestarme los dolores y no puedo tenerme en pié. Caí por una trampa parecida á la de Busato, pero sin escalera y á mucha más profundidad; si no que lo digan mis pobres huesos. Me vuelvo á la paja; después seguiré reconociendo lo que falta. Será inútil; estos italianos no conocen rival en lo relativo á venenos, puñales, trampas, celadas y todo lo que sea traidor, ruin y miserable. De seguro no hay escape como no venga de fuera. ¡Oh, descendientes de los cónsules y emperadores romanos que dominaron el mundo tantos siglos, se apagó en vosotros el valor y entereza de vuestros ascendientes; en cambio os queda mucha de su torpe idolatría y la aficion á ver correr la sangre de séres humanos; aquellos gozaban con ella en los campos de batalla y en los circos de gladiadores; vosotros la buscais en las mazmorras, en el silencio de la noche y en la impunidad del cobarde! ¡Os apellidásteis la moderna Grecia, y sólo os pareceis al pueblo ateniense en su loca aficion á esclavizar siervos y á degollar

inocentes; aquellos lo hacían en el ara de un falso Dios; vosotros ante un ídolo que puede apellidarse de muchas maneras: egoismo, ambicion, maldad, torpeza y cobardía! ¡Ay! Me cuesta tanto trabajo echarme como el ponerme derecho. Hé aquí ya al poderoso duque del Imperio teniendo por cama un monton de paja; por espléndido palacio una mazmorra; por crímen el ciego amor á su patria; por presente el purgatorio; por pasado un sueño, y por lo futuro, sábelo Dios. Mis glorias, la aureola que suponen orlar mi frente, el envidiable genio que me conceden, y unas dotes que me valieron muchos aplausos, hélo aquí todo entre paja. Carezco hasta de voluntad; sólo el suicidio podia elegir, y ni áun eso me es dado por prohibírmelo mi amor á Dios y algunas otras causas que, citada aquella, no hay para qué enumerar. ¡Qué torpe estuve y qué indiferente cuando penetré en tan maldita habitacion! Recuerdo ahora que su piso se hallaba estriado, señal inequívoca de que era algo más que un simple pavimento. Lo chico y desmantelado... ¡Qué ignorante fuí! la idea de la hermosura de Angelina embargaba las tres potencias de mi alma y algunos de mis sentidos; así es que nada vi, nada pude comprender, y caí en el lazo como inocente víctima. ¿Sabrá Vignati quién soy? No; de lo contrario me habrian muerto ya; cada instante que pasa es una prueba más de que me desconocen. ¡Qué peripecias presenta el mundo á cada instante de la vida del hombre; há unas cuantas horas era yo el rey de Nápoles; con sólo dar mi apellido se inclinarian ante mí tres millones de cabezas humanas; las vidas de miles de séres dependian de mi sola voluntad, de mi capricho; tenía palacios, carrozas, trenes, riquezas; y ahora sólo cuento con un monton de paja segura y una muerte probable! Ni áun la luz del sol, concedida al reptil, me es dado contemplar; y por Dios que tanta amargura, dolo y ensañamiento no han de amenguar mi brio. En prueba de ello nivelaré la paja; esto es; ahora formo almohada con este montoncito y mi pañuelo; no dormí cási nada anoche; el sueño une mis párpados, y no quiero desairar su deseo. Posible es que despierte en el

otro mundo, pero no importa. ¡Adios, esposa mia. ¡En el cielo nos volverá á unir la misericordia divina! ¡Adios, Julio; moriré con gusto porque tú me has mandado aquí! ¡Adios, Roberto, Mauro, Rogelio y Odon; no tengo nada que mandaros, á excepcion de estas dos lágrimas que expresan todo el amor que abarca mi pecho! Ahora durmamos.

Cerró los ojos, y á los tres minutos era presa de un sueño que no llegó á disfrutar nunca el conde Vignati. Su cota y grueso tabardo lo libertaban del frio que se sentia en aquel subterráneo, y la tranquilidad de su conciencia le aseguraban muchas horas de sosiego y descanso. Este era todo el bien á que podia aspirar el infeliz prisionero.

Serían las dos de la tarde cuando se quedó dormido, y no despertó hasta las diez de la noche.

—¡Vivo!—se dijo al desunir los párpados;—¡esa gente no tiene sentido comun! Muy bien; cesaron todos mis dolores, y sólo el hambre y la sed pretenden vanamente clavar en mí su aguijon. ¿Qué se propondrán esos canallas? Lo ignoro, mas sé que he dormido muchas horas, durante las cuales se curaron todos los males de mi cuerpo. ¡Si encontrase mi sombrero!.. Siento frio en la cabeza. Lo buscaré á gatas como los animales. Hasta ahora no habia comprendido lo admirable del sol ni lo hábil de la luz artificial. ¡Esto de vivir en noche perpétua, entre tinieblas que no hiere la más débil claridad, es terrible, cruel, inhumano! ¡Já, já, já! ¿Si querria yo que esos vampiros de mi patria tuviesen corazon, caridad ó algun instinto que revelase en ellos humanidad? Hallé mi súcio y raido chambergo; aquí está; ahora voy á ver si puedo medir la profundidad de este calabozo.

Flaviano se puso en pié, abandonando el monton de paja. Seguidamente tiró de su espada y la levantó en alto, poniéndose de puntillas.

—Nada,—exclamó,—no llego al techo; saltaré: tampoco; me subiré á lo más alto de mi cama y volveré á brincar: lo mismo. Tiene en consecuencia más de seis varas de elevacion,

y sobra para hacer imposible el que yo llegue á la trampa. En cambio he descubierto que mi musculatura no se resiente nada de la caida que dí y de que me hallo tan fuerte y ágil como ántes de bajar. ¡De bastante me va á servir! ¡quién sabe! Volvamos á reconocer el piso y todas la paredes. Muros abajo y muros en torno; acaso sea este mi panteon; y en verdad que no es pequeño. Hé aquí la puerta de hierro que palpé ántes. Empujaré... Es inútil; ni he logrado moverla. ¡Qué solidez!

El duque siguió reconociendo todo el piso y las paredes, desde el cimiento hasta donde alcanzaban sus manos, sin hallar otra cosa que piedra bien labrada y perfectamente unida. Llevaba tres cuartos de hora de palpar, y aún continuaba en su operacion, cuando exclamó de pronto:

—¿Qué es esto? Una pequeña reja con gruesas barras de hierro; no tiene puerta; probaré á meter el brazo. ¡Un paño de terciopelo! ¡Qué felicidad!

Flaviano halló efectivamente en el extremo de su calabozo una pequeña reja cubierta por la parte interior con una cortina de terciopelo negro, forrada de gruesa tela de lana del mismo color, la cual impedia que llegara á la mazmorra la opaca luz de una lámpara que pendia del techo á la parte opuesta. Nuestro prisionero sacó la manga derecha de su tabardo, subió cuanto pudo la cota, y metiendo el brazo por entre los barrotes de hierro, corrió la cortina, fijándose en la luz, y luégo en los objetos que existian en la bóveda que concluia de descubrir. Era ésta el panteon del conde; enfrente de Osorio estaba el altar, y en los semicírculos que formaban los costados las tumbas de los antepasados de Vignati.

La primera impresion de nuestro caudillo al ver una luz fué grata, satisfactoria, hasta el punto de excitar su alegría de un modo indecible; pero su siniestro resplandor, lo lóbrego del paraje y lo sombrío y aterrador de cuanto le rodeaba, fueron poco á poco apagando la agradable impresion que concluia de recibir, apoderándose de su cerebro ideas tristes y melancólicas.

Bajó su cota; metió el brazo en la manga del tabardo, y cayó de rodillas ante la efigie del Redentor que tenía delante.

—Hé aquí,—dijo,—la sublime imágen que adoraba dia y noche el padre Alberto. ¡Qué recuerdo! ¡Anoche á estas horas desobedecia los consejos del santo, y hoy recibo el castigo que mereció mi conducta! Sí; este calabozo es mi capilla, y una de esas tumbas la mia. ¡Eso quiere significarme el conde; sea en buen hora! ¡No temo la muerte, pero me hace temblar tu justicia, Padre mio! ¡Perdona á tu hijo; apiádate de él! ¡Mi vida en holocausto; mi amor en premio á tu bondad, y mis sacrificios en el mundo en cambio de mis faltas! ¡Sólo ante tí, Almo Dios, se traba mi lengua, mi mano está convulsa, y mi corazon débil y oprimido! ¡Perdóname, y recibe mi alma en aras de tu misericordia!

E inclinó la cabeza comenzando á llorar. Aquellas lágrimas endulzaron sus ideas, tranquilizaron el alma, y sin dejar su actitud ascética, postura humilde y fervor religioso, alzó su magnífica voz de tenor, entonando los siguientes versos, con una maestría y acierto que hubiera seducido á cuantos le escucharan:

Gran Dios, no te pido
Que amengües mi mal
Terrible, cruento,
Doliente, tenaz.
La muerte no temo;
No siento acabar
La vida que cruza
Airada, fugaz,
Por un valle ¡ay, cielos!
Do vine á llorar.
Las penas afligen,
Mi dolo es voraz,
El daño terrible,
La angustia fatal;
Más penas que lloro
Y puedo olvidar,
Angustias y dolo
Que dejando van
Los años veloces;

No enturbian mi faz,
Ni el alma doblegan
Ni pueden jamás
Un triste suspiro
Al pecho arrancar.
Tiemblo, sí, Dios mio,
La hora en que ya
Mi espíritu empiece
Sus cuentas á dar;
Entónces el alma,
Altiva, falaz,
Verá sus torpezas
Trocadas en mal.
Su instante llegado,
¡Ay, Dios! ¿qué será
De espíritu impuro
De sér criminal?
Aterra la idea,
Confunde pensar
Cuán breve es la vida
Del débil mortal;
Cuán largas las horas
De la eternidad.
Nada me intimida
Del mundo, su mal,
Ni siento despierto
Ni me hace soñar.
Sólo Dios es grande;
Su excelsa bondad
Al malo le ofrece,
Al bueno le da.
Padre, el hijo ingrato
Que supo faltar
Implora sumiso
Tu egregia piedad.
Ya puede la muerte
Triunfante llegar;
Aquí yace un hombre
A quien tédio das,
Vil materia aguarda
Su tierra y su paz,
Y el alma riente
Las gracias te da.

La dulcísima voz de Flaviano fué repetida por los cóncavos

del palacio como el eco de los ángeles sonoro, embriagador, sublime; bastaba su solo acento para adormecer con una melodía que no puede describirse. A su magnífica voz de tenor unia el ser un músico consumado, y en esta ocasion en que se dirigia al Altísimo estuvo más feliz que nunca.

De pronto se puso en pié, corrió la cortina, y nuevamente entre tinieblas, exclamó:

—¡Ahí están! Juro por Dios Santo, que en esta ocasion no me he de defender ni he de atacar.

Y se cruzó de brazos, pendiente su atencion de un ruido que escuchó en la puerta de hierro.

Un instante después, oyó la voz agradable y seductora de Angelina que, á imitacion suya, cantó:

Despierta, guerrero:
Ayer tan audaz
Y hoy dormir intentas
En sueño eternal.
Ingrato, levanta;
A un ángel verás
Que te ofrece dicha,
Porvenir y paz.

Calló la hermosa jóven; Osorio, entusiasmado, ébrio de alegría, alzó los brazos al cielo, quedando como arrobado, en tanto que la puerta giró sobre sus goznes, apareciendo en los umbrales un fantasma mágico, arrebatador.

Era Angelina que, calada la capucha, con la linterna en la mano, trémula y confusa, se presentaba á la vista del duque como su ángel salvador.

—Vuestra visita, amiga mia,—dijo el héroe,— no salva mi vida; hace mucho más, le presta felicidad, dicha, ventura. ¡Qué bella sois!

—Hé aquí mi mano, afortunado caballero.

—Tan suave como grata y deliciosa; os la beso.

—Se la doy al cautivo de mi padre, devolviéndole con ella su anhelada libertad.

—Eso era ántes; ahora no existe nada tan venturoso como

mi prision; si vos me acompañais, con gusto pasaré aquí el resto de mi vida.

—¡Qué voz teneis, amigo mio; qué método de canto y qué arte! Oí decir que os presentábais irresistible entonando un ária; pero al escucharos comprendí que era mucho más de lo que se contaba.

—Gracias; elevaba preces al cielo y me inspiraba Dios; pero al desplegar los labios su ángel quedé confundido, y mi acento se apagó, dejando en el que pudiera escucharlo una idea contraria de la que habia formado al principio.

—No, amigo mio, no es cierto; oidme: intentábamos salvaros vuestro criado y yo, y ya nos facilitaba el paso la primera puerta de las tres que se oponian á ello, cuando de pronto escuchamos el ruido de una escala que arrojaron sobre el muro del jardin; luégo aparecieron uno en pos de otro tres embozados que apresuradamente se dirigen hácia el sitio en que estábamos; vuestro sirviente saca dos pistolas, una espada, y me empuja hácia dentro, diciéndome: «Libertadlo vos, que yo os serviré de escudo;» y cerró la puerta, prosiguiendo él á la parte afuera y yo en el interior con la linterna y dos llaves. Quise seguir, pero ¡ay! me faltaban las fuerzas, temblaba, y me sentia morir. Me acuerdo de vos, hago un esfuerzo supremo y avanzo, tropezando con mis vestidos y capuchon; otro nuevo esfuerzo me acercó á la cerradura; mas ninguna llave entraba, y era que, trémula mi mano, se hallaba impotente para dirigir la llave, y ciegos mis ojos, nada veian. Me encontraba en lo más angustiado de mi triste situacion, víctima de un miedo, de una pavura inexplicables, cuando escuché vuestra voz sublime, arrobadora, y á la primera nota que dísteis, quedé tranquila, sosegada. En el mismo instante abrí aquella puerta, descendí por una escalera, abro luégo la otra, sintiéndome después encantada en un mundo ideal, cuya descripcion escuché pálida y muy distante de la realidad que presenciaba. Vuestra voz ejerce una influencia irresistible, presta valor, ensancha el espíritu, y enloquece, amigo mio, enloquece.

—Ahora, oidme vos, Angelina: llevaba no sé cuántas horas, pero debieron ser muchas, de sufrir las consecuencias de una herida y terrible golpe que recibí; tenía por palacio esta oscura mazmorra; por lecho un monton de paja; de presente el purgatorio y en el porvenir la muerte. Cuando pude andar, lo hice, reconociendo en el acto mi calabozo; al concluir encontré una reja y detrás de ella el panteon de vuestros antepasados. El reflejo de su luz opaca y sombría, la presencia de los muertos y lo lúgubre y terrorífico del paraje no me amedrentaron, pero infundieron en mis ideas fervor religioso y hastío de la vida. Oré, pedí á Dios perdon de mis faltas, y desafié á la muerte, llamándola, como pudísteis oir. Es más, la deseaba; pero de pronto escuché vuestro acento, vi ese rostro de ángel, esa figura encantadora, y me pareció hallarme en el paraíso entre espíritus celestiales. ¡Oh, dichoso el hombre que posea un tesoro tan inestimable, que llegue á ser dueño de una mujer que no tiene parecido en la tierra!

La jóven exhaló un suspiro, inclinando la cabeza bajo un peso que parecia atormentarla. De pronto la alzó, y mirando en torno, se fué acercando hasta juntarse á Flaviano, diciéndole:

—Vi tres embozados, y es probable que vinieran otros detrás; salvaos, huid de aquí; yo me quedaré en vuestro lugar. No perdais tiempo. ¿Oís? Ya llegan. ¡Ay!

Y Angelina cayó sobre el pecho de Osorio cási sin sentido.

El duque le cogió la linterna, sosteniendo á la jóven con su brazo izquierdo.

La puerta de la prision concluia de abrirse, apareciendo Ros, el cual la cerró de nuevo, quedando parado. La mirada del sirviente se fijó en su amo con alegría; pero cruzó los brazos, y esperó á que aquél le hablara.

—Avanza,—le dijo su amo;—pon esa linterna en el suelo. Ahora estrecha mi mano, leal sirviente.

Ros cogió la diestra que le alargaba el duque, y la besó repetidas veces, fijándose en él con placentera sonrisa. Ange-

lina volvió en sí, se incorporó, y reconociendo á aquél, le preguntó con viveza:

—¿Los has muerto? ¿Cuántos eran? ¿Amenaza peligro á tu señor?

El criado la miró con interés, sonriendo sin contestar nada. Osorio le dijo:

—Habla. ¿Qué hombres eran esos?

—Tres caballeros que, pistola en mano y con un valor probado en muchas ocasiones, intentaban matar esta noche á cuantos habitaban este palacio.

—¿Por qué?

—Temian que os hubieran asesinado, y ciegos de ira y enojo...

—¡Ah!.. ¿Luego eran?..

—Sí, señor; el maestre Zalla, el marino Roch y el capitan Vitali.

—¡Imprudentes!

—Los disculpa su amor al héroe, su impaciencia por él. Vuestra tardanza y la sorpresa de que debimos ser víctimas anoche, justifican su presencia aquí. Perdonadlos, amo mio; como ignoraban que yo solo me basto para salvaros, y que estaba además acompañado de un ángel...

—¿Qué les digiste?

—Nada; ántes que ellos pudieran verme, los reconocí; avanzaron, pero les salí al encuentro, y con el índice fijo en los labios, exclamé: «Alto; silencio; no os movais.—¿Vive?—me preguntaron.—Sí.—¿Le amenaza algun peligro?—No. Los tres se miraron rebosando satisfaccion, y enclavados en el suelo, continúan en el mismo sitio cual mudas estatuas.

—¿Qué esperan, Ros?

—Vuestras órdenes, mi general.

—¡Oh, su presencia va á comprometer á Angelina!

—Señor, desde el conde hasta el hortelano y desde la dueña hasta la última sirvienta, todos, sin excepcion alguna, probaron el narcótico que vos componeis.

—¡Bravo, mi valiente... Domingo! Cuéntame los medios de que os habeis valido para entrar aquí y cuál es nuestra actual situacion, con lo demás que sepas.

Ros obedeció á su amo, refiriéndole minuciosamente lo acontecido en el dia y la noche presente. Cuando hubo concluido, le preguntó el duque:

—¿Qué hora es?

—Las doce.

—¡Oh, tenemos tiempo de sobra! Salvemos lo primero á Angelina. Sal y di á Roch y á Zalla que partan inmediatamente á Nápoles y me traigan sin perder un minuto al jefe de los prisioneros que hicimos en la galera *Trinidad*; ese que representa al embajador inglés. Que venga con los ojos vendados, con traje igual al que llevo ahora, y en disposicion, por último, de que pueda sustituirme en este calabozo.

—Comprendo; magnífica idea. ¿Y el capitan Vitali?

—Ese querrá verlo Angelina; que pase.

—No,—contestó aquella,—es demasiado jóven; va á suponer que estuve aquí mucho tiempo encerrada con vos, y temo...

—Ciertamente,—replicó el criado,—sería capaz... Amo mio, le diré que se vuelva al palacio y que espere allí vuestras órdenes.

—Puesto que así lo quiere su futura, dile que regrese por donde ha venido y que duerma tranquilo el resto de la noche. Que no tarden Zalla y Roch. A las dos pueden haber regresado.

—Hay tiempo de sobra, señor; lo mismo da á las tres que á las cuatro.

—¡Bribon!

—No le reprendais; os ama tanto...—exclamó Angelina.

—Parte al momento.

—Luégo esperaré á que me llameis paseando por el jardin; está la noche deliciosa.

—No; ayúdales á subir, y cuando hayan marchado, vuelve aquí.

Salió Ros, quedando solos el duque y Angelina, mirándose,

pero sin que nos sea posible calificar lo que sus ojos expresaban en aquellos instantes.

La jóven parecia embargada aún por el mágico efecto que le causaron las notas y voz del venturoso poeta-cantor, y Osorio tomó por sueño el cambio sufrido en su prision. A las tinieblas reemplazó la luz, á ésta acompañaba la efigie sagrada del Redentor, y como si esto fuese poco, siguen la libertad, lograda por una dama jóven, encantadora, amable y que miraba al duque con más interés aún que á Vitali. La belleza de aquella, su traje rico y elegante, lo argentino, sonoro y agradable de su acento, la soledad, la recompensa al sufrimiento y tantas otras cosas, en fin, que veia y experimentaba nuestro audaz Osorio, debian provocarle á una lucha terrible, incierta, conmovedora. Sepamos cómo sale de ella, y si su valor moral y grandeza de alma son ó no dignos en esta ocasion del renombrado caballero.

CAPITULO XXIII.

El borde del precipicio.—El raptor de Syra no desmerece al lado de Angelina.—Sustitucion.—Todo vuelve á su anterior estado.

—Señor,—dijo Ros regresando,—marcharon los tres; la escala continúa á la parte afuera, y yo espero vuestras órdenes.

—Cogeos á mi brazo, Angelina, y salgamos de esta oscura mazmorra,—exclamó el duque, añadiendo al sirviente:—tú coges esa linterna, la escondes junto el arca de agua de que me has hablado ántes; entorna las puertas, y esperas al pié de la escala la llegada de mi prisionero.

Y alumbrados por el criado subieron la escalera, saliendo poco después al jardin. Osorio sintió dilatarse sus pulmones, apareciendo una ráfaga de alegría en su faz; era el aura de la libertad, grata siempre á todo sér humano, sin exceptuar clase ni condicion, cuando se han hallado mucho ó poco tiempo sufriendo en un encierro ó prision.

Ros obedeció á su amo, quedando luégo junto á la escala, vuelto de espaldas hácia el sitio donde se dirigia la pareja.

Del infierno habia pasado el duqne del Imperio á un ver-

dadero paraíso. Su aislamiento, lóbrego calabozo, aire impuro, húmedo y nauseabundo, eran reemplazados en este momento por las gratas brisas de la noche, perfumadas con el aroma robado á las flores de Nápoles y por un jardin extenso y delicioso; y la horrible soledad en que permaneció bastantes horas, por la envidiable compañía de una mujer seductora en el conjunto, odorífera en sus perfumes y aliento, arrebatadora en su conversacion é ingenio, amable y cariñosa en las ideas que vertia. Osorio la llevaba del brazo, sentia su agradable calor, y no podia decirla nada, embargado por la felicidad. Ella, más impresionada tambien de lo que convenia á Vitali, creia escuchar aún aquel acento dulce y melodioso que oyó en la prision del duque y que tenía en verdad descompuesto su cerebro.

Llevarian andados doscientos pasos, cuando reparó Flaviano en un cenador que habia á la derecha, y rompió su continuado silencio, diciendo á Angelina:

—Puesto que me hallo en libertad, gracias á la más bella de cuantas mujeres conocí en mi vida, os propongo, aunque con sentimiento, que os retireis á vuestra cámara.

—¿Por qué lo sentís?

—¿Por qué? ¿por qué?.. Si hubiera de enumerar todas las razones que tengo, no acabaria esta noche.

—Entónces me quedo para que me las conteis, luégo que yo os haga algunas preguntas y os pida un señalado favor, que no me negará el más noble y generoso de los hombres.

—Concedido, sea lo que quiera; pero retiraos; el frio, la falta de reposo, el insomnio...

—¿Os molestan á vos?

—No, á fe mia; que pasé durmiendo la mayor parte de las horas de prision.

—Yo estoy bien, y seguiré á vuestro lado, á no ser que os violenteis...

—Mucho; acaso más de cuanto experimenté en mi vida; pero es tan dulce, tan delicioso este malestar... Entremos en aquel cenador; el relente os podria perjudicar.

—Bien pensado; deseaba sentarme, y aquí hallaremos un sofá.

—Cierto; vedlo allí.

La jóven se soltó, adelantándose, pues era estrecha la entrada y no podian penetrar los dos á la vez. Al verificarlo ella se enganchó su vestido de seda en un rosal, permitiendo á Flaviano que viese un pié tan diminuto como sorprendente, cubierto con media de seda y zapato de raso blanco. El duque desenganchó el vestido, sintiendo una impresion conmovedora; luégo miró al cielo é inclinando la cabeza, entró, sentándose al lado de la jóven.

—¿Qué preguntas deseábais hacerme?—le interrogó Flaviano con interés.

—Ayer no habreis comido.

—No.

—Tendreis sed y debe molestaros la debilidad.

—Tampoco. Veinticuatro horas de dieta para el que pasó la mayor parte de su vida en los campos de batalla careciendo de todo, no es nada.

—Como sois tan poderoso y os acostumbrásteis desde la infancia á que os sobrase...

—No lo creais, Angelina; en Madrid, cerca de mis padres y en las grandes poblaciones, tuve siempre criados, trenes y cuanto me hizo falta, que nací rico y supe ganar más de lo que heredé; pero en los campamentos, primero al frente de mi compañía como capitan, luégo de mi tercio como maestre, y últimamente del ejército como general, comí y disfruté de comodidades cuando habia de sobra para todos; y esto rara vez ocurre en la guerra.

—Siendo vos el jefe, pocas veces os faltarian.

—Al contrario; no permití jamás que oficial alguno ni soldado se presentase más fuerte que yo, y cuando habia poco, mi racion era la más pequeña.

—Esa conducta es admirable.

—La materia se acostumbra á todo, y al poco tiempo enten-

dia yo por vida normal las fatigas, el insomnio y la penalidades de campaña.

—Lo que no comprendo es cómo no teneis sed ni os molesta el hambre, después de veinticuatro horas de abstinencia completa.

—Ambas cosas existen en mí, pero no me incomodan. ¿Qué queriais preguntarme?

—Si vos fuéseis franco conmigo... Os acabo de demostrar que nací fuerte, capaz de guardar un secreto, y si de él depende vuestra vida, entónces enmudeceré.

—Veo, Angelina, que sois tan bella, tan encantadora como agradecida, noble y leal. Delante de los hombres nada me asusta; ante vos me conceptúo débil, y acaso me vea obligado á referiros más de lo que conviene á mi intento. Preguntad, no obstante, que quiero complacer en lo posible á mi ángel salvador.

—Gracias. ¿Por qué os prendió mi padre?

—Ya oísteis á mi criado; me juzga un inglés altanero y desobediente á sus mandatos.

—Bien; pero ¿por qué no le decís quién sois; por qué ocultais vuestra faz? Señor, mi padre conspira y vos tambien, pero en distinto bando.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Nádie; lo deduzco de lo que veo.

—Acaso os equivocais.

—¿Todo eso os inspira vuestro ángel salvador?

—No, á fe mia; pero debo inclinar la frente ante mi crudo destino.

—¿Por qué? Alzadla y decid cuanto querais.

—¡Sois tan bella, tan encantadora!..

—Mucho me complace oiros frases tan halagüeñas; mas no es eso lo que os he preguntado.

—¿Y cómo hablar con vos de intrigas, manejos ocultos, si sólo inspirais?..

—¿Qué?

—Temo decíroslo más que á la muerte.

—Señor, ahogo en mi pecho la curiosidad que lo agita; nada quiero saber, si vos juzgais que es un secreto, concretándome en consecuencia á pediros una sola gracia.

—Creo que os la tengo concedida.

—Veamos después que la sepais.

—¿Qué pretendeis?

—Quiero que el prisionero de ayer sea tan noble y generoso, libre hoy, que me responda con su cabeza de la vida de mi extraviado padre.

—La hija cumple un deber sagrado; pero...

—Todo os juzgaba ménos ingrato.

—¿Sabeis lo que represento en Nápoles?

—Sí, al mismo rey Don Felipe.

—No; es la justicia, y ésta debe ser igual para todos.

—¿No hareis por mí una excepcion en favor de mi padre?

—¿Qué dirán de mí cuando se sepa que una vez falté á mi deber?

—¿Tan malos son que merecen la muerte?

—Con mil vidas que tuvieran no pagarian sus crímenes.

—¿Son muchos?

—Os asustaria el número.

—¿Y todos van á perecer?

—No; perdonaré á los más.

—En ese número puede ir el conde.

—Angelina, ¿quereis que os responda con mi cabeza de su vida, sin comprender que si él avanza demasiado pueden herirle sus enemigos, y á mí no me es dado estar en todas partes?

—¡Luego habrá lucha!

—Y muy sangrienta.

—¿En Nápoles?

—Sí; en sus calles y plazas.

—Caballero, nada me debeis; el que me libró de Ozelman merecia mucho más de lo que yo hice esta noche por él; obrad, por consiguiente, con toda justicia; y si el conde, mi señor,

debe perecer, que muera. Mis labios permanecerán mudos, concretándome á vivir si él vive, á sucumbir si él sucumbe.

—¿Vos? No puede ser; toda mi sangre daria yo por una gota de la vuestra.

—Pues si mi padre espira, tendreis el sentimiento de contemplar mi cadáver.

—¿Y Vitali, no podrá influir en contra de esa determinacion?

—Lo que vos no logreis de mí, no lo conseguirá hombre alguno.

Flaviano inclinó la cabeza y meditó; luégo fué poco á poco alzándola, se fijó en la jóven y la dijo:

—Angelina, velaré por la vida de vuestro padre como pudiera hacerlo por la del mio; en lo que dependa de mí, os respondo de ella con mi cabeza; es más, tengo la seguridad de salvarlo; os lo juro.

—En otro me extrañaria tal promesa, en vos no.

Y la jóven le alargó una de sus manos, que Osorio besó con entusiasmo, dejándola aprisionada entre las suyas. A la vez le dijo:

—Es indispensable que vos me ayudeis.

—En cuanto vos querais. ¿Qué debo hacer?

—No hablar con él ni con nádie de nada que tenga relacion conmigo y el objeto que me ha traido á Nápoles.

—Seré muda.

—Para evitar que muera á mano de los mios, que son muchos tambien, ódian á sus enemigos y no respetarian su vida, es preciso que el dia del combate tolereis que lo tenga prisionero en paraje seguro.

—Si es indispensable yo misma os ayudaré. Ya nada temo; velando vos por su existencia no peligrará ésta, y era lo único que yo anhelaba. Gracias, amigo mio, gracias.

—¿Quereis algo más de mí?

—Sí.

—Hablad.

—Que no seais cruel con mis paisanos.

—¡Son tan malos, Angelina!..

—El perdon debe formar la mejor corona que orle vuestra frente.

—Respecto de esos á nada me comprometo; puedo concederos hasta mi vida, pero nunca el honor ni la suerte de mi patria.

—¡Infelices; cuántos van á perecer!

—Culpad á sus maldades, á la perversidad de su intento.

—Verdad es; pero algo debe influir tambien vuestro ciego enojo y ese poder oculto é irresistible queguia vuestro brazo durante la lucha. Dicen que sois un torbellino que, en revuelto tropel, convertido en águila el caballo y vuestra lanza en aspa de molino, arrollais, destruís á cuantos os rodean, y siempre adelante, se distingue vuestra huella por el cúmulo de cadáveres que dejais en pos. Los servidores y soldados que os siguen cobran más brio y aliento viendo á su invencible general que los defiende y abre paso; entónces cada uno se trueca en máquina de muerte que, á imitacion de su jefe, aniquila como él, como él vence y como él da fin de todos sus contrarios. Uno y otros se embriagan durante la pelea, y áun cuando suele llegar á sus labios la palabra perdon, es tarde á veces y nunca se adelanta tanto como pide la caridad.

—Si eso sucede, Angelina, tened en cuenta que son muchos más que nosotros.

—¿Y qué importa, si vos sólo representais más que el ejército contrario? Recordad lo que teneis que agradecer á la Providencia.

—Mucho más le debe el tesoro de gracias que con colores tan sombríos describe mis hechos de armas.

—¿Os burlais? Mísera flor abandonada en este páramo cubierto de lava y fuego, no tiene presente ni le ofrece ventura el porvenir.

—Os he dicho y repito que os unireis á mi valiente amigo el capitan Vitali, en el caso de que vos le ameis.

—Era yo muy infortunada; no podia olvidar nunca lo infeliz que vi á mi pobre madre; cuantos me rodeaban me fueron antipáticos, y en verdad que la dulzura, desgracia y trato simpático de Augusto me inspiraron un cariño, cuyos quilates no me es dado apreciar. Notaba un vacío muy grande en mí, y mi retratista parecia digno de ocuparlo por sus desventuras y por algunas otras cualidades de que estaba adornado. ¡Como fué el primer corazon noble que se acercó á mí!..

—Continuad.

—Nada; me uniré á él.

—Angelina, conseguido el triunfo de que os hablé ántes, me arrancaré la careta, para ser el jefe absoluto de Nápoles; vuestro padre me deberá la vida y el respeto y consideracion que merece su señor. Sois la mujer más bella de Italia y acaso de Europa; si juzgais que Vitali no os ha de hacer feliz, os dejo en libertad de que elijais esposo entre los mil nobles españoles y napolitanos que hay en esta populosa ciudad. ¿Quién no se creerá dichoso y honrado uniéndose á una dama como vos?

—Me casaré con Augusto.

—¿Sereis feliz con él?

—Puede.

—Lo decís de un modo...

—No lo creais.

—Siendo así, yo le colmaré de honores, y á mi lado se elevará hasta igualarse á su padre.

—¡Cómo abrasan vuestras manos!

—¿Ahora lo notais?

—No.

—¿Os molesto?

—¿Por qué, si sois el astro que vivifica cuanto toca?

—En mis largas horas de prision fué poco á poco helándoseme la sangre, aminorando mi vida, y hasta creí ver rodar mi materia en busca de su féretro; salí de allí, gracias á vos, y me hallé sorprendido por una dicha que arrancó los males que

sufria, encendiendo mi sangre y prestando á mi existencia la fuerza que le faltaba.

—¡Es tan efímera en el mundo la felicidad!..

—Vos, Angelina, sereis esta noche muy infortunada.

—No; mañana acaso.

—¡Cuánto hicísteis por mí durante las horas trascurridas, y qué venturoso me juzgo en estos instantes!

—Tambien yo, y será esta una de las pocas ráfagas que cruzan por la vida para dejar marcada en ella, dicha que desaparece fugaz, pero que no se olvida nunca.

—¿Tiene nombre?

—Sí.

—Decídmelo.

—No puedo; calificadla vos.

—A mí sólo me es dado juzgar la mia.

—¿Y si son iguales?

—Lo dudo.

—Dad nombre á la vuestra.

—Quiere abrirse paso, pero mis labios se lo impiden, á pesar mio.

—¿Temeis?

—No lo sé.

—¿Sois efectivamente feliz?

—¡Quién lo duda!

—¿Y la causa?

—Vos.

—¿Qué la constituye?

—Vuestra belleza sublime, el talento con que os expresais, el aroma que despide vuestro aliento y embriaga mi sér, y el flúido, en fin, con que me trasportais á un mundo ideal.

—Todo ese cuadro podia cerrarlo una frase...

—Pronunciadla vos.

—¿Teneis miedo?

—No; Angelina, esa frase es amor.

—¡Me amais!

—¿Y cómo no hacerlo si el corazon, ganado por vos, no desea otra cosa? perdonadme; acaso os haya faltado...

—Os perdono, con tal de que vos me perdoneis tambien á mí.

—¡Angelina, vuestro corazon!..

—Latia al escuchar el relato de vuestras glorias, al pretender divisar el genio que brilla en vuestra frente; os vi luégo, os escucho ahora, y... ¿Qué más os puedo decir?

—¿Conoceis toda mi historia?

—Toda.

—¿Mi estado y situacion?

—Sí.

—¿Y al recordároslo no debeis añadir nada?

—Me manda el corazon, y débil la cabeza, nada halla el labio que replicar.

—¡Qué hermosa sois! De vuestra incomparable faz brota un manantial de dicha que atrae, seduce, embriaga, enloquece y... ¡Mísero de mí, que siendo fuerte iba á trocarme en ruin y miserable! ¡Ay! ¡qué desgraciado nací!

Flaviano se puso en pié, y estampando un ósculo tierno, apasionado, ardiente en la casta, blanca y deliciosa frente de Angelina, soltó su mano, diciéndole:

—Me abrasa la sed; permitidme que la mitigue en esa fuente cercana, y luégo regresaré á vuestro lado.

Salió el duque del cenador, tornando á mirar al cielo como al entrar, si bien ahora en vez de exhalar un triste suspiro aparecia en sus finos labios una sonrisa con que demostró la satisfaccion inspirada por su fortaleza de espíritu y por el gran predominio que ejercia sobre sí. Su valor moral se sobreponia en estos momentos al material; para comprender el mérito de la accion, para saber lo extraordinario de la violencia que él acababa de imponerse, era preciso encontrarse en su mismo caso.

Ya al aire libre, imitó el chirrido de un ave nocturna, y un minuto después se le presentó Ros, diciendo:

—Presente, mi general. ¡Vaya una noche!

—Agua.

—¿Teneis sed? No me extraña; lo mismo me sucede á mí. Seguidme, señor.

Y llegando el criado á una fuente próxima, lavó las manos, y uniéndolas, recogió agua en ellas, añadiendo:

—Vasija natural, amo mio; no hay otra por aquí ni debeis despreciarla, que es igual á las que usaron nuestros padres Adan y Eva.

—Más.

—Bastante sed teneis.

—Otra.

—¡Santa Bárbara! Mucho habeis andado esta noche, señor.

—¿Por qué dices eso, Ros?

—¡Como se os ha secado tanto el paladar!..

—¡Bribon!

—Si buena prision os dieron, mejor carcelera os dí. ¡Vaya un bocado!

—Ros, no me juzgues torpemente.

—Al contrario, mi querido señor; veo con placer que habeis reformado vuestras ideas y entrais en el buen camino.

—Mal hecho; amo y respeto á tu señora como ella merece.

—Yo lo creo; efecto de acordaros tanto de ella, os precisa buscar un retrato para contemplarla, y que sean humano el original y humana la copia.

—Estás en un error; la hija del conde Vignati es un ángel, y yo incapaz de empañar su candor y pureza.

—Entónces no lo entiendo. ¡Ay, pobrecita!

—Cuando lleguemos á Madrid y te encuentres unido á una mujer de tu clase, hermosa, honrada y que multiplique tu sér, entónces lo comprenderás perfectamente.

—Eso sería un sacrificio contra mi propia voluntad, señor.

—Lo mismo hicieron conmigo, y no me pesa en verdad, que me va muy bien con tu señora.

—¿Muy bien, eh? Si es cierto lo del candor y lo de la pureza, opino que la cosa tendrá de todo.

—Vete á tu puesto, que me espera Angelina.

—Amo mio, el hombre puede errar, pero tambien le es dado enmendar su falta. ¡Pobrecilla! ¡eso es una iniquidad!

—Ros...

—Señor.

—Nada, nada; yo tengo la culpa; te eduqué mal y hé ahí las consecuencias.

—Al contrario; dicen todos, y particularmente todas, que vuestro fiero servidor en el campo de batalla es en casa un almíbar que se apetece como la jalea. Por donde yo voy siembro flores, plata y algunas otras cosas; ellos me envidian, ellas me acosan, y algo tendrá el muchacho cuando es tan solicitado y requerido. Todo os lo debo á vos, eso sí; de tan buen maestro, debia necesariamente salir este discípulo.

—Interin regresemos á Madrid, continúa, Ros, que poco te queda ya; pero deja de llamarme maestro; te juro por mi nombre que no merezco tal calificacion.

—*Requiescat in pace;* no estará bien dicho, pero es verdad, señor.

—Me lo impone el destino y me someto á él.

—¡Qué lastima! La dama merecia otra cosa.

—¡Ay! Vete á tu puesto.

—¡Ay! Si pudiéramos cambiar, me iria yo al vuestro.

El duque sonrió, oyendo las exclamaciones de su sirviente, el cual cada dia era más solapado, diestro é insolente, pero tambien más hábil, despejado y cariñoso.

Sereno y tranquilo, penetró Osorio en el cenador, diciendo á la encantadora napolitana:

—Perdonad si me vi obligado á abandonaros unos cuantos minutos; me abrasaba la sed.

—Era natural, amigo mio; pasásteis veinticuatro horas sin probar el agua; yo ocupé esos instantes pensando en vos.

Y la cándida jóven le tendió una mano que él cogió entre las suyas, exclamando:

—¡Qué inocente, qué pura, qué angelical sois! No importa;

al abandonar yo á Nápoles sólo tendreis recuerdos agradables de mí.

—Yo lo creo; si viérais qué dichosa soy; desde ahora en adelante ya podré decirme: fuí amada por el más galante y cumplido caballero de Europa; de sus labios salió un torrente de flores dirigido á mí; pasé á su lado horas y horas en delicioso éxtasis; me defendió su espada, y me hizo, por último, feliz.

—¿Con eso sólo os dais por satisfecha?

—¿Qué he de hacer? Sois casado y me basta con vuestra amistad, tierna, amorosa y siempre agradable. ¡Oh, y no es poco conseguir ser amiga, galanteada y protegida de un tan poderoso y renombrado señor!

—¡Qué inocente, qué deliciosa sois!

Exclamó el duque, besando con cariño fraternal la mano de la jóven. Luégo añadió con efusion:

—La cándida tórtola merecia el arrullo de un ruiseñor; jamás las terribles garras del feroz milano, que todo lo aja, pisotea y mancha. ¡Ah! Mauro, Mauro, á tí, que tanto me has criticado, quisiera verte en mi lugar para que te convencieras que soy por lo ménos tan fuerte como tú.

—No entiendo nada de lo que decís; ese Mauro será el conde de Monterubio.

—Sí.

—¿Vuestro hermano?

—¿Qué decís?

—Como los seis os apellidais de ese modo...

—¿Y vuestro juramento?

—¡Ay! no me acordaba en este instante. ¿Qué murmurábais?

—Nada; no olvidaré jamás esta noche. ¡Qué venturoso me habeis hecho!

—Más lo soy yo.

Y los dos continuaron hablando y disputándose las pruebas de afecto y amistad. Durante las dos horas y media que pasaron en el cenador, demostró el uno toda la grandeza que

abarcaba su alma y la otra el entusiasmo que tenía por el duque, la pureza de sus costumbres y una candidez é inocencia que encantaron á Flaviano de Osorio. Dos hermanos no hubieran podido estar más tranquilos y satisfechos que el duque y Angelina.

Por último, ámbos oyeron ruido de pasos y la voz de Ros, que anunció:

—El maestre Zalla, el capitan Roch y el que fué jefe de nuestros prisioneros.

Y se retiró junto á los que acababa de anunciar.

Osorio dijo á Angelina:

—Va á amanecer y es preciso que os retireis á descansar, llevándoos mi eterna gratitud por las infinitas bondades que me habeis prodigado durante una noche que no se borrará jamás de mi memoria. Cogeos á mi brazo, y os acompañaré hasta vuestra cámara.

La jóven se apoyó, preguntándole por el camino:

—¿Qué vais á hacer de ese hombre?

—Dejadlo en mi lugar para que vuestro padre no note mi ausencia, sospeche de vos y castigue á sus criados.

—¿Y si llegan á hablarse?

—Yo lo evitaré.

—En ese caso lo matará de hambre.

—Poco ó nada se perdia, Angelina. ¡Es tan malo!..

—¿Quereis que le eche yo alimento desde el panteon?

—¿Os dejarán bajar?

—Sí; várias veces he pedido la llave para orar sobre la tumba de mi infortunada madre, y nunca me la negaron. A esas visitas debí el descubrimiento de la trampa y la prision en que os han tenido encerrado.

—¿Qué uso hace vuestro padre de tan misterioso lugar?

—Un dia, oraba yo, segun os he dicho ántes; vertia lágrimas, y entre súplicas y sollozos trascurrieron muchas horas. Era tan infortunada con los vivos, que me creia dichosa al lado de los muertos. Hubieron de olvidarse de mí, y alzando la tram-

pa dejaron caer á un hombre. El ruido que escuché y los ayes del desventurado interrumpieron mi meditacion y en un principio helaron mi sangre; luégo me fuí poco á poco serenando, y miré en torno, pero nada vi, si bien proseguia sintiendo las lamentaciones de un sér humano. Compadecida de su suerte, me revestí del valor necesario y apliqué el oido; palpé luégo las paredes, hallando los hierros de la reja cubierta con el paño mortuorio del panteon. Fija, perenne, inmóvil, junto á aquella ventana, percibí las siguientes frases: «Cedo, señor conde; sacadme de esta horrible mazmorra y haré lo que me mandais.» Al poco tiempo abrieron las puertas, y penetraron en el calabozo mi padre y su escudero; ámbos exigieron un juramento al preso, le vendaron los ojos y se lo llevaron. Entónces asomé la cabeza sin descorrer la cortina, viéndoles partir en la forma que os he dicho ántes y comprendiendo que aquella salida comunicaba con el depósito de aguas. Más tarde sorprendí una conversacion entre el conde y su escudero, y supe que éste tenía las llaves de aquel paraje. La curiosidad me llevó á la habitacion donde está la trampa, y aunque con gran trabajo, pude reconocerla. Ese es el todo de mis averiguaciones.

—Comprendo el resto, y vuestro padre, Angelina...

—¡Callad, por Dios! Nada ignoro, mas le debo la existencia, y...

—En obsequio á vos salvaré su vida y haré todo lo posible por ganar su alma para con Dios.

—No desistais de tan noble empresa; digna es de vos. ¿Quereis que os lo pida de rodillas?

—No, ángel adorado; lo haré por vos con mucha alegría; pero sed prudente, Angelina.

—No temais, amigo mio; primero atravesaria mi corazon con agudo puñal que comprometer, qué digo, disgustar al hombre más caballero y al que más amo en el mundo. Ya estamos en mi cámara; hé aquí mi frente.

Osorio la besó, contestando:

—¡Ay, qué hermosa sois! Os repito que nada temais; cum-

plid fielmente mi encargo, y pensad en Vitali; es un jóven gallardo, valiente, y á mi lado...

—A vuestro lado se eclipsa; pero cuando vos os marcheis, volverá á parecerme como ántes.

—Os ama con delirio, y hasta que yo le protegí fué tan infortunado como vos. Amadle mucho, Angelina, lo merece.

—Lo haré.

—Adios, incomparable gacela.

—¿Cuándo os volveré á ver?

—Pronto.

—¿Tardareis muchos dias?

—Diez ó doce.

—Un siglo.

—¡Qué buena sois!

—Quiero escuchar al ménos vuestra voz. ¿Me concedeis esta gracia?

—Sí.

—A media noche, cuando todos duerman, entónces...

—Comprendo; con la lira de Vitali cantaremos un duo él y yo.

—No; pobrecillo; va á parecer su voz detestable unida á la vuestra.

—Será un ária.

—Por vos.

—Por mí. Adios, hermosa mia.

—Adios, galante caballero.

Se estrecharon las manos, y Osorio, que al entrar en el palacio pidió á Ros la linterna, continuó al pálido resplandor de ésta hasta que llegó al jardin, incorporándose con sus amigos, criado y prisionero.

Se aproximaba el crepúsculo matutino; el volcan seguia vomitando lava y piedras enormes, la brisa empezaba á refrescar más de lo conveniente, comenzando la madrugada tranquila y serena.

CAPITULO XXIV.

Sustituto.—Del paraiso al limbo.—Otra gacela de baja estirpe.—La red de Flaviano.

El duque del Imperio halló al representante del embajador inglés con los ojos vendados, entre Roch y Zalla, guardando todos el mayor silencio.

—Seguidme,—les dijo Flaviano.—Ros, coge al preso de la mano, y ayúdale á bajar.

Y descendieron los cinco hasta llegar al calabozo que ya conocemos.

—Descubrid á ese hombre.

Cuando Osorio fué obedecido, se acercó al preso, preguntándole:

—¿Me conoces?

—Sí, señor.

—Bien; te he ofrecido la vida, y no quebrantaré mi palabra siempre que me obedezcas con ciega sumision.

—Lo haré.

—Sin faltar á mi promesa, puedo mandarte á galeras por el resto de tu existencia.

—¡Misericordia, gran señor!

—Depende de tí, y óyeme: si permaneces en este calabozo sin contestar á ninguna pregunta hasta el instante que venga á hacerte compañía otro preso, ántes de quince dias te daré la libertad sin condicion alguna.

—No os comprendo, señor.

—Pardiez, si el conde Vignati ó algun otro que no fuese yo te interroga, callas á todo, sin desplegar los labios hasta el momento que se presente aquí otro prisionero mio. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, señor.

—Te sitiarán por hambre, y áun cuando yo evitaré que la sufras...

—Callaré, con tal de verme un dia libre.

—Jamás faltó el duque del Imperio á su palabra ni á lo que ofrece.

—Lo sé, y os juro cumplir la mia.

—Está bien; si quieres luz, en aquella reja la encontrarás, descorriendo la cortina que la cubre; mal calabozo tienes, pero el plazo es breve, y si sales bien de la prueba, todo lo habrás ganado. Aquí hace frio; toma mi tabardo, mi sombrero, y ruega á Dios por tu alma si desunes los labios ántes de lo que á mí me conviene.

Y sin más explicaciones salieron los cuatro, cerrando las puertas como lo estaban anteriormente. Ya en el jardin, preguntó el duque á su criado:

—¿Tienes aquí capa?

—Y tabardo; elegid.

—Tráeme la primera.

—Vuelvo al momento.

Minutos después, embozados Osorio, Zalla y Roch, salieron del jardin por una de sus puertas, en tanto que el diestro criado la cerró por dentro, escondiendo después la escala. Luégo entró en el palacio, y cerrada tambien aquella puerta, se dirigió con las cuatro llaves á la alcoba del escudero.

—Duerme, hijo, duerme,—dijo entrando;—aún tienes sueño para algunas horas.

Seguidamente depositó las llaves en el sitio de donde las habia cogido, y echando dos vueltas á la del armario, la metió en el bolsillo del sirviente de Vignati, retirándose á su portería.

—Todo ha vuelto,—exclamó,—á su anterior estado; puedo en consecuencia dormir algun tiempo sin que nádie me lo impida. ¡Ah! conde, conde, á tu red hemos contestado con otra á lo Osorio; es decir, segura, decisiva, admirable. Gracias á mi amo, á sus escrúpulos de ahora, no acabó la funcion como yo hubiera deseado; preciso es tener el corazon de bronce, el alma de roca y una voluntad de hierro, para estar al lado de una mujer como Angelina, y marcharse... ¡Cómo ha variado mi señor! sin embargo, su sangre es buena, buenísima, y cuando obra así, es digno de admiracion. Ya lo creo; lo que es yo aunque quisiera no podria; ó soy más débil que él ó más... ¡Hola, hola, cómo ronca mi suizo! Tambien éste tiene sueño para algunas horas; sin saberlo me iba allanando el camino, y en verdad que cási lo hizo él todo. Durillo está mi jergon efectivamente, mas lo prefiero al calor de ese endiablado escudero, confidente y vil instrumento del más malo de los condes. Si éste pudiera, haria más que Don Julian y que Trastamara... Voy siendo erudito; al lado de tan buen amo nada debe extrañarme.

Minutos después dormia tambien Ros. El palacio continuó por muchas horas silencioso, y sus habitantes entregados al más profundo sueño.

Sigamos á Flaviano de Osorio.

El duque, llevando á Roch á la derecha y á Zalla á la izquierda, abandonó la morada de Vignati, dirigiéndose á la de Busato. Iba embozado en la capa de Ros y como entregado á profunda meditacion, cuando el célebre marino le hizo la siguiente pregunta:

—¿Era esa dama que llevábais del brazo la hija del conde?

—Sí.

—¿La prometida de Vitali?

—Su novia.

—Aun cuando la vi de léjos me pareció hermosa.

—Lo es como un ángel.

—¿Salísteis con ella de un cenador?

—Sí.

—¿Permanecísteis mucho tiempo á su lado solo con ella?

—Todo el que tardásteis en volver.

—Me dijo Ros que os tuvieron preso, y que esa dama, faltando á su padre y á sí misma, os arrancó del encierro.

—Cierto; pero cumplió con su deber.

—¡Ah! Yo ignoraba que el contrariar la voluntad del autor de sus dias y convertirse luégo en tórtola y vos en milano..

—Roch, os vais haciendo insolente, y avanzais tanto en lo que no os importa, que voy á tener que poneros una valla.

—Viro de redondo, largo trapo, doy media vuelta y sigo adelante, dejando el estorbo á un lado.

—En tanto que yo os largo una andanada y no os dejo un mástil ni tabla unida á su compañera.

—Segun; suelo yo navegar en buques muy veleros, y estoy acostumbrado á capear al enemigo. ¿Con que la niña se aficionó á vos, eh?

—Mucho; le oí decir várias veces que me amaba.

—¿Y vos?

—Tambien.

—¿Y Vitali?

—Vos lo sabreis; no estaba entre nosotros dos.

—Ese buque hace agua y se irá á fondo.

—No anda el vuestro muy bien parado.

—¿Lo decís por mi esposa? Si es así estais en un error; tiene el corazon de almíbar para su Roch, de bronce para el resto de los hombres. La paloma se convierte en pantera cuando yo no estoy á su lado.

—Lo digo por vos.

—Mi galera, señor duque, está asegurada.

—¿Por quién?

—Entre otros por vos.

—No abuseis, señor capitan.

—Tengo encargo de velar por vos y órden de la señora duquesa para oponerme á todo lo que no sea justo; cuento además con mi hermano Zalla, que me ayudará á conteneros en el desbordamiento de las pasiones...

—Yo no,—contestó Alvaro.

—¡Qué dices, insensato!

—No negaré á mi amado protector un buen consejo, si creyese que lo necesitaba; pero jamás me opondré á que haga nada, siendo así que no existe caballero más cumplido; cuando Syra lo dice...

—¡Ay, Zalla, qué bien me juzga vuestra esposa! En la noche que acaba de trascurrir obré con tanta abnegacion y generosidad como aquella en que salvé á la hermosísima griega, vuestra mujer luégo, de los feroces tigres que la aprisionaban.

—Siendo así,—añadió Roch,—no hicísteis otra cosa que cumplir con vuestro deber.

—¡Ah, qué deber tan penoso!

—Lo decís con un sentimiento...

—Roch, no teneis sangre; es agua de nieve lo que circula por vuestras venas.

—¿Qué os extraña? Pasé toda mi vida en la mar y me acerqué mucho al polo Antártico.

—Entónces juzgad á los peces, no á los hombres.

—Es que vuestro barco da unos tumbos... vira de soslayo, las marejadas lo acosan, y temo que el palo mayor se quiebre.

—Os he dicho que esta noche fuí el mismo que en aquella de Malta. ¿Recordais?

—Sí; pero la duda...

—Es muy propia de la gente débil.

—Aunque marino, sé que el hombre se convierte en estopa, la mujer en fuego...

—Y vos, segun envejeceis, en gruñon, solapado, insolente, y temo, amigo mio, que me obligueis á poner coto á vuestros indigestos sermones; cortemos el presente y decidme: ¿Qué han declarado el portero y dos criados vendidos á nuestros enemigos?

—Al principio nada; pero á la tercera docena de palos confesaron que debimos perecer esta noche los que habitamos el palacio.

—¿Cuántos eran?

—Ocho de fuera y ellos tres.

—¿Qué más?

—La idea era como de italianos; clavarian sus puñales cuando estuviésemos dormidos, prendiendo después fuego al palacio, y á tan horrendo crímen seguiria la impunidad que buscan siempre los malvados.

—Es lo mismo que yo sabía, y nada se ha perdido. ¿Qué hicísteis con ellos?

—Les mandé dar tres docenas más de palos, y quedan en el sótano amarrados con gruesos cordeles y sujetos á una dieta rigurosa.

—¿Examinásteis á los restantes?

—Sí, señor, y nada debe temerse de ellos.

—¿Reemplazásteis al portero y compañeros?

—Con tres suizos tan leales como necesitamos.

—Hemos llegado al bosque, y es preciso que nos separemos; quedaos aquí, en tanto que yo tengo una entrevista con Busato y regreso para volvernos juntos á la ciudad.

—Ese hombre que vais á visitar lo juzgo un miserable asesino...

—Ya lo sé; pero nada temais; el jefe de la policía de nuestros contrarios me obedece como un perro. Hasta luégo.

Acababa de amanecer, cuando Osorio se acercó á la ventana de Orsola, y dió tres golpecitos en ella.

—¿Quién es?—preguntó la jóven sin abrir.

—Yo; el español. ¿Estás vestida?

—Pronto acabaré; aguarda un poco.

Cinco minutos después abrió la ventana, añadiendo:

—¿Vienes á hablar conmigo?

—Sí, y luégo con tu hermano. ¿Está?

—Se retiró muy tarde, y debe hallarse en lo mejor de su sueño; si quieres podemos hablar una hora. Ya no me dices lo que en nuestra primera entrevista.

—¿No basta con una vez?

—No.

—Pues bien; tus ojos, rasgados é hijos del ardiente sol napolitano, prenden fuego en el corazon del que los mira; tus facciones son tan perfectas como graciosas; tu cútis moreno y agradable es suave é indica lo bueno de tu sangre; enamora tu voz, encanta tu sonrisa...

—Sigue.

—No puedo, Orsola.

—¿Por qué?

—No he comido hace muchas horas y me siento débil.

—¡Pobrecito! ¿Necesitas dinero?

—No; fué que estuve en sitio despoblado y no hallé donde tomar alimento.

—¡Qué lástima! Mira, tengo ahora la despensa más provista que nunca; hay jamon, huevos, embuchados...

—Basta, Orsola; abre la puerta y esperaré, en tanto que me proporcionas unas magras.

—Al momento.

La jóven le obedeció, miéntras Osorio, alzando la vista al cielo, exclamó:

—¡Todo sea por Dios! Me veo libre de Angelina, y me sale al encuentro Orsola.

Y entró; aquella le dijo:

—Siéntate; voy á encender lumbre, y al momento te daré un almuerzo de rey. Mejor es que pases á mi alcoba; así cerraré la puerta, y con la luz que entra por mi ventana...

—Comprendo y aceptado.

—Si tú quisieras, mejor era que me acompañases, y miéntras yo preparaba el jamon hablariamos.

—¿A la cocina?

—Sí.

—No puedo tenerme en pié, Orsola.

—Entónces espera ahí.

Y el duque se sentó en una silla de anea, ínterin la jóven le cumplia su palabra de preparar el almuerzo. Nuestro guerrero se veia obligado á aceptar aquella hospitalidad, porque se sentia ya débil, le iban faltando las fuerzas, y las piernas se negaban á sostener el peso de su cuerpo. Era robusto, pero á tantas horas de ayuno no hay materia que resista.

Embozado en su capa y frente á la habitacion de Busato, aguardó poco más de media hora que tardaria en volver la napolitana cargada con dos botellas, manteles, cubiertos y pan.

—En esta mesita almorzarás,—le dijo entrando é ínterin arreglaba lo necesario;—come sin repugnancia, que soy curiosa y te sirvo con deseo y voluntad.

—Gracias; contra mi hambre, hija, no hay aprension posible.

—Empieza por un poco de vino; es añejo, dulce y del que bebe mi hermano los dias de fiesta. Vuelvo con las viandas.

Flaviano comió un poco de pan bebiendo dos dedos de vino.

—Bien,—exclamó;—mi pobre estómago agradece el obsequio.

La jóven regresó llevando vários platos que dejó sobre la mesa, añadiendo:

—Jamon con huevos; embuchado de Génova; un pedazo de perdiz que guardaba á mi hermano, y postres. Míralos bien; son dulces de Nápoles; pasas de Corinto y almendras de Sicilia.

—Ya los veo; me das un almuerzo de príncipe, y por Dios que no lo he de desairar. Las magras de tu país son excelentes.

—El apetito con que tú las comes.

—Algo contribuirá; pero siempre tuvo fama el jamon de Nápoles.

—Come los huevos sin repugnancia; ayer los pusieron mis gallinas.

—Ya veo que son frescos y gustosos como tú.

—¿Por qué me dices eso?

Y la jóven se recostó en el hombro de Osorio, aproximando su cara á la de aquél.

—¡Ay, todo sea por Dios!—exclamó el duque para sí; añadiendo fuerte:—Eres jóven...

—Diez y ocho años.

—Tan graciosa como verdadero tipo napolitano; esbelta...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tienes la cintura delgada y que tu forma es perfecta.

—Lo que es eso, como yo me ajuste un poco...

—Ya se conoce.

—Qué hambre demuestras, chico; come, come lo que quieras; lo veo con mucho gusto, y si se acaba lo que hay sobre la mesa, pronto la llenaré.

—Los soldados españoles solemos estar mucho tiempo sin probar la comida; pero en el momento que damos tregua al servicio y comenzamos á mover las mandíbulas, es poco cuanto nos ponen delante. Tengo yo un hermano que se come un pavo y algunas otras frioleras por el estilo.

—¿De una vez?

—Sí; pero no te extrañe; se suele pasar veinticuatro horas sin tomar nada, y es tan alto y grueso, que parece gigante.

—Apostaria cualquier cosa á que no es tan guapo como tú.

—Te parecerá á tí.

—No lo creas; lo dice tambien Busato; luégo, hablas tan bien... pareces italiano; tu voz llega al corazon.

Flaviano levantó la cabeza para mirar á la jóven, chocando su rostro con el de aquella, efecto de lo muy inclinada que estaba.

—¿Te hice daño?—la preguntó.

—No; continúa.

—¿Cuántas sayas tienes?

—Dos; esta y la que uso los domingos.

—Son pocas. ¿Qué te costó la mejor?

—Cuatro ducados.

—Muy mala debe ser. Levanta un poco. Toma veinte, y hazte uno de lujo; quiero verte hermosa y elegante.

—Oye: ¿esto es pagarme el almuerzo?

—No, hija mia, que las viandas apénas valdrán dos ducados, y tu voluntad y deseo carecen de precio.

—No me llames hija; me suena tan mal...

—Bien, Orsola, te apellidaré amiga. ¿Me das otro plato?

—¿Para qué?

—No quiero más magras ni huevos; voy á probar el embutido de Génova y la perdiz.

—¡Ah! comprendo; tú comes en cada plato una cosa diferente; nosotros con uno nos basta para todo.

—Tambien yo suelo hacerlo, pero ahora...

—No te violentes; hay más, y vuelvo con ellos al instante.

Salió la jóven, exclamando Osorio:

—Es bonita, y por Dios que su contacto me hace daño.

—Aquí vienen siete,—dijo aquella entrando.

—Veo, con placer, que teneis cubiertos de plata.

—Sólo ese que trajo un dia mi hermano no sé de dónde; el mio es de madera.

—¿Quién se quedaria sin él?

—Lo mismo le dije yo; pero me llamó bachillera, insolente, y hube de callarme.

Osorio continuó almorzando con buen apetito, sin cumplimiento ni escrúpulos, y Orsola junto á él, atormentándole con su aliento y calor. Luégo hablaron de unos amores que tuvo Busato, y la napolitana los referia con tal gracia y oportunidad, que Osorio no pudo contenerse, y lanzó una carcajada que hubo de llegar al oido de Busato. Tres minutos después se entreabrió la puerta de la alcoba de aquél, asomando sus largos bigotes y rostro feroz. Orsola se separó del lado de Flaviano; éste miró al polizonte con indiferencia, y el terrible agente,

después de observar lo que pasaba en la alcoba de su hermana, exclamó con voz ronca y destemplada:

—*¡Corpo di Baco!* ¡con qué apetito y qué temprano almorzais!

—Pasé la noche en vela,—contestó el duque,—y en ayunas.

—¡Hola, hola! ¿cayó quehacer?

—Cuando el soldado duerme, como tú, preciso es que el general esté muy alerta, si no quiere ser víctima de su enemigo. Lo que es la banda aquella...

—¿La mia?

—Sí.

—Voy corriendo; dejad que me acabe de vestir y hablaremos de ella, mi señor.

Y se retiró, diciendo Orsola á Flaviano:

—Con qué respeto y consideracion te trata, chico.

—No te extrañe; áun cuando soldado soy rico, y tu hermano hace honor á mis escudos.

—Ya; tú eres valiente, y en algun saqueo...

—Lo has acertado.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Un talego lleno.

—¿De plata?

—No, de oro.

—¿Por qué no dejas el servicio, compras una hacienda y te casas?

—Lo pensaré, Orsola, lo pensaré. Sepárate, que se oyen las pisadas de tu hermano.

No se habia equivocado Osorio. En el mismo instante apareció Busato, frotándose las manos y con la sonrisa en los labios. Al ver á Orsola cerca del duque, la preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Servía al español.

—Como tú; nació en la ribera del Támesis; allá en Inglaterra.

—¡Jesús! ¡Quién lo diria!

—Vete á la compra y no tengas prisa en volver.

—Hermano, ese soldado me dió veinte ducados; dice que no es en pago del almuerzo, sino para que me compre una saya rica y elegante. ¿Qué hago?

—¡Vaya una pregunta! obedecerle ciegamente. Siempre que te dén, toma; cuando te pidan, huye; cuando te atajen, grita. Anda, sal y déjanos.

Orsola partió, añadiendo Busato:

—¿Qué deciais de mi banda, señor... ingles? Ayer la gané.

—¿De qué modo?

—Sufriendo una prueba admirable, decisiva; vos fuísteis la causa.

—¿Yo? Siéntate á mi lado, y sepamos.

—Ya os lo habrán dicho.

—No; ocupé el dia y la noche en asunto de tanta importancia, que no me fué dable ver á ninguno de la junta. ¿Con que yo serví de pretexto?.. Explícate.

—Me llamaron, segun indicásteis vos, pero no el conde, sino la junta en pleno.

—Eso ya lo sabía; te recibieron en un salon del piso bajo.

—Así es la verdad. Ya frente á ellos, y unidas á las noticias que vos me dísteis las de un compañero de Merli, pude contestar á cuantas preguntas me hicieron, con tal precision que los dejé asombrados.

—Ya lo creo.

—Elogiaron mi conducta, celo é interés.

—Gracias á mí, de lo contrario te dan garrote.

—Sí, señor; pero ellos ignoraban todo eso, y yo, animado por la indicacion que vos me hicísteis, procuré sacar todo el partido posible, y me atreví á pedirles para el dia del triunfo la banda, que creo haber ganado, y que si algo me falta durante la pelea lo añadiré con exceso.

—¿Qué te contestaron?

—Al principio no presentaron muy buen semblante; pero hubieron de reflexionar con más cordura, variaron de aspecto,

y entónces el presidente me examinó, es decir, trató de averiguar si mi talento, mi capacidad...

—Comprendo; adelante.

—¿Qué os parece me preguntaron?

—Alguna cosa relativa á mí.

—Ya suponia yo que estábais de acuerdo.

Osorio sonrió, añadiendo:

—Continúa, capitan, que quiero oirte para saber si en algo me engañas.

—¿Creeis que me han nombrado ya?

—Prosigue, y á su tiempo sabrás lo que el destino te reserva.

—¡Me interesa tanto esa banda! ¡daria por ella un dedo! Tambien Orsola ganaria con el ascenso; la hermana de un capitan haria mejor boda; y puesto que tanto la protegeis... Ella os quiere con delirio; no sabe hablarme más que de vos...

—¿Y el exámen?

—Me preguntaron quién érais; dije que inglés, y un representante de vuestro país, valiente, diestro, espléndido y todo un hombre. Demostraron dudar de vuestra lealtad, pero yo los vi venir, y juré que nádie se os sobreponia en amor y constancia por la causa que defendemos. Me pidieron pruebas, y se las dí tan concluyentes, que ya no encontraron nada que interrogarme.

—Este malvado,—exclamó el duque para sí,—ha hecho por fin y sin saberlo él una cosa buena en su vida. Si contesta en sentido inverso me cuesta la vida.

—Os habeis quedado pensativo,—le dijo Busato.

—Sí; te traigo hoy nuevas que han de acercarte un poco más á la banda.

—Pues yo he pasado media noche en Nápoles y nada me fué posible averiguar. Me mandaron que espiase la casa de Guzman, y lo hice; pero sin resultado alguno.

—No me extraña.

—¿Qué noticias son esas?

—Sabedores Don Jacobo, Roch y Zalla de que debian ser muertos anoche, temieron al puñal napolitano, y se han marchado.

—¿Qué decís? ¿A España?

—A España.

—¿Cómo lo sabeis?

—Habiéndolos visto partir.

—¿En el puerto?

—No, en las nubes.

—Perdonad; quise preguntaros si marcharon por mar.

—Sí; y en prueba de tu lealtad, voy á facilitarte los medios de que consigas arrancar á Vignati la banda que tanto deseas, con perjuicio mio.

—¡Cuánto os debo!

—Yo sirvo á mi país y me importa muy poco el conde, la junta y cuantos hay aquí; quiero ayudar al triunfo, pero mi recompensa no está en Nápoles.

—Lo supongo; la recibireis en Lóndres.

—Oye bien, y procura ser muy diestro si has de sacar el partido que te ofrece la noticia que voy á darte.

—Fijo toda mi atencion, y si el término de eso es la banda os asombrará mi habilidad.

—Lo será indudablemente. Vignati tiene celos de mí.

—Me pareció que ayer los demostraba.

—Supone que Inglaterra le ha de exigir mucho por los servicios que yo estoy prestando, y como es tan ambicioso, lo quiere todo para sí.

—Vuestro relato es por lo ménos verosímil.

—Como está en un error respecto de lo que piensa y quiere mi país, y no ha sido posible convencerle de la verdad...

—Es muy terco.

—Resulta, que se ha enfriado algo su amor patrio, y es indispensable que tú lo animes, pues de lo contrario, siendo él el alma de la revolucion, nos perjudicaria mucho su indiferencia.

—¡Yo! ¿de qué modo?

—Diciéndole que ayer asesinaron los *lazaronis* á un inglés, el cual se creia fuese yo. Añades, que los cinco compañeros que vinieron conmigo han juzgado cierta la noticia, en vista de que no he parecido en las veinticuatro horas últimas, y temorosos de que con ellos hagan lo mismo, se han marchado á España.

—Pero si luégo averigua que no es cierto...

—Lo es.

—¡Ah! ¿Los habeis mandado?

—Sí.

—¿Y respecto de vos, qué digo?

—Que te consta no soy el que suponen muerto, pero que ignoras dónde me hallo ni qué ha sido de mí.

—¿Y si os ven y reconocen?

—Imposible; no vuelvo á Nápoles hasta el dia del triunfo, y áun cuando trabaje como hasta aquí, sólo tú y yo lo sabremos.

—La idea me parece buena.

—Es al ménos indispensable, en vista del ódio y celos de Vignati; y sería terrible una lucha entre ámbos en tan críticos momentos.

—Es decir, que os sacrificais por la revolucion.

—Deseo el triunfo de mi causa y cedo, dejando que él se lleve toda la gloria. Si quieres ganar completamente al conde, añades á las fugas de mis compañeros Zalla, Roch y Don Jacobo, que yo debo estar preso, y que sería una lástima que no me dejasen morir de hambre. Si te pregunta la causa de tan extraño deseo, contesta que en todo me metia, y con mi oro y poder anhelaba ser el jefe principal, con ánimo sin duda de que más tarde Inglaterra impusiera á Nápoles su única voluntad. Esto será una adulacion á Vignati, que te agradecerá el resto de su vida. Repite mucho que debo morir de hambre y sed, y que creyendo todos en mi muerte á manos de los *lazaronis*, sería una lástima no aprovechar la ocasion, en el caso de que se presentase. ¿Comprendes bien mi pensamiento, la doble idea que se deduce?

—Perfectamente; lo malo es si halla contradiccion con lo que dije ayer.

—Ninguna; continúas afirmando que trabajaba mucho, pero que debia costaros muy caro, y que á la altura en que estais podeis prescindir de mí, y saliros de balde mis servicios.

—Como no es posible dudar de vos, ántes de las ocho estaré en casa del conde.

—No; se halla muy ocupado, y no debes ir hasta después de la diez.

—¡Buen dia me espera! Le llevo la lista de todos los afiliados, y unida ésta á las noticias que acabais de darme, sorprenderé al presidente, me haré el necesario, el indispensable, exigiéndole compromiso formal de que me ha de conceder la banda.

—Si desperdicias esta ocasion, positivamente no hallas otra.

—¡Sí, que me descuido yo! ¡Lo que os voy á deber!

—Me conviene que te la concedan; Inglaterra posee mucho dinero, tú eres excesivamente aficionado al oro, y no estorbará tener de nuestra parte á un capitan iniciado en todos los secretos de Vignati y de la revolucion.

—¡Cuánto sabeis! costumbre inglesa; nunca trabajan sólo para el presente sino tambien para el porvenir; fijos en el *más allá,* sembrais el terreno con talento admirable, y luégo cogeis el fruto que nádie puede disputaros. A mí no me importa; con tal que ellos me nombren capitan y vos me lleneis la bolsa, me doy por satisfecho.

—Tampoco te disgustará saber que en Lóndres tienes amigos, éstos disponen de palacios, y como las revoluciones suelen abortar muchas veces, bueno es hallar la retirada entre columnas de mármol y jaspe, estatuas de alabastro y pórfido, espejos de Venecia, sedas de Escocia, trenes de Lóndres...

—Todo vuestro, milord; aunque querais negarlo no podeis: sois un lord de Inglaterra, generoso como un calabrés, esplén-

dido como los grandes de España, y rico como los hijos del Támesis.

—Lo has adivinado, y nada me resta que añadir.

—¡Tengo yo una penetracion!

—Precisa es para el difícil empleo que desempeñas.

—Me sobra; domino ya la situacion, y el dia que ensanche mi espíritu y rejuvenezca mi sér aquella banda, entónces sabrá Nápoles lo que vale un hombre que, de haber tenido mejor educacion, de pisar las aulas...

—Busato, el dia avanza, y debo retirarme para no ser reconocido por ninguno de los amigos del conde.

—Son escasamente las siete.

—Te dejo los medios de que conquistes hoy el corazon, la voluntad y todo el aprecio de Vignati; estudia mucho el pensamiento mio, y luégo medita las frases que le digas.

—Os repito que nada quedará por hacer. Ya vislumbré yo que aspira á ser jefe de Nápoles; esto es, rey ó dictador; y si lo consigue, como parece lo probable, remunerará con esplendidez á los que le hemos servido en la desgracia, y más aún á los que le adulamos.

Osorio se puso en pié, cubrió su rostro con el embozo de la capa, y dijo por último al polizonte:

—Aun cuando voy á enterrarme en apariencia, algunos caballeros amigos mios y conocidos tuyos continúan vigilándote.

—Lo supongo. De buen país sois para que os fieis de nádie.

—Es que si resbalas...

—Comprendo.

—La más leve imprudencia en momentos tan críticos...

—Merece una estocada.

—En el corazon.

—Id con Dios, y nada temais.

—Toma estos veinte ducados para que dejes á tu hermana que haga lo que quiera con los suyos.

—Gracias, milord.

—Cuando todo haya concluido, entónces se pueden perdo-

nar descuidos y faltas á los que, como tú, demostraron lealtad, decision, prudencia y mucho talento; pero entretanto, ándate con tiento, Busato; te voy cobrando aficion, y sentiria que uno de los puñales que te siguen...

—¡Ah! ¿Me siguen?

—No, me he equivado; te rodean.

—¡Ah! ¿me rodean?

—Sí; napolitanos.

—¡*Diabolo!* Les tengo más miedo que á los ingleses. ¿A quién obedecen?

—A mí.

—Ya; muchas gracias.

—No ofrecen cuidado; hombre de tu peso y circunspeccion...

—Sí, mas si resbalo...

—¡Oh! si tal sucediera, te darian una sola puñalada.

—Os juro, por quien vos querais, que os tengo más miedo que á todos los españoles juntos; llevais en la mano izquierda un talego de oro; en la derecha la guadaña, y en los ojos... Vamos, cuando mirais fijamente, se comprende de todo lo que sois capaz.

—Adios, Busato.

—¿Cuándo volvereis?

—Cuando ménos te lo figures.

—Que el cielo os guarde y á mí me libre de vuestra mano derecha, dejándome cogido á la contraria.

El duque, calada su gorra, es decir, la que cambió con el jefe de sus prisioneros, y embozado hasta los ojos, entró en el bosque, é incorporándose con Zalla y Roch, les preguntó:

—¿Os ha visto alguno?

—No, señor.

—Seguidme.

Y los tres anduvieron diez minutos sin abandonar la espesura. Otra vez se detuvo Flaviano, diciendo á Roch:

—Es indispensable que abandonemos el palacio hasta el dia de la revolucion; el momento se acerca, y la prudencia y

discrecion deben regir desde hoy en adelante todas nuestras acciones. En consecuencia, iremos á habitar en casa de mi nodriza, quedando en Nápoles Vitali y los criados que tomamos allí: que no se vuelva á abrir la puerta principal del edificio; pero en el postigo que comunica con la calle excusada, que esté siempre de centinela un criado. Encargad á Augusto que los mande relevar de cuatro en cuatro horas, pero que no falte uno de dia ni de noche, abriendo el postigo en el momento que oiga la frase *Jacobo*; es una contraseña, sin escuchar la cual permitirá que echen la puerta abajo primero que franquear el paso. En cuanto á la entrada principal, que la miren como si no existiese. Dadas estas órdenes, os vais á casa de Marta con vuestro sirviente y el de Zalla, procurando que lleven aquellos los disfraces, untos y dinero. Marchad, que allí os esperamos Alvaro y yo.

El capitan marino obedeció, partiendo por un sendero que conducia á la izquierda, en tanto que el general y el maestre seguian por otro contrario hácia el barrio extramuros en que habitaba la nodriza.

Volvamos nosotros á casa de Busato y sepamos qué hacía el feroz polizonte.

CAPITULO XXV.

Continúa la red tejida por el duque del Imperio.—Dos lobos enredados en ella.—Las seis damas más bellas de Nápoles.

Busato despidió á Osorio, y después que hubo cerrado la puerta, cruzó los brazos, comenzando á pasear por su morada, entregado á sus propias ideas. De pronto quedó parado, exclamando:

—Ese inglés puede hacer mi suerte con la misma facilidad que atravesar mi corazon. Me infunden miedo sus palabras, la mirada, y hasta me impone su aliento... ¡Oh! es un personaje principal de la Gran Bretaña; esa gente dispone de mucho oro, mis paisanos le tienen demasiada aficion, y es indudable que el tal inglés no halla estorbo capaz de detener su arrogante paso. Y si á eso se unen el valor, sangre fria y talento que demuestra... No hay duda alguna, debo obedecerle, con lo cual ganaré mucho; de lo contrario, mi pobre corazon sería atravesado... No, no, me horroriza la idea. Cuanto me dijo ántes salió verdad; lo juzgué en un principio español, porque él deseaba pasar por hijo de Castilla; pero ahora que sé quién es, no puedo abrigar la menor sospecha. Lo que me

refirió hoy es por lo ménos verosímil, y no es lícito dudar de su certeza sabiendo que esa gente sólo cree lo que ve, y tanto medita sus palabras, que rara vez se equivoca. Debo obedecerle ciegamente, que si el conde se negase á darme la banda, él me la sacará por interés propio, segun dijo, y porque es generoso y espléndido como pocos.

En este instante llamó Orsola á la puerta, preguntando á su hermano, después que hubo entrado:

—¿Y Jacobo?

—¿Quién es Jacobo?

—El español, ese soldado...

—Se fué.

—¡Caramba! ¡Y yo que me he dado tanta prisa por volverlo á ver!

—Hermana, ándate con cuidado, que ese hombre no se llama Jacobo ni es soldado, ni mucho ménos español.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Qué te importa á tí?

—¡Vaya si me importa! es tan amable, tan cariñoso, y me requiebra de un modo...

—Oye, Orsola, ¿te ha?.. ¿vamos, se propasó contigo?

—Al contrario; ¡si vieras cuánto le quiero; con qué gusto le he servido el almuerzo! Es tan guapo; habla en italiano mejor que nosotros. ¿Me dejas los veinte ducados que me dió para comprarme un traje?

—Sí, pero no permitas que te abrace ni que se acerque mucho á tí.

—¿Por qué?

—¡Esos ingleses saben mucho!

—No le conoces tú; me da unos consejos, que ni un santo.

—No te fies, Orsola.

—Cuando vuelva á verle se lo digo.

—Muchacha, si quieres que me mate...

—El otro dia me aconsejabas que le obedeciera y hasta que le estimase.

—Y hoy tambien; mas bueno es prevenirte que te recates en lo posible con un hombre que es imposible se case contigo.

—¿Por qué?

—Es muy rico y tú muy pobre.

—Ya lo sé; tiene un talego lleno de oro que quitó á sus enemigos en un saqueo.

—¡Delirios! Haz lo que te he dicho, y ves preparándome el almuerzo miéntras me arreglo un poco.

Busato entró en su alcoba y se aseó, saliendo luégo á la salita, donde esperó á que su hermana le sirviera el desayuno. Después limpió su espada y daga, se puso el chambergo, y embozándose en la capa, salió en direccion del palacio Vignati.

Eran poco más de las nueve y media cuando el agente entraba en el zaguan del palacio.

—¿Qué quereis?

Le preguntó Ros, único sér que habia en la portería.

—¿Quién eres? No te conozco.

—Un hombre.

—Ya lo supongo, pero eso no me saca de la duda.

—Primo del portero y suizo, para lo que gusteis mandar, señor Busato.

—¡Ah, me conoces!

—Sí, señor; llevo ya quince dias en la casa.

—¿Salió mi señor el conde?

—¡Cá! no se ha levantado aún.

—¿Está enfermo?

—No; se conoce que anduvo desvelado...

—¿Y el portero?

—Se está lavando.

—¡Vaya una hora! Noto que hoy todo está retrasado en esta casa.

—¿En qué os fundais?

—No veo á ningun criado ni sirviente.

—Andan ocupados en la limpieza.

—¿Puedo subir?

—Sí, señor.

Y Busato llegó hasta el estrado sin encontrar á nádie.

—Algo ocurre en esta casa,—se dijo,—por fuerza; no veo á ninguno. ¿Dónde estarán? Sepamos.

Y comenzó á andar por pasillos y galerías, hasta que por fin halló al escudero, el cual abandonaba el lecho en aquel instante, saliendo presuroso y algo agitado.

—¿Y tu señor?—le preguntó el agente.

—No sé; me he dormido y voy en este instante á averiguar si se ha levantado. ¿Qué traeis por aquí tan temprano, señor Busato?

—Temprano dices y son las diez.

—¡María Santísima! Voy corriendo.

—Aguarda; participale que estoy aquí, y que deseo merecer la honra de hablarle con la brevedad posible.

—Esperad en el estrado, que allí os llevaré la contestacion.

Y desapareció, jurando no volver á embriagarse tres veces en un dia, pues el desgraciado culpaba, como sus restantes compañeros, al vino que bebieron por la noche de los efectos del narcótico.

Busato regresó al estrado, comenzando á pasear hasta que volvió el escudero, diciéndole:

—Mi señor está vistiéndose, y me encarga que aguardeis en el salon.

—Muy desvelados anduvísteis todos.

—Mucho.

—¿Hubo funcion?

—No; el señor conde pasó hablando con su hija bastantes horas, y nosotros celebramos el cumpleaños del primo del portero.

—Ya; beberiais...

—Eso es; y como no estamos acostumbrados... No digais nada á mi amo.

—Bueno.

—¿Oís su voz? Os dejo, pues no tardará en dirigirse aquí.

Salió el escudero, siendo reemplazado al poco tiempo por el conde, el cual llevaba la cabeza inclinada y como abrumado por un peso que le molestaba.

—¿Qué hay, Busato?—le preguntó entrando.

—Deseaba hablaros de asuntos de bastante interés.

—¿Hace mucho que aguardas?

—Bastante.

—No me extraña; pasé la noche desasosegado, desperté tarde, y no me encuentro bien.

—¿Aviso al médico?

—No es necesario; al abrir los ojos sentí gran peso sobre la frente; pero el aire me va despejando, y cada instante me siento mejor. ¿Ocurre algo de particular?

—¿Podrán escucharnos?

—¡Ay del oido que tal hiciera!

—Durante la noche han salido de Nápoles para Madrid Don Jacobo de Guzman, Zalla y Roch.

—¡Qué dices, Busato!

—La verdad, señor.

—¿Estás cierto?

—Los he visto embarcarse.

—¿Qué causa?

—Nada; temen un poco el puñal napolitano; suponen que los amigos y parientes de Ozelman los tienen sitiados, y dan por hecho que si la primera intentona salió mal, puede ocurrir lo contrario en la segunda...

—¿Te enteraste bien?

—No me extrañan esas dudas; ignorais de lo que soy capaz y que estoy gastando cuanto me dais y todos mis ahorros en obsequio vuestro. Confío, no obstante, en que mi señor el conde el dia de la recompensa no me negará una banda...

—Gran noticia me traes, y si continúas de ese modo...

—Aún tengo otra que daros de tanto ó más interés.

—¡Otra dices!

—Sí, señor.

—Habla.

—Ayer, unos cuantos *lazaronis* de los que me obedecen, mataron un hombre á la orilla del golfo; mas la autoridad sólo halló el cadáver, y por lo visto se redujeron sus averiguaciones á que el muerto era inglés.

—Me lo dijeron en Pórtici; pero no comprendo qué relacion tenga ese asesinato con nuestros asuntos.

—Ninguna y mucha, oidme: ¿recordais que andaba por Nápoles un soldado que no era lo que parecia y por el cual sufrí ayer un interrogatorio?

—Sí; el representante del embajador de Inglaterra.

—Pues bien; sus cinco compañeros, porque habeis de saber que no vino solo.

—Me consta que eran seis efectivamente.

—Eso es; los cinco restantes, como decia, creyeron que el muerto era su jefe, temieron tambien como Zalla, Roch y Guzman, y se han marchado á Madrid.

—¿Estás cierto?

—Segurísimo.

—¿En qué se fundan?

—En la semejanza del inglés muerto con la del que los mandaba, y en que no encontraron á éste en el dia de ayer.

—Busato, eres todo un hombre.

—Gracias á Dios que vais empezando á conocerme.

—No es tarde, y lo que creí en un principio delirio, podrá llegar á ser realidad.

—¿Os referís á mi banda?

—Sí.

—Señor, cuando yo os la pido es porque me creo digno de ella; de lo contrario...

—Ya hablaremos de eso. ¿Creen muchos que el asesinado era el representante inglés? Me refiero á los nuestros.

—Algunos, pero á mí me consta que no es él.

—¿Dónde se halla entónces?

—Ha salido de Nápoles, ó lo tienen preso.

—¡Qué dices, insensato!

—¿Dónde está que nádie le ve?

—Acaso sea el muerto.

—No; lo deben tener en un calabozo, y en verdad que sentiria equivocarme.

—¿Por qué?

—¿Quereis que sea franco? ¿Que os diga la verdad sin ambages ni rodeos?

—Sí.

—Ese inglés trabaja por cuenta de su nacion, dispone de mucho oro, tiene gran talento, ganó á algunos de los nuestros, y el dia del triunfo querrá imponernos, á nombre de su país, las condiciones más duras y onerosas.

—Es que yo no lo toleraré.

—Es que anclarán en el puerto cuarenta ó más galeras coronadas de cañones y defendidas por soldados, que saltarán en tierra á la más leve indicacion de su general. Vamos á quitarnos el yugo español y á enroscar nuestras gargantas en el inglés.

Busato notó con placer que cuanto le habia dicho el duque surtia los efectos que le indicó, y á la vez de bendecirlo interiormente, seguia el camino que le trazó, usando hasta de sus mismas palabras. El polizonte se juzgaba ya capitan, y un hombre de talento elevado y fina penetracion al observar la sorpresa y admiracion de Vignati.

—Busato,—le contestó el conde creciendo su asombro,—no creí que abarcaban tanto tus facultades intelectuales.

—Señor, no encontré medio hasta ahora de demostraros lo que valgo, efecto de que empezásteis desconociéndome por completo.

—Cierto; tu orígen *lazaroni* y tu figura... si he de decir la verdad, predispones en contra de tí mismo.

—Qué quereis; mis padres fueron pobres, la naturaleza me hizo mal encarado y feo, segun cuentan, pero el destino ocultó lo único bueno que tengo, en el centro de mi cerebro.

—¿Conque tú opinas que el representante inglés nos es perjudicial?

—Abrigo certidumbre, señor; no os dije nada hasta hoy porque creí necesarios sus servicios, pero ya son inútiles, y tened en cuenta que á la postre nos ha de costar Inglaterra medio Nápoles. Si, como espero, llegais á dictador ó á rey, que todo podrá ser, entónces sufriremos las consecuencias del auxilio de esos hombres.

—¿Y qué opinas tú que se debe hacer?

—Yo, á ser posible, cogia á ese inglés, lo encerraba en una mazmorra sin que nádie lo supiera, y allí lo dejaba.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tú sabes algo más?

—Os juro que me he contraido á emitiros mi opinion.

—¿Dónde crees que podremos hallarlo?

—Eso lo ignoro; hace más de veinticuatro horas que se desconoce su paradero.

—Luego no es posible apresarlo.

—Ya lo veo, por eso me reduje á deciros lo que nos convenia, no lo que hay posibilidad de hacer.

—Figúrate, esto es sólo una suposicion, figúrate que logramos encontrarlo y la junta dispone que se le prenda, lo conseguimos, y hé aquí que nuestro hombre se halla de pronto y sin que nádie se aperciba encerrado en un calabozo: ¿qué harias tú entónces?

—Nada absolutamente; dejarle en su prision por una eternidad.

—¿Y si lograba escaparse?.. Sabe mucho, Busato.

—Ciertamente, señor conde; y para evitar esa contra hay tambien su remedio.

—A ver, dilo. Por supuesto, no es más que hablar...

—Se entiende; yo le tenía sin comer ni beber hasta el dia siguiente al del triunfo, y luégo concedia á Inglaterra cuanto me pidiera por boca de ese su representante.

—¡Já, já, já! Idea peregrina. ¿Conque después de ocho ó diez dias de no comer ni beber... Mucho sabes, Busato; y sien-

do así que tu talento me pertenece por completo, te voy á dar un consejo.

—Lo tomaré.

—Nádie perderá, y tú ménos.

—¿Cuál es?

—Cuenta á todo el mundo que ese inglés asesinado por los *lazaronis* es efectivamente el representante del embajador inglés.

—Aplaudo la idea; así, en el caso de hallarlo...

—Ayunará, como tú propones, ocho ó diez dias.

—Mejor pensado con cuatro ó cinco bastan.

—El doble, el doble.

—No estorban; luégo...

—Luégo se le facilita un lecho á dos varas bajo la superficie de la tierra.

—Eso es.

—Conviene que se enteren mis ocho compañeros de junta del asesinato ocurrido en la playa, y no estará demás que tú adornes y comentes el hecho, destruyendo toda sospecha que pudiera recaer sobre nosotros. Todo por si acaso...

—Entiendo; y si vos me indicáseis la manera de hablar con vuestros amigos de modo que ellos no dudaran, quiero decir, que se me presente la ocasion, sin violencia y como la cosa más natural.

—Tienes razon; el acontecimiento merece pensarse un poco y estudiarlo. Esta tarde debemos reunirnos los nueve; para evitar que sospechen mis criados, siendo así que ayer pasaron toda la mañana encerrados conmigo, conviene que honren mi mesa, viniendo acompañados cada uno de su mujer ó de su hija. Así se disimula la entrevista de este dia, y aparece consiguiente y lógico que seas tú el que les enteres de la idea que me propongo; añades que tengo muchas nuevas que participarles, las que tú me has traido, y que terminado el banquete, mi hija se llevará á las suyas ó esposas, en tanto que nosotros hablamos sin testigos.

—Magnífico plan; ellos me preguntarán al verme qué ocurre, y yo entónces preparo el terreno.

—No les digas nada de Zalla, Roch ni Guzman; concrétate al asesinato del inglés.

—Así lo haré.

—Toma; te regalo esos diez ducados.

—¿Y la banda?

—Como sigas demostrando tanta inteligencia y sabiduría como hoy, cuenta con ella, siempre que yo logre tener el poder necesario.

—Lo que es ese os sobrará. ¿Quién sino vos es el indicado para gobernar este país?

—Allá veremos; tú haz méritos, que lo demás me corresponderá á mí.

—¿Como hoy?

—En este dia, Busato, no debo ocultártelo; te has presentado á mí como el hombre más útil y necesario de los quince mil que me obedecen.

—Eso me recuerda una lista que me mandásteis sacar en limpio, y aquí teneis el borrador y la copia.

—Cierto. Cumple mi encargo ántes que mis compañeros abandonen sus palacios.

—Al momento. Que el cielo os guarde.

—Espera; me temo que el inglés estuviera de acuerdo con algunos de los nobles que siguen nuestra bandera.

—Dadlo por hecho.

—¿Te consta?

—Sí, señor.

—Me lo habia figurado, y eso debe ser causa de que estés muy diestro en tus explicaciones.

—Quedareis complacido.

—Estudia bien la idea...

—Continuaré mereciendo vuestros favores, y acaso la admiracion de mi señor el conde.

—Parte al momento.

Busato le hizo una reverencia y abandonó el salon, luégo el palacio, y últimamente los alrededores; iba muy de prisa, inclinada la cabeza y como meditando.

—¡Cuánto sabe ese inglés! —se decia;—penetra hasta los pensamientos más recónditos del conde, y en verdad que creo tan difícil prenderle y matarle de hambre, segun Vignati se propone, como llegar con las manos al cielo. Mi posicion es un poco crítica, pero la acepto con gusto; sirvo á ese inglés en realidad y en apariencia al conde; lo cual me agrada, que al fin y al cabo aquél llena mis bolsillos de oro, me da noticias que yo no hubiera averiguado nunca, y Vignati, por toda recompensa á servicios que supone extraordinarios y sorprendentes, me alarga diez ducados. ¡Vaya una esplendidez! Estoy por el otro, y quiere decir que si luégo pretende cobrarse, como suelen hacerlo los hijos de su país, nada me importa y ménos que triunfe el conde, los españoles ó los ingleses; con declararme partidario del sol que más caliente, hago la jugada. Ya me parece vislumbrar la banda; la tendré; ¿qué duda tiene? En esto de embrollos y lios no hay quien me aventaje en Italia.

Y continuó su camino, pensando en la mentira con que iba á obsequiar á los ocho junteros.

El conde quedó en el salon, hablando tambien consigo mismo.

—¡Bravo! —exclamó;—el buen Busato vale más de lo que yo imaginaba. Triunfaremos; la presencia de Zalla y Roch me tenía molestado, y cási, cási con miedo; mas ahora nada detendrá mi arrogante paso. ¿Me habrá engañado ese canalla? ¡Imposible! ¡Cómo dudar de un hombre que penetró hasta mis intenciones! ¡Oh! será capitan; hoy ha ganado su banda, y si no la desmerece en lo sucesivo, yo mismo se la he de poner. Es indudable que su ambicion lo ha elevado; hasta ahora me pareció torpe y ruin, mas se ha fijado en un mando á que no debió nunca aspirar, y se ha crecido de un modo extraordinario. Gente así me es indispensable, y no debo ser con ella avaro de

lo que nada me cuesta. ¿Qué haré con ese inglés? lo que ha dicho Busato. Se hundió; al caer perderia el sentido, luégo habrá sido atacado por el hambre y la debilidad, y en este instante sufre ya sobre un monton de paja las consecuencias de su altanería, reserva y pretensiones futuras. Ya no podrá ni moverse; pegada su lengua al paladar, ni un solo suspiro acogerán sus balbucientes labios; esta noche ó mañana espirará; cuando tenga tiempo bajaré solo, y levantando la losa que yo únicamente conozco, irá á hacer compañía á un célebre conde que yace allí seis meses. Esto es lo conveniente y lo que decido.

Y movió un timbre, diciendo al lacayo que se presentó:

—Que venga mi escudero.

Poco después penetró aquél, y haciendo una reverencia quedó parado.

—Acércate,—le dijo su señor;—quiero poner en libertad al reo que tenemos en la trampa; tráeme las tres llaves, y toda vez que ya no habrá necesidad de encerrar á nádie, me quedaré con ellas.

El sirviente obedeció, y al alargárselas osó preguntarle:

—¿Debo acompañaros?

—No; iré solo, después que anochezca.

—Vuestra hija me acaba de pedir la llave del panteon para bajar, segun dice, y como lo hace á menudo, á orar sobre la tumba de su madre. ¿Se la puedo dar?

—Hoy no; pero desde mañana en adelante cuantas veces intente penetrar en esa mansion; queria mucho á la condesa; es buena, y no debo privarla de un gusto que á nádie perjudica. Dila que venga, y te advierto que ántes de un cuarto de hora iremos al comedor.

El criado se inclinó, saliendo de allí. Poco después le reemplazó Angelina, la cual se presentó al conde recelosa y como temiendo algo que suponia adivinar.

—¿Me llamábais, padre mio?

Le preguntó. Vignati, léjos de confirmar la idea de la her-

mosa jóven, besó su frente con cariño, y cogiéndola una mano, que conservó entre las suyas, contestó:

—Sí, hija mia. Me acaba de decir el escudero que pretendias bajar al panteon, y áun cuando no me agradan esas visitas, puesto que tú lo quieres, accedo á tan inocente deseo.

—Gracias, señor.

—Hoy es imposible, pero desde mañana en adelante puedes ir cuando gustes, si bien te aconsejaria que frecuentases poco la morada de los muertos. Por desgracia llegará dia en que tú y yo descansaremos allí por toda una eternidad.

—No importa, padre mio; ya que no me es dado como ántes prodigar á mi madre aquellas tiernas caricias que formaban su embeleso, quiero entrar en su tumba, echarla un beso y rogar á Dios porque la lleve pronto, si ya no lo ha hecho, al lugar de los justos.

—¿Vas sola?

—Sí; no tengo miedo.

—Si prefieres que te acompañe mi escudero...

—No es necesario. ¿Por qué no me permitís que baje hoy?

—Imposible; te aguarda una sorpresa que me la has de agradecer.

—¿Qué acontece?—preguntó la jóven asustada, suponiendo que Ozelman habia sido reemplazado.

—Espero á ocho amigos que tú conoces, algunos de los cuales vendrán ántes de las tres, seguidos de sus hijas, junto á las cuales podrás entretener el dia agradablemente.

—Comprendo; el marqués...

—Lo acertaste. Sola en este palacio debes aburrirte, y desde hoy en adelante ya procuraré darte compañía. Después te casarás...

—¿Volveis otra vez con la boda?

—Por ahora no me ocupo de eso; aguardo un venturoso dia en que se honre con tu mano un infante, un príncipe ó quién sabe. ¡Qué porvenir te reserva el destino, hija mia; si

tú pudieras comprenderme!.. Supongo que no pensarás en el pintorzuelo aquel...

—Claro es.

—¡Que me place! Sentí mucho la muerte del conde Ozelman, pero hoy ya no me importa en lo relativo á tí. No tardarás en darme la razon. Ahora vamos á almorzar.

Y ámbos se dirigieron al comedor, prosiguiendo Vignati afable y cariñoso con su hija, y ésta recelosa y prevenida contra su padre.

A las dos de la tarde llegaron ocho carrozas y en ellas los compañeros del conde, vários de los cuales traian á sus hijas y los restantes á sus esposas. Vignati recibió á los hombres y Angelina á las damas, estando ámbos todo lo atento y corteses que convenia á su aristocrática posicion.

Media hora después se sentaron á la mesa, permaneciendo allí hasta las cuatro, en cuyo instante exclamó el conde:

—Angelina, puesto que la tarde está deliciosa, te aconsejo que enseñes á tus amigas las flores y plantas de tu invernadero. Mi hija, señores, —añadió,—ha aclimatado ya de unas y de otras que le han traido de América, y concluirá, si sigue como hasta aquí, por ser una especialidad en esa ciencia que yo desconozco completamente.

—Vamos allá.

—Llévanos, Angelina.

Gritaron las madres y las hijas.

—Padre mio, no merece que se molesten estas señoras...

—Esa modestia te honra; id y vereis que tengo yo razon.

—Bajemos, y que lleve su cítara Angelina.

—Al jardin, al jardin.

Exclamaron las jóvenes, obligando á la hija de Vignati á que cogiera la cítara y las acompañase al invernadero, y luégo entre los árboles, invitándola á que cantase.

Las madres se quedaron sentadas en un cenador miéntras Angelina y cinco jóvenes más se fueron al centro del jardin; tres estaban de pié y las otras sentadas, formando entre las

seis un grupo magnífico, admirable. Pertenecian á la aristocracia napolitana; la mayor no habia cumplido veintitres años, y puede decirse que eran los seis rostros más lindos de Italia. Toda la gracia de las mujeres de Nápoles aparecia en aquellos semblantes ménos perfectos que lo rasgado y negro de sus ojos, lo fino del cútis, lo esbelto de los talles y la negligencia, viveza y donaire tan comunes en las bellas napolitanas.

Angelina, que era la más hermosa de las seis, rehusó cantar, suponiendo que sus amigas podrian hacerlo con mejor voz y más arte que ella; pero las jóvenes se resistieron, alegando razones que, si no convencieron á la hija del conde, la obligaron á proponer la adopcion de un coro realizado por las seis.

—Esto es mejor,—les decia;—una voz sola se perderá en la inmensidad del espacio, sin que llegue á los oidos de ningun inteligente.

Luégo cuestionaron sobre la letra y música que deberian elegir. Angelina, que desde la noche anterior sólo pensaba en el duque del Imperio, al cual veia ya al frente de los ejércitos ganando batallas, exclamó de pronto:

—Cantemos un himno guerrero.

—No; una balada tierna, dulce, apasionada, amorosa. ¡Ay! qué sería de nosotras si no existiese el amor.

Dijo una de las cinco; añadiendo otra:

—Cierto. ¡Ay de la flor que crece lozana y bella sobre el tallo gentil, y al abrir su pétalo carece del aura amorosa que vivifica su sér y presta á sus hojas incoloras carmin y brillo!

Convenidas en que fuese una balada el objeto de su canto, entonó Angelina una que aprendió en los Abruzos, cuya última estrofa repetian las cinco, formando un ária coreada tan agradable como inocente. Pronto se aproximaron las madres, invitándolas á que continuaran, y cuantos criados habia en el palacio se acercaban á las rejas, ventanas y balcones para escuchar el magnífico coro de las jóvenes.

En tanto que tenía lugar en el jardin esta escena, los padres de las seis cantoras brindaban por la destruccion completa

—Cantemos un himno guerrero.

—No; una balada tierna, dulce, apasionada, amorosa. ¡Ay! qué seria de nosotras si no existiese el amor.

de España, discutiendo luégo los medios que debian emplear para dar fin de todos los castellanos residentes en las Dos Sicilias, y áun de los napolitanos que se habian declarado abiertamente partidarios de aquellos. Nada de lo que se proponian en tan criminal reunion, por horrible, traidor y sanguinario que fuera, dejaba de aprobarse y de merecer el aplauso de todos.

Vignati comprendió que el agente Busato habia preparado á sus amigos, y que las cabezas de éstos se hallaban por otra parte en la mejor disposicion para realizar una idea que creia indispensable, y haciendo uso de la palabra, dijo:

—Señores, ántes de pasar adelante, debo daros una cumplida satisfaccion como amigo y compañero. Ayer defendí mi derecho y una opinion que juzgué acertada, relativos uno y otra al representante del embajador inglés; pero después que os marchásteis pensé que á ninguno de los nueve le es lícito obrar de una manera contraria al resto de sus parciales, y en el acto dejé en libertad á mi prisionero, encargándole que fuera é hiciese lo que cuadrara á su antojo.

Este rasgo de adulacion le valió al conde un aplauso, y el que todos le contestasen:

—Bien, muy bien.

—Por desgracia, señores,—añadió Vignati,—no me habia equivocado, y ese hombre, aparentando un celo é interés innecesarios á la revolucion y carísimos en su dia, por las razones que os tengo expuestas, salió de mi palacio, yendo solo y con intento hostil hácia nosotros, en busca de los *lazaronis* que nos obedecen. Hubo sin duda de hablarles mal de la junta, con ánimo de capitanearlos él para acabar por hacerse jefe de la sublevacion; ellos no opinaron lo mismo, se enredaron en acalorada disputa, dando el resultado que era de esperar; esto es, que un *lazaroni* tan leal á nosotros como intransigente con toda idea que no emane de la junta suprema, le atravesó el corazon, dejándole muerto en el acto. Así me lo han referido, y luégo lo ha confirmado con sus frases el inteligente y audaz Busato.

Vários de ellos quisieron hablar, y no pudiendo verificarlo todos á la vez, se pusieron de acuerdo, contestando el que parecia más inclinado á Inglaterra, el marqués que ya conocemos:

—Si ese hombre abusaba, como parece y se deduce de las noticias que corren, bien muerto está. La suerte empieza á favorecer nuestra causa, quitándonos hasta el único escollo con que debiera tropezar el gobierno que un dia no lejano abarcará con su potente diestra las riendas del Estado. Condenemos, pues, al olvido un hecho que no provocamos ni estuvo en nuestras manos evitar, y puesto que nos sobran hombres, dinero y recursos, hagamos solos la revolucion, triunfemos y sea nuestro el todo de la gloria y los primeros puestos del país. ¿No es esto lo que quereis?

—Sí, sí.

Le contestaron, añadiendo el conde:

—Preciso es, señores, que nos ocupemos ya del punto capital, toda vez que tan cerca se halla el anhelado instante.

—Hemos convenido várias veces en que los pueblos se desbordan con facilidad, y si bien será preciso usar de tolerancia en las horas que sigan al triunfo y en lo relativo á la completa destruccion de nuestros enemigos, bien pronto deben reemplazar al saqueo y la anarquía el órden y la ciega obediencia, para que brille con todo su esplendor el sol de la libertad napolitana y la independencia de nuestro país. Para lograr tan sacrosanto fin, es lógico y natural que de antemano tengamos nombrado el gobierno que ha de regir, sin que en esto demos participacion alguna á las masas.

—Aprobado,—contestó uno de los oyentes;—el pueblo obedecerá ántes, ahora y luégo; esa es su mision en el mundo, y daria un resultado funesto intentar lo contrario.

—Llegado el triunfo no se puede prescindir de poner una valla á la preponderancia popular.

—Al desenfreno, querreis decir.

—La libertad es sólo para el que sabe usarla.

—Las cadenas son siempre indispensables entre cierta clase de la sociedad.

—Por eso,—replicó Vignati, cortando el diálogo de sus compañeros,—os propongo el nombramiento de las personas que deben desde este instante ponerse y continuar al frente de los destinos de Nápoles.

—Hablad.

—Sí; sepamos.

—Que los designe Vignati.

—Gracias, señores; voy á complaceros, procurando en lo posible interpretar bien vuestro deseo y el de la mayoría de nuestros parciales. Convenidos todos en que Nápoles sea republicano, me reservo la presidencia, toda vez que así han demostrado quererlo vuestros amigos; el marqués será el jefe del senado, y vosotros siete, como indivíduos del mismo, formareis mi consejo privado y un tribunal que reasumirá en sí todo el poder que le sea dado abarcar. Entre los nueve redactaremos las leyes, asimilando la república al sistema veneciano; repartiremos con equidad las muchas confiscaciones consiguientes al cambio de gobierno, no perdiendo de vista que los que más hemos expuesto...

—Aprobado; después de *nos* serán premiados los restantes.

—Eso es. Yo no soy ambicioso; desde el instante en que ocupe la dictadura nada haré sin consultarlo con vosotros; que á mí me sería muy difícil repartir con acierto, y verificándolo entre los nueve es imposible la más leve equivocacion; lo demás de mi plan aquí lo teneis escrito; estudiadlo los ocho, proponed mi candidatura en la junta general, y yo haré lo propio con las vuestras; mas no debe pasar del jueves en que todo quede hecho y terminado.

—Todo, sí.

—¡Viva la futura república de Nápoles!

—¡Viva la libertad y la independencia!

—¡Brindo por la salud de nuestro querido presidente, S. A. Serenísima el señor conde Vignati!

—¡Y yo por la salud del señor marqués, digno presidente del senado; y por las vuestras, mis amados consejeros!

—¡La patria se salvará!

—¡Los españoles hallarán su puesto en los cementerios de las Dos Sicilias!

—¡Viva Nápoles!

—¡Desaparezca España de la geografía de Europa!

Y discutiendo, brindando, bebiendo copas y preparando acontecimientos para el porvenir, ocuparon los nueve jefes de la conspiracion más de cuatro horas, en cuyo tiempo permanecieron solos y encerrados. Solos no; dentro de uno de los armarios que habia en el comedor donde quedaron de sobremesa se hallaba un hombre tumbado, encogido y con tanta aficion á lo que escuchaba, que se convirtió en oidos. Mucho debian agradarle los discursos y planes de los conspiradores, á juzgar por la sonrisa que brillaba en sus labios, lo encrespado de sus cabellos, y la alegría, en fin, que demostraban sus ojos y actitud.

—¡Bravo!—exclamó para sí, cuando aquellos hubieron concluido;—con las Dos Silicias habrá escasamente lo bastante para estos modernos campeones de la libertad. Lo mismo se reparten ellos poder y riquezas que si se tratara de cubas de agua llenadas en el Golfo. ¡Bien, señores, muy bien; aplaudo vuestra noble ambicion, la aparente modestia que nádie vió, las futuras libertad é independencia de Nápoles, y más que todo la premisa última; es decir, la indispensable condicion de que este país será vuestro después del triunfo; y como ese *después* tardará, en mi juicio, tanto, tanto!..

Pronunciaba las anteriores frases el buen Ros, convertido há mucho tiempo en raton por la gracia de una camarera que nada podia negarle en vista de su suprema amabilidad, proporcionando al sagaz sirviente un incómodo rincon, desde el cual no perdió una sílaba de cuantas se pronunciaron en el comedor.

A las ocho de la noche entraron las jóvenes acompañadas

de las madres, permaneciendo en el comedor hasta las nueve, hora en que, llegadas las carrozas, fueron marchando los ocho amigos de Vignati y sus familias.

El conde y Angelina los despidieron en la escalera, retirándose luégo á la cámara de la segunda, donde continuaron hablando hasta las diez de la noche, en que vino á interrumpirles una serenata que en son de estudiantina escucharon muy cerca del palacio.

El pobre Ros esperó en el armario hasta que la camarera, aprovechando un momento en que no habia nádie en el comedor, abrió aquél, diciéndole:

—Sal, diablo; vaya un capricho, estar ahí cuatro horas para oir sandeces.

—Pues, hija, todos dicen que tengo buen gusto; y no debe ser malo, cuando te enamoro á tí, que eres la más bonita de esta casa.

—¡Soberbia comparacion! ¿Qué tengo yo que ver con el armario? ¡Ay!

—¿Qué es?

—Me oprimiste la mano demasiado.

—Consiste en que hallo entumecidas mis piernas, y en el pícaro refran de *como te quiero, etcétera.*

—¿Qué escuchaste?

—Nada de particular; entré ahí creyendo que iban á tratar de la boda de Angelina, segun te dije; pero sólo se han ocupado de caza y de sus rentas, y de planes que yo no entiendo, y yo de tí, miéntras ellos hablaban de lo suyo.

—¿De mí?

—Sí; de lo hermosa que eres, de lo suave de este cútis que yo me comeria, de tu boca, de tus ojos. ¿Tienes mucho que hacer ahora?

—No.

—Entónces podiamos dar una vueltecita por el jardin.

—Está la noche muy oscura.

—Mejor.

—Y muy fria.

—¡Fria! y eres tú un volcan y yo otro, y entre los dos formamos un Vesubio con más fuego que el de Nápoles. ¿Bajas?

—Lo tomas con tanto empeño...

—Te voy á contar una historia más bonita, no tanto como tú, que eres siempre preciosa, y esta noche me pareces angelical.

—¡Que me haces daño en la mano!

—Como estuve tanto tiempo encerrado en ese armario, saqué entumecidos hasta los dedos. ¡Qué guapa eres! Ven, ven, palomita mia, á un cenador del jardin, donde se cometió anoche un delito muy grave, y á nosotros nos toca probar que Adan y Eva no eran tan tontos como el vulgo los juzga.

—Oye, ¿y qué vamos á hacer en el cenador?

—Nada, cási nada: te referiré una historia, ¡qué historia!

—¿De encantados?

—Sí, tú serás la víctima; no, la heroina, y yo el héroe.

—Cómo me gustan esos relatos.

—Y á mí; ya veras qué media, no, una hora; ¡qué hora tan dorada y tan agradable! ¡Ay! ¡y tan pasajera!

—¿Por qué te acercas tanto?

—Para que no nos oigan.

—Mira, si hemos de bajar... no sea que me llame Angelina ó venga el señor.

—Tienes razon; huyamos de la gente; vas tú por la cocina, yo por la portería, y en el cenador que está junto á la fuente, allí... ¿Comprendes bien? Allí...

—Todo lo supongo.

—No tardes, que tengo el alma, el corazon y hasta la lengua mudos.

—Adios.

—No, hasta un instante.

Ros oprimió por última vez la mano de su adorada camarera, y cada uno partió por lado diferente en direccion del cenador donde la noche ántes estuvieron Osorio y Angelina.

CAPITULO XXVI.

La oportunidad de Flaviano.—Dispersion de las tórtolas.—El padre y la hija.—Serenata.—Trágico fin.

Ros se fué derecho á la habitacion del jardinero, y notando que éste se retiraba á descansar, le dió las buenas noches, encargándole que durmiera tranquilo y se arropara bien, en vista de lo fria que estaba la noche. Cuando se cercioró de que aquél habia cerrado la puerta, brilló en sus labios una sonrisa placentera, y mirándose de arriba abajo, exclamó, dirigiéndose al cenador:

—¡Buen chico! Tú no eres voluble como tu señor el duque; lo mismo que querias ántes apeteces ahora, y lo propio será siempre. ¡Qué sábia fué la naturaleza, al crear la noche con sus tintes de azabache y ese silencio de las tumbas! El dia se hizo para los hombres, la noche para los enamorados. Yo no tengo seguridad de estarlo; pero siento una cosa, unos escalofrios... ¡Vaya una napolitana de garbo, gracia y finura! Le he de contar al duque toda la historia, y de seguro me envidia y me...

y le... Ya veo el cenador: allí está mi adorada. Entremos. ¡Oh, felicidad! aquí te cojo y aquí te abrazo.

—Si soy yo.

—¡Ah! perdona, deliciosísima camarera; creí que eras la dicha en forma de matrona.

—Y por eso me estrechabas.

—Sí, y por otra porcion de causas. ¿Tienes frio?

—No, ya se me va quitando.

—¿No ardes como yo en el volcan de los amores?

—Pienso que sí.

—Benditos sean esos labios napolitanos. ¿Conque me amas?

—Si no fuera así estaria en mi puesto, cerca de mi señora.

—No la nombres, que es de mal agüero. ¡Qué dichosos somos! ¿es cierto?

—¡Ay! Sí.

—No tenemos prisa.

—Ninguna.

—Yo me estaria junto á tí el resto de mi vida. ¿Y tú?

—Tambien.

—¿Se quitó el frio completamente?

—No siento nada.

—¿Nada?

—Quiero decir, frio.

—¡Qué noche, reina de las camareras!

—¡Qué noche, rey de los pillos!

—No quiero que el mundo te juzgue embustera.

Ros fué á abrazar por segunda vez á la sirvienta, pero le contuvo y heló su sangre el prolongado chirrido de un ave nocturna.

—¡Maldicion!—exclamó;—¡ese fatal hombre ni quiere al prójimo ni deja á los demás que lo quieran! Me llaman, hija, me llaman, y tengo que abandonarte por ahora, voto á cuatro mil regiones de...

—Si ha sido un pájaro.

—¡Un pájaro, sí, no es mal pájaro!

—No te vayas; pues en buena ocasion...

—Ya lo creo; pero no puedo prescindir.

—¿Quién es?

—El demonio, hija, el demonio que conspira contra los inocentes como tú y yo.

—Que se espere.

—Tienes razon, sí. ¡Corpo di Bacco! ¿Oyes? segundo aviso; si doy lugar á que dé el tercero, me arranca las orejas. Escucha; márchate, que en cuanto pueda iré á buscarte.

—¿A dónde?

—Donde te halles. Pues bonito estoy yo para andar con melindres.

—No te dejo salir; me cojo á tu brazo, y...

—¡Suelta, maldita, que me quedo sin orejas esta noche!

—No.

—Sí.

—Tengo yo mucha fuerza.

—¡El amo!

—¡El señor conde!

Al oir la camarera la exclamacion de Ros, que ella repitió, soltó á aquél, huyendo despavorida en direccion del palacio. El criado salió detrás de ella, diciendo para sí:

—Si no me valgo de esa mentira, me sigue aprisionando. ¡Las napolitanas tienen una sangre; vaya una sangre!

Abandonó el jardin, luégo el palacio, y ya en el campo, dirigió sus pasos hácia un bulto que vió no léjos de allí. Incorporado con aquél, y reconociendo á su amo, le preguntó:

—¿Qué acontece, señor?

—Nada de particular.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—¡Ay, qué mala obra me habeis hecho esta noche! ¡qué fatal sois para este débil mortal!

—Explícate, truan.

—Me hallaba en el cenador aquel junto á la fuente... en el que tiene los divanes rústicos...

—Sí, donde estuve yo anoche con Angelina.

—Eso es, el mismo; pero yo cogí el pabellon español, y lo iba á elevar á su sitio, cuando oí vuestro chirrido...

—¿Qué pabellon es ese?

—Ya os lo he dicho; el de Castilla, que vos dejásteis arrollado.

—¿Estabas solo?

—En parte sí, y en parte no; dos cuerpos unidos por una sola alma.

—¿Quién era el otro, el escudero?

—No, amo mio; los españoles no hacemos migas con los italianos.

—¿Quién era entónces, el suizo?

—Una napolitana de buena sangre.

—¿Noble?

—Hasta en su cintura de mimbre. ¡Qué cintura, señor!..

—¿Ros, á que te caso en Nápoles?

—Un héroe es incapaz de semejante accion.

—¿Qué hacías allí con esa mujer?

—Era una camarera de ojos negros y rasgados, mirada de fuego, pié y mano diminutos, y un alma...

—Al grano; ¿qué pretendias?

—Mucho; pero vuestro chirrido llegó tan á tiempo; es decir, tan inoportuno...

—Me alegro.

—Yo no.

—¿A eso te he mandado aquí?

—Me parece que después de cuatro horas encerrado en un armario como mísero raton, debí demostrar á mi carcelera...

—¿A qué conducia esa prision?

—A oir los planes y cuanto hablaron los nueve junteros.

—Refiéreme cuanto escuchaste.

Ros obedeció, extractando la conversacion, pero sin omitir

nada de cuanto pudiera interesar á su amo. Luégo le preguntó Osorio:

—¿Y el preso, comió hoy?

—No; hasta mañana no puede bajar al panteon Angelina.

—¿Hablaron Busato y el conde?

—Más de una hora.

—¿Qué resultado dió la conversacion?

—Pedir el conde al escudero las tres llaves del arca del agua.

—¡Bravo! me ha sentenciado á morir de hambre y sed, y era cuanto yo deseaba, con tal que Angelina baje á mi sustituto algunos alimentos.

—Ya tiene preparada una cesta con embutidos, pan, almendras, vino y agua.

—¿La verán?

—No; como el panteon está frio, llevará el capuchon, y con éste ocultará las viandas.

—¡Qué hermosa es, Ros! ¡Nada vi más perfecto en el mundo!

—¿Lo decís de veras?

—¡Ay! no he conocido mujer más deliciosa.

—Llegué á la fuente; vi el agua clara, cristalina y pura; estaba sediento; no habia guarda, y sólo al cielo tenía por testigo; y tal fué mi fortaleza de espíritu, que aquí me teneis muerto de sed. ¡Vaya una lógica! Lo que es esa, señor, no cabe en mi escasa inteligencia.

—¿Te acuerdas del padre Alberto, Ros?

—Sí, señor; un santo varon que ántes fué soldado como nosotros, ganó muchas batallas de todas clases, y luégo se arrepintió, como haremos nosotros al llegar á su edad.

—Bribon, ¡calumnias la memoria del santo!

—¡Ay! ¡Pobre oreja; con otro tiron me quedo sin ella!

—Te voy á arrancar las dos.

—¿Qué tal si tardo un poco? ¡y queria aquella que me esperase!

—Tan buena será como tú. El padre Alberto de jóven y de viejo fué siempre un modelo de lealtad.

—¿Y de viudo?

—Lo mismo.

—Ya; no pudiendo resistir las tentaciones, se hizo religioso; pero como yo no soy...

—¿Te acuerdas de Pedro?

—Sí, el lego aquel tan humilde cuando estaba junto á su reverendísima, mas entre nosotros echaba cada taco...

—Su corazon nunca dejó de ser militar; pero tan noble y tan... Vivió siempre soltero.

—¡Vaya una gracia! lo mismo pienso yo hacer.

—Te meteré fraile.

—De siete en celda; yo no sé andar con faldas, es entre faldas.

—En llegando á Madrid las pagarás todas, Ros, te lo juro.

—Señor, que os inspira el diablo.

—No importa; mañana escribo á la corte encargando á la duquesa que elija una de sus doncellas para esposa tuya.

—¿Y las consecuencias?

—Será celosa, te seguirá á todas partes, y si es preciso, te arañará.

—¿Dónde vais á encontrar esa pantera?

—En mi misma casa. ¿Te acuerdas de Ruperta?

—Mucho; ¿es esa la elegida?

—Acaso; tiene un genio endiablado, y el que se la hace...

—Bah, bah; no conoceis bien á Rupertita; conmigo fué siempre lo más amable y cariñosa...

—¡Bribon! ¡qué dices!

—¡Eh, qué es eso! Señor, detrás de esos árboles hay gente.

—Sí; son Roch, Zalla, Vitali, dos criados y el marido é hijos de mi nodriza.

—¿Qué intentais?

—Nada; dar una serenata á Angelina.

—Ya; por eso venís con casco y traje de soldado.

—Sí; es de suponer que al conde no le gustarán nuestras voces, y tratará de echarnos de aquí á palos.

—Tenedlo por cierto. ¿Tomo parte en la funcion?

—De ningun modo; métete en la portería, y duerme si quieres.

—¿Vais á cantar vos?

—Sí.

—Entónces os escucharé desde la ventana. ¡Lo haceis tan bien!..

—¿Y luégo?

—Después veremos lo que cae.

—¿Qué quieres decir?

—Ignoro si tendré que escuchar ó me mandará algo Angelina.

—Cuidado con el cenador, Ros.

—Os juro no volver á entrar en él; es habitacion de mal agüero.

—Lo que has de suprimir son las intenciones.

—Serán rectas, santas y todo lo que vos querais; lo que es la intencion mia no tiene pero.

—Truan, á tu puesto.

—Me dispongo á oiros, y luégo...

—¿Qué?

—Hasta mañana, señor.

Y regresó al palacio, quedando junto á la reja que tenía la portería. Su supuesto primo le estaba esperando para cerrar la puerta, lo que verificó en el momento que el sagaz sirviente le dió las buenas noches.

Pasemos á la cámara de Angelina.

Eran las diez, y todavía continuaban hablando el padre y la hija, sentados ámbos en dos sillones de caoba y damasco.

—Muy satisfecho y alegre estais hoy, padre mio,—exclamó la jóven,—y en verdad que no me pesa.

—Consiste,—contestó el conde,—en que veo el porvenir claro, brillante; ¡qué adulada y requerida vas á ser, Angelina!

—Cuidado no os equivoqueis, señor; sólo á los profetas les fué dado adivinar, y ni vos ni yo estamos en ese caso.

—No soy partidario de las ilusiones, y sólo me contraigo á decirte lo que es probable, cási seguro.

—Explicaos, señor.

—No, hija mia; se trata de un secreto que no puedo revelarte aún, pero que no te ocultaré por mucho tiempo.

—¿Y decís que seré muy dichosa en lo porvenir?

—Mucho.

—¿En qué os fundais?

—Tú sabes bastante, Angelina; pero no me arrancarás lo que debo callarte. Te diré, sin embargo, que las hijas de los condes y marqueses te envidiarán, en tanto que sus padres se postrarán ante mí.

—¿Os van á hacer rey?

—No.

—¿Dux?

—Nada, nada; es inútil que me pidas explicaciones; confórmate con saber que serás la primera persona de Nápoles, la más rica, la más poderosa.

—¡Ay, padre mio! el corazon me dice que os equivocais.

—Necedades de una hija mal educada.

—Un presentimiento vago, confuso, lejano, pero cierto, infalible me augura que esa escalera por donde intentais subir, vendrá al suelo, y vos rodareis por el polvo.

—¡Insensata, qué estás diciendo! Yo tengo la culpa por haberte adelantado una noticia de que eres indigna.

—Padre mio, temo...

—Basta, Angelina; no gusto de oir sandeces; te prohibo que vuelvas á hablar de temores, corazonadas ni presentimientos.

—Os obedeceré; mas estudiad mucho lo que haceis, porque si vuestra vida peligrara, moriria yo de dolor.

—Eso ya es otra cosa; admito gustoso tan tierna demostracion de cariño, y hasta disculpo, ¡qué diantre! una timidez tan propia de tu sexo y edad; pero no me molestes con ella;

quiero, por el contrario, que estés alegre y satisfecha como yo. Eres mi única heredera; el porvenir nos ofrece lo que tú no puedes calcular, y es muy justo que yo te indique algo, y que de antemano goces conmigo. ¿Pasó ya el miedo?

—Vos lo quereis, sí, señor.

—Eso es; cuidado con que yo vea tu rostro bañado por la tristeza. Rie, como yo; alégrate, que cuando yo te lo digo...

Cortó las frases del conde la armonia de vários instrumentos que muy cerca de su palacio comenzaron á tocar con bastante maestría.

—¿Qué es eso?—preguntó Vignati sorprendido.

—Nada, señor, una serenata que en forma de estudiantina nos dan algunos amigos.

—Ya; eso debe ser cosa de las damas que te han acompañado esta tarde. Te obligaron á que cantases, y agradecidas te mandan unos cuantos músicos; los primeros acaso de Nápoles; cuidado si tocan bien. Me alegro y me dispongo á oirlos con placer.

—Admirablemente; son cinco instrumentos que armonizan como no oí jamás, y cuyas notas melodiosas arroban.

Así era efectivamente; el duque, Vitali, el marido de la nodriza y sus dos hijos, bajo la direccion del primero, tocaban con tanto arte como gusto. De pronto cesó uno de los instrumentos, exclamando Angelina:

—Oid, padre mio, van á cantar.

—Escuchemos, sí. ¡Qué grata me parece esa melodía!

Y ámbos se arrellanaron en sus sillones, quedando pendientes de los acordes que llegaban hasta ellos.

El inimitable Flaviano abrió su boca, y con aquella voz que encantaba á las mujeres y estremecia á los hombres, entonó la siguiente coplilla:

Senté plaza de soldado,
Y al rey me voy á servir,
Que siendo por tí olvidado,
Sólo me resta morir.

Un coro de cuatro voces le reemplazó, cantando:

Valiente guerrero
Prefiere la lid
A ser de una bella
Juguete pueril.

—Qué voz la del primero, padre mio; qué método de canto tan admirable.

—Oye, ¿es la de Vitali?—le preguntó el conde frunciendo la frente.

—Parece mucho mejor.

—No, pues si fuese él, ¡juro!..

—Callad, señor, que vuelve á oirse el acento más grato que escuchamos jamás.

Osorio prosiguió:

Torpe ilusion fué mi gloria,
Necio orgullo mi pasion,
Que yo no alcancé victoria
Ni tú tienes corazon.

El coro añadió:

¡Ay del mancebo
Que tuvo amor,
Y espinas halla,
Y abrojos vió!

—Es Vitali; son ideas que sólo él puede verter. Si no me equivoco, probará de nuevo esta noche la fuerza de mis lacayos!

—De ser cierto lo que decís, sentó plaza de soldado, segun expresa su canto, y no merece el infeliz otra cosa que nuestra compasion.

—¡Pintor ó militar, yo le daré!..

—¡Callad, padre, por favor, que ese acento conmueve mi sér!

El duque entonó su tercera coplilla, la cual decia:

En la guerra hallaré calma,
En los combates placer,
Y con la muerte la palma,
Del que se supo vencer.

El coro siguió:

Audaz caballero,
Brioso doncel,
La muerte desprecia
Por torpe mujer.

—¡Te insultan!

Exclamó el conde fuera de sí; y movió un timbre, sin hacer caso de Angelina, que le decia:

—¡Deteneos, señor! puede ser cierto lo que dice, y venir acompañado de muchos guerreros que os molesten.

—¡No importa!

—¿Qué mandais, señor conde?

Preguntó el escudero presentándose.

—Obrad con prudencia, padre mio.

—¡Tomaré tu consejo, pero si no obedecen, ay de ellos! Vé,—dijo al sirviente,—y entérate de quiénes son esos músicos y qué se proponen, volviendo aquí inmediatamente.

Salió el criado, tornando á oirse la voz de nuestro general, que cantaba:

Nací noble milanés,
Pintor malhadado fuí,
Dicha encontrara después
Sin la prenda que te dí.

El coro añadió:

Pintor de ayer, hoy
La gloria es su fin,
Si alguno lo duda,
Su acero está aquí.

—¡Lo oyes, insensata! ¡Es Vitali, y se dirige á tí!

—Cuando él osó á tanto, temedlo, padre mio.

—¡Yo! ¿á ese mal retratista?

—Acaso sea militar, y venga seguido de los suyos. Hasta ahora parece la serenata una despedida que no da lugar á que os tomeis molestia alguna. Dejadlos que canten y se marchen, compadeciendo á ese infortunado pintor.

El conde, sin oir las frases de su hija, abrió un balcon, y desde allí contemplaba el grupo de los músicos, agitado por la ira y el despecho.

La voz de su escudero le obligó á volverse.

—¿Qué hay?—le preguntó con viveza.—¿Quiénes son? ¿Qué pretenden?

—Señor, el que me ha contestado se llama Augusto Vitali...

—¡Lo ves, necia! Continúa.

—Dice que pertenece á la guardia del gobernador de Nápoles, y que viene con vários compañeros á dar una serenata de despedida á la bella Angelina.

—¿Cuántos son?

—No he visto más que cinco; pero están cubiertos de malla, usan cascos de acero con la visera echada, y ciñen espadas.

—Arma á diez; que te esperen detrás de la puerta, ínterin sales, y les dices de mi parte á esos canallas que no gusto de escuchar becerros, y que les mando retirar al punto. Con tu mano tápales la boca, y si no obedecen, carga sobre ellos.

—Señor, son servidores del jefe superior de la ciudad.

—Razon más para que los dejeis tendidos. ¿Tienes miedo?

—No.

—Pues entónces á la primera negativa procura que vuestras espadas atraviesen sus corazones.

—¡Señor!

—No admito réplica. Parte.

Salió el escudero. Vignati volvió al balcon, en tanto que su hija, mostrándose indiferente á las terribles órdenes que concluia de dar su padre, se arrellanó más y más en su sillon, exclamando para sí:

—¡Qué dulce melodía; qué voz tan tierna, agradable, arrebatadora! Tengo la vida de mi padre asegurada con la palabra de un hombre que jamás faltó á ella, y nada debo temer. ¡Vuelven á cantar! ¡qué acento tan sublime!

Flaviano entonó:

Un ángel la ingrata era
En el nombre y en su sér...
¡En su sér! loca quimera:
Era el todo una mujer.

El coro prosiguió:

Quien Eva pretende
Con ciego interés,
De Adan es retrato
Parecido, fiel.

Los músicos continuaron tocando; el conde, fijo en el grupo de cantores, se mordia los puños de ira y despecho, y aumentó su enojo terriblemente cuando vió llegar á su escudero, y léjos de obedecerle aquellos, le contestaron, sin dejar de tocar:

—¡Largo de aquí! Corra el villano á poner el babero á su señor.

—¡Miserables! —les contestó el sirviente.—¡Por última vez!..

Una carcajada de los cinco ahogó sus frases. Ciego de coraje, y abundando en las mismas ideas que su amo, volvió al palacio, saliendo un minuto después con diez hombres, armados de espadas.

—¡Al corazon!

Gritó el escudero, y los once se lanzaron contra los músicos.

En el mismo instante abandonaron cuatro gruesos árboles el maestre Zalla, el capitan Roch y dos criados, acero en mano, colocándose delante de los cantores. Estos tiraron los instrumentos, y sacando las espadas, cayeron tambien sobre el enemigo. Eran nueve, é iban cubiertos de malla y la cabeza y rostro de hierro.

Los dependientes del conde vacilaron; quisieron huir, pero era ya tarde; los músicos les cortaron la retirada, y un segundo después recibian una paliza más justa que la que ellos dieron no há mucho al pobre retratista Vitali. Vários que intentaron locamente defenderse fueron heridos en las manos, y todos

ellos golpeados en el rostro, cabeza y cuerpo. Cargaron sobre ellos nueve demonios, tan ágiles, diestros y valientes, que los pobres criados concluyeron por arrojarse al suelo, implorando la compasion de sus terribles vencedores.

El duque del Imperio dirigia la escena; mandaba dar de plano, pero fuerte, y fingiéndose Vitali, les decia á cada momento:

—¡Miserables! ¿os acordais cuando, solo é indefenso, me acometísteis todos, delante de vuestro débil señor? Ahora os devuelvo el obsequio, pero frente á frente y con iguales armas; á la española; así. Bravo. ¡Viva España!

—¡Viva!

Le contestaron sus ocho amigos, y prosiguieron la paliza á hasta quedar todos en tierra y señalados de los piés á la cabeza.

El conde vió lo que acontecia debajo de su balcon, y cuando pudo convencerse de que los suyos sucumbian, comenzó á gritar:

—¡A ellos, mis valientes! ¡Cien ducados al que hiera mejor! ¡No huyais! ¡Maldicion! ¡Mañana os mando ahorcar á los once!

El duque lo oyó, y abandonando á los suyos eligió un punto conveniente; desde allí le dijo:

—Conde Vignati, cobarde y ruin, descúbrete ante el capitan Vitali que defiende y representa á España.

Y descargó su pistola. La bala dió en el sitio á que iba dirigida, y el chambergo del padre de Angelina se elevó, cayendo á los piés del duque. Aquél oyó el silbido del proyectil que cruzó junto á su rostro, retrocediendo dos pasos cási sin sentido; luégo se palpó, y no encontrando lesion alguna, quedó inmóvil, mirando con asombro al que acababa de quitarle el sombrero con un acierto y puntería incomprensible para él.

El que concluia de realizar hecho tan admirable, cogió el chambergo, y arrojándolo sobre los sirvientes que yacian en tierra, exclamó:

—Ahí va ese trofeo, amigos. ¡Viva España!

—¡Viva!

Le contestaron los suyos. El duque añadió:

—Cada uno de vosotros necesita veinte italianos, y ese necio de conde os manda once contra ocho. ¿Hay más que quieran besar el suelo? Para los nueve tenemos bastante con doscientos napolitanos.

Una carcajada de los ocho siguió á las frases del arrogante español; éste prosiguió:

—Ea, muchachos, coged los instrumentos y á Nápoles; la serenata ha concluido, imprimiendo en esa ingrata el único recuerdo que me es dado legarle.

Los cuatro músicos obedecieron, alargando uno de ellos á Osorio su cítara. Los cinco delante y detrás los otros se encaminaron á la ciudad, tocando y cantando un himno guerrero, salpicado de vivas á Felipe II, á España y al indomable valor de sus hijos.

El conde escuchaba aquellas voces que poco á poco iban perdiéndose en el espacio, trémulo, convulso y agitado su sér por un miedo indescriptible. Sus opresores, como él les llamaba, le arrancaron esta noche una victoria moral que no debió olvidar nunca y que le hubieran hecho prudente y muy cauto sin el despecho que le abrumaba, y con más talento del que la naturaleza le concedió.

Los acentos de los españoles fueron dejando de oirse, hasta que un silencio profundo y continuado vino á reemplazarlos.

Angelina, de pié y frente á su padre, le miraba fijamente, concluyendo por preguntarle:

—¿Qué haceis, señor?

—¡Hija, esos malvados dispararon sobre mí!

—Ya lo he visto, padre mio.

—No me han muerto por milagro de Dios.

—Creo, por el contrario, que sólo se propusieron arrancaros el chambergo.

—¿Comprendes tú una puntería tan fija y exacta?

—No; pero ante lo que acabo de oir y ver, destierro toda duda.

—¡Fué Vitali, ese amante, que Dios confunda!

—U otro que fingió ser él.

—No; el hombre que tiene ese acierto no calla su apellido, y lo que es peor, lo cambia por otro.

—Lo mismo que ocultaban sus rostros debajo de la visera, pudieran esconder cuanto conviniese á sus intentos.

—¿Quién, si no ese villano, apaleado no há mucho por mis lacayos, osaria llegar á mi palacio y vengarse de ese modo?

—Padre mio, nueve enmascarados os acaban de dar una leccion que no debeis olvidar nunca; sacad el partido posible de ella; sed cauto y prudente, recordando la felicidad con que los ménos vencieron á los más, llenando de asombro á todo un conde Vignati. Esta es la verdad que puede serviros de ejemplo para lo porvenir.

—Angelina, tus frases envuelven una segunda idea que no te atreves á exponer; dime todo lo que callas.

—No sé más, sino que aguardais una ventura que es dable se convierta en agonía y luto.

—¿Quién te lo ha dicho? No vaciles.

—Vos, no há mucho, cuando presentiais un cambio que me igualaria á las princesas.

—Y tú supones...

—Doy por hecho, señor, que os podeis equivocar y perder hasta lo vuestro.

—¿Has sorprendido alguna conversacion mia?

—No, señor.

—¿Nada me ocultas?

—Os lo he dicho todo.

—Está bien; yo haré lo que debo, y guárdate mucho de averiguar ó mezclarte en lo que no te importa.

—Os amo, señor, y mis frases fueron hijas del cariño que me inspirais.

—Las mujeres, Angelina, sois tontas, y teneis la pretension de entender de todo, lo cual suele producir á los hombres muchas desgracias.

—En mi sexo hay, como en el vuestro, quien sabe mucho y quien lo ignora todo; mas yo me declaro efectivamente tonta, y puesto que no quereis tomar mi consejo, sólo me resta suplicaros que me permitais averiguar si nuestros criados han sido heridos, y en caso afirmativo curarlos y velar por ellos.

—¡Otra estupidez! El cobarde no merece más que la muerte.

—Señor, salieron en defensa vuestra, y si han sucumbido el mal ha sido para ellos.

—Lo dije; las mujeres careceis de sentido comun; lo mismo era tu madre.

—¡Mi madre! ¡aquel ángel!..

—Basta; coge papel, y escribe lo que te voy á dictar; es para lo único que sirves.

Angelina limpió dos lágrimas que se agolparon á sus ojos, é inclinándose ante la déspota y cruel voluntad de su padre, le obedeció, exclamando:

—Cuando gusteis.

—Buena letra y en forma de despacho. Escribe:

«Señor gobernador de Nápoles: Hace poco se presentaron á la puerta de mi palacio nueve hombres que fingian pertenecer á vuestra guardia; uno de ellos dijo llamarse Augusto Vitali, y añadió que era capitan. Aparentando una serenata, insultaron mi nombre, dando de palos á unos cuantos de mis criados que intentaron impedirles prosiguieran. Como noble napolitano, os pido justicia contra los agresores, rogándoos á la vez me digais si os obedece efectivamente un capitan que se llama Augusto Vitali.

»No dudo que os apresurareis etc. etc.»

—Trae; miéntras firmo ves llenando el sóbre. Ahora ciérralo.

El conde oprimió un timbre, sin hacer caso de las reflexiones de su hija, la cual le decia:

—No lo mandeis ahora, señor; el gobernador estará en cama, y os exponeis á un desaire.

—Toma,—dijo Vignati al criado que entró,—monta á caballo, corre á Nápoles, y entrega ese despacho al gobernador; si duerme, que le despierten, y procura traerme la contestacion con la brevedad posible, pues la aguardo sin moverme de este sillon.

—¿Y los heridos?—preguntó Angelina al sirviente.

—Marcha.

—Padre mio, permitidme que baje...

—No; espera ahí ó busca reposo: lo que te agrade más.

—Entónces, y ya que no es posible otra cosa, os haré compañía.

Y ámbos quedaron el uno frente al otro, entregados, al parecer, á sus propias reflexiones.

El enviado partió á galope tendido á la ciudad de Nápoles.

Los heridos y golpeados, en cuanto se vieron solos, se pusieron en pié, y aunque con trabajo, entraron en el palacio, donde fueron curados por Ros, el portero y algunos otros sirvientes de ámbos sexos. Las puertas volvieron á cerrarse, y todo tornó al silencio.

CAPITULO XXVII.

El amo y el criado.—La réplica del gobernador.—Osorio continúa triunfando de sus enemigos.

Cerca de media hora permanecieron el padre y la hija frente á frente sin desplegar los labios y como abrumado cada cual por una idea diferente, pero que surtia en ámbos la misma terrible consecuencia. Tan continuado silencio fué por fin interrumpido con la llegada del escudero, el cual se presentó con la mano derecha vendada y sostenida en un pañuelo negro.

—¿Qué hay?—le preguntó su amo.

—Venía á participaros que fué llevada á cabo vuestra órden y el triste resultado que nos dió.

—¿No te avergüenza referirlo?

—Deseaba justificarme.

—¿Es posible siquiera intentarlo?

—Sí, señor.

—Habla, y cuenta con lo que dices, pues estuve al balcon, vi lo acontecido, y mandaré cortar la lengua al que me engañe.

—Señor, tan pronto como escuché que se burlaban esos

supuestos músicos de la órden que, á nombre vuestro, les intimé, dispuse cargar sobre ellos, con ánimo resuelto de atravesar sus corazones. De pronto salieron vários que estaban emboscados, los cantantes cambiaron sus instrumentos por sendas espadas, demostrándonos que iban mejor defendidos que nosotros y muy dispuestos á dar fin de sus contrarios.

—Eran nueve y vosotros once.

—¿Reparásteis, señor, que donde no llegaba el acero alcanzó la cota de malla que les cubria? Sorprendida mi gente con la presencia de los escondidos, herido yo de un tajo tan rápido como hábil, aturdidos los mios y diestros esos hombres, como no vi á nádie, fuimos sucumbiendo, optando por la muerte ántes que emprender la retirada. En mi concepto, era todo lo más que se nos podia pedir.

—¿Estaba entre ellos aquel pintorzuelo que apaleásteis por órden mia?

—Sí, señor.

—¿Le pudiste reconocer bien?

—Tres veces se alzó la visera para que no nos quedase duda alguna de que era él.

—¿Y ese miserable, ese torpe manejaba la espada con acierto?

—Admirablemente, si bien cinco de los otros parecian demonios en la rapidez y habilidad con que movian el acero. Tres particularmente eran maestros consumados, y uno de ellos se sobreponia á todos de un modo indescriptible.

—¿A cuántos han herido?

—A seis; pero los once besamos el suelo, en gracia de una lluvia horrible de golpes que nos dieron de plano. Se me olvidaba deciros, que el pintor ceñia una banda de capitan.

—Comprendo; buscó ocho aventureros de Nápoles, y les pagaria para que le ayudasen á vengar la paliza que le dísteis anteriormente.

—Hablaban entre sí en español.

—Sí, lo serán; más eso no destruye mi opinion. Os per-

dono por esta sola vez, siempre que los once me probeis en breve que no sois cobardes.

—Señor, anhelamos vengar la ofensa, y más aún la causa que dejó nuestras carnes amoratadas y doloridas.

—Pronto os lo proporcionaré. Retírate á descansar; que hagan lo mismo tus diez compañeros; curaos los once, y no os presenteis ante mí hasta encontraros en disposicion de vengaros. Sal.

El escudero obedeció, quedando otra vez el conde y su hija entregados á sus propias ideas.

Veinte minutos más tarde oyeron la carrera de un caballo, y seguidamente llamaron á la puerta del palacio.

—Ya está ahí la contestacion,—exclamó Vignati.

—No espereis nada bueno, padre mio,—contestó Angelina.

—Esta noche me contradices á todo, y estás, en una palabra, insufrible.

—Siento que os equivoqueis, y como os veo ofuscado...

—Mientes; me encuentro sereno; lo del pintor es una mentira, y pronto lo hallarás confirmado.

—Insisto en lo que os he dicho ántes.

—Terquedad de mujer; vosotras abarcais las sandeces por millones.

—¡Ojalá y me equivocase!

—¿Señor?

Preguntó desde fuera el enviado.

—Adelante, Ferri. Dame la contestacion.

—No me han devuelto escrito alguno.

—¿Estaba el gobernador?

—Sí, señor.

—¿Le viste?

—No; pero dí el despacho á un oficial, el cual se lo entregó en el acto.

—¿Dormia?

—Oí todo lo contrario.

—¿Y nada ha replicado?

—Sí, señor; esperé un cuarto de hora, y al cabo de este tiempo salió el oficial y me dijo: «El señor gobernador dispone en este momento una cacería, y le falta tiempo para escribir al conde Vignati; añádele de su parte, que el ex-pintor Augusto Vitali es un capitan valiente, pundonoroso é incapaz de cometer una falta punible; los ocho que le han acompañado esta noche son españoles, se hallan aquí, y han justificado su conducta ante nuestro jefe y señor. Y si esto no bastase á tu amo, dile que reclame en regla, y se le oirá, que una carta suya no merece otra respuesta.» Y me volvió la espalda.

—¡Eso ha contestado la primera autoridad de Nápoles!

—Sí, señor; no he puesto ni quitado una letra.

—No me extraña; nos tratan como á perros, y su desden, altanería y despotismo más que insultantes se hicieron insufribles. Son españoles los agresores, y claro es que ya no cabe justicia para los napolitanos. ¡Maldicion! Está bien; acostaos todos. Marcha. Tú, Angelina, haz lo propio.

—¿Lo veis, padre mio?

—Sí; mas continúa con los ojos abiertos, que no tardarás en percibir otras cosas que te llamarán mucho la atencion. Pronto ese hombre y cuantos le obedecen sabrán quién es Vignati, y si merece ó no el pueblo de Nápoles el dogal con que le aprisionan.

—Señor, deduzco de vuestras frases...

—Te prohibo deducir.

—Temo por vos...

—Es muy natural; ese defecto es uno de los muchos innatos en el sexo.

—¡Oidme, padre mio!

—Para escuchar cuentos estoy, Angelina.

—¿Y el porvenir que vislumbrábais no há mucho?

—Lo veo claro, diáfano, brillante; si algo faltaba, esta noche lo aumentó el destino.

—Cuántas desgracias os auguro.

—¿Sí? pues escóndete con ellas en tu alcoba, y cuenta que

si ese Vitali logra verte sin mi permiso, te encerraré en un convento para toda la vida.

—¡Señor, oidme!

—Basta. Sal al punto de aquí, y cuidado con volver á mezclarte en lo que no te interesa, porque no te lo toleraré.

La jóven tornó á bajar la cabeza, é inclinándose ante su padre, se retiró, en tanto que aquél, despechado y fuera de sí, buscó el lecho, jurando no dejar un español en el reino de Nápoles.

—¡Aunque fuese mi hermano, mi hijo, mi padre,—se decia,—yo mismo le mataria si se negaba el verdugo! Para esa raza maldita no tendré nunca compasion ni hallaré nada en el mundo que me haga desistir de dar fin de todos, de todos; no han de librarse de mi furor las madres ni los hijos, sea cualquiera la edad. ¡Maldicion! Felizmente se halla el dia próximo, cercano; de no ser así, creo que moriria de impaciencia.

Y se acostó, intentando vanamente conciliar el sueño; la soberbia le prohibió esta noche dormir.

Angelina entró en su habitacion, y hallando á la puerta una de sus camareras, le preguntó:

—¿Está levantado ese Domingo, pariente del portero?

—Le conozco; creo que sí.

—¿En qué te fundas?

—Me dijo no há mucho que deseaba hablarme.

—Comprendo. Que se retiren tus compañeras; cuando lo hayan verificado, observa si mi padre reposa, y en caso afirmativo, tráeme á Domingo. Sin que nádie lo sepa.

—Descuidad.

—Oye: cuando esté aquí te puedes acostar.

—No tengo sueño.

—Obedece.

—Llevais dos noches desnudándoos sola.

—No importa; cumple mis encargos.

Y quedó Angelina en medio de su cámara, nublada la frente y en actitud triste y melancólica.

Habrian pasado escasamente cinco minutos, cuando se descorrió una cortina, y sin promover ruido alguno, asomó la cabeza del buen Ros.

—Entra,—le dijo la jóven.

—Muy pesarosa estais, y en verdad que lo siento.

—¿Por qué?

—Siempre sois hermosa; pero brillando la alegría en vuestro semblante aún pareceis más.

—¡Ay, Domingo; qué infortunada soy!

—Un poco de paciencia, y pronto sereis feliz; la situacion actual no puede prolongarse.

—¿Has oido la serenata?

—¡Yo lo creo; qué voz tiene mi amo! Es la primera del mundo.

—¡Y qué brazo!

—Lo que es ese quita y da como ninguno.

—¿Lo viste esta noche?

—Vaya; y hablé con él.

—¿Quiénes le acompañaban?

—El capitan Vitali y unos cuantos amigos.

—¿No los reconocistes?

—Llevaban la visera echada.

—¿Qué se propusieron?

—Daros una serenata.

—¿Nada más?

—Hallaron la ocasion de vengar una paliza...

—Bien; quiero decir si hay alguna otra causa.

—Acaso.

—Refiéremela, y cuenta con mi discrecion.

—Dicen que se está haciendo una tortilla; los que han de comérsela tienen por lo visto prisa, y mi amo, que es muy galante y generoso, arrimó esta noche un poco de fuego para que se fria pronto, y logren lo ántes posible su deseo aquellos que pretenden engullírsela.

—Comprendo; irritaron á mi padre para precipitarlo.

—Cuidado con adivinar más de lo conveniente, porque de lo contrario podrán prolongarse vuestras desgracias tanto como vuestra vida.

—No, Domingo; callaré cuanto he podido averiguar y algunas otras verdades que imagino; debo mucho á tu señor; me interesa su suerte, y mi porvenir está más ligado á su causa que á la de mi padre. Ya que el destino me ha colocado en la posicion más crítica á que puede llegar mujer, sufriré mi suerte con paciencia y sin añadir á mis infortunios un quilate más, que harto tienen ya.

—Vos, Angelina, podreis un dia no lejano uniros al protegido de mi señor, el cual os ama con delirio, y ser la dama más bella y dichosa de Nápoles.

—Pero ¿y mi padre, Domingo, y mi padre?

—¡Es tan malo para vos y para todo el mundo!

—No le disculpo, que sería inútil; pero debiéndole la existencia y cuanto tengo, no podré ser nunca feliz si lo veo desgraciado.

—Confiad en la nobleza y generosidad de mi señor; acaso le perdone y áun le proteja.

—Esta noche le arrancaron el sombrero de un balazo, y fué tu amo, Domingo, estoy segura.

—No lo niego; le vi sacar la pistola y descargarla.

—¿Conque no me he equivocado?

—No.

—Ha podido matarle; el proyectil cruzó á dos dedos de su frente.

—Mi amo, señora, pone la bala donde fija la vista, y no se tuerce en una línea.

—Era de noche.

—No importa; con el resplandor de la luna tenía de sobra para no errar.

—Un movimiento del pulso, un vahido, una cosa cualquiera, la más insignificante basta para torcer la puntería.

—Eso podrá tener relacion conmigo y con la generalidad

de los hombres; pero no con ese sér privilegiado que jamás se altera, conmueve ni agita cuando tiene necesidad de estar sereno. Creí que le conociais, pero veo que no; dudar de su acierto equivale á negarle unas dotes que el mundo aplaude y todos le conceden.

—¿Pero á qué conduce ese pistoletazo, cuya causa no puedo explicarme? La serenata se comprende por la razon que has dado y la ofensa que recibió Vitali, la que era vergonzoso que dejase impune, elevado ya á capitan; pero, Domingo, lo del balazo no tiene solucion.

—Para vos.

—Dásela tú.

—Vuestro padre ha podido ver esta noche quiénes son los que él juzga sus enemigos, y áun cuando el despecho le precipite por el pronto, el dia del combate lo enervará por completo, aumentando extraordinariamente su temor.

—¿Crees, por ventura, que el conde es cobarde?

—Siento decíroslo, pero hombres de alma tan negra ninguno es valiente.

—Yo le juzgaba, por el contrario, impetuoso y arrojado.

—Entre sus pobres sirvientes; el dia que escuche los sonidos de nuestros atambores y clarines de guerra, lo vereis esconderse; y miéntras nuestros rostros se enrojecerán, contemplareis el suyo palidecer, temblará, y el héroe de los salones se convertirá en gallina del campo.

—¿Estás seguro, Domingo?

—Cierto, ciertísimo.

—Haga el cielo que no te equivoques.

—Os será fácil ese dia hasta encerrarlo sin gran oposicion por su parte.

—Entónces ten por seguro que lo aprisionaré. Dime, ¿tu señor tiene confianza en el triunfo?

—Allá veremos.

—¿Conoce los planes de sus contrarios? Esto es lo que más importa.

—Sí; mas somos tan fuertes que nos burlamos de enredos, lios y tramas urdidas por gente ruin y miserable.

—En esta ocasion no eres franco conmigo.

—Tambien es verdad, pero consiste en que el precepto sólo me impone el exámen de doctrina cristiana.

—¿Desconfias de mí?

—No, señora; cumplo con mi deber y nada más.

—El dia del triunfo procura estar á mi lado, Domingo.

—Imposible; gusto yo mucho de seguir á mi amo y de velar por él.

—Se basta á sí solo, y dispondrán de muchos que ocupen tu puesto.

—Mi voluntad es la suya, y si me manda que le siga...

—Ruégale en mi nombre que te deje aquí, y entre los dos sujetamos al leon.

—Probablemente bastaria con la paloma; porque habeis de saber que la fiera se convertirá en esos momentos en manso cordero.

—¿Qué tenías que hablar esta noche con mi camarera?

—¿Yo? No recuerdo.

—Sí; me ha dicho ella que estaba esperándote.

—Se habrá equivocado.

—¡Domingo!.. Vé á tu habitacion y busca el reposo.

—Bien; le preguntaré únicamente qué indicaciones le hice...

—Mañana, y á presencia mia. No há mucho que murmuraban de tí dos de mis doncellas, y deseo que nádie te aborrezca en mi casa.

—Comprendo; tienen celos, y en verdad que no les he dado motivo...

—Domingo, las mujeres adivinan, y no hay una sola que se avenga á partir su amante ni con una hermana.

—Pero yo...

—Tú las enamoras á todas; tres de ellas te quieren ya más de lo conveniente, y concluirán por odiarte.

—Me calumnian; es el defecto de todas las sirvientas.

—Tú observas cuanto pasa en mi casa, y yo me he tomado la molestia de espiarte.

—¡Santiago!.. Me habreis tomado por otro.

—No; aprendiste de tu señor á galantear demasiado bien; mas se mueven con exceso tus manos y te sales del recto camino.

—Consistirá en que me pierdo; desconozco el terreno...

—Desde hoy en adelante seguiré tus pasos, y cuenta con que si no me obedeces se lo diré á tu señor.

—Muchas gracias; ¿qué daño os han hecho mis orejas?

—Ya que le imitas en lo de regalar flores, admira su caballerosidad, nobleza é hidalguía.

—Yo nací plebeyo.

—Pero honrado.

—Lo que es eso lo soy; mis bromas...

—Suprímelas, Domingo; que eso de abrazar y requerir de amores con las manos, no es propio de tí. Cásate.

—¡María Santísima! vaya una aficion que tienen todos á verme uncido á la carreta conyugal.

—¿Al más santo de los lazos das ese nombre?

—¡Santo! Eva se unió al demonio para tentar á Adan; es decir, se coaligó con él; desde entónces la mujer recibe la inspiracion del rey del averno, al que parece ligada, y si vos creeis que puede haber santidad en lo que se junte á un diablo con faldas, yo opino lo contrario.

—¿Estaba tu madre en ese número?

—Aquella era una excepcion.

—¿Y yo?

—Otra.

—Y la esposa de tu señor.

—Otra.

—¿Y las de todos sus amigos?

—Otras.

—Esa regla se compone toda de excepciones, Domingo.

—Tiene algunas; pero pocas, muy pocas, que el género es malo.

—Busca una de esas.

—Saben más que yo y me engañarian.

—¿A tí?

—Y á otro que tenga más talento que yo.

—¡Infelices! Recuerda tus amoríos, quién ha perdido más en ellos, y deduce la consecuencia.

—Por eso mismo me gusta ganar siempre, y en el juego que me proponeis sería yo el pagano. No os molesteis,señora; si el yugo efectivamente es santo, un pícaro como yo no lo merece; si por la inversa es impropio de gente sesuda, tampoco nací tonto y debo rehuirlo. Tambien mi señor pretende que yo me ligue porque él no está suelto; pero no lo conseguirá, que lo he conocido en los dos estados, y me hallo en disposicion de optar por el mejor.

—Dia llegará en que Dios te pida cuenta de tus actos.

—Tomo lo que me dan; suspiro por lo que queda, y como nada quito, mi conciencia se halla tranquila.

—Muy elástica debe ser.

—Acaso; pero así la encontré, y así la dejo.

—Resulta, en consecuencia, que eres enemigo declarado del matrimonio.

—Sin que os quede la menor duda.

—Muy bien; mañana lo sabrán mis doncellas y camareras.

—Eso es una conspiracion, una intriga de mal género. ¿Qué tal? ¡La que parece más santa!

—Será lo que quieras, mas te juro cumplir mi palabra. Parte en busca del lecho; yo te acompañaré hasta la escalera.

—Gracias; no merezco tanta honra...

—No importa; quiero otorgarte esa merced por esta noche, que mañana ya será inútil.

—Os vais á molestar...

—Lo hago con gusto.

—Está visto que mi buena estrella se eclipsó esta noche.

—Anda más de prisa, que es tarde.

—Ya hemos llegado; retiraos si gustais.

—Cuando te haya perdido de vista.

—Buena noche. ¡Vaya un cancerbero cruel! Positivamente cumple el encargo de mi señor; bien dice el refran: «Dios te libre de un pecador arrepentido.»

Ros continuó murmurando hasta que llegó á su habitacion, metiéndose en cama acto contínuo. Angelina observó las alcobas de sus sirvientas, y notando que todas reposaban, se retiró á la suya, logrando al poco tiempo ser presa de tranquilo sueño. Todos los habitantes del palacio participaban de este bien, áun los mismos heridos y contusos, con la sola excepcion del conde, el cual se volvia de un lado para otro, agitado por la ira y el despecho que no debian abandonarle en muchos dias. Osorio se propuso en la presente noche, con la serenata y sus consecuencias, precipitar la revolucion y aturdir á su jefe; y en verdad que lo estaba consiguiendo tal como cuadraba á su deseo.

Desde el dia siguiente, unido el gobernador á vários nobles españoles y napolitanos, pasaba de sol á sol dedicado á la caza, demostrando una tranquilidad y abandono que aplaudian en secreto sus ocultos enemigos. Le acompañaban tambien las restantes autoridades que se hallaban más cerca de él y los principales jefes del ejército; mas por la noche, muy bien disfrazado y con las precauciones convenientes, se dirigia á la casita de la nodriza de Osorio, pasando encerrado con éste várias horas, que ocupaban ámbos en discutir y preparar un plan que en breve debia producirles grandes resultados. Para que nádie pudiera sospechar estas entrevistas, fingia retirarse á descansar el gobernador, y cuando todos le juzgaban entregado al reposo, entónces abandonaba su casa por una puerta falsa, solo y con las prevenciones que dejamos expuestas.

El palacio de Don Jacobo de Guzman permanecia cerrado y sin habitar, al parecer. Vitali se relacionó con los primeros maestros, y dia y noche se ejercitaba en la esgrima y la equitacion. Era aficionado á ámbas cosas, el ejemplo y frases del

duque, Roch y Zalla desarrollaron su valor, y el intrépido jóven, teniendo siempre delante la figura de su temerario padre, adelantaba rápidamente, crecia su ódio á los enemigos de España, y cada dia más audaz, iba haciéndose digno de la sangre y apellido que heredó del célebre capitan muerto en Ancona.

Zalla, unido á Roch y bien disfrazados ámbos, seguia al marino, el cual se embarcaba contínuamente, volvia á Nápoles, dirigia al patron de la *Trinidad* y secundaba el intento de su general con la energía y acierto que le eran tan propios.

Ya hemos dicho que el duque pasaba las primeras horas de la noche encerrado con el gobernador; después dormia lo indispensable, y al amanecer, embozado en la capa, siempre solo, barnizado su cútis y descompuesto el traje, visitaba á Busato, recorria los puntos de reunion del pueblo iniciado en la revolucion, hablaba con los jefes de parroquia, sembró el oro, y aparentando ser un amigo y compañero del polizonte, sabía cuanto le era preciso.

Su criado le daba noticias diarias de lo que ocurria en el palacio Vignati y de lo que trataban los junteros; y siempre activo, enérgico, hábil, valiente y diestro como ninguno, aprisionaba en su robusta mano la trama de una revolucion que se disponia á pulverizar en el momento que levantase la cabeza. Amaba á su patria más que á su propio sér, y en los mil sacrificios que contínuamente hacía por ella, no contemplaba otra cosa que lo estricto de un deber sagrado y agradable.

En cuanto á los conspiradores, tampoco perdonaban medio alguno para preparar la revolucion y asegurar el triunfo. El conde Vignati, que no conseguia ver apartados de sí á aquellos nueve atrevidos que osaron burlarse de él, castigar á sus dependientes, arrancarle el sombrero y llamar ingrata á su hija, desplegaba en estos momentos interés, celo y actividad sorprendentes. Montaba á caballo por las mañanas, salia á pié y muy embozado por las noches, y de este modo reconocia los depósitos de armas y los parajes adonde iban llegando los

calabreses y restantes conjurados que venían de provincia. Con éstos y los napolitanos hablaba á todas horas, les infundia valor, halagaba la ambicion de los jefes, ofreciendo, al fin, cuanto tenía por el logro de la causa por que trabajaba. En el último reparto que echaron para el pago de armas compradas á los franceses, dió la mitad del dinero que poseia, cantidad equivalente al total de lo ofrecido por sus ocho compañeros de junta.

Llegados ya los que esperaban de fuera, provistos los revolucionarios de cuanto necesitaban para la espantosa sorpresa y cruel acometida que anhelaban, amaneció el jueves, dia señalado para la junta general de jefes, y á las doce de la noche se reunieron sobre cuatrocientos en la parte baja del palacio de Vignati, que ya conocemos. Fueron entrando con las precauciones y recato que tenían de costumbre; el conde ocupó la presidencia, en breves frases expuso el objeto de aquella última junta, y dió principio el debate, que duró muy poco, toda vez que no ofrecia dificultad la adopcion de las propuestas hechas por la directiva á la general. Quedó proclamada la república, Vignati nombrado presidente durante su vida, y aprobadas cuantas medidas, leyes y arreglos llevaban dispuestos los nueve jefes de la asamblea. El conde se presentó exigente, sus amigos le apoyaron, y los restantes dijeron *amen,* porque no era posible negar nada al hombre que en los últimos dias se mostró tan enérgico como generoso, tan hábil como activo. La serenata de Osorio lo acabó de decidir por completo, y en los postreros instantes jugaba el todo por el todo, con patriotismo, al parecer, plausible, y en realidad con ambicion, ira y despecho superiores á toda descripcion.

Se acordó que la revolucion diera principio en la madrugada del próximo domingo; todas las campanas de Nápoles tocarian á rebato en señal de que era llegado el instante; no habria cuartel para ningun español ni para los italianos que les fuesen adictos; serían sorprendidas las casas de las autoridades, los cuarteles y guardias, los castillos y fuertes, y, segun el

cálculo de la asamblea y lo que lógicamente se desprendia de las terribles medidas que pensaban realizar, debia seguir el triunfo á la revolucion, á aquél la ruina completa de los enemigos, y en el mismo domingo juzgaban que todo quedaria terminado en Nápoles. Logrado esto, unos correrian á Sicilia y otros á las provincias, consiguiendo en una y otras el resto de un plan que no estaba mal concebido ni torpemente desarrollado, con relacion al éxito, si bien entraban por mucho en él la corrupcion, maldad y cuantas infamias llegaban á aquellos cerebros descompuestos.

A las cinco de la mañana se abrazaron todos, é inclinándose ante S. A. Serenísima el conde Vignati, presidente ya de la república proclamada, entre las sombras de la noche fueron saliendo con las mismas precauciones y recato que habian entrado.

Grave, mesurado y convertido ya en un dux de Venecia, despidió el padre de Angelina á los cuatrocientos conjurados, cerró la puerta del jardin, y notando que ninguno de sus sirvientes habian podido espiarle, buscó el lecho muy satisfecho del presente y confiado en el porvenir.

En este instante se descolgó de un árbol de los del jardin el buen Ros, que habia pasado cinco horas con la oreja derecha pegada á la cerradura de la puerta donde permanecieron encerrados los conspiradores, y estirándose cuanto pudo, exclamó:

—Me duele el cuerpo de estar encorvado, el oido de escuchar y el alma de sufrir á esa canalla tanto insulto como han hecho al país más noble y generoso que existe en la tierra. Es viernes ya y dos dias de paciencia no es mucho cuando espera un resultado tan completo. Ahora, pobres piernas, preparaos á correr; teneis que andar entre ida y vuelta más de una legua, y he de regresar ántes de que se haya levantado ningun sirviente de este malhadado palacio.

Y sin más reflexiones escaló el muro del jardin, corriendo en direccion de la casa donde habitaba su amo, situada en el barrio extramuros de Nápoles.

CAPITULO XXVIII.

El dictador y su polizonte.—Flaviano de caza.—La noche anterior al tan deseado domingo.

El conde Vignati se metió en cama como hemos dicho, á poco más de las cinco de la madrugada, prosiguiendo dormido hasta las diez, hora en que despertó, y oprimiendo un timbre, dijo al sirviente que asomó la cabeza:

—Vísteme al momento.

Cuando hubo concluido, mandó llamar á su escudero, preguntándole al penetrar en la cámara:

—¿Cómo estás de tu herida?

—Perfectamente; hoy me quitan el apósito, y mañana me hallaré bien.

—¿Y tus diez compañeros?

—Esos se encuentran mejor que yo.

—¿Qué te encargué anoche?

—Que previniera á Busato estuviese aquí después de las nueve.

—¿Lo hiciste?

—Una hora lleva esperando que se digne recibirlo mi señor el conde.

—Sígueme.

Vignati entró en su despacho, y cuando se hubo sentado, añadió:

—Que pase Busato.

Salió el escudero, tomando el conde la postura y actitud que cuadraba, en su opinion, al ya dictador y jefe de la república napolitana.

El polizonte descorrió una cortina, presentándose en el umbral de la puerta:

—Cierra y avanza.

Le dijo el erguido y grave señor.

—¿Sabes,—le preguntó,—lo que aconteció anoche en la junta general de jefes?

—No, señor.

—Fuí nombrado presidente de la república.

—Así lo esperaba, y me complace la noticia más que á ningun otro. Vuestro talento...

—Busato, reconocido ya como jefe supremo, tengo el tratamiento de alteza serenísima.

—Es muy justo, y quiero ser el primero en dar á V. A. lo que de derecho le corresponde.

—No; te se han adelantado desde el presidente del senado hasta el último jefe de los reunidos anoche.

—Lo siento, y en verdad que he de desquitarme desde hoy en adelante. V. A. Serenísima hallará en mí su más fiel y constante admirador; haré justicia á su elevada y merecida posicion, y cuando ciña un dia no lejano la banda de capitan moriré gustoso por mi respetable y querido presidente.

—Vales más de lo que yo imaginé en un principio, y no será difícil que consigas tu deseo.

—Me la ofreció el señor conde de Vinagti, que nunca faltó á su palabra, y S. A. Serenísima ratificará nombramiento tan justo. ¿Quién por otra parte servirá á la república con más celo

é interés? ¿Quién defenderá con más energía, respeto y amor á V. A? ¿Quién se podrá constituir como yo en un perro de presa?..

—Basta; si lo dije, bien dicho está; el domingo al amanecer te presentas á caballo y con banda en las calles de Nápoles.

—Gracias, señor; juro ser tan leal á V. A. como dignísimo es el presidente á quien tengo la honra de servir.

—Dobla la hoja, y vamos á lo que importa. ¿Qué has hecho?

—En cumplimiento de las órdenes de V. A., que son para mí sagradas, ocupé el dia de ayer y la noche trascurrida en espiar á las autoridades de Nápoles; hablé con los jefes de los *lazaronis*; me hice cargo de veinte partesanas y dos mil picas, que quedaron distribuidas como V. A. mandó, y dia y noche, incansable siempre, y tan activo y enérgico como es menester, cómo poco, duermo ménos y me hallo, en fin, consagrado en cuerpo y alma á realizar las órdenes de mi señor.

—¿Te queda algo que hacer?

—Nada; lo que V. A. disponga nuevamente.

—¿En qué se ocupan el gobernador y las demás autoridades?

—Cazan, señor, duermen y comen; y de este modo, sin saberlo, esperan tranquilos la guadaña que ha de segar sus gargantas.

—¿No se vendió alguno ni nuestro enemigo abriga sospechas?

—A las diez regresaron anoche del monte y á las seis han vuelto á partir, para no entrar en Nápoles hasta la media noche del sábado. Esta noticia satisface completamente vuestra pregunta.

—¿No te equivocas?

—De ningun modo.

—Veo que hasta el destino se declaró en favor nuestro.

—Todas las cosas tienen término, y á la dominacion espa-

ñola le ha llegado el suyo; harto nos han esclavizado, justo es que ahora les tomemos la revancha.

—Sangrienta será, Busato.

—Como la anhela el corazon y la pide el deseo.

—Las calles de Nápoles se lavarán el domingo con sangre castellana.

—Eso quieren todos cuantos tienen la honra de odedecer á V. A.

—Es que no habeis de dejar con vida un solo español.

—Muertos, se acabó la guerra para siempre.

—Miéntras aliente uno, peligrará nuestra existencia.

—Me consta que son fatales, pero la limpia será completa; descuide V. A.

—Continúa averiguando en Nápoles, y no vuelvas hasta mañana, en que recibirás mis últimas instrucciones; á no ser que algun acontecimiento...

—Comprendo, y no debemos temerlo. De todos modos obedeceré la órden de V. A.

—Duerme poco, vigila mucho, y no olvides que te tengo ofrecidos cien ducados por la cabeza de Vitali.

—Su sangre será el bautismo de mi banda.

—Bien dicho. Parte.

—Que el cielo guarde la preciosa vida de V. A. Serenísima.

Y haciendo Busato una humilde reverencia, anduvo hácia atrás hasta perder de vista á Vignati. Luégo abandonó el palacio y se dirigió á su casa con ánimo de tomar alimento, primero que probaba aquel dia, y dormir algunas horas, por no haberlo hecho durante la noche anterior.

Al entrar en el bosque que debia atravesar para ir á su vivienda, vió á dos embozados, uno de los cuales desapareció en el mismo instante, saliéndole el otro al encuentro. El polizonte se detuvo, fijando su diestra en la empuñadura de la espada.

—No temas, soy yo,—le dijo el incógnito, alzando un

poco la visera y volviéndola á bajar.—¿Cómo sigue S. A. Serenísima?

—Hola, señor inglés,—contestó Busato al duque del Imperio.—¿Ya sabeis lo acontecido esta noche?

—Sí; con otra noticia de más interés y por la que debe darte el conde mil ducados.

—¡Mil ducados! Primero se cortaba un dedo; y en verdad que estos últimos dias desplega una generosidad sorprendente. ¿Qué nueva es esa?

—Mañana por la tarde, cerca de anochecido, sale una parte de la tropa que hay en Nápoles á relevar los destacamentos.

—Es decir que el enemigo desmembra sus fuerzas para entrar en combate.

—Como no lo sabe...

—Se entiende; de lo contrario no lo haria. Me complace la noticia, y en cuanto almuerce se la voy á dar al conde.

—Apresúrate, pues entiendo que te la ha de agradecer.

—¿Será cierta?

—Como todas las que te dí hasta hoy.

—Pronto la adquirísteis; nos separamos á más de media noche... ¿No habeis dormido?

—No; y te advierto que la sabía ya á las dos de la madrugada.

—Buenos agentes teneis.

—Con el oro y la discrecion...

—Con el oro, con el oro; es una llave que abre todas las puertas, desplega los labios y arrolla las dificultades. ¿Quién era ese que os acompañaba há un momento?

—Mi criado.

—¿Por qué desapareció al verme?

—¿Querias que se enterase de nuestra conversacion? Te vas haciendo desconfiado, Busato.

—No lo extrañeis; estamos ya tocando el venturoso dia del triunfo, y temo...

—¡Bah! ese miedo es muy impropio de tí.

—Decidme, señor inglés, ¿no sospechan las autoridades ni ha habido ninguna delacion?

—Sus cacerías contestan á tu pregunta.

—¿Y en estas últimas horas?

—Tienen una confianza absoluta; de lo contrario no desmembrarian sus fuerzas de Nápoles.

—Cierto; me habeis convencido.

—Como siempre.

—Es verdad. Voy á daros una nueva que os va á alegrar, y la que á mí me tiene loco, loco.

—Sepamos.

—Soy ya capitan.

—Aún no.

—Os digo que sí.

—No te hagas ilusiones, Busato.

—Tengo la órden de...

—De presentarte mañana luciendo la banda; pero el título no te lo han dado.

—¡Todo lo sabeis!

—Con el oro, segun decias ántes...

—Soy todo vuestro, milord; el conde Vignati logrará la presidencia que tanto anhela; pero nunca obtendrá el gran poder que á vos os proporciona vuestro talento superior, generosidad y riquezas. ¿Quereis hacer el favor de decirme, quién os ha referido la conversacion que acabamos de tener el conde y yo?

—No.

—Por fuerza conoceis la mágia.

—Tampoco.

—Adivinad. ¿Lograré el nombramiento de capitan ofrecido hace un instante?

—Busato, eso dependerá de mi exclusiva voluntad.

—No os comprendo.

—Pues bien claro te lo he dicho.

—¿Intentais acaso sobreponeros á S. A. Serenísima?

—Ya lo creo.

—Pues no me explico... ¡Ah! sí; logrado el triunfo, una escuadra inglesa cubrirá el golfo de Nápoles, en cuyo caso dirigireis la palabra al dictador con las bocas de doscientos cañones y tres mil arcabuces.

—Una cosa muy parecida.

—¡Qué talento tengo yo! No estarán léjos las galeras. ¿Me he equivocado?

—No.

—Desde el primer instante que os vi, adiviné que no érais un agente cualquiera, sino un general de mar ó de tierra.

—Te engañaste; lo soy de las dos cosas.

—Sólo faltaba á nuestra república que un hombre como vos se olvidara de Inglaterra, poniéndose al frente de nuestros soldados y marina.

—Me propones una horrible traicion.

—No; en Lóndres sobran generales y aquí no tenemos ninguno, y tratándose de una potencia amiga con quien no podemos estar en guerra nunca...

—No piensa eso Vignati; ya ves cómo me estima.

—Sospechó lo de la escuadra; y en verdad que me extraña mucho no haya vuelto á hablar de vos.

—Eso prueba que ya no me teme, y me alegro ciertamente. Te prohibo que me cites para nada en su presencia.

—Lo haré así, que os tengo en mucho más que al presidente. ¿Conque dependerá de vos lo de mi banda?

—Sí, de mí sólo.

—Entónces la creo segura; ¿es cierto?

—Pasado mañana á estas horas te contestaré.

—Yo os ruego...

—Jamás ofrezco lo que ignoro si debo ó no cumplir; espera unas cuantas horas, y los acontecimientos te dirán lo que yo no quiero adelantarte.

—¡Por favor!..

—Basta, y oye lo que importa; almuerza y da la noticia de la salida de las tropas al conde Vignati; luégo descansas hasta el oscurecer que me vas á buscar á la orilla de la playa. Pasaremos juntos algun tiempo, y más tarde te retirarás á tu vivienda, llevando para el presidente las noticias que te ha encargado. Después le obedeces en cuanto te ordene; al anochecer de mañana nos volveremos á ver, y arreglaremos nuestro plan para el domingo.

—Quisiera...

—Obedece y calla; yo sé lo que te conviene y lo que necesitamos todos.

—¡Por Dios, esa banda!..

—Hasta la noche.

Y partió el duque sin darle tiempo á contestar.

Busato se dirigió á su casa é hizo cuanto acababa de mandarle el que suponia inglés, de lo cual se deduce que continuaba supeditado á la voluntad del poderoso español.

Al oscurecer volvieron á reunirse hasta las nueve, hora en que Osorio marchó á su casa, donde le aguardaban ya el gobernador y várias autoridades con los que pasó trabajando hasta la una de la noche. Los últimos se fueron retirando á Nápoles con objeto de realizar el plan del duque, y éste se metió en cama, tranquilo por el presente y con bastante confianza en lo porvenir.

Como los jefes de la ciudad fingian hallarse cazando en el monte, iban perfectamente disfrazados, y en esta ocasion hay que hacerles la justicia de creer que existia entre ellos plausible rivalidad en lo relativo al cumplimiento de su deber. Siempre ha sido lo mismo; los españoles demuestran más amor á su patria léjos del suelo natal que cuando se encuentran en él.

Flaviano durmió hasta las seis de la mañana, saliendo entónces acompañado de Zalla; volvió á almorzar, tornando á salir sin regresar hasta las cuatro, hora en que comió, y despidiéndose de la nodriza, marido de ésta é hijos, partió seguido del maestre y dos sirvientes que llevaron á la casa de Marta.

Roch estaba en la mar hacía veinticuatro horas, y no debia presentarse en Nápoles hasta la madrugada próxima.

A la mitad del camino se detuvo el duque, diciendo á Zalla:

—Id á mi palacio los tres; entrad por la puerta excusada y que me preparen lo que os he encargado; empieza á anochecer, y ya andará el enemigo reconociendo á su gente y espiando al contrario; usad, en consecuencia, de más cautela y precauciones que nunca.

—Descuidad, que no cometerán una torpeza en tan críticos momentos los que hasta ahora se portaron de un modo enteramente contrario.

—Cuando llegueis ya será de noche; observad bien las avenidas de mi casa, y ántes de entrar, aseguraos de que nádie os ve. Partid.

Así lo hicieron aquellos, dirigiéndose Osorio á la playa, donde fué sorprendido á poco con la presencia de Busato. Iba el polizonte acompañado de los seis agentes que le obedecian; pero los dejó bastante atrás, é incorporándose con el duque, le dijo:

—Señor inglés, abreviad, que el conde Vignati habrá abandonado ya su palacio, y debo salirle al encuentro no léjos de aquí.

—¿Para qué?

—La junta en pleno, guiada por mí, quiere reconocer los puestos, á toda nuestra gente y la situacion del enemigo.

—Muy desconfiados son.

—Van á jugar el todo por el todo, y hacen bien de enterarse.

—¿Cuánto tiempo emplearán en esa revista?

—Cuatro horas lo ménos.

—¿Y después, qué intentan?

—Cada uno irá á su palacio á armarse para salir en la madrugada al frente de su servidumbre, á excepcion del marqués y uno de los consejeros, los cuales seguirán á Vignati, pasando la noche en su casa.

—Es decir que por la mañana partirán los tres juntos.

—Con sus respectivas escoltas, si bien los dos primeros se adelantarán al conde; éste debe llegar en el momento crítico. El tiempo vuela, y áun no me habeis dicho, segun me ofrecísteis, el número de gente que ha marchado al relevo.

—Mil peones y quinientos caballos.

—¡Bravo! A esos después se les rendirá en provincia. Bueno es que en la ciudad los tengamos de ménos mañana. ¿Hará poco que partieron?

—Un cuarto de hora escasamente.

—Con vuestro permiso me retiro.

—Aguarda, que te interesa más que á mí lo que me resta decirte.

—Tengo los momentos contados y sentiria disgustar al conde.

—Que espere; disculpa el retraso con la noticia que acabo de participarte.

—Abreviad, milord.

—¿Qué más instrucciones te han dado?

—Concluida la revista, ellos partirán, segun os he dicho, y yo me quedaré en Nápoles, para que á las cinco en punto comiencen á tocar á rebato todas las campanas.

—¿Qué otra mision tienes?

—Luégo ceñiré el pecho con mi banda; y al frente de cien *lazaronis* de los más osados, entraré en la calle de Toledo, formando parte de la escolta del conde.

—Me alegro, y voy á darte un consejo; depende de él acaso tu vida; con que escúchale bien, y no dejes de tomarlo.

—Me poneis en cuidado.

—Oye: compra un caballo esta noche con silla y arreos que no se parezcan en nada á los que usan los militares, y con él te presentas en el punto que te haya mandado Vignati. Si ves que tarda en llegar tu señor y no te gustase el aspecto de la calle de Toledo, cubre la banda con tu tabardo, mete espuelas al brioso corcel y márchate á tu casa, que allí nos veremos.

—Dirian que era un cobarde. ¿Temeis acaso que triunfe el enemigo?

—Yo jamás tuve miedo; pero sé por experiencia que tres cuartas partes de las revoluciones abortan, y en la de mañana juegas la cabeza, Busato.

—Eso es cierto; mas, como vos mismo vísteis, todas las probabilidades están de parte nuestra.

—No lo niego; pero como en la guerra un acontecimiento imprevisto cambia completamente su faz, por esa razon te aconsejo que estés sobre tí y en un caballo muy corredor... Mira, si el conde aparece á la hora convenida sigue en pos de él, demostrando valor y ardimiento; mas si notas que se retrasa y no te agrada lo que presencies, finges correr en su busca, y te metes en tu casa.

—No me explico nada de lo que me decís.

—¿Te he engañado alguna vez?

—Jamás.

—Pues bien; tú eres paisano y yo militar desde que tenía uso de razon; me hallé en muchas revoluciones y batallas, y la experiencia me hizo muy precavido: por eso te he dado un consejo que debes tener muy en cuenta.

—Los ingleses sois desconfiados de un modo maravilloso, y en la ocasion presente me parecen exajeradas vuestras prevenciones.

—Acaso tengas razon; mas ¿qué pierdes con ir á caballo, y en caso de que tu señor no llegue, correr en su busca?

—En eso nada, y por lo que pueda ocurrir lo haré.

—Otro consejo: si hallases algun impedimento, gritas: «Paso á Busato.»

—Si son enemigos me matarán.

—Haz lo que te digo, calla y ten confianza absoluta en mí como hasta ahora.

—Bueno; pero decidme, ¿jugais con dos barajas? Los ingleses soleis hacerlo.

—No; con quince. Es posible que todo salga bien, sin per-

juicio de lo cual, te recomiendo mucho que calles mis advertencias, y en caso de necesidad las tomes por completo.

—Esta noche estais incomprensible, milord.

—Jamás, sin embargo, debiste hacerme caso con tanto interés como ahora.

—Será así; pero habeis destruido mis ilusiones.

—Cuanto te he dicho es en el supuesto de que la revolucion se torciera.

—Parece que no há lugar á pensar de ese modo, toda vez que somos muchos más, el enemigo duerme, y lo vamos á sorprender.

—Vosotros, los hijos del Mediodía, os entusiasmais demasiado, dando lugar á que sólo podais ver la cuestion por el lado que os conviene, de lo cual resulta que el menor contratiempo os aturde é inutiliza, motivando el que empeceis en héroes para concluir en víctimas. Quiero que tú seas en la presente ocasion más cuerdo y pensador; siempre se dijo que es de grandes generales contar segura la retirada ántes de empezar el combate, pues nada se pierde en ello y á veces se gana el todo.

—Me habeis conocido, y ya no me extraña vuestra fama de diestros y pensadores.

—Este modo de discurrir, Busato, no es propiedad de los ingleses; lo tiene todo hombre cuerdo, sesudo y experimentado.

—En cuanto me deje el conde me proporciono el caballo.

—Y no olvides dar tu apellido si hallas alguna dificultad, pues serás atendido, siempre que vayas solo.

—Eso ya no me lo explico.

—No importa, y cuando tanto insisto, claro es que te conviene.

—Lo haré; mas decidme: ¿no opinais, como yo, como el conde y como todos, que tenemos asegurado el éxito?

—Triunfaremos, Busato; esto al ménos es lo probable, pero no se puede llamar lo seguro hasta que el acontecimiento lo confirme.

—Perfectamente. ¿Me permitís que salga al encuentro del conde?

—Sí; ¿dices que ocupareis cuatro horas en el reconocimiento?

—Por lo ménos ese tiempo.

—Procura que el conde no vuelva á su casa hasta después de las once.

—¿Y si acabásemos ántes, de qué modo?

—Lo entretienes con noticias y todo aquello que te se ocurra. ¿Llevas encima el suficiente dinero para comprar el caballo?

—No, señor.

—Toma veinticinco ducados. ¿Tienes bastante?

—Ahora me sobra, milord. Que el cielo os guarde, y nada temais por S. A. Serenísima, que hasta las doce no entrará en su casa.

—Marcha cuando gustes.

Y ámbos se despidieron. Busato partió en busca de Vignati, con toda la rapidez que le fué posible, en tanto que el duque se encaminó á la ciudad ensimismado y como abstraido por una idea. Llegó á una calle estrecha, y después que la hubo reconocido lo suficiente, dió dos golpecitos en la puerta excusada de su palacio, añadiendo la contraseña. Al momento le abrieron paso, volvió á cerrarse aquella, y Osorio se dirigió al salon principal de la parte baja, en el cual esperaban Zalla y Vitali.

—¿Están todos?—les preguntó, incorporándose con ellos.

—Sí, señor.

—¿Fueron entrando con las precauciones convenientes?

—Uno á uno,—replicó Augusto,—y con los intervalos que vos ordenásteis. Cási toda la noche de ayer la ocuparon en esa operacion.

—¿Qué falta?

—Nada, mi general.

—¿Y vuestro criado, Alvaro?

—Os espera arriba.

—Muy bien; que formen los peones en este salon, y en el patio la caballería. Quiero reconocer la gente que he de mandar, y darme á conocer; desde este instante cesó mi incógnito para todos nuestros amigos. ¡Haga el cielo que no me vea obligado á barnizar de nuevo mi pobre cútis!

Y subió á las habitaciones del piso principal, donde le esperaba el criado del maestre de campo. Con la ayuda de aquél fué nuestro general arrancándose el unto que por tantos dias ennegreció su blanca y fina epidermis; luégo dijo al sirviente:

—Vísteme.

—¿Con traje de guerra?

—No; ese me lo pondré después; ahora el de seda.

Y cubrió sus carnes con ricas vestiduras que sólo usaba en la corte. Le pusieron botas de terciopelo negro con fleco de seda; seguian calzas de Milan, que presentaban su forma tan perfecta como realmente era; gregüesco y jubon, tambien de terciopelo, con cortaduras blancas, perfiladas con pasamanos de oro y seda; cinto y escarcela de pedrería, y una golilla, cuyo color intentaba competir con el blanco de su cútis. Se ciñó espada y cubria la cabeza con gorra negra, bordada su parte inferior con estrellas de oro, en una de las cuales le fijaron la rica pluma blanca que se inclinaba hácia atrás con elegancia.

Nuestro gallardo general se miró al espejo, apareciendo en sus labios una sonrisa que queria decir:

—¡Cuánto debo á la Providencia!

Y era verdad. A la belleza de su rostro unia lo varonil y esbelto de la forma, una estatura más que regular, grueso proporcionado, y los modales más finos y corteses. Por eso decian las damas que el conjunto de Osorio no admitia rivalidad.

En la presente noche parecia despedir el negro mate de sus rasgados ojos algo siniestro, que imitaba más al rayo de luz que á otra cosa cualquiera; y está circunstancia hermoseaba doblemente su faz.

—Ponme los guantes,—dijo al criado;—esos blancos.

Más tarde añadió:

—Ahora la banda y luégo la capa.

Y el sirviente colocó sobre sus hombros un manto blanco forrado de grana; á la izquierda llevaba bordada la cruz de Santiago, y en el cuello cordones con borlas de oro, con los cuales sujetaba la capa, de modo que al quitar el embozo le permitia lucir el pecho y la banda de general, formando los cordones un semicírculo que venían á terminar las dos borlas.

—Ahora,—prosiguió,—acompaña al criado de Roch, y no os separeis de la puerta excusada hasta que yo regrese.

El sirviente obedeció, en tanto que Osorio se presentaba, seguido de Zalla y Vitali, en el salon principal del piso bajo. Allí le aguardaban en perfecta formacion trescientos peones, armados unos con pica y espada y otros con mosquete. A la cabeza habia dos capitanes y seis oficiales. Zalla abrió la puerta, exclamando:

—Paso al poderoso señor duque del Imperio.

Al oir esta voz, jefes y soldados sintieron una grata impresion de alegría, y todas las miradas se fijaron en el arrogante caudillo, en tanto que las manos arrancaban los chambergos de las cabezas.

—¡Viva!..

Exclamó el capitan más antiguo; pero Flaviano se llevó el índice á los labios, y les saludó con una elegante reverencia, añadiendo:

—Silencio por esta noche; mañana podreis repetir mi nombre, pero á la vez y en pos de mí arrollad una revolucion que, torpe, traidora y cobarde, osó sentenciaros á muerte.

Un rumor confuso siguió á estas frases, el cual expresaba todo el ardor y entusiasmo causado en los trescientos peones. Vários de ellos no pudieron contenerse, y á media voz exclamaron:

—¡España y el duque del Imperio; guay del enemigo!

—¡Silencio!—añadió Osorio, y repitieron Zalla, Vitali y los restantes jefes.

Y una calma grande siguió á aquel grito de muerte. Los rostros, sin embargo, estaban encendidos; ardian las miradas, y fijos todos en el *invencible*, le contemplaban en este instante con una ansiedad, con un deseo tan lógicos como las mismas frases.

El duque anduvo de un extremo á otro del salon, deteniéndose á cada momento para decir á sus subordinados:

—Vosotros dos estuvísteis conmigo en Malta; tú te hallaste en Cambray; aquella revolucion se parecia á esta; vosotros seis pertenecísteis á la compañía de mi hermano Mendoza en la batalla de Dreux; ¡bien os portásteis en pos de aquel gigante que no tiene rival!

Y continuó uno por uno citándolos á cási todos, patentizando su gran memoria, conocimientos militares y admirable golpe de vista. Los soldados sonreian con loco entusiasmo al oir sus nombres en boca de Flaviano; oprimian el arma hasta lastimarse los dedos, y á permitírselo, hubieran besado el rico manto de su envidiable general.

Terminado el reconocimiento, exclamó Osorio:

—Muy bien; sois como elegidos por el maestre Don Alvaro; mañana, detrás ó á mi lado, como querais, volveremos á asombrar al mundo por centésima vez.

—¡Viva!..

—¡Silencio! y tened calma, que ya falta muy poco. Zalla, que cenen cuanto quieran; que beban lo conveniente; que les sea agradable la hospitalidad del duque del Imperio, y que duerman después hasta las cuatro de la mañana. Soldados, os hallais en vuestro palacio; cuanto hay aquí os pertenece; ya sabeis de antiguo que los valientes son mis hermanos, que los españoles sois mis hijos; mañana os acabareis de convencer, si ya no lo estais; pero esta noche, silencio; yo os lo mando, os lo ruego.

Estas palabras cerraron los labios de cuantos estaban allí; el general se despidió de ellos con otra reverencia, brillando en su rostro nueva sonrisa, que acabó de enorgullecer á los vete-

ranos que dejaba en el salon. Nada se atrevieron á decir; pero al desaparecer Flaviano se miraron unos á otros, y alzando las armas, expresaron con la accion cuanto callaban.

Nuestro caudillo, seguido de Zalla, Vitali, capitanes y alféreces, llegó al patio donde estaban cuarenta jinetes, un capitan y un oficial, todos á caballo. Sus pajes y criados se hallaban allí con hachas y blandones que prestaban la claridad suficiente al extenso cuadrado en que formaba la caballería.

Allí se repitió la escena anterior, y fué preciso que Osorio hiciera uso de su autoridad para contener á los cuarenta y dos hombres que tenía delante; todos le habian acompañado en las guerras de Francia y Malta, y su entusiasmo al verle se trocó en demencia.

—Bien, hijos, bien,—exclamó por último nuestro afortunado caudillo;—mañana formareis mi escolta, y volveremos á humillar á nuestros enemigos. Sé que os basta decir *quiero*, y á mi lado pronunciareis esa frase en el instante que la patria lo necesite.

Tambien les encargó que cenasen y durmieran hasta las cuatro; se despidió de ellos y de los jefes que le rodeaban, saliendo solo y embozado hasta los ojos por la puerta excusada del palacio.

Sigámosle.

CAPITULO XXIX.

Continúa la noche anterior al tan deseado domingo.—Otra vez el amo y el criado.—Asombro de Angelina.—El amor entra por algo, la abnegacion por todo.

Eran las ocho de la noche cuando Osorio abandonó su morada, encaminándose por la puerta más próxima que tenía la ciudad al palacio del conde Vignati, presidente futuro de la aristocrática y supuesta república de Nápoles. La luna estaba encapotada por densas nubes que giraban entre los dos astros, ocultando los pálidos reflejos de aquella; el Vesubio parecia presentir la encarnizada lucha á que los hombres iban á dar principio, y en estos momentos apénas arrojaba piedras ni lava, concretándose á despedir á intervalos llamaradas, cuya luz desaparecia como la del relámpago. Y la naturaleza, en fin, acallada, triste y agorera, demostraba adivinar tambien la horrible catástrofe que amenazaba al pueblo napolitano.

La brisa era templada; en las afueras de la ciudad reinaba un silencio, que los pocos bultos que se distinguian aquí y allá no osaban interrumpir al marcar su huella sobre un piso blando y sinuoso; y por entre aquellas sombras, oscuridad, calma,

árboles y plantas, cruzaba solo, segun hemos dicho, valiente y gentil el duque del Imperio. Cuando se le aproximaba alguno, subia el embozo para esconder el sedoso bigote y la perilla; pero luégo que desaparecia aquél, dejaba al aire el rostro, ansioso de que chocaran en él las frescas auras de la noche que por tanto tiempo cesaron de saludarle, efecto del barniz con que lo cubrió. Gallardo, arrogante y sin temor alguno, atravesó la vega, entrando, por fin, en el bosque que rodeaba la morada de Vignati. Un sendero estrecho y tortuoso le llevó frente al ala derecha del palacio. De pronto se detuvo, y exhalando un suspiro, exclamó:

—Aquí llegué por primera vez, y desde este sitio vi al enamorado é infeliz Vitali rondando á la más hermosa de las mujeres; venía en busca de demonios que hallé, y se me apareció un ángel que no pensé encontrar, y el que ha violentado mi sér más de lo que me era dado imaginar. ¡Qué hermosa es; qué deliciosa; qué inocente y cándida! Sus labios vierten la felicidad; su mirada abrasa; el conjunto enajena, y no hay mortal sobre la tierra capaz de contemplarla y no caer á sus plantas en demanda de amor y de un poco de ventura de la mucha que puede prestar esa mujer. Nací fuerte, es verdad, pero hasta el bronce se quebranta, tritura y desaparece. ¡Oh! sé que no me es imposible triunfar, pero me asusta el sacrificio. Sea el último, que á tanto violentarse no hay alma que resista, no hay corazon que venza.

Y adoptando una idea hija de profunda resignacion, imitó el chirrido del ave nocturna, esperando de este modo la llegada de Ros.

Cinco minutos más tarde oyó pasos, y no tardó en escuchar la voz de su valiente criado, que le decia:

—Bien venido, mi gentil y arrogante señor; con esa mirada, rostro y figura, puede un hombre abrirse paso por entre los corazones femeniles más duros y empedernidos. Bien, señor; pié chico, pantorrilla abultada y redonda, mano torneada y de seda, faz varonil y simpática, ojos que atraen, y... Echad el

embozo, amo mio, que sois capaz hasta de enamorar á Ros, y en verdad que no me haria gracia.

—A tus contínuas bribonadas debias necesariamente unir la ruin y mezquina adulacion.

—En cuanto á las primeras, pase; preciso es que uno tome lo que le dan, si le hace falta; y si eso se califica con el nombre que vos acabais de hacerlo, habré de conformarme con él. Respecto de lo segundo, no es cierto; permitidme rendir culto á la verdad; venís esta noche capaz de seducir á la mujer más enemiga de los encantos masculinos, y por cierto que ignoro la causa; mi señora está en Madrid, y á vos os sobran las demás. Quién pudiera igualarse á tan afortunado señor; con ir detrás recogiendo las brevas que os salen al encuentro y rechazais, tenía bastante un mortal para ser el primer gastrónomo del universo. ¡Qué amo y qué conciencia! ¡Todo sea por Dios!

—Ya ves que escucho con paciencia el cúmulo de disparates que llegan á tus labios.

—¿Disparates, éh? Hombre sin corazon, ¿qué va á ser de esa pobre gacela al veros sin disfraz?

—¡Bribon!

—Ya se conoce que no os ha vestido la segunda persona de Europa en gusto y elegancia; esa pluma debe estar un poco más inclinada á la derecha; estos cordones más cortos; así; el jubon más estirado; corrido el cinto, para que luzca el oro de la empuñadura; la escarcela aquí; bien; ahora sembrad, que no faltará quien coja.

—¿Salió el conde?

—Salió.

—¿Y sus criados?

—Borrachos cási todos; se empeñaron en que les convidase, y entre Siracusa y *lácrima*, y *lácrima* y Siracusa...

—¿No les distes narcótico?

—Me lo habeis prohibido.

—¿Qué hace Angelina?

—Espera á un soldado, y lo aguarda frente al espejo, ar-

reglándose el tocado y contemplando el rio de gracias en que nada su rostro.

—¡Ah! se me olvidaba lo principal.

—Lo mismo me sucede á mí cuando pienso en Eva; ¡aquella manzana!..

—¿Cogiste las llaves?

—Todas.

—¿Cómo te has compuesto?

—¡Bah! descerrajé el armario en que tenía el conde las tres del depósito de agua, y quité al escudero la de la puertecilla que esconde el secreto de la trampa.

—¿No podrán notar nada?

—Tuve tiempo de sobra, y realicé la operacion á conciencia.

—¿Las echarán de ménos?

—Eso me es imposible adivinarlo, pero creo que no.

—Mañana, Ros, triunfaremos, y volverás á mi lado para no separarte más.

—Me alegro, á pesar de lo mucho que pierdo en el cambio.

—¡Bribon, qué dices!

—¡Ay, ese nido de tórtolas!.. A bien que el palacio no está léjos de Nápoles, y vendré á menudo...

—Conmigo únicamente.

—Fiero y terrible señor, ¿qué os hizo este infeliz, soltero y libre, para relegarlo al panteon de los deberes matrimoniales?

—El dia de la expiacion se aproxima ya, y las vas á pagar todas, Ros. Vé delante, y al descorrer la cortina de la cámara de ese ángel anuncias al duque del Imperio, si está sola; á Flaviano simplemente si tiene cerca alguna doncella.

—No comprendo por qué destruís el incógnito ántes del triunfo.

—Para asegurarlo, Ros. Angelina no se parece á su padre, y la confianza que hago de ella esta noche evitará toda imprudencia femenil en los críticos momentos en que nos son más necesarias la reserva y discrecion.

—Declaro por centésima vez que teneis más talento que yo.

—Marcha.

—Seguidme.

Osorio se embozó, y ámbos se encaminaron al palacio. La portería estaba sola, y no léjos de allí, encerrados la mayor parte de los sirvientes y el portero, concluian de apurar las botellas que les habia regalado el supuesto Domingo. Así es que atravesaron ámbos el portal sin ser vistos por nádie; luégo entraron en un pasillo estrecho, subieron la escalera que ya conocemos, y un minuto más tarde descorrió el criado la cortina de la cámara de la jóven.

Se hallaba Angelina sola y frente á un espejo, cuando oyó el ruido y preguntó, sin dejar de mirarse:

—¿Quién es, el soldado Jacobo?

—No, señora,—contestó Ros á media voz;—viene á visitaros mi dueño el poderoso señor duque del Imperio.

La jóven se volvió de pronto, quedando frente á frente del admirable Osorio. Luégo avanzó dos pasos en direccion de aquél, y le alargó la mano, que besó Flaviano, exclamando:

—¡Qué bella sois, qué encantadora!

—Aun cuando adiviné que debajo del barniz se escondia un rostro varonil y perfecto; áun cuando la grosera lana desfiguraba al elegante caballero; áun cuando la fama dice que no tiene rival en el mundo, no lo imaginé tan gallardo y amable.

—Gracias; vuestra hermosura de ángel es ménos sublime que vuestra bondad para conmigo.

—Qué susto me dísteis la noche de la serenata.

—Lo siento, y de haberlo imaginado, Vitali perdonaria á los que le apalearon, y yo no arrancara el sombrero del traidor que me encerró en oscura mazmorra.

—¿Olvidais que es vuestro protegido?

—De suceder así, la bala no romperia el ala del chambergo, sino la frente de su dueño.

—¡Qué puntería tan cierta y segura!

—Dicen eso.

—Sí; pero con seis líneas á un lado ú otro, mi padre muere.

—Como la puntería es tan cierta y segura, segun afirmais, por eso dirigí el cañon, convencido de antiguo de no errar.

—¿Conque mi juramento quedó anulado?

—No; hasta mañana teneis la obligacion de ocultar mi nombre y presencia en Nápoles.

—¿Por qué venís entónces con ese traje?

—Jamás convino á la seguridad de mi persona y á la suerte de mi patria callar tanto el secreto como en los críticos instantes que atravesamos; por esa razon esperé este momento para descubrirme á vos.

—¿Qué os proponeis?

—Daros una prueba de la confianza que me inspirais. Vengo sin cota de malla ni otra defensa que la de mi pobre espada.

—Con esa os basta; dicen que es invencible.

—Tanto ó más debe serlo, respecto del secreto que la he confiado, la hermosísima Angelina.

—Esa, primero dejaria de existir que vender al hombre á quien tanto... estima.

—Deseo más; quiero que veais en peligro á vuestro padre y calleis.

—Callaré.

—Insisto en salvar su vida; pero es indispensable que vos me oyudeis.

—Lo haré. Dadme instrucciones.

—Soy, Angelina, el virey de Nápoles, y mis facultades no tienen límites; os mando, como representante de mi soberano, que obedezcais sumisa mis órdenes; como caballero os aconsejo, os ruego que, puesta de acuerdo con Ros, mi criado, no falteis en nada á lo que os prevengo en este escrito; os lo traigo así para que no podais alegar olvido ni disculpa. Leedlo y dadme vuestra opinion.

La jóven le obedeció, replicando cuando hubo concluido:

—Aplaudo el contenido de este papel, y aunque se me

impone un sacrificio, lo haré gustosa. Quiero salvar á todo trance la vida de mi padre; me dolerá mucho verlo sufrir, pero vos, tan bueno y generoso, lo exigís así, y me inclino ante vuestra voluntad.

—El conde transigirá conmigo, porque soy más rico, más poderoso y más noble que él; pero se negará á hacerlo con Vitali; por eso conviene quebrar su voluntad, humillarlo, y que pida sumiso lo que ignora tiene concedido; así accederá á la pretension de mi pobre Augusto, y al partir yo de Nápoles sereis feliz. La mano que yo beso no debe aprisionarla nunca la desgracia.

—¡Qué bueno sois! Mi padre sucumbirá, bajo el peso de las órdenes que contiene este papel fatal á sus miras, segun vuestro deseo.

—¿Vive el preso que me reemplazó en la mazmorra?

—Sí; todos los dias le llevo alimento y palabras de consuelo, que no necesita; áun cuando es vuestro enemigo, todo lo espera de vos, porque hace justicia á la palabra de su vencedor.

—¿Le aconsejásteis que esta noche variase de sitio una parte de la cantidad de paja que le sirve de lecho?

—Me lo encargó Ros, y lo hice sin conocer la causa; ahora la comprendo perfectamente. ¿Sabeis, señor duque, que el supuesto Domingo es una alhaja inapreciable?

—¿Por qué lo decís?

—Ha enamorado á mis doncellas y camareras, introduciendo entre ellas la anarquía; se lo disputan hasta con amenazas.

—Es su único defecto, Angelina; en lo demás, sólo elogios merece la conducta y lealtad de Ros.

—Cierto, y si su conciencia no fuese tan elástica...

—No tiene ninguna; y es lo peor, que soy yo el culpable; lo eduqué mal, muy mal, y ahora sufro las consecuencias.

—¡Vos! ¿pues no he visto yo que sois un modelo admirable como esposo y caballero?

—Sí; pero ántes de casarme...

—No me extraña; vuestra figura, voz, mirada, y como érais libre...

—Ciertamente; mas tuve que valerme de Ros, es demasiado listo, y se aficionó de un modo...

—Ya lo he visto.

—Le sobran habilidad y destreza...

—Con un maestro tan bueno, el discípulo no podia ser malo ni mediano.

—Es verdad; pero en regresando á Madrid lo caso, y de este modo mataré su aficion.

—Hasta tanto que llegue ese dia, os aconsejo que le vigileis mucho. Há tiempo que me veo obligada á constituirme en guarda perenne de las jóvenes que me sirven.

—Bien hecho.

—Si hubiera bastado; mas es el caso que creo insuficientes mis desvelos y cuidados.

—¡Bribon! Desde mañana será otra cosa.

—Velad tambien por el pobre Vitali; es jóven, y vuestros enemigos capaces de todo.

—Irá á mi lado y le defenderá mi espada.

—¿Os han visto entrar?

—No; creo que vuestros criados se entretienen ahora en apurar botellas.

—Sí, habilidades de Ros, probablemente.

—Era indispensable, Angelina.

—Si os ve salir alguno y llega á noticia de mi padre, ¿qué le digo?

—Que se ha presentado en su palacio un caballero, el cual ocultó su nombre, asegurando que volverá mañana á visitarlo.

—Temo por vos.

—Haceis mal, y eso me prueba la veleidad femenil; unas veces me juzgais invencible; otras, por el contrario, próximo á perecer.

—¡Sois tan temerario en vuestras empresas, ideas y pensamientos!

—Jamás dejé hasta ahora de vencer.

—Es que mi temor se contrae á eso únicamente; es decir, á que llegue la excepcion.

—Y el mio, Angelina, á estar junto á vos, á que me mireis, á que ese aliento puro, embriagador, sublime, penetre el cerebro, trastorne mi razon, ofusque las ideas y me aturda, segun acontece ahora. Hasta mañana, Angelina.

—¿Os vais tan pronto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya os lo he dicho.

—Ignoro la causa; pero yo estoy á vuestro lado tranquila, satisfecha, gozosa de ver á un tan cumplido caballero, y jamás me asalta idea que enturbie mi alegría.

—Lo creo; mas yo, por el contrario, me violento, sufro, y áun cuando quiero quedarme, tengo necesidad de partir.

—Sed mi amigo; hablemos, si gustais, de vuestra esposa; dicen que es bellísima como un ángel.

—¡Pensamiento terrible! Mudemos de conversacion.

—Entónces ocupémonos de la lucha que tendrá lugar mañana en las calles de Nápoles.

—Vos no entendeis de eso.

—Os voy á probar que sí. Sentémonos en este divan.

—¡Todo sea por Dios!

—¿Os hallais mal á mi lado?

—Demasiado bien.

—Me alegro; tambien yo soy dichosa. Decia que los revolucionarios y áun los vuestros van á ser sorprendidos.

—¿De qué modo?

—Oid: me figuro ver las calles cuajadas de paisanos que gritan: «Viva la república!» y de soldados que exclaman: «¡Muera! ¡España y Santiago! ¡A ellos, y que no quede un solo descamisado!» De pronto se percibe el estrépito de muchos

caballos que llegan á galope tendido; unos y otros temen que sean contrarios, y dirigen la vista con avidez, cuando oyen una voz arrogante, la de Zalla, por ejemplo, que grita: «¡Viva el duque del Imperio! ¡Paso al primer general de Europa!» Estas exclamaciones hielan la sangre de unos, entusiasman á los otros, avanzan éstos, se arremolinan aquellos; los españoles, guiados por un caudillo que parece prestarles su aliento y poder, caen sobre sus víctimas como rayo asolador que destruye, inmola y aniquila. Horas más tarde la sangre corre por las plazas como por un arroyo, el suelo aparece cubierto de cadáveres, la revolucion habrá sucumbido y vos logrado un timbre más sobre los muchos que contais.

—Angelina, vuestro relato es por lo ménos verosímil.

—¿Lo creeis así?

—Sin duda alguna.

—Entónces, sed generoso con el pueblo; ignorante siempre, cree defender una idea, cuando sólo le llevan al combate la ambicion y bastardas pasiones de un ciento de miserables.

—Tambien eso es cierto.

—Juzgándolo como yo, no es posible que os ensañeis con esos infelices.

—Estais en un error, suponiendo que me embriaga la lucha ó me ofusca el deseo de sangre y exterminio; durante la pelea me hallo tan tranquilo como ahora, veo las cosas tal como son, y si no fuera así, me hubieran muerto cien veces. En la guerra, á campo abierto, es preciso seguir el ataque hasta que el enemigo huye ó se rinde, y en las revoluciones populares llegamos un poco más allá, imponiéndonos este sangriento deber la necesidad del escarmiento, con el cual nos proponemos únicamente evitar en lo sucesivo mayores desgracias. Reasumiendo os diré, que ninguno de mis hermanos ni yo nos ensañamos jamás; léjos de eso, goza nuestro corazon cuando nos es dado reemplazar la lucha con la caridad, y el acero con la mano bondadosa que levanta á su enemigo, lo perdona y ampara.

—Mañana haced un poco más por mí; yo os lo ruego.

—¡Qué poco teneis del conde Vignati!

—Dicen que me parezco á mi madre. ¡Ojalá y no se equivoquen; aquella era un ángel!

—¡Infeliz, cuánto sufriria al lado de ese!..

—¡Callad la frase por favor!

—Señor,—exclamó Ros asomando la cabeza,—oigo á los criados que concluyen, y es muy expuesto que os vean si tardais en salir.

—Entretenlos cinco minutos; durante ese corto período partiré yo; luégo vuelves aquí, y de acuerdo con Angelina, realizas mi pensamiento, empleando toda tu destreza y discrecion.

—Entiendo.

—No duermas, Ros; huye de las faldas...

—Lo que es por eso, no hay cuidado.

—¡Bribon! ya verás si me descuido ó no.

—Me calumnian, amo mio.

—¿Quién, Angelina ó yo?

—No, señor; las doncellas y camareras de esta casa; los sirvientes, mi general, tienen la lengua expedita, se familiarizan con la mentira, y no les importa desacreditar á un hombre honrado y atento como yo soy.

—Esa cuestion la abordaremos más adelante; comprende hoy lo crítico de las circunstancias por que atravesamos, y no te descuides un momento.

—Nada quedará por hacer; yo os lo aseguro, señor.

—Dame las tres llaves pertenecientes á la entrada del calabozo por el arca de agua.

—Tomad.

—Guarda esa otra que has de usar tú. Marcha.

—Cuánto siento no acompañaros mañana...

—Te necesito aquí.

—Por eso callo, obedezco y me retiro. Dejadme ántes que bese vuestra mano.

—Despacha.

—El cielo defienda la preciosa vida de mi incomparable general.

Y salió Ros con la cabeza inclinada, los ojos húmedos y demostrando gran emocion.

—Imposible parece,—exclamó Osorio,—que un criado tan leal y cariñoso se atreva... Yo tengo la culpa, yo sólo.

—Iba llorando.

—Me ama tanto ó más que á sus padres, y obedece mis órdenes sin vacilar; pero en tratándose de faldas...

—El pobre muchacho se parece al amo, y algun defecto habia de tener, que sólo Dios vino infalible al mundo.

—El mio.

—El amo lo tuvo; hoy es, como dije ántes, un modelo.

—¡Ay! mi trabajo me cuesta. Adios, Angelina.

—Hé aquí, señor, mi mano y mi frente.

—Estrecho la una y beso la otra como pudiera hacerlo un padre.

—Verdad es.

—Mañana vendré acompañado de Vitali.

—Mejor fuera que llegase él solo.

—Acaso no sea posible.

—Velad por él, señor duque.

—Lo haré.

Ambos se miraron fijamente, desapareciendo Osorio embozado como entró y más triste que nunca.

A la vez exhalaban un suspiro, cuya causa era igual; sus almas vinieron al mundo para comprenderse y amar; pero se interpuso la de la duquesa del Imperio, y los dos se resignaron ante el deber que les imponia su destino. El suspiro que á la distancia de cien pasos lanzaron era la última ilusion deshecha y desvanecida.

Nuestro general salió del palacio sin ser visto por ningun criado; entró en el bosque y luégo en el llano, no encontrando á nádie por el camino; las puertas de la ciudad estaban abiertas todavía, y por calles excusadas llegó á su vivienda.

Media hora después se sentaba á la mesa con Vitali, Zalla y restantes jefes que le rodeaban.

—Cenemos, señores,—exclamó;—quién sabe la hora en que mañana nos será dado tomar alimento.

Y todos comieron cuanto les pedia el deseo.

Tres cuartos de hora más tarde se metia en cama el duque, mandando que lo despertasen á las tres de la madrugada. Antes de cerrar los ojos meditó algunos minutos, murmurando luégo:

—Todo lo he previsto; las autoridades de Nápoles pueden secundar mi plan y ayudarme á destruir por completo la revolucion sin que se les ofrezca duda alguna, en vista de las terminantes órdenes que les he dejado por escrito. Sí, tuve en cuenta hasta lo eventual; sólo me resta vencer si la suerte me ayuda. Nada, nada más puedo hacer.

Y se quedó profundamente dormido.

CAPITULO XXX.

Ros y Angelina.—El padre y la hija.—Orgia.—La madrugada del tan deseado domingo.

Es indispensable que nos traslademos de nuevo al palacio Vignati.

Después que salió el entendido general Osorio, quedó Angelina como ensimismada, y dejándose caer sobre el divan donde estuvo sentada junto á aquél, exclamó:

—Todo cuanto escuché sobre el duque era pálido, y áun cuando se acercaba á la verdad, todavía distaba bastante de ella. ¡Qué feliz sería yo al lado de un hombre tan caballero, sábio y valiente! ¡Cuando comparo!.. No hay símil posible; los demás hombres parecen autómatas ó ridículos después de contemplar á Flaviano. ¿Consistirá en que há muchos dias no he visto á Vitali? Yo me enamoré de ese jóven pintor, y ahora le quiero, pero como á un hermano ó como á un amigo. ¿Habrá borrado de mi memoria la fisonomía del duque á la del infortunado Augusto, que por tantos dias hizo latir mi corazon? Veamos; en este secreto tengo su retrato; es una

miniatura perfecta; aquí está. No; esa mirada tan humilde y fria, su rostro barbilampiño, y... Nada, nada; dista de Osorio un mundo. ¡Terrible es amar á un hombre, inspirarle la misma pasion, y sólo poderle dar el nombre de amigo! Destino mio, ¿por qué te ensañas tanto con esta infeliz que no ofendió jamás á sus semejantes? ¿Por qué agitas de ese modo mi corazon? ¿Por qué agolpas lágrimas de fuego á mis infortunados ojos? ¡Es tan bello, tan fino y cortés, tan hidalgo y caballero! ¡Oh; si él hubiera querido, mi honra!.. ¡No; Angelina nunca podria ni áun fijarse en un seductor, en un villano! ¡Qué admirable se presenta ante mí cuando besa mi frente con labio trémulo y oprime mi mano con miedo y respeto! ¡Qué tinte de abnegacion baña su incomparable faz! ¡Qué hombre, Señor; qué hombre tan sublime! ¡Lo mismo que domina á sus enemigos en el campo de batalla, en las calles y donde quiera que se le presentan, se vence á sí propio, mostrándose incomprensible como el héroe, elevado como el sábio! ¡Si ese sér hubiera nacido con perversa intencion, me asusta el número de víctimas que contaria hoy! Eso no obsta para que, noble y generoso, triunfe y sea el dueño de los corazones que llegan á comprenderlo. Yo seré la esposa leal de Vitali, éste se hará dueño mio, pero mi alma pura, resuelta y admiradora de lo más grande que contempló en la tierra, pertenecerá siempre al duque del Imperio, como la de Syra y cuantas otras tocaron el aliento del invencible campeon: guardaré el retrato de Augusto, ¡ay! ¡y que el cielo se apiade de mí!

En el instante que concluia de esconder la miniatura oyó la voz de Ros, que preguntaba:

—¿Puedo entrar?

—Sí. ¿Y mis criados?

—Por ahí andan torciéndose unos y tumbados otros.

—¿Y ellas?

—Algo ménos, pero tambien han bebido.

—¡Qué malo eres, Domingo!

—Ya podeis llamarme Ros.

—Sirves al caballero más gentil que he visto.

—Y habló con la dama más bella que existe en Italia. ¡Vaya una pareja; qué lástima!

—Me sorprendiste agradablemente al anunciar en vez de un soldado al señor duque.

—Tambien mi amo debió quedar admirado al notar que vuestra hermosura aumenta cada dia.

—Ros, en las instrucciones que me ha dejado Osorio no veo escrito el que su criado me galantee.

—Cierto; pero está en la conciencia de todo hombre que os mira y tiene la suerte de poder dirigiros la palabra.

—Entérate de lo que dice ese papel.

El sirviente obedeció, y cuando hubo concluido, se lo devolvió, añadiendo:

—No tendreis queja de mi amo; de ese modo se salvará vuestro padre.

—Sí, pero yo misma tengo...

—Que ayudarme á libertarle la vida.

—Lo haré, que al fin el resultado disculpa los medios. Es preciso que no durmamos esta noche.

—Bueno.

—El conde tardará en venir; después se sentará á la mesa con dos amigos, y ya no se levantará de ella hasta el momento de armarse; cuando haya verificado esto buscaremos un pretexto, si los dos que están á su lado no se marchan ántes, y haremos con él lo que ha prevenido el duque.

Ros y Angelina continuaron hablando respecto del plan de Flaviano, hasta ponerse enteramente de acuerdo, en cuyo instante marchó el uno á la portería, quedando la otra sentada en uno de los divanes de su cámara. Más tarde llamó á sus doncellas é hizo que la sirvieran algunas viandas. Cuando hubo cenado, las mandó retirar, esperando ella el regreso de su padre.

Después de las doce se presentó el conde, acompañado del marqués y de otro indivíduo de la junta; venían, al parecer, sa-

tisfechos; la esperanza brillaba en sus rostros, y nada les hacía temer contratiempo alguno.

Los tres pasaron al estrado. Vignati llamó á su escudero, al cual preguntó:

—¿Y mi hija?

—Os espera en su cámara, señor.

—Haz que inmediatamente se acuesten sus doncellas, camareras y los que no nos han de seguir en la próxima madrugada. Al portero, que pase en vela la noche y que no apague la luz del zaguan ni cierre la puerta; cuando hayas concluido, encargas que nos sirvan la cena; tres cubiertos, ¿lo entiendes?

—Sí, señor.

—Parece que estás algo descompuesto.

—No es nada; bebí un poco, y como no tengo costumbre...

—No abuses.

—Perdonadme, no volveré á hacerlo.

—Sal, y cumple mis órdenes.

El criado obedeció, exclamando el marqués:

—Ese sirviente está borracho, conde.

—Ya he visto que sus piernas se torcian, y áun cuando no es posible dudar de su lealtad, le hubiera mandado castigar si no nos fuera indispensable en la ocasion presente; hoy debemos ser con ellos todo lo tolerantes que la prudencia aconseja. Sentaos, amigos mios; mi hija estará impaciente por mi regreso, y corro á tranquilizarla.

—Sí, marchad, que aquí esperamos.

Momentos después preguntaba el conde á Angelina:

—¿Has cenado?

—Sí, señor.

—¿Por qué no buscaste reposo?

—Me tenía con cuidado vuestra tardanza.

—Ya ves que nada me ha ocurrido.

—Como nunca os retirais tan tarde...

—Esta noche, hija mia, estuve muy ocupado, y aún continuaré el resto de ella y parte del próximo dia; pero en breve

todo habrá concluido, y serás, como te tengo anunciado, la mujer á quien más se respete y admire en Nápoles.

—¿Cuando creeis que ocurrirá eso, padre mio?

—Desde mañana al mediodía en adelante.

—¿No os equivocais, señor?

—Si abrigase la más leve duda, nada te diria.

—¿Por qué no me enterais?..Yo soy reservada y no tengo por otra parte á quién comunicar noticia alguna. Vivo sola, no hablo con nádie de fuera, y únicamente mis doncellas me preguntan ó las pregunto.

—No importa; ya queda muy poco, unas cuantas horas, y espero que los acontecimientos te demuestren lo que deseas. Retírate á descansar, y áun cuando oigas carreras de caballos, voces ó lo que quiera, continúas encerrada en tu alcoba sin hacer caso de nada. Todo lo he previsto, y ningun peligro te amenaza.

—¿Y á vos?

—Tampoco.

—Basta con lo que acabais de decirme para que ya no pueda dormir el resto de la noche.

—Mal hecho; yo te lo mando.

—Es verdad, y yo se lo impondré al sueño; pero estoy segura que no me ha de hacer caso.

—Es preciso, indispensable, y sentiria que me disgustases en tan críticos momentos.

—Señor, cumpliré con mi deber de buena hija, os lo juro solemnemente.

—Eso es, Angelina; cierra estas puertas, busca el lecho y descansa, que al amanecer el nuevo dia vendrá á despertarte el aura de la fortuna.

—Bien, padre mio; id con Dios, y que el ángel de la Guarda vele por vuestra preciosa vida.

Vignati, por una rara excepcion, estrechó á su hija, estampando un beso en su pura y bellísima frente; después se dirigió al estrado, y seguidamente al comedor.

Angelina vió marchar al conde, y limpiándose dos lágrimas que rodaban por sus preciosas mejillas, exclamó:

—¡Insensato, yo salvaré tu vida! ¡Crees que un esfuerzo de los locos que te acompañan bastará á abriros las puertas de la gloria y del poder, sin reparar que el enemigo más hábil, poderoso y fuerte os tiene preparada la fosa donde todos ireis cayendo uno á uno ó cien á cien!

La jóven entornó las puertas de su cámara, y dejando encendida una sola luz, se recostó en el divan, entregada á sus propias ideas, que en verdad ninguna de ellas halagaba las ilusiones ni le ensanchaba el corazon.

Vignati, en medio de sus dos compañeros, cenaba en estos momentos alegremente, diciéndoles:

—Comed y bebed cuanto el apetito os permita, que Dios sabe cuándo volveremos á hacerlo. Mañana será un dia muy ocupado para los buenos napolitanos.

—Teneis razon,—le contestó el marqués;—trabajaremos mucho, y es posible que nuestro amor á la patria ocupe hasta el lugar de los manjares. Muy satisfecho me ha dejado el reconocimiento que concluimos de verificar; jefes, pueblo y *lazaronis* todos se hallan animados del mismo deseo que nosotros.

—Nuestro intento se realizará sin grandes obstáculos.

—Hasta la suerte parece protejernos.

—Tiempo era ya de que el tirano y sus secuaces besaran el polvo de la moderna Grecia.

—Harto mancharon los patíbulos con sangre inocente.

—Si juzga el menguado español que el mundo es patrimonio suyo, pronto recibirá en Nápoles el primer desengaño.

—Si pudiéramos un dia, debiamos arrojarlos al otro lado del Mediterráneo, á la Arabia, de donde descienden la mayor parte.

—Godos, vándalos y árabes, perecerán cuantos hay en las Dos Sicilias; los restantes irán sufriendo la misma suerte luégo que vean los milaneses, flamencos y demás pueblos

oprimidos por el dogal castellano el ejemplo de los hijos del Vesubio.

—¡Juro no volver á probar bocado miéntras aliente uno de ellos en Nápoles!

—Y yo.

—Y yo.

A las dos concluyó la cena, en cuyo instante preguntó el conde á su escudero:

—¿Están corrientes nuestras tres armaduras?

—Sí, señor.

—Lleva luces á la sala de armas, y quedad allí los necesarios para ayudarnos á vestir. Oye: á las tres y media vendrán las escoltas de estos dos caballeros; que esperen en el zaguan; los que componeis la mia aguardais en el patio. Sal.

Marchó el sirviente, añadiendo el conde:

—Ea, señores; el deseado momento se acerca, la ocasion se viene á las manos, y debemos no despreciarla. A las cuatro en punto derribarán nuestros amigos las puertas de la ciudad, y nosotros, los tres jefes principales, divididos en dos grupos, entraremos para ponernos al frente de la revolucion más grande que han presenciado los siglos.

—Corramos á la sala de armas y luégo á Nápoles.

—¡Adelante!

Y los tres, rebosando entusiasmo que llamaban patrio y no era otra cosa que ambicion bastarda y torpe, principiaron á armarse.

El marqués no era cobarde; el otro juntero comenzó á sentir que le flojeaban las piernas, y el conde se hallaba bastante agitado, lo que pretendia disimular atusándose su larga y canosa barba, y dirigiendo al primero, que tenía enfrente, frases que aparentaban un valor muy distante del que las proferia. Su agitacion fué creciendo, segun lo cubrian con un traje de hierro que le cuadraba bastante mal, y queriendo salir pronto de tan angustioso estado, dijo á su escudero, el cual le fijaba en aquel momento las espuelas de oro:

—Abrevia, por Santiago.

—Calma, señor; para morir no debemos tener prisa.

—Abrevia, por Santiago.

—Calma, señor; para morir no debemos tener prisa.

La idea que concluia de expresar el sirviente heló la sangre de su señor; mas hizo un esfuerzo sobre sí, replicando:

—¡Maldito! ¿continúas embriagado? Por cierto que te arrojaré de mi casa si no mejoras tu conducta.

—Señor, no puedo ir más de prisa, ni llegaremos tarde, teniendo en cuenta la hora que es.

—Bien, bien; despacha lo ántes posible para que os quede tiempo á vosotros.

—Ya estais. ¿Pongo el casco?

—No; mete la espada, y marchaos. ¿Oyes? Ya entran las escoltas.

Vignati demostraba una impaciencia hija de la febril agitacion que le molestaba en aquellos instantes; el marqués aparecia sereno, y el tercero, arreglando sus manoplas y corselete, disimulaba en silencio lo que el conde trataba de ocultar con palabras, pero ya no se podia retroceder; el guante estaba arrojado, y era preciso montar á caballo, y al frente de las masas conquistar en la extensa y ancha calle de Toledo el poder y riquezas por que suspiraban há tanto tiempo. Dos de ellos de buena gana cederian su botin en estos instantes por el sosiego y la tranquilidad del inocente; mas no encontraron medio de efectuar el cambio, y se dispusieron á la pelea, resueltos á arrancar un triunfo que creian seguro poco há y del que dudaban ahora.

Cinco minutos después gritó un criado del conde:

—Señor, las cuatro ménos cuarto y todos están dispuestos.

—Venid tres,—replicó el conde palideciendo,—y ponednos los cascos.

Así lo hicieron, añadiendo Vignati:

—Un abrazo, amigos mios, y adelantaos por la parte del Este, miéntras yo penetro por el Oeste, dando principio á nuestra terrible y sangrienta mision.

Los tres se estrecharon, exclamando á la vez:

—¡Viva la república! ¡Viva Nápoles! ¡Mueran los españoles y cuantos los defienden!

La voz del marqués salió arrogante, sonora; las del conde y el otro revolucionario huecas y balbucientes.

Vignati añadió:

—Vosotros dos por esa puerta, yo por esta otra. ¡A vencer ó á morir!

—¡A morir ó á vencer!

Aquellos salieron por la principal, y el conde iba á hacerlo por otra más pequeña, que conducia á la escalera que daba al patio, cuando le contuvo su hija, que le dijo poniéndose delante:

—¡Deteneos, padre mio!

—¡Maldicion! ¡Marcha á tu alcoba, miserable!

Y la empujó para abrirse paso; pero Angelina se cogió á una de sus manos, replicando:

—Estais conspirando, vais á perecer, y yo quiero evitarlo.

—¡Insensata; morirás como tu madre!

—¡No importa, con tal de ser buena hija y cumplir con mi deber!

—¡Suelta!

—No.

—¡Te voy á matar!

—Hacedlo.

—¿Sabes lo que es morir?

—Lo ignoro, pero comprendo el hastío de la vida.

—¿Qué te propones, mísera mujer?

—Impediros que salgais.

—¿Oyes? Parten mis amigos, y de no hacerlo yo, me quitarán el poder y la fortuna, dejándome sólo la deshonra.

—Todos ellos besarán la tierra en el momento que entren en Nápoles.

—¡Mientes! Suelta, y basta de sandeces.

—Me habeis herido las dos manos con vuestra armadura, y se agotaron mis fuerzas físicas, pero me queda la inteligencia, y con ella os defenderé. Deteneos, señor, sabed que os

espera frente á la puerta de Nápoles el poderoso duque del Imperio.

Estas frases acabaron de helar la sangre del conde. El marqués, compañero y séquito, partian en este momento, y el estrépito de las armas, relinchos y carreras de caballos contuvieron tambien al conde, que preguntó á su hija, azorado y convulso:

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo sabes tú?

—Lo he visto; hablé con él, padre mio.

—¿Estás segura?

—Os lo juro por el alma de mi madre, por el Dios que nos oye.

—Tú nunca has mentido; pero ya es tarde; retroceder es la deshonra, el suicidio; prefiero la muerte á la cobardía de quedarme aquí.

—Padre, deteneos, por favor; recordad lo que puede la espada de ese *invencible*; sabed que ha descubierto vuestra conspiracion; que tiene la lista con los nombres de todos los conjurados; que las cacerías del gobernador é indiferencia de las autoridades eran una red, y por último, la tropa que salió ayer de Nápoles no fué á relevar destacamento alguno, sino á tomar todos los caminos de Nápoles para evitar que escape uno solo de los revolucionarios.

—¡Maldicion! Tú me engañas, ó eres la cómplice de mis enemigos.

—Acabo de saber todo eso por un hombre que me ama y que no puede engañarme.

—¿Vitali?

—U otro que vale más.

—¡No; ese pintor, que el demonio confunda! Mas lo que no me explico es la presencia del duque del Imperio; tú debes estár equivocada; dame una prueba, ó te mato.

—¿Recordais, señor, aquel soldado que hallásteis en el jardin hablando conmigo?

—Sí.

—Pues ese era el duque del Imperio.

—Una prueba, que esa no lo es.

—¿No escuchásteis aquella noche su magnífica voz de tenor que tiene fama en el mundo?

—¿No cantó Vitali?

—Augusto es un becerro comparado con Flaviano de Osorio.

—¡Ah, infame! ¿Por qué callaste hasta ahora?

—Por salvaros, padre mio. Oísteis, como yo, que el duque es alto, de fisonomía perfecta, ojos negros y rasgados, mirada imponente y altiva, ¿recordais haber visto eso mismo en el barnizado incógnito que se os presentó?

—Sí.

—¿No os dijeron, como á mí, que se disfraza, descompone é imita lo que quiere de un modo admirable?

—Tambien es verdad.

—Era el duque, señor; os lo he jurado, y sabed que jamás falté á la verdad.

—Oye, Angelina; entónces era tambien el maldecido duque el mismo que habló contigo una mañana, que besó tu mano y que te requeria de amores, por lo cual te reprendí duramente.

—Sí, señor, él era.

—¡Pues bien, nos hemos salvado, y triunfará la revolucion!

—¿Por qué?

—A aquel villano le tendí yo una emboscada más diestra que la suya, lo vencí, y ha muerto.

—Vive, como vos y como yo, y mata como él tiene de costumbre, que es lo peor, padre mio.

—No; no vive; me consta á mí que pereció, y ahora que le conozco soy el más feliz de los hombres. ¡Qué gloria la mia haber confundido á ese invencible, al enemigo implacable del género humano! ¡Hoy triunfaremos!

—Os repito, señor, que respira, que se mueve.

—No; el hambre y la sed agotaron sus fuerzas; luégo lo

postraron, y por último, fueron cerrándose sus ojos hasta que exhaló el postrer suspiro. ¡Já já, já! ¿Oyes? son las campanas de la ciudad que tocan á rebato; empezó la revolucion; corro á Nápoles, que ya nada temo. ¡Vasallos, á morir ó vencer!

El conde empujó á su hija, pero á la mitad del pasillo le detuvo un guerrero, cubierta su faz con la celada del casco, el cual, imitando la voz del escudero de Vignati, le dijo:

—Señor, en el cuarto de la trampa se siente ruido, me asomé, y vi que el entarimado se movia; lo están forzando.

—¡Cómo! ¡Quién! Eso es imposible.

—Os repito que lo he visto y escuché; acaso se os olvidaria dejar en libertad al prisionero, y segun mis noticias, vuestra hija le ha llevado alimento y agua por el panteon. Vedla, que os diga si miento.

—Es cierto, padre mio; me dió lástima...

—¡Maldicion! ¡Hoy morirá esa menguada! Tambien le habrá facilitado alguna escalera, y quién sabe. Corramos y aseguremos la trampa; nuestra vida y porvenir dependen de que ese hombre no se escape. ¡Vasallos, á mí! ¡Desnudad los aceros, y subid al momento! ¡Volad, volad!

El conde delante, el guerrero detrás y Angelina en pos se precipitaron hácia el cuarto de la trampa, cuya puerta estaba entornada. Vignati llegó el primero, asomando la cabeza con recelo; mas no viendo á nádie, penetró en la terrible habitacion sin dejar de gritar:

—¡Vasallos, á mí! ¡volad, volad!

En el mismo instante el guerrero, que era el entendido y valiente Ros, hizo un esfuerzo sobre el resorte, cedió éste, y el conde se hundió del mismo modo que doce dias ántes el duque del Imperio.

El criado de Osorio gritó á la vez:

—Ahí va ese compañero; ya puedes hablar, representante del embajador.

La trampa subió de nuevo, guardando su nivel el entarimado, y las voces del conde pidiendo auxilio, como igualmente

la de Ros, cesaron de oirse, reemplazando el silencio á los gritos que há poco se oian en el misterioso cuarto.

En este instante llegó Angelina, que corria ménos é iba lastimada por los golpes que recibió, y con voz trémula y ronca, preguntó al sirviente:

—¿Y mi padre?

—Se coló. Quien á hierro mata á hierro muere. ¿Dudais? Vedlo.

—Es verdad; cierra esa puerta y el ventanillo donde está el resorte. ¡Abrevia, que ya llegan los criados del conde!

—Descuidad, llevo envueltas en este pañuelo dos pistolas, y con ellas y la espada sobran para esos gallinas.

—No, Ros; lo que resta me corresponde á mí, como dueña del palacio. Guarda las llaves, y sígueme.

Y la jóven avanzó hasta encontrar al escudero y demás sirvientes que corrian hácia allí, acero en mano, en busca del conde.

—¡Alto!—gritó la jóven.

Aquellos se detuvieron frente á ella, preguntando:

—¿Dónde está mi señor? ¿Qué peligro le amenaza?

—Ya ninguno,—contestó Angelina con altivez;—esconded las armas; arrojad ese traje de guerra, y convertíos en lo único que sois, en sirvientes.

—Sin que el señor conde nos lo mande es imposible.

—¡Miserables! ¡Ay del que ose desobedecerme! ¿Soy por ventura una intrusa en este palacio, ó me interesa ménos que á vosotros la suerte de mi padre?

—Señora, nuestro amo nos ha mandado seguirle con estas armaduras, y de no obedecerle, podia disponer nuestra desgracia.

—Ya es inútil ese aparato; mi padre fué engañado por alguno de sus amigos, é intentaba, acompañado de vosotros, partir á Nápoles, donde ahora estalla una espantosa revolucion, que aniquilará en breve el poderoso duque del Imperio.

—¡El *invencible!*

Exclamaron los sirvientes aterrados.

—Sí; ahí teneis á su criado, al valiente Ros, que pasaba por primo del portero y acaba de convencer al conde del error en que estaba. ¿Oís ese ruido de campanas, esas descargas de artillería? Es España que triunfa.

—Mi patria, sí,—exclamó Ros, alzándose la visera y enseñando las pistolas á los criados del conde.—¡Viva España!—añadió.—¡Ay del miserable que no incline la cerviz ante el leon de Castilla! ¡Obedeced á la hija del conde, ó disparo!

Y montó las pistolas, resuelto á cumplir su palabra.

—Marchad,—añadió Angelina,—y tú baja esas armas, que aquí mando yo sola. Cerrad las puertas del palacio; quitaos esos trajes; llevad los caballos á la cuadra, y ocultad hasta la idea de ese aparato guerrero. Somos súbditos de España; pronto se alzarán cien patíbulos contra los traidores, y el que me desoiga, morirá en ellos.

—Nosotros,—dijeron los sirvientes,—acatamos vuestra órden y el poder de S. M. el rey Don Felipe II.

Y todos ellos fueron desapareciendo, aturdidos, confusos y decididos á cumplimentar cuanto la jóven dispuso.

Solos ya Ros y Angelina, preguntó la segunda al primero:

—¿Se habrá lastimado mi padre al caer?

—Lo creo difícil yendo forrado de acero; pero en caso de verter alguna sangre, podrá mezclarse con la que dejó allí mi señor; lo cual es una honra para él, que no merecia.

—Ya veo, Ros, que él hizo lo mismo con el duque, y no tiene derecho alguno á quejarse. Salvamos su vida, que es lo principal, y no ha sido poco conseguir.

—¿Oís, Angelina? cesaron de tocar las campanas, pero menudean las descargas; y á ese fuego que enciende mi sangre y me entusiasma, seguirá la victoria. ¡Oh, con qué gusto montaria en un caballo de esos que llevan á la cuadra, y á escape tendido cruzaria por entre las masas de sublevados, hiriendo y matando, hasta juntarme con mi señor!

—¡Insensato! ¡tú solo!..

—Yo solo, sí; lanza enristre, las estrellas sobre los ijares del caballo, el alma en Dios, y la vista sobre el enemigo, me convertiria como otras veces en un torrente asolador, que saltando las vallas nada sería dable que detuviera mi paso. ¿Escuchais? ¡Viva España! ¡Viva el duque del Imperio! ¡Mueran los conjurados, los traidores, los vampiros de Nápoles! ¡Así gritan ya los grandes, los caballeros y los soldados, y acorralado, cobarde y aturdido su enemigo, cae, sucumbe á los golpes estridentes del hacha, la pica y la espada! ¡Y yo me encuentro contemplando una mujer, miéntras arde mi sangre, estallan mis venas y revienta el corazon! ¡Paso! Me voy á Nápoles. Si sigo aquí más tiempo me mata la impaciencia.

—¡Detente! Tu amo quiere que estés á mi lado, que me defiendas, y guardes la prision del más poderoso de sus enemigos.

—Verdad es; pero ¿no os compadece mi estado?

—No; lo que me das es miedo; tiemblas de ira; tus ojos despiden fuego; pareces un demonio, Ros, y no es noble ni generoso asustar de ese modo á una dama.

—Teneis razon; mas ¿no escuchais el estampido del cañon?

—No; lo que oigo es la voz de tu amo, que te impone lo contrario de lo que haces; lo que veo es un criado desleal al duque del Imperio, y á una infeliz á quien pretende abandonar en tan críticas circunstancias.

—Cedo. ¡Maldicion! cedo. Si al ménos esos cobardes os hubieran desobedecido, habria muerto á seis ú ocho, y con eso puede que lograra tranquilizarme.

—¿Qué te han hecho mis pobres sirvientes?

—¡Intentaban correr en pos de su amo para sorprender á su enemigo y herirlo por la espalda, y como aquellos son españoles, compatriotas mios, compañeros de armas, y éstos una ruin canalla!..

—Basta, Ros; cesa de atormentarme ó marcha, que yo me constituiré en carcelera de mi padre.

—Os he dicho que cedo. ¡Voto al demonio!.. Vamos, cedo. ¿Qué hago?

—¿Podrá alguno sospechar dónde está el conde y abrir la trampa?

—Dificilillo es, que he reconocido las cerraduras, y están hechas á conciencia. Sin embargo, por lo que pueda ocurrir, vamos allá y las cegaremos.

—¿De qué modo?

—Venid y lo vereis.

Ambos llegaron al pié del cuarto fatal, y Ros fué llenando la cerradura de pedacitos de ladrillo que arrancaba del suelo con la punta de su daga. Cuando hubo concluido, exclamó:

—Ya están; ahora se necesita mucho tiempo para abrirlas con sus propias llaves, y no teniéndolas, es imposible, á no ocurrírseles romper la puerta ó ese ventanillo de hierro, con lo cual harian el ruido suficiente para que yo lo oyese, y viniera á ayudarles con mis pistolas. Esos cañonazos, ¡voto á cuatro mil regiones!..

—¡Qué hombre, Señor, qué hombre! Ros, en nombre de tu amo, te mando por última vez que obedezcas su órden.

—Está bien. ¿Qué quereis?

—¿Oyes? Mis doncellas preguntan por mí. Baja por aquella escalera á la portería, y quítate ese traje, con el cual engañastes á mi padre, y que ya para nada lo necesitas. Luégo ponte el tuyo, di á todos quién eres, y sube á mi cámara.

—¡Qué efecto va á causar la noticia en vuestras sirvientas!

—¿No lo sabe ninguna?

—Como vos no se lo hayais dicho, lo que es yo estimo más la vida de mi amo que á todas las mujeres del universo.

—Ros, entónces vale más que lo calles.

—No puede ser; ha amanecido, y me previno el duque que al salir el sol cesaba nuestro incógnito. Además se lo dijísteis á vuestros criados, y la noticia correrá ya de boca en boca. Os obedezco, señora; voy á quitarme el acero, lavaré mi piel, porque tambien yo estoy algo barnizado; dejaré á mis calzas, gregüescos y ropilla que descubran la forma escondida hasta

aquí con ese maldecido tabardo, y ya que no me sea dable cazar napolitanos, echaré el anzuelo á sus paisanas.

—Vés; en tanto yo cerraré la boca de los peces.

—¡Lo creo, cancerbero del... de este delicioso paraíso! Os pareceis á mi amo como un tirano á otro.

—Tengo ensangrentadas las manos, y hace más de una hora que estoy de pié.

—Esperadme en vuestra cámara, que no tardaré en subir, ni es preciso que tomeis determinacion alguna: desde hoy me enmendaré.

—Por si acaso viviré prevenida. Te aguardo.

Y desapareció la jóven.

Ros quedó parado y pensativo, concluyendo por exclamar:

—Finalizan las instrucciones de mi amo, encargándonos á Angelina y á mí que nádie se acerque al conde hasta que él venga. Por la trampa ninguno puede entrar, toda vez que tengo yo la llave; las del arca de agua se las guardó el duque, y por allí tampoco es dable comunicarse con él; pero queda la del panteon, sitio á propósito para ofrecerle alimento, hablarle, y áun cuando esa dama imita hoy á una heroina, al fin es hija, y bueno será evitar la ocasion en que un ataque de amor filial la lleve á las tumbas; á la vez realizaré lo demás que ha mandado mi señor. ¡Cómo menudean las descargas! ¡Fuego sobre esos malditos! ¡Mi amo no es el príncipe de Italia, y estoy seguro que terminará la funcion por completo! ¡Qué contento estaria yo á su lado! ¡Así, así, bala rasa y metralla! Ya que otra cosa no me es dado, me constituiré en gobernador de esta fortaleza que tomé al enemigo por asalto, pondré á raya á mis prisioneros y prisioneras, y al que no ande derecho, le aplicaré todo el rigor de la ley.

El impaciente y valeroso criado hizo que lo desarmara el portero, cambiando el traje de guerra por el que usaba en los palacios de su general. Cuando hubo concluido, fijó la espada y dos pistolas al cinto, recorrió toda la casa, y satisfecho de sus observaciones, penetró en la cámara de Angelina. Desde el

mayordomo al suizo y desde la dueña á la última camarera, todos, confusos y aturdidos, le miraban con asombro, comprendian los engaños de que fueron víctimas, admirando á la vez la sagacidad y destreza que habia patentizado en los muchos dias que vivió entre ellos.

El supuesto primo le decia, segun lo iba desarmando:

—¡Qué conflicto! me van á dar de palos.

—¿Por qué?

—¡Ahí es nada! En vez de suizo eres español y criado del señor duque del Imperio.

—Por eso el que toque á la ropa de mi primo le cortaré yo la mano.

—¡Si no me defiendes, pobre de mí!

—Abrevia.

—Me despedirán.

—No lo creas. Despacha.

—Ya estás. Intercede por mí.

—Nada temas. Adios.

Y se dirigió á la escalera principal.

CAPITULO XXXI.

El arma se vuelve contra su autor.—Pánico de Vignati.—Los dos compañeros de infortunio.

Es preciso retroceder un poco.

—¡Que me hundo! ¡que me hundo! ¡Ay!..

Estas fueron las únicas frases que exhaló el conde Vignati al sufrir las consecuencias de caer en una trampa hábilmente dispuesta por él. La pavura que atrajo á su sér, la proximidad de la revolucion, el miedo consiguiente que fomentaron las palabras de su hija, y la idea, en fin, de que caia en una mazmorra donde se hallaba el duque del Imperio, acabaron de trastornar su cerebro, privándole de la razon. Su miedo le hizo más daño que el golpe recibido, pues tuvo la suerte de caer de pié, y áun cuando chocó su brazo derecho con el muro, le evitó la armadura que le lastimase el golpe, y la paja que lo recibió el que se quebrara una pierna. Quedó, pues, tendido el aristocrático señor cuan largo era, perdido el conocimiento, y sin un átomo de valor.

El representante del embajador de Inglaterra, por consejo que le dió dias atrás Angelina, dormia en otra porcion de paja

que segregó de la que existia debajo de la trampa. Al estrépito que hizo el resorte, abrió los ojos, sentándose sobre su duro lecho; tenía descorrida la cortina del panteon, y á los pálidos reflejos de la luz que ardia en aquél, vió caer un guerrero, no acertando á comprender la manera con que habia sido arrojado allí. En el acto se puso su tabardo y corrió junto á su compañero; pero notando que estaba privado de conocimiento, miró hácia arriba, exclamando:

—¿Qué es esto? ¿Por dónde cayó el desgraciado que yace ahí? No veo abertura alguna ni comprendo nada de cuanto acabo de presenciar. Sentí el ruido que producia un hierro; luégo el choque de madera que se unia á otra; vi luz, y todo desapareció como por encanto. Sólo se explica esto calculando que en el techo exista una puerta movida por algun resorte. Sea lo que quiera; cuento con un compañero, y puedo hablar, segun expresó la voz que escuché ántes, lo que está de conformidad con las prescripciones que me hizo el duque del Imperio. Sepamos ante todo si puedo volver á la vida á ese infortunado y quién es.

Y lo llamó, moviendo después sus brazos.

—No me contesta. ¿Estará muerto? El caia vivo, siendo así que le oí pronunciar algunas frases; pero ese techo está muy alto, y ha podido muy bien matarse.

Y palpó su rostro, añadiendo:

—Respira. Bien; perdió sólo la razon. ¡Hola! lleva espada y daga; éstas le estorban, y quién sabe si á mí podrán hacerme falta; se las quito, y las dejo como por casualidad en aquel rincon donde no llegan los reflejos de la luz. Ahora el casco. ¡Caramba cómo pesa! Baña su frente un sudor frio. Veamos. Tiene canosos los cabellos y la barba; representa más de cincuenta años y es alto, fornido...

Seguidamente le quitó las manoplas, tomándole el pulso.

—Vive; vaya si vive. Y no veo sangre ni encuentro nada que indique la causa de la conmocion cerebral que parece sufrir. Le echaré agua, que ésta no puede perjudicarle.

Y cogiendo una de las botellas que le llevaba diariamente Angelina, roció el rostro de Vignati, fijándole su mano mojada sobre la frente.

—Ya respira más fuerte. ¡Qué pálido está! ¡Parece un cadáver! Suspira. Más agua: puesto que el remedio va surtiendo efecto, no conviene economizarlo.

Cinco minutos después abrió el conde los ojos, exhaló un ay lastimero, é incorporándose sobre la paja, añadió:

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de mí?

Luégo se restregó los ojos, y fijándose en el panteon, cuya reja tenía enfrente, prosiguió:

—¡Las tumbas de mis antepasados! ¡La trampa! ¡La mazmorra! ¡Ah!.. ¿Y el duque?

A su derecha se hallaba de pié y con los brazos cruzados el enviado del embajador; Vignati reparó en él, y creyendo que era Osorio, le dijo:

—Juzgué que os habian dejado libre. ¡No me mateis! Esconded esas pistolas, y yo os daré cuantas satisfacciones querais. Fuí engañado, señor duque; esos canallas me obligaron á que os encerrase aquí, y ya veis lo que han hecho conmigo después. Porque han de haber sido ellos, sí; de lo contrario, estariais vos en libertad triunfando de vuestros enemigos.

—¿Por quién me tomais?

Le preguntó sorprendido su compañero, sin acertar á comprender si deliraba ó eran hijas de un error las frases que le dirigia.

—¿No sois el señor duque del Imperio?

—No, señor. ¿Cómo os llamais?

—¿Me desconoceis? Soy el conde Vignati.

—¡Vos!

—Sí; ¿de qué os admirais?

—¡El presidente de la junta revolucionaria! No os he visto nunca, pero debia entenderme con vos.

—¿Por qué disimulais de ese modo? Unámonos, y declaremos guerra eterna á nuestros carceleros.

—¿Estais loco, señor conde? Buena lucha podrá haber entre los que están al aire libre y disponen de toda clase de recursos, y nosotros, pobres prisioneros, encerrados en una mazmorra.

—¡Pero vos teneis dos pistolas, mi hija os ama, á mí tambien, y cuando salgamos!.. Ella nos salvará.

—Señor, yo no entiendo una palabra de lo que decís, y os advierto que he dejado para siempre de servir á conspiradores. Si logro la libertad, que me ha ofrecido el que nunca mintió, juro aplaudir y áun defender á Felipe II miéntras viva.

—Ya lo creo; como lo habeis hecho siempre. Yo tambien; desde ahora me declaro su partidario más decidido. ¿Oís esas descargas de artillería? Es que triunfan los vuestros, porque los otros no contaban con cañones.

—¿Ese ruido lo causan disparos?

—Sí; hoy ha estallado la revolucion. Ya se ve, como estais aquí doce dias, lo ignorais todo. Pues sabed que fueron descubiertos los conjurados, y á mi juicio sufren ya las consecuencias de su funesto error.

—Señor, que estais delirando. ¿Con quién me confundís?

—Es inútil que me lo oculteis; lo sé; me lo ha dicho mi hija.

—Yo no conozco á esa dama... ¡Como no sea la que baja todos los dias á traerme agua y alimento!

—La misma; Angelina, que tanto os quiere. ¿Me ayudais á ponerme en pié?

—Con mucho gusto. Dadme vuestras manos.

—¡Qué doloridas siento las piernas! ¡apénas puedo tenerme en pié! Pero, ¿qué miro? ¡Acercaos conmigo á la reja! ¡llevais el mismo traje, mas esas facciones, vuestro cútis blanco, la mirada fria y lánguida! Vos no sois el soldado que yo encerré aquí, y por consiguiente tampoco el duque del Imperio.

—Os lo estoy diciendo hace media hora; soy el prisionero del señor duque.

—¿Cuánto tiempo hace que os encerraron?

—Once dias.

—¿Quiénes?

—El maestre Zalla, el marino Roch, el señor duque y su criado; no vi á nádie más.

—¿Por dónde os trajeron?

—Lo ignoro; vine con los ojos vendados.

—¿Dónde estábais ántes?

—En las prisiones del gobernador con mis cinco compañeros restantes.

—¿Os dejaron caer por una trampa, ó bajásteis por escalera?

—Del último modo.

—¿Quién sois, y quiénes esos cinco de que me hablásteis ántes?

—No sé si debo decíroslo.

—¿A qué callarlo, si no es posible hallarse más perdidos de lo que estamos? ¡Oh! todo lo empiezo á comprender, y ya creo distinguir el sello de la destreza de un hombre que no tiene parecido en el mundo. Ganó á mi hija, á mi escudero, probablemente á todos mis criados, y veo que es imposible luchar con ese sér privilegiado que une á su genio una suerte loca.

—¿Os referís al duque del Imperio?

—Sí.

—Tarde lo hemos sabido.

—Verdad es; esta mazmorra lo prueba de un modo harto terrible. ¿Quereis contestar á las preguntas que os hice ántes?

—¿Sois efectivamente el conde Vignati?

—Os lo juro por el alma de mi padre.

—¿Vuestra hija es jóven, hermosa, de rostro afable y bondadoso y baja al panteon con un capuchon árabe, bordado de oro?

—Sí; esa es mi Angelina.

—¿Por qué os han preso?

—Me gusta la pregunta. ¿No oís cómo retumban los cañonazos?

—Así parece.

—Esta mañana estalló la revolucion, y para confundirla y aniquilarla empezaron por prender á su jefe principal, que soy yo.

—¿Os sorprendieron?

—No; los de Osorio son más diestros que todo eso. Iba á partir, me detuvo mi hija, luégo apareció un armado cubierto desde los piés á la cabeza, al cual tomé por un sirviente mio, é inventando un acontecimiento que yo debia temer mucho, me hizo caer en esa trampa que mandé construir para otros. Tan bien preparado estuvo el enredo, tan hábilmente dirigido, que el mismo Salomon habria representado, á su pesar, el papel de víctima que yo hago.

—Creo que no perdísteis nada con que os impidieran ir á Nápoles; la lanza del duque y las picas de sus soldados son peores que este calabozo.

—Ya se me ha ocurrido esa idea, y si después de la mazmorra no me ofrecen un patíbulo, ganaré con esta prision. Vuestra historia, que creo adivinar, podrá abrirme un camino más claro; ¿teneis reparo en contármela?

—Ya, ninguno.

—Pues abreviad, que me interesa más de lo que pensais.

—Salí de Madrid, acompañado de cinco hombres, llevando el encargo de adelantarme al duque del Imperio, y áun el de matarlo si hallaba ocasion. Me mandaba el embajador de Inglaterra, y debia daros noticias muy importantes para el logro de vuestros deseos. Mis compañeros y yo empezamos perfectamente; les quitamos la comida y caballos que les tenía preparados el príncipe de Italia; pero bien pronto se apercibió de la intriga el duque, y cuando los juzgábamos veinte leguas atrás, los vimos que, espada en mano, estaban ya sobre nosotros. Gracias á la oscuridad de la noche, á la espesura de un bosque y á que llevábamos los potros descansados, pudimos escapar, que de no ser así, hubiéramos muerto los seis.

—¿Cuántos eran ellos?

—El mismo número.

—Entónces con hacerles frente...

—Muy valiente sois, señor conde; pero así y todo, necesita el duque del Imperio para él solo muchos como vos.

—Proseguid, que me va gustando el relato.

—Llegamos á Alicante después que ellos, y no hallando otro buque disponible que la galera *Trinidad*, entramos en ella unos por un lado y otros por otro. ¡Qué intenciones abrigábamos! Pero, amigo mio, el duque adivina; se nos adelantaron, y desde nuestro camarote, situados sobre cubierta, fuimos á parar á la bodega del barco, donde, atados y entre brea, hicimos una travesía deliciosa. Nos cogieron cuanto llevábamos en ropa, dinero y documentos.

—¡Maldicion! Con esos últimos se me presentó fingiendo que érais vos, lo creí, y nos ha perdido á todos.

—No me extraña; segun he sabido después los abordó cerca de Córcega un navío inglés, y con esos mismos documentos y su genio obligaron al capitan á que los dejase seguir adelante.

—¡Voto á cuatro mil regiones de demonios! Ese hermosísimo buque de guerra era uno de los que debian apoyar hoy desde el puerto la revolucion que estalló.

—¿Sí? Pues tened entendido que más tarde lo echó á pique Osorio, hundiéndose en el abismo cuantos iban en él.

—Descubierto ya, se reuniria la escuadra española...

—¡Cá! no lo creais; con sólo la galera *Trinidad* y diez cañones ocultos en sus cámaras.

—¡Ese hombre es el mismo Lucifer!

—Hablad más bajo, conde; notad que vuestra garganta empieza á oler á cordeles.

—No me lo digais; sólo la idea me horroriza.

—Pues estais muy expuesto.

—¡Ay! ya lo sé; si no se apiada de mí... pero no; mi hija...

—Cierto; recuerdo ahora que cuando me traian aquí Zalla y Roch, hablaban de ella, de que su general le tenía mucha aficion, que su defecto eran las mujeres, que la niña era muy

bonita... Puede, puede que eso os salve; mas á tanta costa, que yo...

—Hombre, si uno pierde la vida, ¿para qué quiere lo demás?

—¡Bien pensado! Lo que es el honor...

—Proseguid; ese ente moral cada uno lo comprende á su manera.

—Ya poco resta. Llegamos á Nápoles; nos encerraron á los seis en las prisiones de la ciudad, donde permanecí hasta hace once dias que me trajeron aquí sin decirme por qué.

—Yo os lo explicaré. Creyendo que el duque érais vos, lo encerré en esta mazmorra, valiéndome de esa trampa; y para que no le echase de ménos, mandaria al recobrar su libertad que os trajesen á vos.

—Os advierto que estaba él aquí cuando yo vine; por cierto que me regaló este tabardo y sombrero.

—Eso confirma mi suposicion.

—¿Qué os hice para que prendiéseis al duque pensando que era yo?

—Vos, nada; pero él, á nombre vuestro, mucho.

—Más vale así; de todos modos hubiera triunfado, y si nos coge en las calles, da fin de nosotros.

—¡Qué partido sacó de vuestros documentos! ¿Por qué no os los comísteis?

—No nos dió tiempo ni para movernos.

—Continúan las descargas. ¡Pobre marqués y restantes amigos mios! ¡Yo ya iba de mala gana, pues parecia indicarme el corazon que saldriamos mal; desde la noche de la serenata!.. ¿Oís? Cada momento menudean más los cañonazos.

—¿Nos traerá vuestra hija comida?

—Me temo que no; ya en poder del duque, y sabiendo éste que yo quise matarle de hambre y sed, probablemente ayunaremos hoy, y sabe Dios cuánto tiempo.

—Entónces, con vuestro permiso, voy á recoger unos objetos que he dejado en este rincon.

—¿Qué haceis?

—Pronto soy con vos.

Minutos después se incorporó nuevamente con él, añadiendo:

—He guardado en los grandes bolsillos de mi tabardo el agua y alimento que me sobraron ayer: unos cuantos mendrugos y dos pedazos de carne; lo suficiente para uno.

—Ya me dareis, si no nos bajan nada.

—No; el que vos sentenciáseis al duque á morir de hambre, no es motivo para que yo perezca de lo mismo.

—¿Seríais tan cruel que me negáseis una pequeña parte?

—Os he dicho que no hay más que para uno.

—Entre buenos compañeros se divide lo que se tiene.

—No; cada uno come lo suyo, y negocio concluido.

—¿Y el que nada posee?

—Ese ayuna.

—¿No lo debeis á mi hija?

—Ignoro quién es; yo lo recibo como mandado por mi carcelero.

—Es mio eso que guardais.

—Vuestro ó no, me lo cómo yo solo.

—Tengo sed.

—Reemplazadla con paciencia.

—Es que estais indefenso, y con mi espada...

—¿Dónde se halla?

—¡Maldicion! ¿Me la habeis robado?

—No; cuando caísteis comprendí que os podia lastimar la empuñadura, y os la quité en union de la daga. Luégo, visto que sería posible intentáseis apoderaros de lo que me pertenece, me las fijé en el cinto para defenderme de vos.

—Sois hombre precavido.

—Es indispensable obrar á lo Osorio; de lo contrario se pasa muy mal.

—Bueno; por eso no cuestionemos; quedaos con ellas, que así y todo partiré con vos mi comida si es que me la bajan.

—Gracias; por hoy tengo bastante con las sobras de ayer.

—Quién sabe si todavía podremos no sólo recobrar la libertad sino algo más.

—¿A qué os referís?

—Ya al aire libre, acaso, acaso encontremos los medios de vengarnos; la humillacion y castigo que sufrimos son horribles.

—Me doy por satisfecho con que no me maten.

—Yo tambien por el pronto; mas luégo...

—¿Luégo qué?

—Si vos me ayudais y el duque se descuida...

—En cuanto lo vea ó á alguno de los suyos, se lo digo. Os repito que si salgo bien de esta no vuelvo á entrar en otra.

—¿Seriais tan villano?..

—Si me cumple su palabra, me declaro partidario entusiasta del más valiente y generoso de los hombres.

—No teneis corazon.

—Oidme: yo, áun cuando pobre, nací noble; después me nombraron alférez, adquiriendo nombre y posicion en Flandes; fuí ambicioso, y quise más de lo que buenamente ganaba; por eso me hice traidor, vendí á mi patria, y el oro que llenaba mis bolsillos sólo me sirvió para emplearlo mal y ser desgraciado. La última leccion colmó mis infortunios, y os juro, por lo que más amo en la tierra, que si libro bien ahora, es la última en que me meto.

—¿Cómo os llamais?

—Tengo hermanos, mujer é hijos, y debo callar el apellido que deshonré.

—¿Y el que traiais en los documentos que identifican vuestra persona?

—Es supuesto; al venderme lo hice sólo de mi persona.

—Noto que ya no se oyen descargas.

—Ahora jugará el arma blanca. Segun escuché, el duque queria escarmentaros, y no es hombre que deja las cosas sin concluir.

—¡Infelices; cuántos van á perecer!

—Vos y vuestros ocho compañeros sois la causa; sobre la conciencia de los nueve debe caer gota á gota toda la sangre humana que baña ahora las calles de Nápoles.

—Buen compañero hallo, pardiez.

—Yo fuí traidor como vos; pero há tiempo que dejé el oficio, y harto me pesa no haberlo abandonado ántes.

—Cuando esteis al aire libre será otra cosa.

—Lo mismo; desde ese momento en adelante sólo mi esposa é hijos formarán mi presente y porvenir.

—Y que Dios os haga un santo.

—*Amen.*

—¿Sabeis que es divertida vuestra conversacion, agradable esta mazmorra y el encontrarse en ella sufriendo el peso de una armadura?

—Temo, conde, que sea este el primer dia de vuestra expiacion, y opino, con placer, que es el último de la mia.

—¿Quereis que hablemos de otra cosa?

—Me es igual.

—Si me diérais un poco de agua...

—En esta botella escasamente hay la que yo puedo necesitar en cuatro horas; pero ahí teneis ocho; ved si queda en alguna, y aprovechadla.

—Hacedme el favor de buscarla vos.

—Gracias; estoy mejor paseando.

—Os lo decia porque no puedo bajarme con la armadura.

—Sentaos en el suelo, y reconocerlas poco á poco.

—¿Dónde están?

—En aquel rincon de la izquierda, detrás de la paja.

—Es verdad. ¡Maldito acero!

Miéntras el uno paseaba, el otro fué reconociendo las botellas, encontrando por fin dos que contenian un poco del líquido por que suspiraba, y con el cual logró mitigar la abrasadora sed que le devoraba. Cuando hubo concluido, quedó sentado sobre la paja, triste y entregado á pensamientos poco halagüeños.

—¡Quién me habia de decir,—murmuraba,—que esta mazmorra tan bien dirigida y situada serviria para mí! ¡Oh, ese hombre me ha vencido como yo no creí nunca! ¡Cuánta humillacion; cuánta amargura me ofrece el porvenir! ¡Si algun dia puedo vengarme, con qué gusto veré correr gota á gota toda la sangre del duque del Imperio! ¡Lo que más me duele es que haya hecho instrumento suyo á Angelina! ¡Tambien morirá! La infame venga ahora los disgustos que yo dí á su madre; pero si salgo con bien, si algun dia logro la libertad, entónces, ¡ay de ella y de todos los que me han vendido! Me rodearé de leales servidores, gente dispuesta á todo, que en Nápoles hay mucha, y con ellos iré poco á poco ó de una vez acabando con los que son causa de que me halle en tan angustioso estado. Debajo de mis piés tengo un testigo que, á poder hablar, diria la manera con que se venga de sus enemigos el conde Vignati. Aún me parece ver el último gesto que hizo al espirar. ¡Oh! ¡creo contemplarle, y me da miedo; miedo horrible, y un frio!..

—¿Qué es eso, conde? ¿Os revolcais sobre la paja?

—No; ¿me ayudais á incorporarme?

—Hé aquí mi mano.

—Gracias.

—¡Cómo temblais! ¿Qué os sucede?

—Nada; la temperatura de este calabozo me molesta demasiado.

—Lo creo; es muy malo; pero ya os ireis acostumbrando; cuando lleveis cerca de cuatro meses como yo... ¿Qué teneis?

—Me siento mal.

—Es que os ha hecho daño el agua. Por eso no quise dárosla; debió bastaros con la humedad que hay en esta vuestra elegante cámara.

—¡Os estais burlando de mí, de nuestro infortunio y de lo más sagrado que existe!

—¿Quereis que llore ó que dé diente con diente como vos? Pues os equivocais; sé apreciar en lo que vale un compañero

tan digno como el poderoso señor conde Vignati, y quiero demostrar la alegría que siente mi corazon junto á él.

—¡Si yo tuviera una espada igual á la que me habeis robado, no repetiriais esas frases!

—Lo mismo que sin ella. Cuando caísteis, creí que una conmocion cerebral os privó de la razon; pero más tarde he visto que fué el miedo, la pavura que se apoderaron de vos.

—¡Sólo un miserable es capaz de insultar á un preso!

—Decid, hombre ruin, ¿estoy yo acaso en libertad? Me quito la espada, la daga, y las arrojo á la espalda. ¡Id por ellas; con los puños me bastan para acabar con vos! Vamos, recobradlas; ahora sois vos el que tiene defensa con la armadura. ¿Vacilais? ¡Cobarde! Vuelvan á mi cinto ámbas, que estas no se han hecho para hombre tan tímido é irresoluto.

—Sois al fin un prisionero como yo, y no debemos pelear por tan poco.

—¿Es esa la causa?

—Sí; hartas desgracias nos esperan, no las aumentemos.

—Bien dicho; pero os aconsejo que jamás echeis bravatas, porque os exponeis á quedar mal.

—Al aire libre ya es otra cosa.

—La sangre no varía fuera de aquí.

—Seamos amigos.

—Os toleraré, porque no tengo otro remedio, pero nada más.

—Qué díscolo é intransigente es mi compañero de desgracias.

—Mucho con vos, que de seguro no cuenta un amigo ni nádie que lo quiera bien.

Y continuaron hablando unas veces, otras paseando en silencio; se sentaban algunos ratos, y dominado el conde por el enviado del embajador, dejaban trascurrir las horas tan lentas y pesadas como lo son siempre para el infeliz que se ve aprisionado en oscura mazmorra.

Vignati tuvo nuevamente sed, y empezó á sentir los efectos

del hambre; mas su compañero comió y bebió dos veces sin ofrecerle nada.

La trampa continuaba cerrada; las puertas del arca de agua lo mismo, y el panteon triste, mudo y solitario, no albergaba otra cosa que cadáveres y piedra.

Serían las cuatro de la tarde cuando el conde, creyendo que habian trascurrido veinticuatro horas lo ménos, se recostó sobre su monton de paja, queriendo conciliar el sueño; pero bien pronto se convenció de que era imposible, rogando á su compañero que le ayudara á incorporarse.

—No puedo dormir,—le dijo.

—Aún es temprano para eso.

—¡Consiste en que no me dejan hacerlo el hambre y la sed! ¿Me dais siquiera un poquito de pan?

—Imposible; al echaros realicé mi segunda y última comida; quedó satisfecho el apetito, pero no me ha sobrado nada absolutamente.

—Jamás supe lo que eran privaciones ni falta de alimento, y en verdad que al notarlo por primera vez se ensaña contra mí la suerte de un modo terrible.

—Mucho me temo, señor conde, que esteis sentenciado á morir de esa enfermedad.

—¿Por qué decís eso?

—Os prendieron del mismo modo que vos al duque del Imperio; os encerraron en idéntico calabozo, y segun las horas que van trascurridas, pareceis condenado á sufrir igual suerte que aquella á que vos conduciais á vuestro enemigo.

—¡A perecer de hambre!

—Cierto.

—Sería una crueldad.

—¿Pensábais lo mismo há diez dias?

—Como no sabía lo que era...

—Ya; por eso el duque os lo está haciendo conocer.

—Me flaquean las piernas; se me va la cabeza, y siento un malestar que me atormenta mucho. Esta mazmorra es muy

húmeda; su temperatura nociva á la salud, y es una infamia encerrar aquí á séres humanos, á hijos de Dios.

—¡Já, já, já! A buena hora, conde; bien pudísteis pensar eso al mandarla construir.

—Preferiria estar solo á tener un compañero como vos.

—Lo creo. Culpais á la suerte y al duque el encontraros en este calabozo, y sois la causa vos. ¿Quién concibió la idea de fabricar á diez varas del nivel del suelo esta *magnífica* estancia? ¿Quién fué el primero que aprisionó aquí á un hijo de Dios? ¿Y quién, por último, el que lo conservaba en disposicion de continuar atormentando á séres humanos? ¿No fué sólo el conde Vignati? Pues entónces vos sois culpable de que yo me encuentre aquí y de estarlo vos mismo. Felizmente yo no tardaré en salir, y vos empezais hoy vuestro cautiverio.

—Mucha confianza abrigais en la palabra del duque.

—No tengo noticia, conde, de que ese privilegiado sér se parezca á nosotros en nada; así es que estoy segurísimo de que en este dia respiraré las auras del golfo.

—Yo tambien; me ofreció salvarme mi hija, y tampoco mintió jamás.

—Ofrecer es una cosa, y poder cumplir otra. No abrigueis esperanza alguna, Vignati; la que no logró ni áun permiso para alargaros un vaso de agua por esa reja del panteon, ¿qué influencia será la suya?

—Eso, por desgracia, es cierto. ¡Ay! ¡hasta la última ilusion va desapareciendo de mí como ráfaga que cruza veloz para no volver á presentarse!

—Era natural. Quién osó encarcelar cobarde y traidoramente al poderoso rey Felipe II...

—¿Qué estais diciendo?

—Que el duque del Imperio es el mismo monarca español, toda vez que viene revestido de facultades tan ámplias é ilimitadas, que le colocan en el mismo sitio á que se eleva S. M.

—Yo ignoraba eso, y en mi error era á vos á quien sentenciaba á morir de hambre.

—¿Sí, eh? Pues ahora es el conde Vignati la verdadera víctima. El duque aparece tan recto como justiciero, y os está aplicando ya la ley que vos hicísteis para mí y que él sufrió por equivocacion.

—Si os dejan en libertad, como suponeis, yo os suplico que intercedais por mi perdon. Si no cede, ofrecedle la mitad de mis rentas.

—¿Qué rentas? ¿Ignorais por ventura que habrán ya confiscado cuanto poseen los revolucionarios?

—¡Es decir, que me dejarán como un mendigo!

—Si fuera eso sólo; lo más grave es que os matarán de hambre en esta mazmorra.

—¡Y mi hija pedirá limosna!

—Si el duque no la da algo, positivamente.

—¿Y no os parece infame y cruel?

—Es lo que corresponde con arreglo á las leyes del reino. Al sublevaros vosotros, ¿perdonábais las fortunas y vidas de vuestros contrarios?

—Pero ellos que se tienen por buenos, no deben igualarse á nosotros.

—Como un acto de justicia no pueden prescindir de vuestra muerte y confiscacion; al magistrado le es imposible dejar de aplicar la ley al criminal. El duque, revestido de la potestad real, usará de su derecho perdonando al que se le antoje; pero no creo que lo haga con vos, su mortal y cruel enemigo.

—Vuestras frases forman ya mi agonía; desde que entré aquí hallo el alma y corazon en horrible tormento.

—Lo peor de todo son las ilusiones desvanecidas; creed lo que os digo, y os evitareis un terrible desengaño, más terrible, si cabe, que la muerte.

—Me parece que en esta ocasion juzgais con acierto en lo relativo á mí, pero no en lo que concierne á vos. Hace muchas horas que terminó la revolucion, y cuando ya no os han puesto en libertad, claro es que, como espía y traidor á España, os

juzgará el mismo consejo que á mí. Sois más delincuente, y me fundo en que yo, al fin, nací en Nápoles y vos en España.

—No niego mi falta; abandoné la bandera que mi patria enarbola por todos los ámbitos de la tierra; fuí perjuro y traidor; mas llevo algunos meses de expiar mi delito en oscuras mazmorras, mi arrepentimiento es sincero, lo sabe el duque, y me ha perdonado.

—No os fieis en las ofertas del enemigo.

—¡Villano! Don Flaviano de Osorio no faltó nunca á su palabra. ¿Oís? Ya llegan.

—¡Sí; abren las puertas del arca de agua; sostenedme, por favor!

—Apoyaos. ¿Por qué temblais de ese modo?

—El hambre y la idea del patíbulo...

—El miedo, conde, el miedo; un hombre de vuestra cobardía no debió meterse nunca en revoluciones.

—¡Si aún fuese tiempo!..

—Es tarde, muy tarde.

En este momento se abrió la puerta de la prision, apareciendo algunos soldados con hachas encendidas, los cuales fueron colocándose á los lados del calabozo; después se presentó entre vários armados el célebre Busato, llevando vendada la frente y ensangrentadas sus ropas. Y por último, llegó el capitan Vitali, armado tambien y sostenido el brazo izquierdo por un pañuelo negro.

El ex-pintor, jefe, al parecer, de la tropa que le rodeaba, tendió una mirada sombría en el conde y la mazmorra, y fijándose luégo en Busato, le dijo:

—Manda mi señor el poderoso duque del Imperio, general de mar y tierra, virey de las Dos Sicilias y representante de S. M. el rey Don Felipe II, que quedeis en esta prision por traidor á la patria. A vos, enviado del embajador inglés, traidor tambien, pero arrepentido ya y pesaroso de vuestras faltas, os perdona el magnánimo señor que rige los destinos de Nápoles. Tomad esta órden, y con ella dejarán en libertad á

vuestros cinco compañeros. Unidos los seis, pasad á ver al señor duque, y os dará el último consejo y cuanto necesiteis para regresar á España. Salid.

El aludido le contestó:

—Gracias, jóven capitan; así lo esperaba y así ha sucedido. El señor duque del Imperio vence á los hombres en el campo y en las calles; domina á los corazones, los atrae y los convence. ¡Oh, juro solemnemente amarlo el resto de mi vida y atravesar mi pecho si llegase á abrigar una idea contraria al nombre ó los intereses de España! ¡Viva el duque del Imperio, el justiciero, el *invencible,* el grande!

—¡Viva!

Le contestaron desde Vitali hasta el último soldado. El otro añadió:

—Adios, conde Vignati; muere ahí de hambre como tú quisiste matar al más noble de los hombres.

Y desapareció, lanzándole una mirada despreciativa.

El conde temblaba, no acertando á distinguir ni áun los objetos que tenía delante; más que sér humano parecia en aquellos momentos un sentenciado que miraba ya el patíbulo donde debia perecer. Aquel desgraciado tan altivo y desdeñoso hace un mes, frente al mísero retratista, ahora enmudecia, inclinaba la frente, y trémulo, agitado y convulso, le hubiera besado los piés con tal de que él le alargase la mano. Vió marchar libre á su compañero, y notando luégo que Vitali le volvia la espalda y se disponia á partir, seguido de la tropa, hizo un esfuerzo heróico sobre sí, murmurando con voz ronca y balbuciente:

—Señor... señor capitan...

No pudo continuar por faltarle hasta el aliento; pero Augusto le oyó, y volviéndose, le preguntó:

—¿Me llamábais?

—Sí.

—¿Qué quereis?

—Deseaba hablar con vos sin testigos. ¿Me lo concedeis?

¡Yo os lo ruego por la memoria de vuestro padre, por lo que más ameis en el mundo!

—El vencedor, cuando se parece á esos españoles tan valientes como caballeros, compadece á su enemigo y hasta le tiende la mano. Salid de aquí todos,—gritó,—ménos vos, Busato, que os retirareis á aquel rincon. Y tú, con esa hacha, queda en el otro; entornad la puerta.

Todos le obedecieron; el jóven se acercó con el conde al extremo opuesto, añadiendo:

—¿Qué deseais?

—¿Estais herido?

—Sí; vuestros parciales lograron darme un bote de lanza en este brazo, despues de haber recibido cincuenta mios. Es un trofeo que me enorgullece.

—Tan jóven, es lástima que se haya vertido vuestra noble sangre...

—¡Vignati, la adulacion me indigna!

—Os lo digo por creerlo así.

—Nada más escucharé que tenga relacion conmigo; me contraigo á imitar á mi padre, y ojalá perezca como él á manos de los enemigos de España; así lo he jurado, y no faltaré á mi promesa. ¿Qué quereis? Sed breve, que me espera el señor duque.

—Segun mis noticias, el padre de nuestro virey protegia al vuestro, el hijo hace lo mismo con vos, y es muy natural. ¿Quién habia de figurarse que fuéseis tan valiente? ¡Perdonad, Augusto, perdonadme si os desconocí y traté como no mereciais! Os lo ruego con lágrimas en los ojos.

—Os perdono. ¿Qué más?

—El jóven valiente y audaz á quien distingue y considera el señor duque del Imperio debe tener gran influencia con él, la suficiente para rogarle que me conceda la vida. Yo tambien estoy arrepentido como ese que acaba de salir; si es preciso seguiré sus banderas, defendiendo á España el resto de mi vida.

—A mi país adoptivo le sobran leales para no necesitar el brazo de los traidores.

—Recordad que me habeis perdonado.

—Sí; pero no os he hecho bueno, ni á mi olvido le es dado lavar vuestras manchas.

—Dicen todos que el digno representante de S. M. el rey es generoso y caballero como ningun hombre.

—Dicen la verdad.

—Si vos, que tanto favor teneis con él, le rogáseis por mí...

—No lo haré; mi obligacion se contrae á defenderlo y dar fin de todos sus enemigos.

—Yo no lo soy; y si me otorgáseis tan gran merced, nada podria yo negaros en el resto de mi vida. Hacedlo por el amor que os profesa mi hija; si conseguís mi indulto y levantamiento de confiscacion, os juro solemnemente uniros á ella. ¿A qué mayor felicidad puedo yo aspirar que á casarla con el valiente favorito del duque del Imperio? Yo viviré poco, me heredareis, y el condado y cuanto tengo serán para los dos. Duélaos por otra parte mi amargura; ved mi semblante demacrado, débiles mis piernas, y notad qué balbuciente se halla mi voz. Son los efectos del hambre y de la sed. ¿Qué mayor castigo para el poderoso conde Vignati que lo sufrido hasta ahora?

Augusto inclinó la cabeza, quedando en actitud de meditar. En estos instantes decia para sí:

—El duque del Imperio es infalible. ¡Oh, su talento prevé, su genio adivina!

Y alzando la frente, miró al conde aparentando compasion y deseo de complacerle. Luégo le dijo:

—Sois el padre de la única mujer que amé en el mundo; y áun cuando nádie vale para mí tanto como el duque del Imperio, haré en obsequio de Angelina lo que esté de mi parte; pero no olvideis vuestro juramento; de lo contrario, volvereis á esta mazmorra, y de aquí al patíbulo.

—¿Creeis que me perdonará? ¡Oh, si llegais á conseguirlo, me honraré con una boda que ya anhelo, deseo y quiero! Hijo

mio, no escuseis medio ni sacrificio alguno; Angelina os premiará en lo sucesivo con largueza lo que hagais por su padre. Sed bueno; ya que yo salí del camino recto, guiadme vos; mi arrepentimiento...

—Basta, conde Vignati; os cumpliré mi palabra, pero con una condicion, y es la de que os sobrepongais á vuestras desgracias, demostrando más entereza y dignidad, porque léjos de inspirar compasion, me estais promoviendo náuseas.

—Bueno, las tendré; desde esta noche en adelante os obedeceré en todo.

—Quiera el cielo que vuestro deseo de enmienda sea sincero.

—Os lo juro. ¿Me salvareis?

—No lo sé; pondré los medios. La mision es difícil, tenedlo en cuenta.

—¿Os vais?

—Sí. Que el cielo os guarde.

—Esperad un momento.

—No puedo más.

—Es para deciros que fallezco de hambre y sed.

—Tambien lo tendré en cuenta.

—Si tardais, no llegará á tiempo el perdon.

Augusto le volvió la espalda, diciendo al soldado que quedó dentro del calabozo:

—Sígueme.

Y fué á salir; pero se le interpuso Busato, preguntándole:

—Señor capitan, ¿teneis la bondad de decirme qué suerte me espera en esta prision?

—La misma que á mí en vuestra trampa, á no ser que aparezca por aquí algun generoso protector como aquel que yo tuve.

—Fué el conde la causa; él me mandó que os sorprendiera...

—Por eso os habeis reunido el uno como autor y el otro como cómplice.

Y marcharon, cerrando las tres puertas que los separaba del jardin. Quedaron, pues, el polizonte y su jefe solos y mirán-

dose, sin atreverse ninguno á romper el silencio. Por fin, el primero se acercó al otro y le dijo:

—Ya ve V. A. Serenísima el resultado de su sábia direccion.

—Para bromas estamos, Busato.

—Os lo digo de veras.

—Si la suerte no me hubiera rodeado de traidores, otra cosa sería.

—¿Aludís á mí?

—Sí; te mandé prender á Vitali, lo tuviste prisionero, segun acabo de escuchar, y lo dejaste que se escapara.

—No; mentís; me lo arrancó, pistola en mano, el representante inglés.

—Ahora dirás eso.

—Es claro; me hallo en libertad, la fortuna me sonríe, y esto prueba que me vendí al enemigo.

—Tu banda y mi presidencia se ahogaron, Busato, por ahora.

—¿Aún teneis esperanza?

—Esa no se pierde nunca.

—Os he visto llorar ante el *pintorzuelo*, como vos le llamábais.

—Sí, hombre; que nos dejen en libertad, y luégo...

—¡Qué ánimos, conde! Por lo visto ignorais lo acontecido en Nápoles.

—Sí; me tienen en esta mazmorra desde las cuatro de la madrugada.

—Pues sabed que todo se ha perdido; cayeron en poder del duque del Imperio cuantos afiliados teníamos; ni uno sólo logró escapar.

—Nos han vendido, Busato.

—No lo creais; consiste en que hablábamos alto en los salones y sitio en que nos reuniamos; pero al encontrarnos frente al enemigo, toda la fuerza de los pulmones se trasladó á los piés, y corrimos, vaya si corrimos, áun cuando de nada nos

sirvió. Hay que convenir, Vignati, en que somos muy *flojos* los napolitanos y nuestros contrarios muy valientes. No se lo digais á nádie, pero creedlo como la existencia del sol.

—No me extraña; os faltó mi presencia.

—Ya lo creo; con ella habria una víctima más. No os hagais ilusiones, conde; se hundió la revolucion por la causa que os he dicho ántes, y tened en cuenta que no volverá á levantar la cabeza jamás.

—¿Te presentaste en tu sitio?

—¡Ay! por desgracia, sí, señor.

—Entónces lo habrás visto todo.

—Algo, lo demás me lo refirieron.

—¿Saliste herido?

—Sí, mas me curó el enemigo, y ya estoy bien.

—Busato, amigo mio, sentémonos sobre este monton de paja, y dime la manera que han tenido los españoles de atacarnos y vencer.

—Desde que la voluntad nacional os elevó á presidente, estais digno, mesurado, afable y bondadoso. Arrojad ese manto de púrpura; ocupad el sólio, y descansemos de las fatigas del dia. ¡Qué bien se está sobre los escaños del poder! Como general que soy y ministro de la guerra, me dispongo á referir á V. A. Serenísima la gran batalla qne dimos á los contrarios y la completa victoria que logramos arrancarle.

—¿Sabes, Busato, que nuestra situacion se presta á esas bromas?

—¡Vaya si lo comprendo! Mi historia de hoy, poderoso señor, tiene tres fases: la primera de miedo, la segunda de pavura, y la tercera de miedo, pavura é indiferencia, toda vez que perdí hasta la última ilusion.

—¡Quién pudiera imitarte! A mí me faltan las fuerzas para hablar.

—¿Por qué?

—No he probado alimento desde ayer.

—Me lo habia figurado; y á fuer de súbdido leal, ruego

á V. A. que no se sacrifique tanto por la patria; vuestra salud es hoy la salvacion del Estado.

—Mal compañero he perdido, pero el que le ha reemplazado es peor.

—Perdonad, gran señor; consiste en que estoy nervioso, muy nervioso; contemplé hoy el miedo en toda su espléndida extension...

—Oye, Busato; tambien yo sentí escalofríos; y en gracia á mi franqueza, te ruego que abandones ese tono, y hablemos con formalidad.

—Era inútil tan noble declaracion; dí por hecho que vuestra pavura superaba á toda exageracion; os conozco hace algunos años, y fuí más de una vez testigo de ese heroismo que aplauden las masas y os elevó al trono que ahora ocupais.

—Sí; compuesto de paja.

—Exactamente; una semicuadra... Recuerdo ahora que hasta el caballo mio se declaró partidario de los españoles: por más que yo queria retroceder, el maldito corria hácia delante. Luégo, cansado sin duda de llevar á lomo un jinete tan bravo, me arrojó al suelo, donde me hice esta herida y perdí un conocimiento que há tiempo desconocia cuanto tuvo delante.

—¡Ah! ¿Conque no fué el enemigo?..

—¡Cá! no señor; si yo hubiera sido buen jinete, llego hoy á Francia y mañana á Rusia.

—¿Me quieres contar lo que has visto?

—Si no es más que eso, pronto despacho.

—¿Luego tú al momento metiste espuela y escapaste?

—Eso es; pero caí prisionero, y los enemigos, formando coro con mis compañeros de desgracia, me enteraron de lo que aconteció.

—Habla con formalidad; yo te lo ruego.

—Voy á complaceros; en algo hemos de ocupar las largas horas de nuestro cautiverio. Oidme: á las doce en punto de la noche despedí á V. A. Serenísima á las puertas de la ciu-

dad; inmediatamente compré un caballo que me tenían ya buscado, cené con poca tranquilidad, durmiendo hasta las tres, que me despertaron. Seguidamente me elevé sobre la silla de mi cuadrúpedo, recorrí las parroquias, dejando en todas ellas un *lazaroni* encargado de tocar á rebato. Hecho esto, me volví á la posada donde me aguardaba mi compañía compuesta de ciento seis hombres tan valientes como yo. Lucia yo mi banda de capitan, y la alegría ú otra causa que no hay para qué mentar me hacía bailar sobre el caballo de un modo acompasado y perpétuo. Suenan las cuatro; una descarga de seis mosquetes da la señal. En el mismo instante comienzan á tocar las campanas, y los bravos nos lanzamos á la calle de Toledo, dando vivas á la independencia de Nápoles, al conde Vignati y á la república. Las puertas de la ciudad son atacadas y vencidas por nosotros; entran por ellas ocho de los nueve jefes principales, y en media hora escasamente nos reunimos en la extensa calle que acabo de citar de siete á ocho mil hombres, mitad de vuestros parciales; los otros no tuvieron por conveniente salir; pero de poco les ha servido. No nos arredró su falta; siguiendo el plan, nos dividimos en siete columnas, y unos atacaron el palacio del gobernador, corriendo los restantes á tomar los fuertes y cuarteles. De pronto se ilumina la calle de Toledo; en sus muchas avenidas asoman tremendas bocas de formidables cañones; y como si esto fuese poco, nos enseñan, los que juzgábamos sorprendidos, sus lucientes armaduras, terribles picas, y más de dos mil mosquetes cargados hasta la boca. El marqués, que ha muerto como un valiente, nos arenga; con breves frases nos convence que es preferible la muerte en la calle á subir las gradas del patíbulo; y con la bravura de la desesperacion, caemos sobre nuestro enemigo. Pero, ¡oh, fatalidad! los españoles, que hasta ese instante habian guardado una quietud y silencio que podian interpretarse hijos del miedo, gritan:—Viva el duque del Imperio! ¡caigan á sus piés los enemigos de nuestra patria!—Aquellas voces helaron hasta la sangre del marqués, que era sin duda el más

valiente de todos nosotros. Y no fué esto sólo; á sus aterradores acentos siguió un pánico indescriptible; porque habeis de saber que se abrió de pronto el palacio de Don Jacobo Guzman, apareciendo en sus umbrales, en medio de Zalla y Vitali, el duque, en cuerpo y alma, seguido de muchos peones y jinetes, los cuales se convirtieron en rayo capaz de destruir el universo entero. Yo no vi más; pero me han referido algunos compañeros que iba delante de los suyos con el rostro descubierto, matando é hiriendo con su mirada, la lanza y los piés de su caballo. Cuentan que es una máquina infernal que destruye, aniquila y deshace cuanto halla á su paso. En fin, en mi opinion, es cási tan valiente como vos.

—Hombre, que el caso no es para bromas. Continúa.

—Unos quisieron huir; otros hicieron frente, y como estaban tomadas todas las avenidas y no habia medio de escapar, optaron por perecer matando á verificarlo como ovejas descarriadas. Mucho más les hubiera valido rendirse á discrecion, porque entre el duque, las autoridades, sus cañones, picas, lanzas y mosquetes, lograron tumbar á la mitad de los vuestros. Viendo el marqués que era inútil toda resistencia, y no queriendo entregarse, reune á los más valientes, y al frente de ellos trata de forzar una de las calles que podia facilitarle la retirada. Allí murió como un bravo, en union de los cincuenta calabreses que iban más cerca de él; los restantes consiguieron huir, pero de poco les sirvió; al salir al campo se hallaron cortados por los mil quinientos hombres que, fingiendo ir al relevo de destacamentos, tenían tomados todos los caminos, con ánimo sin duda de que no se librara uno solo. ¡Qué entusiasmo; qué valor desplegaron esos españoles! A las dos horas la revolucion habia terminado, y todos nosotros estábamos prisioneros ó muertos.

—¿A las dos horas? Pues yo he oido más de tres el estampido de los cañones.

—No os equivocais; y consiste en que concluida la funcion en la calle, empezó en el puerto. Con la oportunidad debida

llegaron, segun cuentan, los dos navíos franceses y los dos alemanes; el inglés no pareció. En ala los cuatro, se aproximan, creyendo que habiamos triunfado; pero á la voz de: *Vivan el rey y el duque del Imperio,* les saludaron los fuertes con veinte cañonazos y otra tantas balas rasas; quieren huir, pero se encuentran que á la espalda tenían al marino Roch con sólo la galera *Trinidad* á diez cañones por banda, que repite las cortesías de la plaza, diciéndoles: «Estais entre dos fuegos, y no es posible escapar.» Así lo comprendieron nuestros amigos los franceses y alemanes, é intentaron lo que sus parciales de la ciudad; es decir, perecer matando. Dispararon su artillería várias veces contra la plaza y contra Roch; pero éste se les echó encima con su galera, é hizo uso de valor y talento que asombró á cuantos lo presenciaron, dejando en el fondo del golfo los cuatro navíos extranjeros y á toda su gente, cañones y cuanto traian.

—¿Y la *Trinidad*?

—Le rompieron dos palos, con otras averías en la obra muerta, sacaron fuera de combate cuatro artilleros, y allí queda en el puerto anclada, formando la admiracion de todos los napolitanos. Al desembarcar el capitan Roch, le salió al encuentro el duque, y después que le hubo estrechado, lo nombró general de marina, poniéndole delante del ejército y pueblo la banda que él llevaba. El resto del dia lo ha ocupado el enemigo en prender y encerrar en calabozos á los seis ó siete mil valientes de los nuestros, que esperaban en sus casas la noticia del triunfo para echarse entónces á la calle en busca de la *breva.*

—¿Y tú, qué hiciste?

—Lo que es yo, al ver que no íbais y que el duque del Imperio no encontraria, en consecuencia, un enemigo digno que le hiciera frente con el valor y denuedo que V. A. Serenísima, corrí en vuestra busca; pero es el caso, que me tiró el caballo, perdí el conocimiento, y al recobrarlo, me hallé en una casa, rodeado de enemigos y tendido en el suelo.—¿Quién eres?—me preguntó un soldadote que parecia catalan en lo alto y

terrible de su voz y mirada.— Yo, le contesté, me llamo Busato, y me paso á vosotros, valientes españoles.—¡Busato!—exclamó él,—¡Busato!—repitieron cuantos militares estaban allí. Aquel asombro de nuestros contrarios, al escuchar mi apellido, me sobrecogió; creia que me iban á matar, cuando, por el contrario, vi que me cercaban, curaron la herida, y con la mayor solicitud me ofrecieron agua, y más tarde ricas viandas, que yo comia cada vez más confuso y aturdido. La casa en que estábamos, que era grande y se hallaba situada en la calle de Toledo, fué llenándose de prisioneros, heridos y sanos, á los cuales conducian distintamente á los hospitales ó cárceles. Así continué oyendo referir lo acontecido durante el dia, hasta que empezó á anochecer, y me trajeron aquí, sin enterarme de la causa, de la suerte que me esperaba, ni contestar categóricamente á ninguna de las preguntas que yo hacía.

—Es raro,—le dijo el conde;—te han entrado por el jardin sin violentar ninguna de las cerraduras de las tres puertas, y en verdad que las llaves estaban escondidas en sitio de que yo sólo tenía conocimiento.

—¿Y eso os admira? Por el olfato habrán sacado los españoles el paraje en que se hallaban. ¡Qué gente, conde! ¡Desconocimos á nuestros contrarios, y bien cara vamos á pagar la torpeza!

—Yo puede que me salve; entre mi hija y Vitali...

—No confieis; cuentan que el duque es tan justiciero como recto y severo, y en la causa que se está formando, no es posible excepcion alguna, y ménos recayendo ésta en la cabeza de los conjurados.

—¿Y tú, tienes esperanza?

—Sí.

—¿En qué te fundas?

—Los soldados no trataron mal á los prisioneros, pero tampoco bien, y á mí me llamaron amigo, me hablaban como de igual á igual, y cuando referian las proezas del duque, solian decirme: «Alégrate, Busato; después del señor príncipe

de Italia, no hay en Europa otro general que pueda ponerse frente al que hoy tenemos la honra de obedecer. Es el más valiente, sagaz y diestro del universo. Yo les contestaba que tenían razon, añadiendo ellos entónces:—¡Bien por Busato! Tú, áun cuando napolitano, eres digno de beber con nosotros; apura esa copa.—Y obedecia, pretendiendo adivinar un secreto que ha de serme muy beneficioso si sale cierto.

—Se burlarian de tí.

—No lo creais; anda en todo esto la mano de un inglés, y á ser exacto lo que me figuro, creo que nada malo podrá acontecerme.

—¿Le conozco yo?

—¡Vaya! Sois amigos íntimos.

—¿Quién es?

—El representante del embajador en España.

—A ese estoy seguro de que há mucho no le ves.

—No, señor, todos los dias; hace poco me hallaba solo y comiendo en un cuarto de la casa donde me encerraron, cuando se abrió la puerta, y apareció riendo; al pronto creí que estaba preso, y le traté mal, muy mal.

—¿Qué le dijiste?

—Que era traidor á S. M. el rey Don Felipe II, á España, y que me dejase en paz con sus signos, gestos y muecas; pero luégo entró un capitan, se descubrió al verlo, le habló al oido con respeto y sumision, y volvimos á quedar solos, muy alegre y satisfecho él, y yo cada instante más confuso y aturdido.

—¿Qué traje llevaba?

—Armadura completa.

—¿Ceñia espada?

—Yo lo creo; con empuñadura de oro.

—Entónces no estaba prisionero.

—Eso mismo me dije después; le pedí que me perdonase por los insultos que acababa de hacerle; dí un *viva* al duque del Imperio, y poniéndome él la mano sobre el hombro, exclamó: «Adios, Busato; si yo hubiera sabido que eras tan mal jinete,

no te aconsejaria anoche que montases á caballo; pero á bien que la herida es leve, y poco se ha perdido. Ahora te llevarán en compañía del conde Vignatí; tu suerte es mejor que la suya, nada temas, que yo velo por tí.» Y desapareció sin darme tiempo á que le preguntase nada. Esos ingleses juegan siempre con dos barajas.

—¡Qué torpe eres, Busato! tu estupidez nos ha perdido á todos.

—No me deciais eso ayer y anteayer.

—Porque ignoraba la magnitud de tu ignorancia.

—Pues debió adivinarla la sabiduría de V. A. ¡Vaya una salida!

—Te voy á convencer.

—Difícilmente.

—Contesta á mis preguntas con toda exactitud. ¿Quieres?

—¿Qué voy ganando?

—Un descubrimiento que á mí me estremece, y á tí, más afortunado, te hará sonreir.

—Sepamos.

—¿Me juras decir verdad?

—Eso depende de que tenga ó no posibilidad de complaceros.

—¿Qué mal podria yo inferirte en mi triste situacion ni qué te es dado ya perder?

—Eso es cierto.

—Contesta.

—Os lo juro.

—¿Dónde conociste á ese que juzgas inglés?

—En mi casa; ganó á mi hermana, y me sorprendió, arrancándome con sus pistolas al preso Vitali.

—¿Qué traje llevaba?

—El de un soldado.

—¡Es el mismo! ¿y luégo?

—Después nos hicimos amigos...

—Insensato, ¿qué dices?

—La verdad.

—¿Amigo tú de ese personaje?

—Ya sé que es un lord, general de mar y tierra; pero qué quereis: el contínuo roce enjendró cariño en ámbos, y hasta comió en mi mesa, requebró á mi hermana, y fué conmigo mucho más generoso que vos.

—De lo cual deduzco que no tuviste secreto alguno para él.

—Ninguno, ni el tampoco para mí; como defendiamos la misma causa...

—¿Qué te decia?

—Por él supe todas las noticias que tanto me elevaron ante vos.

—Sí, la de la partida de Zalla y Roch, el relevo de los destacamentos, las cacerías, el completo abandono y olvido de las autoridades, y su muerte á manos de un lazaroni.

—Eso es.

—Te engañaba villanamente.

—No, señor; era todo hijo de la hipocresía y malicia del gobernador.

—Luego tú le juzgas aún sincero.

—Es decir, en lo que se refiere á vosotros, no; ya he dicho que los ingleses juegan con dos barajas; pero en lo relativo á mí, es y fué leal como ninguno; ¡me tiene un cariño, unas deferencias!

—Le contarias todos nuestros planes.

—Absolutamente todos.

—Le darias la lista con los nombres de los afiliados.

—Una copia igual á la vuestra.

—Le acompañarias á los clubs de Nápoles.

—Sí, lo presenté como un amigo y compañero.

—Muy bien; tampoco ignoraria que yo deseaba deshacerme de él.

—Lo sabía ya; pero además se lo dije yo. No temais por él; ¡es tan bondadoso! En cuanto yo le hable, os perdona.

—Sí, después que me hayan ahorcado por órden suya.

Bárbaro, has perdido nuestra causa, y por tu culpa morirán más de quince mil hombres.

—Conde, no tolero...

—Miserable, ese que en tu ruda ignorancia juzgaste inglés es el duque del Imperio.

—¡El duque! ¡el duque! No puede ser.

—Te lo juro por el alma de mi padre.

—¿No os equivocais?

—No, y mil veces no. ¡Quién, si no él, podia convertirte en lacayo suyo, á mi hija y criados en instrumentos y la revolucion mejor dirigida en juguete de su ingenio y destreza! ¡Oh, qué hombre, qué hombre!

—¡Y yo que le acusé esta tarde de revolucionario, le llamé traidor, y como si esto fuese poco, añadí: idos de mi presencia, mal inglés; yo me pasé á los españoles al comenzar la pelea, y no deseo roce alguno con los enemigos de España. Salid, *mercachifle*; los que estamos aquí todos amamos al rey y lo defendemos.

—Nada, nada, Busato; nos ahorcan á la vez y en el mismo patíbulo; por eso te han juntado conmigo.

—¡Qué torpe fuí; qué ocasion para pedirle que me perdonase!

—Entró á burlarse de tí, y mañana asistirá á nuestra ejecucion. Oye: ¿tú eres católico?

—¿Yo? yo no soy nada.

—Es que yo soy protestante, y si quieres, podemos, con arreglo á mi rito, recordar algo del Evangelio.

—¿Teneis biblia?

—Aquí no, pero arriba guardo con ella cuanto ha escrito Lutero.

—No estoy yo para oir esas tonterías alemanas; de ser algo, me haré católico.

—¡Qué necio! yo te instruiré...

—Dejadme en paz. Si mi hermana pudiera... pero cómo enterarla, cómo decirle... Oid, conde, ¿es ese vuestro panteon?

—Sí; ¿por qué lo preguntas?

—¿Quién ha bajado por ahí?

—Nádie.

—¿Pues y vuestra hija?

—La ganó tambien el duque.

—¡Maldicion! ¿Conque tiene además la llave del panteon?

—Sí; por eso estoy en ayunas desde ayer; ¡ay, ya me cuesta trabajo hasta el hablar!

—Lo creo. ¿Quién es ese que salió cuando entré yo?

—El verdadero representante del embajador inglés.

—¿Ese? ¡Qué de enredos, complicaciones y tramas! Cada vez comprendo ménos lo que veo, lo que toco, lo que pasa.

—¡Ah! yo ya lo voy distinguiendo claro, y en verdad que nada gano, pues al final miro el cadalso donde ámbos exhalaremos el último aliento.

—Sin embargo, recuerdo ahora las frases que me dirigió el duque al tiempo de marcharse, su consejo de la noche ántes... No, á mí me perdona. ¿Qué más he podido yo hacer que darle cuanto me pidió? Dicen que jamás falta á su palabra, y cuando me dijo que nada debia temer... ¡Ah! señor conde; lo siento; pero en la presente ocasion ireis solo al patíbulo; V. A. Serenísima perderá pronto la amable compañía de su querido capitan Busato.

—Pide por mí, si eso es cierto y puedes.

—Imposible; sois traidor, y la ley está terminante.

—¿Y tú?

—Yo me pasé á tiempo.

—Fué que te arrojó el caballo.

—Mentís; mi potro era revolucionario, y me tiré yo para ir por otro camino.

—Hace un momento decias lo contrario.

—El hambre os descompuso el cerebro, y esta noche delirais.

Creyendo unas veces que los ahorcarian, halagados otras por la esperanza, vacilando siempre, y sin que se apoderara de ellos una idea fija, continuaron hablando, temiendo morir por

efecto de sus muchos delitos, y confiando, sin embargo, algunos instantes en la bondad del generoso vencedor. De este modo trascurrió el tiempo, haciéndoseles á ámbos pesadas y largas las horas de su triste prision. Quisieron conciliar el sueño, y no lo lograron; se pusieron á hablar de nuevo, cuestionaron concluyendo por entregarse cada cual á sus propias ideas, tan negras en esta ocasion como la mazmorra en que se encontraban.

CAPITULO XXXII.

La media noche.—Oscuridad completa.—Trance fatal.—Nápoles y el palacio de Osorio.—El juez y los reos.

Llevaban nuestros dos prisioneros más de una hora de estar sentados sobre la paja, sin expresar frase alguna, cuando notaron que la luz del panteon vacilaba por falta de fuerza para continuar alumbrando.

—Hé ahí,—exclamó el conde,—un retrato fiel de la vida humana; esa lámpara dejará de prestar claridad ántes de tres minutos por carecer de aceite; lo mismo que yo espiraré en breve si prosiguen negándome el alimento indispensable; como esa amortiguada luz tiembla mi sér; ella espira ahora, y yo lo haré mañana por igual causa.

—Pues es divertido,—contestó Busato,—que nos dejen á oscuras. Acercaos, conde, que voy sintiendo frio.

—Es miedo, ¿á qué negarlo? Miedo de la misma calidad que el mio; mas te advierto que yo no puedo moverme.

—Entónces me aproximaré yo; así, juntitos. ¡Qué mal se está debajo de tierra!

—¿Ves? Ya se apaga; un instante más, y... Nos quedamos en tinieblas.

—Con esa última ráfaga de claridad desapareció la postrer ilusion que alimentábamos. Así dicen que están los reos sentenciados á muerte.

—¡Ay, Busato, qué momentos tan amargos nos esperan!

—¡Ya lo veo!

—¡En mal hora conspiramos!

—¡En peor me nombrásteis jefe de vuestra policía!

—¡Aquella alteza serenísima que tanto ensanchaba mi sér, me va á costar cara!

—Callad; me parece que oigo ruido.

—No lo creas; opino porque nos han sentenciado á morir aquí de hambre.

—¿Oís? abren una puerta.

—¡Me falta hasta el aliento!

—Sí; ahora se siente el choque de la llave más cerca. Mirad la luz por aquella cerradura.

—Llegan, sí; ¿será nuestro verdugo?

—Quién sabe; yo vuelvo á tener esperanza.

—Ellos son. Valor, no me abandones.

—¿A dónde está ese caballero? Es inútil que le llameis, porque no os escuchará.

En este instante se abrió la puerta de la prision, volviendo á presentarse vários soldados, llevando en una mano la pica y algunos en la otra un hacha encendida. Detrás de todos apareció un alférez alto, delgado y de rostro y mirada que impuso á nuestros dos prisioneros.

—Alzad,—les dijo,—y disponeos á seguirme.

—¿A dónde vamos, señor?—le preguntó el conde.

—Al palacio de su excelencia el duque del Imperio.

—¿Está allí reunido el tribunal?

—No debo daros cuenta de nada.

—¿Y á mí? Soy Busato, y me pasé á vosotros al empezar la contienda.

—De lo cual deduzco,—respondió el oficial, haciendo un gesto,—que fuísteis dos veces traidor. ¡Levantaos pronto, voto al domonio!

—Ayúdame, Busato,—dijo el conde, tratando vanamente de incorporarse.

—Apoyaos en mis manos; así. Mucho pesais, Vignati.

—Es que me abandonaron las fuerzas.

—Ponedle el casco, y bajadle la visera.

—No podré con él.

—Haced un esfuerzo, y evitareis el que os conozcan.

—Teneis razon. Pónmelo, Busato, amigo mio. ¿Me permitís que me apoye en el brazo de mi compañero de prision?

—Sí. Ahora salgamos.

Delante cuatro soldados, en pos los prisioneros y detrás el alférez y la tropa subieron la escalera, atravesando luégo el sitio que los separaba del jardin. El oficial mandó cerrar las puertas, y guardándose las llaves dió la órden de partir en direccion de Nápoles.

El aire libre y fresco de la noche parece que reanimó las decaidas fuerzas del conde, el cual decia en este momento á su ex-polizonte:

—Sostenme bien, amigo mio; si algun dia puedo, te devolveré el favor que en este momento me dispensas.

—Difícilmente; creo, señor conde, que sólo nos resta morir.

—¡Oculta por Dios esa idea que tanto destroza mi alma!

—Más de prisa,—les dijo el alférez.

—No puedo, señor oficial,—contestó Vignati;—llevo sin tomar alimento ni agua más de venticuatro horas.

—¿Y qué es eso para un hombre? En Flandes pasé yo treinta sin probar bocado, anduve diez leguas, y al concluir, me batí, no cuidándome de otra cosa que de matar protestantes.

—Yo no puedo, no puedo.

—Muy flojo sois; pero, en fin, peor para vos.

Los presos y comitiva salieron por la puerta del jardin, dirigiéndose acto contínuo á la capital. Vignati miró su pala-

cio por última vez, las lágrimas se agolparon á sus ojos, y prosiguió andando, cogido al brazo de Busato.

La noche estaba oscura y fria; el volcan habia cesado por completo de vomitar lava y fuego; la mar no se movia, y la naturaleza estaba triste y silenciosa.

De pronto fueron sorprendidos el conde y Busato por el golpe de vista que se presentaba á sus ojos. Nápoles aparecia completamente iluminado, y á la distancia que le contemplaban los dos presos parecia una ciudad encantada. Ambos juzgaban hallar sus calles cubiertas de cadáveres y sangre, escondido el pueblo en el rincon del hogar, y transitando únicamente la tropa, el verdugo y las víctimas; pero cuál sería su sorpresa al dar frente á la calle de Toledo, percibir el ruido de muchas músicas, los continuados *vivas* al duque del Imperio y el entusiasmo de la mayoría de la nobleza y pueblo, expresado con ardientes aclamaciones. Los cadáveres se habian enterrado ya; los heridos estaban en los hospitales, regadas las calles, y nada, por último, de cuanto presenciaban tenía relacion con los acontecimientos de que fué testigo el uno por la mañana y previó el otro.

Penetraron en Nápoles, y por entre músicas, vítores y aplausos llegaron al palacio del duque, el cual se hallaba profusamente alumbrado, siendo cási imposible atravesar su ancho zaguan y régia escalera por los muchos lacayos y sirvientes que habia, y los caballeros, jefes y oficiales que entraban y salian.

Con trabajo cruzaron el portal, y por una escalera excusada subieron al piso principal, deteniéndose en una habitacion donde sólo habia soldados que hablaban entre sí.

—Esperad ahí,—dijo el alférez á los dos presos.

—Señor oficial,—replicó el conde,—me faltan las fuerzas, y voy á caer desmayado si no me dan un poco de agua y algun alimento.

—Pardiez, no tengo órden de que se os facilite nada; pero estais en el palacio del hombre más generoso que existe en el

mundo, y no debo, en consecuencia, negaros lo que me pedís.

Y alzando la voz, continuó:

—Dos soldados de la guardia de S. E.

—Aquí estamos, mi alférez.

—Llevad á esos presos al comedor, y que les dén de cenar ínterin yo veo al señor duque.

El oficial desapareció, y el conde, apoyado siempre en Busato, atravesó entre los dos guardias várias habitaciones, hasta llegar á una más extensa, donde al poco tiempo les sirvieron ricas viandas, agua y vino añejo. Busato apénas las probó; el conde mezcló los dos últimos, apagando así la sed que le atormentaba; luégo comió un trozo de carne y un pedazo de pan, exclamando al fin:

—No puedo; me ahoga la angustia, me hiere la idea del porvenir que nos espera.

—Lo mismo me sucede á mí,—contestó Busato;—tenía hambre, mas al ver la comida desapareció, siendo reemplazada por un deseo ardiente de llorar; ¡oh, me mata la pena!

—Yo he recobrado alguna fuerza física, pero la moral continúa abandonándome. ¡Qué comedor tan espléndido! Desde aquí iremos al patíbulo; la capilla suele estar tan alumbrada como esta cámara.

—¿Oís el entusiasmo del pueblo? ¡Cómo aplauden y vitorean al vencedor!

—Sí; el pretender una ovacion como esa me condujo á mí á las puertas del sepulcro.

—¿Habeis concluido?

Les preguntó uno de los dos soldados que permanecian detrás de ellos.

—Sí; vamos donde gusteis.

—Seguidnos.

Y los acompañaron á un saloncito cuadrado.

—Sentaos,—añadió el guardia,—y esperad ahí las órdenes de S. E.

Aquellos obedecieron; la única puerta que tenía su nueva

prision se cerró, viéndose solos entre ricos divanes y sillones, grandes espejos, y un decorado infinitamente mejor y más rico que el del estrado de Vignati.

—Descansemos,—exclamó Busato.—Por lo pronto hemos ganado en calabozo, y si abrigara esperanza de vivir, os juro que me hallaria aquí bien. ¡Qué lujo, conde!

—¿Qué te extraña? Los españoles son dueños de medio mundo, y la fortuna de los *invencibles* es la primera de Madrid.

—Tenemos dos balcones; ¿abro uno?

—No; obedezcamos, y no aumentes las desgracias que nos rodean.

—Corren por esos pasillos. ¿Oís? Imponen silencio y mandan despejar.

—Cierto; como que es más de la media noche.

—Sí, comienza á reemplazar el silencio á la algazara de ese público entusiasta.

—Me parece que cierran las puertas del palacio; si no me queda duda.

—No será extraño; las órdenes del duque del Imperio, tengo noticia de que se cumplen con pasmosa rapidez.

—He notado hoy que los soldados y oficiales le quieren como á un padre.

—Y á mí me consta que sus enemigos le ódian como á Lucifer.

—Eso prueba lo bueno que es para unos y lo fatal y terrible que aparece para los otros.

—¿En qué caso estamos los dos?

—En el último, conde, en el último.

—¡Ay, verdad es!

—¿Para qué nos habrán traido aquí?

—Acaso sea para que el tribunal nos escuche.

—¿Y qué vamos á contestar?

—Nada; sólo nos resta implorar la clemencia de nuestros jueces.

—Ya no se perciben vítores ni ruido alguno.

—Este silencio se va pareciendo al de nuestra antigua mazmorra.

—Es cierto.

—¡Cómo llega á los hombres la esperanza, de qué modo desaparece, y qué vida tan amarga arrastramos los que no anduvimos por el camino recto!

—Eso mismo me he dicho ya hoy cuarenta veces.

—Y lo peor es que si recobrásemos la libertad tornariamos á ser malos.

—Si yo escapase de esta y hallara un modo de vivir sin tantos afanes, incertidumbre y desasosiego, os juro enmendarme.

—¡Es tan sabrosa la venganza!..

—¿Seríais capaz todavía de atentar contra los que llamais enemigos?

—Si la ocasion se presentara, ¿tú no te atreverias?

—Contra los españoles jamás; buena leccion nos han dado.

—¿Y contra el duque?

—¡Jesús! ¿Osariais vos?..

—Él tiene la culpa de todo lo que nos sucede.

—¿El ó nosotros?

—Sin su llegada, habilidad y destreza, nuestra suerte sería mejor.

—Vignati, yo fuí malo, pero vos me aventajais mucho, mucho.

—¡Cómo ha de ser! Todo esto no es más que hablar; ántes de poco tendrán la bondad de concedernos tres horas para arrepentirnos, dos sacerdotes y un verdugo.

—Callad, que abren esa puerta.

Así era efectivamente, presentándose en el umbral el alférez que los condujo al palacio, el cual exclamó:

—Conde Vignati, seguidme.

Aquél le obedeció, quedando solo y encerrado Busato.

El padre de Angelina, en pos del oficial, atravesó vários salones, hasta penetrar en una extensa habitacion que servía

de despacho al duque del Imperio. Osorio se hallaba sentado junto á una mesa, y lucía en estos instantes banda de general, la cruz de Santiago y el toison de oro; su hermosa cabeza estaba descubierta, vestía rico traje de seda, y el sonrosado de sus mejillas demostraba que no recibió herida ni golpe en la fatal contienda de por la mañana. A su derecha se veian el nuevo general de marina Roch y el maestre Zalla; á su izquierda otro maestre de campo, el capitan Vitali, y á la puerta del despacho dos pajes que anunciaban, levantando la cortina, á los que entraban y salian. Cuando éstos exclamaron:

—El conde Vignati.

Se hallaba Flaviano hablando con el marino Roch y sonriendo al escuchar el relato de nuestro intrépido catalan; pero al oir el nombre del padre de Angelina, calló el uno, adquiriendo el otro actitud grave é imponente.

Vignati se presentó trémulo, descolorido y torpe; entró é hizo una reverencia, faltándole fuerza para avanzar. Entónces le dijo el duque:

—Acercaos.

El reo obedeció hasta quedar apoyado en la mesa, á cuyo lado opuesto se hallaba Osorio.

—Serenaos, —añadió aquél; —estais delante del duque del Imperio y de los señores Roch, Zalla, Rodrigo y Vitali.

El conde miró á derecha é izquierda, fijándose luégo en Flaviano, al cual se atrevió á decir:

—Señor, estoy tranquilo; V. E. es noble, generoso con sus enemigos, y no atentará contra la vida de un hombre que ofrece enmienda y se encuentra pesaroso de las faltas que ha podido cometer.

Vignati pronunció las anteriores frases con voz balbuciente, temblando y con intervalos que patentizaban la pavura de que era víctima. El duque prosiguió:

—Es indispensable que salgais de ese estado angustioso, conde; ved á vuestra derecha á ese jóven capitan que cuenta poco más de veinte años de edad, y no obstante hallarse ante

la presencia del que hoy rige los destinos de Nápoles, del que sentencia á muerte ó premia, sin que nádie se lo impida; ved, repito, lo sereno que aparece.

—Ya sé que es muy valiente y digno de la proteccion que V. E. le otorga.

—Hace poco lográsteis aturdirlo y áun mandarlo castigar de un modo injusto y cruel.

—Lo desconocia, señor, lo desconocia, y harto arrepentido estoy de haber cometido aquella falta.

—Fijaos ahora en mi amigo Roch, el más célebre general de marina que cruza el Océano. Se bate en tierra; dirige en los buques los abordajes, defendiendo siempre una causa santa; vence á sus enemigos; eleva el nombre de su país, y llena de asombro al universo entero con sus heróicos hechos de mar y tierra. Bien sabeis, además, que como hombre de ciencia no tiene rival; várias veces salvó mi vida, y noté con grata sorpresa que donde no llegan los grandes marinos, alcanza con facilidad pasmosa este honrado é intrépido catalan. ¿Sabíais su historia?

—Sí, señor.

—Muy bien. A su lado está Don Alvaro Zalla; nació plebeyo é hijo de un pobre, pero valiente soldado, que peleó junto al primer príncipe de Italia en Fuenterrabía, Francia é Italia. Mísero manchego el hijo, escondido entre los terrones de su país, tenía la edad escasamente de Vitali, cuando la suerte lo acercó á seis hombres que el vulgo apellida *invencibles*. Desde aquel dia hasta hoy su vida forma una cadena de hechos gloriosos, siendo de notar que une á su indomable valor, acierto y sangre fria, una generosidad, una nobleza que nádie puede negarle sin aparecer injusto. Ganó su nombramiento de alférez demostrando heroismo, y fué recibiendo luégo los restantes grados sobre el campo de batalla; y en verdad que, léjos de deber favores á los que propusieron sus ascensos, podia estar resentido de ellos, que hay pechos ménos hidalgos, mucho ménos acreedores, cruzados con la banda de ge-

neral, miéntras que él luce la modesta de maestre de campo. Conde, ¿juzgais, como yo, que mi amigo Alvaro es digno de admiracion?

—Sí, señor.

—Entónces, ¿por qué los mandásteis asesinar traidora y cobardemente, en union de sus criados y de cuantas personas se rodeaban?

—¡Me han calumniado!..

—Mentís; se lo oí á Busato y ocho cómplices; el primero está cerca de vos; ¿quereis que le mande entrar?

—¡Perdon, señor! Tambien estoy arrepentido de esa falta.

—No há mucho me vi obligado por centésima vez de mi vida á barnizar mi cútis, cubrir mis carnes con grosera lana, y de este modo sorprender á los miserables y crueles enemigos de España. Me proponia conocer sus pretensiones; ver si les asistia justicia, y en último caso, aconsejarlos y separarles por los medios persuasivos del fatal camino por que habian entrado; todo con el deseo de evitar que vos y cuantos menguados alucinásteis, besasen el suelo de Nápoles y regaran las calles con su villana sangre. Tenía ya conseguido mi objeto en parte, cuando me acerqué á vos, y en vez de encontrar un hombre reflexivo, elevado, capaz, en fin, de dirigir y mandar á quince mil hombres, hallé un conde altanero, iluso, descomedido y torpe que, valiéndose de traicion inícua, me encerró en una mazmorra, sentenciándome á morir de hambre y sed.

—¡Misericordia, señor duque! No sabía que era V. E.

—Cierto; por creer que se trataba de un conspirador como vos, me impusístes un castigo cruel, injusto y terrible, pero largo, cuya circunstancia me permitió burlar tan atroz condena. De saber quién era yo, os habrias asociado á ciento para coser mi pecho á puñaladas en el acto.

—¡Piedad, señor!

—Hecho tan inícuo, que demostraba todo el veneno y maldad del jefe supremo de una revolucion infame, fué la causa de que os permitiera lanzaros á probar fortuna y de que hoy

llore Nápoles miles de víctimas. Cuando vuestros compañeros os elevaron á presidente y director, claro es que se os parecian en perversidad; y con gente tan ruin no es dable, por desgracia, que transija el caballero hasta haberla hecho besar el polvo donde él fijó su planta. Como virey de Nápoles, me he concretado á recordaros los sucesos aislados en que vos fuísteis el único actor; por cualquiera de ellos mereceis la muerte con arreglo á las leyes del reino. Sin embargo, se contraian á mis amigos y á mí, y os los hemos perdonado.

—¡Gracias, señor!..

—No he concluido. Terminada la contienda mandé reunir el consejo, y lo hice árbitro de las vidas de los enemigos de España que sobrevivieron á aquella; entre ellos estábais vos, como jefe principal de la revolucion, y el tribunal, que no abandonará su puesto hasta que haya fallado la última causa, empezó por vos, pues siendo el primero entre los malos, no podiais ser el último entre los juzgados. Aquí teneis vuestra causa, bien lacónica por cierto; no fuísteis habido, y os sentenciaron sin oiros, pero con justicia. Vedlo ahí.

El duque alargó á Vignati un escrito que éste leyó temblando y con agitacion creciente.

Cuando hubo concluido, se le cayó de las manos, murmurando:

—¡La muerte en garrote vil!

—Eso es; con razon de sobra para pronunciar ese fallo.

—Pero vos, señor, ostentais la potestad real, y os es dado indultarme. ¡Yo os juro!..

—¿Podeis alegar alguna razon contra esa condena?

—Ninguna.

—¿Creeis, como yo, que es justa?

—Sí, señor.

—De perdonaros, me es imposible consentir que muera uno solo de los que os obedecian.

—Vuestra clemencia cuentan que es inagotable.

—¿Recordais el fallo que pronunció la junta revolucionaria

contra los españoles y napolitanos que defendiamos los intereses de España?

—Sí, señor.

—¿Nos hubiérais perdonado á alguno?

—Probablemente no.

—Contestad de un modo terminante.

—No, señor.

—Pues bien; para que podais comparar la diferencia que hay de vosotros á los que juzgábais enemigos, yo tenía el firme propósito de no consentir que después de la lucha pereciéseis uno sólo de vosotros. Y este interés fué mayor respecto de vos, á quien mandé encerrar en su propia casa, para evitar que mis soldados os matasen en las calles, y cumplir de este modo la palabra que dí á vuestra hija de perdonaros y velar por vos.

—Mi agradecimiento será eterno; España contará conmigo siempre; con mi brazo; con mi fortuna, con...

—¿Para qué los quiere? ¿Creeis, por ventura, que entre los soldados que defendemos la bandera española hay alguno que sienta pavor al escuchar los clarines ó atambores de guerra?

—Entiendo que no.

—Segun he oido, encerrado vos en una mazmorra os infundian terror las descargas, y de ser así, para nada os necesita el país que cuenta por hijos tantos valientes como hombres.

—He querido decir que nunca volveré á atentar...

—Tambien es inconducente vuestra oferta; vine á Nápoles á combatiros, y no saldré de él sin pulverizar hasta las raíces de una revolucion nefanda, inícua é injustificable. Jamás escuché los juramentos ni ofertas de mis contrarios; los perdono por caridad, y sin cuidarme de sus frases; los inutilizo por conveniencia. Debeis á vuestra hija y á Vitali la vida, y en obsequio al último os levantaré tambien la pena inmediata y confiscacion cuando esté convencido de que amais á la primera, la unís al segundo y sois para ámbos un padre tierno y cariñoso. Libre estais, marchad á vuestro palacio.

El conde quiso hablar, pero ahogó sus frases la emocion que sentia, y falto de fuerzas para expresarse, cayó á los piés del duque, cogiéndole una mano, que besó repetidas veces contra la voluntad de aquél.

—Alzad, Vignati,—exclamó Osorio levantándole.—Nada me debeis; os juro que os habria visto dar garrote con mucho gusto: para los enemigos de España sólo ira y desprecio abriga el corazon del duque del Imperio. Demostrad esa gratitud á Angelina y á Augusto.

—Para acceder al deseo de mis dos hijos era preciso que vuestro pecho rebosara nobleza y generosidad.

—Puesto que empezais á conocernos, id haciéndonos justicia, conde.

—El agradecimiento embarga mi voz; nada más os digo. Hijo, mi querido Augusto, ¿quieres venirte á habitar tu futuro palacio? Ya que me has perdonado, sé generoso y permíteme que vaya á mi casa apoyado en tu fuerte, hidalgo y robusto brazo; me siento desfallecer, hijo mio.

—Si mi amado protector y jefe me lo permite, iré con mucho gusto; de lo contrario, me es imposible. Más que á Angelina, que á mi propio sér y que á cuanto existe sobre la tierra, estimo, considero y respeto al señor duque.

—Id,—le contestó Osorio.—Llevaos vuestra compañía, quedad en el palacio, y unios al momento á Angelina, si deseais que apadrine vuestra boda.

—¿Tan pronto marchais?

—Lo ántes que me sea posible. Salid, que la noche avanza, y aún me resta bastante que hacer; mas primero estrechad mi mano, valiente capitan; vuestro padre, protegido por el mio, no era más bravo que vos.

—Esas frases, señor, en vuestros labios, son la mayor recompensa á que puede aspirar un soldado.

Se estrecharon ámbos, Vignati se inclinó ante los cuatro que quedaban en forma de reverencia, y salió apoyado en su futuro yerno.

—Que venga Busato,—exclamó el duque, añadiendo:—¿Qué os parece ese hombre, mi querido Roch?

—Un miserable,—contestó el marino,—que ha de ser tan altanero y déspota con los infelices que se vean obligados á obedecerle, como humilde, pequeño y ruin estuvo ante nosotros.

—Bien le habeis calificado; es más: ántes de veinticuatro horas deseará vengarse de mí.

—Lo malo es que le será imposible.

—Quién sabe; bueno es, sin embargo, vivir precavidos. Preparaos ahora á contemplar otro tipo ménos asqueroso, pero cási tan repugnante como el conde; fué un instrumento que me sirvió de mucho, y el que acepté haciendo un sacrificio en aras de mi patria; sólo por ella descendió á tanto el duque del Imperio.

—El señor Busato.

Gritó un paje, y apareció el anunciado pálido, descompuesto su rostro y tan trémulo como Vignati.

—Avanza,—le dijo Osorio;—el inglés representante del embajador en España se ha trocado en virey de Nápoles, que puede darte una libertad que no mereces ó la argolla del patíbulo á que eres muy acreedor.

El ex-polizonte se inclinó ante Osorio, tendiendo luégo una mirada escudriñadora sobre los cuatro personajes que tenía delante. Después se fijó en Osorio, y fué tranquilizándose poco á poco, hasta que logró decirle:

—Ya comprendo que V. E. todo lo puede, y nádie con más motivo supo apreciar el talento, el heroismo, la destreza y sabiduría del representante inglés, convertido luégo en lo que fué siempre, en invencible física y moralmente. Yo me felicito del cambio, y si mi cabeza sirve de algo á la tranquilidad ó buen nombre de España, héla aquí, poderoso señor; gustoso os la entrego.

—¿Y aquel miedo que tenías á la muerte en los dias que precedieron á la revolucion?

—Señor, como todo perece en este mundo, tambien le llegó su vez á mi enorme pavura, y ya me veis dispuesto al sacrificio cuando lo ordene mi amado general.

—Al entrar temblabas, hiciste un esfuerzo, y te serenaste; lo primero fué cierto; esa aparente calma es mentira; la hipocresía, Busato, rara vez te abandona.

—No comprendo la causa; mas lo crea ó no V. E., es indudable que al escuchar una voz amiga, voz que oí en mi casa várias veces, en el bosque, á la orilla del golfo, en las calles de Nápoles; voz que mandaba, imponia y ante la que yo siempre me humillé, es indudable, repito, que sentí latir mi corazon fuertemente, mi espíritu se ensanchó, recobrando, por fin, una serenidad de que carezco cási siempre.

—Difícilmente logrará nádie que tú le digas la verdad; avezado al embrollo y la mentira, es el engaño tu arma favorita. Busato, yo sé lo que haces, piensas y las causas que te obligan á ello.

—No lo niego, señor. ¿Quién desconoce en el mundo la gran sabiduría de V. E?

—A mí no me halagan las excelencias ni adulaciones; eso era al conde Vignati y á los junteros.

—Señor, lo que acabo de expresar há tiempo que lo dice todo el mundo.

—Sin perjuicio de lo cual, hubieras hundido tu puñal en mi pecho, á ser posible y mandártelo tus jefes los revolucionarios.

—¡Yo!

—Sí, del mismo modo que intentabas hacerlo en el incomparable Roch y el valiente Zalla, que tienes delante. Míralos. ¿Recuerdas la noche aquella que, en union de tus ocho compañeros, debiste asesinarlos, pegar fuego á este palacio y confundirlos á todos? Pues yo era uno de ellos; aquel Don Jacobo de Guzman, el representante inglés y el duque del Imperio, son una misma persona.

—Como ignoraba eso...

—Para el vil sicario no hay otra cosa que oro, una órden y el puñal. Antes que te ascendieran á conspirador, ¿recuerdas lo que fuístes?

—Sí, señor. ¡Siempre adversa mi suerte, me condujo al mal, y bien caro lo estoy pagando!

—No, Busato; sólo el malvado se lanza al crímen; la pobreza aconseja el trabajo, y nunca la degradacion.

—No tuve quien me dijera eso; en cambio, hubo muchos que me impelieron al fatal camino por que anduve hasta aquí.

—Tu predisposicion era el todo.

—Mi infortunio ayudó bastante; mas si llegase á verme libre, no volveria á faltar á nádie.

—Esa idea es sincera; pero á los ocho dias de estar en libertad, tornarias de nuevo á tu vida anterior; todo pensamiento digno que llegue á tu cerebro desaparece como ráfaga veloz.

—Señor duque, hace algunas horas me hallaba en una mazmorra, situada en los subterráneos del palacio Vignati; abandonados allí el conde y yo, creiamos firmemente que sólo nos restaba perecer, por cuya razon se apoderó de mi compañero la idea religiosa. En el acto me invitó á orar, mas como él es protestante...

—¡Qué dices, insensato!

Exclamó el duque, poniéndose en pié é intentando profundizar con su mirada los pensamientos más recónditos del polizonte.

—Así me lo ha dicho, señor,—contestó Busato sorprendido.

—¡Una prueba! Dámela pronto ó te mando al patíbulo inmediatamente.

—Me invitó á que rezara unos salmos que juzgó recordar, añadiendo que tenía en su casa la biblia de los protestantes y cuanto habia escrito Lutero.

El duque reflexionó un momento, y aparentando su anterior calma, tornó á sentarse, preguntando al reo:

—¿Qué querias decirme con eso?

—Que léjos de ceder yo al deseo de Vignati, pensé en

Dios, en la religion católica, y sentí un inefable gozo al comprender que todavía me era dado ser bueno y hallar en la otra vida un consuelo y descanso de que el destino y mis maldades, ¿á qué negarlo? me privaron en esta.

—Ahora, Busato, expresas la verdad, pero tus muchos crímenes merecian una expiacion muy larga para el logro del fin que llegaste á ver en lontananza.

—Con gusto la arrostraria si pudiera conseguir un perdon que Dios no niega á sus hijos, cuando los halla arrepentidos y dispuestos al bien.

—Te concedo la vida con tal de que cumplas tu deseo.

—Y yo le suplico á V. E. me facilite los medios.

—Está bien; te otorgo la gracia. Desde este instante me encargo del porvenir de tu hermana y de buscarte una reclusion en que sólo te ocupes de llorar por el pasado y en abrirte un camino nuevo para lo futuro.

—Acaso tenga que violentarme en los primeros meses; posible es que mi empedernido corazon se niegue; pero os juro, señor, que, á despecho de todo eso, llevaré adelante mi pensamiento.

—Muy bien, Busato; lo contrario sería tu perdicion. Supon que yo te perdono, y que estás ya en libertad; ¿qué presente es el tuyo? Eres pobre; ninguna persona honrada querrá alternar contigo; volverás por recurso único á ser criminal, y más tarde ó más temprano espirarás en un patíbulo. Posible es que yo en la presente ocasion demuestre á los vencidos de Nápoles la generosidad de que mis cinco hermanos y yo hicimos siempre alarde para con nuestros enemigos; mas ten en cuenta que al salir de Nápoles, lo que verificaré en breve, será reemplazada mi autoridad por la de un virey tan severo como justo, tan intransigente con el malvado como protector de la inocencia y la virtud, proceda del país que quiera. Mi presencia aquí aleccionó á los contrarios de España, abriendo los ojos á los jefes mis compatriotas que, faltando á los deberes que les imponian sus elevados cargos, durmieron sobre un volcan más

terrible que vuestro Vesubio. Desde ese dia en adelante ¡ay del que falte en las Dos Sicilias! Los jueces serán tan inflexibles como la ley exige. Nosotros no abandonamos nunca nuestros palacios, esposas, hijos y puestos en la corte para combatir una revolucion muerta en su orígen; donde vamos se expurga el mal, lo arrancamos de raíz, y ponemos en su lugar el bien estable y permanente. Deduce de mi relato, que la generosidad del duque del Imperio será en esta ocasion, como en todas, muy provechosa al que se arrepienta y enmiende, pero de nada le servirá al hipócrita y perjuro.

—Quiero, gran señor, purgar mis faltas donde V. E. me mande.

—Suprime el tratamiento, que no lo quiero ni áun de mis criados.

—Espero vuestras órdenes; no en valde me cubrió el manto sublime del generoso señor que honró mi casa, y venciéndome de mil modos me prestó su aliento, vi el bien, llegué á la fuente y bebí.

—Veamos si es cierto; marchas á tu casa; mañana irá á verte un sacerdote, el cual te visitará á menudo; lo que él te mande, eso te impongo yo, eso te conviene, eso debes hacer.

—¿Y mi hermana, señor duque?

—Al unirse el capitan Vitali á la virtuosa y noble Angelina Vignati, se la llevará de doncella ó camarera de su esposa, y ámbos harán su suerte.

—Gracias, señor. ¿Qué otra cosa deseais de mí?

—Que no visites ni recibas en tu casa á nádie; únicamente Orsola y el religioso hablarán contigo; ella entretanto se preparará para el desempeño de su nuevo destino: tú, poco á poco, y violentándote mucho ó nada, te vas disponiendo para entrar en una vida que conduzca al fin que deseas. Eso te mando; elije entre el patíbulo ó lo que te acabo de ofrecer.

—Lo último con el alma y la vida; os lo juro por segunda vez. ¿Quereis que me acompañen dos ó más soldados? Les daré cama, mesa...

—No; vete solo, que yo poco ó nada gano con ese arrepentimiento; eres tú únicamente el agraciado.

—Ya lo sé, y desde este instante uniré en mis oraciones al recuerdo de la Providencia el nombre del duque del Imperio. ¡Señor, que el cielo continúe premiando á un sér tan bondadoso, grande y elevado!

—Espera, Busato. ¿Estás cierto que Vignati es protestante?

—Seguro; en los momentos en que me lo decia no se miente jamás.

—Quiso que tú lo fueses tambien; ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Y te aseguró que tenía la biblia prohibida y las obras de Lutero?

—En un armario de su alcoba.

—Perfectamente; no lo olvides, por lo que pueda acontecer. ¿Necesitas dinero?

—Gracias; tengo de sobra, y sólo anhelo que el sacerdote vaya á visitarme.

—Parte ya.

Busato miró á Zalla y Roch, y asomando á sus ojos dos lágrimas, les pidió un perdon que aquellos se apresuraron á otorgarle, cayendo luego á los piés del duque del Imperio, cuyas rodillas besó, á falta de las manos que aquél le retiraba.

Cinco minutos después salia del palacio con ánimo resuelto de expiar sus faltas y enmendar su vida. Pronto sabremos si era ó no verdadera su contricion.

CAPITULO XXXIII.

El vencedor de Nápoles.—Osorio reemplaza dignamente al príncipe de Italia.—La sangre se puede cubrir con un manto de bondad.

Al salir Busato quedó el duque del Imperio entregado á profunda meditacion, sin que ninguno de los tres que le contemplaban osara interrumpir el silencio que guardaba su señor. De pronto alzó la cabeza el vencedor de Nápoles, y fijándose en Don Rodrigo, le dijo:

—Maestre, retiraos, y descansad.

Salió aquél, y Osorio continuó:

—Vosotros, amigos mios, sentaos junto á mí, que harto tiempo llevais de estar en pié. Acabó por esta noche el virey y empieza el compañero. Bien lo hicísteis, Roch; vuestra galera, convertida en culebra de fuego, deshizo los navíos contrarios, y cuentan que su jefe sufrió las descargas contrarias con impavidez asombrosa. Tenía gana de cruzar vuestro noble pecho con esa banda; la ganásteis, y os la puse con placer indecible; creo que sentí más alegría al ceñírosla que al fijarla en mí el inimitable príncipe de Italia. Mis hermanos se alegrarán mucho cuando lo sepan y el rey tambien, que ya os hace jus-

ticia, y sabe que el duque del Imperio no le engañó jamás.

—Gracias, señor; más que ese mando estimo las frases que concluyo de escuchar. Yo nada puedo deciros. ¿Qué he de añadir á lo que se ha dicho ya respecto del segundo héroe de Malta? ¿Qué elogio cabe después de exclamar Julio de Silva: «Mi hermano Flaviano va sobreponiéndose á nosotros cinco?»

—Vuestro cariño y nada más; ante el genio del príncipe, ¿qué valgo yo ni ningun nacido? Roch, léjos de él podré hacer algo que luzca, mas en el instante que nos volvamos á reunir los seis, sólo el hijo del santo brillará. Esto, no obstante, deseo que tornemos á estar juntos lo ántes posible.

—Y yo tambien; ¡caramba! Mi esposa se impacientará, con razon, por lo mucho que se va prolongando nuestra ausencia.

—Y la mia,—contestó Zalla,—si bien creo que las consolará el príncipe de Italia.

—La tuya,—dijo el marino,—es fuerte; pero la señora duquesa y mi pobre veneciana, que son tan tiernas, dulces, débiles...

—Roch, hablemos de otra cosa, que es muy tarde, y á estas horas no conviene tratar de eso. ¿Qué os parece mi conducta respecto de Vignati y Busato?

—Admirable, señor; la prision de ámbos, el aislamiento y el terrorífico aparato que precedió á su perdon, debieron disponerlos á una enmienda que creo sincera en el último y dudosa en el otro; bien es verdad que el conde abriga una maldad y saña que se traslucen hasta en su mirada y rostro. Yo no los hubiera perdonado, mas en esta ocasion quisísteis igualaros al príncipe de Italia, y por cierto que él no podria hacer más que vos. Respecto de esos dos ya no tiene remedio; con los demás, sin embargo, estad duro, muy duro; es la única manera de evitar que en lo sucesivo intente levantar la cabeza la revolucion.

—Pienso, general, que todos los prisioneros de Nápoles cuentan con padres ó hijos y con muchos parientes; de los que

han muerto en las calles nádie podrá culparnos; ellos fueron los primeros en lanzarse á la pelea, y sabido es que en ella se logra perecer con mucha facilidad; pero el ensañarnos con los vencidos, sobre ser inhumano é impolítico, pudiera surtir el efecto contrario, y por cada enemigo que inutilizásemos levantarse quince.

—Por Dios, señor duque; ya que lográsteis combatir una revolucion con heroismo que admirará siempre el mundo, no dejeis las cosas á medio hacer; estirpad el mal de raíz, y que no quede, por último, un solo traidor. Acordaos de la sentencia que nos impusieron á los españoles.

—¿Pretendeis que nos igualemos á ellos?

—No; á nosotros nos basta aplicarles la ley para no dejar ninguno con vida.

—Roch, son las dos de la madrugada; durmamos hasta las ocho, y mañana con calma y frialdad pensaremos lo que más conviene á nuestra querida patria, lo que está más en armonía con sus intereses, preponderancia y buen nombre.

—No desistiré nunca...

—A dormir, Roch; vuestras carnes de hierro son ménos duras que vuestro empedernido corazon de marino.

El duque los estrechó, retirándose cada cual á su respectiva alcoba.

Osorio halló á la cabecera de su cama al buen Ros, el cual, al verlo, le cogió una mano, y besándosela con efusion, le dijo:

—¡Gracias á Dios que os veo! ¡Oh, qué dia tan cruel he pasado! ¡Vos batiéndoos, y yo entre faldas, como mísera y cobarde mujer!

—Por cierto que me olvidé de tí. ¿Quién te dijo que podias abandonar el palacio Vignati?

—El capitan Vitali.

—¿Entónces, acabarás de llegar?

—En cuanto le vi y me dijo que estábais bueno y que debia retirarme, partí como una centella.

—¿Y la llave de la trampa?

—Conmigo viene.

—La unes á las del arca de agua, en tanto que el conde, por órden mia, destruye la terrible mazmorra. Ves desnudándome.

—¡Conque la revolucion quedó aplastada bajo la planta poderosa de mi amo y señor!

—Sí.

—¿Se batieron bien?

—Algunos con el valor de la desesperacion; la mayoría corrió.

—Lo haria al escuchar vuestro nombre.

—¿Y Angelina?

—Continúa bella, encantadora, deliciosa; pero convertida en fatal cancerbero de sus doncellas y camareras.

—Me alegro.

—Yo no; es una crueldad y hasta un abuso.

—¿Te despediste de ella?

—No, señor; en cuanto oí las pisadas de los caballos, salí al encuentro del capitan, crucé con él unas cuantas frases, y escapé. Tengo que volver mañana...

—¿A qué?

—A recoger mi equipaje y á despedirme de todos.

—No; yo le encargaré á Augusto que te mande lo uno y que haga lo otro en tu nombre.

—¡Qué dirian aquellos leales sirvientes!

—O sirvientas.

—¡Pobrecillas; qué mozo han perdido!

—Ros, modérate, porque te caso en Nápoles.

—¿Aquí? Vaya, vaya, vos no conoceis á las hijas de este país.

—He nacido en él, y me consta lo que son y lo que valen.

—¿Nos marcharemos pronto?

—Sí.

—¿Qué tiempo nos queda de estar aquí?

—Ocho ó diez dias.

—Mucho es, y si me incomunicais con el palacio Vignati, tendré... ¿Se casan Vitali y Angelina?

—Sí.

—Más le gusta á ella mi señor que el nuevo capitan.

—Ros, saca bien esa bota, y no formes juicios temerarios.

—No sabe hablar de otra cosa que del duque del Imperio; diez veces le recordé hoy á Vitali, y siempre mudó de conversacion.

—¿Y quién te aconsejó que hicieras esas citas?

—La venganza.

—¡Qué estás diciendo!

—La venganza, señor; desde que se levantaron sus doncellas y camareras hasta que las vió acostadas, no me ha perdido de vista un solo instante.

—Es un ángel que ódia el vicio y la corrupcion.

—Podia empezar por amar mucho al capitan Vitali y olvidarse de vos.

—Es pura, y será tan leal á su marido como lo fué á su honra de soltera.

—Sí, gracias al nuevo sistema adoptado por el señor duque del Imperio; sistema que rechaza... la frase es muy dura, y me la callo.

—Dila, hombre; te mandaré sacar la lengua, y dejarás de ser bribon.

—Señor, el oficio de santo es muy difícil.

—Ros, y el de truan muy expuesto.

—Cuantos me conocen dicen que soy un modelo.

—¿De qué?

—De galantería, atencion, en fin, aspiro á reemplazaros. ¿Recordais aquel caballero que atraia con la voz, cogia con las manos y era el encanto de ellas, el *coco* de ellos? Que hablen España, Italia, Francia...

—Calla, Ros.

—¡Con qué entusiasmo os servía entónces! ¡qué de lances y cuántas victorias logramos, amo mio! Aquello era la vida en

la gloria; ahora la tenemos en el limbo; es decir, la teneis; y como yo os amo tanto...

—Tambien yo te quiero mucho; por eso te casaré en cuanto lleguemos á Madrid, seré tu padrino de boda, el protector de tus hijos, y gozaré con la paz y tranquilidad de tu hogar doméstico.

—Muchas gracias, generoso señor; no me gusta el cuadro ni me agradan las consecuencias; porque me estimais en una parte de lo mucho que yo valgo, quedará reducida á una amenaza la fatalidad que me presentásteis á la vista.

—Sube un poco la ropa. Así. Retírate.

—¿Nada más quereis?

—Sólo dormir, que buena falta me hace.

—En este momento habla Angelina con Vitali, y suspira por el duque del Imperio; me lo dice el corazon.

—¡Dios me dé paciencia contigo!

—¡Ah! le vi el pié esta mañana, y me asombró lo pequeño y bonito...

—Ya lo sé.

—¿Tambien vos?..

—Sí, una noche, sin pretenderlo... Se le enganchó el vestido en una planta.

—¡Terrible tentacion, amo mio!

—Vete á descansar.

—¡Qué fuego despiden sus ojos; que cútis tan blanco, y qué mirada!.. Yo no sé decirlo como vos, pero en fin, qué mirada tan *gachona*.

—¿Qué te propones, bribon?

—Admirar vuestra fortaleza, y si veo que flaquea por algun lado, romperla.

—Si te conviertes en demonio, no extrañes que te confunda en el infierno.

—Me voy convenciendo, señor, que sois más duro que la roca. ¿Iremos mañana al palacio Vignati?

—No, y te advierto que anoche dormí poco, estuve ba-

tiéndome dos horas, seis á caballo y el resto dictando órdenes, que han dejado rendida mi materia é inteligencia.

—¿A qué hora os despierto?

—A las ocho.

—El cielo vele vuestro sueño. ¡Ay, pobre Angelina!

Salió el criado, y el duque meditó un poco, exclamando para sí:

—Después de perdonados Vignati y Busato, dudo, vacilo sobre la suerte de ese inmenso número de prisioneros que lloran en las cárceles y enlutan á sus familias. Dormiré esta noche, y mañana rogaré á Dios que me inspire. La ley está terminante, pero mis facultades son ilimitadas, se sobreponen á aquella, y una palabra mia basta para dar fin al llanto y dolor de tanto infortunado. ¡Mi patria... la caridad!.. Durmamos, y mañana pediré á la Providencia una idea fija que niega hoy á mi pobre entendimiento.

Y cerró los ojos, quedando presa un instante después de tranquilo sueño.

La revolucion estalló en la forma referida por Busato á Vignati, terminando del mismo modo que aquél contó. Puesto el marqués al frente de ella, y siendo, á no dudarlo, más valiente y entendido que el conde, se alzó potente, y hubiera triunfado á no tenerla cortada desde su orígen el duque del Imperio. Los conjurados, que fundaban la seguridad de su éxito en la traicion y la sorpresa, se encontraron de pronto con que los ignorantes eran ellos, y creció su asombro al verse sitiados en la calle de Toledo por cañones, mosquetes, picas y agudas lanzas. Y como si esto fuese poco, se vieron cortados, y en el corazon de sus huéstes al duque del Imperio, invencible hasta entónces, y tan audaz y valiente que aterraba su solo nombre. Posible es que de haber hallado medio, desde el marqués hasta el último afiliado huirian ántes de disparar el primer mosquete; pero se vieron en el terrible trance de pelear ó rendirse, y los más bravos optaron por lo primero. Sobre ellos cargó Osorio, embotando su lanza á cada momento, defendien-

do á los suyos, y siendo lo que siempre, esto es, un rayo asolador. Las autoridades y el ejército todo, entusiasmados al contemplar la heroicidad de su general, le secundaron admirablemente, logrando de este modo que la revolucion no saliese de la ancha y extensa calle de Toledo, donde á las dos horas de combatir quedó vencida, aniquilada, deshecha. Estaban tan bien tomadas las medidas del duque, y sus disposiciones fueron tan acertadas, que no logró escapar uno sólo de los que tenían las armas en la mano. Desde ántes de concluir empezó á apoderarse de los conjurados un pánico tan grande, que arrojaban sus mosquetes, picas, partesanas ó espadas, é imploraban de rodillas el cuartel que se apresuraba á darles su generoso vencedor.

El duque, notando que su lanza era ya inútil, corrió de un lado para otro, prohibiendo con su voz y autoridad que se ofendiese á ningun vencido.

—Quiero,—se decia,—imitar al príncipe de Italia ántes y después del combate, y á ser posible, me he de sobreponer á él.

Y realizó su intento, asombrando su bondad más, si cabe, que su heroismo é intrepidez durante la lucha: momentos hubo en que le vitoreaban con tanto entusiasmo los vencidos como los vencedores.

Roch á la vez destruia los cuatro navíos contrarios, segun expuso Busato, pero con otro temple de alma y diferente educacion, no dejó de disparar contra sus enemigos ínterin quedó un mástil sobre el agua; con más saña, ira y ciego coraje que Osorio, exclamó, con verdad, al concluir:

—Perfectamente; el que quiera saber el número de mis contrarios, que cuente el de los muertos, y le dará una suma igual.

Y entró en el puerto, sereno y tranquilo como si acabara de cumplir un deber de conciencia. Su buque estaba averiado, pero era posible repararlo á flote; dispuso que lo verificasen en el acto, y desembarcó, para recibir una ovacion que merecian su destreza, arrojo y patriotismo.

La nobleza y pueblo de Nápoles que no tomaron parte en la revolucion, temieron durante la pelea, luégo se fueron tranquilizando, supieron lo acontecido, concluyendo por echarse á la calle y formar con sus voces, entusiasmo y actitud una corona, que el duque del Imperio recibió con la sonrisa en los labios. Desde aquel instante apareció Nápoles adornado con colgaduras, las aclamaciones al héroe no cesaron en todo el dia, repitiéndose por la noche. Entónces la ciudad se iluminó profusamente, y el pueblo de los músicos y cantores corrió por calles y plazas, entonando himnos y trovas en loor del valeroso huésped que le honraba. Así continuó hasta las dos de la madrugada en que se cerraron las puertas del palacio del virey, y el sueño y cansancio les obligó á retirarse.

Permanecieron, no obstante, el dia y la noche sumidos en el desconsuelo y la amargura algunos millares de familias pertenecientes á los revolucionarios. Todo el pueblo *lazaroni*, bastantes artesanos, cien nobles y más de cuatro mil provincianos estaban la mayor parte encerrados en oscuros calabozos, y los restantes en los hospitales, sufriendo las consecuencias de las heridas que recibieron durante la pelea. Los muertos apénas llegarian á quinientos, quedando, por consiguiente, un número considerable, suficiente á llenar todas las prisiones y enfermerías de Nápoles y el triple de unas y otras que se habian aumentado provisionalmente.

Muchos eran, en fin, los que no tomaron parte en la revolucion, y ahora aplaudian el triunfo de los españoles, y no pocos los que contaban al padre, hijo, hermano ó pariente próximo á subir al cadalso.

Ya hemos dicho que, efecto de lo bien tomadas que estuvieron las medidas del duque, no pudo escapar uno solo de los que tenían las armas en la mano; y como aquél cogió la lista de todos los conjurados, terminado el combate se procedió al arresto de los que no salieron de sus casas por temor á perecer, pero que estaban complicados en la revolucion. De aquí resultó que durante el dia quedaron aseguradas las personas

de cuantos querian la independencia de Nápoles. Un consejo de guerra nombrado *ad hoc* funcionaba sin tregua ni descanso, los oia uno por uno, é iba fallando con pasmosa brevedad. Cási todos merecian la muerte con arreglo á las leyes del reino, y los jueces sin consideracion alguna se la impusieron.

Tal era el estado de la revolucion abortada por completo, cuando amaneció el dia siguiente á aquel en que estalló, y los habitantes de Nápoles pudieron ver en todas las plazas de la ciudad la siguiente alocucion:

«Don Flaviano de Osorio, duque del Imperio, grande de »España de primera clase, caballero del Toison de Oro, de la »Orden militar de Santiago, general de mar y tierra, virey de »las Dos Sicilias, etc., etc., dice al ejército y habitantes de »Nápoles»:

Empezaba dando las gracias á los jefes y soldados por el valor, disciplina y acierto que demostraron el dia anterior, ofreciéndoles recompensar con estricta justicia los servicios prestados. Luégo invocaba el nombre de la patria para que continuasen fieles á sus banderas y prosiguieran demostrando al mundo tanta lealtad como bravura, tanto valor como generosidad.

A continuacion dirigia su voz al pueblo, patentizando las traiciones, cobardes manejos y horrible trama de que habian hecho uso los conjurados para promover una revolucion, que de triunfar costaria arroyos de sangre, conduciendo el país á perpétua anarquía. Citaba los nombres de los jefes revolucionarios, recordaba la historia de esos hombres, y los presentaba ante el público tan ambiciosos, déspotas y miserables como eran realmente. En esta parte de su magnífica alocucion estaba persuasivo, lógico, hábil, y su destreza aparecia más admirable que nunca.

«En prueba,—les decia nuestro general,—de que sólo han alegado pretextos para saciar torpes pasiones y miserable ambicion, yo, que represento aquí la sagrada persona de S. M. el rey, y que traigo, gracias á la bondad de nuestro soberano,

facultades ilimitadas, abro una audiencia que durará desde las ocho á las doce de la mañana y de la una á las seis de la tarde. Llegad á mí, nobles y plebeyos, ricos y pobres; á todos os recibiré gustoso, y con la mano puesta sobre los Santos Evangelios, juro hacer justicia, sin distincion de nacionalidad, clase ni condicion. Todos sois mis hijos; acercaos, los sedientos de justicia, y la hallarán cumplida y completa.»

El duque del Imperio, no obstante las dificultades que ofrecia entónces la imprenta, tan atrasada aún, dispuso que todas las prensas de Nápoles trabajasen la noche anterior, logrando repartir al dia siguiente cuarenta mil ejemplares de su alocucion, con otros tantos que mandó á las provincias horas después.

El pueblo la leyó, primero en las plazas donde se habia fijado, y cogiéndola luégo, la comentaba en las calles, en los establecimientos públicos y en las casas. Toda ella gustó mucho, llevando la conviccion á cuantos tuvieron conocimiento de tan notable escrito; pero el final entusiasmó á los napolitanos de un modo indescriptible, dando lugar á un acontecimiento que elevó al duque del Imperio á un puesto donde sólo consigue llegar el héroe que une á su sabiduría una grandeza de alma y generosidad sublimes; pero no adelantemos el discurso.

A las ocho de la mañana entró Ros en la alcoba de su amo, y después de mirarle con alegría, le dijo:

—¿Señor, señor? Ya es hora.

—¿Qué hay, Ros?

—Nada de particular; sigue aplaudiéndoos el ejército, vitoreándoos el pueblo, suspirando por vos Angelina, y por mí sus camareras y doncellas.

—Siempre con lo mismo. ¿Qué dijeron al saber quién eras?

—Con la boca nada, que estaba delante el cancerbero; pero con los ojos... ¡vaya unas miradas! ¡Ay! Señor, tengo que marchar al momento á casa de Vignati; me hace mucha falta la ropa que dejé allí.

—No puede ser.

—¡Amo mio, me urge; tengo una prisa!..

—Me van dando ganas, Ros, de mandarte hoy á Madrid, encargando á la duquesa que te case en cuanto llegues.

—Imposible parece, señor, que un cerebro tan privilegiado enjendre esa idea. A bien que vos no podeis prescindir de mí; hace ya diez años que soy la concha y vos su perla inseparable.

—¡Bribon! tus adulaciones me hacen poco efecto. Vísteme. ¿Qué rumor es ese que llega hasta aquí?

—Será el pueblo que se agolpa á la puerta del palacio, deseando volveros á contemplar.

—No; parecen voces de mujeres.

—¿Me entero?

—Creo que llega alguno.

Osorio se sentó sobre la cama, apareciendo en el mismo instante el maestre Zalla, que le dijo:

—Señor, ¿podeis oirme?

—Si, amigo mio. ¿Qué acontece?

—Hay en el zaguan y parte de la calle multitud de damas y mujeres, jóvenes, viejas, ricas y pobres que, en cumplimiento de la oferta hecha en vuestra alocucion, vienen á la audiencia.

—¡Mujeres decís!

—Sí, señor; pasan de quinientas, y continúan llegando.

—¡No comprendo!..

—Yo tampoco. Oí sus voces en demanda de lo que os acabo de decir; y después de imponerles silencio les ofrecí pasar recado.

—¿Son las ocho?

—Acaban de dar.

—Entónces les sobra razon. Puesto que son tantas, disponed que lleven inmediatamente al estrado mi mesa de despacho, la vuestra, la de Roch y tres sillones; que los fijen junto á ese gabinete. Luégo me aguardais los dos, y que entren todas, procurando que no haya aparato alguno de fuerza ni

otra gente en el salon que vosotros y los pretendientes. Al jefe de la guardia, que deje subir á todo el que lo desee, armado ó indefenso, usando con los napolitanos de las consideraciones posibles. Salid. Mi ropa, Ros.

—¿Qué traje, señor?

—Cualquiera.

—Teneis razon; áun cuando las haya bonitas, ¿qué le importa al insensible héroe la belleza de un sexo tan querido, tan delicioso, tan?..

—¡Hoy te quedas sin lengua! ¡Dame un traje de terciopelo negro. Vivo!

—¡Magnífica eleccion! Aquí está; negras las calzas y botas, los gregüescos y ropilla, y blanca sólo la gola. Traje de luto; como está vuestro corazon, empedernido general. ¡Si yo pudiera reemplazaros! ¡Vaya una higuera que estará entrando en el salon!

—Abrevia.

—¿Gorra?

—Ninguna.

—En Francia usásteis este traje. ¡Qué cosas diria si pudiera hablar! ¿Espada?

—No.

—¿Daga?

—Tampoco.

—¿Escarcela?

—Negra y sin bordar.

—Os la fijo, y ya estais. ¿Qué hago?

—Me esperas en ese gabinete.

—Puesto que la audiencia dura hasta las doce, podia llegarme á casa de Vignati.

—Ahí aguardas mis órdenes.

—Ni come ni deja...

—¡Silencio!

El duque se dirigió á la puerta de la cámara contigua á su alcoba y la abrió, presentándose á sus ojos un cuadro que no

vió jamás. El extenso salon que tenía delante estaba cuajado de mujeres de todas edades y condiciones; seguian llegando más; lloraba la mayor parte, y hablaban entre sí, formando un rumor confuso y triste.

Al asomar, se fijaron en él ochocientas miradas, demostrando ansiedad y temor; callaron, y á la reverencia que les hizo contestaron en coro:

—¡Él es! ¡Dios le inspire!

Y siguió otro rumor más fuerte y confuso.

Todas estaban de pié, llegando ya á dos varas de las mesas que daban frente al salon, siguiendo en compacta masa hasta el otro extremo.

El duque tendió sobre ellas su vista bondadosa y tierna, y notando luégo que Roch y Zalla estaban sentados, exclamó:

—Señores, levantaos, y permaneced de pié.

Seguidamente avanzó hasta llegar junto á las mujeres, á las cuales dijo:

—Abrid calle, que deseo ver á cuantas os hallais en mi casa.

Callaron de nuevo, y se fueron replegando á derecha é izquierda hasta dejarle paso en el centro. Osorio continuó avanzando sin cesar de mirar á uno y otro lado, sorprendiéndole la mezcla de edades y condiciones que se presentaban á su vista.

Concluido su reconocimiento, volvió atrás, quedando delante de su mesa.

—Hijas,—exclamó,—me hallo dispuesto á escuchar, á hacer justicia al que la pida y á tender mi mano al desvalido que implore mi compasion. ¿Qué deseais del duque del Imperio? Hablad sin temor.

En vez de contestarle, se echaron todas á llorar, mezclando sus lágrimas con las siguientes frases:

—¡Piedad, señor; misericordia; compadeceos de nosotras!

Algunas decian:

—Es bueno, generoso y noble; ese rostro tan bello no consentirá que muramos de dolor.

Otras añadian:

—Con los hombres es fiero, con las mujeres afable, tierno y bondadoso.

Y con tales exclamaciones formaban un murmullo, que fué creciendo hasta que el duque exclamó:

—Napolitanas: si todas deseais una misma cosa, si os trae, idéntico fin, que hable una en nombre de las demás.

—Sí, sí.

Gritaron entre sollozos y ayes.

—Pues bien,—dijo una dama de la aristocracia, jóven, bien parecida, y la más serena de cuantas estaban allí,—pues bien; ya que tenemos la honra de dirigir nuestra voz al hijo de Nápoles que más elevó su nombre con gloriosos hechos de armas; ya que nos hallamos delante del caballero más cumplido, dejadme que yo implore su clemencia en favor de cuantas estamos aquí.

—Sí, que hable,—añadieron muchas;—su marido comprometió á los nuestros; por ese y otros sufre el pueblo *lazaroni.*

—Avanzad,—dijo el duque á la dama, alargándola la mano hasta dejarla delante de sus compañeras.—Decid sin miedo; pedid sin tasa, que esas lágrimas sé yo enjugarlas con el paño de la bondad. Callad todas; cesad de llorar, y sepa lo que os trae á mi palacio.

Un silencio no interrumpido por algunos instantes siguió á las frases de Osorio; la que tomó á su cargo exponer la pretension que reunia allí tanta mujer hizo el último esfuerzo sobre sí, y con voz sonora exclamó:

—Señor: mi esposo y los padres ó allegados de cuantas tiene V. E. delante, heridos unos y encerrados los restantes en oscuras mazmorras, esperan el terrible fallo de un tribunal justo, pero severo é inapelable. Nuestros maridos, padres ó hijos faltaron á su rey y á las leyes del reino; esto fué causa de que ayer añadiera V. E. á la inmarcesible corona que ciñe sus sienes una flor más, regada con sangre napolitana. Basta con las desgracias que afligen á nuestros paisanos; reemplace

la clemencia á la justa ira del vencedor, y entónces será completa la victoria para el napolitano Don Flaviano de Osorio. Nuestros corazones llegaron cubiertos de luto; rasgad esa gasa, señor, y demostrad al mundo que el primer caudillo de Europa es más noble que valiente, más bondadoso que guerrero. Nosotras, desde hoy en adelante, enseñaremos á nuestros hijos á bendecir el nombre de V. E.; les inculcaremos el amor á España, y pediremos á Dios por las vidas de seis hombres que se apellidan *invencibles*, no sólo entre los hombres, sino ante todo lo que nos es grande y maravilloso.

—Sí, sí,—contestó el auditorio.—Piedad, señor, piedad.

La dama prosiguió:

—El rigor de la ley llevará al patíbulo á nuestros esposos, padres ó hijos; miles de familias se cubrirán de luto, y las provincias de Nápoles serán regadas por llanto que existirá tanto como nosotras. Confiscados nuestros bienes y encontrándonos además viudas, huérfanas y desvalidas, deberemos á la rectitud de V. E. el bañar con nuestras lágrimas el pan que mendigaremos de puerta en puerta. Duélaos, señor, nuestro infortunio, ó dejadnos morir en los mismos patíbulos que espiren nuestros esposos.

Calló la dama, y el concurso rompió en ayes, sollozos y voces que decian:

—Misericordia, señor, ó matadnos á todas.

El inmenso estrado del duque se habia llenado por completo, viéndose en él más de mil mujeres, teniendo Osorio que retirarse detrás de su mesa por llegar hasta él las oleadas de gente. En este instante crecia de punto la confusion promovida por la angustia y voces de la multitud. Flaviano inclinó la cabeza sobre el pecho, y abstraido de cuanto escuchaba, meditó. Más tarde alzó la frente, é imponiendo silencio con su actitud, forzó su grata y sonora voz, diciendo lo siguiente, que todas oyeron perfectamente:

—Perdono á cuantos prisioneros hice ayer y prendieron después, sea cual fuese su clase y condicion. Alzo los secues-

tros. Los que tengan un modo de vivir conocido, quedarán hoy en completa libertad; los restantes irán á servir al rey. En el hombre honrado y laborioso cabe la enmienda: en el vago es imposible. General Roch, partid inmediatamente, y decid al tribunal lo que acabais de oir, procurando vos mismo que las autoridades realicen en el acto lo que concluyo de disponer. Hijas de Nápoles, ¿estais satisfechas?

—Sí, sí. ¡Bendito sea tu labio!

—¿Quereis algo más?

—Besar vuestra mano, la ropa, el suelo que pisais.

—No; esa recompensa disminuiria el mérito de un perdon con que soñé anoche y realizo hoy con indecible placer. Si alguna se juzga agraviada por autoridades ó españoles, que me pida justicia, que para hacérsela atravesé los mares y vine á Nápoles.

—¡Viva el duque del Imperio!

Le contestaban.

—¡Viva el héroe!

—¡El *invencible*!

—¡Nuestro paisano!

—El que mata con su espada y encanta con su voz.

Y acabaron por derribar la mesa que las separaba del duque, besándole unas las manos, otras las ropas, y hasta hubo quien estampó un ósculo en el suelo que aquél pisaba. Zalla quiso interponerse y evitar que llegasen á él, pero le contuvo Flaviano, diciéndole:

—Dejadlas que hagan lo que quieran de mí.

Cuando hubieron besado sus manos ó ropa, se retiraron atronando el espacio con vivas, que repetia el pueblo sabedor más tarde de la noble accion del que ya elevaba como á ídolo. Este hecho colmó el entusiasmo de los napolitanos, y ántes de anochecer aplaudian al héroe con frenéticos *vivas* hasta los mismos que el dia anterior osaron hacerle frente.

De las cien mil almas que contaba Nápoles, es indudable que habia ochenta mil en la calle de Toledo y restantes

próximas al palacio de Osorio. Jamás se ha mostrado ingrato un pueblo entero con el hombre que, al concluir de vencer á sus enemigos en buena lid, le tiende la mano, le perdona y le demuestra que, léjos de temerle, lo deja en actitud de que elija entre volver á besar el polvo ó entrar en el recto camino de donde no debió salir nunca. Entónces es cuando las masas conceptúan al caudillo grande y elevado; entónces es cuando le alzan el verdadero pedestal y lo adoran como á ídolo, lo oyen como oráculo, y lo consideran como á señor.

El desenlace que tuvo la escena del duque del Imperio y las mujeres, hijas y hermanas de sus prisioneros, causó un efecto en los hijos de Nápoles sorprendente, maravilloso. Miéntras él recibe la recompensa á que le hicieron acreedor su valor, fortaleza y generosidad, siga el lector con nosotros, y contemplará la daga que un malvado pretende dirigir contra el noble pecho que todo lo ha perdonado.

Se dice que para el héroe más elevado sobra con el peor asesino, y es preciso saber si el axioma tiene aplicacion en la ocasion presente.

CAPITULO XXXIV.

Vitali y su futuro suegro.—Renace la dicha.—El cocodrilo no oculta por mucho tiempo la deformidad de su sér.

Es indispensable retroceder. Vimos que Vignati, cogido al brazo de Augusto, salió del despacho de Osorio, dirigiéndose acto contínuo á las habitaciones del piso bajo. Nuestro jóven capitan mandó botar sillas, cedió su caballo al conde, y montando él en otro, se dirigió, al frente de su compañía, al palacio de aquél. Su alférez iba á la izquierda, él á la derecha, llevando en medio al revolucionario.

De este modo llegaron á la morada del último, al cual esperaban de pié y en sus sitios desde Angelina hasta el último criado.

Augusto mandó echar pié á tierra, padre é hija se abrazaron, alojándose el alférez y la tropa en la parte baja, en tanto que los otros tres subieron al piso principal, donde desarmaron al conde, dándole luégo algunos alimentos, que él comió con voracidad.

Hasta este momento, lo mismo por el camino que allí, sólo se habian ocupado del duque del Imperio, de su generosidad, y del acierto, destreza y valor desplegados por el afortunado caudillo; pero cuando Vignati concluyó de cenar, miró á los jóvenes, y brillando en sus labios una sonrisa placentera, dijo á Vitali:

—Hijo, permíteme que te dé ya este nombre: te debo la vida, al logro de la cual tambien ha contribuido mucho mi Angelina, y en verdad que anhelo se cumplan los deseos del duque, uniéndoos lo ántes posible con el santo yugo del matrimonio. Sólo exijo una cosa, para que sea completa mi felicidad; que no os separeis nunca de mi lado. Voy siendo ya viejo, mi palacio es grande, y aquí podemos estar los tres perfectamente. ¿Aceptais?

—Con mucho gusto, señor, si no os molesta la compañía que mando.

—Todo lo contrario; soy aficionado á la tropa, y el ruido, algazara y broma del soldado español me entusiasman. ¿Y tú, Angelina, qué dices?

—Padre mio , el logro de vuestro deseo aumentará mi ventura.

—¡Qué buena eres! Comprendo el mal rato que te habré dado ayer; mucho más que en mis propias desgracias pensaba en tí y en lo que sufririais por mi causa.

—¡Terrible noche y dia, señor! Hasta que el duque me mandó un oficial participándome que nada temiese por vos, y añadiendo que la revolucion estaba terminada, no dejé de llorar y de padecer un martirio indescriptible.

—Lo comprendo, y os ruego, hijos mios, que condenemos al olvido lo que ya no tiene remedio. Nuestra dicha empieza esta noche; hablemos de ella. ¿Te molesta mucho la herida, Augusto?

—No, señor.

—¿Te lastimaron el hueso?

—Lo ignoro, pero entiendo que no, toda vez que siento

cesar á cada instante los dolores que me incomodaban en un principio.

—¡Cómo te aplaudian los soldados y pueblo al cruzar ahora por las calles de Nápoles! Debes haberte batido muy bien durante la mañana.

—Mi protector, á quien seguia, es hombre que manda, dirige, ordena, sin perjuicio de caer sobre el enemigo, y con su potente lanza destruir y aniquilar cuanto le estorba el paso. ¡Qué sér tan privilegiado! Su valor, serenidad y destreza asombran; pero es el caso que los que vamos junto á él tenemos que imitarle ó perecer, y por fuerza hube de arrostrar hoy peligros sin cuento, pues no era cosa de consentir que se me adelantara uno solo de los cuatrocientos leones próximamente que formábamos su escolta. Soy tan jóven, que llamó la atencion lo que hice; puedo, no obstante, aseguraros que cuantos le rodeábamos verificaron lo mismo que yo.

—¿Quién te hirió?

—Un noble napolitano á quien el maestre Zalla mató de un bote de lanza.

—¿Y seguiste peleando?

—Hasta el último instante.

—¿Cómo manejabas el caballo?

—Lo mismo que anteriormente; la sangre me indicó que estaba herido, pero no sentí grandes molestias ínterin duró la pelea.

—¿Estuviste sereno?

—De lo contrario me hubieran muerto cien veces.

—¡Luego no te impone el enemigo!

—Al contrario; arde mi sangre frente á él, le ódio, y deseo destruirlo.

—¡Otro padre; con ese valor, sangre fria y proteccion del duque llegarás á general, y quién sabe!

—No aspiro á tanto, señor; con el cariño de Don Flaviano, el vuestro y el amor de Angelina, me doy por satisfecho.

—¿Qué dices á eso, hija mia?

—Nada; que me uniré á Augusto cuando vos lo dispongais.

—Pronto, muy pronto; mi felicidad reside ya en la vuestra. Vitali estará cansado, y puesto que tiene preparado su nuevo aposento, que se retire al lecho, y nosotros haremos lo mismo; ántes, sin embargo, daré algunas órdenes.

Vignati llamó á todos sus criados y dependientes, mandándoles que obedeciesen al capitan como á su propia persona, facilitándole en el acto cuanto pidiera; luégo estrechó su mano, Vitali besó la de Angelina, y se retiró á su alcoba, en tanto que aquellos, cogidos del brazo, se encaminaban á la cámara de la jóven.

Habia en las órdenes que daba el conde, respecto de Augusto, en la amabilidad y cariño que á éste y á su hija demostraba y en todo cuanto hacía ó hablaba, una bien disimulada violencia que los jóvenes no pudieron traslucir, pero que el duque del Imperio ú otro hombre cualquiera práctico y experimentado penetrarian sorprendidos, obligándoles á usar de una cautela y discrecion desconocidas aún por los dos enamorados. El revolucionario señor fingia en estos momentos con refinada hipocresía, y eran tan sinceras sus frases como verdadero el valor de que solia blasonar. Mandó retirar á todos sus criados varones y hembras, y ya solo con su hija en la cámara de ésta, la dijo:

—Sentémonos, Angelina; comprendo que estarás cansada, lo mismo me sucede á mí; pero creí por muchas horas no volverte á ver más, y la alegría de contemplarte de nuevo supera á mi sueño y fatigas.

—Aun cuando no dormí anoche, pasaré con gusto á vuestro lado todo el tiempo que gusteis.

Ambos se recostaron en un divan; fijo el conde en su bella hija, exclamó:

—¡Ah, picaruela, cómo me engañabas!

—¿Por qué decís eso, padre mio?

—Sabías que estaba en Nápoles el duque del Imperio, que yo conspiraba contra él, y nada me dijiste.

—Os equivocais, señor; al oir su voz la primera vez, al observar su rostro y al notar el contraste que formaban sus modales con el grosero traje, vacilé, excitando mi curiosidad. Volví á verle, y entónces adiviné quién era; pero juré callarlo, y desde aquel instante guardé un secreto que me respondia de vuestra vida.

—¡Ya suponia yo que el fin era santo; no faltaba más sino que una hija tan buena, tan coriñosa con su padre!.. Déjame tu mano.

Y el conde se la cogió, conservándola entre las suyas. Luégo añadió:

—¡Con talento, que yo no te concedia, y con abnegacion que aplaudo, salvaste mi vida; por lo mismo y porque es además la obligacion del padre que te ama, deseo hacer tu suerte; y con tal que tú me ayudes!.. Contéstame con franqueza. ¿Amas á Vitali?

—Padre mio, ese valiente jóven me impresionó; pero como apénas he hablado con él, no tuve tiempo de conocerlo á fondo y de apreciar sus cualidades; mas le quiero, le juzgo digno de mí, y acaso me haga dichosa.

—¿Es decir que te casarás con él?

—Sí, señor.

—¿Con gusto?

—Sí.

—Yo tenía otro pensamiento más grande; por eso me opuse en un principio; pero ¡ay! vi hoy desvanecidas mis ilusiones, y la idea de unirte á un príncipe fué deshecha por los botes de lanza del duque del Imperio, y yace en el panteon de la desgracia, unida á mi presidencia, rango de dictador y poder absoluto que creí haber logrado.

—Pobre ó rica, poderosa ó humilde, hubiera preferido siempre la boda con Vitali á la de cualquier otro hombre desde el rey al plebeyo.

—No me dices la verdad, Angelina.

—Os lo juro, padre mio.

—Voy á probarte que te equivocas.

—Sepamos.

—¿Entra en ese número el duque del Imperio?

—Señor, Osorio es casado, y sólo á su esposa le fué permitido pensar en tan cumplido y gallardo caballero. ¿Por qué me decís eso?

—El dia aquel que os sorprendí en esta misma estancia, vi y escuché lo suficiente para convencerme de que te gusta más la figura de Flaviano que la de Augusto.

—No hay punto de comparacion entre el uno y el otro; pero aquél no puede ser mi marido, y á una dama como yo no le es dado aceptarle por amante.

—¿Solicitó serlo?

—No, señor.

—¡Bah! ¿á qué esa reserva conmigo? Soy tu padre, y quién mejor ha de aconsejarte, callar tus secretos é ilustrarte. ¡Oh, lo que es el duque vale en Nápoles tanto como Felipe II!

—No os comprendo, padre mio.

—¿Quién le abrió la mazmorra si no tú?

—Cierto; entre su criado y yo le dejamos libre.

—Mi escudero querrás decir.

—No, señor; fué Ros, sirviente de Osorio, el que introdujo su amo en esta casa, fingiéndose primo del portero.

—¡Ah, ya recuerdo! ¿Un suizo?

—Por eso pasaba, pero es español.

—Vamos, sería el que, cubierto con armadura, me hundió ayer mañana...

—El mismo.

—¡Qué habilidad y destreza! ¿De qué medio se valió?

—Narcotizó á vuestros sirvientes, sacó las llaves de su sitio, volviéndolas á poner donde estaban cuando hubo concluido.

—¡Luego ninguno de mis criados se vendió!

—No necesita el duque de otros auxiliares que los suyos.

—Ya, pero sin tí...

—Yo bien poco le ayudé; más le debemos nosotros.

—¿Estuviste en la prision?

—Sí, señor; quise neutralizar los malos efectos de aquel encierro, y la hija le alargó su mano para que él perdonase al padre.

—¿Y luégo?

—Después mandó á Zalla y Roch que le trajesen un preso que queria dejar en su puesto para que no notasen la falta.

—Tardarian mucho en volver.

—Más de dos horas.

—¿Qué hicísteis miéntras?

—Paseamos por el jardin, luégo entramos en un cenador y allí estuvimos hasta que le avisaron el regreso de los que esperaba.

—Dicen que es muy galante.

—No miente la fama; á su voz grata y armoniosa une talento y frases que arroban y seducen.

—Estoy cierto que pasaste á su lado dos horas deliciosas.

—Encantadoras.

—¿Cuándo volviste á verle?

—Anteanoche.

—Comprendo; miéntras yo estaba en Nápoles.

—Vino ya sin disfraz, y aquí estuvo más de una hora.

—Sí, arreglando el plan de mi prision.

—No; ese me lo dejó por escrito; hablamos de cosas indiferentes, y de lo relativo á la seguridad de vuestra persona.

—¡Se conoce que cuentas con mucha influencia!..

—Es el protector de Augusto, nos cree dignos al uno del otro, y desea nuestra felicidad.

—Ya lo creo; y es muy natural. Vamos, ¿no me confías ningun secretillo? Yo bien sé que las mujeres á nádie contais ciertas cosas; pero no hay regla sin excepcion, y yo, que tanto te amo...

—Padre mio, no os entiendo esta noche.

—Yo sé que tú tienes gran valimiento con Osorio.

—Vuestro perdon lo atestigua, pero no pienso pedirle más.

—Quiere ser tu padrino de boda.

—Gran honra nos hará.

—Te pones encarnada, y no pretendo que te violentes.

—No, señor; estoy natural.

—¡Picaruela! Tú crees que yo no adiviné... Pero no hablemos más de eso, se concluyó. Sólo deseo de tí que le pidas el levantamiento de la confiscacion de mis bienes y el completo perdon, pues has de saber que, sin faltar á la palabra que te dió, puede imponerme la pena inmediata á la de muerte.

—Ignoraba eso, y mañana rogaré á Vitali que interceda con él para que quedeis como estábais hace cuarenta y ocho horas.

—No es mal conducto. ¡Qué talento, hija! lástima que el duque sea casado.

—Señor...

—Tienes razon; te he vuelto á sonrojar; mas te juro que será la última vez. Busca el lecho, Angelina; yo haré lo mismo, y mañana hablaremos. ¿Me guardas rencor, á tu pobrecito padre?

—¡No cuento otra cosa que con cariño para vos, padre mio!

—Yo tambien, y aunque en un principio dudaba de tu amor, ahora, que conozco la intencion que te guiaba, te estimo más que nunca. Adios, hija mia. En cuanto te levantes, manda llamar á Augusto, y dale ese encargo. Bueno será que le digas no vuelva sin traerse mi completo perdon.

La jóven movió la cabeza con disgusto, pero se contrajo á contestar á su padre:

—Bien, señor, cumpliré vuestro deseo, y hasta mañana.

El conde salió, y Angelina, después de exhalar un triste suspiro, entró en su alcoba, murmurando:

—Mi padre finge; no me ama ni quiere á Vitali. ¡Dios mio, Dios mio, qué de desgracias preveo... mas no; me casaré con Augusto, y puesto que es capitan, nos iremos léjos de aquí, muy léjos! Yo no ambiciono palacios, trenes ni riquezas; el duque

lo destinará á Flandes, España, Portugal ó América, y con su proteccion... ¡Qué noble es, qué caballero!

Y la hermosa jóven se quedó dormida bendiciendo á Osorio.

Vignati entró solo en su alcoba, parándose frente á un armario, cuya puerta halló entornada.

—Aquí tenía,—exclamó,—las tres llaves de la mazmorra; me descerrajaron esas puertas, y... ¡Maldicion! ¡Qué dia y qué noche! ¡Qué hija tan miserable y qué duque tan astuto y villano! Ya se ve, continúan confiscados mis bienes, pesa sobre mí una horrible sentencia, y hasta que me levanten ámbas, nada puedo hacer, como no sea fingir, engañar, demostrando á todos lo contrario de lo que siento. Durmamos, que no es poco conseguir lo logrado hasta aquí.

Y se desnudó, metiéndose seguidamente en la cama. Quedó sentado y como reflexionando. De pronto volvió á exclamar:

—¡Qué cambio en sólo veinticuatro horas! Ayer era presidente de la república de Nápoles; me obedecian quince mil hombres, y resonaban en estos salones los *mueras* á España, los *vivas* á mi futuro poder; todo era ódio y rencor contra mis enemigos; hoy sólo veo á mi hija, manceba infame del hombre que más aborrezco; á Vitali, cuya sola presencia me produce náuseas, y á cien soldados, con los cuales formaria yo un delicioso monton de cadáveres. ¡Y que no es difícil; comen en mi casa; mi cocinero es leal, y bastan unas cuantas gotas de ese líquido!.. La idea es sublime, pero no se puede empezar por eso; por eso se concluye. ¡Ojalá y pudiera alojar en mi casa á los españoles residentes en Nápoles! Antes me es indispensable evitar que mi hija se una á ese pintorzuelo que ódio y aborrezco; todo ménos que se case con ella su apaleado retratista. Para el logro de esto deben bastar las citas en la cámara y cenador que se han efectuado entre mi hija y Osorio. ¡El pintor es necio; llevará la cuestion de honra á un extremo plausible, y no querrá enlazarse con ella; léjos de eso, puede que, bien preparada la escena, pretenda vengarse de su rival, en cuyo caso atizo el fuego, y si llegase á conseguir que la daga de

Vignati atravesara el corazon del duque!.. ¡Oh, el muchacho es capaz de todo; no le falta valor ni carece de medio! Le empujaré, sí, le empujaré. ¡Qué majadero fuí; juzgué que todo estaba perdido, y acaso, acaso consiga aún presidir la república de Nápoles, viendo aplastados bajo mis plantas al gallardo virey, á cuantos le obedecen, á su protegido, y juro á Dios que hasta me las ha de pagar su favorita! ¡Dirán que tengo entrañas de tigre; mas no me importa; no he de dejar uno; poco á poco, con maña é imitando á esa pantera de Osorio!.. ¡Já, já, já! ¡Qué porvenir se me presenta! No existe nada sobre la tierra tan sabroso y agradable como la venganza; sólo es feliz el hombre en los momentos en que ve segar las cabezas de sus contrarios. Me rinde el sueño. Qué bien voy á dormir; hoy acaban mis desgracias, mañana empezará mi felicidad.

Hé ahí la oracion que rezaba Vignati momentos ántes de entregarse al descanso. Unico heredero de los muchos estados que le dejó su padre, rico desde que nació, con índole perversa y educacion fatal, fué de delito en delito al crímen; sin talento suficiente para precaver ni valor bastante para contenerse, se precipitaba de contínuo. Veamos si triunfa ó no en la difícil obra que va á emprender y en la que se dispone á usar de toda su hipocresía, que era mucha, refinada maldad y perversos instintos.

A las nueve de la mañana abrió los ojos la hermosa Angelina, y llamando, preguntó á una de sus doncellas:

—¿Vino el señor duque del Imperio?

—No, señora.

—¿Y Ros?

—Tampoco, y me extraña.

—¿Qué hace mi padre?

—Duerme aún.

—¿Y el capitan Vitali?

—Pasa revista á sus soldados en el patio. ¡Qué algazara han tenido! Cantan, rien, botan, y son buenos mozos.

—¿Qué hora es?

—Más de las nueve.

—Llama á tus compañeras, y vestidme al momento.

Cuando aquellas estaban concluyendo de arreglarle el tocado, dijo á una:

—Vé tú, y di al capitan Don Augusto que tenga á bien llegarse á mi cámara.

Cinco minutos después se hallaban solos los dos jóvenes.

Vitali se acercó á la hija del conde, y por único saludo le preguntó:

—¿Me amas, Angelina?

—Te quiero, Augusto; y si eres tan valiente y caballero como un dia expresó tu labio y empiezan á demostrar tus acciones te amaré.

—Dichoso instante aquel en que aparezca esa frase en tus divinos labios.

—Creo que lo lograrás; cási estoy segura.

—¿Qué pretendes que haga para merecerlo? Demasiado jóven aún, sin experiencia ni mundo, me lancé á la carrera de las armas, jurando llegar donde otro hombre ó perecer. Tu nombre, tu hermosa figura, que no se aparta un solo instante de mi vista, me prestaron aliento, valor, y como un rayo caí en medio de mis enemigos, venciendo á muchos, Angelina, á muchos; y entre ellos los habia prácticos, valientes, temerarios. Léjos del combate me adiestro en el manejo de las armas, en la equitacion, doy cuanto tengo á los desgraciados que hallo á mi paso, y sueño dia y noche contigo. ¿Qué más deseas que realice para merecer tu amor, ángel mio?

—Iguálate al duque del Imperio.

—Eso es imposible. ¿Sabes tú quién es el privilegiado sér que acabas de citar?

—Creo que sí.

—Imposible; el talento de una dama, por mucho que sea, no puede abarcar tanto.

—¿Qué hay en él de extraordinario para suponer eso?

—Todo.

—Habla.

—Su figura, la voz, varonil belleza, talento, generosidad, pensamientos elevados, genio. ¡Oh, Flaviano de Osorio debe á la Providencia tanto como el resto del género humano!

—¿Le quieres mucho?

—¡Brava pregunta! ¡Como el hijo al padre, las flores y los pájaros al sol, las plantas al rocío, la madre al tierno infante que amamante á su pecho, el cachorro al leon... ¡Que si le amo! Más que al autor de mis dias y un poco ménos que á Dios.

—Te expresas mejor desde que estás á su lado, tus modales son más finos, tu rostro más varonil, y hasta me parece tu figura más simpática.

—Yo lo creo; sus palabras elevan y su aliento embellece.

—¿Lo abandonarias por mí?

—No; pero es tan bueno, que léjos de pedirme sacrificios, me abruma con favores. Ayer me libró dos veces de morir, y como si esto fuese poco, me regaló una de sus armaduras y dos mil ducados, porque dice que me sobrepongo á mi padre. Será así, pero á su lado no hay hombre valiente.

—¿Le estimas más que á mí?

—Acaso; pero es otro amor, un sentimiento diferente.

—¡Qué ingénuo eres!

—¡Y tú qué hermosa, qué encantadora! ¿Cuándo me amarás?

—Hoy empiezo.

—¿Me das tu mano?

—Sí, y plegue á Dios que pronto la una el sacerdote á la tuya.

—Muy pronto; lo quiere el duque, y su voluntad es omnipotente.

—Imítale, Augusto.

—¿Qué hago noche y dia? ¿qué forma mi deseo, mi anhelo, mi ilusion? ¿Hay nada tan perfecto y grande, tan noble y caballero? Cuando él habla, acciona ó se mueve, le devora mi

vista, lo estudio, se graba en mí, y me enorgullece tener por modelo un tipo tan acabado.

—Te se conoce, Augusto, te se conoce; y al comprenderlo así, tú no sabes lo que yo gozo, lo que me complace el cambio, lo que ganas para conmigo y con todo el que te trate.

—Ya lo sé, y como esté mucho tiempo á su lado, he de ser su sombra. ¡Cuándo me amarás como yo á tí!

—Bueno es que haya empezado. ¿Quieres hacerme un señalado favor?

—No; deseo ser tu esclavo en aquello que no se oponga á la voluntad del duque.

—Veamos. Monta á caballo; entra en el palacio de Osorio; suplícale en mi nombre, ruégale en el tuyo, y no te muevas de su lado hasta que levante la confiscacion de los bienes de mi padre y le otorgue un perdon completo. Oye: si la herida no te permite sujetar bien tu caballo, manda enganchar mi carroza; pero vuela. En el comedor te esperamos el conde y yo.

Augusto vaciló; la jóven le dijo:

—¿Dudas? ¡Y dice que me ama!

—Temo más que á la muerte disgustar al duque.

—¡Y suponias ántes conocerle! ¿Ignoras, por ventura, que emana de su alma más bondad que lava y piedras del Vesubio?

—Cierto. Adios, Angelina; es la primera gracia que me pides, y vendrá conmigo ó no me volverás á ver.

—Vendrá; no lo dudes. Son las nueve y media: á las doce podremos almorzar. El cielo te acompañe.

—¡Dios vele por tí, querube delicioso!

Vitali montó un potro de cinco años, le fijó las estrellas de oro en los ijares, y salió del palacio como una flecha.

Angelina le vió partir, exclamando:

—¡Es muy buena figura; gran jinete! Se pára; coge las bridas con la mano, cuyo brazo tiene herido; se quita el sombrero; me saluda, y desaparece como un relámpago. Ya no le veo; pero suena su voz en mis oidos, late mi corazon, y empie-

zo á amarle. Es, como él ha dicho, la sombra del duque, y no pudiendo unirme á aquél, preciso es aceptar lo que más se le parece.

—¡Qué bien corre tu futuro!

Exclamó el conde, que estaba parado á dos varas de Angelina.

—Buenos dias, padre mio; no os oí llegar.

—Qué te extraña; amas á Vitali, y te entusiasmó como á mí verlo escapar, segun lo hace el mejor jinete.

—¿Verdad que sí?

—¡Yo lo creo!

—¿Qué os parece á caballo?

—Buena figura y gentil como pocos.

—Se va pareciendo al duque del Imperio.

—Picarilla; ¡siempre en tus labios ese nombre! No es extraño... Si te sonrojas no te vuelvo á hablar más de él.

—Padre mio, siento deciros que delirais.

—Entónces, ¿por qué se cubren de carmin tus mejillas?

—No he notado nada que justifique eso que suponeis ver.

—Las mujeres disimulais bien; pero yo voy siendo viejo, y nada se me escapa.

—Es una tema vuestra, y nada más.

—Sea en buen hora, y hablemos de otra cosa. ¿Dónde va Augusto?

—Al palacio del duque.

—¿Le hiciste mi encargo?

—Eso únicamente le lleva allí.

—¿Le dirá á Osorio que va de tu parte?

—Y de la suya, que aún tiene más valimiento que yo.

—¡Qué locura! Pero, en fin, traiga el perdon, y lo demás no importa. ¿Le dijiste que no volviera?..

—Sí.

—Procura que sea él el que me dé la noticia, y á la vez nos ocuparemos de tu boda. Para evitarte el rubor consiguiente, nos encerraremos él y yo...

—Bien pensado; no tengo empeño en escuchar esa conversacion.

—¿Almorzamos?

—Le he dicho que le esperariamos para verificarlo juntos.

—Yo no puedo aguardar tanto; me siento débil.

—Padre mio, es cuestion de una ó dos horas; se lo ofrecí, y más hace él por nosotros.

—Bueno, mujer, ayunaré; felizmente tu estimado duque me enseñó lo que no sabía; esto es, á tener hambre y pasar sin comer.

—Lo mismo le sucedió á él en idéntico sitio.

—¡Mucha pena te causaria!

—Bastante.

—Con haberlo tú puesto en libertad, me privaste de sentarlo á mi mesa al dia siguiente, y al otro, y al otro...

—Yo creí que lo habiais sentenciado á morir de hambre.

—Já, já, já. ¡Cuidado, que eres intencionada y maliciosa! ¡Habia yo de atreverme con un tan poderoso señor y tan amado por tí! Vamos, hoy deliras. Adios; voy al jardin á entretener el hambre, mirando á los soldados españoles. ¡Oh, tú no sabes lo que gozo al contemplar la briosa apostura y aire marcial de esos... benditos! Parece mi casa un cuartel; la perfuma el olor á cuadra y el aliento militar, con cuyos dones me conceptúo dichoso. Adios, adios.

Y desapareció, murmurando para sí:

—Tan ruin y miserable como su madre, de quien es un retrato. ¡Hipócrita! ¡Pues no dice que no se sonroja! Acaso tenga razon; perdida la vergüenza... Esta morirá como su madre.

A la vez exclamaba Angelina:

—Poco á poco va arrancándose la careta. ¡Infeliz, qué desgraciado es! Pero hizo más á mi madre, á mí, y no debo consentir que le suceda lo mismo al que va á ser mi esposo. Sí; es indispensable huir de su lado; nada ganaria él con que nos quedásemos, y nosotros perderiamos mucho.

Y se dejó caer en un sillon, permaneciendo triste y

ensimismada más de una hora que tardó en llamar su atencion la precipitada carrera de un caballo.

—¡Él es!—dijo poniéndose en pié.—Entra en el zaguan. ¡Ah! ¡pronto vuelve; el pecho del duque es un templo de donde nada malo puede salir nunca! Ya oigo sus pisadas. ¡Qué contento vendrá!

—¿Puedo pasar?—preguntó Augusto.

—Adelante, amigo mio.

—¿Nada más que amigo?

—Mi mano te contesta; bésala, y sentémonos en ese divan, que vendrás cansado.

—Por estar junto á tí, con indecible alegría; por lo demás no, que esa carrera nada supone para mí.

—¿Y el brazo?

—Cási bueno.

—Cuídate, Angusto.

—Con un poco más de amor tuyo se curan mis heridas de cuerpo y alma.

—Va aumentando, gentil caballero, brioso jinete.

—Gracias, sublime mujer. ¿Nada me preguntas?

—¿Para qué? Tu rostro me dice lo que callas; pero, en fin, te interrogaré segun deseas. ¿Cómo acogió el duque nuestra pretension?

—Ni mal ni bien.

—¡Qué dices!

—La verdad.

—¡Y te has venido!

—Claro es; desde que sé que me amas, me es imposible estar separado de tí mucho tiempo.

—¿Y mi pobre padre, Augusto?

—Llegué tarde, ángel mio.

—¡Estás destrozando mi corazon!

—¿Por qué?

—¿Ignoras la sentencia?..

—Digo que llegué tarde, porque há dos horas perdonó el

duque á todos sus enemigos, los ha mandado poner en libertad, levantando las confiscaciones.

—¡Qué hombre, Jesús, qué hombre!

—¿Y eso te extraña?

—Sí.

—Mal hecho; Osorio no se parece á ningun otro sér. Antes de llegar á su palacio me dió el pueblo entusiasmado la noticia.

—Entónces has tardado mucho, Augusto.

—Te amo con delirio, Angelina; pero ya en la calle de Toledo, era imposible volverme sin besar su mano de rey.

—Cuéntame tu entrevista con él.

—Empezaré desde mi salida de aquí: como un relámpago corrió mi caballo hácia la ciudad, llegando á la puerta en poco más de cinco minutos; entro, pero á los primeros pasos me veo obligado á detenerme, por interponerse el pueblo entero de Nápoles, que en las calles vitoreaba al héroe, aclamándolo con entusiasmo delirante. Con gran trabajo penetro, al fin, en la de Toledo, siendo imposible atravesar por ella, efecto de la inmensa muchedumbre que apénas podia moverse. En los balcones lucian preciosas colgaduras, y las damas principales estaban en ellos, comentando un acontecimiento que yo desconocia; pero tanta acumulacion me puso en cuidado, y pregunté á un noble qué era lo que acontecia: «Que el señor duque del Imperio, me dijo, acaba de perdonar á todos los revolucionarios; mandó que los dejasen en libertad, levantando á la vez la confiscacion al que la tenía.» Gracias, le contesté, é iba á volverme, pero me fué imposible; mi cariño hácia el duque me impelia á su palacio con fuerza irresistible, por lo cual exclamé: Napolitanos, paso al capitan Vitali. Uno de ellos me reconoce, y grita:—El protegido del señor duque; vedlo, qué jóven y valiente. Abridle calle.—Gracias á estas voces, pude atravesar y acercarme al palacio de mi señor; mas era imposible que mi caballo entrase en el zaguan, lleno ahora de nobles y caballeros que deseaban ver al héroe para demostrarle su

reconocimiento por la medida que concluia de dictar. Tuve que apearme, dar la vuelta al edificio, y entrar por una puerta falsa que me es muy conocida. Los patios y galerías tambien estaban cuajados de militares que limpiaban las armaduras y se preparaban para un acontecimiento ignorado por mí. En medio de ellos vi á un capitan que les decia:—Abreviad en lo posible.—Entónces, me acerqué á uno de los jefes, preguntándole: ¿Qué ocurre, amigo mio? ¿Por qué arman esas tiendas, forman unos, otros preparan sus armas, y todos os disponeis como para entrar en combate?—No os asombre, capitan; se trata sólo de una revista que nos va á pasar el duque, y el gobernador quiere demostrarle que la guarnicion de Nápoles sabe cumplir con su deber, no desconociendo nada de cuanto corresponde al buen soldado.—¿Cuándo tiene efecto?—Creiamos que tardaria mucho, siendo así que el duque abrió una audiencia en la que pensaba hacer justicia á todo el que la demandase; pero como sólo vienen á darle la enhorabuena y á felicitarle, concluye de disponer que sea esta tarde, y hé aquí la causa de que en su mismo palacio se ensaye el tercio que ha de mandar el maestre Zalla. Poco tiempo tenemos, pero juro que sobrará para patentizar á nuestro general que no hay en Italia un solo español indigno de obedecerle.—Por último, subí al estrado, me acerqué á él, estrechando su mano con el placer que lo hago siempre. Se hallaba rodeado de cien nobles que le felicitaban, llamándole unos compañero de infancia, otros salvador de Nápoles, y los más, la honra de este país. Al verme, se fijó en mí con sorpresa, preguntándome:—¿Qué os trae por aquí?—Nada, señor, el deseo de veros; venía á implorar vuestra clemencia en favor del conde Vignati, pero llego tarde; os habeis adelantado á lo que anhelaba, y sólo me resta formar parte de ese pueblo que aplaude y bendice la generosidad del más hidalgo de los hombres.—¿Y Angelina?—Aguarda con impaciencia la noticia de que su padre está completamente libre y en posesion de sus bienes.—Partid al momento, y decídselo, procurando evitar á ese ángel todo sufrimiento.—Volví

—Abreviad en lo posible.

á estrechar su mano, y por calles excusadas salí al campo, llegando aquí con la misma veloz carrera que emprendiera al partir.

—¡Qué bueno es! ¡Oh, ese perdon vale más que cuantas batallas ganó hasta ahora!

—Es indescriptible el entusiasmo de los napolitanos.

—Lo creo, que eso y más merece.

—Da la noticia á tu padre.

—No; vamos á almorzar, y al concluir, se lo refieres tú, pues desea que á la vez os ocupeis de nuestra boda.

—Será conveniente, toda vez que el duque insiste en que se realice con la brevedad posible.

Y ámbos se dirigieron al comedor, donde ya aguardaba el conde. Al verlos entrar, se puso en pié, y estrechando con fingido cariño al jóven capitan, le preguntó:

—¿Te molesta la herida?

—Cási nada.

—Me complace más de lo que puedes suponer. ¿Dormiste bien?

—Perfectamente; vuestra hospitalidad es digna de un noble napolitano.

—No le dés ese nombre, hijo mio; estás en tu casa, y no puede aceptarse como obsequio lo que es de uno.

—Gracias, señor.

—Almorcemos. A mi derecha, Augusto; tú á la izquierda, Angelina. Sé que vienes de Nápoles, mi valiente hijo, y deseo que me refieras cuanto ocurre en la ciudad; luégo hablaremos solos de tu entrevista con el señor duque, y de otro asunto que no conviene tratar á presencia de tu futura, para evitar que el carmin dé á sus mejillas más color del que necesitan. No es preciso que saques tu mano izquierda del pañuelo; yo te serviré las viandas en disposicion de que te baste con la derecha.

Augusto se resistió, pero tuvo que ceder ante el empeño de Vignati, el cual le partia hasta el pan, cuidando de él con la ternura del padre más bondadoso. El miserable iba poco á

poco tendiéndole la red en que deseaba envolverlo. Fijo en su terrible idea, anhelando vengarse con más encono y maldad que nunca, demostraba ya una refinada hipocresía capaz de engañar no sólo á Vitali sino á hombre más experimentado y sagaz.

Nuestro jóven capitan, agradecido á tanto obsequio, comenzó á amar al conde, y en estos instantes le referia con entusiasmo la ovacion que concluia de presenciar en Nápoles. Vignati apludió su relato, llamaba héroe al duque, juró defenderlo siempre, mostrándose arrepentido de sus pasadas faltas. Angelina dudaba de las frases del autor de sus dias, creyéndolas producto del miedo y la necesidad; mas era su padre, y se veia obligada á oir, ver y callar.

Más de una hora duró el almuerzo, reinando entre Augusto y su futuro suegro expansion, confianza y hasta placer. Cuando el segundo creyó que tenía el terreno bien preparado, encargó á su hija que se retirase á su cámara, y ofreciendo el brazo al jóven capitan, le dijo:

—Apóyate, hijo mio, y vamos á mi despacho, donde espero escuchar una grata noticia de tus labios, y como no soy ingrato, pienso á la vez devolverte algunos de los favores que me has hecho.

Y ámbos se perdieron entre los salones del extenso palacio.

CAPITULO XXXV.

La destreza del malvado.—Declaracion fatal.—Vitali.—Angelina.

Encerrados el conde y Augusto en el despacho del primero, sentados en dos sillones, frente á frente el uno del otro, y lo más cerca posible, preguntó Vignati:

—¿Qué dice, respecto de mí, el incomparable virey que tiene hoy Nápoles? ¿Me perdona? ¿Alcanza por completo su piedad á tu querido padre? Habla, hijo, habla, seguro de que escucharé con placer la determinacion de S. E., sea la que quiera.

—Señor, no dudeis nunca de la bondad y clemencia del más noble de los hombres.

—¡Dudar yo! ¡Qué dices, Augusto! ¿Hay alguno que le deba más que yo; que pueda apreciar mejor su generosidad y lo que vale ese guerrero? Estoy seguro que me ha perdonado, si bien creo que no es á tí al que ménos debo.

—A mí nada, padre mio; llegué á Nápoles con ánimo de no volver sin vuestro indulto completo; mas era tarde: horas ántes, haciendo uso el duque de una grandeza de alma que nádie desconoce ya, perdonó á cuantos estaban presos, man-

dando darles libertad sin condicion alguna, con sólo la excepcion de aquellos que no tengan modo de vivir conocido, los cuales entrarán al servicio de S. M. en el ejército ó en la marina. A la vez alzó todas las confiscaciones.

—¿Crees que estoy yo comprendido en esa medida general?

—Sí, señor.

—¿Se lo has preguntado?

—No tenía necesidad, pero se lo dije, y me contestó afirmativamente.

—No me extraña; Flaviano de Osorio sería el caballero más cumplido que existe en la tierra, si su aficion á las mujeres no le obligara á cometer algunos pecados que él llama veniales, pero que en realidad merecen otro nombre.

—¡Qué decís, señor!

—Hijo, tú le conoces de hace cuatro dias, y yo desde que nació. Verdad es que otro hubiera dejado enlutadas veinte mil familias, y él al partir sólo ocho ó diez maldecirán su presencia en Nápoles.

—¿Os referís á los que han muerto en la pelea?

—No; esos fueron muchos más; me contraigo á sus amoríos.

—Oí decir muchas veces á Ros y á Zalla que, no obstante su aficion á las mujeres, es un modelo de casados desde que se unió á su bella y encantadora esposa.

—¿Y qué querias que hablasen de él un marino y un maestre que le deben cuanto son? ¡Ay! hijo, nada de esto te diria si no me tocara tan de cerca; mas soy ya otra vez el conde Vignati, debo tratar contigo de una boda que me honra, y para que jamás puedas llamarme ingrato ni hipócrita, me veo en el terrible trance de usar contigo una franqueza que me estremece.

—¡Me asustais, señor!

—¡Lágrimas de dolor me ha costado á mí; cuando lo supe maldije la libertad y vida que me concedieron; pero ya no hay remedio, y valgo yo bien poco contra el que osó!..

—Cuidado con lo que decís; el padre de Angelina es digno

para mí de respeto y consideracion; pero juré cortar la lengua del que calumnie al duque, y me hallo muy dispuesto á cumplirlo.

—Bien hecho, hijo, muy bien hecho; es más, tengo para mí que si Osorio obra de cierta manera indigna, en lo relativo al bello sexo, es porque, efecto de la educacion que ha recibido, juzga que no es falta lo que otros conceptuamos un crímen.

—Dice todo el mundo que es un cumplido caballero; y de ser cierta la idea que veo traslucir en vos, lo señalaria como á un villano.

—Tú eres muy jóven; desconoces la cuestion amorosa, y ves las cosas de otro modo que la mayoría de los hombres.

—¿No está reciente su conducta con la esclava Syra, esposa hoy del maestre Zalla?

—Conozco esa historia muy á fondo, y nos va á servir de ejemplo. El duque salvó á la griega; tuvo con ella relaciones que ocultó cuidadosamente, pero que se dejan adivinar, y la casó luégo con su protegido, colmándolos de honores y riquezas. Con su esplendidez innegable cubrió su reconocida falta. Zalla se creyó dichoso por lo mucho que habia ganado, y el público aplaudió con entusiasmo la régia donacion del rico señor. Hubo, sin embargo, quien por lo bajo decia que Osorio se cobró el heroismo que patentizara en el rapto y en la dote que añadió; pero éstos eran los ménos, y como el ofendido se dió por satisfecho, la verdad fué poco á poco olvidándose, léjos de propagarse.

El conde estuvo hábil en su relato, pero no tanto que nuestro jóven capitan continuara desconociéndole como hasta aquí; el amor que profesaba al duque despejó su entendimiento, y desde este instante comenzó á fingir tambien, deseando comprender todo lo que podia esperar, lo que pensaba y lo que se proponia su futuro suegro. Así es que le contestó:

—Me haceis dudar, y os aseguro que vuestra idea es por lo ménos verosímil.

—Yo, hijo mio, me hallaba suspirando en oscura maz-

morra, sin esperanza alguna de volver á contemplar la luz del sol, cuando apareciste tú, y en verdad que te ofrecí gustoso la mano de Angelina en cambio de mi salvacion; pero debo decirte, que tu valor y nueva posicion te hacían digno de ella, y áun cuando nada hubieras conseguido en mi obsequio, te uniria á ella sin escrúpulo ni vacilacion. El salto de pintor á capitan y lo dignamente que llevas esa banda, te acercaban lo suficiente á las hijas de los condes, marqueses y duques. Así es que al deberte mi libertad y pensar luégo en lo que eras y valias, me juzgué dichoso, muy dichoso, con poderte llamar hijo; mas á poco de llegar á este palacio, supe cosas que enlutaron mi corazon, obligándome á maldecir la vida que me otorgaban.

—¿Por qué?

—Yo ignoraba que el duque tenía empeño en que aparecieses tú como mi único salvador, siéndolo en realidad mi hija Angelina.

—Perdonad, pero os cumplí mi palabra, é hice lo posible anoche por inclinar la voluntad del duque en favor vuestro.

—Bien; mas todo era aborto de una intriga preparada de antemano.

—No os comprendo.

—Sí, hombre; en vez de conducir á Busato un sargento ó á lo más un alférez, te mandaron á tí; claro es que, conociéndote yo y creyendo que me iban á matar, te habia de ofrecer la mano de Angelina en rescate de mi vida. Todo, todo estaba pensado y dispuesto para el logro de un pensamiento oculto.

—Padre mio, si no me dais algunas pruebas, me permitireis que dude, y hasta que atribuya esas ideas á una descomposicion cerebral, hija de lo mucho que sufrísteis.

—No; el loco eres tú, y no me extraña, pues hasta hace muy poco pensaba yo de igual suerte.

—Señor, sed franco conmigo, sacándome de la horrible ansiedad en que me teneis.

—Eso deseo; ¡pero es tan triste! ¡sufro tanto, Vitali! ¡Ah,

si yo fuera jóven como tú; si el agradecimiento no me lo impidiera; si mi brazo, fuerte como el tuyo, pudiera alzarse y hundir la daga en el corrompido pecho que infamó! ¡y de qué modo, cielo Santo!

—Para eso aquí estoy yo; manejo bien la espada, mejor aún el puñal, y nada me asusta en el mundo.

—¿Si te vieras humillado, envuelto en una red traidora y próximo á rodar por el cieno, qué harias?

—Matar al hombre que me hubiera empujado á ese sitio.

—¿Y si era rico, poderoso, inviolable?

—Mejor; con más fe y más ahínco le clavaria entónces mi acero.

—¿Tendrias valor para realizarlo?

—De sobra; y hasta para exterminar su maldita raza.

—Pues, hijo mio, disponte á hacerlo, porque nos han engañado, nos han vendido, nos han deshonrado á los dos, y ya no es posible otra felicidad en nosotros que aquella que emana de la venganza.

—Explicaos; una prueba, y el nombre del autor, que lo demás yo lo haré.

—Tu rostro se enciende; fuego despiden tus ojos, y es indudable que en esta solemne ocasion cumplirás con tu deber. ¡Bendito el cielo que da lágrimas á los hombres y á la vez el paño para enjugarlas! Dime, Augusto: ¿amas mucho á mi pobre hija?

—¿Y me haceis vos esa pregunta?

—No lo extrañes, y contesta con sinceridad, porque en ello te va la dicha. Noble, generoso y leal, implorastes ayer por mi suerte; noble, generoso y leal, defiendo yo hoy tu honra. Contéstame: ¿la amas mucho?

—Con toda mi alma, con delirante cariño; su vida es la mia; sin ella sería yo desgraciado el resto de mi existencia.

—Un hombre de honor como tú debe juzgarla tan inocente, cándida y pura como bella y encantadora; ¿es cierto?

—¡Quién lo duda! Podria quererla más ó ménos hermosa,

pero respecto de su honor necesito que se eleve tanto como el mio.

—¡Infeliz, qué desengaño tan cruel te espera!

—No lo creo.

—¡Insensato, que ruedas hácia el abismo sin notarlo!

—Pruebas, señor; una prueba, y no destroceis por más tiempo mi corazon.

Vignati se acercó cuanto pudo á Augusto, y cogiéndole la mano derecha entre las suyas, añadió, bajando mucho la voz:

—El duque del Imperio atrajo una noche con su mágica voz á mi inocente hija; pasaron várias horas en el jardin de mi palacio, y desde aquel instante fatal Angelina no tiene voluntad, deseo, ni otras ideas que las impuestas por Flaviano. Después se vieron muchas veces; estuvieron solos y encerrados algunas horas; mis planes fueron espiados por la que me debe la existencia, vendida al duque, y como si esto fuese poco, preso el audaz caudillo por mí, me narcotizaron, en union de cuantos séres habitan este palacio, y la ingrata abrió las puertas del calabozo de mi cautivo, le alargó su mano, y lo llevó á un cenador del jardin, donde entretuvieron el tiempo contándose amores. Si no te basta con lo expuesto, abre mi pecho, y leerás el resto en mi lacerado corazon.

—¡Qué maldad, qué infamia! ¡Imposible parece que haya hombre capaz de vileza tan enorme!

—El dia que hundí en la mazmorra al duque ignoraba quién era, pero momentos ántes hablaba con Angelina de amores, y lo cojí... ¡maldicion! vi que la estrechaba, y hasta escuché el ruido de un beso que no le dió en las manos. Tú me dirás ahora lo que merece el hombre que me ha deshonrado y hecho imposible tu boda con la única mujer que amas.

—Yo nunca ofrezco; cumplo con obras sin anunciar lo que es inútil.

—Siento, noble caballero, haber destrozado tu pecho; pero ¡ay! más está el mio, y no me era dable, á fuer de

agradecido, pagar con criminal silencio lo que hiciste ayer por mí. ¡A mi hija, Augusto, sólo le resta un convento; á mí, llorar el resto de la vida, y á tí... ¡oh! ¡lo que es á tí!..

—¡A mí, conde, lo que es á mí, me resta una mision grande, terrible; la de confundir al miserable que osó manchar con su negra y maldecida baba lo más puro y santo que existió sobre lo tierra!

—¿Temblará tu mano?

—¡Si otro me hiciera esa pregunta!..

—¡Clava tu daga hasta el pomo, y goza, tú que puedes, viendo esconderse las órbitas, palidecer el semblante, y exhalar el último aliento al que me ha deshonrado y queria envilecerte! Ya sabía yo que todos no eran Zallas, y que Augusto Vitali se presentaria digno de la terrible declaracion que un pobre padre se ve obligado á hacerle.

—Mucho os lo he agradecido; es más, creo providencial vuestro descubrimiento.

—Sí, la mano de Dios anda en todo esto.

—¡No, la del diablo; pero yo la cortaré!

—No te apresures; con calma se asegura mejor el golpe. Dame tu daga. Ciñe esta otra, cuya punta se halla envenenada; con poco que éntre, bastará, pero clávala hasta el pomo.

—Sí; esta noche quedará todo concluido.

—Cuando hayas terminado, te vienes aquí; me refieres lo acontecido, y continúas habitando mi palacio; de ese modo presenciarás la entrada de Angelina en el monasterio, y luégo comeremos juntos, hablaremos dia y noche, y nuestras lágrimas, hijas del dolor, se mezclarán con el alimento y la conversacion.

—Bien, muy bien.

—Para que pueda suceder así, esperas á que se duerma, hieres con impunidad, y por una puerta falsa te vuelas á mi alcoba, que aquí, desde el conde hasta el último criado, todos declararemos que en el momento de perpetrarse nuestra justa venganza dormias tranquilamente en tu lecho, situado cerca

del mio. Quiero que me debas la vida por si algun dia necesito de ella.

—Adios, Vignati, hasta luégo ó hasta la eternidad. Gracias por vuestro descubrimiento; no lo olvidaré nunca.

—¿A dónde vas tan pronto?

—Primero al campo; necesito respirar el aire libre; esta atmósfera me ahoga; luégo pienso dirigirme á la playa, refrescaré ideas, y con calma y sangre fria daré al malvado lo que merece.

—Temo que te precipites, y que todo se pierda.

—El duque se halla ocupado esta tarde con una revista que le entretendrá muchas horas; está rodeado de las autoridades, jefes y soldados de la guarnicion, y áun cuando quisiera, me sería imposible verlo hasta la noche.

—¿Qué se propone?

—Nada; reconocer la tropa y conceder en el campo las gracias que supone han ganado en las calles.

—Calma, Augusto; espera á las altas horas de la noche...

—Sí, teneis razon.

—¿Qué haces?

—Nada; arrojo este pañuelo negro, porque mi herida está ya buena. ¡No puedo más; me mortifica el aire que se respira aquí!

—¿No me das un abrazo?

—A mi vuelta, á mi vuelta.

Y desapareció Augusto, ciego al parecer, de ira y enojo superiores á cuanto pudiéramos decir.

Vignati volvió á caer sobre un sillon, exclamando:

—¡Que el diablo vaya contigo, mal retratista! ¡Ahora pintarás un cuadro digno, con el pincel que acabo de darte! Puede que lleves demasiado veneno y te precipites; mas á mí, ¿qué me importa? Hubiera preferido darte en mi mesa un líquido que tú no probaste jamás, pero si te sentencian á muerte, me saldrá la misma cuenta. ¡Hoy empiezo; cuando concluya, posible es que no quede un español en Nápoles!

Y quedó formando juicios temerarios, que apoyaba su loca imaginacion con prodigiosa actividad.

Augusto fué poco á poco acortando el paso hasta caminar por el palacio sereno y tranquilo; bajó la ancha escalera, diciendo al primer soldado que encontró:

—¡Mi caballo al momento! Di de paso al alférez que venga inmediatamente.

Tres minutos después se acercó Vitali al oido del oficial, dándole órdenes concretas y terminantes. Al acabar le dijo:

—¡Vuestra cabeza me responde del exacto cumplimiento de lo que concluyo de preveniros! ¿qué digo? ¡no es la cabeza sino vuestro corazon, el cual atravesaré yo mismo de una estocada si no me obedeceis con entera exactitud!

—Mi capitan,—le contestó el alférez sorprendido,—lo haré como me ordenais; y si alguno de los que mando duda ó vacila, lo mato.

—Eso es.

—Estais herido, y vuestro brazo...

—Dejadme en paz, ¡maldicion!.. Me hallo completamente bueno.

—Imposible, señor; y será lástima que un jóven tan valiente y entendido...

—¡Os repito que me dejeis en paz!

—¿Volvereis pronto?

—No lo sé; por eso he dispuesto lo que debeis hacer ahora y luégo.

—Vuestro alazan tostado, mi capitan.

Gritó un soldado llegando.

—Venga. Vos,—dijo al oficial,—subid inmediatamente, y realizadlo todo segun os he prevenido; no perdais un segundo.

Y picó espuelas, saliendo su caballo á escape tendido.

No tardó en oir los clarines y atambores que le indicaban la proximidad al sitio en que el duque pasaba la revista; dirigió, en consecuencia, su potro hácia aquel paraje, viendo al poco tiempo en perfecta formacion á la mayor parte de los soldados

que existian en Nápoles y á cási todo el pueblo que presenciaba las maniobras mandadas por Osorio.

Augusto gritó á los espectadores para que abriesen calle, y sin dejar de correr atravesó las masas, llegando por último al sitio donde el duque, seguido de numerosa escolta, hablaba á los soldados, ofreciendo los premios á que cada uno se habia hecho acreedor.

Vitali se puso á la izquierda de Zalla; al verlo éste, le preguntó:

—¿Qué os trae por aquí, capitan?

—El deseo de contemplar esta fiesta, nueva para mí.

—¿Os gusta más que el rostro de vuestra amada?

—No, pero hay tiempo para todo.

—Pardiez, cuando yo estaba en vuestro caso habria perdonado las mejores revistas del mundo por escuchar en griego, cuyo idioma adivinaba, la palabra *te amo*, que mi bella Syra me decia con encanto admirable. ¡Qué bien aprendí la frase! ¡oh, no se me olvidó jamás!

—Tambien yo; pero áun cuando estoy en idénticas circunstancias á las que vos os hallásteis, existe, sin embargo, una pequeña diferencia, y es la de que tengo suegro y vos no.

—¡Y un padre político delicioso! Andaos con cuidado, porque es malo, muy malo.

—Eso era ántes.

—Entónces, ¿por qué le abandonais?

—Me trae aquí un secreto que tiene relacion con él, y el ardiente deseo de seguir al duque á todas partes.

—En eso último nos parecemos; tambien yo dejaba á mi Syra con gusto por acompañar á tan envidiable caballero.

—¿No tuvísteis nunca celos de él?

—¡Qué decís, insensato! El amor os hace delirar. ¡Si algun dia llegais á abrigarlos de mi señor, y yo lo sé, juro por Santiago arrancároslos con la punta de mi espada!

—¡Mucho le amais!

—Con toda mi alma; pero ménos aún de lo que merece.

En este instante se volvió el duque para dar nuevas órdenes, y reparando en Vitali, le preguntó, después que hubo dictado aquellas:

—¿Qué haceis aquí?

—Oia al maestre Zalla referir con loco entusiasmo el amor que os profesa, y trataba de averiguar si era mayor que el mio.

—No es eso. ¿A qué vinísteis?

—Tengo imperiosa necesidad de no perderos de vista un sólo instante; cuando hayais terminado, nos encerraremos y os probaré que es cierto.

—Hallo descompuesto vuestro rostro, la mirada sombría, é infiero que el padre de Angelina...

—Callad; cuando estemos solos...

—Bien; continuad formando parte de mi escolta, sin temer nada.

El caudillo prosiguió revistando al ejército, concluyendo por distribuir cuantas gracias creyó merecidas. Después pronunció un discurso corto, encargándoles que viesen hermanos en los hijos de Nápoles, que rivalizasen en generosidad, guardando el valor y la entereza para sólo los momentos de lucha, durante los cuales no debia apartarse de ellos un instante el nombre de la patria.

Al acabar, lo vitorearon nuevamente los soldados y el pueblo, creció el entusiasmo, y nada parecia contener el torrente de union y cariño que comenzaba á reinar entre vencedores y vencidos.

Se alzó el campo, desfiló la guarnicion por delante de su general en jefe, y para evitar éste que lo llevaran en triunfo, picó á su potro al terminar el desfile, gritando á su escolta:

—¡A escape!

Y desaparecieron como un metéoro.

Ya el duque en su palacio, pasó al comedor, seguido de Zalla, Roch, Vitali, el gobernador y vários otros jefes del ejército, dando principio un espléndido banquete.

Augusto apénas probaba bocado; el duque lo vió, y no obstante los muchos que le rodeaban, le dijo:

—Comed, Vitali, que todo se arreglará.

—Ya lo hago, señor,—le contestó el capitan;—pero almorcé tarde, y me falta el apetito.

A las siete se levantaron de la mesa, y sin embargo de que esperaban al duque en el estrado vários nobles, les mandó á decir que aguardasen todavía; se despidió de sus convidados, y saliendo de allí, añadió, dirigiéndose á Augusto:

—Seguidme.

Y ámbos se encerraron en el despacho del primero.

—Noto, amigo mio,—exclamó el héroe mirando á su protegido,—que vuestro futuro suegro continúa siendo tan malo como ántes. Hice lo imaginable por atraerlo al buen camino, á cuyo fin empleé el terror y todos aquellos medios que aturden y anonadan al cobarde; pero temí que fuesen estériles, y vuestra presencia y rostro están confirmando mis sospechas.

—Señor duque,—contestó Vitali con dolor,—vos adivinais; pero en esta ocasion quedan vuestras ideas muy léjos de la verdad.

—No; me figuro que su maldad habrá vuelto á elevarse cuanto cabe en lo posible, y por cierto que nada me extraña en él. Es tan necio como villano, y al encontrarse nuevamente conde y rico, soñará con su ilusoria presidencia, intentando convertir en instrumento suyo al futuro esposo de su hija.

—Eso no es nada para lo que él pretende; avanza mucho más: os digo, señor, que en la ocasion presente se estrellan vuestro genio y adivinacion ante la inconmensurable perfidia de ese hombre.

—Hablad, Augusto, que me poneis en cuidado.

—Antes, mi amado y respetable protector, deseo besar vuestra mano, como súbdito leal, como hijo.

—Imposible; sois mi amigo, mi compañero en el campo de batalla, un bravo capitan, que recuerda á su padre, y hace que yo no me olvide del mio.

—Pobre húerfano, abandonado por la suerte, sufrí en silencio la vergüenza y miseria que me atormentaban, cuando os hallé, y me elevásteis donde ni áun en sueños pudo llegar mi loca fantasía. Tanta generosidad sólo le es dado abrigar á un padre; permitidme, señor, que os dé este nombre, que os bese la diestra, y al llegar á mis labios las asquerosas frases que voy á pronunciar, podré hacerlo tranquilo y satisfecho, toda vez que á un padre no le es posible dudar de la sinceridad y cariño de su hijo.

—Tomadla; acepto el nombre, y me constituyo en representante del autor de vuestros dias. ¿Qué es eso? ¿Por qué llorais?

—Es el amor que os tengo, la admiracion que me inspiran vuestros hechos, y el dolor que me causa la miserable conducta del conde Vignati; pero ya están enjutos mis ojos, y me dispongo á contaros cosas que os han de estremecer.

—Difícilmente; conozco la maldad de los hombres, y nada es nuevo para mí ni me extraña en ellos.

—Puede que varieis de opinion, padre mio, ántes de diez minutos.

—Hablad, hijo, y sepamos si es cierto.

—¡Oh, qué dulce es esa frase para mí! tambien la escuchaba con gusto del padre de Angelina, creyéndola sincera, pero me equivoqué; el malvado empezó fingiendo amor y agradecimiento, y poco á poco fué envenenando esta miserable daga, que yo arrojo de mi cinto porque él se fijó en ella, é hizo cuanto cabe en el cerebro más perverso para que viniera á atravesaros el corazon.

—Pronto desapareció su agradecimiento.

—Nó lo tuvo nunca, nunca. Su pecho es un lodazal, y su alma se compone de inmundicia y podredumbre.

—No os afecteis de ese modo; que quiera vengarse de mí, lo hallo muy propio de hombre tan ruin; lo que me extraña es que no haya comprendido lo difícil que era alzar vuestra mano contra el duque del Imperio.

—Lo sabe, y por eso se valió de un medio que os va á estremecer.

—¿A mí?

—A vos.

—No puede ser.

—Veamos: dice que estoy en idénticas circunstancias que Alvaro Zalla en Malta, y que deseais unirme á vuestra manceba.

—¡Maldicion! ¡No es un sér humano; ese hombre representa á Lucifer! ¡Hubiera arrancado la lengua á cualquier extraño que osara mancillar el honor de ese ángel; pero á su padre le mandaré dar cien tormentos, y no me apartaré de su lado hasta que exhale el último suspiro, presa de una agonía horrible! ¿Creísteis vos á ese malvado? ¿Dudásteis de Angelina? ¡Hablad pronto!

Y el duque cogió á Vitali de un hombro, y lo sacudió fuertemente.

—¿Olvidais, señor, que os he llamado padre para que nunca os fuese dado sospechar de la sinceridad de vuestro hijo?

—Todo os lo perdonaria ménos la más leve vacilacion contraria al honor de esa jóven y á mi lealtad de esposo y caballero. Pasé á su lado horas y horas admirando la belleza con que el cielo la dotó; estreché su mano; la besé en la frente; elogié su hermosura, y si pudo llegar á mí un pensamiento indigno, lo rechacé con ira, huyó de mi cerebro, y la pureza de la casta doncella se elevó con la hidalguía que emanaba de mi alma. ¡Como á Syra la protegí; como á Zalla os cubrí de honores, y si la recompensa que me dais es la marca de la infamia y el ludibrio de mi esposa, idos de aquí, miserable!

—Padre mio, si una idea contraria á lo que acabais de expresar hubiera posado en mi cerebro, no estaria frente á vos; en el acto me atravesaria el corazon con la daga, que me sobran valor y entereza para hacerlo. Sólo al duque del Imperio le puedo yo tolerar esas sospechas; sólo ante él inclino mi cabeza y baño con lágrimas el mal con que acaba de lacerar mi pecho.

—¿Es posible que vuestro jóven é inexperto corazon no haya dado cabida á un pensamiento ruin, pero tan hábilmente expresado?

—Señor, Angelina es débil mujer y muy capaz de ofuscarse y cometer una falta, pero vos no: el que todo lo perdona; el hombre grande que se mece y sonrie sobre un mar de desaciertos y miserias humanas, sin que el agua ose manchar ni áun la tela de su traje, está sobre los hombres y las cosas, y no desciende nunca de la eminencia donde le colocó el destino. Me era más fácil mataros que creer en vos una pequeñez, un hecho tan infame; y digo mataros porque os amo más que á mi vida, que á Angelina Vignati, y que á mis padres.

—Noble mancebo, vuestras frases son sinceras; venid á mis brazos, y enjugue mi pecho vuestro llanto. Serenaos ahora; vuestro cariño recibe ya su merecida recompensa.

Y lo estrechó con ternura, añadiendo:

—Angelina es pura como un ángel; os casareis con ella, y yo seré vuestro padre.

—El conde, señor...

—¡No me hableis de ese mónstruo! Si un dia le perdoné, hoy ya es imposible que deje de castigarlo como merece, con el rigor que requieren sus delitos.

—Os iba á proponer lo contrario; tratándose de vos, nada me importa su hija; si lo quereis, apagaré el amor que arde en mi pecho, y acrecerá el que os tengo; con éste me sobra. Creedme, señor, la adoro con frenesí; pero entre unirme á ella ó permanecer siempre á vuestro lado, elijo lo último.

—Gracias; mas la hija no tiene culpa de la vileza del padre, y quiero reemplazar á Vignati, en tanto que vosotros os casais, y como Zalla y Syra, felices y dichosos, entrais en el nuevo sendero que os llevará al bienestar de que ahora careceis. ¿Cuándo os hizo el conde la terrible declaracion?

—En el momento que concluí de decirle que estaba perdonado y levantada la confiscacion.

—¡Ese bárbaro, al verse nuevamente poderoso, creyó que

vino al mundo para dominar, cuando sólo merece un grillete y una horca! ¿Conoce vuestras intenciones?

—Al principio juzgué que su cariño era sincero; pero en el instante que pude reconocerle al través de su hipócrita careta, fingí convencerme, dar asentimiento á sus razones, y hallarme dispuesto á realizar su nefanda idea.

—Bien hecho.

—De este modo, el desengaño que le preparaba debia ser digno del miserable que me lo inspiró.

—Continuad, que el Vitali de Nápoles se va pareciendo mucho al de Ancona, y eso me enorgullece.

—Lo dejé en su despacho, y estoy seguro que atrajo vuestra figura á su vista, para contemplar el puñal de Augusto atravesando el corazon del duque del Imperio; pero cuando debia hallarse más entusiasmado y gozoso, habrá entrado el alférez de mi compañía, y con la rudeza de un fiero enemigo, estoy seguro que lo desarmó, dejándolo encerrado, preso y con dos soldados á la puerta, en la peor habitacion de su palacio. Allí lo teneis, señor; me es igual que muera en garrote vil ó bajo el hacha del verdugo; pero deseo que espire, porque, como decís muy bien, su último crímen es imperdonable. Sin miramiento alguno tomaria mi alférez posesion del palacio, estableceria centinelas, y sólo habrá tenido consideraciones con su hija Angelina.

—¿No os despedísteis de ella?

—No; al montar á caballo la dejé un suspiro que podia equivaler al último adios, si mi amado padre y general lo dispone así.

—La suerte de ese hombre me va molestando más que el todo de la revolucion que sofoqué. Debe morir; pero los ayes de su pobre hija, que preveo, me parten el corazon. Es preciso otra cosa; no puedo, no puedo matarlo; ya lo vereis, Augusto.

—¡Qué alma tan noble!

—No lo creais; si á mí me fuera dable gozar con la agonía

de algun hombre, sería con la de ese; temo únicamente que vuestra amada llore y sufra por mi causa.

En este instante se abrió la puerta del despacho del duque, apareciendo Ros, el cual dijo á su amo sin cumplimiento alguno:

—Señor, perdonad que os interrumpa; me es imposible retardar un segundo la noticia que os traigo.

—Cierra, y habla. ¿Qué hay?

—Con sorpresa vi que en la calle de Toledo estaba la carroza del conde Vignati, cuyos blasones y criados reconocí; bajé al momento, y preguntando al cochero á quién habia traido, me contestó que hace más de dos horas llegó Angelina, y permanecia en el palacio. Entónces indagué, resultando que vuestros pajes la entraron en un gabinete, sin atreverse á anunciaros su llegada por lo ocupado que os creyeron. Pasé donde estaba, y la vi hecha un mar de lágrimas, anhelando que os digneis recibirla.

—Que pase inmediatamente.

—¿Qué le ocurrirá, amo mio? Nada me ha querido decir, y me extraña...

—Parte al momento; pero ántes di á Roch y á Zalla que éntren.

Salió el criado, siendo sustituido un minuto después por el general y el maestre. Osorio les dijo:

—Id, amigos mios, al estrado; disculpadme con esos señores que me aguardan, manifestándoles que un acontecimiento imprevisto me impide tener el gusto de recibirlos. Añadid lo que os parezca, y si alguno insistiera, que os diga lo que pretende y venid á decírmelo. No perdais un instante, que los napolitanos son muy susceptibles, y pudieran atribuir á causa diferente la que me aleja de entre ellos.

Roch y Zalla le obedecieron, si bien cambiaron una mirada irónica al ver que eran reemplazados por una dama cubierta con tupido velo y á la que iba acompañando Ros.

—Pasad,—exclamó el sirviente alzando la cortina.

La hija de Vignati penetró en el despacho, y descubriendo su rostro, exclamó:

—Perdonadme, señor, si me atrevo á interrumpiros y áun á robar al héroe un tiempo que acaso necesite para hacer la felicidad de Nápoles.

Osorio besó con respeto la mano que la jóven le alargaba, y mirándola con sentimiento, la contestó:

—Lamento, hija mia, no haber sabido hasta este momento que os hallábais en mi palacio, y os ruego dispenseis una falta que no estuvo en mi mano evitar.

—Me dijeron que os encontrábais muy ocupado, y rogué á vuestros pajes que no me anunciaran hasta que concluyérais.

—Mal hecho; Angelina Vignati jamás puede molestarme, y léjos de recibir un bien, sentí gran pena al escuchar que esperásteis dos horas.

—Mucho he sufrido durante ese tiempo; la primera vez que pisé vuestros salones fué para cubrir su pavimento con el llanto de mis ojos.

—Sé, Angelina, lo que os acontece, y es lo peor, que vuestro mal no parece que tenga cura.

—¡Qué decís! ¿Quién os enteró?

—Vitali; vedlo ahí.

—¿Lo sabías tú, Augusto? ¡Necia de mí! y creia que se valieron de tu ausencia para atropellar mi casa, ultrajar á mi padre, prenderlo y maniatarlo.

—Lo mandé yo ántes de salir, y se concretaron á obedecerme.

—¿Tú? Ingrato, ¿así pagas el amor que empezaba á nacer en mi pecho?

—Me olvidé de él, para recordar lo mucho que ámbos debemos al duque del Imperio y para cumplir con un deber de honor, al que nunca puede faltar un caballero.

—¿Qué hizo mi padre después de perdonado? Te han engañado, Augusto; eres muy jóven, y abusaron de tu credulidad. El conde no salió un instante del palacio; sólo habló

contigo, y es imposible que pudiera intentar nada capaz de justificar la conducta que están usando con él. Oid, señor duque; me hallaba en mi cámara contemplando el retrato de ese jóven capitan, que tan poco me quiere, cuando escuché los lamentos de mi padre, y corrí al sitio, hallándole entre fiera soldadesca que lo insulta, ata sus piés y manos, y como á un miserable lo arroja al cuarto más oscuro y peor del palacio; luégo fijan centinelas á la puerta; toman todas las salidas de la casa, y os aclaman, mezclando vuestro nombre sacrosanto con un hecho alevoso, indigno é inhumano. Les hablo, y no me contestan; les ruego, y se rien de mis lágrimas; les amenazo, y entónces se acerca el alférez y me dice:—Retiraos de aquí: nada puedo hacer contra vos, que me lo han prohibido, pero tengo órden de matar á vuestro padre, dependientes ó criados, en el momento que me desobedezcan ó dén un paso contrario á mi deseo.—¿Quién dispone eso? le pregunté.—No os importa.—¿Me permitís que salga de este edificio?—Id donde os cuadre; repito que me han impuesto la obligacion de ser considerado con vos, en aquello que no se oponga al cumplimiento de mi deber.—Entónces monté en mi carroza, y vine á pediros justicia.

—Siento deciros, hija mia, que en la ocasion presente no admite perdon la maldad de vuestro padre.

—¿Pues no abrísteis los brazos á todos los revolucionarios de Nápoles? ¿No están en libertad? ¿No acabo yo de ver cómo os aplauden y vitorean los mismos que anteayer gritaban contra vos, el rey y España?

—Es que Vignati sólo, fué más criminal que todos los sublevados juntos.

—¿Y por qué no me lo digísteis ántes; á qué hacerme confiar en un perdon que era mentira, que debia destrozar mi alma y causar mi muerte?

—No adivino, Angelina, y lo que vuestro padre intentó hoy no era dable que lo supiera yo ayer.

—¿Hoy? No es posible, señor duque.

—Ha sido esta tarde; momentos ántes de que lo prendieran y tratasen con mucho ménos rigor del que merece.

—¿Quereis convencerme?

—Yo lo haré, Angelina, si mi dueño y señor lo permite.

Osorio contestó afirmativamente, y nuestro jóven capitan, con calma y aplomo que le sentaban muy bien, cogió la daga que no há mucho arrojó léjos de sí, y acercándose á su amada, la dijo:

—Cuando concluimos de almorzar esta mañana, verias á tu padre que me ofreció su brazo, llevándome al despacho, donde nos encerramos. Allí recibió con júbilo la noticia de su perdon y devolucion de bienes, empezando por aplaudir al duque y hacer justicia á sus innegables generosidad y clemencia. Luégo comenzó á demostrarme que el cariño suyo hácia nosotros era fingido; que nos aborrecia á los dos, y que odiaba de muerte á su bondadoso vencedor. Todo esto empecé á verlo al través de una capa de refinada hipocresía; más tarde, y cuando supuso que me tenía bien preparado, me habló de tus citas con Don Flaviano; de un beso que dijo haberte dado en el rostro; de escenas amorosas habidas entre ámbos, concluyendo con asegurarme que eras la manceba del duque del Imperio.

—¡Jesús me valga!.. ¿Eso dijo? ¿Lo creíste, Vitali?

—Cuando á él lo prendieron de órden mia y no asesiné á mi señor, deduce la consecuencia.

—¡Ay, qué infortunada nací!

—No es eso sólo: te destinó á un convento, y juzgando que yo anhelaba vengarme, que su maldad se trasladó á mi pecho, me dió esta daga, ve su punta envenenada, para que con ella atravesase el corazon del hombre que concluia de regalarle vida, hacienda, títulos, que era el protector de su hija, y el paño con que se enjugaban en aquel instante las lágrimas de miles de familias.

—Sí; ese puñal es del conde; miro en el pomo su escudo de armas; déjamele.

Angelina se lo arrancó de la mano á Augusto, y fué á

clavárselo en el corazon, evitando el golpe Osorio, que la cogió del brazo, exclamando:

—Insensata, ¿qué haceis? ¡Soltad, y no troqueis en ruin y miserable vuestra grandeza de alma!

—Y le quitó el arma, devolviéndosela al capitan.

—Es inútil,—contestó la jóven fuera de sí; —mi padre debe pisar las gradas de un cadalso; su perdon ya es imposible, y la hija del ajusticiado, deshonrada por él, calumniada por el autor de sus dias, y sirviendo de ludibrio y escarnio á la multitud, morirá ántes ó después que el conde, pero morirá.

—¡Vos suicida, criminal! No puede ser.

—Duque, todas las reglas tienen excepcion, y llegó una en que aparecen inútiles vuestro gran talento é inmenso poder; atravesaré mi corazon, no lo dudeis.

—La mano que yo estreché, la pura frente donde estampé un ósculo paternal, no deben bajar á la tumba envueltas en el paño mortuorio del crímen. Yo salvaré á vuestro padre.

—Con lo cual todos perderemos; su maldad, que ya reconozco en la espantosa magnitud que realmente tiene, nos haria infortunados á todos, y esto se evita pereciendo él como autor, y yo como hija del más desgraciado de los hombres.

—Vivirá, acabando con ese último atentado su carrera de depravacion.

—¿Cómo vais á realizar ese milagro?

—No lo sé; pero estoy seguro de que mi poder y escaso talento no encontraron aún la excepcion de que me hablábais ántes. Oigo pasos; enjugad vuestros ojos, y mostraos digna del protector que desde hoy se constituye en padre de Angelina y de Augusto Vitali.

CAPITULO XXXVI.

El marino trae á Osorio la idea que le faltaba.—Al conflicto sigue la esperanza.—Complicaciones.

Al concluir de expresar Osorio su última frase se presentó Roch, y después que hubo mirado á la jóven con algo más que curiosidad, preguntó al duque:

—¿Es esta dama la futura de Augusto?

—Sí.

—Bella es como pocas mujeres; me gusta, Vitali; os doy la enhorabuena y...

—Basta, general; os dije ántes que me detiene aquí un asunto del mayor interés. ¿Qué deseais?

—Perdonad; juzgué otra cosa, y por eso os distraje con mi pregunta. Los que os aguardaban en el estrado eran grandes y nobles napolitanos que acaban de llegar de provincias, y ardian en deseo de estrechar vuestra mano. Unos afirman que fueron amigos de vuestro padre; otros se titulan compañeros de infancia del hijo, y todos han quedado en volver mañana.

—Muy bien; dejadnos solos.

—Se me olvidaba deciros, que aguarda sólo un fraile capuchino, el cual pretende daros cuenta de la mision que dice le encargásteis.

—No sé... ¡Ah! sí, el que mandé á Busato, el prior de la Orden. Enteraos, y si es ese, que pase al momento. A la vez que enganchen mi carroza.

—¿Aquí ha de entrar; á presencia de esta dama?

—¡Sí, maldito; corred!

—Voy, mas por tierra los marinos navegamos muy despacio, que el camino es escabroso.

Y salió, en tanto que el duque hablaba consigo mismo, murmurando:

—¡Busato!.. ¡Aquella declaracion que me hizo!.. Sí, la inquisicion... la inquisicion; eso es; no hay otro medio, pero debe bastar ese.

—¿Qué decís, señor?

Le preguntaron á la vez Angelina y Vitali, asustados al solo nombre de la inquisicion.

—Hallé la idea que buscaba. Os he salvado, Angelina, y si Dios no me abandona, aún podeis ser felices los dos.

—¿Y mi padre?

—Ese, de grado ó por fuerza, vivirá, teniendo que ser bueno.

—¿Estais seguro?

—Ello dirá; abrigad confianza, creed en mis palabras, y rogad al cielo que os perdone el horrendo crímen que intentábais.

—Lo haré. Vuestras frases, esa actitud y faz me indican lo suficiente para que os obedezca. Sí; jamás se equivoca un hombre que se expresa como vos en este instante.

—Callad, que oigo el roce de los hábitos del religioso.

Un segundo después alzó Ros la cortina, penetrando en el despacho el anciano prior que anunció el marino. Tenía la barba blanca, rala y extremadamente larga; se apoyaba en un pequeño báculo, y su paso era lento y penoso. De los cordeles

que ceñian el grosero hábito á la cintura del fraile, pendia un enorme rosario que, en union de sus sandalias, daban al conjunto un aspecto humilde y venerable.

El capuchino hizo una reverencia á Angelina, otra á Vitali, é inclinándose delante del duque, le dijo con voz trémula por la falta de vigor que le robaba la edad:

—Señor, vuelvo gozoso ante V. E...

—Perdonad, padre, que os interrumpa; no puedo tolerar que me deis tratamiento ni que continueis sin haber besado yo ántes vuestra mano, en prueba de amor y respeto á lo que representais, á la santidad que el vulgo con justicia os atribuye.

—¿Qué haceis? Soltad, señor.

—No; la excelencia y hasta la majestad de la tierra deben humillarse y besar el polvo del representante del cielo.

—Vos, no, que acabais de ser la egida de los buenos; la caridad para los malos, y el bien que la Providencia, compadecida de nosotros, mandó á este afortunado país. Erguid la frente; la grandeza que Dios depositó en vuestro corazon, como suya, pretende igualarse á la Divina, y quien tales cosas ostenta, está bien con la cabeza levantada siempre.

—Gracias, padre prior: mucho debo al cielo, y por lo mismo soy el primero en demostrarle mi gratitud á tanto bien como le soy acreedor. ¿Qué deseábais de mí? Habladme, por lo ménos, de igual á igual, que así y todo me juzgaré dichoso ánte un sér que respetan los más y yo venero más que nádie.

—¡Qué bondad la vuestra y qué bien sienta en el poderoso la humildad con que intenta cubrir su poder y gerarquía! Anhelando, como vos, ganar un alma que iba volando hácia la sima de Lucifer, y en cumplimiento además de vuestras órdenes, que son sagradas para mí, marché á casa de Busato, le confesé, y áun cuando me horrorizó el cúmulo de faltas cometidas, creí sincero su propósito de enmienda, y me aficioné á él, juzgando que de los grandes delincuentes suelen salir los mejores soldados del catolicismo. No abandoné á mi pobre oveja

un solo instante; me lo rogó con lágrimas en los ojos, comí á su mesa, y siempre en plática cristiana, vengo á participaros que se realizó nuestro deseo, y ya no hay inconveniente en que mañana mismo le cubra el hábito que él pide noche y dia abatido y trémulo. Eso es todo, señor; me lo llevaré á mi convento, y Dios os deberá un alma que tenía aprisionada Satanás, y que sólo el duque del Imperio podia en la tierra quitársela al espíritu maligno.

—La idea fué mia, padre; lo demás se lo debemos á vuestro celo, interés y santidad; no en balde el pueblo de Nápoles se inclina ante vos, y lleva sumiso á sus labios el nudo de esos cordeles. ¿Os hallais dispuesto á atraer y conducir otra oveja más descarriada, de peor índole y de conducta más perversa?

—Haré lo que vos me mandeis, lo que Dios me inspire.

—¿Oísteis hablar del conde Vignati?

—Sí, me dijeron que era un gran pecador; Busato confirmó luégo lo que yo sabía.

—Ese os costará más trabajo.

—Nada hay difícil para la misericordia Divina; se lo pediré con llanto en los ojos, y acaso por centésima vez, oiga benigno á este su mísero siervo.

—Padre prior, entre ámbos arrancaremos ese espíritu de las garras del demonio. Hagámoslo por él y por su pobre hija, modelo de candor, de virtud y de inocencia. Vedla. Acercaos, Angelina. Con la ayuda del santo conseguiré mi intento. Luégo os confesais con él, hija mia. Quiso suicidarse al contemplar lo enorme de las faltas de su padre.

—¡Vos!—exclamó el sacerdote retrocediendo.—¿Qué motivo teneis para dudar de la Providencia? ¿Por qué ese salto desde el alcázar de la virtud al lodazal del crímen?

—Teneis razon, padre mio; pensé cometer un gran pecado, y os juro llorar mi falta y expiarla, segun me mandeis.

—Es preciso más; es indispensable un propósito firme de no volver á pensar en lo que ya os horroriza.

—¡Juro!..

—Cuidado, hija mia, que os oye Dios.

—Por eso juro solemnemente no faltarle otra vez, sea cual fuese el porvenir de mi infortunado padre.

—¿Comprendeis,—le preguntó el duque,—lo que me propongo, auxiliado por ese santo varon?

—Sí, lo que juzgué en un principio imposible, voy viendo que lo conseguirá el hombre ante cuyo genio y poder me inclino.

—En ese caso, hija mia, y tranquilo ya por el juramento que acabais de hacer, marchad á vuestra casa; encerraos en las habitaciones que os pertenecen, y dejadnos á nosotros que nos cuidemos de la suerte de vuestro padre. No procureis verlo ni saber nada de lo que acontece. Cuando lo hayamos encaminado al bien, entónces lograreis estrecharlo dia y noche. Acompañadla vos, Vitali, como un hermano, sólo como hermano; aconsejadla, velad por ella, y no os separeis de su lado. Partid, hijos mios, que la noche avanza, y hoy mismo ha de quedar decidida la suerte del conde. Oid: mandad por la hermana de Busato, y que éntre al servicio de Angelina.

Augusto y su amada besaron la mano del sacerdote, y estrechando con cariño y respeto la de Osorio, salieron, siendo acompañados hasta la puerta por el duque, el cual, cuando los hubo perdido de vista, se volvió de pronto, y dijo al religioso con viveza:

—Padre, será muy difícil si no imposible atraer al buen camino al conde Vignati.

—Lo sé.

—Tendremos necesidad de emplear la amenaza, el rigor, y acaso el tormento.

—Con tal de ablandar su alma encallecida en el crímen, todo es permitido; pero yo no puedo...

—Por desgracia, sólo el terror y la idea de perecer harán inclinar la frente de un hombre más hipócrita aún que malvado.

—Eso no está en mi mano...

—Permitidme que dirija un acontecimiento de tal magnitud.

—Nada mejor que vuestro privilegiado ingenio.

—El conde es protestante; quiso atraer á la heregía á Busato, y guarda en su alcoba la biblia y comentarios del perjuro Lutero.

—No os comprendo, señor.

—Montad inmediatamente en mi carroza, id por Busato y que denuncie ante el tribunal de la inquisicion al conde Vignati.

—Le darán tormento.

—Mejor.

—Lo sentenciarán á muerte.

—No; el inquisidor general y restantes colegas estuvieron aquí hoy, me hacen justicia, acaso favor, y os lo entregarán en el momento que esté en disposicion de pertenecer á vuestra órden.

—El poder del santo tribunal no tiene límites.

—La revolucion sofocada, perdon á los rebeldes y otras cosas que no hay para qué nombrar, me elevaron sobre los hombres y las cosas. Os nombro confesor de Vignati, y vos decidireis cuándo os ha de acompañar al convento. No perdais de vista, prior, que soy aquí el rey, y que no existe quien ose contradecirme; mi bondad tiene límites, y nádie ignora que el que los traspasa perece.

—Deseo lo mismo que vos; convencí siempre con razones; me horrorizaron los tormentos; pero llegó la excepcion, y á mi pesar me veo obligado á obedeceros.

—No perdais un instante; mi carroza os aguarda.

—La Orden á que pertenezco me prohibe hacer uso de ella.

—Yo os lo mando.

—Entónces me inclino, que mi primer deber es acatar la potestad del rey.

—Dejadme ántes que bese vuestra mano.

—No.

—Sí, y ha de ser de rodillas.

—Señor, me humilla vuestra grandeza de alma.

El duque lo abrazó, llevándolo así hasta la portezuela del

carruaje que esperaba al pié de la escalera; cuando le hubo servido de lacayo cerró, diciendo á su cochero:

—Bonetti, á casa de Busato, castigando á los caballos sin piedad; luégo á la inquisicion, á cuya puerta aguardas. Vuela.

Partió el coche, y Osorio mandó llamar á Zalla, dirigiéndose sin detenerse á su despacho, donde empezó á escribir una larga comunicacion. Cuando hubo terminado, lacró, y viendo al maestre frente á él, le dijo:

—Tomad, amigo mio; partid inmediatamente al palacio del inquisidor general, entregadle ese pliego, permaneciendo á sus órdenes para todo cuanto necesite de vos. Os mandará que hagais de familiar del *Santo Oficio:* no os importe; lo que él disponga esta noche, lo ordeno yo; y tened en cuenta que me interesa mucho el papel que vais á representar.

—Si vos lo quereis, Alvaro Zalla hará de esbirro.

—Gracias, maestre; no en balde sois mi protegido y uno de los hombres á quienes más estimo y considero. Dejad esa banda; cubrios con una capa negra, chambergo sin pluma, y corred, que en el tribunal nos volveremos á ver.

Salió Zalla, quedando solo el duque.

—Muy bien,—exclamó;— veo realizado el axioma aquel que nos aconseja no decir nunca «De este agua no beberé.» Pues hé aquí que Flaviano de Osorio, eterno enemigo de la inquisicion, se encuentra obligado á hacer uso de sus tormentos, y quién sabe. Cuando mis hermanos lo sepan, se admirarán... Pero no; es el único medio de torcer la voluntad de ese fatal Vignati, y si á la postre logro trocar en buen religioso á tan depravado ser, habré conseguido un milagro mayor que el de vencer y destruir una revolucion muerta por mí desde su orígen.

Cuando hubo terminado sus reflexiones, mandó buscar á Roch, al cual dijo:

—General, un asunto del mayor interés me aleja esta noche de mi palacio; y es lo peor que ignoro la hora en que me será dado regresar. Quedad vos en mi puesto; recibid á cuantos vengan, y disculpadme con todos.

—¿Se trata de alguna cuestion de faldas?

—Andan en ella, señor marino; pero Osorio es más leal á su esposa que vos.

—Más, imposible; tanto, puede; que me refirió vuestro criado la conducta usada por vos con la hija del conde Vignati, y en verdad que variásteis hasta el punto de excitar mi admiracion.

—Os repito que mucho más. Vos empezais á ser viejo...

—No me lo digais.

—Sí; vuestra cabeza va apareciendo blanca como la montera de los Alpes, y sin perjuicio de eso, huís del peligro, demostrándole miedo. ¿No es eso?

—Y bien, lo hago inspirado por la lealtad y amor á mi esposa.

—¡Cobarde! Yo, jóven, apuesto y gentil, segun dicen hombres y mujeres, busco el peligro, lo desafío, venzo, y la duquesa, mi señora, triunfa de un corazon que pretenden robarle las damas más bellas y aristocráticas de Europa.

—Yo en la mar soy tambien incontrastable, pero en tierra me flaquean las piernas, y como no conozco el terreno, huyo de las celadas de esos corsarios de revocillo, ojos negros, mirada de sirena y voz de ángel, por juzgarlos peores que el pirata Abancay y los cañones de los ingleses.

—Debilidades del que se conceptúa valiente; yo no temo más que á Dios, y lo mismo en el piélago de agua que en el de tierra, camino con frente erguida, pié seguro y alma grande.

—Por eso sois mi jefe, el segundo *invencible*, y al que yo más quiero y admiro después del príncipe de Italia.

—Siendo así, no pretendais humillar mis sacrificios con sospechas y sátiras que empequeñecen vuestro talento.

—Lo haré, que en Nápoles os igualásteis á Silva, y es un fenómeno que necesité verlo para creer en él.

—Tampoco es propio de un tan bravo marino, adular á duques.

—¡Voto á cuatro mil regiones!.. Os dije la verdad como

buen barcelonés, y la oirán de mi boca el rey, el príncipe mi señor, vuestros cuatro hermanos restantes, y cuantos me hablen de eso. Bien haceis en alzar la frente con orgullo; vuestra corona vale más que la de Felipe II.

—¿Y si yo os dijera que acabo de denunciar á un hombre ante el tribunal de la inquisicion y que me dispongo á presenciar el tormento que va á sufrir, variariais de opinion?

—No; de alma tan grande y generosa no puede sospecharse nada contrario á lo que sea digno y elevado.

—Pues entónces, con vuestro permiso, parto á ver cómo le va al conde Vignati con los esbirros y familiares del santo tribunal.

—¿Lo decís de veras?

—Os lo juro por lo que más amo en la tierra.

—¿No le perdonásteis?

—Como á todos; pero él, en recompensa, contó á Vitali, amante de su hija, que Angelina era mi manceba, dándole un puñal envenenado para que me atravesara el corazon.

—¿Y no le habeis mandado descuartizar?

—No, le volví á perdonar, y en breve sabreis lo que me propongo.

—¡Lo que es yo lo convierto en partículas!

—Oigo rumor en los salones; marchad, y hasta luégo.

—No tardeis, que estaré con cuidado.

—Mal hecho; ¿quién osaria atentar contra el vencedor?

—¿No hay un conde Vignati? Pues lo mismo pueden existir diez.

—¿Y mi espada, se ha roto?

—¿Y la traicion?

—¿Y Dios que vela por sus hijos?

—Hasta luégo.

—Hasta después, mi viejo amigo.

Roch entró en los salones en tanto que el duque se cubria con un traje negro, le pusieron banda y toison, y muy embozado abandonó el palacio, saliendo por una puerta excusada.

Iba solo, y bien pronto se perdió entre la inmensa muchedumbre que seguia por calles y plazas cantándole trovas y vitoreándole, sin saber que cruzaba á pié el venturoso caudillo y por junto á los más entusiastas. Llegó á la puerta de la inquisicion, se dió á conocer, le abrieron, y no tardó en hallarse primero frente al tribunal que se reunia en aquellos instantes, y luégo al lado del conde Vignati. Se notaba en la presente noche una animacion, ruido y movimiento de que carecia há mucho el extenso edificio que servía para encerrar á los reos sometidos al fallo del *Santo Oficio*. En Nápoles eran muy pocos los denunciados por causas de fe, y no tenemos noticias de que allí se ensañaran los jueces de que ahora nos ocupamos. Por eso llamaron algo la atencion el movimiento de que hemos hablado ántes, la acumulacion de dependientes, y las diferentes carrozas que acababan de llegar, dos de las cuales quedaron esperando á la puerta; pero estaba demasiado entretenido el pueblo con los festejos que hacía al héroe, para que se cuidase de otra cosa que de cantar, aplaudir y vitorear al duque del Imperio. Así es que los transeuntes se conformaron con exclamar:

—¡Qué acontecerá!

Y prosiguieron su camino sin volverse á cuidar de lo que concluian de ver.

Preciso es que tambien nosotros abandonemos por el pronto la inquisicion, dejando para más adelante el averiguar lo que pasa en tan lóbrega y terrorífica cárcel. Volvamos al palacio de Osorio, y sepamos lo que acontece al marino Roch.

CAPITULO XXXVII.

Sorpresa.—Nuevos personajes.—El príncipe de Italia y los cinco inquisidores de Nápoles.

Nuestro valiente catalan, luciendo la hermosa banda que lo elevaba al primer rango de la marina, entró en el estrado del palacio, hallando en él á muchos señores que deseaban ver al duque. Mostróse afable y atento con ellos, disculpó la ausencia de su jefe, y en representacion de éste conferenciaba con ellos y con los que llegaron después, cuando se le presentó su criado, diciéndole:

—Señor, el capitan del puerto desea hablaros con toda urgencia.

—Dile que pase.

—Quiere que lo recibais solo, y añade que es para un asunto del servicio.

Roch se disculpó con los nobles que le rodeaban, y entrando en el despacho del duque, seguido del sujeto que concluian de anunciarle, le preguntó:

—¿Qué acontece?

—Señor, cerca de anochecido distinguió el vigía á un navío de guerra español; pero se hallaba á gran distancia, el mar está en calma, y no creimos que entraria esta noche en el puerto; mas sucedió todo lo contrario, y hace media hora detuvieron los centinelas á seis embozados que saltaron en tierra, faltando á todas las reglas establecidas. En el acto fueron detenidos, les interrogué, sabiendo con sorpresa que concluia de anclar el buque de que os hablé ántes, que ellos habian arribado en él, acabando por demostrar un decidido empeño en pasar adelante ó al ménos en que se os avisara.

—¿Quiénes son?

—Tres parecen caballeros, los restantes criados; recatan el rostro, mandan con imperio, y hasta osaron amenazarme si tardaba en venir á buscaros.

—¿Qué razon os dieron para obligaros á obedecer?

—Uno de ellos asegura que habla en nombre de S. M., y que le trae á Nápoles un asunto del servicio, para el desempeño del cual perjudica bastante cualquier demora que se les haga sufrir.

—¿Basta eso para obligarme á abandonar la representacion del duque del Imperio que acaba éste de encargarme durante su corta ausencia?

—Infiero que sí; no olvideis que han llegado en uno de los mejores navíos de la escuadra real.

—¡No comprendo!..

—Ni yo tampoco; pero es lo cierto que, además de lo manifestado, el que se dirigió á mí está muy acostumbrado á mandar, impone su mirada, é indudablemente es general de mar ó tierra.

—En ese caso, os seguiré, y veremos quiénes son esos hombres.

Nuestro marino llamó, diciendo á su criado:

—Que venga al momento el maestre Zalla.

—No está, señor.

—El capitan Vitali.

—Tambien partió hace tiempo.

—Entónces, el jefe de la guardia de palacio.

Cuando aquél se hubo presentado, añadió:

—Tengo que marchar ahora mismo; id al estrado, y manifestad á los señores que encontrareis allí, que un asunto de la mayor importancia me aleja de casa, sin darme tiempo ni áun para despedirme de ellos. Si después viniese algun otro, que espere ó vuelva, pero sin que yo pueda saber cuando regresaremos el duque ó yo.

Seguidamente pidió su capa y sombrero, saliendo de allí en pos del capitan del puerto.

—¿Dónde están?

Preguntó Roch á su guia.

—Tres en mi despacho, y los otros, que parecen criados, marcharon al bote en busca de unas maletas. Debo advertiros que aquellos y éstos se hallan vigilados. Me encargó el que parece jefe que entráseis solo, mas juzgo conveniente acompañaros, siendo así que los desconocemos, y áun cuando no es lo probable, pudieran tenderos una emboscada. Permitidme que vaya delante.

—No; quedaos atrás, y no paseis hasta que yo os llame. Puesto que son pocos, quiero darles gusto, y que no atribuyan á miedo vuestra prudencia.

—Os obedezco, señor; pero cerca estoy por lo que pueda ocurrir.

El valiente marino levantó el picaporte, y penetró, volviendo á echar aquél. Dos de los desconocidos estaban embozados en capas largas, y el otro en un ferreruelo de terciopelo negro; al ver al general, los tres le abrieron los brazos, obligándole á que quedara confuso, aturdido, y sin acertar á moverse.

—¡Señor, señores!..

Exclamó por fin, estrechándolos uno á uno. Eran el príncipe de Italia, el duque de los Andes y el conde de Santomera.

—¿Qué terrible acontecimiento os hace abandonar Madrid, seguido de vuestros dos hermanos?

Preguntó el catalan á Silva, creciendo á cada instante su sorpresa.

—Ya lo sabreis,—le contestó aquél; —excitará vuestras lágrimas, y no obstante oirlo de mi labio, dudareis aún. Antes decidme: ¿cuál es el estado de Nápoles? Esa banda de general me indica...

—Que la gané, y me la concedió el incomparable duque del Imperio el dia que arrancamos al enemigo la más completa victoria.

—Ya sé que mi querido Flaviano está bueno, y que triunfó; mas temo que haya regado con sangre humana el rádio que ocupa Nápoles.

—Os equivocais, señor; fué el agua la que se cubrió de mástiles, tablas y de un color rojo que parecia efectivamente sangre. Osorio venció á lo Silva; yo á la española.

—Explicaos, por Dios.

—Estalló la revolucion, dejando en las calles quinientas víctimas escasamente; se prendieron á los quince mil complicados, pero al dia siguiente todos fueron puestos en libertad, se alzaron las confiscaciones, y Nápoles entero felicitó á un héroe tan valiente en el campo de batalla como clemente y bondadoso fuera de él. Se os ha igualado, señor; si cabe, se sobrepuso al príncipe de Italia en grandeza de alma.

—En medio de la amargura que aflige mi corazon, me hace sonreir la noble conducta de mi hermano.

—Qué entusiasmo ha excitado. ¿No vísteis la ciudad iluminada? ¿No escuchais las trovas y vítores con que el pueblo lo obsequia todavía? Su genio merece eso y mucho más.

—¿A qué os referiais cuando me hablásteis de la mar enrojecida y cubierta de mástiles y tablas?

—¡Ah! sí; nada, no es cási nada. Yo disponia de sólo la mísera galera, que nos trajo, y con ella resistí el ataque de cuatro formidables navíos franceses y alemanes.

—Cinco querreis decir; además de esos, debió acudir uno inglés, que, segun cuentan, formaba la envidia de los mares.

—No, señor; ese lo destruimos ántes. En una noche serena y apacible...

—¿Perdonásteis á la tripulacion?

—No pudimos; bien á pesar nuestro se fueron hundiendo poco á poco en ese piélago inmenso.

—¿Y decís que mi hermano se me antepuso en generosidad?

—Y lo repito; mas el fatal navío inglés nos apresó frente á Córcega; los que nos acompañaban se vieron robados y heridos; las mujeres... Señor, eran piratas. El duque, con su gran talento, nos libró de aquellos bárbaros; pero conceptuó peligroso dejar que continuara destruyendo nuestra marina, matando españoles; y con la galera que nos trajo, que es chica, muy chica, mañana la vereis, y diez cañoncitos de grueso calibre, dimos fin, sin que nádie se apercibiera, de aquellos bandidos de mar. De haber perdonado uno sólo, los revolucionarios, sus compañeros, sabrian que estábamos aquí, y todo se perderia.

—¿Qué hizo mi hermano esa noche?

—Dar unas cuantas voces de mando, descargar sus pistolas, y luégo se cruzó de brazos, quedando triste y como ensimismado, miéntras nosotros...

—Comprendo. Y vos, ¿cómo os arreglásteis con los cuatro navíos de que me hablábais ántes?

—Bien; allí gané esta banda, teniendo el sentimiento de no poder socorrer á nádie. Mi conducta en la mar forma la antítesis de la de Osorio en tierra. No lo extrañeis; en el agua es imposible generosidad, clemencia...

—Sé, como vos, lo que se puede hacer á bordo, y comprendo que vuestro defecto lo demuestra una fiereza que en balde traté de arrancaros, viejo temerario.

—¿Habia de consentir que destruyeran mi pobre galera y que nos echaran á pique? No, señor; mi deber era triunfar, salvando á los mios.

—¿De qué modo?

—La plaza recibió á cañonazos á los cuatro navíos, cuyos

jefes juzgaban que los fuertes pertenecian ya á los revolucionarios, y acto contínuo me metí en medio, icé la bandera española, y pude con todos.

—¡No se os ocurriria echar unos botes, salvando así á los infelices que, con los brazos levantados, os pedirian misericordia!

—Con el humo y la densa bruma no se veia nada absolutamente.

—Sí, la bruma de vuestra crueldad cuando no estamos junto á vos uno de nosotros, que os contenga y aleccione. Comprendo que con un solo barco débil y mezquino os lanzariais en medio de los contrarios con valor y talento maravillosos; sereno, impávido, y desafiando los peligros, dispondriais el combate, haciéndoos digno de la banda que se apresuró á ceñiros mi querido hermano. Pero luégo, después de triunfar, se embotarian vuestros sentidos, y ciego á la voz de la caridad, dejariais que poco á poco fueran hundiéndose en el abismo los hombres, los barcos y cuanto encerraban. Ya no tiene remedio, y en verdad que la admirable conducta de Flaviano aparece ante mi vista enlutada con la de Roch.

—Nunca supe contradeciros, señor; me inclino ante vuestro genio, que os debo además cuanto soy, y dejo al tiempo y á los napolitanos, testigos oculares, que me justifiquen.

—¿Dónde está el duque?

—En la inquisicion.

—¡Mi hermano allí! No puede ser.

—Pues está.

—¿Qué tiene que hacer el nuevo virey con esos jueces?

—Pasó en demanda de una colocacion digna para el conde Vignati.

—Explicaos.

—Quiero decir que, habiendo perdonado al presidente de la junta revolucionaria, y no siendo dable dejarlo sin castigo, solicita en estos momentos del mencionado tribunal la consiguiente condena.

—¿Flaviano recurre á ese extremo? ¿Él, enemigo constante

del tormento y la hoguera, los quiere aplicar á sus enemigos?

—Pues ahí vereis.

—¡Os digo que es imposible!

—Y yo repito que le he visto partir.

—De ser cierto, apareceria como un miserable.

—Si otro que vos lo dijera, ¡voto al demonio!.. El señor duque se presenta con su conducta de esta noche tan admirable como siempre.

—Mucho me van dando en qué pensar vuestros reiterados elogios, fiero marino.

—Son iguales á los que tributé siempre al príncipe de Italia; ya os indiqué ántes que en esta ocasion se os igualó Osorio.

—En ese caso habreis entendido mal, y mi hermano hará en la inquisicion lo contrario de lo que suponeis.

—Creo que no; pero soy falible, y puedo equivocarme.

—Yo lo averiguaré al momento. Salid, y encargad á mi criado que os entregue mi venera de familiar, que está en la maleta que concluye de desembarcar. Luégo, que os sigan al palacio del duque, Odon, Roberto y tres sirvientes, en tanto que yo penetro en el local del *Santo Oficio* de Nápoles.

—Antes, señor, deseo saber qué motiva la tristeza que baña los rostros del conde de Santomera y duque de los Andes, el motivo que os trae y el que nubla vuestro semblante.

—No puede ser; probablemente nos estarán escuchando, y el asunto conviene que permanezca ignorado en este país. ¡Ay, Roch, qué de infortunios nos reserva el destino, si la misericordia Divina no se apiada de nosotros!

—Me estremecen vuestras frases; ¡oh, terrible acontecimiento debe ser cuando el héroe suspira y teme!

—¡Grande, inconmensurable! Pero no perdamos tiempo.

—¿Qué digo al capitan del puerto, cuya curiosidad es extremada?

—Puesto que somos los tres generales de mar y tierra, pasaremos por jefes de marina, llegados á Nápoles con una mision de S. M. para el duque del Imperio.

—¿Dónde se halla vuestro criado?

—Debe estar ya en la habitacion contigua.

Roch salió, y acercándose al oido del capitán del puerto, le dijo:

—Son tres compañeros mios que traen órdenes del rey para Don Flaviano de Osorio. Mandad que se retiren los guardias que veo por ahí, disponed que nádie los espie, y hasta mañana.

—Pero...

—Obedeced, yo os lo mando.

—Está bien, señor; que el cielo os guarde.

Y marchó, llevándose consigo los soldados que tenía á la puerta.

Roch se aproximó al sirviente del príncipe, añadiendo:

—Abre la maleta de tu amo, y saca inmediatamente una venera que encontrarás entre su ropa.

—Sé dónde está, mas...

—Abrevia; lo manda él, y urge.

—Esperad un poco; la guardé en una caja que debe hallarse... Aquí está. ¿Quereis tambien el cordon?

—Sí; cierra, y disponeos los tres á seguirme.

Roch entregó la insignia inquisitorial á Julio de Silva, el cual la colgó de su cuello, y después que hubo dado algunas órdenes al marino, se embozó en su ferreruelo, saliendo de allí en direccion del *Santo Oficio*. Viendo nuestro catalan que el príncipe se resistia á que le acompañara, encaminó al conde de Santomera, duque de los Andes y tres criados al palacio de Osorio, en el cual entraron por una puerta excusada, sin darse á conocer á otros que á su sirviente y á los de Osorio y Zalla, si bien les encargaron que ocultasen la presencia de los recien venidos.

El príncipe, siempre embozado, triste y melancólico, oia con su acostumbrada indiferencia los vítores, trovas y aplausos con que el pueblo de Nápoles festejaba á su querido hermano. Cruzó várias calles alumbradas profusamente, y sin im-

pedimento alguno llegó al barrio donde creia recordar que estaba la inquisicion.

—¿Teneis la bondad de decirme,—preguntó á uno de los muchos transeuntes que veia en torno,—cuál es el edificio del santo tribunal?

El detenido dudó, intentando reconocer al príncipe.

—Perdonad,—añadió aquél,—soy forastero; y si no deseais complacerme, interrogaré á otro.

—Acabo de pasar por frente á él, y me ha extrañado el movimiento que noté dentro y fuera. ¿Sabeis vos lo que ocurre?

—No; acabo de entrar en Nápoles, y me dicen que un pariente á quien busco está allí, y corro á verle.

—¡Ah! Seguid esta calle, tomad la primera de la derecha, y al concluir, vereis otra en que está situado el edificio que buscais. A la puerta hay dos carrozas.

—Gracias.

Y el príncipe continuó su camino hasta que dió frente á la inquisicion, llamando acto contínuo.

—¿Quién es?

Le preguntó un soldado de la Fe, asomándose por el ventanillo.

—Un familiar.

Contestó Silva, descubriéndose y presentando su venera. Al verla el otro, le dejó expedita la entrada, volviendo á cerrar la puerta con cerrojos y candados.

Vários empleados del *Santo Oficio*, con traje negro y miradas investigadoras, rodearon al príncipe, interrogándole uno que parecia jefe:

—¿Quién sois y qué quereis?

—Un familiar de Madrid, y deseo saber si se halla aquí el señor duque del Imperio.

—No podemos decir quiénes entran ó salen.

—¿Ni á un familiar?

—No, y es extraño que lo ignoreis.

—¿Hay algun indivíduo del santo tribunal?

—Los cinco están reunidos.

—¿Quereis anunciarme?

—Imposible.

—Acercaos á mí.

Y aproximando Silva los labios á su oido, añadió, de modo que sólo aquél pudiera escucharlo:

—¡Ay de vos si vendeis el secreto que os voy á confiar! Soy el príncipe de Italia; decid al inquisidor general que deseo verle al momento.

El empleado lo miró con sorpresa, pero se inclinó ante él, murmurando:

—Nada temais, señor; tened la bondad de seguirme.

Y después de cruzar vários pasillos y habitaciones interiores, se detuvo en una espaciosa, añadiendo:

—Aguardad aquí un momento, excelentísimo señor, y perdonadme si os he...

—No me faltásteis ínterin me desconocísteis; ahora es diferente.

—Lo comprendo, y no tendrá V. E. queja alguna de mí.

—Abreviad.

Confuso aún, y medio aturdido el enlutado dependiente, abrió una mampara, desapareciendo por cortos instantes.

El príncipe quedó solo, y después que hubo reconocido con su inteligente mirada cuanto veia en torno, exclamó:

—¡Negras las paredes, tristes las luces, y lóbrego y siniestro cuanto miro! ¡Oh! ¿por qué me extraña el terror que infunden estos edificios si lograron atemorizar á mi padre? El misterio, el traje, cuanto se contempla y escucha en estas cárceles, todo excita la supersticion y el miedo.

Al acabar de expresar la última frase, apareció á la puerta el dependiente, diciendo á Silva con un signo que podia pasar.

Aquél se quitó el sombrero, y cuando hubo penetrado hizo una reverencia, quedando parado frente á cuatro frailes y un obispo, que eran los cinco que componian el tribunal de la

inquisicion. Ninguno de ellos se movió, si bien devolvieron á Julio su saludo con otro movimiento de cabeza.

Cuando los seis se examinaron con la mirada, exclamó el inquisidor mayor:

—Señor príncipe, vuestra llegada á Nápoles nos acaba de sorprender, y en verdad que nos hubiera complacido hallaros fuera de este sitio para recibiros como merece el alto y poderoso señor que tantos títulos tiene al respeto y consideracion de todos nosotros.

—¿Qué preeminencia concedieron á este lugar, para que yo no sea en él el mismo que en otro paraje cualquiera?

—Reunidos y en torno de esta mesa, componemos el tribunal del *Santo Oficio*; nádie puede entrar sin ser llamado, y en la excepcion que hemos hecho con V. E. patentizamos la estima en que se le tiene.

—Gracias; pero yo creia que os era dable prescindir por un momento de vuestros deberes de inquisidores, para escuchar siquiera al primo de S. M. el rey nuestro señor.

—Imposible; aquí sólo nos es dado administrar justicia.

—¿Conocísteis á mi padre?

—Sí; fué un héroe que ascendió á santo, y si le admiré ciñendo espada, creció mi asombro ante el mísero religioso.

—Era tambien inquisidor como vosotros.

—Fué la honra del *Santo Oficio*, si algo pudiera hacer honor á este tribunal.

—¿Conoceis el axioma que repetia á cada momento, sentado como lo estais vosotros ahora?

—No recuerdo.

—¿Quereis oirlo?

—Sí,—le contestaron los cinco.

—Escuchad.

Añadió el duque; miró al cielo, y exhalando un suspiro que dirigia á la memoria del inolvidable autor de sus dias, exclamó:

—Al justiciero se le estima; al caritativo se le bendice.

—No os entiendo, excelencia,—dijo el padre Juan.

—Al justiciero se le estima; al caritativo se le bendice.

—No os entiendo, excelencia,—dijo el padre Juan.

—Lo creo; consiste en que estais muy grueso, reverendísima.

—Lo creo; consiste en que estais muy grueso, reverendísima.

El padre Juan era un religioso bastante obeso que se hallaba á la derecha del obispo inquisidor, el cual hubo de excitar el enojo del príncipe por su contestacion á la gran idea que concluia de expresar y por la mirada un tanto socarrona de que fueron acompañadas sus palabras. Así es que Silva añadió, sin poder contenerse:

—Há un momento calificásteis de santo á mi padre; os he citado una de sus máximas, ante la cual se inclinaron cuantas cabezas coronadas la oyeron; vos no la comprendeis, y eso me prueba, reverendo señor, que distais mucho de los santos.

El inquisidor mayor dió por hecho que su colega iba á salir mal parado del diálogo que acababa de entablar con el príncipe, y se apresuró á cortarlo con las siguientes palabras:

—El padre Juan, señor príncipe, no ha podido referirse á la bondad de la idea ni á la exactitud del axioma; se ha contraido indudablemente á la aplicacion, toda vez que los cinco creemos en él, y en este lugar y en todos procuramos imitar al venerable autor de vuestros dias.

—Mi padre pensaba así; pero le llamaron la única excepcion de los jueces inquisidores.

—Sería con relacion á España.

—Acaso; yo me alegraria que no os equivocáseis. Veamos si es cierto: como familiar que soy, como pariente de S. M., como generalísimo, como poseedor de alguno de los títulos que, segun decís, me hacen acreedor á vuestra consideracion y respeto, ¿podeis decirme el objeto que os ha reunido esta noche?

—No tengo inconveniente alguno; nos ocupamos de la suerte de un infortunado pecador, denunciado por vuestro católico y bondadoso hermano, el señor duque del Imperio, honra y prez de la Iglesia y de la nacion española.

—Acaso mi segunda pregunta traspase los límites de la prudencia, por lo cual os ruego á los cinco me perdoneis, contando con mi gratitud y reserva, si os dignais contestar á ella.

El empeño que demuestro en saberla es hijo de un interés, cuya grandeza no os es dado apreciar ni á mí hablaros de ella.

—Decid, príncipe.

—¿Qué suerte le reserva el destino en esta lóbrega cárcel al infeliz que osó denunciar mi hermano?

—El noble, generoso y clemente duque del Imperio, unido á nosotros, nos ayuda á convertir en un buen religioso al hombre más perverso que existió en la tierra.

—¡Ah! ¿Y qué medios empleais para el logro de tan santo fin?

—La persuasion, el miedo, y en último caso el tormento; pero este último probablemente no llegará á tener efecto.

—Gracias, señores; penetré aquí receloso y con temor de disgustaros y de disgustarme, y declaro, con alegría, que me equivoqué. Ya que dísteis tregua por algunos minutos á vuestra difícil mision, levantaos en obsequio mio; olvidad por un momento que sois jueces, rodead al hijo del santo, y contestad á su tercera pregunta.

Los cinco le obedecieron sin vacilar. Julio los fué estrechando uno por uno, luégo besó el anillo episcopal del prelado inquisidor, y mirándolos con el mayor interés, les dijo:

—Vosotros no podeis engañarme; no adulais; no mentís jamás, ¿es cierto?

—Sí, excelencia,—le contestaron los cinco.

—No me deis tratamiento; me molesta esa frase. Decidme, padres, amigos, hermanos en Jesucristo, ¿en qué ha faltado á su deber el nuevo virey? No os admire la pregunta; es jóven, de carácter impetuoso, ama á su patria con idolatría, la mision que trajo era dificilísima, y no es extraño que yerre el que no nació infalible. No pensaba veros; me detienen en Nápoles ¡ay! asuntos de índole diferente; pero ya que el destino me condujo ante vosotros, jueces severos, no debo salir sin escuchar de vuestros labios la verdad que no os es dado ocultar á nádie. Decidme: ¿de qué se le acusa á Flaviano de Osorio?

—De nada,—contestaron los cinco; el obispo añadió:—Una corona inmortal merece ese héroe en el campo de batalla,

ese sábio en la intriga, ese caritativo y clemente señor entre los vencidos, ese hombre incomparable en el sillon del virey y fuera de él.

—¿Eso es todo?

—Todo en cuanto á la acusacion, una parte exigua respecto de los elogios á que se hizo acreedor.

—¡Gracias, gracias! ¿Me permitís verle?

—Os acompañaremos.

—No; que me lleve el mismo que os anunció mi presencia. Continuad en ese sitio, y si teneis en algo el triunfo de una causa grande y justa, ocultad mi estancia en Nápoles.

—¿Se refiere á este país?

—Para lo que acontece aquí ya veis que no hago falta; es empresa más árdua, más difícil. Os ruego abrevieis.

El inquisidor mayor llamó, diciendo al empleado que esperaba á la parte opuesta de la mampara:

—Acompañad al príncipe á la sala de conferencias, é inmediatamente avisad á su excelencia el señor duque de Imperio que lo aguarda su hermano, pero sin que nádie lo entienda. ¿Comprendeis bien?

—Sí, eminentísimo señor.

Julio estrechó las manos de los cinco, y volvió á besar el anillo, saliendo en pos de su anterior guia.

Cinco minutos después se vieron el príncipe y el duque, y abrazándose mútuamente, salió una sola frase de sus labios, que dijo:

—¡Hermano!

Esta voz era la expresion de un cariño fraternal, engendrado en los campos de batalla, durante el peligro, al recibir el triunfo, y á todas horas por espacio de veinte años. Era además un trueno, precursor del rayo que en breve debia herir el corazon de la Francia, como veremos más adelante.

FIN DEL TOMO I.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PAGINAS.

CAPITULO I..... El alcázar.—Monarca austero.—Un príncipe como hay pocos.—Antítesis de un bufon.—El más bello, galante y varonil de los duques.—Silva y Osorio.—Los dos Navarros.—El conde de Monterubio y el gigante Mendoza.—Cuadro.—Seis héroes..... 3

CAPITULO II..... Lo que era en el último tercio del siglo XVI el llamado *Mentidero* de Madrid.—Oportunidad de Morata.—Tres caballeros y tres sirvientes.—La venta.—Un criado modelo.—La cena. 17

CAPITULO III..... Desde la venta á Alicante.—Los tres sirvientes.—Misterio.—Embarque..... 33

CAPITULO IV..... La tempestad.—Conflicto.—Pánico.—Los momentos que preceden al naufragio.—Roch.—La costa de Africa..... 48

CAPITULO V..... Más averiguaciones.—Consecuencias.—Interrogatorio.—Descubrimientos importantes.... . 59

CAPITULO VI..... Todo se ha ganado.—Viaje de recreo.—Sorpresa.—Los ingleses..... 77

CAPITULO VII..... La huella de los piratas ingleses.—Juramento.—El golfo de Nápoles y sus deliciosos panoramas.... 97

CAPITULO VIII..... Terrible farola.—Desembarque á su siniestra luz.—Silencio.—La nodriza.—Entrada en Nápoles..... 112

CAPITULO IX..... Las autoridades de Nápoles.—Virey, soldado y conspirador.—Escena trágica..... 124

INDICE.

PAGINAS.

CAPITULO X..... El palacio del conde Vignati.—Un embozado.—Cancion amorosa.—El cabo..... 141
CAPITULO XI..... El pintor y el duque.—Preliminares para un abordaje.—Sorpresa.—Terrible momento.—Auxilio oportuno..... 152
CAPITULO XII..... Diálogo interesante.—El sustituto de Vitali.—Cuadro..... 170
CAPITULO XIII..... Desde el palacio á la cabaña.—Romanza de otro género.—Orsola.—Busato.—Osorio y Augusto. 189
CAPITULO XIV..... Noticia funesta.—Primera campaña de Zalla.—Para un conde italiano basta el aprendiz de un *invencible*..... 207
CAPITULO XV..... Los cuatro.—Embarque.—El mar, la luna y la costa de Italia..... 229
CAPITULO XVI..... Los ingleses.—Momento crítico.—Descargas.—El *zafarrancho*.—Todo acabó..... 242
CAPITULO XVII.... A Nápoles.—Otro disfrazado.—Los conspiradores..... 257
CAPITULO XVIII... Del purgatorio al paraíso.—De éste al infierno.—Para tan buenos conjurados un mejor conspirador..... 272
CAPITULO XIX.... El demonio en su casa.—Diálogo fatal.—La trampa.—¡Ay del héroe!—Nueve conjurados..... 292
CAPITULO XX..... Un criado como hay pocos.—El misterio.—Otro diablo inspirado por un ángel..... 314
CAPITULO XXI.... El narcótico.—Consecuencias de la destreza del discípulo de Osorio.—El sueño que más se parece á la muerte.—Sorpresa.—Azar..... 336
CAPITULO XXII.... Terrible caida.—Síncope.—Reflexiones de un prisionero.—Entereza del héroe.—El panteon.—Canto de un reo.—El ángel..... 349
CAPITULO XXIII... El borde del precipicio.—El raptor de Syra no desmerece al lado de Angelina.—Sustitucion.—Todo vuelve á su anterior estado..... 363
CAPITULO XXIV... Sustituto.—Del paraíso al limbo.—Otra gacela de baja estirpe.—La red de Flaviano..... 379

INDICE

PÁGINAS.

CAPITULO XXV.... Continúa la red tejida por el duque del Imperio.—Dos lobos enredados en ella.—Las seis damas más bellas de Nápoles..... 398

CAPITULO XXVI... La oportunidad de Flaviano.—Dispersion de las tórtolas.—El padre y la hija.—Serenata.—Trágico fin..... 419

CAPITULO XXVII.. El amo y el criado.—La réplica del gobernador.—Osorio continúa triunfando de sus enemigos..... 437

CAPITULO XXVIII. El dictador y su polizonte.—Flaviano de caza.—La noche anterior al tan deseado domingo... 452

CAPITULO XXIX... Continúa la noche anterior al tan deseado domingo.—Otra vez el amo y el criado.—Asombro de Angelina.—El amor entra por algo, la abnegacion por todo..... 469

CAPITULO XXX... Ros y Angelina.—El padre y la hija.—Orgía.—La madrugada del tan deseado domingo..... 482

CAPITULO XXXI... El arma se vuelve contra su autor.—Pánico de Vignati.—Los dos compañeros de infortunio. 500

CAPITULO XXXII.. La media noche.—Oscuridad completa.—Trance fatal.—Nápoles y el palacio de Osorio.—El juez y los reos..... 534

CAPITULO XXXIII.. El vencedor de Nápoles.—Osorio reemplaza dignamente al príncipe de Italia.—La sangre se puede cubrir con un manto de bondad..... 553

CAPITULO XXXIV.. Vitali y su futuro suegro.—Renace la dicha.—El cocodrilo no oculta por mucho tiempo la deformidad de su sér..... 571

CAPITULO XXXV... La destreza del malvado.—Declaracion fatal.—Vitali.—Angelina..... . 591

CAPITULO XXXVI.. El marino trae á Osorio la idea que le faltaba.—Al conflicto sigue la esperanza.—Complicaciones..... 612

CAPITULO XXXVII. Sorpresa.—Nuevos personajes.—El príncipe de Italia y los cinco inquisidores de Nápoles... 622

PLANTILLA

PARA LA

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

		PAGINAS.
PORTADA		3
La que empieza:	¡Arrecia el huracan etc.	52
———	Mi vida por el triunfo etc.	133
———	¡Ay! Me han muerto.	227
———	Cantemos un himno, etc.	412
———	Abrevia, por Santiago etc.	489
———	Abreviad en lo posible.	588
———	Al justiciero se le estima etc.	632

PORTADA. . . .

La que empieza: ¡Ay!

——————— Mi vida por el rey.

——————— ¡Ay! Me han muerto. . . .

——————— Cantemos un himno, etc. . . .

——————— Abrevia, por Santiago etc. . .

——————— Abreviad en lo posible. . . . .

——————— Al justiciero se le estima etc.

235518

LS
P 2597in

Author Parreño, Florencio Luis

Title Los invencibles, el monarca y la hoguera. Vol.1.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 25 10 017 1